BRANDON SANDERSON

y JANCI PATTERSON



ESCUADRÓN CIELO

LA COLECCIÓN



La colección de novelas cortas de la saga «Escuadrón», con ilustraciones exclusivas de los personajes y las escenas eliminadas de *Escuadrón* con comentarios de Brandon Sanderson. También incluye *La defensa del Elíseo*.

Viajamos con el Escuadrón Cielo a Detritus, el último refugio de la humanidad frente al gobierno hostil de la Supremacía Galáctica. En *Escuadrón*, Spensa Nightshade se convirtió en piloto de caza estelar y pasó a formar parte del Escuadrón Cielo de la Fuerza de Defensa Desafiante con el objetivo de combatir la amenaza de la Supremacía. En *Estelar*, se hizo pasar por la alienígena Alanik para infiltrarse en una estación espacial de la Supremacía y robar sus hipermotores. Y en *Citónica* viajó a la extraña dimensión conocida como la ninguna-parte para descubrir los secretos de los zapadores —unos seres capaces de destruir planetas enteros— y liberar sus propios poderes citónicos.

Mientras Spensa está atrapada en la ninguna-parte, sus compañeros de escuadrón, FM y Jorgen permanecen en Detritus con nuevas órdenes: averiguar cómo utilizar los hipermotores para que la humanidad pueda huir del planeta y buscar aliados entre las otras especies oprimidas por la Supremacía. Primero reciben una llamada de emergencia de le ministre Cuna y otres diones desde el puesto de avanzada abandonado de Alcance Solar, pero el pueblo de Alanik en el planeta ReAlba y los kitsen del planeta Orilla Perpetua necesitarán también la ayuda del Escuadrón Cielo en sus desesperadas batallas.

Brandon Sanderson
& Janci Patterson

Escuadrón Cielo: La colección

Solar • ReAlba • Perpetua

Escuadrón - 2.5

ePub r1.0
Kelsier 02.01.2023

Título original: *Skyward Flight: The Collection*
Brandon Sanderson & Janci Patterson, 2022
Traducción: Manu Viciano
Ilustraciones: Ben McSweeney
Ilustración de las cubiertas: Charlie Bowater

Editor digital: Kelsier
ePub base r2.1


BRANDON SANDERSON
Y JANCI PATTERSON

ESCUADRÓN CIELO

LA COLECCIÓN

Traducción de Manu Viciano
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

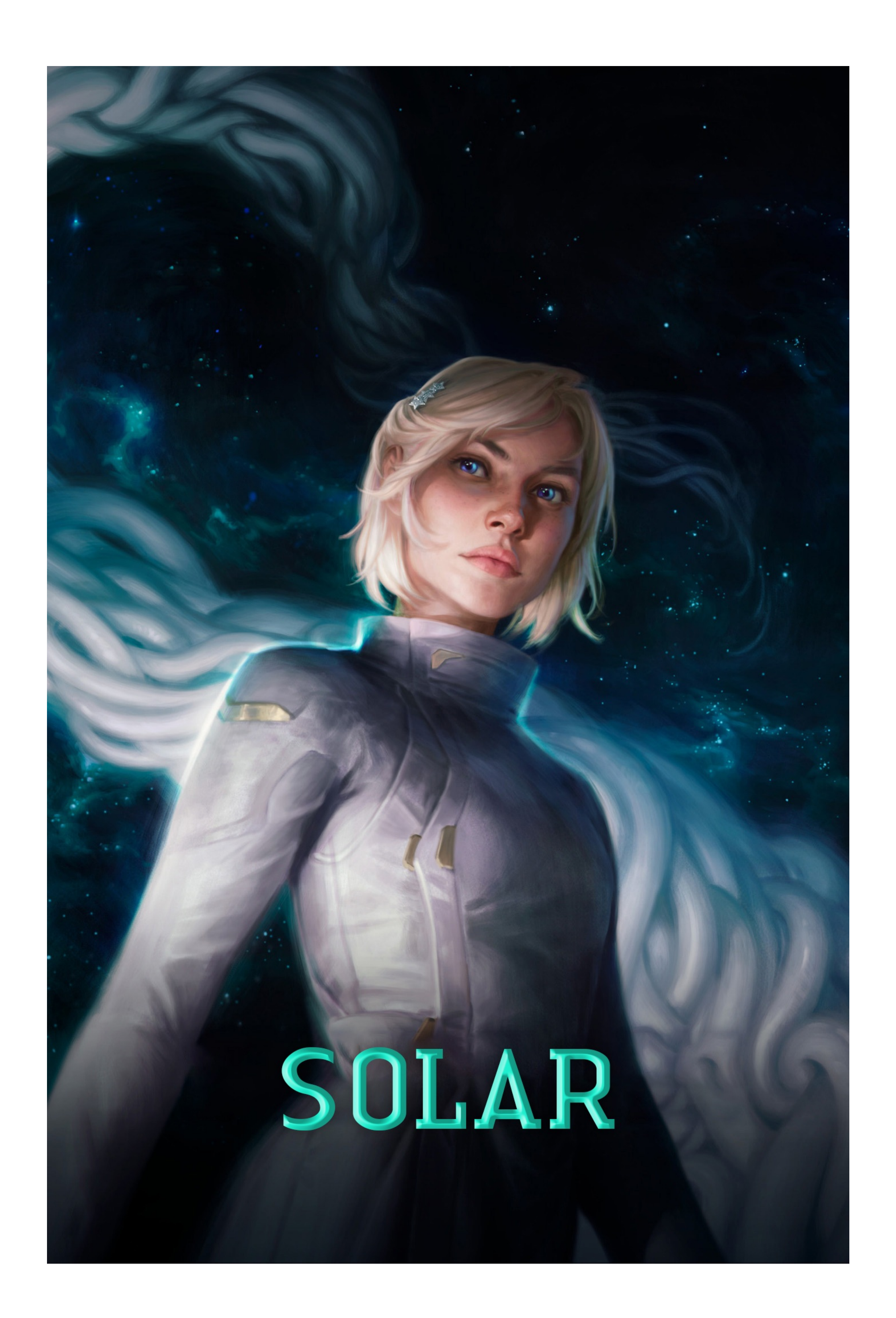


Para Cortana Olds, mi primera lectora.

Para Kenton Olds, que me hace reír todos los días.

Para Darci Cole, que me prestó su fe durante una temporada.

J. P.


SOLAR


FREYA MARTEN
IDENTIFICADOR:
FM

1

El día en que llegó el zapador, yo estaba mirando las estrellas.

Ni siquiera después de tantos meses me había acostumbrado a vivir en el cielo. Había pasado la infancia bajo tierra, en una caverna tan profunda que llegar a la superficie podía costar horas enteras. Allí me había sentido a salvo, enterrada bajo kilómetros de roca, con otras cavernas escudándonos por encima de la que era mi hogar, allá abajo, donde nada podía alcanzarnos.

La gente me llama FM, pero mis padres me pusieron el nombre de Freya en honor a la diosa guerrera de nuestro antiguo acervo. Yo nunca fui una gran guerrera. La gente se esperaba que hiciera el examen de piloto y confiaba en que me graduara, pero después de hacerlo sorprendí a todo el mundo con mi decisión de seguir volando. Siendo piloto de pleno derecho, podría haberme dedicado a cualquier trabajo que quisiera en la seguridad de las cavernas. Sin embargo, había escogido mudarme desde la superficie del planeta, abierta y extraña y expuesta, a una de las enormes plataformas que orbitaban en torno a él, escudando Detritus del exterior. A mi padre le había dado por decir que me había enamorado del cielo, pero era justo lo contrario: el cielo me aterrorizaba. Era tan amplio e inmenso que me daba miedo caer a él y que se me tragara.

Por encima de mí, las otras plataformas que dominaban el firmamento se entrecruzaron de nuevo, impidiéndome ver la eterna negrura salpicada de aquellas extrañas estrellas blancas, de las que antes de alistarme en la Fuerza de Defensa Desafiante solo había oído hablar. Sonó una alarma, un pitido en mi radio indicando que mi escuadrón tenía programado un despegue inmediato. Era normal que convocaran a los escuadrones al azar y, de hecho, llevaba respondiendo a sirenas sin previo aviso desde mi primer día como cadete.

Pero ese día faltaba la mitad de mi escuadrón. Los demás habíamos supuesto que su ausencia nos concedería un tiempo de permiso extraoficial, que mientras nuestro jefe de escuadrón, Jorgen, estuviera en el planeta, seríamos los últimos a quienes llamarían.

Al parecer nos equivocábamos. Cuando llegué al hangar, comprendí el motivo al instante. No solo habían convocado a nuestro escuadrón. Todos los cazas estaban preparados y el equipo de mantenimiento hacía a toda prisa las últimas comprobaciones mientras los pilotos corrían hacia sus naves y saltaban a sus cabinas.

Busqué a mis compañeros. Sin jefe de escuadrón, no podíamos despegar hasta saber quién estaba al mando. En esos momentos solo había otros cuatro miembros de mi escuadrón residiendo en la Plataforma Primaria: Kimmalyn, que formaba parte de mi equipo original, y nuestras tres incorporaciones más recientes, Sadie, Tenderete y Gatero. Nedd y Arturo habían bajado al planeta con Jorgen, así que lo más probable era que nos pusieran al mando a Kimmalyn o a mí, pero yo no quería ser jefa y sabía que Kimmalyn tampoco.

Aún no veía a nadie del Escuadrón Cielo, pero mi amiga Lagartija del Escuadrón Pesadilla estaba haciéndome señas desde su cabina abierta. Lagartija tenía unos brillantes ojos azules y pelo negro que le llegaba a la cintura. Yo no sabía cómo podía llevarlo tan largo, porque el mío ya empezaba a molestarme si me lo dejaba hasta los hombros. El verdadero nombre de Lagartija era Leiko, pero le pasaba como a mí y casi todos la llamaban por su identificador de vuelo.

—¡FM! —exclamó Lagartija—. Van a combinar vuestro escuadrón con el nuestro. Napia dice que os llamemos cuando vayáis llegando y que configuréis la radio en nuestro canal.

Gracias a las estrellas. Habría seguido a cualquier líder de escuadrón, por supuesto, pero ya había volado antes a las órdenes de Napia y me llevaba bien con muchos miembros del Escuadrón Pesadilla. Lagartija era más o menos de mi edad; había entrenado como cadete en la promoción anterior a la mía. Los pilotos de segundo año tendían a meterse con los más novatos, pero el Escuadrón Cielo se había hecho más o menos legendario gracias a nuestra compañera Peonza, lo cual nos había ganado un respeto con el que la mayoría de los pilotos recién graduados solo podían soñar.

—¿Sabes qué pasa? —pregunté a Lagartija.

—Ni idea —dijo ella—, pero Napia ya ha despegado. Más vale que vayamos saliendo.

—Gracias, Lagartija.

Corrí hacia mi caza y de camino vi que Kimmalyn ya estaba en su cabina. En el momento en que entré en la mía, encontré una luz intermitente y activé su canal privado en el comunicador.

—FM —dijo Kimmalyn mientras yo ponía a punto mi caza—. ¿Sabes qué está pasando?

—No —respondí—. ¿Será alguna clase de ataque?

Era frecuente que tuviéramos que ocuparnos de pequeños grupos de cazas krells, aunque solo un ataque verdaderamente masivo justificaría convocarnos a todos a la vez.

—Yo tampoco lo sé —dijo Kimmalyn—. Pero acabo de ver a Peonza. Ha vuelto.

Parpadeé sorprendida y las manos se me quedaron quietas sobre los controles. Spensa había logrado usar sus extraños poderes psíquicos para salir de nuestro pequeño planeta condenado y marcharse a una enloquecida misión de espionaje, intentando robar al enemigo la tecnología de los hipermotores. Hasta que tuviéramos esa tecnología, estábamos varados allí, como peces en una cuba de crecimiento esperando a que los arponearan. Peonza llevaba semanas fuera y yo sabía que Jorgen y el almirante Cobb estaban preocupados por si no regresaba nunca.

—¿Nos ha traído un hipermotor? —pregunté.

—No lo sé —respondió Kimmalyn—. Pero dudo mucho que esta llamada sea una coincidencia. Me imagino que lo que ha traído son problemas. Como dice siempre la Santa, los problemas se siguen entre ellos.

Supuse que Kimmalyn estaba en lo cierto. Por mucho que me alegrara de que Spensa hubiera vuelto, no creía que fuese buena señal para ninguno de nosotros. Cuando sucedía un desastre, lo normal era que Peonza estuviera allí, justo en el centro. No era que los provocara ella necesariamente, pero sí que parecían seguirla de un lado a otro.

Activé mi anillo de pendiente y me propulsé fuera del hangar para unirme a la multitud de naves que ya estaban en el aire. Nuestra base flotaba muy alta por encima del planeta, formando parte de las gigantescas capas de plataformas y escombros que impedían casi por completo ver el cielo desde la superficie.

Tirda, qué montón de naves había allí arriba. Fuera cual fuese el problema que había seguido a Peonza hasta casa, el almirante Cobb no estaba reparando en efectivos para detenerlo. Si ese era el día que la Supremacía había escogido para destruirnos, íbamos a tener que enseñarles lo peligrosos que éramos.

Cambié al canal de comunicación del Escuadrón Pesadilla y Kimmalyn y yo volamos hasta las coordenadas que nos proporcionó Napia, en un hueco entre algunas plataformas próximas. Casi todos los miembros restantes del Escuadrón Cielo ya estaban allí, entre ellos Tenderete y Gatero, unos tíos muy majos con los que era divertidísimo pasar el rato, pero que tenían ciertas carencias en lo relativo al sentido común. También estaba Sadie, que había sido mi compañera de ala desde que Peonza se marchara unas semanas antes.

—Bienvenidos al Escuadrón Pesadilla —nos saludó Napia a los cinco—. Rara, hoy serás la compañera de ala de Sushi.

—Entendido —dijo Kimmalyn.

—Ya estamos todos —dijo Napia—. Seguiremos nuestro rumbo de navegación hasta fuera de las plataformas y atajaremos hacia el flanco derecho del campo de batalla. Pasemos lista.

Uno tras otro, los miembros del Escuadrón Pesadilla intervinieron dando sus números de nave y sus identificadores. En el Escuadrón Cielo habíamos cambiado de números varias veces. En esos momentos yo era Cielo Cinco, y los miembros de mi escuadrón informamos en orden de nuestras designaciones después de que terminara el Escuadrón Pesadilla.

Volamos a Mag 3 en formación de línea a popa, serpenteando entre las capas de plataformas, y entonces Napia nos marcó una ruta hacia el extremo opuesto del campo de batalla. Relajamos la formación y seguimos adelante volando en una amplia uve, alejándonos de las plataformas de armamento autónomo que orbitaban Detritus y luego cruzando la línea de curvatura del planeta hacia las naves que llegaban.

Mientras lo hacíamos vi los dos acorazados que llevaban una semana vigilándonos desde la negrura del espacio, unas gigantescas monstruosidades que no se parecían en nada a nuestros elegantes cazas, y que sin duda no estaban pensadas para lidiar con la atmósfera y la resistencia del aire. En Detritus no teníamos nada como aquello. Nuestras naves de transporte más grandes no podían llevar más que unas pocas decenas de pasajeros.

Más allá de los acorazados empecé a distinguir otra nave larga y rectangular, recién llegada. Costaba ver nada contra el fondo negro, pero también había otras naves más pequeñas allí fuera, congregadas en grupo. Seguro que estarían aproximándose a nosotros a alta velocidad, pero era difícil saberlo desde tan lejos, incluso con la ayuda de mis monitores.

—Nuestras órdenes son entrar por el flanco derecho y entablar combate con el enemigo —dijo Napia—. Están desplegando muchos drones, pero también cincuenta naves pilotadas.

¿Cincuenta? Estábamos acostumbrados a combatir contra grandes contingentes de drones acompañados de unos pocos ases enemigos, pero no contra *cincuenta* naves pilotadas.

—El Mando de Vuelo afirma tener información de que las naves pilotadas no son ases enemigos —prosiguió Napia—. Pero también dice que no sabe nada más de ellas, así que debemos llamar su atención y apartar a todas las que podamos de la Plataforma Primaria.

Había otros escuadrones congregados justo fuera del alcance de las baterías armamentísticas, esperando órdenes. Nuestro primer contacto iba a ser un experimento, entonces. Si el Mando de Vuelo no sabía qué eran esas naves, tendría que estudiar su comportamiento antes de comprometer sus fuerzas al completo. Tenía sentido desde el punto de vista estratégico.

Pero protagonizar el experimento era mucho menos tranquilizador. La caverna en la que había crecido albergaba unas instalaciones de investigación que experimentaban con todo, desde nuevas composiciones para la pasta de dientes hasta los efectos de productos químicos tóxicos. Algunos amigos míos de los Disputadores hablaban de hacer una incursión allí algún día y liberar a todas las ratas del laboratorio, cuyas vidas eran tristes y a menudo cortas. Una vez vi una que había escapado. Se había arrancado a mordiscos casi todo el pelo de las patas traseras, que tenía cubiertas de forúnculos por culpa de alguna reacción química. Esperé que no fuese por la pasta de dientes.

A veces me sentía identificada con esas ratas.

Mientras volábamos sobre las plataformas, mi compañera de ala, Sadie, llamó por un canal privado.

—¿A qué se refiere Napia con que no sabemos qué son esas cosas? —preguntó—. ¿Cómo están seguros de que no son ases, entonces?

—No lo sé —respondí—, pero creo que seremos de las primeras en averiguarlo.

El canal de Sadie quedó en silencio, pero al cabo de un momento su luz se encendió de nuevo.

—Ojalá estuvieran aquí los demás.

—Al decir «los demás», te refieres a Peonza —afirmé. Procuraba no pincharla demasiado por la evidente adoración que profesaba a Spensa, pero el resto, Nedd sobre todo, se esforzaba menos.

—¡Es que es una piloto increíble! ¿No crees que tendríamos más posibilidades si estuviera aquí?

—Rara dice que ha visto a Peonza justo antes de que nos llamaran. Así que me imagino que está por aquí.

Pero no volaba con nosotros. ¿Qué significaría eso?

—¿Ah, sí? —dijo Sadie—. Eso mejora nuestras probabilidades, ¿verdad?

Sadie había combatido con nosotros algunas veces, pero en los últimos tiempos cada vez había menos ataques de los krells, sobre todo desde que habían llegado los acorazados.

—Supongo —dije—. Pero nuestras probabilidades mejorarán mucho más si no pensamos en ellas y nos fijamos en lo que tenemos delante.

—Es verdad —repuso Sadie—. Concentrémonos. Es lo que haría Peonza.

—También gritaría cosas muy descriptivas y violentas a los enemigos. A lo mejor podrías probar tú también.

—¡Sí que es verdad! Acabaré con vosotras, malvadas… naves… espaciales… ¡de maldad! ¡Ojalá tengáis todas unas muertes dolorosas y ardientes! ¿Cómo ha estado?

—Desde luego, extraordinario ha sido —dije—. ¿Te ha hecho sentir mejor?

—Un poco. Creo que me falta práctica. ¡Que explotéis todas en enormes y ardientes explosiones, naves entrantes no-ases de lo que sea!

—Esto… ¿Centinela? Es mejor que practiques tú sola y compartas solo las mejores amenazas, ¿vale?

—Ah, bien —dijo Sadie—. Claro.

La radio quedó en silencio, dejándome sola con mis pensamientos. Lo que había dicho a Sadie sobre concentrarse era cierto, pero siempre se me había dado mejor repartir consejos que seguirlos.

—Escuadrón, ¿estáis listos? —preguntó Napia.

—Cielo Cinco, preparada —respondí.

Escuché las demás voces haciendo lo mismo por la radio. Éramos más cazas de lo normal, pero aun así se me hacía raro que no estuvieran Jorgen, Nedd y Arturo. No creía que ninguno de nosotros, con la posible excepción de Tenderete, fuese tan tonto como para tragarse la excusa oficial que nos habían dado por su ausencia. No se enviaba de permiso al jefe de escuadrón y a sus dos asistentes al mismo tiempo a menos que hubiera un muy buen motivo.

Mientras nos acercábamos al lado derecho de las formaciones enemigas, varias naves se separaron y vinieron derechas hacia nosotros.

—Centinela, FM —dijo Napia por el canal general—, situaos en punta, entablad combate y luego pasad a maniobras evasivas. Tenderete, Gatero, seguidlas. A ver si podéis hacer que piquen.

Sadie y yo abandonamos la formación y nos lanzamos hacia el enemigo sobrecargando propulsores. Al instante cuatro naves empezaron a

perseguirnos por la cara exterior de las plataformas que rodeaban el planeta.

Iniciamos maniobras evasivas, volando en zigzag para que las naves de detrás no tuvieran un disparo limpio con sus destructores. Comprobé mis sensores de proximidad. De los cuatro cazas que nos seguían, dos eran drones y dos naves pilotadas, las que acostumbrábamos a asumir que eran ases enemigos.

—FM y Centinela, mantened rumbo —dijo Napia—. Rara, acaba con ellas.

—¡Sí, señora! —respondió Kimmalyn, y a los pocos segundos la nave que me seguía más de cerca recibió un impacto y viró para evitar sus otros disparos.

—Estamos a punto de pasar por una plataforma de armamento —dije por el canal privado a Sadie—. A ver si le conseguimos un poco de apoyo automático a Rara.

—Te cubro —respondió ella.

Se situó en posición, más alejada del planeta que yo, elevándose sobre las numerosas plataformas y pedazos de escombros que cubrían Detritus como un cascarón suelto y fragmentado. Seguí trazando un rumbo errático, esquivando ráfagas de fuego de destructor. Cada vez que me escoraba hacia el planeta me internaba un poco más hacia la plataforma armamentística, usando las lecturas del panel de mandos para saber qué distancia me separaba de ella. La mayoría de esas plataformas eran autónomas y nos dispararían a nosotros igual que al enemigo. Nuestro Cuerpo de Ingeniería aún no había conseguido acceder a sus sistemas para ponerlas bajo nuestro control. Las naves enemigas, tanto los drones como los cazas pilotados, sabían que debían evitar las baterías de armamento, pero a veces, si podíamos hacer que se obsesionaran lo suficiente con una persecución, era posible que…

«Ahí».

Una de las naves que llevaba a cola se escoró demasiado a la derecha, la batería de armamento disparó desde la plataforma y el caza desapareció de mis sensores con un silencioso estallido. Kimmalyn disparó al otro dron mientras Sadie acosaba a la última nave con una hábil sucesión de maniobras que terminó situándola delante de mí. La ensarté con mi lanza de luz y me dejé catapultar a su alrededor, empleando el impulso para enviarla dentro del alcance de las torretas automáticas. La plataforma abrió fuego y la nave explotó en pedazos cuando sus tanques de aire se incendiaron con un llameante fulgor.

—Buen trabajo —dijo Sadie.

Estaba bastante segura de que había sido un trabajo pasable como mucho, pero no iba a decírselo, no en plena batalla. Podría tomárselo como una ofensa, y Sadie necesitaba mantener la moral alta.

—Gracias —respondí—. Tú también.

—Lo has hecho tú casi todo.

Sadie era mejor piloto de lo que creía, pero tampoco íbamos a mantener esa conversación en plena batalla.

Hicimos un viraje cerrado y aceleramos de vuelta a nuestro escuadrón y el flanco derecho de la batalla. Ya había otros escuadrones enfrentándose a los cazas enemigos y, por lo que veía, la batalla estaba yendo bien. Si aquello era lo mejor que tenía la Supremacía para enviar contra nosotros, quizá sí tuviéramos una oportunidad, al fin y al cabo.

Sadie y yo volamos hacia Napia y su compañero de ala y ayudamos a quitarles de encima un par de naves que llevaban a cola. Sadie ascendió cerca de un caza enemigo y activó su PMI para anular su escudo antes de apartarse hacia el borde de la batalla mientras yo seguía adelante, disparando mis destructores a la nave indefensa.

—Rara, ¿puedes cubrir a Centinela? —pedí a Kimmalyn por el canal general.

—Rara está ocupada —dijo Lagartija—. Yo me encargo.

La nave que tenía delante se iluminó por una explosión encima de su anillo de pendiente y, sin fricción del aire que la ralentizara, los restos siguieron volando en la dirección que había llevado. Viré en dirección a Sadie y Lagartija y llegué con ellas mientras Sadie terminaba de reactivar su escudo.

—Bien hecho —dijo Napia por el canal general—. Escuadrón Cielo, siempre es un placer.

Sonreí. Hacíamos buen equipo con el Escuadrón Pesadilla, aunque no voláramos juntos muy a menudo. Antes de alistarme en la FDD, no comprendía la mentalidad que animaba a la gente a volar en grupo, a seguir haciéndolo incluso mientras sus amigos morían a su alrededor. Nunca había creído que la violencia fuese la mejor manera de resolver los problemas, aunque sí comprendía que la violencia era lo único que nos mantenía con vida cuando los krells intentaban aniquilarnos a bombazos. Pero seguía encontrando perturbadora toda la retórica sobre la gloria, esa manera en que la Asamblea Nacional parecía justificar cualquier cosa que le interesara diciendo que nos ayudaría a luchar contra los krells. Antes pensaba que los pilotos eran unos borregos. Unos borregos habilidosos, decididos y respetados que hacían lo que los animaban a hacer porque no se paraban a pensarlo.

Pero desde entonces había comprendido qué era lo que nos mantenía unidos, y no era la estupidez. Era el vínculo que compartían quienes afrontaban juntos la muerte. Era una sensación de pertenencia, de formar parte de algo más grande, algo importante, aunque seguía sin estar convencida de que todas sus facetas fuesen buenas. Nunca había creído necesitar que un ejército me explicara mi lugar en el mundo, y seguía sin creerlo.

Pero había algo tranquilizador en saber que mis amigos estarían peor sin mí, y eso era lo que me hacía seguir volando, incluso aunque me aterrorizaba.

—Tenemos órdenes nuevas —dijo Napia por el canal general—. Pasamos exclusivamente a maniobras evasivas y luego desactivamos los comunicadores.

¡Un momento!

—Napia, ¿has dicho que *apaguemos* del todo los comunicadores?

—Esas son las órdenes, FM —respondió Napia—. Todos los comunicadores inhabilitados. No los encendáis en ninguna circunstancia.

No podía ser cierto. Sin la capacidad de comunicarnos, no podríamos colaborar como escuadrón. Terminaríamos dispersados por todo el campo de batalla. Los buenos pilotos eran buenos comunicadores. Eso lo había aprendido de Cobb. Si perdíamos la capacidad de hablar entre nosotros…

Bueno, tampoco sería del todo como volar a ciegas, pero se le acercaría mucho más de lo que me gustaba.

—¿Vamos a retirarnos? —preguntó Lagartija.

Eso sería más razonable. Si regresábamos al otro lado de las plataformas de armamento, al menos podríamos escondernos, o poner rumbo de vuelta a la Plataforma Primaria bajo la cobertura del cinturón de escombros.

—Negativo —dijo Napia—. Comunicadores desactivados. Solo maniobras evasivas. Intentad mantener ocupadas a las naves enemigas y esperad nuevas instrucciones.

—¿Instrucciones? —protesté—. ¿Cómo vas a darnos instrucciones con los comunicadores apagados?

—Pilotos, necesitamos silencio radiofónico —zanjó Napia—. Es una orden directa del almirante Cobb. No perdáis a vuestro compañero de ala. Si os quedáis aislados, buscad a otro miembro del escuadrón y pegaos a él. Nos vemos al otro lado. Cambio y corto.

«Tirda».

—Centinela —dije por un canal privado—, ya has oído a Napia. Tendremos que volar muy juntas. —No tenía ni idea de qué pretendía el

Mando de Vuelo, pero Cobb nunca daría una orden como esa sin tener un buen motivo—. Sígueme.

Yo era la piloto más experta. Me correspondía mantenerla viva.

—Eh… vale —respondió Sadie.

Parecía al borde del pánico, y no podía reprochárselo. Noté que el terror me subía por la garganta mientras ponía la mano sobre el botón del comunicador.

Y entonces lo desconecté.

2

El mundo quedó en silencio salvo por el zumbido de mis instrumentos. Las naves que me rodeaban no hacían ni el menor ruido mientras proseguía la furiosa batalla. Por primera vez, envidié a Spensa y su nave equipada con una inteligencia artificial. Parloteaba como Kimmalyn después de tomar demasiados postres, pero al menos no había… silencio.

Sadie y yo volábamos en formación próxima para no perdernos de vista entre nosotras. Por delante de mí, la batalla se fracturó. Las naves que volaban juntas se separaron en parejas de compañeros de ala, mientras los cazas enemigos mantenían más o menos sus formaciones y perseguían a nuestras naves en grupos de tres o cuatro. Nos superaban en número, pero nosotros éramos mejores pilotos y los hacíamos volar en círculos.

Sadie estaría esperando que tomara la iniciativa. Tenía que pensar en un plan, averiguar cómo aprovechar las nuevas órdenes en nuestro beneficio y comunicarme mediante mis maniobras, ya que teníamos prohibido hablar.

Pero por las estrellas, no soportaba tanto silencio.

Bajé la mano al cinturón de mi mono de piloto. Nunca usaba mi transmisor mientras volaba, porque seguro que Jorgen se enfadaría si me oía introducir ruido innecesario en el canal de comunicaciones. Mi transmisor no emitía ninguna señal de radio, pero hacía algo que era incluso mejor.

Reproducía *música*. Los transmisores portátiles eran muy caros y difíciles de conseguir. El mío me lo regaló mi padre cuando llegué a piloto, porque de todas formas lo usaba más que él cuando vivía en casa. Me apetecía escuchar algo animado, algo que bajo ningún concepto pudiera interpretar un trío instrumental el día de mi entierro.

Así que puse una de mis canciones preferidas, que según mi padre se clasificaba como música de *big band*, aunque en la mayoría de las otras

canciones sonaran muchos más instrumentos. Aun así, creía entenderlo: la banda no era grande por la cantidad de intérpretes, aunque fuesen más de los que tocaban juntos jamás en las cavernas de Detritus, sino por los sonidos que hacían, potentes y percutores, como si la misma música pretendiera zarandearte y arrojarte de un lado a otro.

Di golpecitos con los pies contra el suelo de la cabina, siguiendo el ritmo mientras bordeaba el exterior de la batalla, observando y esperando el momento de actuar. Teníamos orden de ceñirnos a las maniobras evasivas, pero había muchos trucos que podrían dañar las naves enemigas sin dejar de considerarse evasivos.

Encontré mi oportunidad cuando tres naves se apartaron de la masiva batalla principal y vinieron disparadas hacia nosotras. Aceleré meneando la cabeza al ritmo de la batería y las naves se pusieron a mi cola, dejando atrás a Sadie para que disparara con sus destructores. Todavía los utilizaba demasiado. Se notaba que Cobb no la había entrenado siendo cadete, así que habíamos tenido que darle un cursillo adicional cuando se graduó como piloto para compensar esa carencia.

Los destructores no harían mucho daño mientras las naves krells tuvieran los escudos alzados, pero no podía activar mi PMI y seguir afirmando que volaba de forma evasiva. Además, el PMI se cargaría mi propio escudo junto con los de los krells, y no me atrevía a hacerlo sin poder comunicarme, sin ser capaz de pedir ayuda si me metía en problemas serios.

Se suponía que debíamos volar a la defensiva, pero eso no significaba permitir que aquellas naves nos derribaran. Seguí moviendo la cabeza al ritmo de la música y tracé una curva en dirección a unos escombros que flotaban por encima de las plataformas, fuera del alcance de las baterías armamentísticas.

Enganché un dron enemigo con mi lanza de luz y dirigí hacia él los impulsores de maniobra para arrastrarlo tras de mí en dirección a una roca. Sadie me adelantó acelerando, llevándose a las otras dos naves mientras yo me precipitaba hacia el escombro. Entonces, en el último momento, hice rotar los impulsores y desactivé la lanza de luz, lo que me propulsó hacia abajo, evitando el escombro mientras la nave krell se estrellaba contra la roca.

Pero me había pasado. Los ConGravs de mi nave se saturaron y la repentina inercia me envió la sangre a la cabeza. Por un momento la visión se me volvió roja, pero reduje la velocidad y logré mantenerme consciente, aunque oía la música distorsionada y las luces del panel de instrumentos bailaban ante mis ojos.

Empecé a recuperarme, todavía algo mareada, y vi a Sadie volando hacia mí, ya sin las otras dos naves a cola. No sabía si se las había quitado de encima o las había destruido mientras yo estaba distraída, pero me alegraba de todos modos. Levanté el dedo para llamarla y decírselo antes de recordarlo.

Silencio. Estábamos volando en silencio.

Y aún no comprendía por qué. Sadie y yo viramos mientras la música emprendía un *crescendo* y nos elevamos de nuevo hacia el campo de batalla principal.

Mis sensores de proximidad pitaron entre los acordes de la canción, advirtiéndome de naves entrantes que venían directas hacia mí a alta velocidad. No me atreví a subir el volumen de la música, aunque me apetecía mucho. Maniobré serpenteando al ritmo del barritar de las trompetas y la primera nave enemiga imitó mi patrón de vuelo, casi como si quisiera embestir contra mí. Descendí seguida por Sadie…

… y tuve que virar a la derecha cuando uno de nuestros cazas pasó justo por delante de mi morro.

Pesadilla Siete. La nave de Lagartija. Iban tras ella cuatro cazas de la Supremacía, solo uno de los cuales abandonó la persecución para atacarme con fuego de destructor.

Tirda. ¿Dónde estaba el compañero de ala de Lagartija? Había pasado volando cerca para que la viera, porque no podía pedir ayuda por radio. Hice pivotar mis propulsores y viré en la dirección de Lagartija. Por detrás de mí, Sadie abrió fuego contra la nave solitaria que teníamos cerca, y sus disparos parecieron reflejar el redoble de las baquetas sobre la caja. Sadie ejecutó un bucle Ahlstrom para cambiar de dirección y seguirme. Era posible que la nave enemiga la persiguiera, pero tendría que confiar en que supiera defenderse de un solo caza.

Con cuatro naves a su cola, Lagartija tenía problemas mucho más graves y necesitaba ayuda. Nuestro bando estaba mejor entrenado, pero las fuerzas de la Supremacía siempre habían tenido unos destructores más poderosos y unos escudos más fuertes. Aceleré a Mag 4 para alcanzar a las naves. Por delante, Lagartija hizo una tijera gemela rodante para intentar zafarse de sus perseguidores, pero no perdió a ninguno. Todas las naves estaban pilotadas, y cooperaban mejor que los drones krells contra los que solíamos combatir. Mientras Lagartija salía de la tijera, un caza krell la alcanzó con un disparo de destructor.

Teníamos que ayudarla. Lagartija aún tenía escudo, pero estaba debilitándose. Sabía lo que se hacía y ya estaba volando hacia las plataformas

armamentísticas, con la intención de que obligáramos a las naves enemigas a entrar en su alcance, pero estábamos demasiado lejos. No iba a poder llegar.

Con el cuerpo entero vibrando por la sincopada percusión, abrí fuego contra el krell más cercano y obligué a la nave a emprender maniobras evasivas y dejar de apuntar a Lagartija. Sadie se puso a mi altura y luego me dejó atrás de un acelerón.

Estaba ofreciéndose a sí misma como blanco, dándome la ocasión de derribar las otras naves mientras Lagartija y ella recibían los disparos de destructor. Era una jugada peligrosa, porque aunque Sadie tuviera el escudo intacto, los destructores krells podían anularlo muy deprisa. Si hubiera podido usar la radio, le habría gritado que retrocediera y dejara de ser tan imprudente. Jorgen jamás habría dado el visto bueno a esa maniobra.

Pero me era imposible. No podía decirle nada. Así que fui tras ella y aceleré para enfrentarme a otro caza krell.

Seguíamos aproximándonos a las baterías de armamento cuando una nave krell mordió el anzuelo y se escoró en persecución de Sadie, que ejecutó una esquiva en vuelta gemela perfecta y evitó el fuego de destructor.

Fallé con la lanza de luz y las otras dos naves cayeron sobre Lagartija y descargaron sus destructores sobre ella a la vez.

Lagartija esquivó un gran número de disparos, pero no los suficientes. Con un destello de luz, el escudo de su nave cayó.

Puse la mano sobre el botón del comunicador y al instante la retiré. Estábamos solas. Sobrecargué mi propulsor y adelanté a Lagartija en un intento de apartar de ella a los cazas krells. Si se ponían a mi cola, podría evitarlos mientras Lagartija escapaba y reiniciaba su escudo.

No funcionó. Los krells siguieron atacando a Lagartija y un impacto de destructor acabó con sus propulsores y envió su nave dando vueltas hacia el planeta. Miré impotente mientras el caza de Lagartija caía en espiral dentro del alcance de las plataformas de armamento y estallaba con un fogonazo. Un golpe de platillo pareció puntuar la explosión.

—No —susurré. «No».

La nave de Sadie se acercó a la mía. Lagartija había muerto, así, sin más. Ya nunca podría decirme que las botas me quedaban ridículas con el mono de vuelo, ni retar a Nedd a construir torres con tiras de algas. Era un hecho inmutable.

Ni siquiera podía llamar a Napia para decírselo. Tampoco rescataríamos la insignia de Lagartija, porque en una nave destruida de ese modo en el vacío

no quedaría nada recuperable. Lagartija tendría solo una ceremonia simbólica, no un verdadero funeral de piloto.

Me concentré en la canción, que ya casi llegaba al final e iba ganando intensidad mientras la percusión se lanzaba a unos tresillos frenéticos. Los cazas que habían derribado a Lagartija estaban virando hacia nosotras, pero Sadie parecía haberse librado del que la perseguía. Mi compañera de ala y yo huimos trazando eses hasta que las naves renunciaron a alcanzarnos y nos abandonaron en busca de objetivos más fáciles.

La canción terminó y el silencio resonó en mis oídos.

Lagartija había muerto. Nunca volvería a oír su voz. Bajé la mano al transmisor y puse otra canción. Elegí una pieza evocadora interpretada por un instrumento al que mi padre llamaba piano. Me había enseñado una imagen procedente de los archivos, pero a mí no me entraba en la cabeza que una mesa enorme con botones pudiera emitir notas como las de la canción, ágiles y rítmicas y actuando en conjunto como los engranajes de una máquina bien mantenida.

Era una música mucho más relajada que la canción de *big band*, pero de pronto había perdido el apetito por los ritmos animados. Adelanté a Sadie y la aparté del campo de batalla. Necesitaba un momento para aclararme la cabeza. Si me desconcentraba, podría hacer que nos mataran a las dos. Ya lamentaría después la muerte de Lagartija: en esos momentos necesitaba estar lúcida. Tenía que mantener a Sadie con vida. Tenía que…

De pronto, la negrura del vacío pareció *cambiar*. Como si alguien estuviera retirando envolturas al mismísimo espacio, la batalla entera desplegada ante mis ojos se onduló, separándose en capas, distorsionándose en oleadas y pliegues. Sacudí la cabeza, temiendo por un instante que la inercia de antes pudiera haber provocado algún efecto mental retardado. ¿Qué haría si tenía una emergencia allí fuera? No podía pedir ayuda por radio. No podía solicitar retirarme de la batalla.

De modo que, incluso con Sadie volando a mi ala, seguía estando absoluta y completamente sola cuando aquella sombra profunda oscureció la negrura del espacio, cubriéndola como una mortaja. En la lejanía, más allá de las naves que volaban en círculos, apareció una masa, otra nave tal vez, pero distinta de cualquiera que hubiese visto antes. Tenía un núcleo con agujas que sobresalían, como la cabeza de una descomunal maza de armas. Quizá fuera tan grande como Detritus, pero estaba tan lejos que costaba saberlo a ciencia cierta. Esa masa quedó emborronada al instante por nubes de polvo y unas formas que no existían, que era *imposible* que existieran, rizándose mientras

los pliegues en la realidad parecían deshacerse y volver a cobrar forma por todo el campo de batalla, extendiéndose hacia la inmensidad del espacio. La música de piano crecía y decaía, proporcionando una inquietante banda sonora a la visión.

Tirda, ¿qué era aquello?

Tenía el dedo encima del botón del comunicador, temblando. No dejaba de visualizar una y otra vez la explosión de la nave de Lagartija, por mucho que intentara impedirlo. ¿Estaba perdiendo la cordura? ¿La visión sería una especie de reacción al trauma? Tenía que hablar con alguien, ¿verdad? Tenía que informar de lo que estaba viendo, aunque, a juzgar por las maniobras de las otras naves en el campo de batalla, cada vez me convencía más de no estar alucinando.

No era la única que flaqueaba. Vi naves que estaban en plena maniobra perder el rumbo, dispersarse. El campo de batalla se ensanchó a medida que las naves rehuían el combate en tropel, supuse que para evitar que las derribasen mientras interiorizaban lo que estaban viendo.

O mientras lo intentaban, al menos. Yo no creía que hubiese manera alguna de interiorizar *aquello*. No podía ser real. Los colores y las formas eran demasiado demenciales, demasiado imposibles.

Tenía que ser un holograma, o una ilusión como la que había engañado al padre de Spensa y había hecho que atacara a los suyos. Solo que en teoría esas tácticas afectaban solo a los citónicos, a la gente con defectos —o más bien con ventajas, como empezábamos a descubrir— en sus mentes que les permitían viajar y comunicarse a lo largo y ancho del vasto universo. No deberían poder afectar a todo el mundo.

Y si aquello era un holograma, era tirdosamente grande. ¿Qué había capaz de proyectarlo? ¿Los acorazados enemigos? No habían hecho nada parecido en las semanas que llevaban acechando sobre Detritus, y además, la visión parecía estar teniendo el mismo efecto en las naves de la Supremacía que en las de la FDD. Hice un disparo con mis destructores y vi cómo el polvo se arremolinaba a lo largo de la trayectoria, reaccionando a la fuerza.

Por tanto, al menos el polvo era real. Pero ¿qué era y de dónde había salido?

Me sobresalté cuando la nave de Sadie pasó delante de mí y luego se puso a mi altura. Sadie estaba volando demasiado cerca, tanto que podía mirar por mi cubierta y ver a través de la suya.

Sadie estaba mirándome también, con los ojos ensanchados de terror. Yo ni sabía que hacer ni podía hablar con ella. Me limité a negar con la cabeza.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando. Y por lo visto, estábamos todos igual.

Y entonces, sin previo aviso, los pliegues del espacio parecieron titilar y el extraño fenómeno se esfumó. El campo de batalla se recompuso, claro y nítido, a medida que el polvo desaparecía como absorbido por las grietas en la realidad de las que había salido.

Volvió a temblarme el dedo sobre el interruptor de la radio, pero bajé la mano y aferré el panel de mandos. Me habían ordenado apagar el comunicador y no había recibido la orden de volver a encenderlo.

Por un momento las naves parecieron agruparse, amigos y enemigos replegándose al mismo tiempo, como si todos los pilotos recordaran de pronto que se suponía que debían enfrentarse.

Y entonces las fuerzas de la Supremacía dieron media vuelta, casi como un solo caza, y empezaron a retirarse hacia la enorme nave de transporte. Cuando el enemigo ponía pies en polvorosa no solíamos ir tras él, pero tampoco nos retirábamos sin haber recibido la orden expresa de hacerlo.

¿Sería seguro reactivar el comunicador? Barrí con la mirada el campo de batalla, buscando a otros miembros de nuestro escuadrón, y encontré a Napia y su compañero de ala sobrecargando propulsores hacia nosotras. Cuando se acercaron, invirtieron los impulsores para ralentizarse y situarse junto a mí, seguidos por Tenderete y Gatero. Napia me hizo gestos frenéticos con una mano y señaló su propia radio.

Apagué mi transmisor y reactivé el sistema de comunicaciones.

—¿Napia? —dije—. ¿Qué tirdas era eso?

—El Mando de Vuelo dice que un zapador —respondió Napia—. No sé lo que significa, pero he oído rumores.

Los rumores nos habían llegado a todos. Kimmalyn y algunos otros del Escuadrón Cielo habían estado presentes cuando los ingenieros lograron descifrar el metraje de lo que había sucedido a los antiguos habitantes de nuestro planeta olvidado. Yo no había visto el vídeo, pero me habían hablado de él. Algo enorme se había materializado en el espacio cerca del planeta y había devorado todo y a todos los que vivían en él. Había esperado que fuese más… sustancial, supongo. Más material. Lo que acababa de ver no parecía una criatura en absoluto.

Pero si de verdad había sido eso, ¿cómo era que seguíamos vivos?

—Napia —dije—, Lagartija ha caído cerca de las plataformas armamentísticas. Los krells la han derribado. Hemos intentado salvarla, pero…

—Recibido, FM —me interrumpió Napia—. ¿Estáis seguras de que no ha sobrevivido?

Tragué saliva.

—Afirmativo. Ha caído en espiral dentro del alcance de las baterías. Su nave ha quedado aniquilada.

La radio volvió a quedar en silencio. Napia era la jefa de escuadrón de Lagartija. Yo había fracasado en salvarla, pero Napia ni siquiera había estado allí.

Estaría sintiéndose igual de responsable que yo por la pérdida, tal vez más.

—¿FM? ¿Napia? —dijo Sadie, que acababa de darse cuenta de que podía reactivar la radio—. ¿Qué acaba de pasar?

—Seguro que pronto sabremos más —respondió Napia—. Tenemos orden de reagruparnos, esperar a estar seguros de que el enemigo se marcha y luego regresar a la base.

Tenía sentido. No podíamos abandonar el campo de batalla si pretendían atacar de nuevo. Pero la precaución resultó ser innecesaria. La flota de la Supremacía se congregó en la nave de transporte, que desapareció de la existencia en un parpadeo, como si nunca hubiera estado ahí.

—Tenían un hipermotor —dije a Kimmalyn por un canal privado—. A lo mejor deberíamos haber intentado robarlo.

—Es posible que Spensa nos haya traído uno —respondió Kimmalyn.

Esperaba que así fuera, porque la confusión de aquel combate había hecho más evidente que nunca que estábamos con el agua al cuello. Sí, teníamos mejores pilotos que el enemigo y le habíamos ganado algo de terreno llevando la lucha al espacio. La Plataforma Primaria era un buen lugar desde el que combatir, pero también muy vulnerable a los ataques. Era solo un pequeño paso, apenas significativo si no lográbamos hallar la forma de salir de aquella roca, si no conseguíamos llevar la batalla al enemigo en lugar de solo defendernos.

En términos generales, la autodefensa me parecía una actitud mucho más admirable que el ánimo invasor, pero un pez solo podía vivir un cierto tiempo en la cuba antes de pasar a la freidora.

Estábamos atrapados en Detritus mientras el enemigo podía desplazarse a cualquier lugar del universo y tenía todos los recursos a su disposición. Necesitábamos más. Más material. Más pilotos. Más ayuda. Más de lo que podíamos reunir a partir de lo poco que quedaba de la Flota Desafiante después de estrellarse en Detritus hacía casi un siglo.

Ese día habíamos perdido a Lagartija. Estábamos menguando gota a gota. Yo era piloto. Sabía cumplir órdenes. Y tenía el mejor equipo que existía, aunque le faltaran algunas piezas. Pero no era idiota.

Quizá no tuviera la experiencia de Cobb ni la visión de Spensa, pero sabía que, como no nos las ingeniáramos para cambiar las tornas de la guerra pronto, la humanidad no iba a sobrevivir.

3

Cuatro días después de la batalla, caminaba hacia el comedor de la laberíntica Plataforma Primaria. No sabía para qué se había construido aquella estructura, pero desde luego quien la diseñara no había sentido la imperiosa necesidad de llegar a los sitios con rapidez o facilidad sin un plano muy detallado.

Aún estaba como aturdida. Casi todo el mundo consideraba que la batalla había sido un éxito porque al final el zapador no nos había borrado del mapa. Pero para mí eso significaba solo que habíamos tenido suerte, mucha más suerte que la gente que murió la última vez que un zapador había visitado Detritus, cuando destruyó por completo la civilización que vivía en el planeta antes que nosotros. Y aunque en realidad no sabíamos por qué había aparecido el zapador ni por qué se había marchado, estábamos vivos y no arrasados del todo por ese ser ni por la Supremacía. Debería estar contenta.

Pero no estábamos vivos todos. Lagartija no era la primera amiga que perdía en batalla, y no era la primera por la que me responsabilizaba a mí misma, aunque supiera por lógica que ni la muerte de Bim ni la de Arcada habían sido culpa mía. El zapador se había ido, sí, pero podía reaparecer en cualquier momento. Las tropas de la Supremacía habían huido, sí, pero también era posible que volvieran sin avisar. Y cuando lo hicieran, mis amigos y yo saldríamos ahí fuera a contraatacar. Éramos pilotos. Éramos lo único que se interponía entre los últimos reductos de nuestra especie y la extinción total.

Sabía muy bien por qué lo hacíamos y creía en ese motivo, por mucho que me desagradara lo que nos había hecho como pueblo. Daba la impresión de que saberlo debería hacerme sentir mejor…

Pero no era así. Solo me sentía vacía.

Tras la muerte de Arcada habían enviado a todo mi escuadrón de permiso obligatorio. En esta ocasión nadie estaba de permiso, ni el Escuadrón Pesadilla, ni nosotros, ni ningún otro equipo. Eso significaba que el Mando de Vuelo temía el regreso del zapador, un nuevo ataque de la Supremacía. Y sin embargo, Jorgen, Nedd y Arturo aún no habían vuelto de su misteriosa excursión al planeta. Spensa había vuelto a desaparecer cuando lo hizo el zapador, y Kimmalyn decía que esta vez ni siquiera Cobb sabía dónde había ido.

Razón por la que, al oír el suave trino de la mascota de Spensa, Babosa Letal, pensé que eran imaginaciones mías.

El sonido llegó de más atrás en el pasillo, doblando la esquina en dirección opuesta al comedor. Antes de que Spensa se marchara a su misión secreta, era normal que Babosa Letal apareciera en cualquier lugar de la base, por toda la Plataforma Primaria. Una vez la encontré en el baño de mujeres cerca de las cabinas de limpieza, durmiendo sobre una rejilla calefactora. Le gustaba subírseme al hombro y escuchar la música de mi transmisor por los auriculares, y si le daba caviar de lenguado, podía quedarse conmigo más de una hora.

Seguramente mis padres se quedarían horrorizados si supieran que estaba dando de comer su carísimo regalo a una babosa, pero a Babosa Letal le gustaba el caviar, a mí me gustaba compartir y mis padres no lo sabían, así que todos contentos.

Volví atrás y allí estaba Babosa Letal, acurrucada junto a la rejilla de ventilación, con el aire caliente meciéndole los pinchos azules del lomo.

—¿Qué hay, chica? —dije, arrodillándome a su lado.

La babosa se volvió hacia el sonido de mi voz —yo no estaba muy segura de si podía ver o de cómo percibía las cosas— y aparté la mano de inmediato. Aquella babosa tenía unas marcas azules que bajaban por ambos lados de su cara y casi parecían branquias, cuando la cara de Babosa Letal era toda amarilla. Lo que tenía delante no era Babosa Letal, sino otra babosa del mismo tipo.

La miré sorprendida. Nunca había visto una babosa como aquella antes de que Spensa llevara la suya a la Plataforma Primaria. La había encontrado en la caverna de la superficie donde se quedó a vivir cuando le prohibieron alojarse en la base Alta con el resto de nuestra promoción de cadetes.

¿Qué podía estar haciendo allí arriba *otra* babosa como ella?

—Eh, coleguita —dije, acercándole los dedos y permitiendo que el ser los examinara con su cara bulbosa.

La verdad es que no sabía cómo determinar el sexo de una babosa, si es que lo tenían siquiera. No estaba muy segura de si Spensa había averiguado en algún momento el sexo de Babosa Letal o si había decidido arbitrariamente asignarle el femenino.

Pasé los dedos bajo la barbilla de la babosa. En realidad la cabeza era más bien un bulbo carnoso, sin ninguna estructura ósea, pero sí que tenía un puntito que sobresalía en el lugar donde iría la barbilla. La carne se retrajo un poco al tocarla, y entonces la babosa se deslizó hacia delante y se apoyó en mi mano mientras le rascaba la piel correosa.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Aquí —trinó con suavidad la babosa.

Babosa Letal también hacía lo mismo, repetir palabras y sonidos. Aquella babosa tenía la voz más apagada, o quizá el ánimo más apagado.

La babosa se encogió un poco mientras empezaban a oírse unas pisadas firmes de bota por un pasillo cercano. Los pasos se aproximaron y la babosa se deslizó contra mis rodillas, pegándose a mí, aunque era un poco demasiado grande para poder ocultarse del todo. Jorgen Weight, mi jefe de escuadrón, llegó a toda prisa por la esquina. Jorgen y yo habíamos crecido en la misma caverna y habíamos ido a la misma escuela de primaria, así que nos conocíamos de vista desde niños. Tenía la piel de color marrón oscuro y el pelo negro rizado, y en esos momentos sudaba como si viniera de correr alrededor del huerto que había fuera de la base Alta. Se detuvo de un resbalón y se apoyó las manos en las rodillas, jadeando.

—Ahí está —dijo, mirando hacia la babosa—. Esta es la última. Creo.

—¿La última?

La babosa se acurrucó contra mí y la cogí en brazos, sin acercarle los dedos a la cara. No tenía una boca visible, pero Babosa Letal abría un orificio para poder zamparse el caviar. Le había visto unas hileras de dientes, afilados pero flexibles, y aunque no sabía si aquellos seres tendían a morder, no quería averiguarlo.

—Sí —dijo Jorgen—. Estos diablillos son muy escurridizos. No sé cómo consiguen escaparse de su contenedor.

Vaya.

—¿Estás reuniendo más mascotas para Spensa? —le pregunté. Me parecía un poco lamentable, incluso para tratarse de Jorgen. Spensa y él llevaban desde antes de que dejáramos la base Alta babeando el uno por el otro. Estaba bastante segura de que Jorgen lo consideraba un secreto bien guardado.

—No exactamente —respondió él.

—Venga, en serio, ¿dónde os habíais metido?

Tenía que haber alguna explicación aparte de la que nos habían dado los altos mandos. Jorgen suspiró.

—Ven conmigo. Si consigues volver a meter ese bicho en el contenedor con los demás, te lo explico todo.

Bajé la mirada a la babosa y su cara pivotó dócil hacia mí. Quería saber lo que habían estado haciendo Jorgen y los demás en el planeta, y devolver la babosa a un contenedor tampoco parecía una tarea agotadora. Sabía reconocer un buen trato a simple vista.

—Hecho —le dije.

Seguí a Jorgen por el pasillo hasta un almacén casi vacío, con dos grandes contenedores apilados en el centro y más contra la pared. Encima del montón del centro estaba sentado Nedd, uno de nuestros jefes de escuadrón asistentes. Alto y ancho de hombros, me hacía sentir pequeña a su lado, cosa que poca gente lograba. Arturo, el otro jefe de escuadrón asistente, estaba apoyado en la pared junto a la puerta. Era unos centímetros más bajo que yo, con la piel morena y el pelo oscuro.

—¡FM! —gritó Nedd, mucho más alto de lo necesario—. ¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo —respondí a Nedd con mucho menos entusiasmo mientras Arturo le lanzaba una mirada.

Nedd era experto en no captar las indirectas. Un mes antes, estando de permiso, me había arrinconado para pedirme salir. Yo ya llevaba un tiempo siendo consciente de su interés, y Nedd es un chico guapo y tal, pero en realidad no es mi tipo, así que le dije a las claras que prefería que fuésemos amigos. Se lo tomó bastante bien, pero desde entonces se mostraba demasiado amistoso conmigo, como si quisiera demostrar lo poco rara que era la situación haciéndola… más rara.

Que era precisamente por lo que no había hecho caso a su interés desde un principio.

Jorgen hizo un gesto a Nedd para que bajara de los contenedores, que nos llegaban a la altura de las rodillas.

—¿Las tenemos todas ya?

—No lo sé —respondió Nedd—. He pensado que si me sentaba encima se quedarían dentro… pero la tapa ya estaba cerrada de camino hacia aquí, así que no sé cómo se nos han podido escapar.

—Son escurridizas —dije, aunque en realidad no lo eran, en sentido literal. Al pasar la mano por el lomo de la babosa, era más bien como

acariciar unas botas de cuero bien lustradas—. Babosa Letal se escapaba de la habitación de Spensa a todas horas, hasta teniendo la puerta cerrada con llave. —Me volví hacia Jorgen—. Pero creo que me debías una explicación.

—Solo cuando la babosa esté en el contenedor —repuso Jorgen, retirando la tapa y señalando dentro.

—¡Contenedor! —flautearon un par de babosas, sus voces ecos mutuos.

Yo aún no entendía por qué era tan importante tener a la babosa allí dentro, pero le rasqué la cabeza una vez más y la acomodé en el contenedor…

… junto a otras muchísimas babosas que lo llenaban, todas subiéndose unas encima de las otras. Había varias que también eran azules y amarillas, pero muchas de otros colores que nunca había visto, algunas violetas con pinchos naranjas y otras rojas con franjas negras.

—¿De dónde las habéis sacado? —pregunté—. ¿Y qué hacen aquí?

No creía que Cobb hubiera puesto en marcha ningún tipo de programa piloto de apoyo a los animales, aunque tampoco me habría importado tener una babosa de mascota. Para tratarse de unas criaturas de aspecto tan inhumano, eran muy amistosas y reconfortantes.

O quizá era que yo llevaba demasiado tiempo añorando la sensación de estar en casa.

—No sé lo que os contó Cobb sobre dónde íbamos —empezó a decir Jorgen.

—Nos dijo que estabais de permiso para descansar —respondí—. Los tres. A la vez. Cosa que no me creí ni por un momento.

—Bien —dijo Nedd—, porque si se suponía que ese viaje iba a ser relajado…

—Fuimos a buscar algo allá abajo, en las cavernas —siguió Jorgen—. Algo que emitía la misma vibración que Spensa oía de las estrellas.

Me quedé mirándolo.

—¿Fuisteis a buscar algo que hace una vibración que no oye nadie más que ella?

Jorgen bajó la mirada al suelo, nervioso.

—Ah —dije.

—Sí —confirmó él—. Tengo el defecto, igual que Spensa.

—Te repito que no lo llames así —intervino Arturo—. Poder trasladarte por todo el universo con la mente no es defectuoso. Es alucinante.

—Solo se *supone* que puedo viajar por el universo —dijo Jorgen—. En la práctica, no tengo ni idea de cómo se hace. Spensa sí que lo ha hecho, pero no

está para explicármelo. Y las vibraciones que sentí procedían de… —Miró dubitativo hacia el contenedor lleno de babosas—. De ellas.

Contuve una risita.

—Así que Spensa habla con las estrellas y tú hablas con… babosas.

Jorgen me miró como si ya lamentara haber empezado a contármelo, así que seguí hablando para intentar quitarle hierro al asunto.

—O sea, son unas babosas muy monas. Y tienes una caja llena, lo cual está…

—Bien —dijo una voz desde el pasillo. Cobb apareció en el umbral, vestido con su uniforme de almirante y contemplándonos a todos con expresión adusta—. Está muy bien.

Cobb entró cojeando en la habitación seguido de Gali, que había pertenecido a nuestro escuadrón cuando empezábamos a entrenar, pero luego se había pasado al Cuerpo de Ingeniería. En realidad se llamaba Rodge, pero nuestro escuadrón usaba su identificador de vuelo para referirse a él, igual que hacían conmigo. Gali era casi tan alto como Nedd, larguirucho, con la piel pálida y el pelo de un rojo brillante. Era guapo, con cierto aire de cerebrito. Todo el mundo decía que era un genio. Ojalá hubiéramos podido conocernos un poco mejor antes de que dejara el Escuadrón Cielo.

Cobb echó un vistazo a las babosas dentro del contenedor.

—Por lo visto, estos bichos se llaman taynix. ¿Por qué tienen varios colores?

Jorgen parecía horrorizado por no tener respuesta a la pregunta.

—No lo sé. ¿Podrían ser de distintos tipos? ¿Por qué nosotros tenemos distintos colores de pelo, señor?

—No tendría que haber preguntado —dijo Cobb—. Pero ¿son todas citónicas? ¿De eso estás seguro?

—Las encontramos a todas en la misma zona —respondió Jorgen—. En la caverna donde oí los… sonidos. Me cuesta oírlas de una en una o de dos en dos, pero el contenedor entero parece que… vibra. Es difícil de describir.

Gali lo miró pensativo.

—A lo mejor solo hay un tipo que sea citónico por naturaleza. O podría ser que los colores no tengan importancia y tengan todas las mismas afinidades naturales.

Vaya. Nunca había oído salir tantas palabras de la boca de Gali de una sola vez. Al parecer, no era un genio de los que hablaban poco.

—No sé qué clase de afinidad podrían tener —dijo Jorgen—, pero las he traído para que podáis experimentar con ellas.

—¿Experimentar con ellas? —pregunté—. No iréis a hacerles daño, ¿verdad?

—No —dijo Cobb—. Estas criaturas son demasiado valiosas para desperdiciarlas. Son hipermotores.

Todos lo miramos boquiabiertos. Bueno, todos menos Gali, que ya debía de saberlo. Gali nos miró a los demás, pero cuando sus ojos encontraron los míos, de pronto desarrolló un tremendo interés por sus uñas.

—¿Señor? —dijo Jorgen—. ¿Las babosas son hipermotores? ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Spensa —respondió Cobb.

—¿Spensa ha vuelto? —preguntó Jorgen. Su tono esperanzado fue tan adorable que hasta Nedd, con su torpeza social, tuvo que darse cuenta.

—*Había* vuelto —dijo Cobb. Yo estaba segura al noventa y nueve por cien de que Cobb también estaba al tanto del festival de atracción entre Jorgen y Spensa, pero prefería no decir nada al respecto. O quizá sí que había dicho algo, pero no delante de los demás—. Apareció justo antes que la flota de la Supremacía y se marchó cuando se retiraron. No había podido robar la tecnología de hipermotores, pero descubrió que estos bichos —añadió señalando el contenedor— son la clave.

—Se ha ido —dijo Jorgen—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos —respondió Gali.

La expresión de Jorgen decayó al instante, y Gali pareció solidarizarse con él. Spensa y Gali habían crecido juntos. Eran muy amigos, y yo siempre había sospechado que Gali estaba colado por ella, porque la seguía como un cachorrito. Me pregunté si Spensa le habría contado lo que estaba pasando entre ella y Jorgen. Costaba imaginar a Spensa hablando de sus sentimientos… en cualquier circunstancia.

—Le tengo tanto cariño a Peonza como el que más —dijo Nedd, aunque estaba bastante segura de que no era cierto—. Pero ¿no debería preocuparnos un poco más el hecho de estar sentados sobre una caja llena de hipermotores?

—Ya no estás sentado encima de ella —señaló Arturo.

—Y menos mal, porque, si es verdad, ¡estas babosas valen más que todas las naves de la FDD juntas!

—Desde luego que sí —dijo Cobb—. Pero estos bichos no tendrán ningún valor si no averiguamos cómo funcionan.

Era cierto desde el punto de vista estratégico, pero no me gustaba la idea de que aquellos seres vivos se considerasen materiales sin ningún valor a menos que resultaran útiles. No me hacía ninguna gracia que pudieran

experimentar con ellos igual que hacían con las ratas de laboratorio allá en casa.

—No lo sé —caviló Gali—. Es posible que la Supremacía les extraiga los órganos citónicos y los utilice para construir sus hipermotores. Pero el hipermotor de M-Bot estaba en una caja. A lo mejor es la jaula donde llevaban a las babosas que usaban para transportarse.

—Eh, Jorg —dijo Nedd—, ¿dónde crees que tienes tú los órganos citónicos?

—Cierra el pico, Nedd —espetó Arturo, supuse que porque Jorgen era demasiado reservado para cortar así a Nedd delante de Cobb, aunque el almirante ni se inmutó.

—En realidad esas babosas son bastante inteligentes —dije. Babosa Letal sobre todo imitaba sonidos, pero una vez le enseñé a decir «por favor» antes de darle cada mordisquito de caviar. Fue adorable—. Desde luego, no son bichos.

—¡Bichos! —exclamó una babosa desde el contenedor.

—No te estás haciendo ningún favor —le dije.

—Me trae sin cuidado que sean unos genios —zanjó Cobb—. Tenemos que descubrir cómo usar las babosas para salir de este planeta antes de que la Supremacía vuelva con unas fuerzas que no podamos repeler. Ya lo han hecho una vez. Si no hubieran dado media vuelta y se hubieran marchado por iniciativa propia, podría haber sido nuestro final. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dijo Jorgen, y los demás lo imitamos.

En realidad no era decisión mía. Al igual que con mis amigos, había muy poco que pudiera hacer para proteger a aquellas babosas.

—Galimatías y Jorgen, os pongo al mando de la investigación.

—¿Señor? —dijo Jorgen—. No sé nada sobre animales.

—La asamblea quiere que nos concentremos en la defensa, y no se lo reprocho. Así que el Cuerpo de Ingeniería está ocupado con las plataformas defensivas. Nos prestan a Gali porque es quien más experiencia tiene con esta tecnología, gracias a haber trabajado en M-Bot. Y tú eres citónico, y las babosas son un… asunto citónico.

Cobb movió el brazo hacia las babosas y se las ingenió para sonar confiado aunque no supiera la palabra adecuada. Yo ni siquiera estaba segura de que existiera una palabra adecuada. Estábamos todos en territorio desconocido.

—Señor, me gustaría ayudar —dije.

Cobb me miró.

—Bien. FM os ayudará. Quiero un informe de vuestros progresos dentro de veinticuatro horas.

Gali palideció incluso más.

—No sé si tendremos resultados dentro de…

—Solo quiero saber lo que hayáis averiguado. Ya sé que tú y tus amigos ingenieros querríais tener un mes para trastear y diseñar experimentos, pero no tenemos ese tiempo ni de lejos. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —dijo Gali.

—Lo primero es impedir que escapen —afirmó Jorgen—. No paran de salir del contenedor.

—Espero que mañana tengáis algo más para mí que la forma de mantener a un animal enjaulado —dijo Cobb.

—Usted no se las ha visto con estos animales, señor.

Era raro que no dejaran de escaparse. El contenedor parecía bastante seguro, y no daba la impresión de que las babosas tuvieran la fuerza suficiente para levantar la tapa. Desde luego, no con Nedd sentado encima. Hasta Nedd se habría dado cuenta si lo hicieran.

—¿Creéis que lo hacen hipersaltando? —pregunté.

Jorgen y Cobb me miraron sorprendidos, y luego todos bajamos la vista hacia las babosas. Una de la variedad violeta y naranja subió al lomo de una amiga y su cara bulbosa se arrugó, mirándonos especulativa.

—Babosa Letal se escapaba del dormitorio de Spensa a todas horas —añadí—. ¿Y alguien ha visto a estos seres moverse por ahí? Parece que… aparecen en sitios, sin más.

—Sí, sería una explicación —dijo Jorgen—. La que ha encontrado FM desde luego había recorrido terreno muy deprisa.

—Si ese es el caso, a lo mejor podríamos probar a no retenerlas —propuso Gali—, y ver qué pasa.

Cobb dio sendas palmadas a Gali y Jorgen en los hombros.

—Eso lo dejo en vuestras manos.

—¿Señor? —Una ayudante de Cobb se había asomado al almacén desde el pasillo—. Tiene a invitados esperándolo en el centro de mando.

—¿Qué invitados? —preguntó Cobb.

La ayudante nos miró a los demás, como si no estuviera segura de que debiera responder.

—La Asamblea Nacional ha enviado a unos representantes para hablar con usted de la defensa planetaria, señor. Jeshua Weight es una de ellos.

Todos miramos a Jorgen. Su madre era una famosa piloto que había combatido en la batalla de Alta junto a Cobb. Era una leyenda, incluso entre los pilotos. En los últimos tiempos trabajaba sobre todo con su marido, el padre de Jorgen, que era un líder de la Asamblea Nacional.

—¿Sabías que tu madre estaba aquí? —preguntó Nedd.

—No —dijo Jorgen—. Llevaba días con vosotros, ¿te acuerdas?

—No sé yo —dijo Nedd—. ¿La abuela de Spensa no decía que podía leer los pensamientos de la gente?

—Yo no sé hacerlo —restalló Jorgen. Sonó más molesto consigo mismo que irritado con Nedd, como si ser citónico debiera venir con un manual de usuario.

Así era Jorgen. Seguramente de verdad pensaba que los poderes citónicos deberían traer un manual.

—No voy a hacerla esperar —dijo Cobb—. Quiero ese informe mañana.

Y salió a zancadas del almacén, dejándonos a todos alrededor del contenedor lleno de babosas.

—Muy bien —dijo Jorgen, asintiendo con decisión—. Gali quiere observar a las babosas para ver qué pasa cuando escapan. Nedd, Arturo y yo llevaremos estos contenedores al hangar de ingeniería para que Gali pueda montar su instrumental.

—¿Y qué hago yo? —pregunté. No iba a quejarme de que no me pidieran cargar cajas, pero desde luego tampoco permitiría que Jorgen me apartara de la investigación.

—Tú te encargarás de mantener a las babosas en el contenedor —dijo Jorgen—. Las buscarás si escapan, y a lo mejor podrías etiquetarlas a todas de algún modo para poder llevar la cuenta.

Miró a Gali. Yo había supuesto que estaba inventándose cosas sobre la marcha al hablar de que Gali montara su «instrumental», pero la verdad es que no sabía muy bien a qué se dedicaban en ingeniería, así que no iba a señalarlo y revelar mi propia ignorancia.

De pronto, Gali pareció muy incómodo.

—Me parece bien.

No sonaba a que le pareciera muy bien. Sonaba a que pensaba que tal vez yo fuese demasiado incompetente para hacer de niñera de los taynix. Pero Jorgen asintió como si todo fuera de maravilla.

—Vale, ya habéis oído a Cobb. A trabajar. —Jorgen contó las babosas del contenedor—. Tirda, ya vuelve a faltarnos una.

Todos me miraron. Pensé que quizá habría sido más fácil que me pusieran a cargar cajas.

—Iré a buscarla, supongo.

—Creo que nos interesaría que FM fuera dejando marcadores en los sitios donde encuentra a las babosas —dijo Gali a Jorgen—. Para estimar las distancias más habituales.

—FM está aquí mismo —repliqué—. Y si me das esos marcadores, dejaré uno cuando encuentre a esta.

—Eh… vale —dijo Gali. Parecía avergonzado, pero seguía sin mirarme a los ojos.

Al parecer, mi interés en conocerlo mejor no era correspondido. Lástima, porque había una grave carencia de cerebritos atractivos de mi edad con los que pasar el rato en la Plataforma Primaria. Sobre todo a los que no hubiera visto durante meses hacer competiciones para ver cuántos identificadores de vuelo podían eructar seguidos.

Me dije que no importaba. Tenía trabajo que hacer, así que di media vuelta y me marché a buscar a un taynix.

4

A lo largo de las siguientes horas, me convencí por completo de que las babosas estaban teleportándose fuera del contenedor. Las amarillas y azules desaparecían cada dos por tres, estuviera puesta la tapa o no. A veces las encontraba reptando por alguna otra parte del hangar de ingeniería. A veces estaban fuera en la entrada, o pasillo abajo. En unas pocas ocasiones tuve que subir hasta el centro de mando o salir al hangar de aterrizaje para encontrar a las babosas todas cómodas en la butaca de alguien o sobre el ala de un caza.

No parecía haber manera de impedir que lo hicieran, pero eran solo las amarillas y azules las aficionadas a vagar por ahí. Las demás se quedaban en su contenedor, subiéndose unas encima de otras. Las babosas que se teleportaban tendían a desaparecer menos si les ponía música de mi transmisor, así que lo dejé con una canción lenta y melódica en bucle junto al contenedor. Las babosas trinaban repitiendo las notas. Si la música molestaba a los ingenieros, parecieron aceptarla como parte imprescindible del proceso científico, porque no me pidieron que la quitara.

Regresé al hangar de ingeniería con mi viajero más frecuente, la babosa con las marcas azules parecidas a branquias. Temblaba un poco, como solían hacer todas después de que las encontrara, sobre todo si las pillaba deprisa. Se sobresaltaban al notarme acercándome, como si algo les diera miedo.

Buscarlas por toda la plataforma no era mi pasatiempo favorito, pero me evitaba pensar en Lagartija, cosa que agradecía.

—Bueno —dije a Gali—, por lo menos ya tienes un montón de datos sobre lo lejos que llegan.

Gali estaba sentado a su mesa, estudiando lo que imaginé que serían dichos datos, aunque podría haber sido cualquier otra cosa. Ni siquiera

levantó la mirada.

—Sí —dijo—. Gracias.

Fruncí el ceño a su nuca. Desde que habían llamado a Jorgen para hablar con su madre poco después de que llegáramos a ingeniería, Gali volvía a usar solo frases de una palabra. Quizá yo no fuese la persona más chispeante del lugar, pero seguía doliéndome que apenas pareciera ni darse cuenta de que estaba allí. O peor, que se diera cuenta pero no le pareciera bien.

Rasqué en la cabeza a mi fugado más reciente, al que había llamado Branquia por motivos obvios, y luego conté las babosas. Volvía a tenerlas todas, o por lo menos todas las que había cuando me hicieron responsable de ellas. Estaban desapareciendo cada vez con más frecuencia, y creía saber por qué.

—Creo que es hora de darles de comer —dije a Gali, sin apartar la mirada de las babosas. Aún intentaba pillar a alguna teleportándose, cosa que no parecían hacer nunca mientras las miraba—. ¿Sabes cómo hay que hacerlo?

Entones Gali sí que me miró, pero fue con una expresión aterrorizada, parecida a la de Jorgen cuando Cobb le había preguntado por qué las babosas eran de varios colores.

—¿Sabes qué se les da de comer? —pregunté de nuevo—. Creo que se marchan más deprisa porque están hambrientas, y no tengo bastante caviar para todas.

—¿Caviar? —dijo Gali—. ¿Por qué les das…?

—Hay setas en un contenedor —lo interrumpió Jorgen, y al volverme lo vi en la puerta—. Supusimos que era lo que comían porque había un montón en la caverna donde las encontramos. Parece que les gustan bastante.

Fue hasta otra caja y levantó la tapa. En efecto, estaba llena de unas setas con el sombrero muy ancho, de distintos tonos crema y marrones. Branquia trinó ansioso. Le di la primera a él y dejé caer varias más en uno de los contenedores de las babosas. Los seres se movieron hacia las setas, amontonándose todos juntos. Con un poco de suerte, así se quedarían en su sitio un rato.

—¿Qué tal ha ido con tu madre? —pregunté a Jorgen.

—Es complicado. Parece que la Asamblea Nacional se ha asustado por la aparición del zapador y ahora quieren meter más baza en lo que hace la FDD. Cobb no está nada contento.

Era comprensible. Tampoco era que la Asamblea Nacional tuviera ninguna experiencia práctica con la Supremacía, y mucho menos con un zapador.

Pero claro, con un zapador tampoco la teníamos nosotros.

—Y no es solo eso —dijo Jorgen—. La asamblea ha logrado interceptar algo de información procedente de las redes de datos de la Supremacía. Dicen que fue Spensa quien apartó al zapador de Detritus. Y luego parece que lo volvió contra ellos.

Gali y yo lo miramos boquiabiertos.

—¿Crees que será verdad? —pregunté.

—Tal vez —dijo Jorgen—. Si hay alguien capaz de liarse a bofetadas con un monstruo espacial, es ella.

No le faltaba razón. Las cosas que lograba Spensa podían llegar a ser un poco míticas. Si no la conociera bien, podría haber pensado que era algo más que humana.

—Si es así —dijo Jorgen—, necesitamos que vuelva. La Supremacía no parece saber dónde ha ido. Sí que se los ve bastante seguros de que no está aquí. Están contactando con toda su gente, ordenándoles movilizarse para destruirnos mientras no tenemos a nuestra citónica.

—No saben que te tenemos a ti —dije.

El rostro de Jorgen se ensombreció.

—Pero yo no sirvo de nada hasta que descubra cómo usar mis poderes. O hasta que descubramos cómo usar a estas de aquí.

—¿Eso es lo que quiere tu madre? —pregunté—. ¿Supervisar el desarrollo de los hipermotores?

—Mi madre quiere supervisarlo todo —respondió Jorgen—. O mejor dicho, la asamblea pretende hacerlo. Creo que han decidido que, como mi madre estuvo tanto tiempo en la FDD, será un buen enlace para iniciar la negociación.

—¿Y tú no estás de acuerdo?

—Creo que tiene sentido —dijo Jorgen—. Pero mi madre… se alegra menos de que confesara a Cobb que tengo el defecto. Debía ser un secreto familiar.

Comprendía por qué llevaban tanto tiempo sin revelarlo. Al fin y al cabo, la Supremacía se había aprovechado del padre de Spensa, había explotado sus poderes para volverlo contra sus aliados. Eso… no podía pasarle a Jorgen… ¿verdad?

—Pero ahora ya no puedes mantenerlo en secreto, ¿a que no? Vienes a ser nuestra única esperanza.

—Spensa era una esperanza mejor —dijo Jorgen—. Creo que mi madre está preocupada por lo que me pasará si empiezo a experimentar con mis

poderes.

Eso también tenía sentido. Me pregunté si los padres de Jorgen serían los responsables de que los ingenieros estuvieran centrándose en la defensa y no en los hipermotores, lo cual pondría a Jorgen en más peligro.

—Spensa encontrará el camino a casa —dije—. Ya lo ha hecho antes, y volverá a hacerlo.

Jorgen me miró con suspicacia, como si se preguntara por qué intentaba reconfortarlo acerca de Spensa. Si Gali no hubiera estado presente, quizá le habría dicho que sabía lo que sentía por ella. Gali nos observaba curioso desde su mesa, y creo que era la vez que más tiempo seguido pasaba dignándose a mirarme.

—Seguro que está bien —respondió Jorgen—. Y Cobb y la Asamblea Nacional sabrán lo que debemos hacer. Solo tenemos que descubrir cómo convertir estas babosas en hipermotores.

—Poca cosa —dije.

Los dos nos quedamos mirando las babosas, que se habían terminado las setas y estaban deslizándose por el enorme contenedor en busca de más. Les eché unas pocas y empezaron a devorarlas mientras ponía de comer también al otro contenedor de babosas. Jorgen suspiró y se volvió hacia Gali.

—¿Qué sabemos hasta ahora?

—No mucho —dijo Gali—. He agregado los datos generados por FM con los rastreadores. Las babosas no suelen alejarse mucho, unos doscientos metros como máximo, pero la mayoría acaban a menos de veinte de aquí.

—Pero creemos que están hipersaltando —repuso Jorgen.

—No le encuentro otra explicación —dije—, a no ser que de pronto se muevan muy muy rápido cuando no miramos. Y tendrían que hacerse invisibles. Y abrir contenedores y volver a cerrarlos.

—Vale —dijo Jorgen—. Si ya hipersaltan, lo más seguro es que no tengamos que diseccionarlas. Solo nos falta descubrir cómo hacer que recorran más distancia y que vayan donde nosotros queremos.

—Y que os lleven con ellas —matizó Gali.

—Exacto.

—¿Cómo harás que vayan donde quieres? —pregunté—. No es que puedas darles indicaciones.

Las babosas eran lo bastante listas para imitar palabras sencillas y salir de espacios reducidos, pero no me atrevería a dar un mapa a una y relajarme confiando en que me enviara al otro lado del universo.

—Cuando Spensa se fue a Estelar, esa chica alienígena, Alanik, le introdujo unas coordenadas en la mente —dijo Jorgen—. Supongo que lo haría citónicamente. Igual que la abuela de Spensa decía que la oía hablarle desde Estelar. Yo no sé hacerlo, pero si pudiéramos comunicarnos así con las babosas…

—Lástima que no podamos preguntar a la alienígena —comentó Gali, y Jorgen asintió.

Alanik había caído derribada por las plataformas armamentísticas al llegar a Detritus y todavía estaba en el hangar médico, inconsciente. Me daba la impresión de que los meditécnicos confiaban en que pudiera curarse ella sola, porque no sabían lo suficiente sobre su anatomía para hacer mucho más que mantenerla sedada y esperar.

Las babosas terminaron su segundo plato de setas y empezaron a olisquear a su alrededor. Estaba claro que tendríamos que enviar un equipo a recoger más. Supuse que debían de abundar en algún lugar de las cavernas, porque las babosas parecían haber sobrevivido allí abajo sin problemas.

Saqué unas cuantas setas más de su contenedor y vi que la capa inferior… se movía. Cuando la levanté, encontré a otras dos babosas amarillas y azules, gordas y satisfechas y tumbadas en un sombrero enorme a medio comer.

—Míralas, qué listas —dije.

Si era verdad que las babosas habían estado saliendo en busca de alimento, por lo menos algunas lo habían encontrado. Saqué de ahí las dos babosas, una de las cuales tenía una cresta azul particularmente larga en el lomo, que cayó lacia a un lado cuando estornudó, y las dejé de nuevo en su propio contenedor.

—Bueno —dijo Gali—, he construido una caja hecha del mismo metal que la que, según M-Bot, era su hipermotor.

Jorgen estudió la caja con atención.

—¿Y qué hace?

—Nada —respondió Gali—. Solo es una caja.

—Muy bien, ¿y qué propósito tenía en el diseño de M-Bot? —preguntó Jorgen.

—Mi hipótesis —dijo Gali— es que servían para retener a la babosa y que no se colara por toda la nave, ni que se teleportarse fuera del casco y muriera en el espacio. O aunque pudieran sobrevivir sin atmósfera, para que no dejaran varado al piloto si se escabullían en pleno vuelo.

Gali volvía a hablar por los codos desde que Jorgen estaba presente. ¿Sería que había hecho algo que lo ofendiera? No tenía ni la menor idea de lo

que podía ser.

—Muy bien —dijo Jorgen—. Así que las babosas no podrán hipersaltar fuera de la caja.

—En teoría, no —repuso Gali—. Tendremos que meter alguna dentro para comprobarlo. Y también creo que la caja puede hacer que la babosa se lleve la nave consigo cuando hipersalta, pero no sé muy bien cómo.

—En otras palabras, no sabemos cómo hacer que se desplacen —dijo Jorgen—, pero, si decidieran hacerlo, ¿teleportarían la caja entera?

—Es posible —asintió Gali—. Habrá que averiguarlo.

—Estupendo —dijo Jorgen—. FM, saca un par de babosas y mételas en la caja de Gali.

—Sí, señor —respondí.

Me salió en un tono más sarcástico del que pretendía. A fin de cuentas, yo misma me había ofrecido voluntaria para cuidar a las babosas. Jorgen me lanzó una mirada, pero no le hice caso y saqué otras dos babosas azules y amarillas del contenedor. Eran de las menos inquietas y me dejaron acariciarlas un momento antes de dejarlas en la caja de Gali y cerrar la oscura tapa metálica.

Tanto Gali como Jorgen clavaron la mirada en la caja.

—Creo que nos daremos cuenta si desaparece —dije. Lo cual sería más probable que sucediera si no hubiera dado de comer a las babosas hacía pocos minutos. Decidí no mencionarlo.

—Cierto —dijo Jorgen.

Gali me miró nervioso, y luego a Jorgen.

—Igual deberías intentar que una se traslade a propósito. Aunque no tengas coordenadas que darle, ¿podrías tratar de averiguar cómo comunicarte con ella?

—¿Quieres que hable con una babosa? —Jorgen bajó la mirada hacia las que ocupaban el contenedor.

—Yo hablo con ellas —repliqué—. No hace falta que lo digas como si fuese de locos. A lo mejor es más fácil con una que tengas a la vista. Así puedes ir conociéndola.

Jorgen me dio a entender con una mirada que, en su opinión, era muy factible que la loca fuese yo. Pero aun así se agachó sobre el contenedor para mirar las babosas. Las rojas y negras se habían terminado las setas antes que las demás y estaban paseándose satisfechas y flauteando flojito. Tenían una forma de cantar musical, aunque su tono era más bajo y profundo que los trinos de las amarillas y azules. La tesitura de las violetas estaba entre una y la

otra. En conjunto sus voces resultaban tranquilizadoras, pero también un poco escalofriantes.

—¿Alguien tiene alguna sugerencia de cómo debería hacerlo? —preguntó Jorgen.

—Empieza haciéndote amigo de una —propuse—. Podrías ponerle nombre.

—No son mis amigas —dijo Jorgen—, y no pondremos nombre a los sujetos de experimentos.

—Yo ya lo he hecho: ese es Branquia. —Lo señalé y luego moví el dedo hacia las dos babosas extragordas que había encontrado en el contenedor de setas—. Y estoy pensando que esas dos deberían llamarse Feliz y Mofletes.

Gali sonrió y le salieron unos hoyuelos adorables. Era monísimo cuando no me hacía desaires. «Concéntrate, FM».

—Te toca —dije a Jorgen—. Ponle nombre a una.

—¿En serio? —protestó él—. ¿Se supone que eso me ayudará a descubrir cómo hablar mentalmente con las babosas?

Me apoyé una mano en la cadera. Comprendía que a Jorgen le gustaba estudiarlo todo bien antes de hacer nada, pero estaba comportándose como un crío.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

Jorgen dio un quejido, pero se agachó y recogió una babosa morada y naranja. La pobre soltó un gañido agudo.

—La aprietas demasiado —dije.

—No creo que esté haciéndole ningún daño irreparable.

—No, pero si las trataras con un poco más de delicadeza, tal vez les caerías mejor.

—¡Me da igual caerles bien! —exclamó Jorgen—. Solo quiero averiguar cómo se usan y así tener las herramientas que necesitamos para combatir a la Supremacía.

Lo miré entornando los ojos. En general, opinaba que Jorgen era un excelente jefe de escuadrón. Un poco demasiado rígido, un poco demasiado interesado en cumplir las normas, pero cuidaba de los pilotos a su cargo y se molestaba en asegurarse de que todos estábamos bien aunque, en lo personal, le resultara incómodo hacerlo.

Pero Spensa le había puesto el apodo de Caracapullo nuestro primer día como cadetes, y en esos momentos me pareció que tenía bien merecido el identificador de vuelo.

—No pasa nada —dije a la babosa que Jorgen tenía en la mano, sobre todo para incordiarlo a él—. A los demás también nos trata así.

—¡Venga, a ver! —intervino Gali—. Jorgen, ¿sientes alguna cosa? ¿Como esa vibración de la que hablabas?

—No lo sé —respondió Jorgen—. El caso es que sí que las oigo en conjunto… tarareando, supongo. Cantando en mi mente.

—¿Puedes tararearle tú a ella? —propuse.

Jorgen me miró furioso, aunque era una sugerencia de lo más razonable. Levanté las manos.

—Tenemos que experimentar con ellas, ¿verdad? Como mínimo, podrías intentarlo.

—Bien, pero no pienso ponerle nombre.

—¡Bien! —trinó la babosa a Jorgen.

—Creo que acabas de hacerlo —dije—. Bien.

—¡Bien! —convino el taynix, entusiasmado.

—De acuerdo, *Bien* —dijo Jorgen—. Y ahora, silencio. Voy a tararearle.

Jorgen miró a Bien con los ojos entornados y luego los cerró del todo. Estuvo así un momento y entonces empezó a canturrear, haciendo un sonido que podría describirse como desafinado si no fuese tan completamente disonante.

Kimmalyn apareció en el umbral.

—¿Está estreñido? —preguntó.

Lo más probable era que Nedd y Arturo le hubieran contado lo que estábamos haciendo con las babosas y Kimmalyn hubiera decidido pasarse a echar un vistazo.

Jorgen abrió los ojos de sopetón y dejó caer a Bien en el contenedor, más de medio metro hacia abajo. El taynix soltó un trino grave y malhumorado. Me agaché para rascarle el lomo a modo de disculpa en nombre de Jorgen, aunque él no parecía lamentarlo en absoluto.

—No —respondí a Kimmalyn—. Intenta comunicarse con las babosas. Citónicamente.

—¡Cerrad la puerta! —ordenó Jorgen—. Tampoco hace falta que se entere todo el mundo.

—¿El tatareo ha dado algún resultado? —preguntó Gali.

—Me ha hecho sentir idiota —dijo Jorgen.

—Es lo que dice la Santa —terció Kimmalyn—. «Me siento, luego soy».

Jorgen le lanzó una mirada asesina, pero Kimmalyn solo le devolvió una sonrisa inocente. Jorgen suspiró y miró hacia la caja del hipermotor.

—¿Qué hay de esas babosas? ¿Aún están dentro?

Abrí la tapa y miré.

—Sí, las dos. Creo que están dormidas.

Una estaba haciendo un sonido como de resuello con la cresta que pensé que podría ser un ronquido. Jorgen bajó la mirada hacia el contenedor.

—A lo mejor sería más fácil si hubiera menos babosas. No puedo concentrarme en tantas a la vez. FM, saca tres, una de cada color.

Por lo menos yo sería más delicada con ellas. Gali me trajo una caja de cartón y yo, con mucho cuidado, recogí al violeta Bien, al amarillo Branquia y una de las rojas y negras que aún no tenía nombre.

—Voy a tararearles —dijo Jorgen—. Y los demás vais a reservaros vuestros comentarios. Es una orden.

—Benditas sean tus estrellas —dijo Kimmalyn.

Me mordí el labio para contener una risita. El canturreo de Jorgen sonaba como un animal herido. Al terminar, Jorgen suspiró.

—Esto no funciona. A lo mejor debería quedarme a solas con ellas.

—Sigo pensando que deberías tratarlas mejor —le dije—. Establecer un vínculo con ellas.

Jorgen puso los ojos en blanco.

—No sé de qué serviría.

—Spensa tiene un vínculo con su babosa, ¿verdad? A lo mejor así es como descubrió que era un hipermotor.

—No sabemos cómo averiguó Spensa que Babosa Letal es un hipermotor.

—Solo intento ayudar —dije—. Tú eres quien me nombró especialista en bienestar de babosas.

Jorgen se quedó mirándome.

—¿Qué?

A mí me parecía más que evidente.

—Especialista en bienestar de babosas. Mi función es cuidar de las babosas.

—FM —dijo Jorgen—, sabes lo mismo sobre estas babosas que los demás.

—Mentira —repliqué—. Me hice amiga de la babosa de Spensa.

—Te hiciste…

—Amiga —repetí—. De Babosa Letal. ¿Te acuerdas de ella?

—Pues claro que me acuerdo —dijo Jorgen—. Se suponía que ese bicho debía quedarse en el dormitorio de Spensa, pero no paraba de aparecer por toda la plataforma. Una vez la encontré en la cabina de mi nave, ¡y no había

forma de que saliera! Cada vez que intentaba atraparla, el bicho me gritaba «Caracapullo». Estoy seguro de que Spensa la entrenó para hacerlo aposta.

—¿Lo ves? —dije—. Está claro que no sabes nada sobre estos animales. Pero Babosa Letal y yo teníamos una relación. Se me acunaba en brazos y ronroneaba cuando le daba caviar.

Jorgen me miró como si se me hubiera ido la cabeza.

—¿Las babosas ronronean?

—Bueno, trinan, pero aquello sonaba a ronroneo.

—¿Y le dabas *caviar?* ¿De dónde has podido sacar caviar?

—Me lo envían mis padres, ¿vale? —respondí—. Lo importante es que, aparte de Spensa, soy quien mejor puede ayudarte a cuidar a las babosas. Y creo que, si estuvieran cómodas contigo…

—El objetivo no es que estén cómodas. Es desarrollar hipermotores. Spensa dijo que estas cosas…

—Son animales, no cosas.

—Que estos animales son la clave para salir de Detritus. Y por si no te has dado cuenta, tenemos que desarrollar los hipermotores a toda prisa, porque acaba de venir un zapador y podría volver en cualquier momento y destruirnos.

—No creo que vaya a volver —dijo Gali.

Los dos lo miramos.

—Has dicho que Spensa lo espantó, ¿verdad? —añadió él—. Seguro que ha encontrado la forma de evitar que se nos acerque.

Sí, vale. Era evidente que estaba colado por Spensa. Y yo no tenía ningún problema con eso. Tampoco era que estuviese intentando salir con Gali —no era ni mucho menos una preocupación apremiante, teniendo a los krells a nuestras puertas—, pero una conversación sí que habría estado bien.

Jorgen suspiró.

—Es posible. Pero ni siquiera Spensa puede apartar a la Supremacía de nosotros para siempre. Estas babosas son nuestra baza principal.

—Exacto —dijo—, así que deberíamos tratarlas con el respeto que merecen.

—Yo solo digo —repuso Jorgen— que no podemos dejar que tu afecto por las babosas nos impida progresar.

—No sabía que estuvieras haciendo algún progreso —repliqué.

—Tal vez lo haría si nos centráramos en las babosas en vez de mantener esta conversación —dijo Jorgen—. Tenemos una caja con tres babosas…

—Dos babosas —dijo Gali.

Jorgen lo miró perplejo.

—En estos momentos —aclaró Gali—, solo hay dos babosas en la caja.

Jorgen miró al interior, donde en efecto había solo dos taynix, Bien y la roja y negra.

—Será porque la especialista en bienestar de babosas no está haciendo su trabajo —dijo Jorgen—. Tenías que hacer que se quedaran en la caja.

—Bien —respondí.

—No —dijo Gali—, Bien sigue ahí. La que falta es la otra.

Kimmalyn se echó a reír. A lo mejor al final resultaba que Gali sí que tenía sentido del humor. Pero cuando le sonreí, se sonrojó, como si de algún modo hubiera hecho mal en bromear conmigo. ¿Sería que alguien le había dicho que no me hablara?

Miré alrededor, pero Branquia parecía haber hipersaltado a algún otro lugar.

—De acuerdo, voy a buscarlo, pero…

—¡Eh! —exclamó Jorgen.

Miré abajo y vi que la babosa roja y negra había salido trepando de la caja y estaba mordisqueando con cautela el cordón de la bota de Jorgen, que se agachó para recogerla y, de nuevo, la apretó demasiado.

—Jorgen, tienes que ser más…

—FM —dijo él, levantando la voz—, es cosa mía…

—*Cosa mía* —trinó la babosa.

Jorgen la miró con expresión sufrida.

Y entonces la babosa explotó.

La propia babosa permaneció intacta, pero *algo* emanó con fuerza de ella, como haciendo que el aire se arremolinara en todas las direcciones.

Jorgen soltó la babosa y dio un brinco hacia atrás mientras le aparecían surcos rojos en los antebrazos, las mejillas y la nariz. Gali se sobresaltó y hasta Kimmalyn puso cara de terror. Los cortes no eran demasiado profundos, pero sí había muchos y parecían provocados por el leve contacto con una docena de cuchillas.

Todos miramos a Jorgen. La babosa se deslizó plácida por el suelo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Creo que a esa habría que llamarla Babosa Explosiva —dijo Kimmalyn.

—Yo creo que tendrías que ir a la enfermería —opinó Gali.

Jorgen se apretó las yemas de los dedos contra la nariz y se manchó la cara con una franja de sangre.

—FM, ¿crees que podrás devolver la babosa al contenedor?

—Voy —respondí.

Me agaché y dejé que Babosa Explosiva me oliera la mano antes de levantarla con cautela y dejarla en el contenedor con las demás.

—Bien —dijo Jorgen—. Se pospone la reunión.

Y se marchó dando zancadas mientras seguían cayéndole pequeños regueros de sangre por la piel.

5

Después de dejar a Bien en el contenedor y cerrar la tapa, seguí a Jorgen a la enfermería. No tenía ni idea de lo que le había hecho aquella babosa, y que yo supiera Babosa Letal nunca se había comportado así, pero, si Jorgen ya estaba más que estresado antes de que lo trincharan, aquello no podía venirle bien.

Cuando llegué a la puerta, los meditécnicos ya estaban poniéndole unos minúsculos vendajes en los cortes y preguntándole qué había pasado.

—Es información clasificada —les dijo Jorgen.

Supuse que era cierto, y además implicaba que Jorgen no tenía que explicarles que se había cortado por sobresaltar a una babosa. Miré a través del cristal a la habitación de enfrente, donde la chica alienígena yacía dormida en una camilla. Era humanoide, aunque tenía la piel de color violeta claro y el pelo de un blanco antinatural, a juego con el color de las protuberancias de las mejillas. Su aspecto era muy extraño, con rasgos como unos pómulos altos y una frente ancha que eran casi humanos, pero al mismo tiempo sin duda no lo eran. El efecto era perturbador, incluso estando dormida.

—Informe al Alto Mando que se recuperará —me dijo una meditécnica mientras se marchaban.

Tenía sentido que creyeran que estaba esperando para informar del estado de Jorgen, pero nuestros superiores todavía no estaban al tanto de que hubiera ningún problema. Sin embargo, con la cara de Jorgen llena de vendas, la situación no duraría mucho, y me preocupó lo que podría significar para las babosas.

Me volví de nuevo hacia la habitación. Jorgen seguía sentado en la camilla, a solas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —dijo él, mirando su reflejo en la ventana de cristal—. Estupendo. —Se le curvó hacia arriba una comisura de la boca—. Aunque está claro que debí hacerte caso sobre no apretar a las babosas.

—No esperaba que fuese a hacerte daño —respondí.

Babosa Letal había pasado con Spensa el tiempo suficiente para llevarse unos cuantos sustos, y nunca había explotado. Pero por otra parte, solo las babosas amarillas y azules parecían hipersaltar, así que ¿era posible que solo las rojas y negras… explotaran?

—No estoy seguro de que haya sido solo eso —dijo Jorgen—. Aún estaba intentando concentrarme en esa vibración, ¿sabes? La que es evidente que no sé aproximar tarareando.

—Eso al menos lo sabemos a ciencia cierta.

La sonrisa de Jorgen se volvió más genuina, aunque le tiró un poco de un corte en el labio y le provocó una mueca.

—Pero sí que la siento en la mente. Es difícil señalar a una babosa concreta porque la vibración es muy suave, pero estaba intentando… que hablara conmigo, supongo. Como me decías que hiciera.

Sonaba dificilísimo. Normal que estuviera frustrado.

—Entonces, ¿crees que al hablar con ella la has convencido de que explote?

—A veces tengo ese efecto en la gente. Si no, pregúntale a Spensa.

Me reí y Jorgen me imitó. Pese a lo que se solía pensar de él, Jorgen sí que tenía sentido del humor. El problema es que era demasiado envarado para dejarlo asomar muy a menudo.

—De verdad creo que sería conveniente que establecieras una relación con ellas —dije—. No son piezas de maquinaria. No puedes esperar que funcionen con solo colocarlas en su sitio. Son criaturas vivas.

—Dice la especialista en bienestar de babosas.

—Exacto. Y hablando de su bienestar… —Suspiré—. ¿Crees que esto las pondrá en peligro? Si la gente las considera peligrosas…

Jorgen negó con la cabeza.

—Dará lo mismo. Si los taynix son de verdad la clave para el viaje intergaláctico, tendremos que seguir experimentando con ellos por muy peligrosos que sean. Eso sí, la próxima vez me pondré guantes. Y máscara protectora.

—A lo mejor Cobb te consigue una armadura completa.

—Estaría bien.

—Es posible que solo las amarillas sean hipermotores —afirmé—. Los distintos colores podrían indicar poderes diferentes. Babosa Letal nunca ha explotado.

Jorgen asintió.

—Es una hipótesis plausible. Tenemos bastantes de las amarillas para ponernos a trabajar primero con ellas. Ya nos preocuparemos más adelante de los otros tipos. —Alzó la mirada hacia mí y fijó sus ojos oscuros como si estuviera viendo en mi interior—. ¿Por qué te preocupan tanto los taynix, por cierto?

Me encogí de hombros.

—No es que me preocupen.

—¿Te nombras a ti misma especialista en bienestar de babosas y vas a decirme que te dan igual?

—Tú eres quien me ha nombrado especialista en bienestar de babosas.

—FM, yo te he pedido que les impidas salir de un contenedor. Eso sería especialista en *posición* de babosas. La parte del bienestar te la has inventado tú sola.

Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—Es solo que no creo que debamos tratarlas como a máquinas. Si pueden sacarnos de este planeta antes de que la Supremacía consiga destruirnos, tenemos que hacer todo lo posible para que lo logren. Pero son criaturas vivas. No hay por qué ser unos monstruos en el proceso, ¿verdad?

—No, claro que no. —Jorgen hizo una mueca—. Y si te hubiera hecho caso, a lo mejor no tendría toda la cara rajada. Dime la verdad, ¿está muy mal?

—Los médicos dicen que te recuperarás.

—Ya, pero me veo ridículo.

Tenía trocitos de cinta de plástico manteniendo unida su cara, así que era más o menos cierto.

—Eh, a las chicas nos gustan las cicatrices, ¿no?

Jorgen cerró los ojos.

Ah, claro. Solo había una chica cuya opinión le importara, y no estaba allí para verlo. Aunque, ahora que lo pensaba…

—Bueno, si alguna vez ha existido una chica que vaya a apreciar una cicatriz, esa es Spensa, ¿o no?

Jorgen me dedicó una satisfactoria mirada de sorpresa y terror al darse cuenta de que lo había pillado, pero se recuperó al instante y cambió otra vez de tema.

—Creía que hablábamos de tu repentina obsesión con los derechos de los animales.

—Y yo creía que hablábamos de tu cara, pero si quieres hablar de derechos de…

Los ojos de Jorgen se desviaron hacia algo detrás de mí, y al volverme encontré a una ayudante de Cobb en el pasillo.

—El almirante Cobb le necesita en el centro de mando —comunicó a Jorgen—. ¿Le digo que se encuentra indispuesto?

Jorgen gimió.

—No, dígale que ya voy. Acabará enterándose en algún momento.

—¿De qué crees que va esto? —le pregunté—. Aún no os toca hacer el informe.

—Acompáñame y lo averiguamos —dijo Jorgen—. Así me ayudas a explicar lo que me ha pasado en la cara, ya que eres la especialista en bienestar de babosas y todo eso.

Aún tenía que buscar a Branquia y a cualquier otra babosa que hubiera escapado en ese tiempo, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de descubrir qué planeaba Cobb. Seguí a Jorgen al centro de mando del almirante, que era una sala muy espaciosa con una mesa ancha y un holoproyector en la parte delantera.

Cobb estaba sentado a la mesa con un ayudante a cada lado. Enfrente de él había una mujer de piel oscura y cabello negro como Jorgen, pero ella llevaba el pelo recogido en moñitos por todo el cuero cabelludo.

Jeshua Weight, la madre de Jorgen, estaba entre los pilotos más condecorados que se hubieran retirado jamás de la FDD. Su poder político no había hecho más que crecer cuando su marido pasó a formar parte de la Asamblea Nacional. Llevaba consigo a otras dos personas, por cuyas caras vestiduras deduje que serían, o bien políticos menores, o bien otros enlaces enviados para hablar en nombre de la asamblea.

Gali estaba de pie con otro ingeniero junto a la cabecera de la mesa, frotándose las manos con nerviosismo.

—Creemos que nos falta poco para poner en funcionamiento los sistemas de defensa planetaria —dijo—. El cifrado es difícil de romper, pero hemos podido interpretar parte del código e intentamos encontrar sentido a lo que vemos. Es mucho más complicado que cualquier tipo de programación de los que usamos en las cavernas, así que no estamos muy seguros de lo que hace la mayoría del código.

Al parecer, Gali también era capaz de hablar en presencia de Cobb, aunque lo notaba inquieto. La gente solía dar por sentado que cualquiera que aprobase el examen de piloto estaría cómodo hablando en público, o que al menos se habría acostumbrado, pero no me daba la impresión de que fuera cierto en el caso de Gali. Por lo menos, con ellos no intentaba fingir que no existían, aunque tuviera toda la pinta de estar deseando no existir él.

—Cabe suponer que ese código es lo que hace que las plataformas armamentísticas derriben naves del cielo, ¿verdad? —dijo Jeshua con voz monótona—. Por tanto, si lo descifráis, seríamos capaces de usar esas armas en nuestro favor. Nos vendría muy bien poder utilizar esas torretas igual que usamos las armas antiaéreas de la base Alta.

—Eso esperamos —respondió Gali—. También estamos trabajando en resucitar un antiguo sistema de escudo que podría ayudar a proteger el planeta de futuros ataques. La mayoría de ese sistema sigue siendo un misterio para nosotros, así que no podemos prometer nada.

Jeshua no parecía nada complacida, aunque era evidente que Gali y los demás ingenieros hacían todo lo que estaba en su mano.

—Gracias por su informe —dijo Cobb. Nos miró a Jorgen y a mí, que estábamos junto a la puerta—. Por la luz de la Estrella Polar, ¿qué te ha pasado, hijo?

Jorgen torció el gesto.

—Hemos tenido un pequeño incidente con un taynix. Parece ser que hay que manipularlos con cuidado.

Jeshua parecía alarmada.

—No me dijiste que esas criaturas fuesen peligrosas —reprochó a Cobb.

—Son hipermotores —dijo Cobb—. Es de cajón que son muy peligrosas.

La frase no pareció tranquilizar a Jeshua.

—Quizá debería llevar a cabo esos experimentos alguien más cualificado.

Lanzó a su hijo una mirada desaprobadora, y Jorgen se las ingenió para mantenerse en posición de firmes y parecer que se encogía sobre sí mismo a la vez. Lo cual tenía sentido, porque su madre acababa de afirmar con todas las palabras que Jorgen no era capaz de hacer su trabajo.

No estaba del todo autorizada para hablar en aquella reunión, pero Jorgen me había pedido que lo ayudara a explicarse.

—La babosa ha reaccionado mal cuando Jorgen ha intentado comunicarse con ella citónicamente —dije—, pero estamos trabajando en unas hipótesis para evitar que vuelva a ocurrir.

Jeshua me miró con los ojos entornados.

—¿Quién eres tú?

—Es una piloto del escuadrón de Jorgen —dijo Cobb—. Está echando una mano a Jorgen y Gali con los experimentos.

—FM tiene experiencia trabajando con los taynix —añadió Jorgen—. Nos ayuda a averiguar cómo deberíamos manejarlos.

Jeshua miró la cara vendada de Jorgen e hizo chasquear la lengua.

—Salta a la vista que no está haciendo muy buen trabajo.

Me ericé, pero mantuve la boca cerrada.

—No es culpa suya —intervino Gali—. Es la naturaleza del proceso científico. Tenemos que hacer pruebas, o no obtendremos resultados.

Vaya. Gali no debía de odiarme, si estaba dispuesto a defenderme ante los jefes. Era evidente que se encontraba más cómodo hablando de lo que comprendía, y ninguno de nosotros entendía muy bien los taynix ni los hipermotores. Quizá, si encontraba el momento de preguntarle por las otras cosas en que trabajaba, dejaría de tratarme como a una apestada.

—Aún no tenemos ese informe para usted —añadió Jorgen—. Estamos trabajando en ello.

—No pasa nada —dijo Cobb—. No te he llamado por eso. Necesito que oigas una cosa.

Cobb hizo un gesto con la cabeza a un ayudante, que pulsó unos botones en el proyector holográfico. Pero en vez de aparecer un holograma, se inició una grabación de audio.

«Almirante Cobb —dijo una voz. Tenía un acento extraño y un tono casi uniforme por completo, que casi hacían pensar que no era real del todo—. Aquí le ministre Cuna. Lamento que nuestra anterior comunicación se interrumpiera. Me traicionó la misma gente que envió el zapador a su planeta y ya no estoy en condiciones de hipersaltar. Tengo información que me transmitió su agente, Spensa. Me pidió que acudiera a su planeta para ofrecerles mi ayuda, pero me han atacado nuestros enemigos comunes y no puedo llegar hasta ustedes como pretendía. En lugar de eso, debo pedirles ayuda. Mi gente y yo no podemos salir del puesto de avanzada abandonado de Alcance Solar, y la facción radical que controla el gobierno de la Supremacía está buscándome. Temo que nos quede muy poco tiempo. Si consiguen llegar hasta nosotres, les ofrezco a cambio toda la ayuda que sea capaz de prestar. Nuestra posición es…».

La voz empezó a recitar coordenadas, pero la grabación se interrumpió antes de que terminara.

—¿Eso es todo? —preguntó Jorgen.

Cobb asintió.

—Aunque tuviéramos las coordenadas completas, no podríamos llegar a ellas sin un hipermotor funcional. Nos preguntábamos si tú has sentido algo al oír la grabación. ¿Alguna vibración de esas que dices siempre?

El semblante de Jeshua se oscureció cuando Cobb preguntó a Jorgen por sus capacidades citónicas, pero no lo interrumpió.

—No —dijo Jorgen—. ¿Debería?

—Los anteriores mensajes que recibí de le ministre Cuna llegaron por radio —explicó Cobb—, pero este lo han recibido los antiguos sistemas de comunicaciones de la plataforma. Es probable que estén usando algún tipo de dispositivo de comunicación superlumínica. Si es tecnología citónica, se nos ha ocurrido que podría haber algún componente audible solo para un citónico.

Jorgen negó con la cabeza.

—Lo siento, señor, pero no he sentido nada.

—¿Cómo lo hemos recibido? —pregunté—. ¿Nosotros tenemos un comunicador superlumínico?

Seguramente no tenía la suficiente acreditación para hacer esa pregunta, pero Gali la respondió de todos modos.

—No que sepamos —dijo—. Pero los sistemas de la plataforma son capaces de muchas cosas que aún no hemos alcanzado a descubrir. Este mensaje estaba enrutado a través de un receptor del sistema de comunicaciones.

—En otras palabras, lo hemos recibido —añadió Cobb—, pero no sabemos muy bien cómo. Ingeniería está intentando determinar si tenemos la capacidad de responder.

Qué interesante. Si hubiéramos podido subir a investigar las plataformas que rodeaban el planeta unos años antes, quizá estaríamos en mejores condiciones de saber cómo defendernos. Lo cual era, casi con toda seguridad, uno de los motivos por los que la Supremacía se había empeñado tanto en que no saliéramos de las cavernas bajo la superficie del planeta.

—¿Qué haremos si es posible responder? —preguntó Jorgen.

—No sabemos con certeza qué intenciones tiene esta persona —dijo Cobb —. Tal vez sea una trampa. O en caso contrario, quizá sea nuestra única vía para obtener aliados, y bien saben las estrellas que necesitamos unos pocos ahora mismo.

—Si esa persona de veras ocupa un cargo ministerial —dijo Jeshua—, quizá sea posible usar sus contactos para llegar a puestos más elevados del gobierno de la Supremacía y buscar un acuerdo.

«¿Cómo que un acuerdo?».

La sorpresa de Jorgen reflejó la mía.

—¿Vas a intentar *hablar* con la Supremacía?

Jeshua asintió.

—Llevamos demasiado tiempo librando esta guerra. Seguir como hasta ahora solo terminará provocando nuestra extinción. Ahora que sabemos más sobre las fuerzas a las que nos enfrentamos, la Asamblea Nacional cree que deberíamos empezar a plantearnos las implicaciones políticas de la situación, y no solo las militares.

En principio estaba de acuerdo, pero no había visto ninguna prueba de que la Supremacía estuviera dispuesta a negociar con nosotros. Y mucho menos si habían sido los responsables de la aparición del zapador.

Cobb carraspeó. Tenía que haberle sentado como una patada, pero se le daba demasiado bien su trabajo como para dejar que trasluciera en su expresión.

—Intentaremos responder, pero obtener esas coordenadas no nos servirá de nada si no podemos llegar a ellas, y es una causa perdida sin un hipermotor. —Cobb miró a Jorgen—. Spensa sintió unas coordenadas en la mente y fue capaz de trasladarse a ellas. Esperaba que esa grabación te hiciera algo parecido a ti, pero, si no, tendremos que poner en práctica nuestro otro plan.

—¿Otro plan, señor? —preguntó Jorgen.

Jeshua asintió. Estaba claro que ya lo habían hablado entre ellos.

—Sí —dijo—. La alienígena que se estrelló aquí es la única de entre nosotros que quizá sea capaz de darnos unas coordenadas que nos lleven a esa persona. Vamos a tener que despertarla.

6

A la mañana siguiente, me convocaron al hangar médico cuando apenas había salido de la cama. Encontré a Jorgen fuera, mirando la habitación de Alanik a través del cristal. Las vendas que llevaba en la cara eran nuevas y estaban limpias, pero seguían siendo numerosas.

—Dicen que está curada casi por completo —me dijo—. La tenían sedada, pero ya están despertándola. Cobb ha sugerido que hable yo con ella, dado que los dos somos citónicos. Me vendría bien tu ayuda. Se te da… mejor la gente que a mí.

—Encantada —respondí.

Sabía que admitir aquello habría sido difícil para Jorgen, a quien nunca le había gustado parecer menos que perfecto. Pero estábamos ante una situación muy delicada: Alanik llevaba semanas inconsciente y no sabíamos mucho de ella.

—¿Podremos comunicarnos?

Jorgen levanto un alfiler.

—Gali dice que esto es un intérprete automático. Spensa se llevó el que tenía puesto Alanik al estrellarse, pero los ingenieros encontraron más en su nave. Debería bastar para que nos entendamos.

Eso facilitaría mucho las cosas.

—¿Alguna táctica en particular que quieras que usemos al hablar con ella?

—Ni idea. ¿Qué propones tú?

—Creo que lo primero debería ser transmitirle que somos amigos. Que sienta que estamos en el mismo bando. —No sabía gran cosa de lo que había pasado entre Alanik y Spensa—. Porque lo estamos, ¿verdad?

—Eso espero —dijo Jorgen—. Parece buena táctica, gracias.

Una doctora salió del hangar médico y asintió mirando a Jorgen.

—Ya está despertando. Al principio quizá esté desorientada, así que no os extrañéis si le cuesta hablar.

Jorgen devolvió el asentimiento a la meditécnica, entramos los dos en la habitación de Alanik y fuimos hasta su cama. La luz amarilla del techo proyectaba unas sombras fantasmagóricas en los extraños rasgos de la alienígena. Con los pómulos muy marcados, el raro tono violeta de su piel y las protuberancias blancas que le asomaban del rostro como cristales, tenía una belleza perturbadora. Se movió, musitó algo en voz baja y entonces abrió los ojos.

Parecían humanos, salvo por el color violeta. Nunca había visto a un ser humano con unos ojos tan claros y llamativos. Los fijó en nosotros, confusa.

Jorgen me lanzó una mirada. Quería que me pusiera al frente.

—Alanik —dije—, me llamo FM. Qué bien que estés despierta.

El alfiler, sostenido por Jorgen con gesto incómodo entre nosotras, tradujo las palabras a un idioma muy rítmico que no había oído nunca. Quizá debería haberle dado mi verdadero nombre, pero me había acostumbrado a que todo el mundo me llamara por mi identificador. Además, para una alienígena, FM no debía de sonar más raro que Freya.

Alanik me miró con los ojos entornados, todavía perpleja. Si se alarmó al ver los vendajes de la cara de Jorgen, no se le notó. Supuse que casi todo lo que veía le resultaba raro, así que ¿qué importaba una cosa más?

—Humana —dijo—. ¿Dónde está… la otra?

—Spensa —respondí—. Se marchó. Le diste unas coordenadas y fue a ocupar tu lugar.

Alanik cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, parecía más centrada. Más despierta.

—¿Dónde estoy?

—En una instalación médica —le expliqué—. Dentro de una plataforma sobre un planeta llamado Detritus. Te dispararon unas baterías armamentísticas autónomas. No fuimos nosotros. No podemos controlarlas. También nos disparan a nosotros.

Alanik asintió.

—Humanos —dijo—. ¿Cómo habéis sobrevivido?

—A duras penas —respondí—. Llevamos años defendiendo este planeta de la Supremacía.

—En otro tiempo fuimos aliados —afirmó Alanik—. Castigaron a mi pueblo por colaborar con vosotros. La Supremacía… dice que quiere la paz, pero en realidad nos oprime. Su paz es solo control.

—Sí —dije—. Y quieren ver muerto a mi pueblo. Necesitamos tu ayuda.

Los ojos de Alanik se entornaron un poco.

—Necesito contactar con los míos. La otra… Spensa… tal vez haya llegado a Visión Estelar ya. Esperarán que informe, y tengo que decirles lo que ha ocurrido.

Jorgen y yo cruzamos la mirada. Alanik creía que aún era el mismo día que había llegado a Detritus.

—Debes saber —dije— que resultaste herida al estrellarte, y nuestros médicos han intentado ayudarte, pero no saben mucho sobre vuestra fisiología. Te han mantenido en coma inducido para darte la oportunidad de sanar por ti misma.

Alanik me miró horrorizada.

—¿Cuánto tiempo?

¿Cuánto era? Miré a Jorgen.

—Unos diecinueve días —dijo él.

—¿Tanto?

Alanik intentó incorporarse, pero se lo impedían los tubos y los cables que la unían al monitor médico. Los agarró con unas manos delgadas, y reparé en que sus uñas eran de la misma sustancia blanca que le asomaba de las mejillas. Eran afiladas y puntiagudas, casi como zarpas.

—Necesitamos tu ayuda —volvió a decirle Jorgen—. Estamos atrapados aquí.

Alanik fijó la mirada en él.

—Tú no estás atrapado —dijo—. Eres citónico, igual que Spensa. ¿Puedes…?

Jorgen negó con la cabeza.

—No puedo hacer nada —respondió—. Acabo de descubrir que tengo poderes y no sé utilizarlos. Necesito que me enseñes, para que podamos sacar a mi gente del planeta. Necesito tu ayuda.

Jorgen me miró, pero no sabía qué añadir a eso. Había explicado bastante bien la situación.

—Por favor —dije—. Según tú, éramos aliados, ¿verdad? Pues ahora nos hacen falta aliados, y parece que a tu pueblo también. Tenemos un mensaje de alguien de la Supremacía, de una facción que quiere echarnos una mano. Pero no sabemos cómo llegar hasta ellos…

—¡No confiéis en ellos! —exclamó Alanik. Tiró de los tubos que tenía en el pecho y los soltó. Por suerte, parecían ser solo sensores, aunque también tenía una vía intravenosa en el brazo. Al moverla, se formó una mancha de

sangre oscura en el vendaje que la sujetaba—. No son de fiar. Dicen que quieren ayudar, pero no es cierto. Solo buscan el control. No podéis…

Se interrumpió al ver que una sombra oscurecía la ventana que daba al pasillo. Giré la cabeza y vi que Cobb estaba allí fuera con la madre de Jorgen. Hablaban en voz baja y no se oía a través del cristal, pero Jeshua Weight no parecía contenta.

—Vale —dije, intentando recuperar la atención de Alanik. Le cogí la mano, confiando en que no fuese ningún tipo de tabú cultural para los suyos, y por suerte no la retiró—. No podemos confiar en ellos. Por eso necesitamos tu ayuda. Sabes más que nosotros, así que te agradeceríamos que nos orientaras. No sabemos cómo usar los poderes, pero sí que tenemos naves y recursos. También podremos ayudarte a ti.

—FM —intervino Jorgen.

Me dio una mirada de advertencia y supe que me había pasado de la raya. No podíamos prometerle nuestros recursos. Eso dependería del Alto Mando y de la Asamblea Nacional. Era muy posible que acabara de mentirle. Tal vez hacer promesas al pueblo de Alanik fuera una decisión táctica razonable, pero yo no tenía la autoridad para tomarla.

Jeshua llamó al cristal con los nudillos e hizo un gesto hacia la puerta, que habíamos cerrado después de entrar. Jorgen suspiró, dejó el alfiler al borde de la sábana de Alanik, fue a la puerta y salió al pasillo para hablar con su madre.

Alanik aún tenía mi mano en la suya. Su piel de color lavanda quedaba extraña junto a la mía, pero su mano tenía una anatomía humana. Era una persona, igual que yo. Ajena, pero familiar. Estaba muy lejos de casa, sola y asustada. Podía imaginarme cómo se sentía.

—¿Qué ibas a hacer cuando llegaras a Visión Estelar? —le pregunté.

Alanik titubeó un momento.

—Trabajo como espía para los míos —dijo—. Necesitamos su tecnología de hipermotores. Sin ella, nos tienen aislados en nuestro planeta. Nos niegan el pasaje en sus naves. Controlan nuestras importaciones, nuestra economía, nuestra capacidad de progreso. Debemos descubrir sus secretos.

—Entonces, no sabéis cómo funcionan los hipermotores.

—No —respondió ella—. Es lo que tenía intención de averiguar. Pero si ya han pasado semanas, quizá se haya perdido la oportunidad.

Así era, porque Spensa había ido en su lugar fingiendo ser Alanik. Revelarle los secretos que había descubierto Spensa, los mismos que

pretendía robar la propia Alanik, podrían servir de mucho de cara a establecer una relación amistosa.

Pero ni por asomo tenía la suficiente acreditación de seguridad para hacerlo. Miré por la ventana y vi a Jorgen conversando con su madre y Cobb. Me dio la impresión de que Jeshua era quien más hablaba.

—¿Tú también eres prisionera aquí? —me preguntó Alanik.

La miré de nuevo.

—Tú no eres prisionera —dije—. Intentamos ayudarte.

Alanik negó con la cabeza.

—Me refiero a todos. Sois prisioneros en este planeta, dependientes de la Supremacía.

Ah, eso.

—Más que tu pueblo, diría yo —repuse—. Con nosotros no comercian. Llevan años atacándonos, obligándonos a luchar para sobrevivir. Vivimos bajo tierra, con solo los recursos del planeta y los que trajimos con nosotros cuando nuestras naves se estrellaron aquí, generaciones atrás.

—Así que estáis desesperados —dijo Alanik—. Haríais cualquier cosa para escapar.

Era verdad, pero no me gustó cómo lo había dicho.

—Queremos colaborar —dije.

—Queréis hablar con la Supremacía —afirmó ella—. Responder a su mensaje.

—Tenemos el mensaje que nos envió una persona en particular —dije—. Si quieres escucharlo, a lo mejor podrías darnos alguna pista sobre si esa persona es…

—Llegaréis a un acuerdo con ellos —me interrumpió Alanik—. Lo haréis porque su falsa paz es mejor que vuestra guerra.

Se acercaba sorprendentemente a lo que Jeshua Weight nos había dicho que quería hacer la Asamblea Nacional.

—¿Algún otro planeta lo ha intentado? —pregunté.

—Sí. Mi pueblo fue castigado por luchar junto al tuyo. En mi planeta hay quienes opinan que sería mejor alinearnos con la Supremacía. Aceptar su paz. Pero su paz no es más que una herramienta para conservar su poder.

—Nosotros no queremos esa clase de paz —dije. Dado que la decisión no me correspondía a mí, me sorprendió la intensidad de mi reacción—. Han asesinado a mis amigos, a nuestra gente. Intentaron destruir el planeta entero, y aún no estoy muy segura de por qué sobrevivimos. No quiero colaborar con

ellos, Alanik, ni tampoco creo que los demás quieran. No somos un pueblo pacífico. Lucharemos.

Lo cual debería ser lo opuesto a lo que yo quería. Era lo contrario a lo que defendían mis amigos de los Disputadores. Quizá el tiempo que había pasado en la FDD me había cambiado, como ellos decían que ocurriría. Algunos habían intentado disuadirme de hacer el examen de piloto. Decían que la FDD me obligaría a ver las cosas a su manera, que pondría en peligro mis ideales. Yo pensaba que hacerme piloto me proporcionaría más autoridad para defender esos ideales, así que me presenté al examen de todos modos.

Y allí estaba, argumentando a favor de la guerra y no de la paz.

Pero Alanik tenía razón. No toda paz tenía igual valor. Mi intención no era cambiar una jaula por otra. Esperaba que, al final, la naturaleza belicista de la Liga Desafiante nos protegería de ese tipo de prisión, aunque por supuesto tuviera sus inconvenientes.

Alanik cruzó la mirada conmigo y me estudió con atención. Por un momento, me pareció que me creía.

La puerta se abrió y Jorgen me hizo un gesto.

—FM —dijo—, el Alto Mando quiere hablar con ella.

Alanik me miró, como evaluando mi reacción, así que procuré no parecer alarmada. Le apreté la mano y luego me aparté, pero no salí de la habitación. No pensaba marcharme a menos que Cobb me lo ordenara.

Jeshua y él entraron y la madre de Jorgen observó a Alanik con evidente desdén. Lancé una mirada a Jorgen, que se había quedado junto a la puerta, y él se encogió de hombros. No podía hacer nada al respecto, ni yo tampoco.

—Te llamas Alanik, ¿verdad? —preguntó Cobb.

Alanik lo miró entornando los ojos.

—¿Quién eres y por qué me has retenido aquí?

—Intentábamos ayudarte, Alanik —intervine—. Solo estábamos…

—Necesitamos saber quién eres —dijo Jeshua— y de dónde procedes.

Alanik enderezó la espalda. Se había quitado los sensores, aunque conservaba la aguja en el brazo, y parecía ganar fuerza y agudeza cuanto más tiempo pasaba despierta. Esperé que estuviera lo bastante recuperada como para que el esfuerzo que estábamos exigiéndole no la pusiera en peligro.

—Soy Alanik de los UrDail —dijo—. ¿Y tú eres…?

—Yo soy el almirante Cobb —dijo Cobb—, y ella es…

—No importa quiénes seamos —lo cortó Jeshua—. Tienes que decirnos lo que sabes sobre hipermotores y sobre la comunicación superlumínica de la Supremacía.

Cerré los ojos. Mi conversación con Alanik me había convencido de que nosotros sabíamos más sobre hipermotores que ella. Miré a Jorgen. Deberíamos habernos coordinado antes de empezar la conversación, haber trazado un plan.

Jorgen negó con la cabeza. No podíamos impedir lo que estaba ocurriendo.

—Soy vuestra prisionera, entonces —afirmó Alanik—. Pretendéis utilizarme.

—Solo queremos intercambiar información —dijo Cobb—. Tenemos un enemigo común.

—Esto no es ningún intercambio —intervino Jeshua antes de que Cobb pudiera seguir hablando—. Dinos lo que sabes y te liberaremos.

Alanik se enderezó más.

—Me liberaréis —repitió—. ¿Creéis que podéis retenerme aquí?

—Tenemos tu nave —dijo Jeshua—. Negociaremos tu liberación si estás dispuesta a cooperar con nosotros.

¿Alanik necesitaría su nave para transportarse de vuelta a su planeta? Estaba clarísimo que las babosas no necesitaban naves para hipersaltar.

—Mamá —dijo Jorgen—, creo que…

—No sabéis nada —dijo Alanik.

Jeshua se irguió en toda su altura, que tampoco era tanta, y miró altiva a Alanik.

—No estás mejorando en nada tu situación.

—Mamá… —insistió Jorgen.

Alanik lo miró a los ojos y Jorgen dio un grito, cerró los párpados con fuerza y se llevó una mano a la frente entre los vendajes. Di un paso hacia la cama, sin saber lo que estaba haciéndole Alanik a Jorgen, pero no me cabía duda de que era una citónica consumada. Y apenas sabíamos de qué eran capaces.

—¿Qué estás haciéndole a mi hijo? —exigió saber Jeshua, agarrando el brazo de Jorgen.

Jorgen topó contra el marco de la puerta y abrió los ojos de golpe.

Y entonces Alanik desapareció. Estaba en la cama y al momento siguiente ya no había nada salvo la venda y la vía intravenosa, que cayeron a la sábana. La mancha oscura de su sangre se extendió por el tejido blanco.

—¿En serio? —dije—. ¿Por qué ha actuado usted así?

—FM —me advirtió Cobb. Estaba claro que no debía hablar así a Jeshua Weight, pero en esos momentos me traía sin cuidado.

—Estaba haciendo progresos con ella —dije—. Podría habernos ayudado.

Jeshua seguía con la mirada fija en Jorgen.

—¿Qué te ha hecho?

—Estaba hablándome, nada más —respondió Jorgen—. Hablándome a la mente.

—¿Y qué te ha dicho?

Lo miramos todos y Jorgen vaciló.

—No mucho —dijo—. Solo que no confía en nosotros.

Cobb enarcó una ceja. Jorgen no era muy buen mentiroso, pero, si había decidido no revelar alguna información a sus superiores, debía de tener una razón tirdosamente buena.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté a Cobb—. Era nuestra única oportunidad de comunicarnos con Cuna, ¿verdad?

—¿Qué te ha dicho cuando hablabas con ella? —replicó Cobb.

—Que no deberíamos confiar en nadie de la Supremacía. Me ha dicho que nos mentirán, que estaremos renunciando a nuestra libertad si intentamos hacer las paces con ellos.

—Necesitaremos un informe completo de todo lo que te ha dicho —me ordenó Jeshua—. Lo enviaremos a la Asamblea Nacional para que decidan lo que debemos hacer.

—Yo recibiré ese informe —dijo Cobb—. Y entonces decidiré qué debo compartir con la Asamblea Nacional. —Aunque Jeshua lo miró ceñuda, Cobb siguió hablando—. FM, Jorgen, conmigo al centro de mando.

Salió de la habitación y Jorgen y yo fuimos tras él, dejando atrás a Jeshua.

7

Al salir del centro de mando, fui hacia el hangar de ingeniería para ver cómo estaban los taynix. Había contado a Cobb todo lo que recordaba de mi conversación con Alanik, pero el almirante ya había entrevistado a Jorgen por separado, así que seguía sin saber lo que la chica alienígena le había dicho mentalmente. Jeshua no había estado presente en ninguna de nuestras sesiones informativas, lo cual seguro que la había enfadado.

No me daba ninguna lástima. Estaba furiosa con ella por haber hecho que Alanik se marchara, y con ella nuestra única oportunidad de comunicarnos con Cuna y de entrenar a Jorgen en la citónica más avanzada. La abuela de Spensa había ayudado un poco, pero sus conocimientos eran limitados.

La Asamblea Nacional estaba demasiado acostumbrada a mangonear a la gente y que todo el mundo hiciera lo que decían. Me alegraba de que Jorgen me hubiera llevado a hablar con Alanik, pero hacerlo había resaltado una gran debilidad de nuestro gobierno. No teníamos diplomáticos. No estábamos acostumbrados a cooperar. La asamblea quería tratar el problema como una cuestión política, pero se les daba tirdosamente mal. Se suponía que eramos Desafiantes, pero ¿de qué iba a servirnos si lo único que hacíamos era desafiar a otros en nuestro propio perjuicio?

No tenía ni idea de lo que Alanik iba a decir a su gente, nuestros antiguos aliados, sobre los humanos de Detritus, pero me figuré que no sería nada bueno.

Me detuve de sopetón al final del pasillo que llevaba al hangar de ingeniería. La caja metálica para babosas de Gali, la que se basaba en el supuesto hipermotor de M-Bot, estaba en el suelo.

No había nadie más a la vista, y di por hecho que Gali no la habría dejado allí. Me arrodillé, la abrí y encontré dentro a los dos taynix amarillos,

olisqueando de un lado a otro como si tuviesen hambre.

Si uno de ellos había hipersaltado, había transportado consigo la caja y la otra babosa. Gali no debía de haber visto desaparecer la caja, o habría salido a buscarla y la habría encontrado al abrir la puerta del hangar.

No sabía si aquello serviría de mucho, pero en esos momentos toda noticia me parecía buena. Dejé un rastreador de localización de los que me había dado Gali en el suelo, recogí la caja de babosas, me la puse bajo el brazo y abrí la puerta del hangar de ingeniería.

Había un par de miembros del equipo de Gali trabajando en un pedazo de metal y cables que tenía todo el aspecto de proceder de alguna plataforma. Gali no estaba a la vista.

—¿Habéis visto a Rodge? —les pregunté.

Uno me saludó con la mano.

—Está en los controles de la plataforma, en el sector C.

Mi primer instinto fue dar de comer antes a los taynix de la caja. Pero si tener hambre hacía que se teleportaran más, también podía esperar un poco, a ver si los pillábamos in fraganti.

Me llevé la caja hacia el sector C, buscando a Gali. Al pasar ante una sucesión de ventanas al exterior, alcé la mirada hacia las plataformas que orbitaban por encima de la nuestra. No estaba muy segura de cómo las habían construido, pero estaba claro que la tecnología de la gente que vivió en Detritus antes que nosotros era mucho más avanzada que la nuestra.

Hasta que los destruyó el zapador, borrándolos del mapa del primero al último, dejando el planeta yermo y deshabitado.

Tampoco terminaba de comprender cómo era que los humanos habían elegido vivir en Detritus desde un principio. Yo había nacido en las cavernas, pero las historias que contábamos sobre otros planetas hablaban de árboles verdes y extensos océanos, de tierra fértil en la que cultivar comida en lugar de cubas ocultas en cavernas. La superficie de Detritus era un erial peñascoso de escombros tanto naturales como mecánicos. Habíamos conseguido reunir la suficiente tierra fértil para tener huertos cerca de la base Alta, pero no me daba la impresión de que Detritus hubiera sido jamás un paraíso en el que vivir. Me parecía raro que aquella gente con una tecnología tan superior hubiera escogido establecer su hogar allí.

Si nos las ingeniábamos para escapar de Detritus mediante los taynix, me preguntaba dónde iríamos. ¿Cómo encontraríamos un lugar al que mudarnos? Y en caso de hacerlo, ¿cómo sabríamos que estábamos a salvo? Detritus era inhóspito, pero también conocido. La idea de vivir en algún sitio con océanos,

como la antigua Tierra, se me hacía un poco aterradora. ¿Cómo era posible que toda esa agua no consumiese el terreno seco que la rodeaba?

Miré hacia las plataformas e imaginé las estrellas al otro lado, unas luces blancas ardiendo brillantes sobre el telón negro. Algunas de ellas tendrían planetas alrededor, unos planetas que podríamos visitar en un abrir y cerrar de ojos si dispusiéramos de transporte superlumínico. Pero si la Supremacía los controlaba todos, ¿de verdad era posible escapar? ¿Seríamos capaces de huir lo bastante lejos o nos limitaríamos a buscar una posición mejor para la batalla?

Alanik parecía estar de acuerdo con los fundamentos filosóficos de la FDD. No confiaba en la paz, y temía que acabáramos aceptando otras cadenas distintas junto con una falsa promesa de seguridad. Y al parecer, era hacia lo que tendía la Asamblea Nacional.

Aun así, me reafirmaba en lo que había dicho a Alanik. Conocía a mi pueblo. No confiábamos en la paz más de lo que lo hacía ella. De hecho, me temía que jamás estaríamos dispuestos a deponer las armas. Un erial podía resultar más cómodo que un paraíso, si era a lo que te habías acostumbrado. De modo que, aunque compartía el anhelo por la paz de los Disputadores, no estaba nada segura de llegar a confiar en ella jamás.

Llegué al sector C y me interné entre los largos bloques rectangulares que contenían gran parte de la maquinaria que hacía funcionar la plataforma. Las matrices de energía vibraban de vida y una bomba de agua zumbaba enviando presión a las cañerías. No supe identificar la mayoría de los demás aparatos. Encontré a Gali de pie junto a uno de esos bloques. Había retirado el panel lateral, dejando al descubierto los cables y las placas base de debajo. El suelo a su alrededor estaba lleno de piezas de máquinas.

La jefa de Gali en el Cuerpo de Ingeniería, una mujer de pelo largo y blanquecino cuyo nombre creía recordar que era Ziming, estaba a un lado contemplando el desbarajuste.

—He puesto a Thadwick a seguir con tu labor en las plataformas —dijo—. Nos falta poco para que esas baterías de armamento funcionen. ¿Tienes algo más sobre el cifrado?

Gali negó con la cabeza.

—Lo siento, el trabajo en los hipermotores no me ha dejado tiempo.

—Continuaremos con ello —dijo Ziming—. Por lo menos ya estamos dentro del sistema del escudo. Aún nos quedan demasiadas dudas para hacer una primera prueba, pero también vamos acercándonos. Tú sigue así.

Ziming pasó junto a mí al marcharse y la saludé con la cabeza. Gali seguía observando la tecnología que había ocultado el panel como si fuese un problema difícil.

—¿Gali? —dije.

Se sobresaltó y me miró con los ojos como platos.

—Hola —dijo—. Hola.

No solo habían sido frases de una palabra, sino para colmo la misma palabra dos veces. No era un comienzo muy esperanzador.

—La he encontrado en el pasillo. —Levanté la caja para que la viera—. Así que, a no ser que la hayas dejado tú ahí, creo que las babosas la han teleportado.

—¡Oh! —exclamó Gali—. Vaya, qué bien. ¿Aún están dentro?

—Sí —respondí—. Llevan casi un día entero sin comer, así que supongo que tendrán hambre, pero he pensado en dejarlas un poco más a ver si las vemos hacerlo otra vez.

—¡Es estupendo! —Gali se frotó las palmas de las manos en los pantalones del mono—. Gracias.

Se quedó mirándome como si no supiera muy bien qué hacía allí todavía, y suspiré. No había caminado hasta allí fuera solo para dar media vuelta y volver.

—¿Te has enterado de lo de Alanik?

—Dicen que ha desaparecido —respondió él, e hizo una mueca—. Supongo que deberíamos haber sido más delicados al interrogar a una citónica.

—Yo he intentado ser delicada —dije—, pero no tengo la graduación para obligar a los demás a hacer lo mismo. He conseguido que hable un poco conmigo, y creo que su pueblo también está oprimido por la Supremacía.

Aunque a ellos no les disparaban. Eso tenía que estar bien.

Gali apartó la mirada de mí y volvió a la pared en la que estaba trasteando. Allí dentro se veía un buen montón de cables y varios cachivaches rectangulares parecidos a los que ya había retirado. Capas y más capas de circuitos y maquinaria, que se extendían hasta las profundidades de la unidad. Me pregunté si habría espacio para internarse en el bloque o si sería solo un enorme conglomerado de tecnología.

Llevaba tiempo buscando un momento en que pudiera preguntarle por su trabajo, y aquel parecía el adecuado.

—¿Qué te decía tu jefa? —le pregunté—. ¿Os falta poco para controlar las plataformas de armamento?

—No lo bastante poco —dijo él—. El cifrado de esas plataformas armamentísticas es mucho más fuerte que el de casi todos los demás sistemas. Y tiene sentido, claro. Si alguien se cuela en tu sistema hídrico, mal asunto. Pero si se cuelan en tus enclaves de armamento, podría ser mucho peor.

—Sí, supongo —respondí—. Aunque yo prefiero tener agua corriente que armas funcionales.

—Depende de si hay algo a lo que tengas que disparar deprisa. El agua nos mantiene vivos a largo plazo, pero da igual si no sobrevives al próximo minuto.

—¿Qué te estaba diciendo sobre los escudos? —pregunté—. ¿Es algo experimental?

Gali suspiró.

—Si fuera experimental, significaría que al menos hemos experimentado con ello. Algunos compañeros míos han podido hackear el sistema de escudo planetario. Aún no sabemos muy bien para qué sirve casi nada, pero parece que una parte está diseñada para convertir sectores del campo de escombros en una armadura contra ataques orbitales. El problema es que no tenemos ningún pronóstico sobre lo que se supone que hace el escudo, ni mucho menos nada que confirme que funcionaría.

Sonreí. Eran muchas palabras seguidas. Y palabras coherentes, incluso. Desde luego, aquello era un progreso. A lo mejor nunca había tenido ningún problema conmigo. Quizá simplemente de verdad era así de cohibido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Buscar el comunicador —dijo él—. Recibimos aquel mensaje, lo que implica que debemos de tener algún tipo de hipercomunicador. Y si es capaz de recibir, lo más probable es que también lo diseñaran para transmitir, así que si lo encontramos y lo estudiamos, con un poco de suerte podremos ponerlo en marcha.

—¿Y cómo sabéis dónde buscar?

—He deshecho el camino de las alertas que saltaron en el sistema principal —dijo, y me miró incómodo—. El proceso te aburriría, quizá, pero la pista me ha traído hasta aquí. Creo que el comunicador está en algún lugar de este bloque, pero no sé lo que es casi nada de aquí. —Miró el desastre que tenía alrededor—. No quiero romperlo por si Cuna nos envía otra transmisión, pero si lo encontramos, podríamos responder. Y es muy probable que esa sea nuestra única manera de establecer contacto, ahora que…

—Ahora que hemos asustado a Alanik —terminé yo—. De verdad que no ha sido culpa mía.

Gali pareció horrorizado.

—¡No he dicho que lo sea! O sea, no lo he pensado. O sea, seguro que… —Se sonrojó—. Seguro que lo has hecho de maravilla hablando con ella. Escucha, lo más seguro es que aún me quede mucho trabajo aquí, así que puedes llevarte la caja otra vez al laboratorio. ¡O déjala aquí y yo la vigilo! Como quieras.

Se volvió hacia la maquinaria, desconectó unos cables, sacó otro cachivache y lo apartó para mirar debajo. Dejé en el suelo la caja con las babosas. Creía que estábamos progresando, pero acababa de decirme que me marchara.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¡No! —exclamó Gali—. Quiero decir, en teoría tienes que cuidar de las babosas, ¿verdad? No quiero entretenerte.

Sí, desde luego intentaba librarse de mí. Estaba harta ya de preguntarme qué pasaba con él.

—¿Qué problema tienes conmigo? —le solté.

Gali me miró con los ojos muy abiertos.

—No tengo ningún problema contigo.

—¿De verdad? Porque es evidente que no me quieres aquí. Apenas me hablas, ni cuando se supone que tenemos que colaborar. Jorgen sí que parece caerte bien, pero a mí ni me diriges la palabra. ¿Qué he hecho para desagradarte tanto?

Gali se pasó una mano por el pelo y cerró los ojos.

—No me desagradas, FM.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunté, casi gritando.

Quizá debería haber sido más razonable, pero la anterior persona con la que había intentado razonar se había esfumado ante mis ojos, probablemente cruzando medio universo para escapar. Y aunque sabía que Alanik no había huido de mí en concreto, seguía sin sentarme bien.

Por lo menos Gali no podía escapar hipersaltando.

—No —murmuró—. Es… Tirda, ¿Spensa no te lo dijo?

Me miró suplicante, como rogándome que tuviera la menor idea de lo que me estaba diciendo. Empecé a tener la insistente sensación de que se me escapaba algo enorme.

Gali suspiró.

—Está claro que no te lo dijo. No quería darte la impresión de que me desagradas, porque la verdad es que me…

Ay, tirda.

Ay, TIRDA.

Sí que se me escapaba algo, sí, algo tan obvio que sin duda tendría que haberlo visto.

Gali no me tenía miedo. Le…

—… como que me, hum, gustas —farfulló.

—Eh… *Oh*.

Noté que se me ponía la cara roja. Estaba haciéndolo tan mal como Nedd. Aquello no lo había visto venir. Me había dado cuenta de que Nedd estaba interesado en mí, claro, y sabía lo de Jorgen y Spensa, pero ninguno de ellos se había comportado así. Solía pensar que se me daba bien interpretar a la gente, pero…

—¿Por qué tendría que habérmelo dicho Spensa? —pregunté.

—Pedí a Spensa que te preguntara si estabas interesada —musitó Gali—. Pensaba que lo había hecho, que no lo estabas y que ninguna de las dos quería decírmelo, lo cual supongo que era lo mejor que podíais hacer. Pero ni se me ocurrió que no te lo hubiera mencionado. Estaría distraída con eso de salvar el mundo y tal. Lo entiendo.

No sonaba comprensivo. Sonaba dolido.

—No —dije—. No me contó nada. No tenía ni idea. Pero… ¿no estás interesado en Spensa?

Gali casi se ahogó.

—¿En *Spensa?* ¿Tengo pinta de querer torturarme a mí mismo?

Me habría reído si no estuviera tan conmocionada. Gali y yo nos miramos, y mantuvimos el contacto ocular más tiempo que nunca antes. Entonces él hizo una mueca.

—Siento mucho haberte hecho sentir rechazada. Me daba vergüenza, nada más. No tenemos por qué volver a hablar de esto nunca, y yo procuraré actuar menos como si te odiara y no morirme por el bochorno, ¿vale?

—Vale —dije.

Aún me ardía la cara, y Gali estaba tan colorado que casi brillaba, y lo más seguro es que habría debido hacernos a los dos el favor de conservar la poca dignidad que nos quedaba marchándome. Me sentía tonta de remate por haberle dicho las cosas a la cara cuando saltaba a la vista que se había esforzado mucho por evitarlo. Nedd había hecho lo mismo conmigo, y desde el momento en que todo había salido a la luz, la situación se había vuelto incomodísima.

Pero no tenía ganas de irme. Había querido conocer mejor a Gali, y seguía queriendo, aunque fuese embarazoso. Merecía la pena vadear a través de la

incomodidad por ese chico.

—¿Seguro que no puedo quedarme a ayudar? —pregunté de nuevo.

Gali me miró como si hubiera perdido el juicio, lo cual quizá fuese cierto.

—¿De verdad quieres ayudar? —preguntó en voz baja.

—Sí —dije—. O sea, quiero ayudarte a descubrir cómo responder a ese mensaje.

—Claro, claro.

Gali se las ingenió para parecer incluso más abatido. Se notaba que no era la respuesta que había esperado. Yo ni siquiera estaba segura de que fuese la respuesta que había pretendido darle. Entre aquello y mi experiencia con Alanik, deduje que se me daba mucho peor tratar con la gente de lo que creía.

—Y me gustaría hablar un poco más contigo —me apresuré a añadir—. ¿Crees que nos las apañaremos para comportarnos como seres humanos mientras lo hacemos?

Gali puso cara de estar un poco espantado, pero entonces aventuró una sonrisa.

—¿Tal vez? En fin, si esta conversación sirve como indicador, lo veo improbable.

Me reí.

—Sí, vale. ¿Crees que podemos comportarnos como bichos raros, pero bichos raros que no se odian?

—Eso suena un poco más plausible. —Miró el siguiente panel con los ojos entornados—. Si el esquema que he consultado es correcto… y no es que lo haya entendido del todo, ojo, pero si lo es, entonces creo que el hipercomunicador debería estar en algún lugar de este sector. ¿Me ayudas a sacar esto?

—Claro —dije. Me acerqué rodeando unas piezas mecánicas que Gali ya había retirado—. No sé lo que es nada de esto.

—Yo solo me hago una idea por encima —respondió él—. Si te soy sincero, creo que llevará toda una vida comprender todo lo que hace funcionar esta plataforma. No es que no sea un trabajo fascinante, ¿eh? Es solo que me gustaría que estuviéramos haciéndolo en mejores circunstancias.

—A ti y a todos —dije.

Gali desconectó un par de cables, sostuvo medio panel y yo levanté el otro medio. Entre los dos lo bajamos al suelo. Gali se limpió la grasa de las manos en el mono de trabajo.

—Ha sido muy poco varonil por mi parte, ¿verdad? Pedirte que me ayudaras a levantar esa placa, digo. Nedd lo habría hecho con una sola mano

solo para lucirse.

—Ya, bueno, pero no estoy interesada en Nedd —respondí.

Gali me miró, y había algo en él tan dulce y vulnerable que me dieron ganas de alargar la mano y tocarlo.

Me quedé petrificada. Llevaba intentando no pensar en chicos desde que me había unido a la FDD. Había algo en tanta lucha y tanta muerte que hacía que salir con alguien pareciera ridículo, tan poco propio de la escuela de vuelo como los vestidos elaborados que la gente se ponía para las fiestas allá en casa.

Pero en esos momentos estaba pensando en un chico, y la verdad es que no quería parar.

—¿Hay alguien en quien sí estés interesada? —preguntó Gali con un hilo de voz.

Parecía estar preparándose para recibir malas noticias. Tuve el impulso de decirle que sí, pero tampoco quería darle falsas esperanzas. De acuerdo, Gali me gustaba. Pero ¿aquello podía llegar a alguna parte? ¿Qué futuro teníamos ninguno de los dos, estando las cosas como estaban?

Ninguno al que apostar en serio, eso desde luego.

—No lo sé —respondí.

—Ya, vale —dijo Gali—. No hay problema.

Se lo había tomado como un rechazo, pero yo no estaba segura de que lo fuera. Gali carraspeó y se volvió para mirar la maquinaria que había tras el panel que acabábamos de retirar.

—Anda —dijo Gali.

Allí, entre los cables y los circuitos y los aparatos arcanos, había una caja idéntica a la que había construido Gali basándose en el diseño de M-Bot.

—Conque así es como lo hacían —dijo Gali, y yo asentí.

Teníamos un comunicador superlumínico.

Pero necesitaba un taynix para funcionar.

8

Pero ¿estáis seguros? —preguntó Jorgen—. ¿El comunicador superlumínico está diseñado para meter dentro una babosa?

Estaba sentado en una silla metálica del hangar de ingeniería con Bien, el taynix morado, en el regazo. Jorgen ya llevaba menos vendas en la cara, y los trocitos de cinta médica que le quedaban contrastaban con su piel oscura. Pasó los dedos distraído por los pinchos naranjas de Bien, que se meneó un poco, como si le gustara.

—Bastante seguros —dijo Gali—. FM ha descubierto que las babosas sí que se llevan la caja consigo al hipersaltar. Si la caja de la nave de M-Bot estaba diseñada para albergar una babosa, es razonable pensar que la del comunicador superlumínico tiene el mismo propósito.

—Pero no nos interesa que la babosa se teleporte con el comunicador —señaló Jorgen.

—Nuestra teoría —le recordé— es que cada tipo de babosa tiene capacidades citónicas diferentes. Las moradas y las rojas no escapan igual que las amarillas, así que las amarillas son las teleportadoras.

—Eso es —convino Gali—. Y la roja hizo… eso de la explosión. Es posible que las violetas tengan un tercer poder.

—Un poder de comunicación —dijo Jorgen—. Igual que Spensa se comunicó con su yaya desde años luz de distancia.

Gali sonrió.

—Exacto.

Se volvió para mirarme, cosa que parecía bastante más frecuente después de nuestra conversación. Esa vez tuve que contenerme para no apartar la mirada. No estaba cómoda del todo con lo que sentía cuando Gali me prestaba atención, con la sensación de que el corazón se me desbocaba un poco. Me

ponía nerviosa y me preocupaba por hacerle daño, lo cual era absurdo porque ya se lo había hecho, ¿verdad? Gali parecía creer que lo había rechazado sin pensármelo, y era posible que así fuese. Lo mejor que podía hacer era no empeorar las cosas.

Pero aún me notaba inquieta, y no poco decepcionada.

—Pero ¿por qué incluir la misma caja en la nave y en el comunicador? —preguntó Jorgen—. Si no quieres teleportar el comunicador de un lado a otro y las babosas moradas no pueden escaparse, no te hace falta el mismo aparato en el comunicador que en la nave. Por lo menos, no si el propósito de la caja es que la nave hipersalte con la babosa.

—Es verdad —dijo Gali—, pero solo si el único objetivo de la caja es enviar la nave con la babosa. —Señaló una pieza que había sacado del bloque antes de encontrar la caja—. Pero es posible que el interior de la caja tenga una segunda función. Esto es un proyector holográfico, no tan avanzado como el de M-Bot pero sí más que los nuestros. Creo que quizá se usara para proyectar una imagen en el interior de la caja.

—Entonces, ¿la caja de M-Bot no debería tenerlo también? —preguntó Jorgen.

—La tecnología de M-Bot le permite proyectar hologramas casi en cualquier superficie —explicó Gali—. Supongo que sería capaz de proyectar dentro de la caja sin tener un holoproyector dedicado a ello.

—Y el propósito del proyector es decir a las babosas lo que tienen que hacer —aventuré.

Gali me sonrió. Volvieron a salirle aquellos hoyuelos y mi corazón hizo otra vez lo de acelerarse un poco. Tenía que hallar alguna forma de tenerlo controlado.

—Esa es la idea —dijo.

Jorgen asintió.

—Y si tenemos las babosas, la caja y el proyector…

—Deberíamos poder hacer lo mismo.

—De acuerdo —dijo Jorgen—. Muy buen trabajo. Pero supongo que activar el comunicador no será tan sencillo como meter una babosa violeta dentro, ¿verdad?

—Ya he probado —repuso Gali—. La babosa se queda ahí sin hacer nada. A lo mejor, si esperáramos, enviaría una comunicación a algún sitio.

—Pero queremos que diga lo que nos interesa —objetó Jorgen—. ¿Cómo se consigue? ¿Sabemos siquiera dónde enviar el mensaje?

—Creo que sí —dijo Gali—. La comunicación que envió le ministre Cuna incluía unos pocos metadatos. Deberíamos poder usarlos para responder. El comunicador tiene algunos sistemas parecidos a los del alfiler intérprete de Alanik, que deberían servir para enviar un mensaje concreto por medio del taynix, aunque el propio taynix no comprenda lo que está transmitiendo. Lo que aún no he averiguado es cómo hacer que la babosa participe en la comunicación.

—Lo más probable es que tenga algo que ver con la citónica —dijo Jorgen—. Babosa Explosiva ha estallado mientras intentaba hablarle con la mente. Así que a lo mejor tengo que… —Me miró de reojo—. ¿Pedirle que envíe el mensaje?

—¿O inducirla a hacerlo de algún modo? —propuso Gali.

—¿En qué pensabas cuando Babosa Explosiva ha estallado? —pregunté—. Si estabas intentando hablarle, ¿qué le decías?

Jorgen se frotó la nuca.

—Nada especial. Dijiste que me hiciera amigo suyo, así que intentaba… empatizar con ella, supongo.

—Empatizar con ella —repitió Gali.

Jorgen gimió.

—Sí, ¿vale? FM dijo que debía establecer un vínculo…

—… y tú me dijiste que era una bobada…

—… porque me parecía una bobada. Pero no funcionaba nada más, así que pensé que merecía la pena intentarlo. Le dije que sentía haberla sacado de su casa y estar invadiendo su mente y hablándole a través del sitio ese que da miedo con tantos ojos, ¿vale?

—Un momento —dije—. ¿Ojos?

—Sí… —En vez de seguir hablando, Jorgen miró hacia la babosa.

—Los ojos —dijo Gali—. Dices que dan miedo, ¿verdad? ¿A ti te asustan?

—No es que me asusten —respondió Jorgen—. Pero sí, las veces que los he visto, son… inquietantes. Es incómodo que me estén mirando todos. Me da un poco de vergüenza.

—Vergüenza —dije yo—. Unos seres todopoderosos y sobrenaturales que podrían apagar tu vida en un instante, la tuya y la del resto del planeta, te miran, y lo que te da a ti es vergüenza.

—Pues sí, ¿qué quieres? —replicó Jorgen—. No es que pueda elegir cómo me siento. Cuesta explicarlo si no lo has experimentado nunca.

—Pero las babosas sí que lo han experimentado —dijo Gali—. Y cuando pensaste en esas cosas, Babosa Explosiva se asustó.

—Tal vez —aceptó Jorgen—. El caso es que cuando pensé en los ojos, la babosa usó su capacidad citónica. Supongo que podríamos probar otra vez, para confirmarlo. —Se palpó las vendas de la cara—. Pero mejor hacerlo con otra variedad, con la que se teleporta. Quizá podría… asustar a la babosa para que hipersalte.

—Me parece buena idea —dijo Gali.

Los dos me miraron, como esperando mi opinión.

—Hum —dije—. No me entusiasma aterrorizar a las babosas, pero al ser la única pista que tenemos, parece que deberíamos intentarlo.

—De acuerdo —dijo Jorgen. Levantó con cuidado a Bien de su regazo y lo dejó en el contenedor—. Mejor probemos con una de las babosas de la caja metálica. Ya la han movido una vez, ¿verdad, FM?

—Verdad —respondí. Di media vuelta para recoger la caja de donde la había dejado, junto al contenedor de las babosas.

La caja no estaba.

—Bueno, parece que hemos demostrado que hipersaltan con la caja, ¿no? —preguntó Jorgen.

—Sí —dije—. La cuestión ahora es dónde se han llevado la caja.

Salí a mirar en el pasillo, pero no estaba allí.

—Usemos otra babosa —propuso Gali—, y ya buscaremos luego la caja.

Saqué a Branquia del contenedor. Jorgen lo cogió con las dos manos y lo miró a la cara.

—¿Crees que tengo que… empezar estableciendo un vínculo?

—No sé de qué te servirá si quieres asustar a la babosa. —Gali me miró como esperando que se lo discutiera.

—Sí —dije—. No creo que el vínculo sea necesario esta vez.

No es que quisiera que las babosas se sintieran mal, pero trabar amistad con ellas podría hacer que estuvieran más a gusto y con menos ganas de moverse.

—Muy bien —dijo Jorgen—. Esta vez no voy a tararear.

—Creo que eso será en beneficio de todos —comentó Gali.

—No sé yo —dije—. Si queremos aterrorizar a la babosa, tus tarareos podrían ayudar.

Más hoyuelos.

Tirda, estaba en apuros graves.

—Allá vamos —dijo Jorgen.

Cerró los ojos y no pasó nada. Gali y yo nos miramos. El problema de hacer experimentos con la citónica era que, la mayor parte del tiempo, no teníamos ni idea de lo que estaba pasando.

Y entonces, sin previo aviso, Branquia desapareció.

—¡Ah! —exclamó Jorgen—. ¡Eh, ha funcionado!

—Sí —dije—. Esto… ¿dónde ha ido a parar Branquia?

Miramos alrededor, pero no estaba en nuestras inmediaciones.

—Estoy pensando —dije— que, cada vez que esto salga bien, estarás dándome más trabajo.

—Eh —replicó Jorgen—, tú te presentaste voluntaria.

Era verdad. Salí al pasillo y busqué a Branquia en las habitaciones de alrededor. Encontré la caja con los otros dos taynix amarillos en una sala contigua, la devolví al hangar de ingeniería y la dejé dentro de la puerta. Pero no había ni rastro de Branquia en ninguna habitación ni en los pasillos más próximos.

Ya estaba a punto de rendirme cuando un ayudante del centro de mando llegó hacia mí con una bolsa de lona de la que salía un sonido aflautado.

—El almirante Cobb le envía esto —dijo el hombre—. Al parecer, se ha materializado en medio de una holoproyección.

—Gracias. —Saqué a Branquia—. Quédese la bolsa por si ven alguna babosa más.

—Muy bien —dijo el ayudante, mirando al taynix con cautela.

Branquia se estremeció un poco. Temblaba al tocarlo, así que metí la mano en el bolsillo, saqué una latita de caviar y le di un poco a la babosa. Hasta mis padres tendrían que aprobar el gesto si supieran que los taynix eran el secreto para salvar la vida de todo el mundo en Detritus.

—Vale —dijo Gali cuando volví—, tenemos una idea para otro experimento. ¿Branquia está preparado?

—¿No ha sufrido ya bastante? —pregunté.

—Sabemos que le dan miedo los ojos —dijo Jorgen—, y queremos ver si es posible provocar que mueva la caja.

Gali ya había sacado las babosas que ocupaban la caja metálica. Fui al contenedor y les di unas pocas setas. Si no íbamos a confiar en el apetito para motivarlas a teleportarse, no había ninguna necesidad de que las pobres pasaran hambre.

—De acuerdo —dijo Gali, entregando a Jorgen la caja con Branquia dentro—. Ten bien sujeta la caja y probemos a ver si la babosa se te lleva a ti también dondequiera que vaya.

—¿Dondequiera que vaya? —preguntó Jorgen—. ¿No sabemos dónde va a trasladarse y queremos que se me lleve?

—Podría tener una aplicación táctica —dije yo—, para sacar a los cazas de apuros si los están persiguiendo los krells. Pero no nos servirá para reunirnos con Cuna.

Aún me ponía nerviosa establecer contacto con la persona que había enviado el mensaje. ¿Y si Alanik tenía razón y Cuna era solo otra herramienta de la Supremacía para intentar controlarnos? Pero al no estar Alanik, Cuna era nuestra única opción. Si el pueblo de Alanik no quería aliarse con nosotros, necesitaríamos ayuda si pretendíamos escapar de la Supremacía.

—No creo que vaya a llevarte muy lejos —dijo Gali—. Hasta ahora, ningún taynix se ha transportado a demasiada distancia. No aparecerás fuera de la plataforma.

—Por tanto, hacer que viajen por el universo será otro problema —dije.

—Sí —asintió Gali—, pero cada cosa a su tiempo.

—Bien —dijo Jorgen.

—¡Bien! —trinó Bien desde el contenedor.

Jorgen respiró hondo, con la caja metálica en las manos.

No pasó nada.

Después de un silencio muy prolongado, Jorgen abrió los ojos.

—No funciona.

—A lo mejor es que ya no tiene miedo —sugirió Gali—. Le has enseñado los ojos y no ha pasado nada. Si a mí alguien me mostrara la misma imagen terrorífica una y otra vez, al final dejaría de asustarme.

—Bien pensado —dijo Jorgen—. ¿Pensamos en alguna otra cosa que los asuste?

—O usamos otra babosa. —Metí la mano en el contenedor y saqué a Feliz—. Prueba con esta.

Con Feliz dentro de la caja, Jorgen cerró los ojos de nuevo.

Y entonces, de pronto, desapareció.

—¡Aaau! —gritó Jorgen.

Gali y yo nos volvimos y lo encontramos atascado dentro de un casillero lleno de diagramas enrollados. Los papeles estaban todos aplastados a los lados y el cuerpo de Jorgen doblado con las rodillas contra la barbilla. La caja con la babosa estaba embutida delante de él. La empujó y cayó al suelo con un fuerte tañido. Jorgen soltó una palabrota.

Se me escapó una risita. Gali se contagió y luego empezó a reírse a carcajadas.

—¡No tiene gracia! —exclamó Jorgen.

—Creo que en eso tienes a la realidad en contra, jefe de escuadrón —dije.

Pero lo cierto es que tenía razón. Sí, verlo allí doblado en el casillero era gracioso, pero ¿y si la babosa hubiera hipersaltado a algún lugar más peligroso, o más estrecho? Las babosas estaban acostumbradas a buscar espacios donde cupiera su propia masa corporal, y ni siquiera sabíamos si eso lo calculaban bien siempre.

Me dio la impresión de que Gali pensaba lo mismo a la vez, porque cruzó el hangar y ayudó a Jorgen a salir. Jorgen se frotó un corte vendado que tenía en el codo.

—Creo que no deberíamos repetir esa prueba —dije.

—Muy de acuerdo —respondió Jorgen—. No sé si las babosas serán más conscientes del entorno cuando teleportan una nave entera. Sería un fallo de diseño garrafal teleportarte usando una criatura que quiere aplastarte en un espacio minúsculo.

Gali asintió.

—Aun así, me impresiona que hayamos conseguido que funcione.

—Lo hemos conseguido —dije—, pero ¿qué sentido tiene?

—¿Sentido? —preguntó Jorgen—. ¿Que qué sentido tiene usar las babosas como hipermotores?

—Que nuestros hipermotores solo puedan teleportar a citónicos —expliqué—. Si hace falta un citónico para activar el hipermotor y los propios citónicos ya pueden teleportarse sin necesidad de ellos…

—A lo mejor el truco vuelve a estar en las proyecciones —dijo Gali—. Si proyectamos algo que les dé miedo dentro de la caja, ya no necesitaríamos un citónico. Mi equipo puede ponerse a trabajar en el proyector, a ver si hacemos que funcione dentro de una caja instalada en una nave.

—Además —añadió Jorgen—, yo soy citónico y no sé hipersaltar. Si conseguimos que lo hagan las babosas, ya habremos dado un paso adelante, aunque haya maneras más fáciles de salir de aquí.

Era verdad, pero seguía habiendo algo que me inquietaba.

Gali pensó un momento.

—Podrías tener razón en lo de que las babosas son más conscientes del tamaño cuando llevan una nave entera con ellas. O también es posible que M-Bot tenga algún modo de resolverlo si aparece en un espacio pequeño, aunque no se me ocurre cuál podría ser.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté.

—En realidad, no tenemos elección —dijo Jorgen—. Por muy peligroso que sea, tenemos que intentar esto en una nave.

9

Estábamos todos de acuerdo en que sería mejor que Jorgen no intentara activar el hipermotor por primera vez mientras pilotaba una nave. Cobb nos asignó un caza de clase Dulo biplaza, con los asientos del piloto y el copiloto uno al lado del otro. La cabina del Dulo seguía siendo angosta, ya que su fuselaje apenas era un poco más ancho que el de una nave de clase Largo. Al entrar me dio la sensación de que la cabina era más pequeña de lo normal, como si el fuselaje me apretara por todas partes.

Gali había atornillado su caja metálica bajo el cuadro de mandos, entre los instrumentos y el suelo, para que las babosas no pudieran hipersaltar sin llevar con ellas el resto de la nave. Ya estaba construyendo duplicados de la caja, por si el experimento salía bien.

Por lo menos esa vez no íbamos a salir volando a la negrura. Los krells llevaban meses sin superar el cinturón de escombros, por lo que era probable que en esa ocasión no tuviera que ver cómo derribaban a algún amigo.

Saberlo no hizo que fuese más fácil estar de nuevo en el asiento del piloto.

—¿Seguro que estás preparado para esto? —pregunté a Jorgen mientras nos colocábamos en la cabina.

—No —dijo él—, pero no creo que podamos permitirnos esperar. Los ingenieros están trabajando en las defensas, pero parece que no tienen forma de saber si serán funcionales en algún momento.

Se acomodó en el asiento del copiloto, rozando su hombro con el mío. Iba a costarme un poco acostumbrarme a aquello: solía tener algo más de espacio separándome de mi jefe de escuadrón mientras volaba.

Jorgen comprobó los taynix de la caja. Llevábamos a Branquia y a Feliz, además de otras dos babosas amarillas. Habíamos pensado que sería buena

idea volar con más de una, por si fallaba algo y perdíamos algún taynix en tránsito.

—Muy bien —dijo Jorgen a mi lado—, vamos allá.

Me puse los auriculares, encendí la radio y la puse en el canal del Mando de Vuelo, que en esa ocasión me conectaría con Gali.

—Estamos listos —le dije.

—Recibido —respondió Gali—. Escuadrón Cielo, tienen permiso para despegar.

Activé nuestro anillo de pendiente y otras naves se elevaron también del hangar de aterrizaje junto con la nuestra. No habíamos reunido al escuadrón entero, pero Sadie, Kimmalyn, Nedd y Arturo iban a acompañarnos por si teníamos problemas. Jorgen pasó al canal que compartíamos con ellos. Seguía siendo el jefe de escuadrón, aunque en esos momentos no pilotara.

—Escuadrón Cielo —dijo—, descended a cien mil pies y converged sobre las coordenadas 334-1280. Rara y Centinela, adelantaos y explorad la zona por si hay alguna caída de escombros inesperada. Anfi, Nedder, seguidnos en formación de punta.

Nuestros compañeros de escuadrón confirmaron que habían comprendido las órdenes y entonces aceleré. Volamos a medio Mag hasta que descendimos a través de un hueco en el cinturón de plataformas, avanzando bajo los focos que iluminaban el planeta desde la capa de escombros. Jorgen toqueteó nervioso la venda que llevaba bajo la barbilla.

—¿Te preocupa que no funcione? —le pregunté.

—Afirmativo —dijo él—. Y también me preocupa que sí.

Tenía sentido. Necesitábamos ser capaces de salir de Detritus, pero no envidiaba a Jorgen que fuese la clave para lograrlo. En aquel enorme socavón que era nuestro planeta, sabíamos escondernos y luchar para salvar la vida. Todo lo demás nos era desconocido por completo.

—¿Qué te dijo Alanik? —pregunté—. Cuando te habló a la mente justo antes de marcharse.

Jorgen se quedó callado un momento, y esperaba que me dijera que era información clasificada, pero no lo hizo.

—Me dijo que soy poderoso. Que no debería dejar que otros me controlaran.

Vaya.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está.

—¿Por qué mentiste cuando te preguntaron?

Jorgen suspiró.

—No parecía lo más adecuado que decir delante de mi madre. Pero a Cobb sí que le conté la verdad cuando me entrevistó.

—¿Por qué crees que te lo dijo?

Alanik parecía tener sus reticencias con la autoridad, lo cual haría que encajara a la perfección en la Liga Desafiante. El problema era que tampoco confiaba en nosotros, y en realidad no podía reprochárselo.

—No lo sé —respondió Jorgen—. Puede que en su planeta los citónicos estén al mando, vete a saber. A lo mejor se le hace raro que alguien capaz de teleportarse por toda la galaxia a su antojo obedezca a una cadena de mando.

—Pero tú no opinas igual.

Jorgen era el más firme defensor de la cadena de mando. Se sabía el protocolo de pe a pa, mejor incluso que el propio Cobb. Negó con la cabeza.

—Una cosa es tener poder, pero si no lo diriges bien puedes terminar cometiendo unos errores gravísimos y haciendo daño a la gente. Si el centro de mando tiene el control, es por algo.

—¿Y la Asamblea Nacional? —pregunté—. ¿Crees que deberían asumir el mando en vez de la FDD?

Jorgen se encogió de hombros.

—Creo que es lógico que el ejército no encabece la función diplomática de la Liga Desafiante.

Lo miré. Él suspiró.

—Ni mi madre tampoco, lo sé. La enviaron para hacer de enlace con los militares. No es diplomática.

—¿Tenemos a alguien que lo sea en Detritus? —pregunté.

—No lo sé —dijo Jorgen—. Tú lo hiciste bastante bien.

Di un bufido.

—No tengo formación como diplomática.

—No —convino Jorgen—. Ni tú ni nadie de aquí. Pero tirda, eres mucho mejor diplomática que mi madre, eso seguro.

No era una idea tranquilizadora. Teníamos un sistema para entrenar a pilotos, para combatir a los krells. Llevábamos generaciones perfeccionándolo. ¿Qué íbamos a hacer si, de pronto, las circunstancias exigían unas habilidades distintas, unos conocimientos que no habíamos valorado nunca como pueblo?

—Tendremos que resolverlo —dije—. Y rápido, si esto funciona.

Jorgen miró el instrumental de la nave.

—Estamos llegando a nuestro destino. Voy a empezar a concentrarme ya en las babosas.

—Entendido —respondí—. Pero… intenta no teleportarnos a ningún lugar peligroso, ¿quieres?

Jorgen no dijo nada. Aún no sabía cómo transmitir coordenadas citónicas, lo que implicaba que no tendría ningún control sobre dónde nos enviaba.

Allí abajo había muchos más escombros contra los que estrellarnos si las babosas decidían transportarnos a un espacio estrecho como habían hecho con Jorgen en el hangar de ingeniería, pero no nos atrevíamos a hacer el experimento fuera de la atmósfera, donde se nos viera desde las posiciones de avanzada de la Supremacía.

Sin embargo, en el laboratorio las babosas solo se habían teleportado a metros de distancia. Ninguna había abandonado la Plataforma Primaria, y siempre las habíamos vuelto a encontrar. No era muy probable que escogieran ese preciso instante para llevársenos a años luz de distancia. Y si lo hacían, seguiríamos teniendo un hipermotor que en teoría debería permitirnos regresar.

Solo que Spensa se había marchado con esas mismas intenciones y nadie sabía dónde estaba. Otro motivo por el que Jorgen no debería intentar hipersaltar en una nave estando solo.

Aunque tampoco me parecía que perdernos los dos en el espacio fuese una gran mejora.

Cuando llegamos a la zona donde habíamos decidido hacer el experimento, Kimmalyn y Sadie se adelantaron para peinar el sector con sus aerodinámicas naves exploradoras. A mí me gustaba más pilotar las naves de exploración que las de clases más pesadas, e iba a echar de menos esa maniobrabilidad si la necesitábamos.

—Llama a Gali —ordenó Jorgen, con los ojos cerrados tras el visor de su casco—. Dile que estamos preparados.

—Gali —dije por el canal general—, estamos listos para empezar.

—Todo despejado aquí fuera —añadió Kimmalyn—. No hay escombros, ni naves de transporte, ni nada.

—Caracapullo, ¿de verdad estás preparado? —preguntó Arturo.

—Diles que estoy preparado —pidió Jorgen. Pero vi que aferraba el borde de su asiento como si estuviera aterrorizado. No me pareció que fuese una ofensa personal a mi manera de volar.

—Caracapullo está concentrándose —dije—. Afirma estar preparado.

—Intentad no chocar contra nosotros —suplicó Arturo.

—¿No has oído que Caracapullo está concentrándose? —replicó Kimmalyn—. Como siempre decía la Santa, «Un necio callado es un necio disimulado».

—¿A quién llamas necio, Rara? —preguntó Nedd.

—A ti no, desde luego —dijo Sadie—. Tú no callas nunca.

Nedd gruñó.

—Menos mal que soy demasiado tonto para saber si se refería a eso.

—Diles que paren de hablar —pidió Jorgen.

—Chicos, dejad libre el canal —dije—. Y seguidnos con vuestros sensores de proximidad. Tal vez no nos transportemos muy lejos, pero tendremos que demostrar que hemos saltado.

El canal quedó en silencio y lancé una mirada a Jorgen.

—Pareces a punto de vomitar —dije—. No lo hagas en mi cabina.

—Se intentará —repuso Jorgen—. ¿Crees que estamos intentando esto demasiado pronto?

—No. Creo que estamos haciendo lo que debemos. Pero si no te relajas, es posible que asustes demasiado a esa babosa y nos haga hipersaltar mucho más lejos de lo que queremos.

—Tal vez —aceptó Jorgen—. No sé si esto funciona así. Intentaré relajarme.

—Podrías tararear otra vez.

Jorgen abrió un ojo y me fulminó con la mirada. Lo había dicho en broma, pero en realidad pensarlo me dio otra idea.

—Ten. —Le ofrecí mi transmisor—. A lo mejor te ayuda.

Activé el aparato y elegí una pieza lenta y hermosa, interpretada por solo unos pocos instrumentos de cuerda. En Detritus teníamos banjos y violines, pero los sonidos que salían de ellos palidecían en comparación con las largas y melódicas notas que estaba reproduciendo mi transmisor.

Jorgen abrió los ojos y vi que los hombros se le relajaban un poco.

—¿De dónde lo has sacado?

—De mi padre —respondí—. ¿A que es bonito? Esta es la canción que me pongo cuando estoy nerviosa.

Jorgen respiró hondo.

—Es una preciosidad.

Me entristecía mucho que, teniendo aquella música, no la reprodujéramos en público. En la Tierra solía haber música en la radio a todas horas. Bastaba con sintonizar un canal de FM para poder escuchar cualquier canción que una quisiera. Me resultaba increíble que antes el aire estuviera rebosante de tantas

ondas. Por eso había escogido FM como mi identificador de vuelo: me gustaba que las iniciales de mi nombre, Freya Marten, fueran las mismas que se utilizaban como siglas para una música que estaba tan disponible para todos.

—¿Preparado? —pregunté.

Jorgen asintió. Era cierto que se lo veía un poco más tranquilo.

Activé de nuevo el comunicador de la nave, sin molestarme en apagar el transmisor.

—Gali, ¿tenemos permiso para hipersaltar?

—Permiso concedido, FM —respondió Gali—. Cuando queráis.

—Tirda, allá vamos —dijo Jorgen.

Por un momento la música ganó volumen, pero fue lo único que sucedió. Aferré más fuerte los controles, mirando por la cubierta hacia el yermo planeta. Estábamos a demasiada altura para distinguir las abruptas marcas de la superficie, pero también demasiado lejos del cinturón de escombros para ver mucho más que las plataformas y los pedazos más grandes. Volábamos entre una cosa y la otra, solo a Mag 1 para tener más control por si necesitábamos emprender maniobras evasivas. A mi lado Jorgen respiraba hondo, y la música descendió a una sucesión de notas graves y rápidas que encajó con mi pulso.

Tal vez aquello no funcionaba. Tal vez fallaba algo. Tal vez…

Parpadeé y un trozo de escombro metálico apareció delante de mi nave, precipitándose hacia nosotros.

No. Nos precipitábamos nosotros hacia él.

Me elevé y evité por poco el impacto colándome en el hueco entre dos enormes pedazos de metal que rodaban libres en el cinturón de escombros, restos de los sistemas de allí arriba que habían empezado a desintegrarse mucho tiempo antes. A mi lado, Jorgen abrió los ojos de golpe y ahogó un grito de sorpresa mientras yo rodeaba el escombro y me lanzaba hacia abajo, o al menos hacia donde pensaba que era abajo, porque al teleportarnos me había desorientado por completo.

—¡Cuidado! —gritó.

Vi demasiado tarde un trozo de roca rodando hacia nosotros, desestabilizado por nuestros propulsores. Dimos de frente contra él, nuestro escudo se agrietó y me escoré a un lado para no chocar contra otro escombro.

—¡FM! —exclamó Gali por la radio—. ¿Estáis bien?

Jorgen pulsó el botón del comunicador.

—Gali, ¿dónde tirdas estamos?

—Os tengo localizados en el cinturón de escombros. Estáis muy dentro de una zona inestable. Ya os estoy buscando el mejor rumbo para salir.

—¡Tirda! —grité, reduciendo la velocidad mientras serpenteaba entre escombros grandes que parecían los restos de una plataforma desmoronada—. Dile que lo haga rápido.

—¡Ya, Gali! —insistió Jorgen—. ¡Necesitamos ese rumbo!

Pasé entre dos pedazos de la plataforma, pero se movían hacia mí en vez de alejarse, plegándose entre ellos como si estuvieran unidos por una bisagra. Aceleré, pero Jorgen me puso una mano en el hombro.

Y de pronto nos materializamos poco más allá de los restos de plataforma que se plegaban. Vi por los monitores cómo las monstruosas formas impactaban entre sí a nuestra cola.

—¿Qué has hecho? —pregunté mientras bordeaba otro escombro.

—Concentrarme en el lugar al que quería que fuésemos —dijo Jorgen—. Creo que puedo dar a las babosas indicaciones de hacia dónde huir, siempre que vea el espacio al que quiero que huyan. Quizá también sería factible si visualizo el lugar y es algún sitio que las babosas reconozcan. Pero con eso último tendremos que experimentar.

El sector del campo de escombros que teníamos por delante era un poco más espacioso, y continué volando en zigzag entre los cascotes mientras la música ganaba intensidad en acordes largos y lentos. «Tranquila —pensé—. Concéntrate». Localicé una zona del cinturón de escombros con espacios más amplios y volé en círculos por ella mientras Gali nos buscaba un rumbo.

—Experimentemos ahora —sugerí—. ¿Qué tal si visualizas el espacio sobre la Plataforma Primaria, a ver si la babosa nos lleva ahí?

Distinguí a través de su visor que Jorgen hacía una mueca. No respondió.

—Caracapullo —dije—, ¿estás bien?

—Sí —respondió Jorgen—. Pero creo… creo que la segunda vez alguien me ha oído.

—¿Cómo que te ha oído? —pregunté—. ¿Citónicamente?

—Sí —dijo él.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Un zapador?

Jorgen negó con la cabeza.

—Me parece que no. Daba la sensación de que… de que alguien se sorprendiera. Me ha oído llamar a los taynix y no esperaba encontrarme ahí. Es como si hubiera abierto una puerta y dado un susto a la persona del otro lado.

—Si no era un zapador ni tampoco un taynix… —La única otra citónica del planeta, que nosotros supiéramos, era la abuela de Spensa, pero ella conocía a Jorgen, así que no debería sorprenderse—. ¿Sois más? Porque nos vendría bien tener…

Jorgen negó con la cabeza de nuevo.

—No creo que hayamos sido nosotros —dijo—. Creo que eran ellos.

Uy. ¿La Supremacía? Sabíamos que contaban con citónicos, y tenía sentido que hubiera uno o dos destinados a los acorazados cerca de Detritus, sobre todo si empleaban la citónica para activar sus hipermotores.

—Pero si te han oído…

—Entonces saben lo que estamos haciendo —dijo Jorgen—. Quizá hayan percibido este último salto. No sé si quiero volver a intentarlo ahora mismo, mientras escuchan.

Era cierto que no parecía muy buena idea. Si supieran que estábamos desarrollando los hipermotores, ¿qué nos harían?

—Muy bien —dijo Gali por el comunicador—, tengo unas coordenadas para vosotros. Os alejaréis de la Plataforma Primaria hacia una parte más estable del cinturón de escombros por la que podáis descender.

Gali nos dictó las coordenadas y Jorgen las introdujo en el sistema de navegación. Aceleré un poco más y bordeé unos escombros que eran casi tan inmensos como la Plataforma Primaria, pero retorcidos y maltrechos. Jorgen pasó la radio al canal general y yo bajé el volumen de mi transmisor, pero sin desconectarlo.

—¿Anfi, Nedder? —dijo Jorgen—. ¿Estáis bien?

—¡Estáis vivos! —exclamó Arturo—. Tirda, Caracapullo, habéis desaparecido.

—Es justo lo que intentaban hacer, ¿no? —dijo Nedd.

—Sí, pero no esperaba que lo consiguieran. ¿Dónde estáis?

—Arriba, en el cinturón de escombros —respondió Jorgen—. Voy a enviaros las coordenadas de donde esperamos emerger para que nos escoltéis de vuelta a la Plataforma Primaria.

—¿De verdad habéis hipersaltado? —preguntó Sadie—. ¿Qué se siente?

Activé mi radio.

—Que estás en un sitio y de pronto estás en otro.

—Esto… ¿chicos? —intervino Gali—. El centro de mando está llenándose. Creo que no tardarán en quitarme el canal.

—¿Quitártelo? —preguntó Jorgen—. ¿Por qué?

—Un momento, voy a averiguarlo.

Jorgen y yo nos miramos.

—Coordenadas recibidas —dijo Arturo—. Vamos para allá.

Entre los pedazos de metal que teníamos debajo, entreví la superficie del planeta.

—Escuadrón Cielo —dijo por la radio una voz conocida, la de Cobb, que había reemplazado a Gali al micrófono—. Tienen que regresar todos a la Plataforma Primaria de inmediato.

—¿Por qué, señor? —preguntó Jorgen por el comunicador.

—Captamos movimiento en los acorazados —dijo Cobb—. Parece que van a situar en posición la nave más grande, la del arma planetaria.

Estrellas.

—¿La *qué?* —pregunté.

—Señor —dijo Jorgen—, ¿ha dicho arma *planetaria?*

—Afirmativo —respondió Cobb—. Por la charla en las redes de datos, ya sabíamos que tienen misiles capaces de bombardear el planeta. No habían dado signos de ir a usarlos, pero ahora están situándose para hacerlo.

—¿Crees que será por nosotros? —pregunté a Jorgen.

—No lo sé —dijo él—, pero me parece demasiada coincidencia para no serlo.

—Entonces, mejor decírselo a Cobb, ¿no?

Jorgen asintió.

—Señor, la misión ha salido bien, pero al hacerlo, creo que los citónicos de la Supremacía nos han detectado.

Hubo una pausa, en la que imaginé a Cobb echando culebras por la boca.

—Tal vez hayan decidido que es el momento de aniquilarnos —dijo—. ¿Podemos usar los taynix para sacar a la gente del planeta?

—Negativo —respondió Jorgen—. Creo que puedo teleportarme a lugares que veo o quizá que conozco, pero nada más.

—Recibido, jefe de escuadrón. Vuelvan tan rápido como puedan.

Tragué saliva y contuve el impulso de volver a subir el volumen de la música.

No estábamos preparados. No podíamos huir, no sin controlar por completo los hipermotores, y la Supremacía quería destruirnos antes de que llegáramos a eso.

Si nos atacaban con toda su capacidad, ¿sobreviviría alguno de nosotros?

—Estamos de camino —dijo Jorgen a Cobb mientras yo sacaba la nave del cinturón de escombros.

Arturo y Nedd entraron en formación de flanqueo a nuestra cola mientras Kimmalyn y Sadie abrían la marcha hacia la Plataforma Primaria.

—Tiene que haber alguna manera de usar los hipermotores en nuestro favor —dije a Jorgen.

Él asintió.

—Almirante —dijo por la radio—, no podemos huir mediante los hipermotores, pero creo que podríamos sacarles provecho en batalla.

Cobb se quedó callado un momento.

—Eres un recurso demasiado valioso para arriesgarlo —respondió por fin.

—Tal vez —dijo Jorgen—, pero, si no sobrevivimos a esto, dará igual lo que nos hayamos estado reservando, ¿verdad?

Era un buen argumento, aunque daba mucho que pensar.

—Muy bien —dijo Cobb—, explícame lo que se te ha ocurrido.

10

Cuando llegamos a la Plataforma Primaria, el hangar de aterrizaje era un caos. Al igual que antes de la batalla en la que había llegado el zapador, los pilotos corrían hacia sus naves mientras recibían las últimas instrucciones, en una atmósfera de nerviosismo que lo impregnaba todo. Aterricé mi nave al lado de Cielo Uno, el caza habitual de Jorgen. Gali estaba con otros dos ingenieros alrededor de la cabina abierta, haciéndoles gestos frenéticos.

Jorgen abrió la cubierta de nuestra nave y saltó fuera.

—Cobb nos ha dicho que te cambias a tu propio caza —dijo Gali—. Hemos sacado el módulo de interferencia de la nave de Alanik y lo hemos instalado en la tuya. Si la información que extrajimos de sus bancos de datos es correcta, impedirá que el enemigo proyecte ilusiones en tu mente. También tienes cinco taynix amarillos en una caja bajo el cuadro de instrumentos. No está bien integrada, pero la hemos atornillado, así que las babosas no se teleportarán sin ti. ¿Podrás operarlas sin nadie que te ayude pilotando?

—No hay problema —respondió Jorgen—. Necesitamos que vueles tú con FM en el Dulo.

Gali miró a Jorgen aterrorizado.

—No soy piloto, Jorgen. Casi ni empecé en la escuela de vuelo.

—Ni tampoco vas a pilotar —replicó Jorgen—. Probaremos a usar los hipermotores para lanzar un ataque sorpresa contra la nave que lleva el cañón de asalto planetario. El objetivo es inhabilitarlo para que no pueda destruir la Plataforma Primaria ni atacar la superficie de Detritus. El problema es que no sabemos muy bien cómo funciona esa arma, ni cómo destruirla, ni si es posible siquiera. Pero si te enviamos allí y le echas un buen vistazo…

—Quizá ayude a averiguar cómo inhabilitarla —asintió Gali.

—El Mando de Vuelo no quiere que me teleporte yo —dijo Jorgen—, pero puedo sentir a las babosas con la mente a cierta distancia, y no tengo que estar a su lado para comunicarme con ellas. Así que os enviaremos a ti y a FM. No estaréis solos ahí arriba. Sí que me han permitido capitanear el Escuadrón Cielo para apoyaros, porque tendré que ver dónde os envío. Y además, así podré activar el hipermotor para sacaros si la cosa se tuerce.

A mí no me emocionaba mucho el plan. Cuando estuviera cerca de la nave artillera, en teoría Jorgen debería ser capaz de teleportarme si algo salía mal, de acuerdo. Pero todo era *muy* teórico. No era una misión suicida, pero sí lo más parecido que había hecho jamás.

Yo no era Spensa. No me encantaba arrojarme de cabeza al peligro y resolver las cosas sobre la marcha. Pero tampoco iba a permitir que destruyeran mi planeta entero por no estar dispuesta a hacer lo necesario. Era piloto. Me había alistado para aquello. Haría todo lo posible para que saliera viva la mayor cantidad de gente posible, incluso aunque yo no estuviera entre ella.

Llevar a Gali era algo muy distinto.

—No puede ordenarte que lo hagas —le dije.

Por supuesto, Gali ya lo sabía, porque no formaba parte de la cadena de mando de Jorgen, pero aun así me pareció un buen momento para recordárselo.

—Y Cobb tampoco te lo ha ordenado.

Cobb comprendía bien las razones por las que un piloto querría no volver a subir nunca a una nave. Él mismo había subido cuando lo había considerado necesario, pero no tomaría esa decisión por nadie más. A mí tampoco me había ordenado cumplir la misión. Era una apuesta demasiado experimental, demasiado volátil.

Gali asintió.

—Lo sé. Voy a hacerlo.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

Jorgen me lanzó una mirada. Gali acababa de aceptar, lo cual era a todas luces lo que necesitábamos. Pero a mí no me parecía bien llevarme a alguien a la batalla, en una misión tan peligrosa, sin que estuviera convencido de querer estar allí.

—Sí —dijo Gali. Señaló una caja que tenía al lado—. Tenemos un taynix más, por si lo necesitamos.

Subió la caja al Dulo, con Mofletes dentro mirando distraído por el borde. Gali se sentó en el asiento del copiloto a mi lado. Se revolvió un poco y se

apretó contra el extremo del asiento, aunque yo habría preferido que se sentara más cerca. Se puso el casco.

Tirda, aquello no me gustaba nada. Gali había dejado la escuela de vuelo por un motivo, y nunca había querido regresar, al contrario que Kimmalyn o Nedd. Si acababa muerto, sería culpa mía. Visualicé la nave de Lagartija explotando, sus restos cayendo en espiral hacia el planeta.

A Gali no le pasaría lo mismo. No quería que le ocurriera. No iba a permitirlo.

Tampoco me reconfortó mucho saber que, si Gali moría en la batalla, lo más probable era que yo cayese con él.

—De verdad que no tienes por qué hacerlo —insistí, esperando que se echara atrás por mucho que necesitásemos su ayuda.

Lo cual era la razón de que tener sentimientos complicados por alguien en una situación como esa era muy mala idea.

—Sé que no estoy obligado a hacerlo —repuso Gali—, pero Jorgen tiene razón. No deberías operar tú sola un hipermotor, sobre todo sin controlarlo de verdad.

—Nos irá bien —dije con una confianza que no sentía—. Tengo una hoja de servicio perfecta de no morir en combate.

Gali rio, pero sonó forzado. Estaba evitando mirarme a los ojos otra vez. Por lo menos, en esa ocasión era evidente que lo aterrorizaba la batalla y no yo.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que no mueras ahí arriba —prometí. Y lo haría. Debía hacerlo.

—Te creo —dijo Gali—. Pero no siempre depende de ti, ¿verdad?

Por supuesto que no. Nunca era posible garantizar que regresaría de una misión, ni mucho menos que sería capaz de mantener a otra persona a salvo.

Eso era lo que me preocupaba.

A nuestro lado, vi que Jorgen hacía las comprobaciones de vuelo y preparaba su caza para el despegue. Kimmalyn, Sadie y los demás aún flotaban en el aire, esperando las coordenadas a las que dirigirse. Tenderete y Gatero se habían unido a ellos.

—Esa nueva arma planetaria… —dije—. ¿Es del tipo de cosas contra las que nos defendería ese escudo en el que trabajáis?

—Puede, si funcionara —respondió Gali—. Pero no lo hemos probado. Si lo activamos, tal vez no pasará nada. O a lo mejor algunas partes del sistema están operativas, pero otras demasiado dañadas para funcionar. Los

escombros que rodean Detritus están en muy mal estado y el sistema podría fallar. O peor aún, cortocircuitarse y hacerse más difícil de usar en el futuro.

—¿Y en el peor de los casos? —pregunté.

—No lo sé —dijo Gali—. No hemos tenido tiempo de trazar las consecuencias. Si hay cortocircuitos en plataformas importantes, el daño podría ser considerable.

—¿A la Plataforma Primaria? —pregunté.

—No lo sé —repitió Gali—. Por eso es demasiado arriesgado activarlo hasta que hayamos explorado las situaciones más probables. Pero hemos entregado un informe completo al Alto Mando sobre lo que sabemos y lo que no. Dependerá de Cobb lo que hagamos con ello.

Jorgen llevaba algo de razón sobre la estructura de mando. Tenía sentido que el poder estuviera organizado para emplearse con eficacia.

Pero de ese modo, todo dependía de la decisión que tomara la persona de arriba. En Cobb confiaba. En Jeshua y la asamblea, menos.

La nave de Jorgen despegó y yo activé mi anillo de pendiente para elevarme a su lado.

—Escuadrón Cielo —dijo Jorgen por el canal de comunicación—, tenemos orden de atacar a los cazas que protegen los acorazados. No dejaremos que destruyan la Plataforma Primaria ni que atraviesen el campo de cascotes para bombardear la superficie del planeta.

—Cielo Cinco, preparada —respondí por radio.

Cuando los demás hubieron dado también sus confirmaciones verbales, seguimos el rumbo de navegación por el laberinto de las plataformas superiores.

—Hoy estaremos en el centro de la batalla —dijo Jorgen—. Nuestras órdenes son volar tras los escuadrones Victoria y Valquiria, que nos abrirán camino hacia el acorazado. —Jorgen no iba a hablar por radio de la otra parte de nuestra misión, no si había aunque fuese una mínima posibilidad de que el enemigo interceptara el mensaje—. Hoy FM va en el Dulo con Gali.

—¿Cómo, Gali vuela con nosotros? —exclamó Kimmalyn—. ¡Bienvenido a casa, Gali!

—Diles a todos que gracias —me pidió Gali.

Señalé sus controles de comunicación.

—Díselo tú mismo.

Gali activó su radio.

—Gracias, Rara —dijo—. Estoy… hum… no del todo en contra de volar con vosotros.

—Viniendo de Gali, es un apoyo entusiasta —añadí, y Gali me dedicó una débil sonrisa. Se relajó un poco en el asiento, nuestros hombros se tocaron y eso por lo menos me reconfortó.

—De verdad que pienso mantenerte vivo —le dije.

—Volamos hacia un montón de alienígenas que pretenderán justo lo contrario —repuso él—, y más cuando se den cuenta de que tenemos un hipermotor, por poco efectivo que sea, y de que vamos a destruir su cañón.

—Gali, FM, ¿tenéis el dispositivo listo? —preguntó Jorgen por un canal privado mientras dejábamos atrás las plataformas y salíamos disparados a la negrura.

A mi lado, Gali abrió la caja y miró los taynix.

—¿Sabes cuál es el que ya ha usado Jorgen? —pregunté.

—Ni idea —dije—. ¿Y si los cambias todos?

—Sí, mejor será.

Sacó los cuatro taynix que estaban en la caja y metió en su lugar el que había traído consigo. Feliz se tumbó en sus rodillas, trinando con suavidad. Estiré el brazo y la rasqué detrás de la barbilla.

—Estamos preparados —dije a Jorgen por radio.

—Eso es mucho decir —murmuró Gali a mi lado—. Pero estamos tan preparados como lo estamos ahora mismo.

Me reí. La frase había sonado tan profunda como aterradora. Bajé una mano a mi transmisor.

—¿Te apetece oír música? —le pregunté.

—Me ha gustado la canción que has puesto antes en el laboratorio. ¿Tienes más?

—Sí —dije, y activé el transmisor y pasé la breve lista de piezas antes de seleccionar una.

Era más potente que la que le había puesto a Jorgen. No tenía ni la menor noción de qué instrumentos podían generar esos sonidos. Había una melodía enterrada bajo un montón de gritos en un idioma que no comprendía. Pero el ritmo era muy marcado y los sonidos tenían un extraño atractivo, por ruidosos e iracundos que parecieran.

Gali escuchó un momento y luego hizo una mueca.

—¿Esto es música? ¿Estás segura?

—Lo es —dije—. Solo que apreciarla requiere un gusto refinado.

El escuadrón aceleró en grupo, avanzando hacia los acorazados en una formación de uve estándar. Mis sensores de proximidad empezaron a detectar

cazas, muchos, aunque todavía no tantos como los que nos habían atacado cuando llegó el zapador.

Lo más alarmante de todo eran las naves más grandes, que se desplazaban en dirección a Detritus. Hasta ese momento habían permanecido inmóviles, más una señal de posición que un peligro en sí mismas.

La música mantuvo su implacable marcha mientras seguíamos acelerando hasta Mag 8. Fuera del campo de cascotes había demasiado… bueno, demasiado *espacio*. Las naves acechaban en la lejanía, pero incluso a alta velocidad, tardamos bastante tiempo en aproximarnos.

Un tiempo en el que cada vez era más consciente de la presencia de Gali sentado junto a mí. Nuestros brazos ya se tocaban del hombro al codo, calentándome el cuerpo entero. Tirda, no tendría que estar pensando en esas cosas mientras me dirigía al combate. Era lo que le había dicho a Sadie durante la anterior batalla: tenía que concentrarme. No estaba acostumbrada a tener a nadie conmigo en la cabina mientras luchaba, y mucho menos un chico al que le gustaba.

Porque aún le gustaba, ¿verdad?

—No me parece que la canción mejore —comentó Gali.

—Vale, ya la cambio.

—No, no hace falta —se apresuró a decirme, pero yo ya había echado mano al dial para buscar otra canción.

No solía compartir mi música con mucha gente, lo que con toda probabilidad era egoísta por mi parte. No es que la quisiera toda para mí sola, sino más bien que prefería no ponérsela a quienes no fuesen a apreciarla. Era lo único que aún me conectaba con el pueblo que habíamos sido, antes de estrellarnos en Detritus y quedar limitados a la mera supervivencia.

Supuse que no debería haber elegido una de las piezas más extrañas de mi colección para ponérsela a Gali. Así que opté por algo un poco más fácil de digerir.

Era una pieza coral, también en otro idioma, en esta ocasión uno que según mi padre ya había caído en desuso antes de que los humanos salieran de la Tierra. Sonaron docenas, quizá centenares de voces en armonía, cantando en distintos tonos y timbres, creando una música sonora y de algún modo también suave a la vez.

—Ah —dijo Gali—. Estrellas, qué bonita es esta. ¿Suena algún instrumento?

—Creo que no. Son solo voces.

—Caray.

Gali acarició distraído a Feliz en su rodilla y la babosa empezó a flautear con la música, añadiendo otro tono agudo a las voces. Branquia se acercó poco a poco a mí y me frotó el muslo con el hocico.

—Esta tiene que gustarte —dije—. Hasta las babosas la aprecian.

Gali me miró entornando los ojos y yo me reí y le di una palmada en la mano.

Ojalá hubiera tenido agallas para hacer más. Ojalá el combate no se aproximara tan deprisa. Tirda, había llegado otra nave de transporte y estaba desplegando más cazas. Me parecía increíble que hubieran venido tan deprisa, pero la Supremacía tenía comunicadores superlumínicos operativos. Tenía hipermotores que los llevaban donde les decían, y la capacidad de convocar a sus pilotos y transportarlos por la inmensidad del espacio en cuestión de segundos.

Nosotros habíamos progresado algo, pero aún estábamos tan tirdosamente atrás que me daba ganas de llorar.

No era el momento. No debía perder la compostura. Mi escuadrón dependía de mí. Gali dependía de mí. Detritus dependía de mí.

Las naves salpicaron todo mi monitor de proximidad mientras nos acercábamos raudos al campo de batalla. En esa ocasión habíamos llevado la lucha a su terreno.

Deseé pensar que eso nos proporcionaría la suficiente ventaja para una victoria decisiva.

—Estamos tan preparados como lo estamos ahora mismo —dije.

Gali asintió.

—Ni más ni menos.

Varios cazas enemigos se desgajaron del grupo en nuestra dirección.

—Allá vamos —dije, y surcamos la negrura hacia ellos.

11

Nuestro escuadrón cruzó el centro del campo de batalla a cola de los escuadrones Valquiria y Victoria, que tenían orden de acercarnos lo suficiente a la nave artillera para que Jorgen distinguiera un camino claro hasta ella. Jorgen necesitaba ver el lugar al que iba a enviarnos para asegurarse de que llegáramos a él.

Las naves enemigas se desplegaron e interceptaron a nuestros cazas en su avance hacia la artillera. Tenía que haber algún modo de derribar aquel mastodonte, o las fuerzas de la Supremacía no pondrían tanto empeño en defenderlo. Nosotros no necesitábamos destruirlo, sino solo inhabilitar el arma orbital antes de que tuviera ocasión de dañar Detritus.

Mientras la música ganaba intensidad, me abalancé contra los cazas enemigos y los regué con fuego de destructor. De inmediato recogí a un par de perseguidores, y Sadie y Kimmalyn se situaron en posición detrás de mí, preparadas para abrir fuego cuando anulara los escudos de las naves enemigas.

Invertí los propulsores para perder velocidad. En la atmósfera, la fricción del aire se ocupaba de eso, pero allá arriba tenía que hacerlo yo sola. Las otras naves se me echaron encima y ejecuté un tonel volado para evitar el fuego de sus destructores, aunque parte de él hizo crepitar mi escudo.

—Tirda —dijo Gali, agarrándose al panel de instrumentos—. Se me había olvidado cómo marea esto. —Aun así, se inclinó sobre el monitor de proximidad y lo interpretó con rapidez—. Escórate a la derecha. Está llegando un amigo suyo. Si pasas entre esos dos, pillarás a los tres con el PMI.

—Hecho —dije.

Me escoré y activé los propulsores para enviar la nave hacia atrás entre el fuego enemigo. Mi escudo crepitó más, pero daba lo mismo. Activé el PMI,

lo que anuló tanto mi escudo como el de las tres naves enemigas. Sadie y Kimmalyn abrieron fuego mientras yo emprendía una sucesión de maniobras defensivas para esquivar los destructores krells.

A mi lado, Gali cerró los párpados con fuerza.

—No, esta parte no la echo nada de menos —dijo.

—Supongo que es peor si no estás pilotando tú —comenté.

—Qué va, qué va —dijo él—. De veras prefiero que tengas tú el control y no yo.

—Escuadrón —llamó Jorgen—, converged sobre la artillera. Victoria y Valquiria nos han abierto camino.

Reactivé mi escudo y entramos en formación de eme para seguir cruzando el campo de batalla.

—Se acercan más —dijo Arturo.

Vi en mis monitores de proximidad que venían otras cinco naves para bloquearnos el paso. El enemigo no era idiota. Sabía que intentábamos acercarnos a ese acorazado para destruirlo. Pero si enviaba todos sus refuerzos a combatir contra nosotros, no le quedaría nada para defender la nave artillera cuando llegáramos. El Escuadrón Cielo rompió formación y ejecutó maniobras evasivas.

—Anfi, Nedder —dijo Jorgen—, apartad esos cazas del resto del escuadrón. Tenderete, Gatero, sois su apoyo.

—Esto va bien —me informó Gali, mirando los monitores—. No están reservándose nada para defender la artillera. ¿Por qué actúan así, si saben que tenemos un hipermotor?

—No lo sé —dije—. A lo mejor es porque ellos no usan los hipermotores de ese modo. ¿Te imaginas lo que pasaría si hicieran hipersaltar una bomba aniquiladora y la detonaran sobre la base Alta? Pero nunca lo han hecho.

—Cobb dice que son muy cautelosos con la tecnología —respondió Gali —. No se la confían a los cazas individuales, por miedo a que se les escape el secreto del transporte superlumínico. Si la gente supiera cómo funciona, los planetas más pequeños podrían utilizarlo y la Supremacía perdería el control.

Si eso era cierto, el control les salía a un precio prohibitivo. Tenía que haber algún modo de utilizar aquello en su contra.

Pero antes debíamos sobrevivir.

La nave artillera iba ganando tamaño en la lejanía y Jorgen abrió un canal privado conmigo.

—Vale, FM —dijo—. Ya veo bastante bien la zona delante del acorazado para dirigir el dispositivo. ¿Estáis preparados?

—Tan preparados como lo estamos ahora mismo —respondí.

—No sé lo que significa eso.

—Estoy lista, señor —dije. Era la respuesta correcta, aunque no la pura verdad. No había manera de estar lista para aquello.

—Vale —dijo Jorgen—. Voy a concentrarme en el dispositivo de vuestra nave.

Feliz desapareció del regazo de Gali.

Tirda.

Jorgen se había equivocado de babosa.

—¡Lo siento! —exclamó Jorgen por el comunicador mientras una nave de las que se habían llevado los demás viraba y disparaba sus destructores contra nosotros.

El arco de fuego se aproximó a nuestra nave y Gali apretó los párpados con fuerza.

Y entonces, de pronto, tenía un gigantesco acorazado justo delante de mí, tan cerca que me vi obligada a hacer un viraje brusco para no estamparme contra él.

La nave tenía forma de ladrillo y sin duda no estaba diseñada para volar en atmósfera. Vi que en su parte delantera se deslizaban a los lados dos compuertas gigantescas, que dejaron a la vista un cañón redondo y vidrioso.

—Esa debe de ser el arma planetaria —dije a Gali—. ¿Alguna idea de dónde empezar a disparar?

—Que no sea al propio cañón —me aconsejó él—. Estará construido para resistir el fuego y tus destructores no bastarán para cargártelo. Los controles del cañón deberían ser mucho más vulnerables, pero no los habrán montado en el exterior de la nave, donde serían un objetivo fácil. Prueba a pasar otra vez por delante para que lo vea mejor, ¿quieres?

—¿FM? —llamó Jorgen por radio—. ¿Situación?

—El salto ha funcionado, Caracapullo —respondí—. Evaluando objetivo.

Viré de vuelta y me dirigí otra vez a la cabecera de la nave, evitando la zona justo por delante del cañón. No sabía lo rápido que podía disparar, ni tampoco quería averiguarlo con mi nave hecha trizas por un proyectil diseñado para destruir planetas.

—Esto… ¿FM? —dijo Nedd por el comunicador—. ¿Dónde te has metido?

—Ocupada, Nedder —repliqué.

—FM, tienes naves entrantes —me advirtió Jorgen—. Unos cuantos krells han dado media vuelta y van directos hacia vosotros. Victoria y Valquiria les

pisan los talones.

—¿Permiso para darles caza, señor? —pidió Kimmalyn.

—Concedido. Que se acerquen a FM las menos naves posibles.

—Ahí —dijo Gali, señalando algo en el monitor—. Bajo el cañón hay un escudo para desviar los disparos enemigos. No sé si serán los controles. También podría ser el anillo de pendiente de la nave, si es que lo tiene, o los sistemas de propulsión.

—Vamos a averiguarlo —dije.

Descendí bajo la parte frontal de la nave, en paralelo a la cara inferior por donde Gali había indicado que estaba el escudo. Como cabía esperar, no había ningún gran botón rojo con un letrero que dijera: PARA DESTRUIR CAÑÓN, PULSAR AQUÍ.

Pero sí que había una escotilla más o menos del tamaño de la envergadura de mi nave, cerrada a cal y canto, así que la acribillé con fuego de destructor. El escudo resistió un momento antes de caer y la escotilla explotó y salió despedida hacia el interior de la nave. No pude mirar bien entre el destrozo antes de que llegaran más disparos de destructor desde mi cola, que me obligaron a descender alejándome del hueco y dar otro rodeo, sin dejar de ladearme a derecha e izquierda para evitar que el enemigo me hiciera picadillo.

—Pues nada, nos han encontrado —dije—. Se acabó la tranquilidad.

—Siguen estando en desventaja —repuso Gali, estudiando sus monitores—. Aún son pocos protegiendo la nave y tú acabas de abrirle un agujero. ¿Podemos mirar dentro?

Las ráfagas de destructor brillaban hacia mí mientras hacía serpentear el Dulo de vuelta hacia la parte frontal de la nave artillera. En torno al cañón estaba acumulándose una escalofriante energía azul, así que pasé a buena distancia para meterme bajo la nave otra vez.

Y al instante encontré una ráfaga de fuego de destructor. Debía de haber algo importante allí abajo, porque vi a tres cazas enemigos trazando círculos en torno al agujero que había abierto, defendiéndolo mientras el cañón cargaba energía para disparar hacia el planeta. Llegaron varias naves de los escuadrones Valquiria y Victoria, rodearon a los cazas enemigos y los obligaron a dispersarse si no querían que sus cascos estallaran en mil pedazos.

—FM —dijo Jorgen—, las fuerzas enemigas están dando la vuelta hacia tu posición. Hacemos lo que podemos para que no se te acerquen, pero nos superan en número. Avísame cuando necesites que te saque de ahí.

—Aún no —respondí.

Ayudé a los otros cazas a ahuyentar las naves enemigas mientras Gali bajaba el brazo y abría la caja para sacar a un tembloroso Mofletes, al que se veía muy alterado por haber hecho el hipersalto. Se lo quité de las manos y me lo puse en el hombro. Entonces fue cuando caí en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde había ido Feliz.

Por las estrellas, ¿la babosa estaría flotando en algún lugar del vacío? Había seres capaces de sobrevivir sin atmósfera, pero no sabía si las babosas estaban entre ellos. La idea de la pobre Feliz perdida y sola en la negrura volvió a darme ganas de llorar.

Cosa que seguía sin tener el lujo de hacer en esos momentos.

La pieza coral era de las largas, y su música aún manaba de mi transmisor. Viré de nuevo en círculo hacia la escotilla rota, disparando mis destructores, esquivando naves enemigas. Vi maquinaria entre los restos de la escotilla, pero no tenía ni idea de para qué servía.

—¿Gali? —pregunté.

—Vete a saber —dijo él—. Por mí, dispárale.

Abrí fuego. El casco inferior de la nave se iluminó y varios disparos rebotaron hacia la refriega, pero otros destruyeron la tecnología que había ocultado la escotilla.

El fuego de destructor hizo crepitar mi escudo y ejecuté una retirada inversa, intentando alejarme de mis perseguidores. Pero había tres naves enemigas apuntándome, y me siguieron al apartarme de la parte inferior de la artillera.

Había sido solo cuestión de tiempo que su mando de vuelo identificara la nave con el hipermotor. A las tres naves que me perseguían se unieron otras dos, y me lancé a una complicada serie de maniobras que impidió que frieran mi escudo por completo.

Pero ya no podía seguir.

—Caracapullo —dije por la radio—, necesito replegarme.

—Recibido —respondió Jorgen.

Otro impacto acabó con mi escudo. Si recibía uno más, moriríamos.

De pronto, el cristal de la cubierta se volvió negro.

Gali soltó una palabrota.

—¿Estamos muertos?

Chispas, miles de ellas, todas mirándome. No eran ojos, sino hermosas estrellas blancas, a mundos de distancia.

—Aún no —dije.

Casi sin aliento, reinicié mi escudo y observé el monitor de proximidad. Quizá estuviéramos demasiado lejos para que Jorgen nos trajera de vuelta, sobre todo teniendo todas las babosas agotadas. La FDD vendría a buscarnos si nos quedábamos sin combustible, pero para eso era necesario que *quedara* una FDD después de aquel ataque.

¿Y qué les pasaría a los demás miembros de mi escuadrón?

—Mira —dijo Gali, señalando en el monitor.

Usé los impulsores de maniobra para girar la nave en esa dirección. «Ahí». Estábamos lo bastante cerca para ver la batalla, pero nos habíamos teleportado detrás de los acorazados, en espacio abierto.

Hubo un destello amarillo y una taynix apareció sobre el cuadro de instrumentos. Feliz.

—Eh, coleguita —dije, estirando el brazo para rascarla bajo las espinas del lomo—. Me alegro de que estés bien.

La radio volvió a transmitir.

—¡Le he dado!

—Tenderete, Gatero, ayudad a Centinela a librarse de esa nave.

—A la orden.

—¡Estrellas, aún vienen más!

—¿Alguien sabe algo de FM?

Esa última intervención era de Jorgen.

—Estamos aquí —dije—. Llegaremos al flanco trasero de la batalla dentro de…

—Dos minutos —me apuntó Gali.

—… dos minutos.

—¿Tan lejos habéis ido? —se sorprendió Jorgen—. He indicado a la babosa que os enviara hacia las plataformas, pero supongo que no ha salido bien.

—No —dije—. Nos ha enviado en sentido opuesto.

Era preocupante, aunque imaginé que era de esperar tratándose de unas criaturas que reaccionaban al miedo.

—Me alegro de que estéis bien —dijo Jorgen—. Vamos hacia vosotros. Es posible que encontréis resistencia en ese flanco. Escuadrón, retiraos del combate y bordead el lado izquierdo de la batalla para reunirnos con Cielo Cinco. FM, danos tu trayectoria.

Gali la transmitió por el comunicador y el resto del escuadrón confirmó que venían hacia nosotros.

—¿Situación? —pregunté a Jorgen.

—Nada buena. La batalla se ha dividido en dos. Un contingente de naves enemigas protege los acorazados y otro está atravesando nuestras fuerzas, dirigiéndose hacia la Plataforma Primaria. Los otros escuadrones no han podido inhabilitar el cañón y…

Se interrumpió cuando un intenso rayo de energía blanca procedente de la nave artillera impactó en una plataforma armamentística de Detritus. Emergieron cascotes del cinturón de escombros, desestabilizados por el impacto.

—Están disparando al planeta —dijo Gali—. Las defensas que tenemos no podrán impedirlo.

—¡Tirda! —exclamó Jorgen—. Cobb ordena la retirada. Todas nuestras fuerzas deben abandonar la lucha y regresar a la Plataforma Primaria.

Pero ¿habría una Plataforma Primaria a la que regresar?

—Hum —dijo Gali, sin apartar la mirada del monitor—. Parece que se nos aproximan cinco naves. Es posible que sepan que hemos hipersaltado hasta aquí.

—Vamos hacia vosotros —transmitió Jorgen—. FM, maniobras evasivas hasta que lleguemos. No os dejaremos atrás.

—Entendido —dije, y miré a Gali—. ¿Cuánto tardarán en alcanzarnos esas naves?

—No mucho. Van muy deprisa.

Invertí los propulsores para desacelerar a velocidad de combate.

—Ya llegan —dijo Gali—. Tirda, son todas naves pilotadas.

—Aguanta —respondí.

Me lancé a una secuencia Barrett, una compleja sucesión de bucles de esquiva que me hacían casi imposible de alcanzar con destructores. Gali gimió y se agarró de nuevo al panel de mandos. Quizá me habría disculpado, si no estuviera ocupada salvando la vida de los dos. Pensé por un segundo que Gali estaba a punto de vomitar, y al parecer no fui la única. Feliz se subió a su regazo y se acurrucó contra él, trinando suavemente.

Abandoné la secuencia Barrett y al instante pasé a una tijera gemela mientras las cinco naves krells se abalanzaban sobre mí y llenaban el espacio que teníamos delante con fuego de destructor. Recibí un impacto en el escudo, que se debilitó.

—Caracapullo, ¿cuánto tardaréis en llegar? —pregunté.

—Ya os vemos en los monitores —dijo Jorgen—. Aguanta.

No podía activar el PMI con tanta actividad a mi cola. Caían disparos de destructor sobre nosotros desde todas las direcciones. Los cazas enemigos

habían adoptado una formación que me hacía casi imposible esquivar el fuego. Se les notaba en la forma de volar que no eran tan buenos como yo, pero eran más. Muchos más. Mi escudo recibió otro impacto, y luego otro. Hice un tonel volado, pero no iba a ser suficiente.

No saldríamos con vida de allí.

De pronto llegaron naves desde mi izquierda, Nedd y Arturo, que usaron sus PMI para anular los escudos de los cazas enemigos. Una nave siguió persiguiéndome mientras las otras viraban para enfrentarse a la nueva amenaza. Kimmalyn derribó las naves sin escudo con dos disparos limpios.

—Ya te hemos dicho que veníamos —llegó la voz de Nedd por el comunicador.

Tenderete y Gatero se ocuparon de mi último perseguidor antes de virar para ayudar a Jorgen a acabar con una de las dos últimas naves krells. Jorgen se aproximó a ella para alcanzarla con su PMI…

… y de repente su nave se ladeó de golpe.

Intenté abrir una línea privada con él, pero no respondió a la solicitud.

—Caracapullo, ¿estás bien? —pregunté por el canal general.

Nada.

El caza enemigo aprovechó la aparente distracción de Jorgen para virar hacia él y alcanzarlo con un disparo directo. Por la manera en que crepitaron sus escudos, estaban peligrosamente bajos. Pero al menos Jorgen reaccionó, inició una pauta evasiva y logró quitarse de encima a su adversario.

—Escuadrón Cielo, volad a la defensiva —ordenó Jorgen por fin—. FM, cúbreme mientras reactivo el escudo.

—Claro —dije, y me situé a su ala mientras Jorgen ralentizaba su nave y adoptaba una posición de defensa.

El resto del escuadrón persiguió a las últimas dos naves enemigas hasta acabar con ellas y luego entró en posición con nosotros mientras esperábamos a que los escudos de Jorgen se reactivaran. Seguía volando en sentido opuesto al planeta, cuando teníamos orden de aproximarnos a él. Estaba claro que algo había salido mal, y seguía sin responder a mis solicitudes de comunicación privada.

—¿Qué le pasa? —pregunté a Gali.

—Ni idea.

Jorgen por fin reactivó el escudo de su nave y habló de nuevo por el canal general.

—Perdonad —dijo, aunque no entendí muy bien por qué se disculpaba—. Escuadrón Cielo, media vuelta. Tenemos que volver a la Plataforma Primaria.

Todos cambiamos de dirección y emprendimos el regreso con Jorgen en el centro.

—Según Cobb, la artillera ha abierto en el campo de escombros unos huecos lo bastante grandes para poder atacar la superficie —dijo Jorgen—. Un impacto más podría destruir el aparataje y sepultar las cavernas. Todos los escuadrones tienen orden de replegarse por debajo del cinturón de plataformas, porque van a activar el escudo planetario. No sé lo que significa. ¿Gali?

—Tal vez no funcione —dijo Gali—. Pero si lo hace, las plataformas deberían ponerse en posición para defender la superficie del planeta de un bombardeo.

Miré hacia Detritus. Había otras dos grandes zonas desestabilizadas en el campo de escombros. Mientras estábamos distraídos, los acorazados habían seguido disparando.

—¿Qué hay de la Plataforma Primaria? —pregunté—. ¿No seguirá siendo vulnerable, aunque activen el escudo?

—No lo sabemos —respondió Gali—, pero la Plataforma Primaria controla varios sistemas vitales de defensa planetaria. Cobb siempre dice que instalarlos fuera del escudo no sería muy coherente en términos estratégicos.

—En todo caso —dijo Jorgen—, confían en que los enclaves de armamento defiendan la Plataforma Primaria mientras ponen el escudo en marcha, y tenemos que volver a casa a toda velocidad.

Aceleré a Mag 9 y el resto del escuadrón me mantuvo el ritmo. Nos enfrentaríamos juntos a lo que viniera.

Y juntos vimos que, de pronto, a lo largo y ancho del campo de escombros, las plataformas empezaban a moverse.

—Por las estrellas, ¿de verdad está pasando? —dijo Kimmalyn.

—Eso parece —respondió Arturo.

Desde lo lejos que estábamos, teníamos el punto de vista perfecto mientras las plataformas iban reorganizándose, acercando los bordes entre sí. Se extendieron sobre la superficie del campo de escombros como naves con alas desplegadas en todas las direcciones, y entonces un chispeante brillo azul las cubrió como una fina capa semitransparente.

—¿Qué tirdas es eso? —exclamó Tenderete.

—Un campo de energía —dijo Gali—. No hay bastantes plataformas para recubrir toda la atmósfera, así que ese campo se expande entre ellas y rellena los huecos. También cubre las plataformas y las protege de… eso.

Mientras hablaba, la nave artillera disparó su cañón de nuevo y la energía blanca impactó contra el escudo recién formado.

Rebotó y se dispersó en todas direcciones. En esa ocasión no se desplazó ningún escombro.

—¡Ha aguantado! —gritó Gali—. ¡Por la Estrella Polar, ha *aguantado!*

—Eh… ¿chicos? —dijo Nedd—. ¿Cómo vamos a atravesarlo?

Tirda. Mientras nos aproximábamos, observé el planeta. Había zonas donde las plataformas estaban muy dañadas, desactivadas o directamente no existían. Tenía todo el sentido del mundo, dada la cantidad de escombros que habían caído de la órbita a la superficie con el paso de los años. Pero el escudo de energía recubría esas zonas, cerrando los huecos. El siguiente disparo de la artillera apuntó a uno de esos sectores, pero no logró atravesar el escudo.

—Funciona —dije.

—Créeme —repuso Gali—, el más sorprendido de todos soy yo.

—Gali, ¿qué pasará si entramos en contacto con el escudo? —preguntó Jorgen.

—Hum… —dijo Gali—. No lo recomendaría. En el mejor de los casos, interferirá con el instrumental de la nave y quizá fallarían los controles. En el peor, la energía te freirá por completo.

—Entendido —respondió Jorgen—. ¿Y cómo pasamos dentro?

—Eh… ¿con nuestros agotados hipermotores, tal vez?

—¿Chicos? —dijo Nedd—. ¿Qué vamos a hacer con esa enorme flota de naves enemigas que sigue en el sitio al que vamos?

Ya alcanzaba a verlas en mis monitores de proximidad, todavía intentando disparar al planeta y persiguiendo a las pocas naves de la FDD que se habían quedado fuera del escudo.

—Acabo de hablar con Cobb —dijo Jorgen—. Vamos a huir y escondernos.

Supuse que era la única opción que nos quedaba.

12

Jorgen nos envió la trayectoria hacia una acumulación de pedruscos espaciales demasiado alejada para que las plataformas armamentísticas la derribaran del cielo, pero también lo bastante grande para que nos ocultásemos todos en su interior.

—Cobb está de acuerdo en que tendremos que usar los hipermotores para pasar al otro lado del escudo —dijo Jorgen—. No pueden permitirse desactivarlo teniendo los acorazados tan cerca. Los ingenieros trabajan en la forma de apagar sectores individuales del escudo, pero les llevará tiempo.

—Les llevará *meses* —matizó Gali—. Moriríamos de hambre esperando, si no se nos acaba el combustible y morimos congelados antes.

—Pues eso —dijo Jorgen—. Y queremos tener a varios taynix descansados antes de intentarlo, para no acabar perdidos ni atrapados donde la Supremacía pueda alcanzarnos. Así que esperaremos a que todas las babosas… ¿se enfríen, supongo? ¿Se tranquilicen? Tenemos tiempo, porque Cobb está enviando nuestras coordenadas a otras naves que se han quedado fuera del escudo. Las babosas transportan todo lo que esté en contacto con su caja, así que nos amontonaremos, haremos que las alas se toquen e intentaremos hipersaltar bajo el escudo sin perder a nadie.

—Sería más fácil si tuviéramos alguna manera de enganchar las naves entre sí —me dijo Gali—, como hacía la Flota Desafiante antes de estrellarse en Detritus. Cuando esto acabe, mi equipo debería ponerse a trabajar en ello.

Recogí a Feliz de su regazo y la acuné.

—Caracapullo —dije por el comunicador—, creo que tendrías que reconfortar a tus babosas. A lo mejor así están listas antes.

—¿Reconfortarlas? —preguntó Jorgen—. ¿Y eso cómo se hace? ¿Las meto en la cama y les cuento un cuento?

—Podrías probar a tararear otra vez —respondí, sobre todo para pincharle.

—No, por favor —intervino Gali—. No queremos que decidan que prefieren enfrentarse al vacío del espacio que quedarse ahí contigo.

—Un comentario muy útil —dijo Jorgen—. Recuérdame que te lo agradezca.

—Póntelas en el regazo —sugerí—. Acarícialas. Haz que se sientan cómodas.

Deberíamos haber traído unas cuantas setas, pero llevaba un poco de caviar encima, así que lo saqué del bolsillo, lo reuní en la yema del dedo índice y se lo ofrecí a Feliz. Branquia trinó emocionado junto a mi rodilla. Subió por el asiento hasta el reposabrazos y alzó la parte delantera del cuerpo en posición de súplica. Me reí y le di un poco también.

—Creo que deberíais saber —informó Jorgen por radio— que ahora tengo una babosa en cada hombro y tres en el regazo, todas ellas un poco incómodas cuando las toco. La culpa es tuya, FM.

—Más suave —dije—. Deja de apretarlas.

—¡No las estoy apretando! Confía un poco en mí, anda.

—Siempre puedes probar con lo del cuento —dijo Sadie—. A mí también me iría bien.

—Ya os cuento yo uno —se ofreció Nedd.

—No —dijo Arturo—. Las historias de Nedder siempre terminan con todo el mundo devorado por monstruos espaciales.

—¡Eh! —exclamó Nedd—. Todas las mejores historias acaban con gente devorada. ¿A que sí, Centinela?

—Eh… Paso, gracias —respondió Sadie.

—¿Alguien más? —preguntó Nedd—. ¿Rara, FM?

—No, no hace falta —dije.

—Benditas sean tus estrellas —añadió Kimmalyn.

Me recliné en el asiento. Según los monitores de proximidad, los krells no nos habían localizado. Sin duda estarían buscando la nave citónica que había escapado, pero, como sabían que teníamos hipermotores, supuse que esperarían que ya estuviéramos bajo el escudo a esas alturas.

—Creo que al final sí que sobreviviremos —dijo Gali. Sonó sorprendido.

—Qué poca fe en mi pilotaje —repuse, sonriéndole.

Gali me devolvió una sonrisa tímida, y me descubrí prestando demasiada atención a sus labios. Ese día había sido un recurso muy valioso, incluso sin

entrenamiento como piloto. Pensé que debería decírselo, pero en vez de eso abrí un canal privado con Jorgen.

—¿Caracapullo? —llamé—. ¿Qué ha pasado antes, cuando has perdido el escudo en esa última escaramuza? Parecía que te fallaba la nave.

Jorgen se quedó callado un momento.

—He visto a Spensa.

Gali y yo nos miramos.

—¿Qué?

—He visto a Spensa, como reflejo en la cubierta de mi cabina. Pero no era un reflejo. Era ella. Podía sentirla, igual que siento los ojos. Igual que encontré a las babosas bajo la superficie.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿Y dónde está?

—En la ninguna-parte —dijo Jorgen—. En el lugar a través del que hipersaltamos. Está atrapada allí y dice que se supone que es imposible salir.

A mi lado, Gali cerró los ojos.

—Escapará —aseguré a Jorgen, aunque hablaba para los dos.

—Eso le he dicho —respondió Jorgen—. Y de verdad lo creo. Pero me gustaría que estuviera ya de vuelta.

—Y a mí —dije, aunque imaginé que por motivos muy distintos—. Pero es Peonza. Sobrevivirá.

—Desde luego, eso espero —dijo Jorgen, y cerró la línea.

Gali y yo nos quedamos un momento en silencio. Notaba su calidez en el brazo cuando nos tocábamos, y el calor irradiaba por todo mi cuerpo. Por fin Gali murmuró:

—No puedo creer que pensaras que me gustaba Spensa.

Reí.

—Yo qué sé, sois muy íntimos, ¿verdad? Di por sentado que…

—Crecimos juntos. Es como mi hermana. No es que tenga ninguna, pero si tuviera una hermana que fuese… así como aterradora, creo que me daría la misma sensación.

—Vale, entendido —dije—. No debería haber supuesto nada.

Gali se sonrojó.

—¿Podemos oír otra vez esa canción? —pidió, posiblemente para cambiar de tema—. ¿La de las voces?

—Claro.

Activé de nuevo el transmisor. El coro llenó la cabina de la nave y las babosas empezaron a trinar en perfecta armonía. Pasé la mano por la cresta del lomo de Branquia, confiando en que lo ayudara a relajarse.

Para poder asustarlo otra vez. Eso aún me hacía sentir como un monstruo. Aquellas criaturas nos estaban salvando la vida, quizá fueran a salvar nuestra civilización entera.

¿Y qué hacíamos nosotros a cambio? Aterrorizarlas.

En el asiento del copiloto, Gali tenía dos babosas en el regazo y otra más alargada que el resto tendida como un trapo encima de un hombro.

—Creo que esa debería llamarse Trapo —dije.

—Me gusta —asintió él, acariciando el vientre de la más gruesa del regazo, que se había puesto panza arriba para que la rascaran—. Y creo que esta es Vuelta.

—Bien pensado.

—Eh —dijo Gali—, has mantenido esa hoja de servicio perfecta de no morir en combate. Te agradezco que no hayas hecho una excepción esta vez.

Sonreí.

—Gracias por ayudarme. Hacemos buen equipo ahí arriba.

—Sí. —Gali sonrió también, aunque parecía un poco melancólico, y creía saber por qué. En voz más baja, añadió—: Me alegro de que seamos amigos.

Yo no le había dicho que quisiera que fuésemos solo amigos. Lo había asumido él, aunque supuse que con buen motivo.

Solo que no era verdad.

—Desde luego, es mucho mejor que cuando hacías como si no existiera —dije.

Gali hizo una mueca.

—Ya, lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. Lo entiendo.

—Aun así, no debería haber tensado el ambiente. Tampoco pasa nada si no te intereso.

—¡Te intereso! —aportó Feliz con un trino.

—Muchas gracias, Feliz —respondió Gali.

Tirda, ¿debería decirle algo? Estaba segura de que sí que me interesaba Gali. Me gustaba lo competente que era, la confianza que tenía al hablar de las cosas que le gustaban. Era amable y listo, y no le había mentido al decir que hacíamos buen equipo.

Y aquella sonrisa… Estrellas, podría contemplar esa sonrisa a diario durante mucho mucho tiempo.

No, lo que me contenía no era la falta de interés. Era la situación, era saber que en cualquier momento era posible que me llamaran a alguna misión y ya no regresara. Casi había ocurrido ese mismo día, y podría pasar cualquier

otro. Mi vida dependía de mi destreza pilotando y de mis compañeros. Aún no sabía a quiénes habíamos perdido en la batalla, pero seguro que habíamos sufrido bajas, personas que conocía y me caían bien. Gente como Lagartija, que de pronto ya no estarían, que habrían desaparecido de la existencia como estrellas que se desvanecen.

No sabía si estaba preparada para formar un vínculo más profundo que los que ya tenía. No tenía ni idea de cómo soportaba Jorgen saber que Spensa siempre correría hacia el peligro. Si Gali no estuviera sentado a mi lado, quizá habría llamado para preguntarle.

Gali se acomodó y cerró los ojos para escuchar la música. No estaba enfurruñado, sino más bien… triste.

No me gustaba hacerlo sufrir, y mucho menos cuando me había malinterpretado. Pero ¿estaba preparada para sacarlo de su error?

«Estoy tan preparada como lo estoy ahora mismo», pensé.

Quizá, llevando aquella vida tan peligrosa, nunca fuese a estarlo más.

—Yo no he dicho que no esté interesada —le solté por fin.

Sus ojos se abrieron de sopetón.

—¿En serio? —dijo. Sonaba dubitativo.

—Sí —respondí—. Te dije que no lo sabía.

—Ya, es verdad —dijo Gali.

Siguió rascando a Vuelta en la barriga, y la babosa entonó la parte de soprano mientras Trapo flauteaba en contralto desde su hombro. Gali era muy tierno con ellas, muy dulce.

Sería idiota si no daba una oportunidad a aquello, fueran cuales fuesen las circunstancias.

—Puede que ya lo sepa un poco mejor —dije, y estiré el brazo para cogerle la mano.

El respingo que dio Gali casi hizo que lo soltara, pero entonces se relajó, sonriendo. Se le pusieron las mejillas coloradas, pero tampoco me soltó él a mí.

Nos quedamos allí sentados, escuchando el *crescendo* de la música, sin hablar. Me inundó una relajada paz y cerré los ojos, saboreándola.

Tal vez las babosas no fuesen las únicas que necesitaban que las reconfortaran.

Al cabo de un tiempo llegó por radio la voz de Jorgen.

—Cobb dice que el escudo aguanta y que la nave artillera ha dejado de disparar por el momento. Vienen otros cuatro cazas para que los llevemos

cuando las babosas estén listas. Ahora mismo están escondidos al otro lado de la acumulación de rocas, y acabo de añadirlos a este canal.

Los pilotos saludaron, dos del Escuadrón Hiedra, una de Contracorriente y otro de Montaraz, un escuadrón explorador con el que ya habíamos colaborado alguna vez.

Corcel, jefe asistente del Escuadrón Montaraz, preguntó:

—¿Qué plan tenemos? El Mando de Vuelo dice que vais a llevarnos a casa. ¿Buscaremos un hueco en el escudo?

—Negativo —respondió Jorgen—. Usaremos un hipermotor.

Se hizo el silencio en la línea.

—Cielo Uno, repite, por favor —pidió Corcel—. ¿Has dicho hipermotor?

—Afirmativo —dijo Jorgen—. Llevamos un hipermotor a bordo, que utilizaremos para cruzar al otro lado del escudo planetario.

Sonaba más confiado acerca de la misión de lo que probablemente estaba, dadas nuestras vicisitudes con los hipermotores hasta el momento. Pero claro, habiendo un escudo que nos impedía el acceso al planeta, era eso o esperar a que nuestras naves se quedaran sin energía para el soporte vital.

—¿Qué problema hay? —preguntó Nedd—. ¿Nunca habíais usado un hipermotor?

—Estooo… —dijo Corcel.

—Pero ¿de qué agujero salís vosotros? —se apuntó Gatero a la broma—. Yo uso hipermotores a todas horas. Esta mañana he usado uno para ir a la cabina de limpieza, ¿verdad, Te?

—Ya lo creo —respondió Tenderete—. Pensaba que últimamente todo el mundo tenía hipermotores.

—Muy bien —intervino Jorgen—, ya es suficiente.

Hubo un rato de silencio en la línea, y luego Corcel dijo lo que todos los demás pilotos debían de estar pensando.

—No, en serio. ¿Un *hipermotor?*

—Habla en serio —dije.

—Si tú lo dices… —respondió Corcel.

Sonreí.

—Lo digo.

Jorgen reabrió nuestra línea privada.

—FM, ¿cómo van vuestras babosas?

Branquia parecía un poco ofendido por que hubiera dejado de acariciarlo al coger la mano de Gali, pero por lo demás las veía a todas bastante relajadas.

—Bien —respondí—. Puede que estén listas. ¿Quieres probar a ver?

—Creo que deberíamos usar una de las tuyas. Las mías parecen todas bastante disgustadas.

—Pues deja de apretarlas.

—¡Que no las aprieto! ¡Te lo juro!

Me eché a reír y Gali me acompañó.

Si nos disponíamos a hipersaltar, tendría que soltarle la mano. Me dolía un poco el codo por tenerlo en mal ángulo sobre el reposabrazos y me sudaba la palma de la mano. Pero aun así, por extraño que pareciera, no quería moverme.

Eso tenía que significar algo, pero la verdad es que prefería intentar un hipersalto que seguir dándole vueltas al tema. Solté la mano de Gali y estiré los dedos.

—Metámoslas todas en la caja por si Jorgen vuelve a equivocarse de babosa.

—Me preocupa un poco que empiecen a esperarse que las asustemos al meterlas ahí dentro —dijo Gali—. A lo mejor deberíamos tenerlas en cajas parecidas cuando estén fuera de servicio, para aclimatarlas.

Por mucho que no quisiera condenar a las pobres babosas a pasar la vida entera en cajas oscuras, la lógica de Gali era innegable. Y me gustó que las considerara fuera de servicio en vez de fuera de uso, pensando en ellas como criaturas y no como objetos.

—Esperemos que todavía no lo hayan asociado del todo —dije—, porque no creo que haya tiempo de aclimatarlas ahora mismo.

Gali y yo metimos a las cinco babosas en la caja y la cerramos.

—Muy bien —informé a Jorgen—, estamos preparados.

—Escuadrón Cielo e… invitados —dijo Jorgen—. Reunámonos en… ese saliente curvo que hay encima de esta roca. Las naves tendrán que acercarse entre ellas lo suficiente para que las alas se toquen.

Miré por la cubierta y vi a qué se refería Jorgen: un afloramiento en forma de afilado gancho que había sobre aquel pedazo de roca espacial. Activé mi anillo de pendiente para elevarme hacia él y las otras naves se apiñaron a nuestro alrededor. La de Jorgen se acercó por la derecha hasta que nuestras alas entraron en contacto y vi que tenía babosas haciendo precarios equilibrios en los dos hombros.

—Sí que parecen incómodas, sí —comentó Gali.

Kimmalyn usó sus impulsores de maniobra para situarse a nuestra izquierda antes de dedicarme una brillante sonrisa y levantar el pulgar por el

cristal de su cabina.

—Todos los pilotos, confirmad que estáis en posición para el hipersalto —ordenó Jorgen.

Lo hicieron, aunque la voz de los recién llegados sonó bastante menos convencida de que estuviéramos a punto de hipersaltar de verdad.

—Cielo Cinco, allá vamos —dijo Jorgen.

Y entonces las estrellas desaparecieron.

13

Jorgen logró que la babosa nos teleportara a pocos kilómetros de la Plataforma Primaria, situada varias capas de escombros por debajo del escudo, una crepitante y resplandeciente red que se extendía por los espacios entre las plataformas sobre nuestras cabezas. En el hangar de aterrizaje nos recibieron Cobb y la madre de Jorgen, que por una vez parecía contenta. Se llevó a Jorgen a toda prisa, diciéndole que necesitaban su informe.

—Puedo ocuparme de devolver las babosas a sus contenedores —dije a Gali—. Supongo que querrás hablar del escudo con tus amigos ingenieros.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí, tranquilo.

El resto de mi escuadrón se dirigió al comedor para descargar la tensión de la batalla, pero me despedí de ellos también. Normalmente después de combatir me gustaba la compañía, pero ese día quería estar sola.

—No sé lo que me pasa —dije a Branquia, a quien llevaba en un hombro mientras cargaba con el resto de las babosas hacia el hangar de ingeniería en una caja—. Debería estar feliz.

—¡Feliz! —trinó Feliz desde la caja.

—Sí, exacto.

No había salido herido nadie de mi escuadrón, aunque la cosa había ido por un pelo varias veces. Gali y yo éramos… algo, aunque no sabía del todo qué. No lamentaba haberle cogido la mano, y de hecho no creía que fuese a lamentarlo jamás. Habíamos hecho funcionar los hipermotores, más o menos. No lo bastante como para que fuesen decisivos en la guerra, pero sí para darnos alguna esperanza.

Y justo ahí estaba el problema, comprendí. No sabía muy bien lo que pasaría a continuación. No teníamos a ningún citónico que enseñara a Jorgen

a dar coordenadas a las babosas. Disponíamos de un escudo que por el momento funcionaba, pero era imposible que aguantara indefinidamente. Teníamos unos potenciales aliados a los que seguíamos sin poder llegar, y un montón de enemigos a las puertas de casa.

Habíamos sobrevivido, pero estábamos tan atrapados en Detritus como siempre, quizá incluso más. Por un tiempo habíamos logrado llegar a la inmensidad del espacio y, si la libertad se midiera en kilómetros y no en años luz, había sido nuestra.

Pero todo eso lo habíamos perdido, y nuestra única escapatoria se basaba en los caprichos de unas criaturas que, por adorables que fuesen, no eran nada fáciles de controlar. Lo que Jorgen podía hacer en solitario tenía un límite. Aunque el Cuerpo de Ingeniería consiguiera duplicar la tecnología holográfica necesaria para equipar cada nave con una caja funcional, la cantidad de hipersaltos que Jorgen podía seguir a la vez tendría una cota superior, por fuerza. En general las babosas habían ido donde él les pedía, pero en una ocasión me había enviado en la dirección contraria. Al final había salido bien, pero tampoco podíamos garantizar que lo hiciera siempre.

Y sería cuestión de tiempo que la Supremacía averiguara cómo detectar y matar a Jorgen. Sin él, estaríamos condenados.

Teníamos que lograr más. *Yo* tenía que lograr más.

Cuando llegué al hangar de ingeniería, encontré a Cobb reunido con Ziming y algunos otros ingenieros. Gali me saludó con la mano, pero una ayudante de Cobb me hizo salir y me envió a la sala contigua.

—Hemos decidido asignar un espacio dedicado a los taynix —dijo—. En este taller construíamos cajas para las naves, pero según Gali usted ha propuesto empezar a tener a las babosas en ellas todo el tiempo. Vaya empezando por las cajas que hay disponibles y construiremos más sobre la marcha.

Entré en el taller y vi que estaba lleno de cajas metálicas del mismo tamaño que la que habían instalado en el Dulo. Los contenedores de babosas y setas estaban en el centro del suelo, y alrededor de ellos las herramientas y los materiales necesarios para construir cajas. Nos haría falta buscar alguna forma de evitar que los taynix teleportaran las cajas para no tener que ir recogiéndolas por toda la plataforma, pero de momento tendría que bastar con aquello.

—Gracias —dije a la ayudante, y dejé la caja de los taynix encima de su contenedor antes de cerrar la puerta.

—Gracias —trinó Branquia en mi hombro.

—Gracias a ti —le respondí mientras sacaba la latita de caviar del bolsillo.

Ya casi no quedaba, pero había presentado una solicitud a Cobb para que me consiguiera más, y el almirante me había dicho que aceleraría el proceso. Deseé tener el suficiente para recompensar a todos los taynix que nos habían ayudado ese día, pero me pareció sensato racionar el que tenía hasta que llegara el pedido.

Lo que sí podía hacer de todos modos era alimentar a los taynix. Abrí los contenedores y ofrecí unas setas a Feliz, Vuelta y los demás. Se suponía que con el encargo de caviar llegarían también más contenedores de setas, pero de momento el comedor había enviado una caja de tiras de alga para que probáramos.

Saqué una de su paquete.

—¿Qué opinas? —pregunté a Branquia.

El taynix rozó la tira con la cara, pero no abrió la boca. En vez de eso, me empujó el dedo para que le diera más caviar.

—Sí, ya me parecía.

Le di una seta y me senté a mirar cómo las babosas comían felices, alargando el tiempo antes de tener que meter a cada una en una caja oscura para que se acostumbraran a vivir en unos duros alojamientos cúbicos. Atrapadas hasta que las necesitáramos.

Me senté con la espalda apoyada en el lado del contenedor y noté que me escocían en los ojos las lágrimas que había estado conteniendo.

Era ridículo preocuparme por los aprietos de las babosas, habiendo seres humanos que iban a seguir muriendo. Gente a la que conocía, a la que quería. A menos que descubriéramos una forma mejor de usar los hipermotores, caeríamos todos y las babosas iban a terminar en poder de la Supremacía para utilizarlas en sus naves.

Las lágrimas escaparon de las comisuras de mis ojos.

Quizá ahí radicaba el problema. No solo me preocupaban las babosas, ni me preocupaba solo mi pueblo. Estaba preocupada por todos nosotros.

—Siento lo que os ha tocado a vosotros —dije a Branquia.

—¡Vosotros! —repitió él con entusiasmo.

La puerta se abrió y, sobresaltada, me sequé la cara con el dorso de la mano. Pero Gali lo había visto y, después de entrar, cerró la puerta.

—¿Estás bien? —me preguntó, sentándose en el borde de una mesa cerca del contenedor.

—Claro —dije—. Bien. De maravilla.

—¡Bien! —trinó una babosa roja con su timbre más grave, desde el contenedor en que tenía apoyada la espalda.

—Mi equipo se ha llevado a Bien al comunicador —dijo Gali—. Cobb quiere intentar que asustemos a las babosas para enviar un mensaje a Cuna, ahora que nos hacemos una idea de cómo funciona el proceso. Están preparando a Jorgen para intentarlo.

—Fantástico —respondí. No sonó sincero, ni yo estaba segura de que lo fuese.

Gali me miró con expresión comprensiva, lo cual debería haber agradecido, pero en realidad me dio ganas de esconderme. Era lo que había ido a hacer a aquel taller, comprendí. Esconderme de mis amigos, del Alto Mando, de todo el mundo.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé si hay algo que decir.

—Ya empiezo yo —propuso él—. Lo de hoy ha sido aterrador. Los hipermotores han funcionado y los políticos están muy emocionados, pero es porque no iban en una nave teleportada al mismo grueso de la batalla. Ha dado un miedo que te tirdas.

—Lo siento —dije—. No quería que te mezclaras en esto.

—Estamos todos mezclados en esto —replicó Gali—. Y no lamento haber estado allí.

Se ruborizó, así que interpreté que no se refería solo a que quisiera ayudar en la guerra.

—Sí que daba miedo —dije en voz baja.

No era algo que acostumbrara a reconocer después de una batalla. En el escuadrón nos gustaba juntarnos y recrear nuestros éxitos usando rollitos y tiras de alga para representar las naves. Salvo en las misiones en que perdíamos a alguien, todos poníamos buena cara, nos soltábamos pullas y reíamos hasta que se nos pasaban los nervios.

Supuse que era lo que debería estar haciendo en esos momentos. Así que ¿por qué no tenía ganas?

—¿Quieres que siga? —preguntó Gali—. Puedo hacerte una lista de todas las cosas que creo que dan miedo.

—¿Se supone que eso ayuda? —pregunté—. Lo de hacer una lista.

—Hablar de ello podría ayudar. Si aún no estás preparada, seguiré yo. Me aterroriza lo que le pasa a Spensa. Estar atrapada en la ninguna-parte parece

una situación muy mala y, aunque todos decimos que Spensa escapará, ¿de verdad estamos en condiciones de garantizarlo?

—No —respondí.

—No —convino él—. Y hace unos días teníamos nada menos que un zapador llamando a la puerta, y no sé muy bien por qué no nos mató a todos, ni tampoco cuándo volverá.

Gali había parecido muy seguro de que no volvería si Spensa podía evitarlo. No me sorprendió descubrir que había sido más una bravata que otra cosa.

—¿El zapador parecía tan espantoso en los monitores de aquí abajo como allá fuera? —pregunté—. Porque no había visto nunca nada igual, ni espero volver a verlo jamás.

—¡Era horroroso! —exclamó Gali—. Casi me cago en los pantalones.

Me eché a reír.

—Muy bien, te toca —dijo él—. ¿Qué te da miedo a ti?

—No regresar. —No me había dado cuenta de lo profundo que era ese temor hasta que lo dije en voz alta. Lo sentí en los huesos—. Morir en batalla. Dejar de existir. Ser la cicatriz que mis amigos no reconocerán que tienen ni hablarán de ella. —Callé un momento—. Y también lo contrario, ser la última que quede con vida de todos.

—Sí, ahí hay material para unas buenas pesadillas.

Asentí.

—Normal que cueste tanto mantener la calma —dije.

—¿En serio? —preguntó Gali—. Tú *siempre* das la impresión de mantener la calma.

—¿Es lo que te gusta de mí? Porque no estoy nada calmada. Es solo que no hablo de ello.

—Pues está claro que deberías —dijo él.

No había respondido a la pregunta, y de pronto me noté cohibida. Me crucé de brazos y apoyé de nuevo la espalda en el contenedor.

¿Por qué me importaba lo que le gustara de mí a Gali? No era nada propio de mí preocuparme demasiado por la impresión que daba a los demás. Yo me presentaba, hacía mi trabajo e intentaba proteger a mis amigos, y si resultaba que a alguien le caía mal personalmente, no pasaba nada. Tal vez fuese mejor así. Cuanto más intimaba con la gente, peor me sentía al perderla.

¿Había sido siempre de esa manera? No, antes de la escuela de vuelo no. Y ni siquiera después. Aquella forma de pensar era reciente. Un mecanismo de defensa, supuse.

Uno que no me hacía mucha gracia.

—¿Que si me gustas por eso? —dijo Gali—. No lo sé. Puede que en parte. Me gusta lo firme que eres, la confianza que tienes. A mí todo me pone ansioso, así que siempre me pregunto cómo sería… bueno, no estarlo.

—¿Te decepciona darte cuenta de que en realidad no soy así?

—No —respondió él—. Más bien es un alivio.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué pasa? —saltó él—. ¿Crees que quiero que seas como un robot sin emociones? Es bueno tener sentimientos, FM. Es bueno expresarlos. Y la verdad es que sienta bien saber que no soy el único de aquí que está aterrorizado.

—No lo eres —le aseguré.

—Lo sé. Pero cada cual lo demuestra a su manera. Spensa se pone peleona y amenaza con asesinarte. Jorgen se enreda con sus normativas. Tú finges estar bien.

—¡Bien! —flauteó Branquia.

—Vale, sí —dije—. ¿Y qué hay de ti?

—Yo me estreso —respondió Gali—. Y me planteo problemas difíciles de resolver. Cuando Spensa desapareció la primera vez, estuve una semana entera intentando desensamblar un sistema de navegación que habíamos encontrado en las defensas planetarias. Creo que se conecta con los navegadores de las naves para que puedan coordinarse mejor en vuelo.

—Pero ¿no lo resolviste? —pregunté.

—No —dijo él—. Tiene demasiadas piezas que aún no comprendemos. Por un tiempo, me mantuvo cuerdo, pero luego me hizo sentir un fracasado.

—Todo el mundo sabe que no eres un fracasado. Descubriste cómo mejorar nuestras naves basándote en el diseño de M-Bot. Eres la causa principal de que podamos usar los hipermotores en absoluto, aunque todavía no estén perfeccionados.

—Eso ha sido un esfuerzo conjunto —dijo Gali.

—Aun así, no eres un fracasado.

—Lo sé —repuso él—. Es que siempre me da la sensación de que debería hacer más. Si descubriera las cosas antes, se salvarían más vidas. Cada vez que muere alguien en combate, pienso que podría haber hecho más para impedirlo.

Vaya. Yo también sentía lo mismo, pero no se me había ocurrido que el personal de tierra llegara a responsabilizarse de nuestras muertes.

—Pero ya haces todo lo que puedes. Es lo más que se puede pedir.

—Cierto. ¿Y eso a ti te tranquiliza, cuando tus amigos no regresan?

—No —respondí.

—Exacto.

—Exacto —convino Branquia.

—Sí que estás hablador tú hoy —le dije mientras le daba otra seta.

Alcé la mirada hacia Gali. Me habría gustado que se sentara más cerca, pero no sabía si estaba preparada para sugerírselo. En todo caso, tenía razón. Era bueno hablar. Solo que cuanto más lo hacía, más expuesta me notaba, como si estuviera dejándole mirar en mi interior.

Y no me gustaba que nadie supiera el desastre que estaba hecha, él quien menos.

—¿Te sentiste un fracasado cuando abandonaste la escuela de vuelo? —le pregunté.

—No mucho —dijo—. Volar era el sueño de Spensa, no el mío. Sí que me sentí… desencaminado. No estaba muy seguro de lo que quería ser, pero sí sabía que no era un piloto.

—Y supongo que lo de hoy ha reafirmado esa sensación.

—Sí y no —dijo él—. Ha sido un poco como ver por una ventana todo a lo que renuncié, no sé si me explico. La gente de ingeniería somos un equipo, pero no es lo mismo. Vosotros… dependéis unos de otros para sobrevivir. Y la gente sigue siendo maja conmigo, aunque ya no esté en el escuadrón. Me ha gustado volver a experimentarlo, aunque sepa que hice bien en dejarlo.

—Dependemos de vosotros para sobrevivir —objeté—. Hoy ha sido el Cuerpo de Ingeniería quien nos ha salvado a todos, no los pilotos. Pero sí, entiendo a qué te refieres.

Había dejado el contenedor abierto, así que las babosas estaban saliendo poco a poco. Vuelta se subió al borde y trinó hasta que Gali se agachó para recogerla.

—Si te sirve de algo —dije—, no creo que el resto del escuadrón te vea como un desertor. La mayoría de ellos también abandonó la escuela de vuelo. Jorgen y yo fuimos los únicos que nos graduamos.

—¿Cómo fue aquello? —preguntó Gali.

—Solitario —reconocí—. Cobb ya nos había dicho el primer día que muy pocos lo conseguiríamos. Me sentí culpable de lograrlo y que los demás no.

—Pero tampoco impidió que los demás volaran —dijo él—. Solo yo me quedé en tierra.

—¿Lo lamentas?

Lo miré de nuevo y me sorprendió ver que estaba planteándose la pregunta. Decía saber que había hecho lo correcto, y para mí estaba clarísimo que su vocación era la ingeniería. Tampoco me desagradaba la idea de que, un día cualquiera, corriera menos peligro que el resto de nosotros.

—No —dijo al cabo de un momento—. Pero no por eso deja de doler a veces. —Bajó la mirada hacia mí—. Si pudieras volver atrás, ¿te harías piloto otra vez?

—Sí. —Me extrañó lo fácil que me había resultado responder, después de todo lo que nos había pasado—. Si no fuese piloto, no sería capaz de proteger a mis amigos, ¿sabes? Ellos estarían volando allí arriba de todos modos, pero yo no iría con ellos.

Gali asintió.

—¿Por eso te hiciste piloto? ¿Para proteger a la gente?

—En el fondo, sí —dije—. No tenía intención de seguir en la FDD para siempre. No me gusta nada que la Liga Desafiante actúe como si la guerra fuera lo más glorioso que existe, como si la violencia fuese algo maravilloso, cuando en realidad provoca muchísimo dolor. Pero pensé que, haciéndome piloto, obtendría la autoridad y el respeto para hacerme escuchar sobre ese tema. Que podría hablar en nombre de la gente a la que no defiende nadie, y los demás tendrían que hacerme caso.

—La gente ya te hace caso —repuso Gali—. Siempre he respetado eso de ti. Cuando hablas, todo el mundo te escucha. No porque seas piloto. Despiertas respeto al ser quien eres.

Noté calor en la cara.

—Pues no me siento así —dije.

—Ya. Supongo que ninguno nos acabamos de creer las cosas buenas de nosotros mismos, ¿verdad?

—Spensa igual sí —dije. Pero no, tampoco era cierto. Incluso Spensa tenía sus inseguridades a veces. Y entonces se ponía gritona y más amenazadora.

—Ya le gustaría —respondió Gali.

Branquia me dio cabezazos en el codo hasta que le apoyé la mano en la coronilla y lo acaricié con suavidad.

—Lo que me gustaría a mí —dije— es poder dar a estos pequeñines una vida en la que nuestro principal objetivo no sea asustarlos tantas veces como sea posible. Ojalá hubiera otra manera.

—Estaría muy bien encontrar alguna —asintió Gali—. Porque si cada vez hace falta más tiempo entre sustos, necesitaremos más babosas si no

queremos tener muy limitada la frecuencia con que usamos los hipermotores. La Supremacía cuenta con toda una galaxia llena de planetas en los que buscar babosas. Seguro que hasta tienen programas de cría. Nosotros, hasta ahora, disponemos de la población de una cueva.

—Si averiguamos como ser más eficientes con ellas, sería una ventaja sobre la Supremacía. —Me encogí. Ahora era yo la que hablaba de las babosas como un recurso—. Y también mejoraría la calidad de vida de los taynix. Si podemos *convencerlos* de hipersaltar, aunque les dé miedo, no tendríamos que depender de sus impulsos primarios.

—Me gusta como objetivo —dijo Gali—. Diseñemos un experimento y veamos si encontramos alguna cosa.

Lo miré a los ojos, que eran de un azul profundo y claro, y tuve unos cuantos impulsos primarios propios.

—Por mí bien —dije.

Gali se separó de la mesa y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Cuando estuve de pie, no se la solté.

Éramos más o menos igual de altos, así que teníamos las caras cerca sin necesidad de inclinarnos. Era evidente que había sorprendido a Gali, porque farfulló un poco, pero no se apartó. Me lo tomé como una buena señal. El taynix que tenía en el hombro, en cambio, no parecía capaz de interpretar el ambiente.

—¡Bien! —exclamó Branquia.

—Calla —le dije.

Y entonces me acerqué a Gali y rocé sus labios con los míos.

—¡Bien! —gritó Branquia, y entonces se teleportó.

Otro taynix fugado al que tendría que ir a buscar. «Después». Sonreí contra la boca de Gali.

—Mejor que bien —dije.

Gali se rio.

—Mucho mejor.

A lo mejor la babosa sí que interpretaba el ambiente, a fin de cuentas.

14

Cuando Gali hacía un experimento, no se andaba con medias tintas.

Nos costó casi toda la tarde llegar a un diseño que estuviera a la altura de sus exigencias, aunque el experimento en sí se componía solo de un par de cajas colocadas una a cada lado del taller.

La mañana siguiente estábamos preparados para empezar a recoger datos. Habíamos ordenado las babosas y apartado las rojas y negras, ya que aún no sabíamos cómo lidiar con ellas. El experimento pretendía comprobar la hipótesis de que, en ausencia de coordenadas, era posible enseñar a las babosas a hipersaltar hasta un lugar conocido con solo pedírselo. En caso de funcionar, no nos permitiría llegar de inmediato hasta Cuna, dado que los taynix nunca habían visitado su posición, pero Gali decía que los grandes logros tenían que dividirse en pasos más pequeños. Conseguir que las babosas hicieran cualquier cosa sin asustarlas sería una parte crucial de ese progreso. Así luego, si descubríamos cómo proporcionarles las coordenadas, tendríamos otra manera de motivarlas para trasladarnos allí.

Eso si el experimento funcionaba, claro.

—Muy bien —dijo Gali—, creo que estamos listos para la fase uno.

Saqué a Mofletes del contenedor. Lo habíamos tenido cerrado mientras montábamos el experimento para que las babosas no nos vieran. Yo no estaba muy segura de cuánta atención nos habrían prestado de todos modos, pero Gali insistía en que permitir que nos observaran podría invalidar los resultados.

Abrí la primera caja para enseñar a Mofletes un montoncito de caviar que habíamos colocado en un plato.

—Casa —le dije.

—¡Casa! —trinó Mofletes.

Dejé que se comiera el caviar, puse un poco más en el plato mientras el taynix miraba y cerré la caja. Entonces me llevé a Mofletes al otro lado del taller y lo metí en otra caja orientada en sentido opuesto a la del caviar. Esa caja era de madera, pero tenía un lado transparente para ver a la babosa y saber si se teleportaba. Era imposible que Mofletes llegase al caviar a menos que decidiera hipersaltar.

Mofletes reptó por la caja y arrugó la cara mirándome a través del plástico transparente.

—No hace nada —dije.

Gali estaba de pie a mi lado con un portapapeles, tomando notas. Yo no sabía qué debía de estar escribiendo, porque no pasaba nada.

—Nada todavía.

—Así funciona la ciencia —dijo él—. Nada, nada, nada. ¡Puede que algo! Ah, no, tampoco era nada.

—No sé cómo lo soportas —respondí.

—¿Lo dices en serio? ¡Pero si es fascinante!

—¿Qué? ¿La nada es fascinante?

—A veces —dijo Gali—. Depende de qué nada sea, supongo. Venga, prueba a darle la palabra clave.

Apreté un dedo contra el plástico para que Mofletes me prestara atención.

—Casa —le dije.

No se movió.

—Casa —repetí—. Ve a casa y cómete el caviar, anda. Estás haciéndome quedar como una idiota.

—Casa —flauteó Mofletes, y su voz llegó amortiguada por el plástico—. Casa, casa.

—Prueba a no mirar —sugirió Gali—. Parece que no les gusta que veamos cómo hipersaltan.

—Vale, de acuerdo —dije, y di media vuelta—. Ya no miro.

Un momento después, una babosa me dio un empujoncito en el tobillo. Allí estaba Mofletes, mirándome expectante desde el suelo.

—Creo que te considera a ti la fuente del caviar, FM —dijo Gali.

—¡FM! —exclamó Mofletes.

—Yo no —dije mientras me llevaba a Mofletes para que mirara por segunda vez dentro de la caja del caviar. Luego lo devolví a la caja de observación y lo encerré tras la cara transparente. Antes de darle la espalda, volví a decirle—: Casa.

Gali fijó la mirada en su portapapeles. Cuando giré el cuello y miré la caja de observación, Mofletes había desaparecido. Lo encontré en «casa», zampándose el caviar.

—¡Eh, así me gusta! —lo felicité—. Casa.

—¡Casa! —flauteó contento el taynix.

—Muy bien —dijo Gali—. Ha ido a buscar la comida porque sabía dónde estaba. Ahora veamos si hace lo mismo sin haber visto el caviar.

Esperé a que Mofletes terminara de comer, lo llevé de nuevo a la caja de observación y lo metí dentro.

—Casa —le dije.

—Casa —respondió él.

Y desapareció y se materializó de nuevo en «casa», dentro de la caja, olisqueando en busca de más caviar.

—¡Ha funcionado! —exclamé.

Saqué la lata de caviar, ya casi vacía, y le di un poco a Mofletes.

—Vale —dijo Gali—, ahora prueba con otra babosa.

Cuando me volví, Trapo ya se había subido al hombro de Gali y estaba frotándose con su mejilla.

—Parece que Trapo quiere participar en el experimento.

Levanté a Trapo del hombro de Gali. Estar tan cerca de él hizo que me cosquilleara la piel, y al parecer no fui la única: cuando Gali se ruborizaba, hasta su nuca enrojecía.

La puerta se abrió de sopetón y nos separamos de un salto.

Vi a Jorgen en el umbral, con Branquia en brazos y mirándonos con expresión curiosa.

—Hola —dijo—. ¿Todo bien aquí dentro?

—¡Bien! —respondió Gali, en voz demasiado alta.

—¡Bien! —exclamo Branquia, acunado en el brazo de Jorgen.

—No empieces otra vez —dije a Branquia mientras lo recogía—. Me alegro de que estés aquí. Llegas justo a tiempo para participar en nuestro experimento.

—Me parece que no tengo tiempo —respondió Jorgen.

Me encogí de hombros.

—No hablaba contigo.

Jorgen me miró como si me hubiera vuelto loca, pero al menos no hizo ningún comentario sobre lo cerca que estábamos Gali y yo cuando había entrado.

—En realidad venía a avisaros a los dos de que ya casi están preparados para probar a activar el comunicador y hablar con Cuna —dijo Jorgen—. Usarán el holoproyector para establecer la comunicación, pero Cobb quiere que estemos todos presentes, ya que somos quienes han trabajado con las babosas. Thadwick quiere hacer ya unas consultas a Gali sobre el comunicador, y FM y yo tenemos que acudir después.

—Ningún problema —dijo Gali—. FM te enseñará en qué estamos trabajando nosotros.

Salió del taller con más prisa de la habitual. Confié en que quisiera alejarse de Jorgen y no de mí.

Lo más probable era que no fuese por mí.

Jorgen me miró con una ceja enarcada.

—¿Trabajando? ¿Eso hacíais aquí dentro?

—Pues sí, la verdad —respondí—. Hemos diseñado un experimento.

—Conque así lo llaman ahora.

—Cierra el pico —le dije.

Jorgen me sonrió con gesto divertido.

—¿Quieres que empiece a meterme contigo y con Spensa? —amenacé—. Porque si esas tenemos, debo decirte que…

—Deja, deja —se apresuró a decir Jorgen—. Enséñame ese experimento.

—Ya era hora de que lo pidieras. —Entregué a Jorgen el portapapeles de Gali, aunque él no estaba ni la mitad de mono con la tablilla en la mano—. Tú tomarás notas.

Jorgen miró los apuntes de Gali con los ojos entornados mientras yo usaba el último caviar que me quedaba para hacer el experimento tanto con Trapo como con Branquia. Trapo no llegó a teleportarse a la caja por muchas veces que enseñara el caviar a la pobre, pero Branquia lo hizo a la primera y me trinó «Casa» todo contento.

—Anda —dijo Jorgen—. ¿Puede ser que la comida motive más a unos que a otros?

—Es probable —asentí—. Pero hasta Mofletes ha tardado un poco en obedecer la orden. No sé si será o no una manera fiable de hacer que hipersalten, pero sí que parecen capaces de hacerlo una y otra vez sin tener que esperar a que los asustemos.

Jorgen miró el reloj.

—Nos esperan en la sala de mando —dijo—. Entiendo lo que estáis intentando, FM, pero no sé si será mejor que lo que ya tenemos.

—Aún no —dije—. Gali dice que la ciencia necesita tiempo antes de dar resultados.

—A eso me refiero.

Jorgen no tuvo que decir más. Los dos sabíamos que, si algo nos faltaba, era tiempo.

El centro de mando estaba repleto de personal del almirante, ingenieros y unas cuantas personas del séquito de Jeshua Weight, enviadas por la Asamblea Nacional. Jorgen se abrió paso entre todos para llegar a su madre y yo fui tras él, sintiéndome muy fuera de lugar. La situación mejoró cuando Gali vino con nosotros después de hablar con algunos otros ingenieros.

—Han cargado a Bien en el comunicador —dijo— y ya tenemos el holoproyector conectado. Hemos introducido en el comunicador los metadatos de la primera transmisión de Cuna. Todo es muy teórico, y ojalá tuviéramos más tiempo para hacer pruebas, pero creo que debería funcionar.

—¿Alguna vez te acostumbras? —le pregunté—. ¿A que pongan en marcha tus proyectos sin estar satisfecho con la cantidad de pruebas que haces?

Gali se secó las palmas de las manos en el mono.

—En mi caso, todavía no.

—Muy bien, silencio, por favor —dijo Cobb desde su puesto al frente de la reunión—. Vamos a enviar el mensaje.

Hizo un gesto con la cabeza a Ziming, que pulsó un botón en el panel de control, y entonces Cobb habló por el micrófono de sus auriculares.

—Aquí el almirante Cobb, humano del planeta Detritus. Ministre Cuna, por favor, confirme la recepción.

Ziming pulsó otro botón.

—¿Ha funcionado? —preguntó Cobb.

—Creo que sí —respondió la ingeniera—. Se ha enviado, pero no sé si lo han…

—Almirante Cobb, humano de Detritus —llegó por el altavoz. Era la misma voz extraña y monótona que habíamos oído en el primer mensaje—. Confirmo la recepción. Gracias por responder.

Cobb asintió y Ziming reanudó la transmisión.

—Ministre Cuna, querríamos acudir, pero no somos capaces de determinar su posición. Nuestro citónico no tiene entrenamiento y nuestros

hipermotores son primitivos. Cualquier ayuda que pueda ofrecernos para llegar hasta usted sería bienvenida. Por favor, díganos qué hacer.

—Me temo que se nos acaba el tiempo —respondió Cuna—. La Supremacía ha enviado fuerzas a bombardear mi posición, y aunque la poca artillería con que contamos los está manteniendo a raya, tememos que envíen refuerzos en cualquier momento.

—¿Cuántas naves? —preguntó Cobb por el comunicador.

Hubo una pausa.

—Veinte cazas. Sabemos por la red de datos que las fuerzas de la Supremacía están muy ocupadas. Me temo que no tardarán en movilizarse sobre su planeta.

—Ya lo han hecho —dijo Cobb—. Por el momento estamos rechazándolas.

—Veinte naves —murmuró Jorgen—. Con eso podemos. Si llegamos hasta ellas.

—Estoy enrutando las coordenadas a través de mi hipercomunicador —dijo Cuna—. Por favor, conecten a su citónico con el comunicador para recibirlas.

—¿Que conectemos a nuestro citónico? —se sorprendió Jeshua—. Por la luz de la Estrella Polar, ¿qué significa eso?

Casi todos los presentes miraron a Jorgen, que balbució algo. Si había algo que no le gustaba nada, era no tener respuestas.

—Tal vez se refiera a que Jorgen tiene que interactuar con el taynix —sugerí—. Con el que hemos usado para enviar el mensaje.

—Con Bien —dijo Gali—. Está en el comunicador, en el sector C.

—Pero no hace falta que toques a Bien, ¿verdad? —pregunté a Jorgen—. Puedes asustar a las babosas a distancia, así que deberías ser capaz de…

—Espera —me interrumpió Jorgen, y cerró los ojos—. Estoy en ello.

—Tú sigue —dijo Cobb, y se acercó el micrófono a la boca—. Aquí el almirante Cobb. Estamos intentando conectar a nuestro citónico.

—¿Cómo va? —pregunté a Jorgen en voz baja.

—Lo intento —dijo él—. A lo mejor, si… —Jorgen saltó hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada—. Las tengo. Almirante, tengo las coordenadas. Sé dónde están. Estrellas, cómo duele.

Se frotó las sienes. Su madre lo miró preocupada.

—Tenemos su posición —transmitió Cobb—. Enviaremos un escuadrón en su defensa. Jorgen, llévate al Escuadrón Cielo y…

—Deberíamos contactar con la Asamblea Nacional —dijo Jeshua—. Que tomen ellos la decisión antes de enviar a nuestro citónico a una misión. No sabemos si podrán regresar.

Cobb miró a Jorgen.

—Es cierto, señor —dijo Jorgen—. No estoy seguro de volver a encontrar Detritus yo solo. Las babosas quizá sean capaces de regresar por instinto desde tan lejos, pero no hay manera de saberlo con certeza. Eso sí, los alienígenas comprenden los hipermotores mejor que nosotros. A lo mejor podrían enseñarnos a hacerlo.

Cobb se volvió hacia Jeshua.

—La asamblea quiere comunicarse con nuestros enemigos. Esta es la única fuerza alienígena que se ha ofrecido jamás a hablar con nosotros. Tenemos que aprovechar la ocasión.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Jeshua—, pero corresponde a la Asamblea Nacional decidir sobre…

—Señor —la interrumpió Jorgen—. Las coordenadas empiezan a desaparecer. Va despacio, así que aún tenemos algo de tiempo, pero es lo mismo que le pasó a Spensa. No sé cómo retenerlas.

—Llévate a tu escuadrón —ordenó Cobb a Jorgen—. Despegad ya.

Jeshua le frunció el ceño.

Jorgen titubeó un momento antes de asentir.

—Sí, señor.

Seguí a Jorgen fuera de la sala de mando y corrimos juntos hacia el hangar de aterrizaje.

15

El resto de nuestro escuadrón llegó también a las naves. Tenderete aún masticaba un bocado de tiras de alga fritas del comedor y Gatero estaba subiéndose la cremallera del mono, pero Kimmalyn y Sadie ya estaban subiendo a sus cabinas.

—¿Qué pasa? —preguntó Arturo, viniendo hasta la nave de Jorgen—. ¿Volamos solos esta vez?

—Vamos a rescatar a un alto cargo de la Supremacía que ha desertado —explicó Jorgen—. Solo nuestro escuadrón, pero hay que darse prisa. Le ministre Cuna ya está bajo ataque. Tengo las coordenadas para hipersaltar hasta allí, pero aún no sabemos cómo vamos a regresar.

Arturo pareció alarmarse por esa información.

—¿Esas son nuestras órdenes?

—Esas son nuestras órdenes —confirmó Jorgen—. Que todo el mundo despegue.

Arturo asintió y corrió hacia su nave, gritándole a Nedd que hiciera lo mismo.

Gali llegó a toda prisa con una caja llena de babosas, que me entregó. Dentro estaba Branquia, junto con Feliz, Mofletes, Trapo y Vuelta.

—Cobb quiere que dejemos el holoproyector conectado al comunicador —dijo—. Así podremos hablar con vosotros cuando lleguéis, porque nosotros tendremos uno y Cuna otro.

—Tal vez no podáis asustar otra vez a Bien —le advertí—. Tendréis que probar con otra babosa violeta. Pero hemos recibido más de una comunicación de Cuna a través de la misma, así que a lo mejor la conexión dura un rato después de establecerse, ¿no?

—Lo comprobaré nada más despeguéis.

Gali se mordió el labio, como si quisiera decir algo más pero se lo hubiera pensado mejor.

—Te ayudo a cargar las babosas en la nave de Jorgen —dije, bajando la mirada a la caja.

Allí había otra babosa violeta y, al principio, pensé que se les habría colado, pero cuando llegamos a la cabina de Jorgen, Gali la metió con las demás en la caja metálica de debajo del panel de instrumentos.

—Creo que deberíais llevaros un taynix de comunicación —dijo—. No sabemos cuántos tendrá Cuna. En teoría, Jorgen debería ser capaz de comunicarse citónicamente sin usar babosas, pero es mejor que tengáis disponible la mayor cantidad de recursos que podamos permitirnos, por si…

Se le quebró la voz y respiró hondo. Lo entendí. Yo me iba y él se quedaba, y estaba asustado. Probablemente por todos nosotros, pero me gustó pensar que se reservaba un poquito más de miedo para mí.

—Volveré —le prometí—. Hoja de servicio perfecta de no morir, ¿recuerdas?

—Sí —dijo él—, lo recuerdo.

Quise cogerle la mano, pero Jorgen ya estaba subiendo a su cabina. Teníamos que irnos.

—No ha habido tiempo para equipar las naves con las piezas para la interconexión —dijo Gali a Jorgen—, así que tendréis que repetir lo de la última vez, hacer que las alas se toquen.

—Entendido —respondió Jorgen—. Saldrá bien. FM, nos vamos.

Gali me dio un apretón en el brazo después de bajar conmigo de la nave. Corrí hasta mi caza clase Poco de siempre, entré, activé el anillo de pendiente y eché a volar. Mientras mi nave se elevaba hacia el techo de plataformas que se extendía entre los sectores de chisporroteante energía azul que mantenía unidas las costuras del escudo, miré atrás y vi a Gali observando nuestra partida.

«Volveré», pensé mirándolo. Pero decirlo, o pensarlo, no lo volvía ni más ni menos cierto. No era una promesa que pudiera hacer ninguno de nosotros.

Quizá no debería haber dejado que empezara nada entre nosotros, que pusiera a Gali en situación de sufrir incluso más si sucedía lo peor. O quizá estaba dándole demasiadas vueltas. Quizá ninguno de nosotros tenía importancia, al fin y al cabo. ¿Qué cambiaba en realidad cuando moría algún piloto? La FDD seguía promocionando a cadetes. Si se les terminaban, bajarían la edad mínima para hacer el examen de piloto y seguirían reclutando a chicos cada vez más jóvenes. Seguiríamos enviando a grupos en misiones

como aquella, sin saber jamás si regresarían, porque nuestra supervivencia como colectivo importaba más que los individuos. No es que no compartiera esa manera de pensar, ni que no le viera la lógica.

Pero eso no impedía que me preguntara: si no importábamos como individuos, entonces *¿para qué* estábamos salvando al colectivo?

Me reuní con el resto del escuadrón a menos de medio kilómetro de distancia de la base. A través de un hueco entre las plataformas se veía la crepitante red del escudo. Por mucho que me hubieran asustado las estrellas, por mucho miedo que me hubiera dado caerme del mundo, las echaba de menos ahora que no estaban.

Supuse que tardaría poco en volver a verlas.

—Escuadrón Cielo, agrupaos —ordenó Jorgen—. Que todas las naves se toquen, o dejaremos a gente atrás.

Maniobré mi nave entre la de Sadie y la de Kimmalyn, con suavidad. El metal de nuestras alas se rozó y vi que Sadie me miraba a través de su cubierta. Intenté dedicarle una sonrisa tranquilizadora, recordando lo que me había dicho Gali: «Tú siempre das la impresión de mantener la calma».

Y caí en la cuenta de que sí que era esa la impresión que quería dar. Spensa perdía los estribos, Jorgen se frustraba, Gali podía hablar del miedo como si fuese su mejor amigo.

¿Y yo?

Había una cierta seguridad en ser la persona en quien se apoyaban todos los demás. Lo sentía todo igualmente, pero no quería que los demás lo supieran.

—Muy bien —dijo Jorgen—, parece que estamos todos. Activando el hipermotor.

Cerré los ojos. Estábamos a punto de hipersaltar a una distancia muchas veces superior a ninguna que hubiéramos intentado antes. Me pregunté si tardaríamos más. Me pregunté si…

—¡Por las estrellas! —exclamó Tenderete por radio—. ¿Vosotros veis eso?

—Sí —dijo Jorgen—. Creo… creo que es adonde vamos.

Abrí los ojos y contemplé a través de la cubierta de mi cabina la negrura que se extendía ante mí. La luz de la estrella más próxima llegaba desde atrás, permitiéndonos vislumbrar un objeto en la lejanía, una enorme roca coronada por docenas de tentáculos blancos que emergían de ella como los pétalos de alguna flor silvestre.

O… bueno, en realidad era imposible saber a simple vista lo grande que era y lo lejos que estaba, pero jamás había tenido delante nada que pudiera compararse a aquello. Amplié el alcance de mis sensores de proximidad para hacerme una idea de lo que era.

—Estamos a ciento cincuenta kilómetros de eso —informó Arturo, que había sido más rápido que yo—. De lo que sea esa cosa. ¿Ahí es donde vamos?

—Está llegándome una comunicación —dijo Jorgen—. Esperad.

Esperamos. Nuestras naves se habían separado un poco después del salto, así que ya no topábamos unos contra otros, pero nadie había activado el propulsor para avanzar. Mi comunicador dio un pequeño chasquido y estiré el brazo para ajustar el dial. No era buen momento para que se estropease la radio.

Y entonces la voz suave y ajena de Cuna llegó por los auriculares.

—Escuadrón Cielo —dijo le alienígena—, gracias por acudir en nuestra ayuda. Su líder me ha concedido permiso para hablarles. Como ven, mi equipo y yo estamos atrapades en este antiguo puesto de avanzada de la Supremacía, llamado Alcance Solar. Es un centro de investigación abandonado que se construyó aquí para estudiar esta especie tan poco frecuente de vaina estelar ciclópea. Les interesa evitar al espécimen. Está aproximándose a su ciclo de muda, lo cual lo vuelve particularmente hambriento.

—¿Hambriento? —dijo Gatero—. Caracapullo, ¿a qué se refiere esa mujer con que está hambriento?

—Comprendo que ustedes, los humanos, no acostumbran a conocer a otras especies —prosiguió la voz de Cuna—. La mía se designa con lenguaje neutro, elle, porque no nos ajustamos a los géneros humanos. Les diones somos…

—¿Jorgen? —dijo Nedd—. ¿De qué habla?

—Está diciendo que no uséis «ella» para referiros a elle —les expliqué—. Pero será mejor que dejemos las presentaciones para cuando lleguemos, ¿no?

—Eso es —dijo Jorgen—. Hum, gracias por la lección de… etiqueta. Mi equipo hará lo posible por aprender el lenguaje que prefiera. De momento, ¿podría explicarnos cómo llegar hasta ustedes? ¿Ha dicho que esa especie de… flor estelar gigante se nos va a comer?

—Sí, la vaina estelar ciclópea. En general prefiere alimentarse de minerales y demás materia espacial, pero los tubos táctiles de sus extremidades no distinguen el metal de sus naves de otras variedades más

nutritivas, por lo que podría engullirlos antes de darse cuenta de que los ha atrapado por error. Recomiendo evitar las extremidades rodeando por la parte trasera de… Uy, mal asunto.

Al otro lado de la vaina estelar ciclópea había varios objetos viniendo hacia nosotros. Cazas, por su aspecto en el monitor de proximidad, con toda seguridad los que estaban esperando refuerzos de la Supremacía. Pero debían de habernos detectado, porque ya no parecía que siguieran esperando.

—Por favor —suplicó Cuna—, dense prisa.

—Escuadrón Cielo —dijo Jorgen—, vamos a dar un rodeo hacia el… lado de esa roca que no se nos quiere comer. ¿Alguien *no* tiene claro de qué lado hablo?

—En el que no está el bonito monstruo espacial —respondió Kimmalyn —. Entendido.

—Exacto —dijo Jorgen—. Evitad las naves enemigas, pero si alguna os dispara, devolved el fuego.

—Siempre es buen consejo —repuse—. ¿Formación?

—Doble uve. Nos orientaremos suponiendo que el monstruo espacial gigante está encima de… la roca espacial gigante.

Sin ningún planeta cerca para determinar hacia dónde era «abajo», supuse que tenía sentido acordar un marco de referencia por adelantado.

—¿Por qué encima? —preguntó Nedd—. ¿El monstruo de los tentáculos mortíferos no podría estar debajo?

—Porque las flores crecen hacia arriba —respondió Sadie—. Hasta las flores gigantes letales. Lo sabe todo el mundo.

—Ahí te ha pillado, Nedder —dijo Arturo.

—Menos charla —ordenó Jorgen—. Mirad hacia dónde voláis.

Guardamos silencio y nos desplegamos, rotando de forma que la vaina estelar florecía hacia arriba en el cielo oscuro, y luego aceleramos hacia Alcance Solar en parejas de compañeros de ala, con Arturo y Nedd en punta a un lado y Sadie y yo en el otro. Aún tenía el monitor de proximidad en modo de largo alcance, por lo que vi diez naves enemigas aproximándose a un punto cerca del centro de la parte inferior de la roca. Otros diez cazas venían a por nosotros. Nos superaban en número, pero estábamos acostumbrados a luchar en esas condiciones.

—FM y Centinela —dijo Jorgen—, alejad a todos los que podáis. Tenderete y Gatero, apoyadlas. Los demás intentaremos atravesar el otro grupo de naves. Divide y vencerás.

Dividir el escuadrón en dos equipos también nos debilitaba, pero parecía buena decisión, teniéndolo todo en cuenta. Si dedicábamos demasiado tiempo a la fuerza que venía a interceptarnos, las otras naves tendrían más probabilidades de matar o capturar a Cuna.

—Entendido —respondí, y Sadie y yo aceleramos hacia las naves que se aproximaban.

Cuando estuvimos más cerca, hicimos pivotar los propulsores para desacelerar a velocidad de combate. Sadie seguiría mis indicaciones, lo que significaba que la manera concreta de ejecutar la orden dependía de mí. La jugada más hábil que podrían hacer aquellas naves sería no morder el anzuelo y mantener un perímetro para evitar que nos acercáramos a la base donde se refugiaban Cuna y su equipo. Por tanto, tenía que fingir que intentábamos rebasar los cazas en vez de distraerlos de su misión, y confiar en que me consideraran una amenaza lo bastante grave como para que funcionara.

—Cúbreme —dije a Sadie.

—Hecho —respondió ella.

Me lancé a una complicada secuencia de maniobras evasivas, de las que habrían dado náuseas a Gali. Pasé al otro lado de los cazas enemigos entre una lluvia de fuego de destructor. Varias de ellas pivotaron y sus líneas de disparos rojos me siguieron. Encajé un impacto, pero mi escudo se ocupó de él. Aceleré hacia la posición de Cuna, acumulando naves a mi cola.

—Bien hecho, FM —dijo Jorgen.

—Te tenemos cubierta —añadió Gatero.

Había llegado el momento de fingir que montaba en pánico. Dejé que mis maniobras evasivas fuesen volviéndose más amplias y torpes, no tanto como para ofrecer un blanco claro al enemigo, pero sí lo suficiente para que creyeran que estaba perdiendo el control. Entonces invertí los propulsores y sentí el fuerte tirón cuando la inercia sobrepasó la capacidad de los ConGravs. Volví el morro y me abalancé de vuelta contra los cazas enemigos de un modo que era imposible volando en atmósfera, pero que funcionaba de maravilla en el vacío. Enganché a uno con mi lanza de luz, usé mi propio impulso para hacer un viraje, salí volando de lado y solté la nave cuando la hube rebasado.

Funcionó. La mitad de las naves me siguieron mientras aceleraba hacia el lado. Tenderete y Gatero se unieron a Sadie para disparar a las naves desde atrás, añadiendo más adrenalina a la persecución. Los cazas enemigos se abalanzaron hacia mí y sus disparos me rodearon, debilitando mi escudo.

Aceleré más. No iba a poder dejarlos atrás, pero perderían precisión a velocidad alta, y allí fuera teníamos todo el espacio del mundo.

—Así me gusta —dijo Jorgen—. Avanzamos hacia la base. Anfi y Nedder, vais en punta. Rara y yo os cubrimos.

—Nos han pillado —informó Tenderete—. Viramos en vuestra dirección, Caracapullo.

Era verdad. Dos naves seguían acelerando a mi cola, pero las otras tres estaban trazando un amplio bucle que las llevaría a perseguir al resto del escuadrón.

—Centinela y yo podemos ocuparnos de estas, si queréis seguir a las otras —dije a Tenderete y Gatero.

Los dos aceptaron el plan y viraron en círculo tras las naves enemigas que regresaban. Yo mantuve las maniobras evasivas, tratando de retener el interés de mis dos perseguidores. Pero no duraría para siempre.

—¿Lista para ocuparnos de ellos? —pregunté a Sadie.

—Lista y con ganas —dijo ella.

—Cárgate al de mi ala izquierda —ordené—, y yo al de la derecha.

—Entendido.

Reduje velocidad de sopetón, ralentizándome con una inversión de propulsores. Las naves enemigas me adelantaron a toda velocidad y activé el PMI para anular sus escudos. Sadie y yo abrimos fuego a la vez y destrozamos los cazas enemigos con sendas explosiones contra el cielo oscuro.

—Bien hecho —dije a Sadie—. Vamos a ayudar a los demás.

Esperamos a que mi escudo se reiniciara y volvimos sobre nuestros pasos. Estábamos tan lejos que no alcanzábamos a ver a los demás sobre el negro telón de fondo. Escuché la conversación por radio mientras se enfrentaban a las naves enemigas.

—Caracapullo, van hacia ti.

—Las veo. Cúbreme.

—Caracapullo, las tengo en el punto de mira. ¿Puedes anular sus escudos?

—Enseguida.

Sadie y yo seguíamos acelerando cuando el resto del escuadrón apareció en mi monitor. Era tirdosamente difícil derribar un caza krell sin haber eliminado antes sus escudos, pero aquellas naves eran demasiado buenas. No eran drones operados a distancia, sino cazas pilotados por ases enemigos, mucho más hábiles. Nuestro equipo necesitaba refuerzos.

—Caracapullo, llevas tres naves a cola —avisó Arturo—. No anules tu propio escudo.

—Las veo —dijo Jorgen—. Saltaré justo después. Activando PMI.

Por fin distinguí el caza estelar de Jorgen contra el fondo del espacio, justo en el momento en que su escudo cayó. Medio segundo después, la nave desapareció. Amplié el alcance del monitor de proximidad, buscándolo.

Jorgen reapareció al otro lado de la roca, arriba, cerca de la vaina estelar ciclópea y sus peligrosos tentáculos.

—Caracapullo, ¿se puede saber qué haces? —pregunté por el canal de comunicación.

—Me he pasado —dijo Jorgen—. Creo que la babosa no me ha entendido bien.

—¡Sal de ahí! —grité.

—Ya lo intento. Probaré a alejarme con maniobras evasivas. Si no sale bien, volveré a activar el hipermotor.

En el monitor, los tentáculos de la vaina estelar se movían despacio, como mecidos por un viento suave.

—Esto… ¿chicos? —dijo Nedd—. ¿Qué está haciendo el enemigo?

Vi en mis monitores que varias naves de las que estaban cerca de la base de Cuna, además de todas las que se enfrentaban a nosotros, aceleraban en torno a la superficie de la roca subiendo hacia los tentáculos de la vaina estelar.

Sabían más sobre aquella criatura que nosotros. Si creían que sobrevivirían volando entre los tentáculos, era muy probable que fuese cierto.

Pero Jorgen no podía enfrentarse a tantas naves. No estando solo.

—Humanos —dijo Cuna por la radio—. Nuestro análisis del patrón de vuelo enemigo sugiere que ahora su objetivo principal es matar al citónico de su escuadrón.

—No me digas —replicó Nedd.

—Caracapullo —llamó Arturo—, van a por ti. Ya estás largándote.

—Activando hipermotor —dijo Jorgen.

—Vamos para allá —añadí yo, acelerando para seguir a las otras naves hacia la parte superior de la roca.

Tirda, la vaina estelar era *gigantesca*. La roca era mucho más pequeña que un planeta, más bien del tamaño de las plataformas más grandes que orbitaban sobre Detritus. Pero las extremidades de la vaina alcanzaban hasta varios múltiplos del diámetro de la roca. Los tentáculos tenían la anchura de varias envergaduras de caza, y kilómetros de longitud. Eran blanquecinos, con unas

franjas de color casi púrpura que recorrían a lo largo el centro de cada extremidad como los nervios de una hoja. Si la vaina estelar utilizaba aquellos tentáculos para atrapar escombros en el espacio, sin duda podrían agarrar y retener una nave estelar. Una extremidad empezó a moverse despacio en mi dirección, como atraída por mi movimiento, e hice un tonel volado para evitarla.

Por delante vi la nave de Jorgen cerca del centro de la criatura. Los cazas enemigos iban directos hacia él abriendo fuego, mientras los tentáculos de la vaina estelar se mecían lentos hacia ellos.

—Activando hipermotor —dijo Jorgen.

Su nave se esfumó…

… y cobró forma de nuevo, pero más cerca del cuerpo de la vaina.

—¡Tirda, las babosas no me hacen caso! —exclamó Jorgen—. Creo que intentan meterse en un espacio más reducido.

Me elevé un poco para tener mejor vista.

Y me descubrí contemplando las tirdosas fauces de la criatura. De su centro asomaban hileras y más hileras de largas protuberancias blancas, como dientes, aunque flexibles y meciéndose de un lado a otro igual que los tentáculos, muchísimo más largos.

Eran lenguas. Aquella criatura tenía un millar de lenguas dispuestas en círculos alrededor de su rosada y cavernosa boca. Y en esos momentos, todas ellas se extendían en dirección al caza de Jorgen. Las naves enemigas seguían avanzando hacia él y las seguí, con Sadie a mi ala. Jorgen se elevó para alejarse de las lenguas y esquivó un tentáculo que descendía ondeando, replegándose hacia él. El enemigo lo alcanzó y llovió fuego de destructor por todas partes.

—¡Sal de ahí! —grité a Jorgen.

—Activando…

Su escudo se agrietó.

—… hiper…

Su nave dio un bandazo a un lado, como si intentara evitar los disparos un momento más para tener tiempo de asustar a una babosa. Fue lo último que hizo antes de que su escudo se viniera abajo.

—Tirda… —dijo Jorgen por la radio.

Y entonces su nave se hizo trizas, destrozada por el fuego enemigo, y los pedazos flotaron alejándose de mi caza mientras la criatura lamía el vacío hacia ellas con sus hambrientas lenguas.

16

No».

Me elevé un momento y luego volví a descender casi en picado para evitar un tentáculo que venía hacia mí y las naves enemigas, en un amplio latigazo. El enemigo evitó también el tentáculo, pero les deseé una muerte explosiva a todos ellos.

Jorgen llevaba la nave llena de hipermotores. Debería haber sido capaz de abandonarla cuando cayó su escudo. Pero de haberlo hecho, las babosas lo habrían teleportado a algún punto del espacio. Si no había muerto ya por la despresurización, no tardaría en asfixiarse.

«No».

—¿FM? ¿Centinela? —llamó Arturo por radio—. ¿Qué pasa ahí arriba?

—Hum… —dijo Sadie—. Eh… Caracapullo…

No iba a dejar que tuviera que explicarlo ella.

—Caracapullo ha caído —informé.

—¿FM? —dijo Arturo—. ¿Repite?

—Caracapullo ha caído. —No tenía ni idea de cómo podía sonar tan desapasionada. Mi propia voz se me hacía rara a los oídos—. Su nave está destruida. Partes irrecuperables.

Silencio en el canal de comunicación.

Al cabo de un tiempo, fue Kimmalyn quien habló.

—Pero ha salido, ¿verdad? Llevaba un montón de babosas. Tiene que haber salido.

—¿FM? —preguntó Arturo.

—No lo sé —dije con toda sinceridad. Tampoco tuve que explicar cuál era el resultado más probable si lo había hecho. Mis amigos lo sabían muy bien.

—Muy bien —transmitió Arturo—, ya lo lamentaremos luego. Tenemos una misión.

—Anfi… —empezó a decir Nedd.

—Lo lamentaremos *luego*. —La voz de Arturo sonó firme. Era el primer asistente, y por tanto nuestro actual jefe de escuadrón—. Reagrupaos. Vamos a avanzar hacia la base, intentando derribar las naves que queden por el camino.

—¿Humanos? —llamó Cuna—. He perdido el contacto con su comandante.

—Aquí Anfisbena —dijo Arturo—. Ahora estoy al mando. —Tenía la voz tensa, entrecortada. Era evidente que le costaba obedecer su propia orden, y no me extrañaba—. Vamos a sacar a toda su gente de ahí.

—Se lo agradecería —respondió Cuna—. Las naves están disparando sobre nuestra posición y han abierto brecha en nuestro escudo.

Sadie serpenteó entre los tentáculos de la vaina estelar, en dirección al borde de la criatura para poder regresar a la parte inferior de la roca. Las naves enemigas venían tras nosotras, y Sadie y yo ejecutamos una doble tijera y evitamos sus disparos. Una extremidad de la vaina estelar golpeó por detrás a una nave que nos perseguía. La nave se quedó pegada a los nervios de color púrpura y el tentáculo se la llevó hacia la boca de la criatura.

Si las naves no eran nutritivas, saltaba a la vista que la vaina aún no se había dado cuenta.

—¿Situación, FM? —preguntó Arturo.

—Vamos de camino, Anfi —respondí—. No nos esperéis.

—Recibido. Todos los pilotos, avanzad hacia Cuna y destruid los cazas enemigos.

Esquivé en tonel otro tentáculo que se arqueaba hacia mí, salí disparada más allá del borde de la criatura y descendí en picado por el lado de la roca. Sadie me seguía a poca distancia, por fin fuera del alcance de la vaina estelar. Nuestros compañeros de escuadrón se coordinaron por radio mientras entablaban combate. Sabía que debíamos unirnos a ellos: el enemigo todavía nos superaba en número y, cuantos más participásemos en la batalla, más posibilidades tendríamos de salir con vida.

Aunque ya no estaba tan segura de que tuviera algún sentido. Habíamos perdido a Jorgen, nuestro único citónico. Sin él, ¿qué íbamos a hacer los demás? Estaríamos tan atrapados allí como Cuna, esperando a que la Supremacía enviara refuerzos para acabar con nosotros. Lo más probable era que Cuna tuviera una babosa y un proyector para su dispositivo de

comunicación, pero sin un citónico no podíamos utilizar nada de eso para volver a casa.

Habíamos perdido. Habíamos hecho una apuesta y nos había salido mal.

Y así, aunque estaba muy de acuerdo con Arturo en que el momento de lamentarlo vendría más tarde, noté que se me anegaban los ojos. Unos surcos cálidos me recorrieron las mejillas mientras aceleraba, y casi lo agradecí cuando la fuerza de inercia sobrepasó los ConGravs.

Ya nos acercábamos a nuestro escuadrón, y en ese instante una forma cobró existencia en mi panel de instrumentos, casi haciéndome saltar.

Branquia se frotó contra mi antebrazo.

¿Habría intentado salvar a Jorgen de la explosión? Si su cuerpo estaba perdido en algún lugar del espacio, no podríamos devolverlo a casa.

Branquia se dejó caer por el panel a mi regazo y se apretó tembloroso contra mí como si quisiera reconfortarme. Yo no culpaba a las babosas por lo que le había pasado a Jorgen. Me alegraba de que Branquia hubiera escapado, y esperaba que las demás también hubieran podido. Quizá Jorgen había abierto la caja en el último momento, consciente de que no iba a contarlo, dando a las babosas la oportunidad de huir. La babosa de comunicaciones no podía hipersaltar, así que lo más probable era que la hubiera consumido la vaina estelar.

Sin capacidades citónicas ni holoproyector, no podía hacer que Branquia hipersaltara, así que su presencia no me resultaba útil. Y nuestra situación seguía siendo demasiado desesperada para que pudiera sentir ningún alivio.

Pero no pude evitar alegrarme de tenerlo conmigo. Le pasé una mano por el lomo mientras disparaba mis destructores con la otra, para distraer a una nave que perseguía a Kimmalyn. Como si notase mi angustia, Branquia se apretó más contra mí, envolviéndome la cintura como una tensa correa de cuero.

Y entonces todo cambió. Desaparecieron mi nave, mis instrumentos, el espacio entero. Caí a la oscuridad.

Y aterricé con un golpetazo en un frío suelo de hormigón.

—¡Au! —grité, llevándome la mano al hombro dolorido.

Branquia se dejó caer de mi cintura y rodó en el suelo. No se veía nada, pero desde luego ya no estábamos en el espacio exterior. Ni tampoco en mi nave, sino sobre una losa de hormigón agrietado. Cuando se me adaptaron los ojos a la oscuridad, distinguí una sombra y me arrastré hacia ella con un brazo por delante.

Toqué madera con la mano. El marco de una puerta, supuse, y allí estaba la puerta en sí, que se movió en torno a unas bisagras chirriantes. Branquia había hipersaltado llevándome con él, aunque no sabía dónde ni por qué. Que yo supiera, podríamos estar en cualquier lugar del universo, pero los taynix no tendían a alejarse demasiado a menos que recibieran instrucciones específicas.

Me levanté, abrí del todo la puerta y pasé a un pasillo sombrío. La poca luz que había llegaba de una fina franja a lo largo del techo, que seguí por ese pasillo y luego por otro. Me di cuenta de que el aire estaba templado. Había atmósfera que respirar, gravedad reteniéndome hacia el suelo y calor para evitar que muriera congelada. No sabía dónde me había llevado Branquia, pero parecía un lugar relativamente seguro.

Entonces sentí la explosión. Reverberó por todo el edificio y la piedra tembló bajo mis pies. Quizá de ahí vinieran las grietas, comprendí. Aquel edificio estaba bajo ataque.

Había empezado a sospechar dónde estaba, por lo que no me sorprendí demasiado cuando, al llegar al final del pasillo, entré en una sala llena de criaturas como no las había visto nunca.

Un ser alto, delgado y humanoide con la piel de un azul brillante estaba de pie ante algún tipo de panel de control, flanqueado por otras dos criaturas similares, aunque una de ellas tenía la piel roja por completo. Sobre sus ojos emergían unas protuberancias parecidas a las de Alanik, aunque sin los crecimientos cristalinos, y sus pómulos estaban demasiado marcados para ser humanos.

Al lado del ser alienígena azul y delgado estaba Jorgen, mirando hacia las estrellas por una ventana de cristal.

—¡Jorgen! —exclamé, y me abalancé sobre él para rodearlo con los brazos.

Calculé mal la distancia, topé contra él, lo desequilibré y cayó contra la consola. Acabé abrazada sobre todo a su hombro, mientras procuraba no irme al suelo. No fue mi maniobra más elegante, pero dado que Jorgen estaba vivo y no asfixiándose en el vacío, tampoco me pareció mal del todo.

—FM —dijo él—, ¿qué haces tú…?

Lo interrumpieron un chasquido en la radio y la voz de Sadie.

—… nave estaba vacía, Anfi. La he visto bien antes de que se estrellara. FM no estaba dentro.

—¿Dónde estrellas se ha metido, entonces? —preguntó Arturo—. No puede haber desaparecido porque sí.

—Está aquí —dijo Jorgen después de pulsar un botón en el panel—. Pegada a mi brazo en una postura muy incómoda, pero FM está aquí, vivita y coleando.

Lo solté y di un paso atrás.

—¿Cómo has venido? —me preguntó Jorgen.

—Branquia —dije.

Me acordé de que lo había dejado en el pasillo, pero vi que iba recuperando terreno, arrastrándose por el suelo junto al umbral. Corrí hasta él, lo recogí y le di un buen abrazo. Branquia me había teleportado fuera de mi nave en pleno combate, y por lo visto el caza había terminado estrellándose contra la roca, pero estaba claro que lo había hecho intentando ayudar.

—Me alegro mucho —dijo Arturo por radio—. Centinela, ayuda a Rara. Lleva tres enemigos a cola. Tirda, ya están disparándote otra…

La comunicación se cortó cuando otra explosión sacudió el búnker en el que estábamos.

El ser azul cerró los ojos y luego se volvió hacia Jorgen. Llevaba puesto un alfiler intérprete, como el que habíamos usado para hablar con Alanik.

—Nuestras defensas no resistirán mucho más —dijo. Reconocí la voz por la transmisión. Debía de ser Cuna—. Están atacando los generadores del soporte vital. Cuando fallen, también lo harán la gravedad artificial, la atmósfera y la calefacción. Si no nos vamos ya, podríamos quedarnos sin tiempo.

Jorgen miró hacia mí.

Y de pronto, comprendí a qué se refería Cuna.

—No estarás pensando en *dejarlos* aquí —dije—. Son nuestro escuadrón. ¡Nuestros amigos! No podemos irnos sin ellos.

—Cuna tiene las coordenadas en su comunicador —respondió Jorgen en voz baja—. Estamos en condiciones de volver a casa con Cuna y su equipo. Es la orden que nos han dado, FM.

No parecía que le hiciera ninguna gracia. ¡Pues claro que no le hacía gracia! Jorgen no tenía más ganas que yo de dejar allí a nuestro escuadrón.

—Pero ¿podemos salir de aquí? —pregunté—. ¿Tenemos alguna babosa sin asustar?

—Están Branquia y Mofletes —dijo Jorgen, señalando, y vi a Mofletes en una esquina sobre una extraña silla con forma de disco—. Creo que no he usado a ninguno de los dos para hipersaltar. A ambos, seguro que no. Deberíamos poder hacer que salten a las coordenadas de Detritus. Nos llevarán al lugar donde tenemos el comunicador en la Plataforma Primaria.

Sabía lo que debíamos hacer. Las necesidades del grupo eran más importantes que las del individuo. Éramos pilotos. Nos habíamos comprometido a defender la vida de los ciudadanos de Detritus. Hasta el último de nosotros estaba dispuesto a hacer ese sacrificio.

Yo habría aceptado morir para salvar las vidas de mis amigos, sin dudarlo ni un momento. Pero ¿de verdad podíamos marcharnos y sacrificar sus vidas a cambio de las nuestras?

La misión era rescatar a Cuna. Era exactamente lo que se esperaba que hiciéramos.

—Nedder, ayuda a Centinela —ordenó Arturo—. Tiene a demasiados encima. Rara, ¿tienes línea de fuego sobre la nave que llevo a cola?

Cuna levantó los finos dedos hasta el panel y apretó un botón. La radio quedó en silencio. Estaba apagando las voces, tratando de facilitarnos la decisión. Tal vez fuese un gesto amable, pero me sentó como un bofetón en toda la cara.

Otra explosión sacudió la base y las luces se apagaron.

—No podemos dejarlos aquí —dije.

Estrellas, por eso no quería estar al mando. No tenía estómago para tomar aquellas decisiones.

—Volveremos —prometió Jorgen—. Teleportaré a Cuna y su gente y luego regresaré a…

—¿Y crees que van a dejarte? —casi chillé—. ¿Crees que permitirán que su *único citónico útil* vuelva aquí de un salto para morir casi seguro? ¿De verdad podrás hacerlo?

Jorgen me miró, y distinguí en sus ojos lo mucho que le pesaba la decisión. Aquello no era culpa suya. Nada lo era. Todos estábamos en una posición espantosa.

Pero quienes iban a pagar el precio eran nuestros compañeros.

—Bien —dije—. Sé que solo estás haciendo lo que debe hacerse.

—¡Bien! —exclamó Branquia en mis brazos.

—Ahora no —le dije.

El taynix me había salvado la vida al llevarme allí. Debería estarle agradecida. Pero lo que más deseaba en el mundo era seguir allí fuera en mi nave, combatiendo junto a mis amigos.

Branquia debió de percibir mi desesperación, porque desapareció.

Jorgen cerró los ojos y vi la aflicción en sus rasgos.

—Muy bien —dijo a Cuna—. Prepare a su gente para marcharnos.

Cuna llamó por radio al resto de su equipo para que se reunieran en la sala de control, y luego Jorgen se puso al aparato.

—Escuadrón, abandonad la misión —ordenó.

—Repite, Caracapullo —dijo Arturo—. ¿Quieres que abandonemos…?

—Vamos a poner a salvo a Cuna —lo interrumpió Jorgen—. Todas las naves, replegaos. Retirada total, formación delta. Huid a toda velocidad con el rumbo que elija Arturo, e intentaremos volver para recogeros cuando le ministre esté en un lugar seguro. —Se apartó del micrófono y me miró—. Volveré a por ellos. Traeré una nave. Conseguiré las coordenadas de nuevo, vendré aquí otra vez y *los llevaré a casa*.

Estaba rogándome que le dijera que lo creía posible. Y quizá lo fuera. Quizá Jorgen tuviese razón.

Pero me preocupaba que los políticos se impusieran a Cobb, si el almirante optaba por permitírselo. De ningún modo merecía la pena que la FDD arriesgara a su único citónico por seis pilotos. Y no era algo que luego fuese a poder echar en cara a nadie, en realidad. Comprendía los cálculos.

Pero me sentaban como una patada en la boca del estómago.

—¡Bien! —trinó la voz de Branquia.

Me volví y lo encontré en el umbral con Bien, el taynix de comunicación que se había quedado en el dispositivo de Detritus.

Estaba allí, en el suelo.

—Pero ¿qué estrellas…? —empezó a decir Jorgen.

—¡Bien! —trinó Branquia de nuevo, y se deslizó hacia mí y volvió a hacerlo, quizá por si no lo había oído aún—: ¡Bien!

Había ido a traer a Bien desde Detritus. Lo había hecho porque pensaba que era lo que yo quería. Nadie había tenido que asustarlo para ello. Acababa de hacerlo por el mismo motivo que había tenido para sacarme de mi nave. Porque yo estaba angustiada y Branquia quería ayudar.

Ayudar.

Agarré a Jorgen del brazo.

—Envíale una imagen de Sadie —dije.

—¿Qué?

—Con la mente —lo apremié—. Envía a Branquia una imagen de Sadie, igual que haces con los ojos y con los sitios donde quieres que se teleporten.

—¿Para qué voy a…?

—¡Ya! —grité, apretándole tanto el brazo que hizo una mueca.

Amedrentar a mi jefe de escuadrón quizá no fuese muy propio de mí, pero no tenía tiempo para explicárselo.

—Bien —dijo Jorgen.

—¡Bien! —replicó Branquia.

—No, Bien no, *Sadie* —dije yo—. Ve a traer a Sadie.

Jorgen cerró los ojos.

Branquia desapareció.

—FM —dijo Jorgen—, no podemos enviar a las babosas por ahí. Las necesitamos para…

Otro impacto hizo temblar la base y noté que se apagaba el sistema de generación atmosférica. Se me taponaron los oídos mientras la sala empezaba a despresurizarse. Aparecieron otros dos de aquellos extraños seres alienígenas por la puerta, que pasaron por encima de Bien para entrar en la estancia.

—Ya estamos todes —dijo Cuna—. Es el momento.

Negué con la cabeza.

—Espere. Dejemos un segundo más a Branquia.

—FM… —empezó a decir Jorgen.

Y entonces apareció Sadie. Se materializó medio metro por encima del suelo y cayó a plomo. Dobló las rodillas y estiró los brazos para no perder el equilibrio. Con cierto retraso, chilló.

Y yo di mi segundo abrazo incómodo, embistiendo contra ella con los brazos abiertos y casi derribándola.

—¡Jorgen! —exclamé—. Dile a Branquia que traiga a los demás. Envía también las imágenes a Mofletes. Podemos sacarlos a todos. Los taynix *quieren* ayudar. —Recogí a Branquia del suelo—. Voy a darte una caja entera de caviar cuando volvamos —le prometí—. ¡Ve a traer a nuestros amigos!

Jorgen me miró extrañado, pero debió de hacer lo que le había dicho, porque los dos taynix desaparecieron.

—Comandante —dijo Cuna—, con el debido respeto, tenemos que…

Otro impacto sacudió el suelo, y Sadie y yo nos aferramos una a la otra para mantenernos en pie.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

—Luego te lo explico —dije.

El último ataque debía de haber alcanzado el sistema que creaba la gravedad falsa, porque de pronto ya no se me pegaban los pies al suelo. Arturo apareció a mi lado, y luego Kimmalyn. Mofletes y Branquia llegaron con ellos, y al momento apareció Vuelta con Tenderete y Trapo con Gatero. Feliz se materializó poco después y Nedd cobró forma cerca del techo,

flotando. Los miembros de nuestro escuadrón se miraron unos a otros, confundidos.

—Estamos todos —dijo Jorgen—. ¡Amontonaos!

Otro ataque de los cazas impactó en la ventana, que se agrietó en espiral. Tenderete levantó el brazo, agarró a Nedd por la muñeca, lo bajó al suelo con los demás y nos sujetamos unos a otros. Cuna y su personal se unieron también, cogiéndose de la mano. Sadie me rodeó la cintura y yo recogí a Branquia con una mano y a Mofletes con la otra y los lancé hacia Kimmalyn, que los atrapó mientras yo acumulaba las demás babosas en brazos.

—No las asustes —dije a Jorgen.

—FM —replicó él en tono claramente irritado—, ¿qué narices…?

—¡Casa! —grité—. ¡Casa! Llevadnos a *casa*.

—¡Casa! —flautearon Mofletes y Branquia al unísono.

Llovió cristal sobre nosotros cuando las naves abrieron fuego.

Y entonces el mundo entero desapareció.

EPÍLOGO

Nos materializamos en el taller donde teníamos a las babosas en la Plataforma Primaria, todos apelotonados en grupo y más de un metro por encima del suelo. Aterrizamos en un batiburrillo de extremidades alienígenas y humanas, con un coro de gemidos y quejas y Nedd gritando: «¡Tirda, suéltame el cuello!». Yo tenía las rodillas magulladas, un tirón en el hombro y los niveles de adrenalina aún tan altos que cualquiera diría que me había enfrentado a un pelotón de fusilamiento.

Pero me eché a reír. Reí porque todos, de algún modo, estábamos vivos.

Mientras mis compañeros de la periferia se desenganchaban y empezaban a ayudar a levantarse a les alienígenas, permanecí sentada en el centro del taller desternillándome, hasta que Branquia llegó y se me metió bajo el brazo.

—¿Casa? —dijo inseguro.

—Casa —respondí—. Casa, casa, ¡casa!

Y abracé la babosa con fuerza contra el pecho.

—Esto… ¿FM? —dijo Jorgen—. Se supone que no deberías apretarlas tanto.

—Cállate, Jorgen —le solté.

Y entonces, mientras aún me partía de risa, también rompí a llorar.

Ese era el aspecto que tenía cuando la puerta del taller se abrió de golpe y vi a Gali allí, mirándonos boquiabierto, con Cobb a su espalda poniendo cara de haber visto un fantasma. Gali me encontró allí sentada, riendo y llorando a la vez, y vino a arrodillarse a mi lado. Alzó la mirada hacia Jorgen.

—¿Has estropeado a FM? —le preguntó.

—Eso parece —dijo Jorgen.

Cobb negó con la cabeza.

—Y yo pensando que Spensa era la única que hacía jugadas estúpidas como esta. Sois conscientes de que os habéis dejado allí los tirdosos cazas estelares, ¿verdad? Es que no puedo despistarme ni un momento.

Me sequé las lágrimas y me levanté. Las naves eran una pérdida grave, sin duda, pero se notaba en la mirada de Cobb que no eran su principal preocupación. Había temido tanto como yo por nuestro equipo.

—Está visto que no, señor —respondí.

Entonces Cobb miró al grupo de alienígenas, carraspeó y les tendió la mano.

—¿Ministre Cuna? —dijo—. Soy el almirante Cobb. Es un placer.

Cuna se irguió en toda su altura, superior a la de Cobb, y le enseñó los dientes. Cobb pareció preocupado por un instante.

—El placer es mío —repuso Cuna—. Gracias por enviar a su equipo en nuestra ayuda. Se lo compensaremos encantades.

Desde el pasillo, la madre de Jorgen carraspeó. A Cobb se le nubló el semblante un momento y se apartó a un lado.

—Ministre Cuna —dijo él—, permítame presentarle a Jeshua Weight, nuestra emisaria de la Asamblea Nacional. Arde en deseos de hablar con usted.

Crucé la mirada con Jorgen. La vez anterior, su madre había irrumpido sin miramientos y espantado a nuestra última oportunidad diplomática. No sabíamos dónde había ido Alanik, pero yo dudaba mucho que fuese a regresar jamás.

—Por supuesto —dijo Cuna, y salió deslizándose con elegancia del taller, sus dientes aún descubiertos, acompañade por su séquito.

Tirda, ¿se suponía que aquello era una sonrisa?

—Los demás —ordenó Cobb—, conmigo al centro de mando para informar.

—Señor —dije—, me gustaría acomodar a las babosas, si no le importa.

—Bien —respondió Cobb.

—¡Bien! —trinaron varios taynix.

—Por las estrellas, qué incordio son estos bichos —dijo Cobb, y se llevó al resto del equipo por el pasillo.

Solo Gali se quedó conmigo.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí—. ¿Lo has oído todo por el hipercomunicador?

—Solo parte. Parecía bastante peligroso.

—Lo ha sido —dije—. Creía que a Jorgen lo había devorado un monstruo espacial gigante, pero resulta que las babosas lo habían sacado hipersaltando.

Gali volvió a quedarse boquiabierto, y yo sentí que se me acumulaba otro ataque de risa histérica.

—¿Un monstruo espacial?

—Una vaina estelar ciclópea, para ser exactos. Tendrías que haberla visto. Era más grande que la Plataforma Primaria. Y entonces Branquia me ha llevado a mí con Jorgen, y durante un rato creíamos que íbamos a tener que dejar morir allí al resto del escuadrón.

—Branquia se te ha llevado —dijo Gali—. ¿Por iniciativa propia?

—Más o menos. Ha pensado que era lo que yo quería. Esos pequeñines son mucho más listos de lo que creíamos. —Encontré a Branquia envolviendo una pata de la mesa, lo recogí y le pasé los dedos por la cresta del lomo—. Tenemos que averiguar cómo *comunicarnos* con ellos. Si nos conocen y les importamos, querrán echarnos una mano. No tenemos por qué asustarlos. Podemos… pedirles las cosas.

—En colaboración —dijo Gali.

—En colaboración.

Dejé a Branquia en la mesa y miré a Gali. Estaba de pie con aspecto incómodo, cruzado de brazos como si no supiera qué hacer con ellos. Tirda, qué mono era ese chico.

—Siento haberte preocupado —dije.

—Ya, bueno —repuso él, raspando el suelo con la punta del pie—. Debería haber sabido que no ibas a manchar tu hoja de servicio perfecta.

—No si puedo evitarlo.

Y no sabía si siempre podría evitarlo, la verdad. En cualquier momento cabía la posibilidad de que saliera a una misión y ya no regresara, como Lagartija, como Arcada y Bim antes que ella. Como tantos otros que habíamos perdido. Aún no habíamos terminado. Los hipermotores nos daban esperanza para el futuro, pero a partir de ese momento las cosas iban a ponerse más peligrosas, no menos.

Quizá habría sido más seguro protegerme. Quizá habría sido mejor para Gali no permitir que entabláramos un vínculo.

Pero alargué la mano y Gali la cogió. Entrelazó los dedos con los míos.

No bastaba con sobrevivir por sobrevivir. Yo quería *vivir*. Me acerqué y le di un beso, lento y tierno, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y por las estrellas, deseé que así fuera.

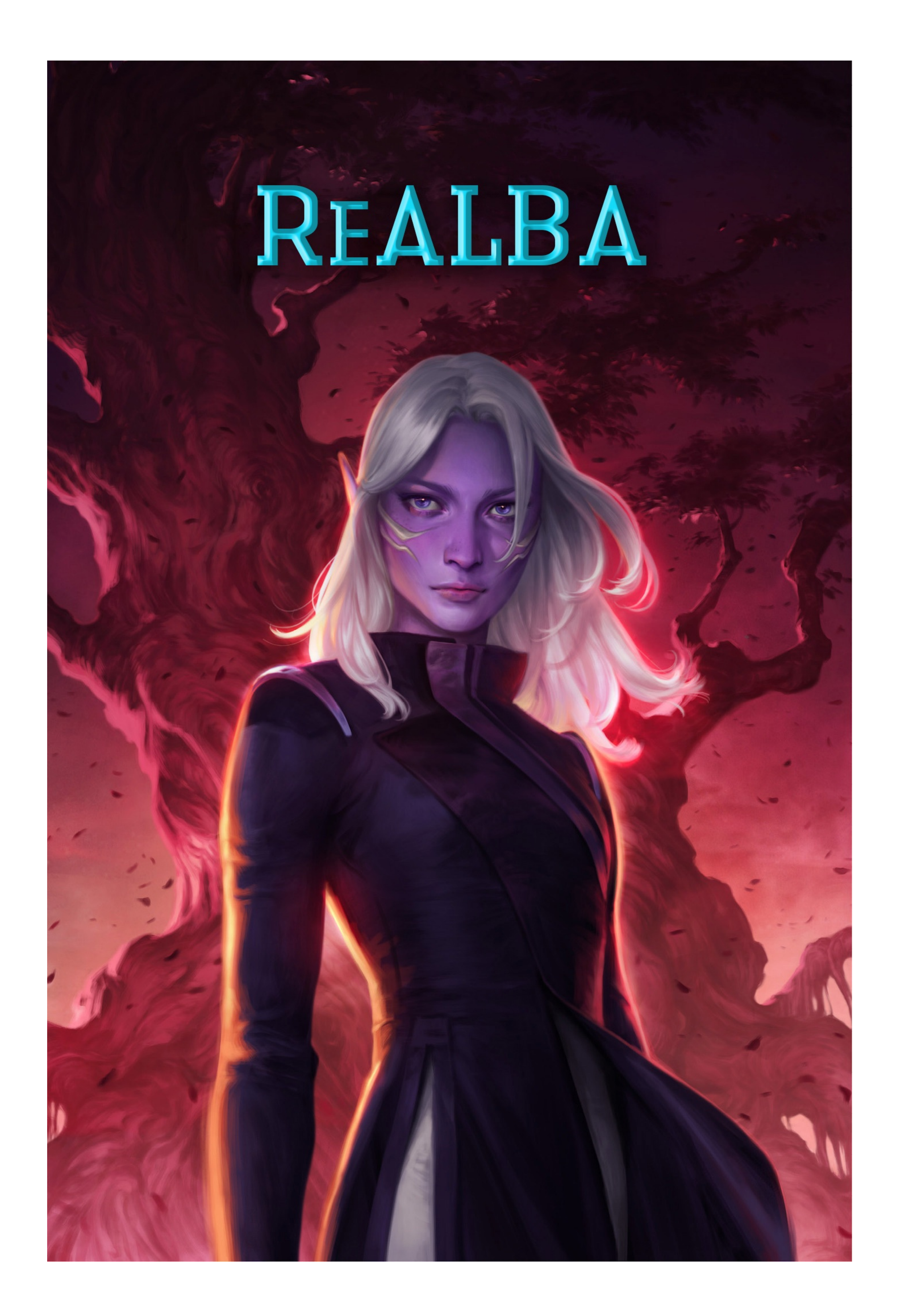
—¡Evitarlo! —exclamó Branquia.

Me volví y encontré a todas las babosas con las que habíamos vuelto congregadas alrededor de una pila de provisiones que debían de haber traído desde intendencia mientras no estábamos. Había varias cajas de tiras de alga y setas envasadas al vacío.

Y toda una torre de frascos de caviar.

—De acuerdo —dije—, os lo habéis ganado.

Abrí varios frascos y dejé que zamparan hasta hartarse.


ReALBA


ALANIK

1

Estaba sentada ante la barandilla de un palco en una rama del árbol estadio, viendo el partido que se jugaba en el enorme hueco más abajo. Habían elegido aquel árbol en concreto por su forma, por las ramas que se extendían en horizontal para luego curvarse hacia arriba y hacia dentro como los lados de un jarrón inmenso, tanto que los espectadores del lado opuesto parecían no ser más que hileras de puntitos que se ondulaban. Doce naves cruzaban a toda velocidad la parte más ancha del hueco, seis pintadas de color azul Independencia y las otras de amarillo Unidad.

Una luz tenue se filtraba a través de la miasma roja y violeta del cielo sobre la copa del árbol, y de las ramas superiores colgaban cables con unos enormes focos que iluminaban el vuelo de las naves. Sobre los focos, por debajo de las gigantescas y extensas ramas, un holograma ampliaba la escaramuza, y vi que una nave de la Independencia se desmarcaba del pelotón, esquivaba una ráfaga de fuego láser y se colaba por el aro de puntuación.

Se oyeron vítores por todo el estadio y el Cuerpo de Minería, que patrocinaba el partido, lanzó fuegos artificiales de color azul Independencia. Con tres tantos hasta el momento, el equipo de la Independencia iba ganando.

Por lo menos ganábamos en algo.

A mi lado estaba Rinakin, mi consejero en el programa de entrenamiento citónico, meneando con cierta desgana un banderín de la Independencia, una ramita con una hoja de tela azul cosida. La mayoría del público vestía de amarillo o azul, pero la ropa de Rinakin era toda negra, aunque al menos su chaqueta tenía un lustre azulado. Era más alto que yo y su piel lucía un tono un poco más rosáceo, características que indicaban que sus antepasados procedían del árbol Llegador. En los tiempos anteriores al viaje con naves, los

habitantes de cada árbol solo se entremezclaban cuando los árboles topaban unos con otros en la miasma.

Desde que Rinakin había perdido su puesto en el Consejo por la reciente oleada de nombramientos unitarios, teníamos más o menos la misma categoría, él como líder del Partido por la Independencia y yo como citónica. Me resultaba extraño, porque Rinakin era muchas estaciones mayor que yo y también mucho más sabio, pero allí estábamos, a grandes rasgos con la misma posición social aunque yo careciese de su experiencia.

—Me alegro de que hayas vuelto, Alanik —dijo Rinakin—. Me tenías preocupado.

—Me alegro de haber vuelto —respondí—, aunque signifique que fracasé.

—Muchos de nuestro pueblo han fracasado entre estas ramas.

Era cierto. Recordé la época en la que fracasar en el deporte me había parecido una tragedia. Lo que había en juego allí era muy personal, porque los miembros de los equipos ganadores (incluso en las competiciones juveniles) solían obtener puestos destacados como pilotos de pasajeros y carga o nombramientos en la fuerza aérea, por mucho que ReAlba llevase generaciones enteras sin entrar en combate real.

Yo me había saltado todo eso cuando se manifestaron mis poderes citónicos. Había pasado directamente de la liga juvenil al escalafón superior del Cuerpo de Combate. Como una de los cinco citónicos UrDail vivos y la única teleportadora competente, en teoría era un recurso inestimable para la supervivencia de mi pueblo.

Aunque no le había servido de mucho en mi misión más reciente.

Suspiré y me recliné en el asiento de madera tallado en la rama del árbol. Los árboles isla flotaban en la miasma de ReAlba, con las raíces hundidas en grandes pedazos de piedra de pendiente natural. Tenían la corteza muy gruesa, tanto que se podían excavar habitaciones enteras bajo su superficie sin llegar a las partes vivas del árbol, cerca de la base de las ramas. En el lugar donde estábamos, la parte alta del árbol, la madera fresca estaba a unos dos metros de profundidad, lo que dejaba espacio de sobra para tallar estructuras más pequeñas sin dañar el árbol. El palco y sus asientos estaban tallados meticulosamente en la corteza, formando parte del enorme estadio viviente. Me gustaba estar de nuevo bajo las familiares ramas, pero…

—Debería haber traído el secreto de la tecnología de los hipermotores —dije—, pero en vez de eso di la oportunidad de obtenerlo a los humanos. Intentarán firmar la paz con la Supremacía, cometiendo los mismos errores que ya cometimos nosotros.

—Tal vez —dijo Rinakin—. Pero me preocupa más que nosotros mismos cometamos los mismos errores que ya cometimos.

Dada la cantidad de banderines amarillos que ondeaban en el estadio, sus temores estaban bien fundados.

—Además, ahora tenemos información —añadió Rinakin—. No es la que partiste para conseguir, pero es información de todos modos.

Mucho menos importante, en mi opinión, pero Rinakin no andaba errado. Gran parte de mi gente creía que los humanos estaban exterminados por su negativa a capitular, por su tozuda insistencia en luchar por la libertad en vez de dejarse asimilar por la Supremacía. Los humanos eran una historia con moraleja, una justificación para las políticas de conciliación que concedían a la Supremacía un control cada vez mayor sobre ReAlba.

Si se sabía que los humanos seguían existiendo, que de algún modo habían logrado resistir tanto tiempo, que de hecho empezaban a liberarse del confinamiento forzoso impuesto por la Supremacía, sería un duro golpe para las tesis de la Unidad. Una debilidad que confiaba en que pudiéramos explotar para obtener algún tipo de éxito de mi fracaso.

Motivo por el que quería retrasar tanto como fuese posible que la Unidad se hiciera con esa información. Necesitábamos pensar bien cómo utilizarla antes de que lo hicieran ellos.

Por debajo, los equipos se alinearon para otro enfrentamiento. Según las reglas, el equipo unitario tendría que nombrar un nuevo atacante, la nave que debía cruzar el campo de batalla y llegar al aro del equipo contrario sin que la marcaran con láser. Los pilotos se turnaban para ser el atacante hasta que todos habían tenido su turno o hasta que ya era imposible que el resultado final cambiara. De este modo, los equipos no podían confiar en un único jugador potente: el árbol solo era tan sano como su rama más débil.

La Unidad eligió a su atacante, Havakal, uno de sus jugadores ofensivos más fuertes. La Independencia había empezado por los mejores miembros del equipo esperando ganar impulso, porque era más fácil dar lo mejor de ti mismo cuando ya tenías la impresión de estar ganando. La Unidad se había reservado los mejores jugadores para el final.

—Esperan que nos confiemos demasiado —dije—, pero el equipo de la Independencia se habrá dado cuenta de lo que pretenden.

—Sí —convino Rinakin—. Pero aun así, quizá les dé resultado.

Recorrí con la mirada la nube de banderines azules y amarillos en manos de los miles de espectadores reunidos en las gradas. Estaban más o menos igualados, lo cual debería haberme tranquilizado. Pero las facciones no

estaban ni por asomo tan igualadas en el Consejo desde que la Unidad había arrasado en el último balance, demoliendo la mayoría independiente. Yo había estado fuera durante diecinueve ciclos de sueño y me había perdido el cambio.

Al marcharme confiaba en descubrir el secreto que liberaría a mi pueblo del control de la Supremacía. Si hubiera vuelto tras lograrlo antes del balance, quizá el viento habría soplado a nuestro favor, pero había regresado con las manos vacías para encontrar a mi pueblo más cerca que nunca de la servidumbre.

Miré de reojo a Rinakin. Al principio me había intimidado, pero, aunque esperaba mucho de mí, nunca se había mostrado desalentador conmigo, solo intenso. De hecho, tenía un aura de intensidad incluso cuando estaba relajado. Rinakin no era citónico, pero había entrenado a la mayoría de los citónicos UrDail cuando emergían nuestros poderes.

Todos los demás citónicos trabajaban para la Unidad. Y como la Supremacía nos consideraba «peligrosos», habían aceptado utilizar sus capacidades citónicas solo bajo la supervisión del Consejo.

Y sí que éramos peligrosos para la Supremacía. En eso les daba la razón.

Rinakin seguía concentrado en el holograma que flotaba por encima del partido. Ya había ido al estadio con él en otras ocasiones, pero mientras entrenábamos siempre había sido para enseñarme alguna lección, con algún propósito más allá de entretenernos.

Ese día estábamos allí para guardar las apariencias. Para demostrar que no estaba escondiéndome del Consejo y sus preguntas desde mi regreso, cuatro ciclos de sueño antes.

Aunque en realidad era justo lo que estaba haciendo.

Además, el palco privado nos daba la oportunidad de hablar sin que nadie nos oyera, lo cual era todo un lujo en los muy poblados árboles de ReAlba.

—Por lo menos la gente aún lleva nuestro banderín —refunfuñé.

—Sí —dijo Rinakin—, pero la mayoría ha olvidado que esto es más que un deporte.

—Lo recordaron a la hora de dar su apoyo en el último balance del Consejo.

—Eso también es un deporte —dijo Rinakin—. Votan por su equipo, y algunos cambian de bando cuando ven que van perdiendo.

Tenía razón, por deprimente que resultara. Hasta mi familia casi al completo había cambiado su voto en el último balance, a favor de la Unidad en vez de la Independencia.

—Pero eso no tiene ningún sentido. Que la suficiente gente cambie de voto es lo que provoca que el otro equipo pierda.

Rinakin arqueó las crestas óseas.

—Así es la política —dijo.

No debería serlo. Las decisiones del Consejo lo determinaban todo y, cuando el equilibrio de representantes cambiaba, también lo hacía su actitud general. El Consejo tenía una mayoría unitaria, con solo unos pocos representantes de la Independencia, así que era la Unidad quien elegía a los delegados que negociaban los acuerdos comerciales con la Supremacía.

Que era quien establecía los términos, por supuesto. La Supremacía siempre establecía los términos. Pero al menos, cuando los independientes controlaban el Consejo, no se arrastraban a los pies de la Supremacía esperando que nos trataran como a su mascota favorita.

La Unidad marcó un tanto y el holograma pasó a mostrar una sucesión de mensajes de los patrocinadores: primero una empresa de transporte que enseñaba el interior de sus nuevas naves de lujo y luego los viñedos de Cordel, que ofrecían un nuevo sabor de jugo a los espectadores. Al final de los anuncios, un rostro conocido por todos ocupó todo el aire en el centro de las ramas.

Era Nanalis, la nueva presidenta del Consejo y suma canciller de la Unidad. Su voz atronadora habló a la multitud desde los altavoces instalados en el suelo de las gradas.

—Saludos, ciudadanos de ReAlba —dijo Nanalis con voz orgullosa y confiada.

—¿Qué es esto? —murmuré a Rinakin—. ¿Ahora la Unidad pone anuncios? No está permitido, ¿verdad?

—Se supone que deben concedernos el mismo tiempo a nosotros —respondió Rinakin—, pero el Consejo decidió hace poco anular esa condición si el mensaje no es abiertamente político.

No estaba nada segura de que Nanalis pudiera dar un mensaje que no fuese abiertamente político. Siguió hablando en lo que sin duda era una declaración grabada de antemano. Muchos miembros del Consejo iban a los partidos para ver y dejarse ver, pero la presidenta solía estar demasiado ocupada.

Nanalis agradeció a los pilotos su esfuerzo y su preparación.

—Representáis lo mejor de nosotros, y es gracias a vosotros que nos espera un futuro halagüeño.

Supuse que la presidenta no incumplía ninguna norma por felicitar a los atletas. Pero entonces siguió hablando.

—Nos hacemos llamar Unidad e Independencia, pero el planeta entero disfruta de los beneficios que ofrecen tanto la libertad como la paz. Los verdaderos enemigos son quienes pretenden dividir ReAlba, quienes amenazan nuestra paz, quienes ponen en peligro la prosperidad de toda la ciudadanía.

Los unitarios siempre nos acusaban de intentar dividir la sociedad por no estar de acuerdo con sus ideas, como si ellos no hicieran lo mismo al discutir las nuestras. Pero por supuesto, como les encantaba afirmar, lo contrario de la división era la Unidad. Parecía que el nombre de su facción no nos dejara más alternativa que coincidir en todo con ellos.

—Acaba de llamarnos el enemigo —dije—. ¿Qué tiene eso de apolítico?

—Por eso argumenté en contra de esto durante la última sesión —respondió Rinakin—. ¿Quién determina lo que es abiertamente político y lo que no?

Mientras Nanalis concluía su discurso, ondearon banderines por todo el estadio, tanto azules como amarillos. Todo el mundo parecía estar de acuerdo con ella, tanto los independientes como los unitarios.

Todos menos nosotros.

—¡Progreso para ReAlba! —exclamó Nanalis—. Que sus enemigos queden silenciados pronto por el bien de todos.

Se me erizaron los pelillos de la nuca mientras se alzaban aclamaciones por todo el estadio, formando un coro atronador. Estaban vitoreando unas bonitas palabras que nos destruirían a todos.

«Progreso para ReAlba». Era lo que todo el mundo quería, por supuesto.

Pero algunos de nosotros creíamos que era importante pensar hacia *qué* progresábamos.

Y también sabía a qué enemigos pretendía silenciar pronto.

—No me había dado cuenta de que la miasma estuviera tan espesa —dije.

Rinakin miró hacia el holograma, que había pasado a mostrar las naves alineándose para la siguiente jugada.

—El viento ha cambiado —afirmó Rinakin—. Me temo que se vuelve más tóxico por momentos.

Las naves echaron a volar por el campo de juego, pero lo único que veía yo eran los banderines azules, cada uno de los cuales representaba a una persona que debería haber estado dispuesta a luchar por nuestro planeta, por

nuestro hogar, pero que al final se había aliado con la Unidad, que quería renunciar a todo.

—Creo que deberíamos marcharnos ya —dijo Rinakin—. No sé cuántos pensarán que somos el enemigo, pero prefiero no encontrar una muchedumbre al salir.

El público rugió de nuevo y el aire se llenó de fuegos artificiales amarillos. La Unidad nos estaba recuperando terreno.

No quería ver cómo terminábamos perdiendo el partido.

—Sí —dije—, vámonos.

Bajamos por la escalera que rodeaba la rama, pasando por más palcos privados y por otras gradas más grandes atestadas de familias, con niños a hombros de sus padres haciendo ondear banderines amarillos. Cuando llegamos a un recodo de la rama, descendimos por él hasta llegar a las plataformas que rodeaban el tronco, ya bajo el terreno de juego, y llegamos a la pequeña nave de transporte de Rinakin, hecha del metal oscuro que extraíamos del núcleo del planeta.

Aún me dolía haber perdido mi propia nave, que en la práctica me habían robado los humanos. Había presentado una solicitud para que me asignaran otra, pero el pedido estaba tardando en procesarse. Lo normal habría sido que me la concedieran al instante, teniendo en cuenta mi categoría de citónica. Pero los mandamases unitarios debían de querer algo con lo que presionarme para que les dijera lo que había averiguado fuera del planeta. Según la ley, no podían obligarme. Habría informado encantada al anterior Consejo, pero, tal y como estaban las cosas, tendría que enfrentarme a una sala llena de cargos de la Unidad con muy pocas caras amistosas.

Supuse que estarían empezando a hartarse de que les diera largas.

Subí al asiento del copiloto, prefiriendo sentarme junto a Rinakin que en los asientos más acolchados de atrás. Rinakin despegó del estadio e internó la nave en los remolinos rojos y morados del gas de la miasma. En algún lugar muy por debajo de nosotros estaba el núcleo del planeta, tóxico e inhabitable, al que descendía solo el Cuerpo de Minería con pesado equipo de protección. Estábamos en un ciclo diurno y aún faltaban unos pocos ciclos de sueño para que cayera la noche, así que la luz ambiental era bastante brillante.

Entramos en la burbuja atmosférica de Industria, uno de los árboles más grandes, que albergaba casi la cuarta parte de la población de ReAlba. Las ramas de Industria se expandían en horizontal desde el tronco en todas las direcciones, con torres que alcanzaban el espacio por encima y edificios más achaparrados cuyos pisos se extendían hacia abajo. A varios kilómetros del

tronco las ramas se elevaban al cielo, con estructuras construidas en espiral que recorrían las ramas hasta la misma punta. Allí el aire era más escaso, ya que era donde el árbol procesaba las toxinas de la atmósfera y generaba el oxígeno que respirábamos.

Una voz llegó a mi mente sin pedir permiso, aunque habría deseado poder impedírselo.

Alanik, dijo, *Rinakin y tú os habéis ido del estadio antes de que pudiera hablar con vosotros. Querríamos reunirnos de inmediato con vosotros en las cámaras del Consejo*.

—¿Qué pasa? —preguntó Rinakin.

—Es Quilan —dije. Era un citónico de la Unidad, el de edad más cercana a la mía, aunque era unas estaciones mayor que yo—. Quiere hablar con nosotros en el árbol Consejo.

Si sabía que nos habíamos marchado antes de que terminara el partido, era porque nos estaba observando. Lo más probable era que quisiera habernos abordado en el estadio, donde nos resultaría más difícil rechazar una escolta. Donde, si nos negábamos, la Unidad podría acusarnos de montar un numerito y volver la opinión pública en nuestra contra.

Como si el viento no soplara ya en esa dirección.

2

No pienso reunirme con ellos en su terreno —dije.

Podía hipersaltar desde casi cualquier lugar de ReAlba, pero el árbol Consejo, la capital del planeta, era donde vivían los otros cuatro citónicos. Combinando sus poderes, podían crear un inhibidor citónico, un campo desde el que me sería imposible escapar.

Siempre les quedaba la opción de venir todos donde estuviera yo, claro, pero sería mucho más fácil capturarme si aceptaba meterme yo en su madriguera.

—Ofrécete a hablar en terreno neutral —propuso Rinakin.

—Tampoco quiero —repliqué—. Demasiado riesgo. Traerán a los otros citónicos.

Rinakin apretó los labios. Era verdad y lo sabía.

Alanik, dijo Quilan, *responde, por favor*.

No me reuniré ahora con el Consejo, respondí. *Te lo comunicaré cuando esté disponible*.

Lo siento, Alanik, insistió Quilan, *pero se requiere tu presencia*.

—No me lo está pidiendo —dije en voz alta—. Quiere hacernos creer que no tenemos elección.

Pero la teníamos, por supuesto. Mientras pudiéramos huir de ellos, siempre tendríamos elección. Creer lo contrario era entregarles nuestro propio poder, igual que ellos querían entregar ReAlba a la Supremacía.

—Y tal vez pronto dejemos de tenerla —dijo Rinakin—. El Consejo votó a favor de unificar el ejército. Muchas bases de la Independencia ya están sometidas al control del Consejo.

Lo miré incrédula. ReAlba mantenía dos fuerzas aéreas separadas desde el final de la última guerra. Competíamos y entrenábamos unos contra otros,

bajo el acuerdo de que si ReAlba se enfrentaba a una amenaza común, colaboraríamos para combatirla. Esa división nos mantenía alerta, buscando siempre mantener la ventaja sobre la otra facción.

—Están preparándose para actuar contra nosotros —deduje.

—Sí —confirmó Rinakin—. Y lo hacen en nombre de la paz.

ReAlba no había visto combate real en casi un siglo, y tanto la Unidad como la Supremacía estaban prometiendo paz y cooperación, como si los últimos no nos hubieran mantenido presos en el planeta todo ese tiempo, en castigo por nuestra rebelión. Como si, en caso de aceptar su paz, no aceptáramos también su control sobre todos los aspectos de nuestra tecnología, nuestros desplazamientos, nuestra manera de ser, nuestra cultura. Ya nos habían empobrecido como pueblo, negándonos la tecnología avanzada por rechazar que nos gobernaran. Y ahora pretendían convertirnos también en mendigos, arrebatándonos nuestra dignidad y nuestras tradiciones.

Y lo peor era que muchos de los míos lo aceptaban. Era posible convencer a un preso de que vivía en el paraíso, si la cárcel era lo bastante bonita.

—¿Queda alguien dispuesto a luchar junto a nosotros?

—La base de Hueco se negó a la unificación —dijo Rinakin—. He enviado allí a mi hija con su familia. Pero me temo que no podrán resistir mucho tiempo.

Mi hermano Gilaf estaba destinado en Hueco. Sus compañeros de vuelo y él ayudaban a supervisar allí el trabajo maderero. Al contrario que el resto de mi familia, Gilaf no iba a tragarse las mentiras unitarias.

—Si las otras bases independientes ven que hay resistencia, a lo mejor cambian de opinión —dije.

—No pierdo la esperanza, pero supongo que la Unidad movilizará rápido sus fuerzas para meterlos en vereda.

Me costaba imaginar a mi pueblo disparándose a sí mismo, pero la Unidad siempre había parecido más dispuesta a atacarnos a nosotros que a la Supremacía.

—¿Cómo pueden hacer esto y afirmar que es por la paz? —pregunté.

Rinakin no dijo nada. De todos modos, yo ya sabía la respuesta.

Era más fácil creer la historia que contaban que despertar a la realidad de nuestra opresión.

—Lo que necesitamos —dijo Rinakin— son aliados que no hayan olvidado que estamos en guerra.

Di unos golpecitos con mis afiladas uñas en el panel de mandos de la nave.

—Lo sé —respondí.

Cuando Rinakin me había sugerido al principio que respondiera a la llamada a filas de la Supremacía, me había emocionado. Por fin había algo que pudiera *hacer*, cuando lo único que parecía querer el resto de ReAlba era hablar. Y aunque no había llegado a las pruebas de acceso, descubrir que nuestros antiguos aliados humanos seguían vivos y luchando debería haber supuesto una victoria.

Pero entonces, esos exaliados me habían mantenido inconsciente durante semanas, me habían despertado solo cuando necesitaban algo de mí y me habían tratado como a una prisionera.

Aun así, recordaba la desesperación de la mujer que había hablado conmigo en primer lugar. «Quieren ver muerto a mi pueblo. Necesitamos tu ayuda». Por lo menos ella sí que parecía comprender la gravedad de la situación.

Y el otro, Jorgen, el citónico varón, era evidente que no estaba entrenado, porque ni siquiera sabía comunicarse bien. Pero sí que capté un poco de emoción suya a través de la resonancia citónica, la suficiente para saber que no le gustaba hacia dónde iban las cosas.

Estaba asustado.

Pero al menos los humanos sabían lo que era resistir.

—Los humanos se enfrentan al mismo problema que nosotros —dije—. Sus líderes buscan alguna forma de que termine la guerra. Si les pedimos ayuda, es posible que terminen alineándose con la Unidad.

—No creo que vaya a pasar —repuso Rinakin—. El Consejo ha recibido una directiva de la Supremacía. Por lo visto hay alguien nuevo al mando, y nos exige entregarles a cualquier humano al que estemos dando asilo.

Miré a Rinakin.

—No damos asilo a ningún humano, ¿verdad?

—No —dijo él—, pero una humana ocupó tu lugar y se infiltró en la Supremacía. ¿Cómo van a suponer que fue eso lo que pasó?

Por todas las ramas.

—Creen que colaboraba con los humanos.

—Creen que todos colaboramos con los humanos —dijo Rinakin—. Y ahora nos han dado un ultimátum. O bien entregamos a los fugitivos…

—… o bien nos destruyen con toda la educación del mundo —terminé la frase por él—. Lo cual no es agresivo en absoluto, por supuesto.

—Ya lo justificarán —dijo Rinakin.

Como lo justificaban todo. Y más de la mitad de mi pueblo repetiría esa justificación al pie de la letra como si tuviera sentido, solo porque era lo que decía la Supremacía.

—Crees que debería volver con los humanos y pedirles ayuda.

Visto en retrospectiva, debería haberme quedado más tiempo con ellos, esforzarme más por atisbar sus verdaderas intenciones. Pero me había despertado desorientada, alarmada por el tiempo que había pasado inconsciente, por lo mucho que podría haberme perdido.

Y no me había caído nada, pero nada bien aquella desagradable mujer del gobierno.

Antes creía que el mito de la agresividad humana era solo propaganda de la Supremacía. Ya no estaba tan segura. Y si eran tan agresivos como afirmaba la Supremacía, podrían ser unos buenos aliados en esos precisos momentos.

También podían ser el doble de peligrosos si se volvían en nuestra contra.

—La Supremacía nos controla mediante la división —dijo Rinakin—. Por eso querían hacernos creer que los humanos estaban extinguidos. Tienen miedo de lo que seamos capaces de hacer juntos.

Sonaba como un argumento de la Unidad, pero le encontré el sentido. Por lo poco que había visto, nosotros teníamos más conocimientos sobre la citónica y la política, mientras los humanos tenían verdadera experiencia en combate, cosa que ya no existía en ningún lugar de ReAlba.

—No sé lo potente que es la fuerza militar humana —dije—. Ni cuántas naves estarán dispuestos a enviar aquí.

Eso si estaban dispuestos a enviar alguna. Mi última conversación con ellos había ido fatal. No me había ganado la simpatía de sus líderes, ni tampoco ellos la mía.

—Entonces, quizá nos acepten como refugiados —propuso Rinakin—. Podríamos empezar a organizar una resistencia desde su planeta, igual que ellos una vez la organizaron desde el nuestro. —Me miró de soslayo—. Si los humanos se unieran a nosotros, tal vez obtendríamos el recurso más importante de todos: la esperanza.

No me hacía gracia apoyarme en volubles emociones, pero Rinakin estaba en lo cierto. Los humanos bien podían ser nuestra mejor opción.

Bien podían ser nuestra *única* opción.

—O nos queda la opción de usar tu conocimiento sobre los humanos para ganar tiempo —dijo Rinakin—. Si fingimos cooperar, la Unidad podría dejarnos tranquilos un poco más.

No parecía más entusiasmado por esa idea de lo que estaba yo.

—Si damos a la Supremacía lo que quiere, estaremos siguiéndoles el juego.

—Sí, pero la Supremacía quizá no sea nuestro problema más apremiante.

—No quiero revelar a la Unidad que he encontrado humanos —dije—. Deberíamos usar esa información para desacreditarlos.

—Estoy de acuerdo —respondió Rinakin—. Por eso creo que tendrías que volver y pedir ayuda a los humanos, mientras yo voy al Consejo e intento razonar con ellos.

—No van a razonar —objeté.

—Podrían —dijo Rinakin—. La mayoría de quienes apoyan a la Unidad lo hacen porque no ven alternativa. Si traes a los humanos en nuestra ayuda, estarás dándoles otra opción, otro camino. Debes recordar a los humanos nuestra antigua alianza y señalar nuestro potencial como colaboradores en la actualidad. Si lo consigues, alguien tendrá que defender esa alternativa en el Consejo. ¿Lo harás tú?

Suspiré. Los dos sabíamos que no era una diplomática. Rinakin ya no era miembro del Consejo, pero mantenía su puesto de sumo canciller de la Independencia. Los consejeros lo escucharían, por lo menos los que siguieran de nuestro lado. Pero aun así…

—No puedes cooperar con ellos —dije—. Esa es su manera de actuar.

—La cooperación no es malvada de por sí, Alanik —replicó Rinakin—. Depende por completo de con quién cooperas.

—Es malvado cooperar con ellos —insistí—. Quieren bailarle el agua a nuestros opresores.

—Todos queremos lo mismo —afirmó Rinakin—. La paz para ReAlba.

—Pero su forma de lograrla está mal.

—Así es. Y alguien tiene que seguir diciéndoselo, para que no olviden que hay otra manera.

Rinakin salió del espacio aéreo de Industria y viró hacia Huso, un árbol más pequeño donde vivíamos ambos. Se iluminó una alerta en el panel, con el color que indicaba la orden de detenernos en el hangar de aterrizaje más próximo para someternos a inspección por parte de un vehículo gubernamental. Esa alerta solía emplearse para infracciones de tráfico, pero volábamos dentro del límite de velocidad en espacio aéreo abierto.

Alanik, dijo Quilan en mi mente. *Venimos para escoltarte a las cámaras del Consejo. Aterriza, por favor*.

Clavé las uñas en el mullido reposabrazos.

—Es Quilan —dije a Rinakin. Quilan no era teleportador, pero tenía acceso a capacidades citónicas que yo aún no había podido desarrollar, entre ellas el rayo conmocionador y las hojas mentales. Que yo supiera, no era lo bastante fuerte para usar las hojas mentales con efectividad, lo que las hacía tan peligrosas para sí mismo como para los demás—. Quiere que aterricemos para poder acompañarme al Consejo.

—Puedes huir a Hueco —respondió Rinakin—, pero irán a buscarte allí y no seréis los suficientes para defenderos. Es tan simple como que nos faltan pilotos para resistir.

Rinakin hizo virar la nave hacia el hangar más cercano, el muelle de carga de un aserradero. Sobrevolamos un solar cubierto de corteza vieja que habían arrancado. La reconvertirían en madera útil prensándola en unas instalaciones cercanas, para utilizarla en la construcción de viviendas que no pudieran edificarse vaciando ramas.

La nave que nos seguía se aproximó sobre nuestra ala izquierda para obligarnos a descender hacia el hangar de aterrizaje. Rinakin desactivó los propulsores y bajó la palanca de altitud hasta que nos posamos en la lisa y pulida superficie de madera.

Mientras lo hacía, la voz de Quilan entró de nuevo en mi mente.

Vengo en son de paz, dijo. *No tenemos por qué ponernos agresivos*.

Clavé las uñas con más fuerza en el reposabrazos. Sus palabras me daban ganas de chillar. Apenas había nada tan frustrante como recibir porrazos atizados por una voz tan suave. Un ataque directo era sincero, por lo menos, y reconocible a primera vista como lo que era.

Más tarde, cuando el Consejo repasara lo sucedido, Quilan testificaría que se había mostrado tranquilo y razonable, y me haría quedar a mí como una alborotadora.

Atravesé con los dedos la funda del respaldo. Iba a tener que pagar la reparación a Rinakin, pero no lo lamenté ni un ápice. ¡Qué bien me sentó!

Si eso me convertía en una persona agresiva, que así fuese.

—No me gusta dejarte atrás —dije—. Ven conmigo.

—Nuestras ramas se separan aquí —respondió Rinakin—, pero seguimos conectados en la raíz.

Unas hermosas palabras que significaban que no había manera de convencerlo.

Extendí la mente por el dominio negativo en busca de aquel extraño planeta, de aquella roca con la desconcertante atmósfera clara rodeada de plataformas orbitales y una gruesa capa de cascotes.

Lo encontré, pero al intentar componer sus coordenadas en mi mente, noté la superficie del planeta resbaladiza. Vacía. Nula.

Teníàn un inhibidor citónico. ¿Cuándo lo habían obtenido? No estaba cuando me había marchado de allí. Tampoco creía que tuvieran los suficientes citónicos ni el conocimiento necesario para crear el campo de anulación, así que lo más probable era que fuese un aparato similar a los que empleaba la Supremacía, sobre todo teniendo en cuenta que parecía cubrir el planeta entero.

Exploré la superficie buscando un hueco, pero no lo hallé. Lo que sí sentí fue una mente flotando en la atmósfera del planeta, la mente de Jorgen. Sus capacidades seguían en activo, porque de otro modo no habría podido encontrarlo.

Los inhibidores citónicos de la Supremacía tenían una clave, un conjunto de impresiones que permitían a un citónico superar el campo de anulación. Eran unos aparatos particularmente molestos, ya que neutralizaban a todos los citónicos salvo a los aprobados por la Supremacía. No era razonable suponer que hubieran entregado uno a los humanos, de modo que debían de haber encontrado alguno por su cuenta.

Por lo menos podía hablar con Jorgen, aunque me fuese imposible hipersaltar a su posición.

Rinakin abrió las puertas de la nave y salió con las manos a la vista por delante.

—¡Quilan! —llamó—. Gracias por ofrecerte como escolta. Venía hacia casa para prepararme, pero ya que te has molestado en acercarte, no te haré esperar. Alanik tiene asuntos propios que atender, así que me temo que debe solicitar una prórroga del…

Llegó un fogonazo de energía citónica procedente de Quilan, un rayo conmocionador que hizo caer a Rinakin de rodillas.

3

Rinakin, arrodillado y aturdido por el rayo, alzó la mirada hacia Quilan, todavía en su nave, flotando a poca altura sobre el ala de la nuestra. Las hojas mentales cortaban el material físico, pero un rayo conmocionador lo atravesaba sin tocarlo para rebotar dentro del cráneo de su objetivo. Quilan había pillado por sorpresa a Rinakin y le había dado de lleno. Seguiría aturdido unos minutos como mínimo, y muy posiblemente con dolor de cabeza unos días más.

Dos guardias de seguridad llegaron hasta Rinakin por ambos lados y lo levantaron asiéndolo por los brazos. No lo maltrataron, pero se lo llevaron con firmeza y lo subieron a la parte trasera de la nave de Quilan.

Creía que no teníamos por qué ponernos agresivos, envié a Quilan. *Rinakin iba a acompañaros*.

Te agradeceremos que cooperes, respondió Quilan.

Tenía que salir de allí, pero, si iban a hacer daño a Rinakin, iba a llevármelo quisiera él o no.

No podía permitir que lo apresaran, y menos para entregarlo a la Supremacía. Podía hipersaltar hasta él y, con solo tocarlo, llevarlo conmigo al huir. Extendí la mente hacia la nave, más allá de Quilan, que me miraba con la expresión endurecida. Llegué a la parte de atrás, donde distinguía las crestas óseas de la coronilla de Rinakin, embutido entre los dos guardias.

Mi mente topó contra una bolsa de espacio muerto.

«No». Tenían un inhibidor citónico a bordo, que creaba una zona detrás de Quilan a la que no podía acceder con mis poderes. Pero era evidente que Quilan sí podía usar los suyos.

Crear un inhibidor requería que colaboraran varios citónicos, pero si Quilan hubiera traído a los demás, lo habrían aplicado también a mi nave para

impedirme escapar. Más allá de Rinakin y los guardias entreví a dos diones de resplandeciente piel azul. Por tanto, sin duda estaban utilizando tecnología de la Supremacía, operada por aquelles diones, porque la Supremacía jamás iba a confiar algo tan poderoso a una «especie inferior».

La Unidad ya estaba trabajando con el enemigo, entregando la autonomía de ReAlba a cambio de la capacidad de destruir a la Independencia.

Alanik, dijo Quilan. *Si no es mucha molestia, sal de la nave*.

Lo razonable que sonaba solo consiguió enfurecerme más. No pensaba irme con él. Estaba extendiendo la mente por el dominio negativo hacia la suya para decírselo cuando capté otra comunicación citónica que llegaba a su nave.

¿… tienes ya?, preguntaba alguien.

Aún no… recogiéndolos para… respondió Quilan.

… impacientándose… quiere a los humanos, pero no los tenemos… tendrá que bastar con ellos. Debemos hacer la oferta antes de que…

Me quedé quieta con la mano en el control de altitud. La nave de Quilan aún flotaba sobre mi ala, pero si activaba los propulsores podía salir disparada de debajo de él y luego ascender. Había volado con Quilan en la liga juvenil y sabía que yo era mejor piloto.

Pero ¿de qué estaban hablando? El Consejo se impacientaba. No estábamos dando asilo a ningún humano que pudieran entregar, así que iban a hacer una oferta alternativa.

¿Qué querían ofrecer?

¿A Rinakin y a mí?

No pensaba convertirme en su siguiente moneda de cambio. Pero ¿y Rinakin? Iban a entregar al líder del movimiento contrario a la Supremacía como sacrificio para apaciguarlos.

¿Vais a entregarnos a ellos?, pregunté a Quilan.

Te agradeceremos que cooperes, repitió él.

De eso ni hablar.

No podía hipersaltar al interior de su nave. No podía salvar a Rinakin.

Lo único que podía hacer era escapar yo.

Giré el dial que activaba los propulsores.

El motor de la nave rugió, pero solo pudo desplazarla unos centímetros hacia delante. Giré la cabeza y vi que Quilan había usado un gancho de luz para apresar mi nave. Descendió de la suya y echó a andar a paso rápido. Quizá pretendiera convencerme de que venía en son de paz, pero tampoco quería darme tiempo para escapar.

Mientras no le dejara llevarme a la parte trasera de su nave, Quilan no tenía forma de retenerme allí.

—Alanik —dijo. Ya no me hablaba citónicamente, supuse que intentando distraerme de cualquier otra cosa que pudiera captar—. Ven con nosotros y resolveremos todo esto.

Aflojó el paso al acercarse a la puerta de la nave.

Tendría que dejar atrás aquel transporte, pero quizá pudiera conseguir otro en Hueco. Extendí la mente por el dominio negativo, componiendo las coordenadas de la base de la Independencia. Si aquella base era nuestro último reducto, podría refugiarme allí para establecer contacto con los humanos. También estaría mejor situada para sacar a mi gente si la cosa se ponía fea.

—Lo siento, Alanik —dijo Quilan—. Creía que tal vez aún entraras en razón.

Envió un rayo conmocionador al interior de mi nave. Lo sentí llegar y me agaché justo a tiempo, con lo que evité el grueso de la energía, pero aun así me pitaron los oídos y se me emborronó la vista.

Me arrojé al dominio negativo y permanecí allí por un momento que me revolvió las tripas, viendo miles de ojos blancos centrados todos en mí. Me sentí perdida, como me ocurría siempre en aquel lugar, fofa y a la deriva como un banderín arrancado de su palo por el viento, flotando durante un instante antes de caer aleteando sin remedio a la oscuridad. Los ojos me miraron como a una intrusa…

… y entonces volví a mí misma. Estaba en un vestíbulo de la base de la Independencia en Hueco, un árbol incluso más grande que Industria pero mucho menos poblado. El árbol estaba muerto y se utilizaba sobre todo para extraer madera.

A través del enorme ventanal que ocupaba una pared del vestíbulo se veía flotando en la miasma Hoja Errante, una plataforma militar abandonada muy parecida a las que me habían derribado en mi visita al planeta humano. La plataforma se acercaba poco a poco a Hueco, pero, si tenía que amenazar algún árbol con sus torretas de armamento automáticas, por lo menos aquel estaba muy poco poblado.

A mi alrededor la base estaba en silencio, los pasillos desiertos. Era raro, porque solía haber unas cien personas residiendo allí, trabajando en el transporte de madera, vigilando la aproximación de Hoja Errante y monitorizando el propio árbol en busca de signos de que estuviera haciéndose inestable.

—Asegurad la zona —dijo una voz al final del pasillo.

Al dar media vuelta, vi que se acercaban varias personas. Iban vestidas con uniforme de piloto de la Unidad, sus hombros adornados con hojas amarillas estampadas.

Ya habían tomado la base. ¿Dónde estaban los pilotos de la Independencia? Volví agachada al rincón y me escondí en un recoveco hasta que los pilotos pasaron de largo.

Capté movimiento a través de la ventana. Miré hacia abajo y vi una nave unitaria flotando justo por debajo de la rama, fuera del hangar de aterrizaje de la base. Hipersaltar otra vez tan pronto sería peligroso, y más si quería llevarme a mi hermano o a otros pilotos de la Independencia. Nunca había hecho varios saltos tan seguidos, sobre todo porque, cuanto menos tiempo dejaba entre hipersaltos, más llamaba la atención de los ojos. La teleportación se consideraba una de las destrezas citónicas más peligrosas, dado que implicaba viajar físicamente por el dominio negativo.

No siempre volvíamos. Pero merecería la pena el riesgo si lograba ponernos a salvo a todos.

Cuando extendí la mente al dominio negativo, noté que la superficie de aquella nave era lisa e impenetrable, vacía, como el interior del vehículo al que habían llevado a Rinakin.

Otro inhibidor de la Supremacía.

La Unidad no pretendería entregarnos a todos… ¿verdad?

Alanik, dijo Quilan en mi mente. Había vuelto a encontrarme, aunque seguía estando cerca de Industria y no podía hipersaltar en mi persecución. *Vuelve para que hablemos de esto*.

Más bien para dejarme capturar, querría decir.

Rinakin tenía razón. Necesitábamos aliados que supieran luchar. Si lograba convencer a los humanos de aliarse con nosotros y no con la Supremacía, quizá pudiéramos recordar a mi pueblo nuestra historia de resistencia, recordarle de qué eramos capaces.

Busqué el planeta humano con la mente a través del dominio negativo y encontré de nuevo a Jorgen.

Necesito hablar contigo, envié a su mente. *¿Puedes darme el código para regresar a tu planeta?*

¿Alanik?, dijo Jorgen.

Sí, respondí. *Querría volver para hablar con vosotros, pero necesito el código de vuestro inhibidor*.

¿Nuestro qué?

Cerré los ojos. Jorgen ni siquiera sabía que tenía el código. Sus hojas aún eran del mismo color que tenían cuando me marché de allí.

Oí pisadas de botas marchando por el pasillo en mi dirección. A lo mejor podía seguir escondida allí un poco más y…

Alanik, dijo Quilan, *no vas a encontrar ningún amigo en Hueco*.

Respiré hondo. Quilan sabía dónde estaba. No le costaría nada enviar un hipermensaje a los oficiales de la Unidad desplegados allí. Tardarían muy poco en empezar a buscarme. Busqué en el dominio negativo y, en efecto, entreoí la conversación.

… atraparla…, estaba diciendo Quilan. *Convencer a la Supremacía… vale más que todos los demás juntos…*

Negué con la cabeza. Quilan y los demás estaban intentando hacer méritos con la Supremacía. Habían aceptado aquellas naves como ayuda para reprimirnos, pero si no se ocupaban ellos mismos del trabajo, no estarían demostrando su valía en absoluto.

Y yo era la citónica rebelde, el mayor premio de todos.

Tenía que salir de allí.

Tienes un código en la mente, envié a Jorgen. *Te permite usar los poderes citónicos en tu planeta. No puedo volver si no me lo das*.

Usaste la citónica aquí una vez, respondió él.

No tenía tiempo para explicárselo bien.

Ahora tenéis un inhibidor, le dije. *Y tú conoces ese código, aunque no sepas que lo sabes*.

Eh… No sé muy bien cómo enviártelo. Déjame que hable con el Alto Mando, a ver si ellos…

Estoy en bastantes apuros ahora mismo, le interrumpí. *No hay tiempo. En tu mente hay una impresión. Intenta pensar en permitirme que vaya ahí. Intenta enviarme esa impresión*.

Bueno, creo que serás bienvenida. Supongo que el Alto Mando querrá hablar contigo otra vez.

Las palabras no llegaron acompañadas de ninguna impresión. No me servían de nada.

—Encontradla —ordenó una voz pasillo abajo.

La impresión está ahí dentro, insistí. *¿Cómo accedes a la citónica? ¿Tienes algún ejercicio?*

Hago meditación, dijo Jorgen.

Prueba con eso, le pedí. *Hazlo rápido*.

Espera, estoy intentándolo.

Sentí que la resonancia citónica de Jorgen ganaba fuerza a medida que profundizaba en su conexión con el dominio negativo. Estaba dándome la bienvenida a su mente, permitiéndome acceder a sus pensamientos más profundos.

Oí pasos. Un piloto de la Unidad dobló una esquina y quedó a la vista.

¿Alanik?, dijo Jorgen. *¿Funciona?*

Entré en su mente mientras él entraba en la mía.

Ahí estaba. Una impresión, como una llave citónica. La copié, incrustándola en mis propios pensamientos, y extendí la mente hacia el planeta humano, que de nuevo cobró forma y me dio una sensación sólida. Accesible. Me concentré en ese lugar y compuse las coordenadas.

Los ojos brillantes del piloto se clavaron en mí.

—¡Aquí está! —gritó.

La voz de Quilan me llenó la mente.

Cometes un error, Alanik, dijo. *No puedes huir de nosotros para siempre*.

Ahora lo veremos, repliqué.

Y me trasladé al dominio negativo, dejando atrás a mi gente.

4

Cuando emergí del dominio negativo, escapando de la ira de los ojos, me descubrí en la misma habitación de la enfermería de la que había huido cuando dejé a los humanos. Estaba vacía, y las luces del techo apagadas.

La primera vez que había hipersaltado a Detritus, mi nave había caído derribada por las armas automáticas que protegían el planeta. Las heridas habían sanado casi del todo mientras me mantenían inconsciente allí, aunque no tenía muchas ganas de agradecerles que me hubieran puesto en coma. Se suponía que aún debía tomármelo con calma, y notaba punzadas en el abdomen si me esforzaba demasiado.

Por suerte, hipersaltar no era una actividad física exigente.

Apreté la espalda contra la pared al lado de la ventana para no ser visible desde el pasillo y entonces extendí la mente, intentando localizar a Jorgen. A mi alrededor, el edificio zumbó con una sorprendente cantidad de energía citónica. Al principio me pregunté si los humanos tendrían a muchos más citónicos de lo que había supuesto en un principio, pero no, aquellas mentes daban una sensación distinta, emanaban una energía más sutil: era como la diferencia entre un fruto grande y una semilla diminuta.

¿Citónicos potenciales, tal vez? Si entre los humanos había tantos, serían en verdad unos aliados formidables.

Encontré la mente de Jorgen, con otras dos de aquellas resonancias más pequeñas muy cerca de él.

He llegado, dije. *Gracias por ayudarme*.

Ah, qué bien, respondió él. *Te había perdido la pista y me temía que hubieras tenido algún contratiempo*.

Varios contratiempos, en realidad.

Tengo que hablar contigo, le dije. *¿Puedes venir solo?*

Ya había querido advertir a sus superiores de mi presencia, y tal vez lo hubiera hecho. Pero no quería tener que hablar de nuevo con ellos sin tener a alguien de mi lado, considerando lo mal que había salido la vez anterior.

¿Dónde estás?

Así que no podía localizarme. No me sorprendió. Jorgen no estaba entrenado y, de todos modos, entre los citónicos de ReAlba yo era con mucho la mejor localizando posiciones y a otros citónicos en el dominio negativo. Le envié una imagen de la habitación en la enfermería.

Jorgen calló un momento.

¿Puedo llevar a FM?

Aquella mujer humana. Me había caído bien.

Sí, pero solo a ella.

Voy de camino, respondió Jorgen.

Deseé haber podido elegir un lugar más espacioso, donde pudiera echar un vistazo a los humanos antes de que me encontraran. Pero tenía la clave de su inhibidor, así que no podrían impedir que me marchara otra vez si la situación se torcía.

El problema era que si me iba, estaría igual que había llegado, sin medios para reconquistar nuestra base ni nada que inspirase al resto del ejército de la Independencia para ayudarme.

Seguí el avance de Jorgen por el edificio, primero alejándose de mí y luego aproximándose. La puerta de la enfermería se abrió y entraron Jorgen y FM, que volvió a cerrarla. FM tenía el pelo claro, parecido al de los UrDail aunque con un extraño matiz dorado, mientras el de Jorgen era oscuro y muy rizado. Los cortes de la cara ya casi habían sanado del todo y no llevaba vendajes. FM cerró la cortina de la ventana y dejaron las luces apagadas.

Tenían las mismas pocas ganas que yo de que sus superiores los descubrieran.

—Alanik —saludó FM.

Llevaba un alfiler intérprete de los que habían encontrado en mi nave, aunque apenas cambió el sonido de mi nombre. Yo hablaba con fluidez el mandarín, un idioma humano que todavía se empleaba en ReAlba, pero aquellos humanos se comunicaban en inglés, del que solo sabía unas pocas palabras.

—¡Has vuelto! No creíamos que fueses a hacerlo —prosiguió FM, sonriendo. Qué rara tenía la cara, toda la piel desnuda sin salientes, como si le hubieran limado las crestas óseas—. Me alegro de verte otra vez. ¿Cómo te encuentras?

Me costó un momento comprender que se refería a mis heridas. La última vez que me había visto, estaba en una cama de hospital.

—Estoy bien —respondí—. ¿Y vosotros?

—Hum, bien también —dijo Jorgen—. Nos alegramos de que hayas vuelto, pero… ¿qué haces aquí?

Directo al grano. Me gustaba esa actitud, pero era lo contrario a lo que me había enseñado mi entrenadora de espionaje, Finis, antes de partir hacia Visión Estelar. Muchas especies sospechaban de las peticiones directas. Las veían demasiado agresivas. No era que yo fuese muy buena espía, pero sí había sido la única citónica en condiciones de responder a la convocatoria hipersaltando en mi propia nave y la única que tendría la oportunidad de teleportarme de vuelta si la cosa iba mal. Había fracasado, y aquellos humanos lo habían conseguido en mi lugar.

Si querían mostrarse agresivos, por mí bien, pero no había olvidado todas las enseñanzas de Finis.

—Necesito ayuda —les dije—. Y os ofrezco la mía a cambio. Vuestro pueblo está en muy mala situación con la Supremacía.

—Y te quedas corta —asintió Jorgen.

Iba a seguir hablando cuando en sus hombros aparecieron dos animales de vivos colores, unas criaturas parecidas a babosas con la cabeza protuberante y espinas en el centro del lomo. Una era amarilla con las espinas azules, la otra roja con franjas negras y ambas emitían las resonancias citónicas menores que había percibido antes.

¿Esos animales acababan de *hipersaltar?*

—¡Jorgen! —chilló la babosa amarilla.

Retrocedí un paso hacia la esquina.

¿Y encima, hablaban?

—Qué hay, Abracitos —dijo Jorgen. El alfiler tradujo «Abracitos», pero a mí la babosa me parecía demasiado pinchuda para abrazarla. Jorgen lanzó una mirada irritada a FM—. ¿No estabais trabajando en la orden de quedarse en su sitio?

—Exacto, estamos trabajando —respondió FM—. Branquia está mejorando mucho, pero…

—¡Branquia! —exclamó la babosa amarilla, y entonces desapareció y volvió a materializarse casi al instante en el suelo a los pies de FM, acompañada por una segunda babosa amarilla y azul, la segunda con unas marcas azules enmarcándole la cabeza.

—Sí —dijo Jorgen—, ya veo que a Branquia se le da de maravilla.

—En realidad esto no ha sido culpa suya —repuso FM.

—¡Branquia! —dijo Abracitos, triunfal.

Jorgen suspiró mientras FM se sacaba un cabestrillo de tela del bolsillo y se lo ponía al hombro. Recogió a la babosa del suelo, la acomodó en la tela y le acarició las espinas.

Los miré a todos boquiabierta.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es un taynix —dijo FM.

La criatura se inclinó hacia mí desde el cabestrillo. Tenía el cuerpo largo y fino, como las sanguijuelas madereras que a veces infestaban la corteza de los árboles en casa. Yo conocía bastantes especies alienígenas, pero ninguna con ese aspecto.

—¿Son inteligentes? —pregunté.

—Sí —dijo FM.

—Más o menos —la corrigió Jorgen.

—No tan inteligentes como los humanos —concedió FM—. En realidad no hablan, solo repiten cosas que decimos.

—¡Cosas que decimos! —exclamó Branquia.

—Sí, así —dijo FM—. Gracias, Branquia.

—Y también hipersaltan —añadí.

Jorgen cerró los ojos.

—Sí. Menos mal que no teníamos que revelar todos nuestros secretos en los primeros cinco minutos. Muchísimas gracias, Abracitos.

—¡Abracitos! —repitió Branquia.

Aquella era sin duda la conversación más extraña que había tenido en la vida, pero al menos ya había averiguado algo.

—Esas criaturas son citónicas —dije—. Siento su presencia.

—Sí —confirmó Jorgen. Miró por un lado de la cortina, como temiendo que alguien nos oyera—. Pero no intentes comunicarte con este de aquí. —Señaló el taynix que llevaba al hombro, rojo con franjas negras por los lados y pinchos también negros en el lomo—. Es muy… temperamental. No quiero pasar por eso otra vez.

—¡Otra vez! —gritó la babosa roja, con una voz más grave que las de las otras y, por algún motivo, también más siniestra.

—Pero no has venido a hablar de babosas —dijo FM—. ¿Necesitas ayuda, entonces? Me sorprende que acudas a nosotros, después de como te tratamos la última vez.

—No quiero juzgar a vuestro pueblo por los actos de unos pocos —respondí con cautela—. Tampoco querría que juzgarais al mío por los actos de algunos a los que conozco.

FM sonrió.

—Me alegro de que pienses así.

Los dos me miraron expectantes. Al parecer, ya habíamos superado la fase de charla insustancial que Finis recomendaba para empezar las conversaciones, aunque hubiéramos charlado sobre babosas teleportadoras, tema que desde luego no incluían mis lecciones de espionaje.

—Una parte de los míos ha elegido alinearse con nuestro enemigo común —les dije—. Creo que una alianza sería beneficiosa tanto para vuestro pueblo como para el mío.

FM y Jorgen se miraron.

—Estoy de acuerdo —dijo él, también midiendo las palabras—, pero no tengo la autoridad para establecerla.

Había sido demasiado agresiva. Tal vez los humanos se parecieran más de lo que pensaba a las especies para las que Finis me había preparado.

—Pero eres citónico —repuse—. Sin duda tendrás al menos cierta influencia en las decisiones de tus líderes.

Jorgen y FM cruzaron la mirada de nuevo.

—¿Es así en tu planeta? —preguntó Jorgen—. ¿Los citónicos estáis al mando?

—Al mando, no —dije. Los líderes de la Unidad no eran citónicos, ni Rinakin tampoco, aunque era el cargo más alto del Partido por la Independencia—. Pero se nos respeta por nuestros poderes.

Los líderes unitarios respetaban a los citónicos que se ponían de su parte, al menos.

—Aquí las cosas son distintas —explicó Jorgen—. A nuestra gente le dan miedo los citónicos. En el pasado la Supremacía los utilizó alguna vez en contra nuestra.

Por supuesto que lo habían hecho, si les habían dado la ocasión.

—Por tanto, comprendéis que la Supremacía no es de fiar.

—Sí —respondió FM—. Llevamos décadas luchando contra ellos. Nos advertiste que no confiáramos en ellos, pero ni siquiera nos han ofrecido la paz. Aun así, estamos buscando aliados, y tenemos a une exministre de la Supremacía viviendo aquí que…

—¿Está aquí? —pregunté.

La Supremacía enviaba representantes a ReAlba, claro, con la excusa de comprobar nuestros progresos como pueblo. Eran como cuidadores de ardillas revisando las jaulas. Nunca se acercaban demasiado por si los mordíamos.

—Cuna no se lleva nada bien con la Supremacía —se apresuró a añadir FM—. Intentaron acabar con elle y nosotros le salvamos la vida. No queremos unirnos a la Supremacía, Alanik. Y de verdad necesitamos aliados contra ellos.

Eso era bueno. Si le tal Cuna se había rebelado contra la Supremacía, quizá tuviera información útil para mi pueblo.

—¿Cuna es citónique?

—No —respondió Jorgen—. Aparte de Spensa, solo tenemos a dos citónicos, la abuela de Spensa y yo mismo.

Era un dato importante, que seguramente Jorgen no debería haberme rebelado con tanta facilidad. Tenía que hacer que siguieran hablando, a ver qué más averiguaba. Si al final decidían no enviarnos ayuda, por lo menos regresaría armada con más información. Aquello estaba yendo mucho mejor que nuestra anterior conversación, en la que aquella mujer tan enfadada había amenazado con hacerme prisionera.

—¿Spensa todavía no ha regresado de Visión Estelar? —pregunté.

Jorgen respiró hondo.

—Volvió, pero se ha… marchado otra vez.

—¿Cómo pudo estar allí sin llamar la atención? —pregunté—. Envió un mensaje a mi gente diciendo que se hacía pasar por mí, pero deberían de haber descubierto su engaño al instante. ¿Cómo logró disfrazarse?

Cuando di a Spensa las coordenadas, había estado conmocionada y herida. Nunca había tenido muy claros los detalles de cómo había logrado aprovecharlas.

—Teníamos una nave con tecnología holográfica avanzada —dijo Jorgen —. Una tecnología de la que no dispone ni siquiera la Supremacía. Spensa usó un holograma para tener tu aspecto.

—Muy práctico.

Un recurso como ese podría utilizarse para entrar sin más en el árbol Consejo y liberar a Rinakin sin tener que usar siquiera la citónica.

—Sí que lo era —respondió Jorgen—. Pero la nave no regresó de Visión Estelar. Ya no podemos repetir el truco.

Otra rama rota.

—¿Qué esperas obtener de una alianza con nosotros? —preguntó FM.

Cuadré los hombros. Era la apertura que Finis me había enseñado a esperar. Una mención directa de mis intenciones, una invitación a declarar lo que necesitaba. Era el momento de dejarme de historias, de suplicarles que enviaran una fuerza militar de regreso conmigo a ReAlba. Quilan quería capturarme primero, pero no esperaría eternamente antes de entregar al resto de la resistencia a la Supremacía. No sabía lo que harían entonces con nosotros.

Ni tampoco quería averiguarlo.

—Vuestro pueblo sabe muy poco sobre la citónica —dije—. No es que yo lo sepa todo, pero puedo ofreceros más instrucción de la que tenéis ahora. En cuanto a lo que yo necesito… la Supremacía ya cree que estamos colaborando con vosotros, porque descubrieron que Spensa era una humana disfrazada de UrDail. Nos han exigido que entreguemos a nuestros cómplices humanos, pero por supuesto no tenemos ninguno, así que en vez de eso nuestro gobierno quiere entregarnos a mí y a otros miembros de la resistencia.

—¿Van a entregar a sus citónicos a la Supremacía? —se sorprendió FM —. No parece muy buena decisión.

—Ya han capturado al sumo canciller de nuestra facción, que aboga por la independencia de ReAlba. Al entregarlo a la Supremacía, quienes pretenden dejarse asimilar por ella se quedarán sin ninguna oposición.

—Intentan usar a la Supremacía para eliminar a sus adversarios políticos —dijo Jorgen—. ¿Qué podría salir mal?

FM negó con la cabeza.

—Dos pájaros de un tiro, como dice la expresión.

El alfiler no me ofreció una traducción directa de la primera parte.

—¿Qué es un pájaro? —pregunté.

—Un animal volador —dijo FM—. En realidad nosotros tampoco los tenemos ya. Eran una cosa de la Tierra. ¿En ReAlba no tenéis pájaros?

—No tenemos ninguna criatura voladora —respondí—. Cualquier cosa que se aleje demasiado de los árboles sin un generador atmosférico muere ahogada en la miasma.

Los dos se quedaron mirándome. Era evidente que no tenían ni idea de qué les hablaba, pero nos estábamos desviando del tema.

—Volviendo a lo que querría obtener, espero que vuestro pueblo esté dispuesto a ayudarme a defender al mío de la Supremacía.

—No podemos prometerte nada —dijo Jorgen—. Pero si nos acompañas a hablar con el Alto Mando…

—¿Es la mujer que intentó interrogarme? —pregunté—. Esperaba no tener que tratar con ella.

—Ya conociste al almirante Cobb, aunque no llegó a decir mucho —me explicó FM—. Él es… mucho más razonable que Jeshua Weight, la mujer de la que huiste. Pero lo más seguro es que ella también esté, sobre todo si quieres reunirte con le ministre Cuna.

Dudaba mucho que Jeshua Weight tuviera muchas ganas de colaborar conmigo. Conocía bien a la gente de su calaña, siempre buscando más poder, siempre negándose a conceder ninguno.

—¿Y si vuestros líderes rechazan la alianza? —pregunté.

Jorgen y FM se miraron otra vez.

—No podemos hacer nada por ti sin su permiso. Es como funcionan las cosas aquí.

—¡Aquí! —repitió la babosa roja que Jorgen llevaba al hombro.

—Ahora no, Babosa Explosiva —dijo Jorgen.

—¡Babosa Explosiva! —cantaron las dos babosas amarillas, e hipersaltaron a los hombros de Jorgen con la roja. Las tres se dejaron caer rodando al suelo a sus pies.

Un molusco que explotaba, o al menos eso entendí por la traducción del alfiler.

Sonaba siniestro.

Jorgen negó con la cabeza.

—De verdad tenemos que conseguir que solo se teleporten cuando les damos la orden.

—Gali y yo estamos en ello —respondió FM—, pero creemos que se gustan más entre ellas que el caviar, así que la cosa va despacio.

No tenía ni la menor idea de lo que significaba eso, pero en todo caso no daba la impresión de que aquellos dos fuesen a ayudarme a menos que hablara con sus líderes. Por lo menos esa vez estaba en mejor posición. Sabían que no podrían retenerme, y una alianza sería ventajosa para todos nosotros.

Después de llegar hasta allí, no iba a volver a casa sin haberlo intentado todo.

—Muy bien —dije—, hablaré con vuestro almirante.

—Bien —asintió Jorgen—. De verdad creo que todos nos beneficiaríamos de una colaboración. A mí me vendría bien un poco de entrenamiento en la citónica, por si no te habías fijado.

—Me había fijado —dije.

Cada citónico tenía capacidades un poco distintas, pero al menos podía enseñarle los conceptos básicos. En algún momento, eso sí, cada cual tenía que descubrir los matices de sus poderes por sí mismo.

—Decidido, entonces —zanjó FM—. Esperaré aquí contigo mientras Jorgen organiza una reunión, si quieres.

—Por favor —respondí.

Jorgen devolvió a Branquia a los brazos de FM antes de marcharse a hablar con sus líderes.

Esperé que la conversación con ellos fuese mejor que la vez anterior, porque en caso contrario habría hecho mucho camino para nada.

5

El almirante de Jorgen no tardó mucho en aceptar reunirse conmigo. FM y su extraña babosa me hicieron compañía en la habitación de hospital mientras esperábamos a que Jorgen nos avisara de que estaban preparados para recibirnos.

—¿Qué estáis haciendo con los taynix, por cierto? —le pregunté.

—Establecer vínculos —dijo FM—. No debería contar demasiado, pero es un nuevo programa que estamos probando los pilotos.

Los pilotos humanos estaban estableciendo vínculos con unas criaturas capaces de hipersaltar. Después de que una de su especie se infiltrara en la Supremacía en mi lugar, intentando descubrir el secreto de los hipermotores.

Al parecer, los humanos lo habían descubierto.

—¿Los usáis para hipersaltar incluso sin ser citónicos? —adiviné.

FM hizo una mueca.

—No tengo la acreditación de seguridad suficiente para decírtelo.

—No me lo has dicho —respondí—. Me lo han revelado vuestras babosas.

—Sí, es verdad que tenemos que conseguir que lo hagan solo cuando se lo ordenamos. Se monta un lío tremendo cuando se ponen a traer a sus amigos cada vez que decimos sus nombres.

Miré al taynix, acurrucado en el cabestrillo de FM y frotándole el morro contra el interior del codo. Si aquellos seres eran la clave para los hipermotores de la Supremacía, tendría que llevarme al menos uno en caso de huir.

Una radio sujeta al cinturón de FM pitó antes de que llegara la voz de Jorgen.

—Estamos preparados. FM, ¿traes a Alanik a la sala de mando?

—Vamos para allá —respondió FM, y me dedicó una sonrisa que imaginé que pretendía ser tranquilizadora.

Me llevó por los pasillos de metal desnudo. Notaba el cuerpo más ligero, los pasos más vivaces de lo que esperaba. La gravedad de Detritus debía de ser un poco inferior a la de ReAlba.

Las superficies planas y los techos bajos de aquella plataforma eran muy distintos a los edificios de casa, que envolvían las ramas de los árboles, llenos de rampas y escaleras tanto dentro como en el exterior. En algunas ramas inferiores anchas, donde era más fácil encontrar terreno horizontal, un edificio podía tener una planta baja extensa, pero luego se alzaba hacia el cielo aprovechando el espacio de encima, o se prolongaba en espiral rodeando las ramas con los pisos más bajos construidos en su parte inferior.

¿Quién querría vivir en un edificio tan… apretujado? Me daba la impresión de que el techo se cernía sobre mí, amenazando con aplastarme.

Antes de llegar a la sala de mando humana, pasamos bajo una enorme claraboya por la que se veían las otras plataformas que orbitaban el planeta por encima de nosotras. Guardaban un gran parecido con Hoja Errante, aunque había muchísimas más.

—¿Esto era un puesto de avanzada en la última guerra humana? —pregunté—. ¿Por eso os quedasteis atrapados aquí?

—Qué va —dijo FM—. Esta tecnología es mucho más antigua. Nuestro pueblo viajaba en una pequeña flota de naves. Nos estrellamos aquí y la Supremacía nos hizo prisioneros después del final de la guerra.

Me pregunté si quedarían más humanos escondidos por todo el universo. Los de aquí habían tenido el ingenio suficiente para sobrevivir.

Mientras caminábamos, entreví una barrera de color azul eléctrico que se extendía en el cielo entre las plataformas que teníamos por encima.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Nuestro escudo planetario —respondió FM—. Nos protege de los acorazados de la Supremacía. Jorgen me ha dicho que por lo visto tenemos un inhibidor citónico, ¿puede ser? Debió de activarse más o menos cuando levantamos el escudo. La verdad es que aún no entendemos del todo cómo funcionan todos estos sistemas.

Si tuviera más información sobre ese tema, podría haberla usado como moneda de cambio, pero la mayor parte de esa tecnología también me era desconocida. Jorgen tenía la clave del inhibidor en su mente, pero ni siquiera había sabido que existía. Quizá nacer en aquel lugar lo hubiera sintonizado

con ella de algún modo. De ser así, también explicaría que las babosas pudieran hacer uso de sus capacidades.

FM me llevó a una sala con el techo abovedado y un poco más alto que los demás. Allí había humanos con bastante variedad de tonos de piel, en torno al beis y el marrón, sentados alrededor de una gran mesa. Me pregunté si los tonos revelarían el lugar de origen de cada cual, como sucedía con nosotros, o si indicarían alguna otra cosa.

La mujer de la que había huido (Jeshua Weight, la había llamado FM) me fulminó con la mirada. El significado de las expresiones faciales variaba de una especie a otra, y Finis me había hecho memorizar muchas de ellas antes de partir hacia Visión Estelar, pero estaba bastante segura de que aquella mirada significaba lo mismo en todas las culturas humanoides.

En el extremo más alejado de la mesa estaba sentado el único otro ser no humano de la sala, une dione de piel azul. Debía de ser le ministre Cuna.

—Alanik de los UrDail —dijo le dione—, bienvenida.

Al igual que todo el resto de los presentes, Cuna llevaba un alfiler intérprete enganchado al hombro. Yo no llevaba tantos en mi nave, así que supuse que Cuna habría traído muchos también. Jorgen me ofreció uno y me lo puse.

—Sí, bienvenida —dijo un hombre vestido con uniforme blanco, al que en ese momento recordé vagamente como el que acompañaba a Jeshua la primera vez que habíamos hablado—. Soy el almirante Cobb, y le presento a le ministre Cuna.

Al almirante Cobb le crecía pelo en el espacio entre la nariz y la boca, un buen matojo blanco. Tenía que ser muy poco práctico cuando se le despejaran las fosas nasales. O quizá el matojo estaba para recoger el contenido. Me dio un poco de asco pensarlo.

En teoría no debía juzgar las prácticas de otras culturas. Finis me había dicho que debíamos tener amplitud de miras acerca de las costumbres de otras especies si queríamos que ellas la tuvieran con las nuestras. Como teoría era razonable, pero no por ello fácil de llevar a la práctica.

El almirante Cobb recorrió la mesa presentándome a Jeshua Weight y a otras personas que parecían ser sus asistentes, aunque ni comprendí el significado de sus títulos ni logré memorizar sus nombres. Finis se habría decepcionado. Una buena espía, me decía siempre, presta atención a los detalles.

Por desgracia me estaba distrayendo Abracitos, que se había dejado caer del hombro de Jorgen a la mesa y deambulaba en dirección a Cobb.

—¿Es necesario que estén aquí esos bichos? —preguntó un hombre sentado a la derecha de Jeshua.

—Sí —dijo Cobb—. Los pilotos tienen orden de llevar consigo a sus taynix en todo momento.

—¿Podríamos sacar a ese al menos? —pidió el hombre, señalando la babosa roja y negra—. Todos sabemos lo que hizo.

—Babosa Explosiva no hará daño a nadie —dijo Jorgen—. Estoy trabajando con él.

—En ese caso, quizá los pilotos deberían abandonar la sala —insistió el hombre—, ya que este no es lugar para tratar el programa taynix.

Lanzó una mirada significativa a Jeshua. Aunque no sabía lo suficiente sobre expresiones humanas para captar todos los matices, me imaginaba por dónde iban los tiros.

—Ya sé que los taynix son hipermotores —dije. Todos los presentes me miraron alarmados, FM y Jorgen incluidos, aunque no tenía ninguna intención de revelar que conocía el secreto gracias a ellos—. Los UrDail no somos tan ignorantes como cree la Supremacía.

—Su especie es muy prometedora —afirmó Cuna—. Por eso pasaron la fase de selección entre las especies inferiores para incorporarse a nuestro ejercicio militar.

Traté de no erizarme por la expresión «especies inferiores». No era momento de partir ramitas.

—Ese ejercicio militar se presentó aquí e intentó matarnos —replicó Jeshua—, así que no consideremos que recibir una invitación sea un honor tan grande.

Ah, por tanto la Supremacía estaba reclutando una fuerza militar para destruir a los humanos. Tenía sentido. Quizá fuese para bien, entonces, que hubiera evitado el reclutamiento en Visión Estelar. Al final había descubierto el secreto que pretendía esclarecer y además no me había enemistado con los humanos.

Jeshua seguía mirándome mal.

Con la *mayoría* de los humanos, al menos.

—Entremos en materia —dijo Jeshua—. ¿Por qué ha vuelto usted, Alanik? ¿Qué es lo que quiere?

Cuna se reclinó en la silla y abrió mucho los ojos, en lo que me creí recordar que era el gesto dione de incomodidad. FM retrocedió un paso hacia la puerta por la que había entrado mientras Jorgen intentaba en vano hacer que Abracitos volviera con él.

No hacía tanto, habría atribuido la pregunta directa de Jeshua a la típica agresividad humana, pero al parecer no a todos los humanos les parecía normal.

Qué interesante.

—He vuelto porque creo que podemos ayudarnos mutuamente —respondí—. La Supremacía también es enemiga de mi pueblo.

—La Supremacía no es el enemigo —se apresuró a intervenir Cuna—. Winzik, el actual líder de su ejército, ha adoptado una postura extremista contra los humanos, pero la Supremacía en sí misma no es una estructura monolítica. Es una amplia amalgama de diversos pueblos y perspectivas, ninguna de las cuales puede simplificarse mediante un solo credo ni…

—Sí, ya nos lo había dicho —interrumpió el almirante Cobb—, pero, sea como sea, su ejército intenta exterminarnos, y eso nos convierte en enemigos.

—Creo que la pregunta más relevante aquí —dijo Jeshua— es qué pueden ofrecernos los UrDail.

Erguí la espalda. Ni a FM ni a mí nos habían invitado a sentarnos a la mesa. Yo no sabía nada sobre las costumbres humanas, y Finis querría que me reservara el juicio, que al menos tuviera en cuenta la posibilidad de que dejar a alguien de pie fuese una muestra de respeto en su cultura.

Pero saltaba a la vista que no lo era. No había que ser muy lista para darse cuenta.

—Puedo adiestrar a sus citónicos —dije—. Mis habilidades están más desarrolladas porque cuento con conocimientos y formación de los que carecen sus citónicos. Además, si fuésemos aliados, compartiríamos información con ustedes. Tenemos datos y experiencia con la Supremacía que ustedes no han podido obtener a consecuencia de su aislamiento.

Lancé una mirada a le ministre Cuna, quien sin duda tenía muchísima más experiencia con la Supremacía que yo, pero no me discutió la afirmación. Además, la experiencia cooperando con la Supremacía no era lo mismo que la experiencia resistiéndose a ella.

Jeshua titubeó. Necesitaban ayuda con la citónica y todos lo sabían.

El almirante Cobb carraspeó.

—¿Qué quieren a cambio, exactamente? —me preguntó—. ¿Una alianza entre nuestros gobiernos?

Aquello no era algo sobre lo que pudiera hacerles una oferta oficial, tal y como estaban las cosas.

—Una alianza entre los humanos de Detritus y la facción por la Independencia de ReAlba —respondí. Quizá tampoco tuviera autoridad para

ofrecerles eso, pero Rinakin sí la tenía, y era quien me había enviado allí—. Necesito ayuda para defender a mi gente y para inspirar a otros a luchar. Cuando hayamos recuperado nuestra base militar, podremos formalizar la alianza y trazar un plan de resistencia conjunta. Su pueblo y el mío resistieron juntos en la última guerra…

—Y perdimos —dijo Jeshua—. Así es como terminamos metidos en este aprieto, por cierto.

No me hizo ninguna gracia la insinuación de que aquello era culpa de los UrDail.

—Fuimos aliados durante generaciones, no solo en la última guerra humana. Y ahora mi pueblo está en apuros —repliqué. La Unidad intentaba reescribir la historia, pero yo había leído los libros que tenía Rinakin sobre la materia—. Una facción rival está deteniendo a quienes pretendemos mantener nuestra independencia de la Supremacía, y van a utilizarnos como moneda de cambio. Si primero colaboramos para rescatar a mis aliados, estaremos en condiciones de construir una coalición que plante cara unida a la Supremacía.

—Así que nos está pidiendo ayuda —dijo Jeshua—, no ofreciéndola.

—Creo que Alanik afirma que una alianza entre sus pueblos sería beneficiosa para ambos —intervino Cuna—. Y estoy de acuerdo. Los UrDail todavía conservan cierta agresividad, pero si es posible canalizarla de modo que…

Ya me había hartado.

—Nosotros no somos agresivos —dije—. Estamos defendiéndonos, igual que ustedes. Y juntos dispondremos de más recursos para…

—Todos nuestros recursos están aplicados a nuestra propia defensa —me interrumpió Jeshua.

—Parece una buena oferta —afirmó Cobb—. Si compartimos conocimientos y recursos, estaremos mejor situados para contraatacar.

—Tal vez —replicó Jeshua—, pero al alinearnos con rebeldes, quizá perdamos la oportunidad de negociar con la Supremacía. Son quienes ostentan el verdadero poder.

FM y Jorgen me miraron. La última vez que me habían hablado de negociar con la Supremacía, había reaccionado muy mal. Estaba claro que había sido una táctica errónea. Finis decía siempre que una buena espía mantenía la calma y medía sus reacciones.

—Si negocian con ellos —respondí—, descubrirán que la madera siempre vuelve podrida.

—En todo caso —dijo Jeshua, sobre todo para Cobb—, no podemos prescindir de nuestras naves estelares. Las necesitamos para defender Detritus.

—Ahora nos defiende el escudo —repuso Cobb—. En realidad, quizá sea el mejor momento para enviar una parte de nuestras naves y atacar, en vez de quedarnos aquí agachados esperando a que a la Supremacía se le ocurra otra forma de venir a por nosotros.

—Esa decisión no nos corresponde —restalló Jeshua—. Una alianza interplanetaria debe aprobarse por votación en la Asamblea Nacional.

—Depende —dijo Cobb—. Si se trata de una operación militar, es competencia de la FDD.

No sabía lo suficiente sobre política humana para dirimir quién llevaba razón, pero sí lo suficiente sobre política en general para suponer que cada cual estaba interpretando la ley como más le convenía.

Contacté con la mente de Jorgen, confiando en que no tuviera una reacción visible.

¿Estás de acuerdo con ellos?, le pregunté.

Jorgen fijó la mirada en su taynix rebelde, que estaba tendido en la mesa justo fuera de su alcance, emitiendo unos tenues sonidos aflautados.

No lo sé, dijo Jorgen. *No es decisión mía*.

Ya sé que no te corresponde, repliqué. *Te pregunto qué opinas*.

No tenemos ningún procedimiento establecido para esto. No hay precedente.

Lo cual tampoco era una opinión. ¿Acaso a aquellos humanos ni siquiera se les permitía pensar por sí mismos? ¿Cómo habían logrado prohibir eso?

—Quizá querrían ofrecer alojamiento a Alanik mientras debaten sobre el tema —propuso Cuna.

—Sí —dijo Jeshua—. Creo que es una idea excelente.

A mí no me lo parecía.

—Mi gente corre peligro —dije—. No sé cuánto tiempo les queda antes de que los entreguen a la Supremacía.

Aparte de FM y Jorgen, solo Cobb parecía comprensivo. Los demás se limitaban a mirarme como si mis problemas no fuesen de su incumbencia. Pero aun así, mis únicas opciones eran esperar a que se decidieran o volver a casa con las manos vacías, sin lugar al que huir ni manera de ayudar a mi hermano, ni a Rinakin, ni a nadie más de la resistencia.

—De todos modos, aceptaría encantada —añadí, intentando sonar sincera —. Gracias por su hospitalidad.

Si tardaban demasiado, tendría que pensar en otro plan. No podía dejar a los míos en manos de la Unidad mucho tiempo.

Pero no podía salvar a nadie actuando sola.

6

Cuna afirmaba ser una especie de diplomátique para las «especies inferiores», de modo que los humanos le permitieron acompañarme a una habitación de techo bajo con un extraño mobiliario rectangular. En casa los muebles estaban hechos de madera, y hasta los más básicos y baratos tenían motivos tallados. Las piezas más exclusivas eran de madera curvada por empapamiento, con reposabrazos y cabeceros moldeados en formas arremolinadas. El sillón que tenía delante consistía en un cojín de tela extendido sobre un marco metálico cuyas piezas formaban ángulos rectos.

Me senté en él. Era más cómodo de lo que parecía, eso había que reconocerlo.

Cuna me aseguró que hablaría a los humanos sobre mi oferta y me dejó sola en la habitación. Aún no había pasado ni un minuto cuando alguien llamó con suavidad a la puerta. Sentí una congregación de resonancias citónicas al otro lado: Jorgen y sus babosas.

—Adelante —dije.

Jorgen abrió la puerta. Venía acompañado por FM, que sostenía una cesta con unas hojas verdes dentro. Entraron los dos y cerraron a su espalda.

—Cobb nos ha dado permiso para traerte comida —dijo FM—, pero no sabíamos lo que come tu gente. Según Cuna, las algas no son tóxicas para vosotros, así que te hemos traído para que las pruebes.

Me puso la cesta en las manos. Sabía lo que eran las algas, pero en la vida se me habría ocurrido comérmelas. A veces crecían bajo la corteza superficial, y también podían formarse en nuestros generadores atmosféricos de agua si los filtros no se mantenían limpios.

—Cuna nos ha dicho que lo más probable es que comáis fruta y frutos secos —añadió—. De lo segundo no tenemos, y esta es la única fruta que

hemos encontrado. —Me puso un objeto pequeño en la mano—. Detritus no es el mejor lugar para cultivar nada.

La fruta era roja y más o menos redonda, con un pequeño tallo marrón encima. Era mucho más pequeña que las que daban los árboles en casa, más parecida a las que podrían recolectarse en enredaderas o en las ramas de agricultura.

—Gracias —respondí.

Fui a una mesita, también cuadrada y con las patas en ángulos rectos, como la de la sala de reuniones. A aquellos humanos les encantaban los ángulos rectos.

—Siento lo de mi madre —dijo Jorgen.

—¿Tu madre?

—Jeshua Weight. Es… difícil de tratar a veces. Pero tiene buena intención.

FM parecía con ganas de rebatirlo, pero no lo hizo. En casa sería de mala educación comentar los defectos de un pariente de alguien sin su permiso explícito. Quizá pasara lo mismo con los humanos.

Volvieron a llamar a la puerta y Jorgen la abrió. Había otros tres humanos en el pasillo, cada uno con un taynix amarillo en un cabestrillo al pecho. Todos los humanos vestían igual, con traje de vuelo y el mismo parche cosido en los hombros. La única mujer tenía la piel marrón y un cabello largo y rizado que le llegaba a media espalda. Aún me extrañaba que todos los humanos tuvieran la piel y el pelo en distintas tonalidades de colores de corteza, como si los hubieran pintado apretando más o menos con un mismo lápiz.

Todos excepto el último hombre que entró. Ese tenía el pelo de un tono rojizo casi tan vivo como las franjas de Babosa Explosiva, que contrastaba con su piel pálida. Me pregunté si sería un color natural o si los humanos se teñirían el pelo como hacía mi pueblo.

—Nos hemos enterado de que Alanik ha vuelto —dijo la chica del pelo rizado—. Queríamos verla en persona, y Cobb dice que no pasa nada mientras no la ayudemos a escapar.

Esperé que fuese broma.

—No necesito ayuda para escapar —repuse—. Estoy aquí por voluntad propia.

—Por supuesto —dijo FM—. Estos son Kimmalyn, Gali y Arturo.

El tal Arturo, un hombre de pelo castaño, se había quedado en la puerta y no me quitaba los ojos de encima. La verdad era que los humanos lo habían

hecho bastante menos de lo que esperaba. Si yo no me quedaba mirándolos era porque había muchísimos.

Pero no me pareció una grosería por parte de Arturo. Más bien daba la impresión de que estaba evaluándome. Le devolví la mirada para que supiera que aceptaba el desafío.

Pareció sorprenderse más que otra cosa, así que tal vez había malinterpretado la situación.

Kimmalyn se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Te han dado tiras de algas para comer? Al menos podrían haber traído postre.

—Cuna dice que los UrDail no endulzan sus alimentos —respondió FM.

¿Endulzar? La mayoría de las especias que crecían en las enredaderas eran muy sabrosas, pero no dulces en general. Y menos mal, porque algunas frutas que cultivábamos ya eran demasiado dulces para mi gusto, sobre todo crudas.

—Así está bien, gracias —dije.

Levanté la fruta y tanteé la piel, que parecía fina y crujiente.

—Puedes morderla y punto —dijo Kimmalyn—. No hace falta pelarla ni nada. A no ser que a los tuyos no os guste la piel. Si quieres, te traemos un cuchillo.

Di un mordisco a la fruta, que en efecto dio un crujido muy satisfactorio, parecido al de la lanzafruta en casa. Pero la que me habían dado no tenía un sabor tan dulce, sino más fresco.

—¿Está muy mala? —preguntó Kimmalyn.

—No, me gusta —dije—. Gracias.

—Puedes decirlo si te parece asquerosa —me aseguró FM—. Tampoco tenemos tanta fruta, pero podemos buscarte otra cosa.

Estaban siendo amables, pero yo no había ido a su planeta para hablar de costumbres gastronómicas. Si sus políticos se negaban a ayudarme, por lo menos intentaría obtener más información.

—¿Por qué tiene miedo la gente de tu taynix? —pregunté a Jorgen—. ¿Babosa Explosiva, lo has llamado?

—Y con razón —dijo FM, y Kimmalyn y Gali soltaron una risita.

—¿Vais a hablar de eso? —preguntó Gali—. Alanik desde luego no tiene la acreditación de seguridad necesaria.

—Ya ha deducido ella sola lo de los hipermotores —replicó FM.

—Mis disculpas por anunciarlo delante de vuestros superiores —dije.

—No pasa nada —dijo Jorgen—. Gracias por hacer como si ya lo supieras de antes.

—Pero Babosa Explosiva…

El taynix pareció reconocer su nombre, porque bajó por el brazo de Jorgen y se deslizó por la mesa hacia mí.

—Una vez explotó —dijo Jorgen—. Justo delante de mi cara.

Se frotó un corte que tenía en la mejilla, algo avergonzado. Me aparté un poco de la babosa.

—¿Cómo que explotó?

—Vigila tus tiras de alga —me recomendó Kimmalyn, y sí, la babosa empezó a olisquearlas con aire especulativo.

—¿Esa explosión fue citónica? —pregunté—. ¿Una energía que emanó del taynix y te cortó la cara?

—Sí —dijo Jorgen—. ¿Cómo lo has…?

Miré la babosa, alarmada.

—¿Ese taynix puede crear hojas mentales?

—¿Qué es una hoja mental? —preguntó Gali.

Las hojas mentales eran una capacidad citónica avanzada. Si aquella criatura era capaz de crearlas, debía de ser una forma de vida citónica muy poderosa. Aun así, la idea de que la babosa pudiera crear una hoja mental y yo no era un poco insultante.

—Solo las he visto una vez —dije. Podría haberme callado esa información, pero no veía ningún modo de que la utilizaran en mi contra, y ofrecérsela quizá los animara a darme más información ellos a mí—. Solo hay un citónico en ReAlba capaz de hacerlas. Son… energía del dominio negativo que se hace venir al nuestro con una fuerza espectacular. —Vi que la babosa cerraba la boca en torno al borde de una tira de algas y la sacaba poco a poco de la cesta—. Son dificilísimas de crear.

FM sonrió.

—Así que Babosa Explosiva es un genio.

—Querría verlo en acción —pedí.

Jorgen apartó su silla de la mía.

—No mientras estemos aquí sentados.

La babosa, muy despacio, se metió el alga en la boca sin dejar de observarnos en silencio. Sí que había algo siniestro en ella, y más desde que sabía lo que podía hacer.

—¿Hay más tipos? —pregunté—. ¿Babosas de comunicación? ¿Babosas inhibidoras, tal vez?

—Tenemos babosas que hacen funcionar los hipercomunicadores —dijo FM—. Hasta ahora no les hemos encontrado uso sin un dispositivo

hipercomunicador completo, así que los pilotos no estamos vinculándonos con ellas. Pero no sabemos nada de babosas inhibidoras.

—¿Esos inhibidores necesitan también el poder de un citónico? —preguntó Jorgen.

—Poder —dijo Babosa Explosiva.

Eso, además de siniestro, era desconcertante.

—A veces —respondí—. La inhibición requiere de mucha energía, y lo normal es que colaboren varios citónicos para conseguirla. Pero la Supremacía tiene hipermotores que funcionan sin haber un citónico presente, así que, si usan a los taynix para alimentar sus hipermotores, es posible que también haya babosas inhibidoras.

—Si hacen falta varios citónicos —dijo Gali—, puede que sean necesarios varios taynix también. Apenas hemos empezado a descubrir de qué son capaces trabajando juntos.

Babosa Explosiva siguió comiéndose la tira de alga con tranquilidad. La idea de que aquel ser colaborara era incluso más aterradora.

—¿Qué puedes decirnos sobre los hipersaltos? —preguntó Gali—. Está claro que tú sabes hacerlo.

Vacilé. Jorgen, FM y sus amigos estaban compartiendo información conmigo. Me pregunté si estarían jugando a eso, a revelar con libertad lo que sabían para que yo hiciera lo mismo.

—Aún no va a decirnos nada —afirmó Jorgen—. Esa información es su mejor baza. Querrá la ayuda de la FDD a cambio de revelarla.

—Ah, perdón —dijo Gali.

Al parecer no jugaban a eso.

—Está bien —dije—. Me gustaría enseñaros lo que sé, si estáis dispuestos a colaborar conmigo.

—Yo estoy a favor —respondió Jorgen—, pero no es decisión nuestra.

—Ahora que lo mencionas —dije—, antes te he preguntado tu opinión, pero no me la has dado.

Jorgen suspiró.

—No sé quién debería tomar la decisión sobre una posible alianza con tu pueblo. Creo que la asamblea tiene razón en parte cuando dicen que la diplomacia es un asunto político, no militar. Pero los militares llevan tanto tiempo decidiendo en nombre de la asamblea que ahora parece que pretendan hacerse con todo el poder al intentar revertir esa situación.

—Es por Cobb, creo —dijo Kimmalyn—. Hay gente en la asamblea que no cree que esté cualificado para decidir sobre estas cosas.

—¿De verdad dicen eso? —se sorprendió Gali.

—Ya lo creo —dijo Arturo—. La asamblea lleva años en conflicto con la FDD para tener más voz en las operaciones. Les daba miedo quitar poder a Férrea cuando la guerra estaba tan cerca de la superficie, pero ahora que los combates son más lejos, la gente ya no se asusta tanto, aunque nuestra situación sea peor. La asamblea está empezando a pensar en retirar poder a la FDD, en buscar otras formas de tratar con la Supremacía, ahora que sabemos más sobre ellos.

—¿Todos los asuntos que discute vuestra asamblea son tan públicos? —pregunté.

—No —dijo FM—. Él lo sabe porque la madre de su chica es miembro de la Asamblea Nacional.

De pronto Arturo pareció cohibido, pero no lo negó. El alfiler tradujo «chica» en ese contexto como «pareja potencial». Me pregunté si los humanos se avergonzaban de comentar los emparejamientos antes de formalizarlos. A veces pasaba en ReAlba, dependiendo del árbol de procedencia.

—Hace unos días fui a casa a ver a mi padre —dijo él—. Pero ni él ni mi madre me hicieron caso. Creen que paso demasiado tiempo con Cobb.

—Tienen parte de razón en lo de la Supremacía —dijo FM—. Buscar otros métodos para tratar con ellos parece buena idea. No es sano que consideremos todo lo que se mueve como un objetivo al que disparar.

Me sonrió como si ya supiera que iba a discutírselo, y no se equivocaba. Seguro que resultaba tentador pensar así tras años de guerra, pero esa actitud era la que había metido a mi pueblo en la trampa de la Supremacía. Los militares humanos tenían una experiencia de la que en ReAlba solo podíamos leer en libros. Pero esa experiencia sería inútil sin la voluntad de luchar. Si se creían los embustes de la Supremacía, no podría confiar en ellos para que ayudaran a sacar a ReAlba de la trampa.

—Con algunas fuerzas no se puede razonar —dije—. Solo cabe oponerse a ellas.

—La FDD estaría de acuerdo contigo —respondió Arturo—, pero la asamblea empieza a pensar de otra manera.

—Manera —dijo su taynix.

—Y por eso no sé quién tiene razón —concluyó Jorgen—. Dices que no deberíamos hablar con la Supremacía, pero entiendo el atractivo de hacerlo. Si lográramos cerrar un acuerdo con ellos, se salvarían vidas.

—Depende de lo que consideres salvar —repuse—. Si sobrevivís pero renunciando a vuestra autonomía, a la capacidad de tomar decisiones propias, al derecho a ser tratados como a iguales…

—¿Qué autonomía tenemos si lo único que podemos hacer es luchar por nuestras vidas? —preguntó Arturo—. Nadie de la Supremacía nos ha tratado nunca como a iguales. Nos tratan como a insectos.

—Porque nos tienen miedo —dijo FM—. Y la asamblea quiere convencerlos de que no hay por qué, pero la FDD no dejar de hacer cosas que agravan la situación.

—Como activar el escudo —añadió Gali—. Y desarrollar hipermotores. Cuanto más capaces somos de defendernos, más los convencemos de que más les vale poner toda la carne en el asador para destruirnos.

—Pero si no hacéis esas cosas, os esclavizarán —dije.

—¿Es lo que le pasó a tu pueblo? —preguntó FM—. ¿Sois esclavos de la Supremacía?

Titubeé. En ReAlba había muchísima gente que no lo veía así.

—No —dije—. Porque decidimos conservar nuestra autonomía. Así que en vez de matarnos, se limitaron a aislarnos negándonos los hipermotores y dejándonos a nuestra suerte casi por completo.

Todos los humanos se quedaron mirándome.

—Eso tiene que estar bien —dijo Kimmalyn al cabo de un tiempo.

Bajé la mirada a la mesa. Aquella gente había estado en el frente, combatiendo a una fuerza que los quería muertos. Visto así, las rencillas que teníamos en ReAlba debían de parecerles coser y cantar.

—No pretendo comparar nuestras situaciones —dije con cautela—, pero la Supremacía nos encierra a todos en jaulas de distintos tipos. A nosotros nos controlan y lo llaman paz, pero no es paz si no tenemos elección.

—Cierto —respondió FM, pero ningún humano parecía querer sostenerme la mirada. Saltaba a la vista que era un tema delicado para ellos.

Comprendí que los había malinterpretado. No era que los humanos no pudieran pensar por sí mismos. Era que llevaban mucho tiempo luchando con unos recursos muy escasos, pero solo por sobrevivir, no por ningún ideal concreto.

Estaban desesperados y confundidos, así que tanteaban a ciegas en la oscuridad y tomaban decisiones desesperadas y confundidas.

Caí en la cuenta de que ahí estaba lo que podía ofrecerles. Esperanza. Un objetivo más allá de la mera supervivencia.

—Tanto vuestro pueblo como el nuestro fueron autónomos en otro tiempo —dije—. Y Jeshua Weight tiene razón: esa guerra la perdimos juntos. Pero antes de eso llevábamos siglos colaborando. Los citónicos de mi planeta contactaron con los vuestros mucho antes de que ninguno de nosotros viajáramos por el espacio. Inspirasteis unos mitos que aún atesoramos, y vuestro pueblo escribió sobre el nuestro en su propia mitología. Un antiguo escritor humano hasta preservó partes de nuestro idioma, para que luego, cuando empezáramos a recorrer el universo, vuestra gente pudiera hablar con la mía. —No había leído el libro, aunque en esos momentos deseé haberlo hecho. Aún quedaban unos pocos ejemplares en ReAlba. Algo sobre un anillo —. No tenemos por qué permitir que la Supremacía nos llame «especies inferiores». Podemos retomar la lucha de nuestros antepasados. Podemos volver a establecer nuestra antigua alianza. Podemos recordar a la Supremacía por qué nos tenía tanto miedo, y a lo mejor esta vez ganamos.

—O a lo mejor perdemos —dijo Kimmalyn en voz baja.

—A lo mejor —dijo Jorgen.

—Si ya estáis perdiendo, ¿en qué cambiaría el resultado? —pregunté.

Antes de que nadie pudiera responder, se abrió la puerta y vimos que el almirante Cobb estaba en el pasillo.

—¿Esto es una visita de cortesía? —preguntó a los presentes.

Jorgen se sobresaltó.

—No, señor. O sea, hemos traído comida a Alanik y estábamos hablando, pero…

—Tranquilo —dijo Cobb, aunque él mismo no parecía estarlo al mirar atrás en el pasillo, entrar y cerrar la puerta.

Llegó cojeando junto a nosotros, apoyado en un bastón.

—¿Se sabe algo de la asamblea? —preguntó FM.

—Sí —dijo Cobb—. Han concedido permiso a Alanik para permanecer en Detritus como refugiada.

—No lo he solicitado —repliqué.

—Soy muy consciente —dijo Cobb.

Frunció el ceño a Babosa Explosiva, que había empezado comerse una segunda tira de alga. Yo aún no las había probado y me pregunté si los humanos lo considerarían ofensivo, así que cogí una con los dedos. Estaba seca y se deshacía, como una especie de oblea. Cobb fijó la mirada en mí y dejé la oblea quieta en el aire.

—Jeshua ha estado hablando por radio con Algernon Weight, miembro de la Asamblea Nacional, y con sus otros compañeros. Han denegado tu petición

de ayuda militar, al menos por el momento. La asamblea está dispuesta a seguir debatiendo el asunto, y dicen que volverán a él más adelante.

—Pero necesito ayuda ahora —dije—. Están a punto de entregar a mi gente a la Supremacía y…

—También soy muy consciente —me interrumpió Cobb—. Tienen razón en que comprometer tantos recursos ahora mismo para una causa ajena nos dejaría en una posición de debilidad, sobre todo después de perder las naves estelares de todo un escuadrón.

FM y Jorgen cruzaron una mirada culpable. Quise preguntar cómo se las habían ingeniado para perder tantas naves, pero yo misma ya había perdido dos hasta el momento, así que tampoco era quién para criticar.

Se me ocurrió que debería haberles pedido que me devolvieran mi nave. Sería mi siguiente solicitud. Me metí la punta de la tira de alga en la boca para probarla. Sabía a musgoamargo, fuerte y terrosa, con un regusto incluso más intenso.

—Está mejor si la mojas en natillas —comentó Kimmalyn. Yo no sabía lo que eran las natillas, así que tendría que valerme con su palabra.

—Creo que también temen que enviar naves estelares echaría a perder sus actuales negociaciones —prosiguió Cobb—. Weight ha estado hablando con un ministro de la Supremacía, intentando llegar a un tratado de paz.

Casi escupí la tira de alga.

—¿Han establecido contacto con la Supremacía?

—Usando el hipercomunicador —dijo Cobb—. Y quieren tener disponibles todos nuestros recursos para negociar con ellos.

—La Supremacía querrá vuestros citónicos —les aseguré.

Jorgen puso los ojos como platos.

—¿Es verdad, señor?

—No he oído sus demandas concretas —respondió Cobb—. Intentan apartarme de las negociaciones, argumentando que es una conversación política y no militar.

—Pero señor —dijo Jorgen—, si quieren negociar con recursos militares, ¿la FDD no debería estar implicada?

Cobb siguió hablando como si no lo hubiera oído.

—No creo que a la Supremacía le haga mucha gracia que nos quedemos nuestros hipermotores.

La mano de FM se alzó en gesto protector hacia el cabestrillo donde llevaba a Branquia.

—Hipermotores —dijo Branquia.

—No vamos a entregar los taynix a la Supremacía —casi gritó FM.

Hacerlo sería una estupidez de mucho cuidado, pero eso era sin duda lo que la Supremacía iba a exigirles. Tal vez los humanos estuvieran más cerca de aceptar ayudarme de lo que había pensado. Tenían recursos que querían defender.

—Yo no creo que debamos entregar ni un solo hipermotor a la Supremacía —dijo Cobb—. Pero ahora mismo tengo las manos atadas. —Me lanzó una mirada—. Dígame, Alanik, ¿serviría de algo a los suyos que enviáramos un solo escuadrón de naves?

Serviría de mucho menos que una flota militar entera. Pero con un escuadrón apoyándome, quizá sería capaz de asaltar las naves donde estaban retenidos mi hermano y los demás miembros de la resistencia. Podría rescatar a Rinakin. Todavía lo respetaba mucha gente, aunque hubiera perdido las elecciones. Tal vez aún podría atraer a otros a nuestra causa, si les mostrábamos que teníamos aliados humanos.

—Aceptaré todo recurso que me ofrezcan —dije—, y le daré el mejor uso que pueda. Mi pueblo quiere la libertad. Hemos resistido mucho tiempo para alcanzarla, pero muchos han perdido ya la esperanza. Si empezamos a avanzar hacia ese objetivo, creo que se nos uniría más gente.

—¿Qué haría exactamente con un escuadrón? —preguntó Cobb.

Era muy buena pregunta.

—Para empezar —dije—, liberaría el único puesto que conservaba el ejército de nuestra facción. Mi gente está retenida en una nave de la Supremacía, y nos han arrebatado la base por la fuerza. Si recuperamos su control, las demás bases de la Independencia quizá se decidan a contraatacar.

Cobb asintió.

—Es bueno saberlo. Por desgracia, tengo las manos atadas.

Entorné los ojos. ¿Por qué preguntaba lo que haría con un escuadrón de naves si no tenía intención de enviarlo?

Cobb se irguió un poco más.

—Se me ha prohibido específicamente ordenar que ninguna nave estelar parta hacia ReAlba para ayudar al pueblo de Alanik. No puedo ordenar al Escuadrón Cielo que vaya. No puedo ordenaros que prestéis a Alanik la ayuda que necesita a cambio de que ella enseñe a Jorgen a usar sus capacidades citónicas. No puedo ordenaros que forméis una alianza con la gente de Alanik y no puedo ordenaros que traigáis de vuelta esos recursos para ayudarnos aquí a la mayor brevedad posible.

FM y Gali se miraron.

—Lo entendemos, señor —respondió Jorgen, bajando la mirada abatida hacia Babosa Explosiva.

Cobb lo miró enarcando una ceja, como si no lo hubiera entendido en absoluto.

Yo no era ninguna experta en comunicación humana, pero el discurso de Cobb incluía una lista particularmente específica de cosas que *no* les estaba ordenando hacer. Cobb alzó la mirada al techo y suspiró, a todas luces contrariado por algo.

—No puede usted ordenarles que lo hagan —repetí.

—Correcto —dijo Cobb—. Tengo absoluta y expresamente prohibido ordenaros que hagáis lo que es evidente desde cualquier punto de vista que hay que hacer por el bien de Detritus y su pueblo.

—Es una verdadera lástima, señor —respondió Jorgen. Cobb parecía a punto de atizarle con su bastón.

FM dio un golpe a Jorgen en el brazo con el dorso de la mano.

—Está diciendo que no puede ordenarnos *oficialmente* que vayamos —dijo.

—Ya lo he oído —respondió Jorgen.

—¡Oído! —exclamó Abracitos.

—Nos vamos todos a ReAlba —dijo FM a Jorgen—. Eso es lo que está pasando aquí.

Jorgen por fin pareció ver la luz.

—Como decía siempre la Santa —intervino Kimmalyn—, en el momento en que llegas, ahí estás.

Jorgen miró a Cobb como pidiéndole confirmación y este puso los ojos en blanco. Señaló en dirección a la puerta.

Y entonces todos los humanos se pusieron de pie. Jorgen recogió a Babosa Explosiva de la mesa, con media tira de alga colgando aún de la boca.

Me detuve delante del almirante Cobb.

—Gracias —le dije. No iba a llamarle señor. No era mi oficial al mando. Pero sí era el único motivo de esperanza que tenía para Rinakin y los demás, así que le debía un respeto.

—No me las des —repuso él—. Yo solo he traído malas noticias.

Le hice un firme asentimiento y seguí a los demás fuera de la habitación.

7

Corrimos por el pasillo en dirección a su hangar de aterrizaje.

—¿Mi nave está en ese hangar con las demás? —pregunté.

Gali aflojó el paso a una marcha enérgica para retroceder a mi altura y encogió un poco el gesto.

—Lo siento —dijo—, pero la hemos… desmontado un poco.

—¿La habéis desmontado?

—Queríamos averiguar las diferencias entre vuestra ingeniería y la nuestra —explicó—. Puedo volver a montarla, pero llevará tiempo.

—No tenemos tiempo —le espeté.

Estaba segura de que mi gente habría hecho lo mismo con una nave humana, pero me servía de poco sabiendo que teníamos que despegar de inmediato.

—Te asignaremos una nave nuestra —dijo Gali—. Algunos controles son distintos, pero no podemos hacer más ahora mismo, a no ser que quieras que alguien te lleve de copiloto en un Dulo.

—No —respondí. La idea de llegar a ReAlba estando a merced de un humano me repelía. Una vez allí podría robar un caza, claro, pero prefería llegar pilotando yo misma—. Dadme una nave. Ya me las apañaré.

Gali se dirigió a Jorgen.

—Deberías llevar una babosa de comunicaciones, por si necesitas contactar con nosotros.

—Buena idea —dijo Jorgen—. Abracitos, llévame con Bien.

—¡Bien! —exclamó Abracitos.

Jorgen desapareció y regresó un momento después al lado de FM, con una babosa violeta y naranja bajo el brazo.

—¡Bien! —dijo Abracitos de nuevo.

—Así me gusta, Abracitos —felicitó FM al taynix, y luego sacó una pequeña lata del bolsillo y le dio un pellizco de una sustancia pegajosa.

Interesante.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó FM a Gali mirando hacia atrás—. Porque si no, casi que vuélvete a Ingeniería. Es mejor que no te asocien con lo que vamos a hacer.

Gali titubeó.

—Creo que debería quedarme, pero…

No parecía que le gustara la idea, supuse que porque todos sus amigos iban a correr peligro y Gali no sabía cuándo volverían.

—No pasa nada —dijo FM—. Si te necesitamos, sabemos dónde estás.

—Sí —respondió Gali—. Yo no podré decir lo mismo de vosotros.

FM daba la impresión de querer decir más, pero lanzó una mirada a los otros y se quedó callada. Gali le hizo un gesto triste de despedida y se volvió para marcharse. FM lo vio retirarse con la cabeza girada y no pude verle la expresión del rostro.

Allí estaba pasando algo sutil que se me escapaba. Tendría que preguntárselo a FM más tarde, cuando no estuviéramos a punto de robar un escuadrón de naves estelares.

Seguí a Jorgen por una puerta lateral y recorrimos un camino angosto entre construcciones hasta el hangar de aterrizaje. Jorgen pasó junto a dos humanos que trabajaban en el panel de control de una nave a medio desmontar.

—Tenemos orden de sacar nuestras naves de inmediato —les dijo—. Siento llegar sin previo aviso.

Una operaria del personal de tierra echó a andar tras él, mirándome alarmada.

—¿No os habéis enterado? —dijo—. Hay inspección sorpresa y tenéis que estar todos en vuestros cuartos.

Jorgen puso cara de alivio. Estaba clarísimo que Cobb había dado esa orden para encubrir nuestra salida, y supuse que también para poder afirmar luego que nos habíamos marchado aprovechando la inspección sin su conocimiento.

—Nuestra orden tiene prioridad sobre esa —dijo Jorgen.

—No se nos ha notificado —replicó la mujer—. Empezaremos a hacer las comprobaciones previas y…

—No hay tiempo —la interrumpió él—. Las haremos nosotros. Llama por radio al almirante Cobb si quieres. Te dará la autorización.

O bien, lo más probable, no respondería a la llamada para poder seguir negando su conocimiento.

—Alanik se llevará una nave de repuesto del Escuadrón Cielo —dijo FM.

—Cielo no tiene naves de repuesto —respondió la mujer del personal de tierra—. Apenas hay las suficientes para sus miembros, y desde luego no estamos autorizados a asignar ninguna a una alienígena.

—¿Quieres ser responsable de que nos retrasemos? —le preguntó Jorgen.

—Soy responsable de que despeguéis, y eso no puedo hacerlo sin…

—El escudo va a caer —intervino FM—. Hay unos escombros en trayectoria directa hacia los controles y, como no salgamos ahí fuera y los destruyamos, el cielo volverá a abrirse para la Supremacía. ¿Vas a responsabilizarte de eso?

La operaria vaciló mientras Jorgen daba a FM una mirada de agradecimiento.

—Vamos —me dijo FM—. Te daremos una nave.

De camino por el hangar de aterrizaje pasamos por delante de mi propio caza, situado entre otros que tenían daños evidentes. Su diseño era parecido al de las naves humanas, pero estaba hecho de un metal más oscuro. Desde fuera no parecía desmontado, pero me bastó un vistazo a través de la cubierta para ver que lo habían desensamblado todo. De mis instrumentos solo se veían las piezas y el módulo de navegación estaba desarmado encima del asiento.

—Ese no va a despegar hoy —dijo FM—. Gali te lo arreglará. Vamos.

No sabía de quién era la nave a la que me llevó, y cuando subí a la cabina sabía incluso menos qué estaba mirando. Todo el instrumental estaba colocado de manera diferente.

—¿Puedes pilotarla? —preguntó FM.

—Puedo hipersaltar con ella —dije—. Pilotarla quizá sea un poco más difícil.

FM me indicó algunos de los sistemas más importantes y empecé a aclimatarme a la disposición de la cabina. Encontré la palanca de eyección a un lado del asiento, en el mismo sitio que las nuestras. No todo era distinto a nuestras naves estelares.

—Estos son los controles de la radio —señaló FM antes de activar un interruptor y girar un dial. Me entregó un casco—. Te he sintonizado el canal del escuadrón. Recuerda que lo que digas por radio no sale cifrado. Debería ir despegando, pero si tienes alguna pregunta…

Tenía muchas, pero imaginé que el personal de tierra ya estaría intentando contactar con el almirante Cobb. A través de la cubierta vi que Kimmalyn

corría por el hangar seguida de tres hombres. Detrás de ellos iba una chica bajita con el pelo azul.

—Estamos todos —dijo Jorgen por radio—. Escuadrón Cielo, despeguemos. ¡Ya!

Miré los controles del caza intentando recordar lo que me había explicado FM. Encontré la palanca que activaba el anillo de pendiente, un control muy similar al de mi propia nave. El acelerador y la esfera de control también eran iguales, aunque la de mi nave era más pequeña y aquella me parecía menos manejable.

Me preocupé de recordar dónde estaba el botón de los destructores, ya que no quería disparar por error. Activé el anillo de pendiente, me elevé en el aire y, casi por casualidad, recordé dónde estaban los controles de inclinación cuando el caza se inclinó hacia delante, con el morro apuntando al suelo.

—¿Estás bien, Alanik? —preguntó FM.

—Bien —dije, enderezándome. *Sabía* volar. Solo daba la impresión de que no.

Saqué la nave del hangar de aterrizaje y gané altitud hasta situarme junto a Jorgen. Una tras otra, las naves del Escuadrón Cielo nos siguieron al exterior.

—Escuadrón Cielo —dijo Jorgen por el comunicador—, confirmad cuando estéis preparados. Alanik, de momento serás Cielo Ocho. Necesitarás un identificador en algún momento, si no lo tienes ya.

¿Qué era un identificador?

Entonces Jorgen dijo:

—Cielo Uno, identificador: Caracapullo.

¿Caracapullo? Mi alfiler lo tradujo como algo parecido a «semblante grosero», lo cual no parecía algo muy agradable que llamar a nadie.

El resto del escuadrón dio su confirmación y reconocí algunas voces, aunque muchos de ellos usaban nombres distintos. Kimmalyn era «Rara», me pareció, pero FM seguía siendo FM. Estaba casi segura de que aún no conocía a Nedder, y no tenía ni idea de cuál de los hombres que había visto eran Gatero, Tenderete o Anfisbena, aunque me pareció que el último podía ser Arturo. La chica del pelo azul debía de ser Centinela. El alfiler ni siquiera me tradujo algunos de ellos. No acababa de entender el propósito de los identificadores, aparte de quizá ocultar sus identidades del enemigo, pero no era el momento de preguntarlo.

—Escuadrón Cielo —dijo la voz de Jeshua Weight por la radio.

—Todas las naves, converged encima de la plataforma de aterrizaje —ordenó Jorgen sin hacerle caso—. Alanik, no podemos usar los hipermotores

para llegar a tu planeta. ¿Estás en condiciones de hipersaltar?

—Sí —respondí—, pero no puedo llevaros a todos a menos que las naves se toquen.

—Nos conectaremos usando las lanzas de luz —dijo Jorgen—. Hemos probado otros métodos, pero este es el más rápido. Nos enlazaremos todos a ti, para que no tengas que preocuparte por los controles.

La nave de Kimmalyn se acercó más a la mía y entonces una línea luminosa, parecida a nuestros ganchos de luz, salió disparada de su nave y la conectó a la mía.

—Escuadrón Cielo —insistió Jeshua—, tienen orden de permanecer en tierra. Aterricen de inmediato o se enfrentarán a un consejo de guerra.

Los demás empezaron a converger a mi alrededor, acercándose más de lo que me resultaba cómodo para enlazar sus naves con la mía. Traté de ajustar mi posición mediante la esfera de control, pero era más sensible que las nuestras y acabé sacudiéndome de lado sin querer.

—¡Jorgen! —llamó Jeshua, ya gritando por la radio—. ¡Que aterricen esas naves!

—Lo siento, mamá —dijo Jorgen. Su tono sonaba más a estrés que a sentirlo de verdad.

—Eh… ¿Caracapullo? —llegó la voz de Nedder por el comunicador—. Están preparando naves. No irán a dispararnos, ¿verdad?

—Si os marcháis a luchar por los UrDail sin permiso, estaréis cometiendo alta traición —dijo Jeshua—. Aterrizad esas naves ahora mismo.

—¡Tirda! —exclamó Nedder—. ¿Crees que lo hará?

—No lo sé —respondió Jorgen—. Larguémonos antes de averiguarlo.

—Por mí, listos —le dije.

Extendí la mente al dominio negativo y tanteé el abismo en busca de ReAlba. Percibí Hueco, con sus familiares ramas, un punto sólido al otro lado de toda aquella nada.

—Caracapullo —dijo Arturo—, el Escuadrón Dragón Estelar empieza a desplegarse.

—Aquí Petirroja del Escuadrón Dragón Estelar —llegó una voz dubitativa por el comunicador—. Esperando órdenes.

—¿Dónde está el almirante Cobb? —preguntó Jeshua.

—Ella no puede ordenarles que disparen —dijo Arturo—. No tiene la autoridad.

Me pregunté si sería eso lo único que se lo impedía, si de verdad estaba dispuesta a dar la orden de derribar a su propio hijo.

Jorgen no respondió. Miré al otro lado de la nave de Kimmalyn, hacia la de Jorgen. Vi que llevaba a Babosa Explosiva al hombro, pero no alcancé a distinguirle la cara, cubierta como estaba por la sombra del casco.

—Alanik, adelante con el hipersalto —dijo Jorgen.

—¿Caracapullo? —llamó Petirroja de nuevo—. ¿Qué estáis…?

Me agarré a Hueco a través del dominio negativo y *tiré*.

8

Nunca había arrastrado tanta masa al dominio negativo, pero no encontré más resistencia que la habitual. Cruzamos el límite con facilidad, como un cuchillo atravesando mermelada batida de zarzablanca. Nos quedamos todos suspendidos allí por un momento, bajo la atenta mirada de los ojos, una fuerza inmensamente amplia y gigantesca que parecía querer asfixiarnos. Sentí a Jorgen y las babosas a mi alrededor, mirando hacia ellos. Noté miedo en las muchas babosas, pero algo distinto en Jorgen. ¿Vergüenza, tal vez?

Y entonces los ojos desaparecieron y estábamos flotando en la miasma, con Hueco a la vista. Seguía siendo de día en esa parte del planeta y el cielo brillaba. Lo primero que hice fue comprobar nuestra proximidad a Hoja Errante, para asegurarme de que no hubiéramos emergido dentro del alcance de las torretas automáticas. La plataforma era una sombra que flotaba a nuestra derecha, no lo bastante cerca como para dispararnos. El cadáver de Hueco se alzaba hacia el firmamento como una silueta neblinosa en la miasma.

—Por los santos y las estrellas —dijo Kimmalyn—. ¿Eso de ahí come gente?

—¿El árbol? No, qué va a comer gente —respondí—. ¿Nunca habías visto un árbol?

—Yo sí —dijo Arturo—. No era mucho más alto que Nedder.

—Estos pueden alcanzar los cincuenta kilómetros de altura —les expliqué—. Flotan en la miasma y nuestras ciudades están construidas en ellos.

—Tirda, qué miedito —dijo Nedder.

—Y qué hermoso —añadió Kimmalyn.

—¿Qué es esto que hay en el aire? —preguntó Arturo.

—Gases —dije—. Casi todos los árboles tienen zonas de aire limpio alrededor, pero en Hueco hay menos porque el propio árbol ya no genera oxígeno. Aun así, tiene una burbuja de atmósfera respirable por las plantas que cultivamos y los generadores atmosféricos que instaló el Cuerpo Maderero, pero es mucho menos densa y tendremos que ir con más cuidado.

Hice un rastreo rápido de la zona con mis sentidos citónicos, pero no encontré a ningún otro citónico aparte de nosotros.

—Veo una nave en los sensores de largo alcance —dijo Jorgen—. Parece de transporte. ¿Es nuestro objetivo?

—Sí —respondí.

Hallé los controles que expandían los sensores de mi nave y eché un vistazo. Nos había traído al lado opuesto del árbol, a unos cinco minutos volando de distancia, sin saber muy bien si la nave donde habían retenido a mi gente seguiría allí siquiera. Habían pasado unas horas, con lo que les habría dado tiempo de llevárselos a alguna otra parte.

Pero la nave seguía flotando fuera de la base. O bien habían sometido a la gente de dentro, o bien los míos tenían demasiado miedo para luchar.

Íbamos a enseñarles cómo se hacía. Seguro que los cazas de la Unidad no esperaban nuestra llegada, así que, aunque nos hubieran detectado, deberíamos contar con unos minutos mientras preparaban sus naves estelares.

—Aún hay civiles viviendo en el árbol —dije—. Pequeños asentamientos, además de las instalaciones de recogida de madera. No quiero dispararles a ellos ni a la nave de transporte. Tienen retenida a mi gente en ella y queremos que se unan a la batalla.

—Entendido —respondió Jorgen—. ¿Qué sabemos de la nave?

—No mucho —dije—. Es un transporte ligero de la Supremacía, no un caza, pero lleva un inhibidor citónico, así que no puedo meterme y sacar a la gente. La última nave como esa que he visto estaba operada por diones pero pilotada por un citónico UrDail. Esta vez somos los únicos citónicos, a no ser que haya algún otro en la bodega de carga de esa nave.

—¿Sabes si tiene hipermotor? —preguntó Jorgen.

—Lo dudo mucho. No se prestarían a confiarnos esa tecnología, por si descubrimos su secreto.

—Muy propio de ellos —comentó FM.

—Si la nave no puede hipersaltar —dijo Jorgen—, la acosaremos para intentar que aterrice. ¿Sabes a cuántos cazas vamos a enfrentarnos?

—No —dije—. Serán las naves que estuvieran destinadas aquí más los cazas que trajera la Unidad para conquistar la base. Pero no creo que tengan

bastantes pilotos para todas las naves de la Independencia.

—Muy bien —repuso Jorgen—. Nuestro objetivo principal es hacer que la nave de transporte aterrice y liberar a los prisioneros UrDail que lleva. El objetivo secundario es reconquistar la base. Escuadrón Cielo, desplegaos y avanzad hacia el… árbol gigante.

—Se llama Hueco —aclaré.

—Tirda —dijo Centinela—, hasta el nombre da miedito.

A mi alrededor, las naves se soltaron unas de otras retrayendo sus rayos de luz. Aún no se veía ningún caza de la Unidad aproximándose a nosotros.

—Alanik, deberías ver un botón intermitente en tu panel de radio —dijo Jorgen—. ¿Lo aprietas?

Lo hice y su voz siguió hablando por el comunicador.

—Este es un canal privado. El resto del escuadrón no nos oye. ¿Ves el dial que cambia de un canal a otro? Memoriza el mío por si necesitas informarme de algo sin que lo oigan los demás.

—Si necesito informarte de algo —repliqué—, puedo decírtelo mentalmente.

—Anda, es verdad —dijo Jorgen—. Pero me falta entrenamiento, aunque sí puedo hacerlo con las babosas. ¿Funciona más o menos igual? También necesitaré que me enseñes a hipersaltar sin un taynix.

—Tal vez no seas capaz —le dije—. No todos los citónicos pueden.

—¿Tenemos capacidades distintas? —preguntó—. ¿Como los taynix?

—No del todo. Es más bien cuestión de puntos fuertes y débiles. Y algunos citónicos tienen más poder que otros.

—Típico —dijo Jorgen—. Si es posible que Spensa me ponga en evidencia en algo, siempre lo hará.

No parecía que estuviera resentido por ello. Tampoco era que yo dominase mucho la entonación humana, pero me sonó más triste que otra cosa.

—¿Dónde está Spensa? —le pregunté—. Había vuelto a desaparecer, ¿verdad? ¿La capturó la Supremacía?

—No —dijo él—. Está perdida, en alguna parte de la ninguna-parte. El… lugar por el que se pasa al hipersaltar. El sitio de los ojos.

—El dominio negativo. ¿A qué te refieres con que está perdida en él?

—Fue allí para escapar de la Supremacía —dijo Jorgen—. Y aún no ha encontrado ninguna salida.

—El dominio negativo no es un lugar al que vas —respondí—. Es un lugar por el que… te cuelas. No puedes *quedarte* allí.

Al menos, que yo supiera.

—Ya, bueno, pero no conoces a Spensa. Siempre está haciendo cosas que deberían ser imposibles.

Por lo que contaban, parecía una persona conveniente para tener de tu parte, aunque no tanto si desaparecía.

—¿Quieres elegir identificador? —me preguntó Jorgen—. En general no usamos los nombres reales por radio, pero no sé si tu pueblo tiene la misma costumbre.

—No —dije—. Y tampoco sabría cómo llamarme.

—Si preguntas al escuadrón, te harán un montón de sugerencias. Pero igual no te gustan demasiado.

—¿Por qué te llaman Caracapullo a ti? —pregunté—. ¿Es por las heridas que tienes en la cara?

—No, por desgracia.

—¿Eres poco atractivo según los patrones humanos?

—¿Qué? ¡No! —Jorgen tartamudeó un poco—. ¿A ti te parece que soy feo? No es por la cara. Caracapullo significa… bueno, que eres un capullo. Una persona grosera.

—Ah, entonces es porque caes mal a la gente.

—¡No le caigo mal a la gente! Bueno, antes sí. A Spensa. Es un poco largo de explicar.

Podría haberme parado a intentar deducir lo que pasaba, pero me divertía ver a Jorgen tan a la defensiva.

—Así que Spensa y tú sois enemigos. Porque siempre te deja en evidencia.

—Eh… no —dijo Jorgen—. No somos enemigos. Ahora ya no. Bueno, en realidad nunca lo fuimos. Es… complicado. ¡Anda, mira! El escuadrón quiere hablar con nosotros por la línea general.

El botón del canal privado dejó de iluminarse y cesó la voz de Jorgen.

Empezamos a volar en dirección a Hueco. Mi nave se movía un poco a trompicones mientras averiguaba cuánta presión aplicar a los propulsores, pero cuando llegamos cerca del árbol ya empezaba a volar con más fluidez.

Mientras nos aproximábamos, la nave de transporte se apartó de la base. El piloto nos había visto, porque ya había un escuadrón de naves de la Unidad viniendo hacia nosotros.

—Escuadrón Cielo —dijo Jorgen—, entablad combate. Tenderete, Gatero, FM y Centinela, entretened a los cazas mientras los demás atajamos hacia la nave de transporte.

—Recibido —respondió FM.

Aceleramos hacia las naves enemigas. Eran diez, así que estábamos casi igualados en número. El Escuadrón Cielo abrió fuego, obligando a las naves unitarias a romper su formación o arriesgarse a perder los escudos.

Nosotros usábamos técnicas parecidas cuando entrenábamos unos contra otros, pero nos marcábamos con láser, no nos disparábamos con los destructores. En aquella batalla no habría eliminaciones ni advertencias. Los humanos no se dedicaban a jugar.

Ni la Supremacía tampoco, así que ya era hora de que mi gente lo entendiera de una vez.

—Alanik —dijo Jorgen—, no tienes compañero de ala, así que puedes quedarte con Rara y conmigo.

Cuando el escuadrón enemigo rompió formación, dos parejas de naves humanas se lanzaron hacia ellas y las persiguieron trazando círculos. Sonreí. Los pilotos de la Unidad debían de estar aterrorizados.

Arturo y Nedder aceleraron por el hueco que habían dejado los cazas enemigos, seguidos de Jorgen y Kimmalyn. Yo me mantuve cerca de ellos. Entre los pilotos de la Unidad no había ningún citónico y, dado que yo llevaba una nave humana, era imposible que supieran en cuál iba. No me verían a través de la cubierta sin acercarse muchísimo, e incluso en ese caso les costaría distinguir las caras bajo los cascos.

Rastreé con la mente en busca de señales de hipercomunicación y no encontré ninguna, aunque era posible que se me hubiera pasado la llamada de la Unidad a Quilan, si no se habían limitado a hacerla por radio. Seguro que estarían preguntándose de dónde había sacado un escuadrón entero de naves desconocidas en solo unas horas, y esa confusión nos supondría una ventaja.

Aceleramos a través de la miasma en dirección a Hueco. La silueta del árbol fue aclarándose contra el cielo carmesí. Alguien abrió fuego de destructor a mi cola.

Me escoré a un lado, ejecuté una rotación en pivote y disparé a las dos naves que me estaban atacando.

—Anfi, Nedder —dijo Jorgen—, Alanik lleva cazas a cola. Apoyadla mientras Rara y yo seguimos avanzando.

—A la orden —respondió Arturo, antes de que pudiera decirles que no necesitaba ayuda.

Nedder pasó como una exhalación junto a mí, atrayendo el fuego enemigo mientras Arturo hacía también una rotación en pivote para atrapar a las naves enemigas en el fuego cruzado. Una maniobró ejecutando una vuelta con caída

de ala y huyó en dirección de Jorgen y Kimmalyn, pero la otra perdió el escudo y recibió un impacto directo en el ala izquierda. El piloto se eyectó y al momento se abrió un paracaídas para ralentizar su descenso. El casco y el traje de vuelo le permitirían sobrevivir en la miasma. El piloto activaría una baliza de emergencia mientras descendía hacia el núcleo y seguramente lo recogerían antes de llegar a él, o poco después si no.

Viramos todos en la dirección de Jorgen y Kimmalyn, pero Nedder y Arturo se me adelantaron y derribaron la nave que los perseguía antes de que yo pudiera disparar siquiera.

Tendría que aplicarme más si quería estar a su altura. No me gustaba que me trataran como a una novata.

Puedo con dos naves, envié a Jorgen. *Que no tenga experiencia en combate no significa que no sepa lo que hago*.

No pretendía ofenderte, respondió él. *Habría hecho lo mismo por cualquiera de nosotros*.

¿De verdad? ¿Todos ellos creían necesario colaborar para derribar un par de cazas de nada? De acuerdo, sabía que lo que estábamos haciendo era mucho más peligroso que un partido, pero tratándose de unos guerreros supuestamente curtidos en mil batallas… me pareció un poco… blandengue.

Nedder y Arturo adelantaron a Jorgen y Kimmalyn y luego perdieron velocidad, situándose de nuevo en punta. Jorgen no protestó. De hecho, estaba permitiéndoles volar por delante de él como si los *quisiera* allí.

A los demás debía de estar saliéndoles bien su intento de alejar a las otras naves. Ya estábamos bastante cerca del árbol, a la altura de la rama más gruesa de Hueco y entrando en la fina burbuja de atmósfera clara. Había unos pocos edificios pequeños en torno a la punta de la rama.

La nave de transporte no iba a huir. Aunque no tuviéramos la capacidad de hipersaltar, su diseño no le permitía moverse a velocidad de caza en atmósfera. Su piloto parecía haberse dado cuenta de ese hecho, porque ya no se alejaba del árbol, sino que regresaba a él, y enseguida desapareció de nuestra vista.

—Alanik —dijo Jorgen—, la nave que perseguimos se ha metido en el árbol. ¿Sabes si hay algún hangar ahí abajo?

—No —respondí—. La base con el hangar está en las ramas superiores. Pero este árbol no se llama Hueco porque sí.

—Entendido —dijo Jorgen—. Seguiremos a esa nave. Alanik, ya que conoces el terreno, ponte en punta.

Era buen plan, aunque habría preferido no tener que volar en cabeza cuando aún no dominaba los controles de la nave. Por suerte ya sabía maniobrar, así que no quedé como una idiota mientras los guiaba alrededor del grueso tronco de Hueco y descendía hacia el cañón abierto entre el nacimiento de dos ramas.

—FM —dijo Jorgen por el comunicador—, ¿situación?

—Huyen de nosotros —llegó la voz de FM—, pero van en vuestra dirección.

—Sí que les ha costado darse cuenta —comentó Nedder.

—Pues sí, porque tenían que saber a qué venimos, ¿no? —dijo Arturo.

—Lo saben —respondí, recordando lo que me había dicho Rinakin. Que comprendieran nuestra táctica no significaba que no fuese a funcionar.

Metí mi nave por la enorme abertura de Hueco y me interné en las profundidades de su tronco. Allí dentro estaba oscuro, aunque la luz del día se colaba aquí y allá por agujeros en los lados del tronco, algunos de los cuales tenían hasta un kilómetro de anchura. En el interior había edificios larguiruchos, tallados y construidos en el mismo árbol. Eran instalaciones madereras, que extraían la materia muerta de Hueco para enviarla a otras partes del planeta. El cañón por el que habíamos entrado profundizaba mucho en el tronco, abierto en parte por la descomposición natural del árbol muerto y luego excavado para acelerar el proceso.

Vimos la nave de transporte descendiendo hacia las instalaciones madereras que había al fondo del cañón.

—No tenemos mucho tiempo antes de que lleguen esos cazas —dijo Jorgen—. Alanik, ¿algún plan para hacer que la nave aterrice?

—No podemos derribarla —les advertí—. Y no van a aterrizar por voluntad propia. ¿Tenéis redes de luz?

—Tenemos lanzas de luz —respondió Jorgen—. Podemos enganchar la nave pero, siendo tan grande, no arrastrarla sin destruir antes sus propulsores.

—¿Estará atrapada cuando llegue abajo? —preguntó Arturo.

—No —dije—. Hay salidas cerca de los almacenes para sacar la mercancía.

—Pero es más grande que un caza, ¿verdad? —intervino Kimmalyn—. ¿Podemos destruir los propulsores sin dañar a los prisioneros?

—Lo dudo —respondí—. Los propulsores están justo debajo de la bodega. Mi gente está casi pisándolos.

—Acerquémonos más —ordenó Jorgen—. Que Rara eche un vistazo y nos diga qué opina.

Ganamos terreno a la nave. Los transportes de UrDail no estaban equipados con armas, pero aquella nave de la Supremacía llevaba escudo y cañones básicos de destructor.

Y luego decían que nosotros éramos demasiado agresivos.

—Imposible atacar los propulsores, Caracapullo —informó Kimmalyn—. Dañaría también el casco. Igual la cabina sí que sería factible. Los pilotos no son amigos nuestros, ¿verdad?

—No son amigos —confirmé—. Pero no podrás volar la cabina sin herir a quienes van en la bodega… ¿o sí?

—¿Rara? —preguntó Jorgen.

—Me parece que sí —dijo ella.

—Necesito que estés segura —dijo Jorgen.

—Hummm…

Por debajo de nosotros, la nave de transporte sobrevolaba los tejados de los edificios del almacén. Era una nave de tamaño medio, diseñada para transportar a unas treinta personas. Si habían metido dentro a todo el personal de la base, irían muy apretados.

La nave se dirigía hacia un túnel de salida. Debían de haber supuesto que pretendíamos rescatar a los presos y que no estábamos dispuestos a derribar la nave.

Habían supuesto bien, al menos en lo que a mí respectaba.

—Habrá que anular primero su escudo —dijo Jorgen—. Nedder, aproxímate y activa el PMI. Alanik y Anfi, atrapadlo con las lanzas de luz.

—¿Dónde está el control? —pregunté. FM me lo había dicho, pero no me acordaba. No estaba en el mismo lugar que mi gancho de luz habitual.

—Son los botones a los lados de la esfera de control —dijo Jorgen.

Los encontré.

—Entendido. No he oído a Rara confirmar que puede hacerlo.

—Esto… ¿Caracapullo? —llamó FM—. No sabemos cómo llegar hasta vosotros.

—Estamos dentro del árbol —dijo Jorgen—. El acceso está en la base de las ramas.

Aún no distinguía bien a algunos humanos, y mucho menos cuando empezaron a hablar todos a la vez.

—Repite, Caracapullo. ¿Has dicho que estáis *dentro* del árbol?

—¿Qué problema hay, Centinela? ¿Nunca habías volado dentro de un árbol?

—Cierra el pico, Tenderete.

—Vamos para allá, Caracapullo —dijo FM—, pero tenéis compañía.

—Esto hay que hacerlo ya. ¿Rara?

—Puedo hacerlo —respondió ella—. Querría que fuese con un solo disparo, pero puedo hacerlo.

—Nedder —dijo Jorgen—, atrapa a esa nave antes de que salga del árbol.

—¿Caracapullo? —intervino Arturo—. Si la seguimos fuera, tendremos más espacio para recogerla en descenso descontrolado antes de que llegue al suelo.

—¿Estáis hablando de perseguir a esa nave, llena de mi gente, en picado hacia el núcleo? —pregunté.

—Esto… ¿un poco sí? —dijo Arturo.

—Mejor aquí dentro —zanjó Jorgen—. Vienen cazas enemigos. Nedder, hazlo.

—Recibido —dijo Nedder, y descendió hacia la nave, que volaba en dirección a la abertura que la sacaría del árbol.

Cuando estuvo cerca, activó su PMI e inhabilitó los escudos de la nave. Arturo se lanzó en picado tras él y yo maniobré mi nave de lado intentando mantenerle el ritmo. Deseé tener mi propio caza. Parecía torpe pilotando aquel trasto, lo cual no ayudaría a que me considerasen un miembro capaz del equipo.

—Tirda —dijo Jorgen—. Naves enemigas, encima y acercándose. Nedder, ayúdame a contenerlas.

Me concentré en seguir a Arturo mientras nos aproximábamos a la nave de transporte. El caza de Kimmalyn pasó como una exhalación sobre nuestras cabezas. Tendría que situarse delante del transporte para disparar a la cabina. La nave de transporte apuntó sus destructores hacia ella y disparó, pero Kimmalyn esquivó y dio la vuelta a su caza para ponerse de cara a la cubierta.

—Preparada —informó.

—Muy bien, Rara —dijo Arturo—. A mi señal.

Se elevó sobre la nave del transporte y le disparó su lanza de luz. Yo apunté y liberé la mía también para agarrar la nave desde el otro lado.

—Tirda —dijo Nedder—. Vienen fuertes.

—¡Fuego! —exclamó Arturo.

Kimmalyn disparó sus destructores y la cabina de la nave de transporte estalló en una lluvia de chispas.

9

Rara! —gritó Jorgen por el comunicador—. Informa.

—Éxito, creo —dijo Kimmalyn—. Cabina aniquilada, casco intacto.

Había sido un disparo impresionante de verdad. Kimmalyn habría sido una estrella, incluso en las ligas profesionales.

—Alanik, ¿estado del inhibidor?

Rastreé la zona a través del dominio negativo. El casco de la nave de transporte era un enorme espacio vacío.

—Operativo —informé.

Yo sostenía la mitad de la nave con mi lanza de luz y Arturo se encargaba de la otra. El anillo de pendiente de la nave también parecía funcionar todavía, así que no tuvimos que ajustar nuestros propulsores para mantenerla en el aire. Sin los controles de la cabina, no sabía cuánto tiempo duraría ese estado.

—¿Y el piloto? —pregunté.

—Eh… ¿Muerto? —dijo Kimmalyn—. Como el copiloto, si lo había.

Me quedé mirando la nave un momento. No tenía buen ángulo para ver la cabina, pero…

—Bien hecho, Rara —la felicitó Jorgen, como si no pasara nada.

Kimmalyn acababa de matar a gente y a todos les traía sin cuidado.

Sacudí la cabeza. ¿Qué pensaba que iba a ocurrir en un verdadero combate militar?

—Ya llegamos, si necesitáis ayuda —dijo FM por radio.

Alcé la mirada a través de la cubierta y vi que el resto del escuadrón descendía hacia las otras naves. Parecían tener la situación controlada por el momento, y la lanza de luz bastaría para teleportarnos todos.

—Tenemos que hipersaltar con esta nave hasta la base —dije—, para que los pilotos se pongan a los mandos de naves de la Independencia y nos ayuden.

—Llévalos cuando quieras, Alanik —respondió Jorgen.

No necesitaba su permiso, pero al menos estábamos de acuerdo en lo que había que hacer.

—La base estará repleta de enemigos, ¿verdad? —preguntó Arturo.

—Es probable —dije—. Suelta tu línea si no quieres acompañarme.

Dejé unos segundos a Arturo para que se decidiera. Con el anillo de pendiente del transporte todavía en activo, no lo necesitaba para sostener la nave, pero me vendría bien tener refuerzos cuando llegáramos. Al ver que no liberaba su lanza, extendí la mente por el dominio negativo hasta el espacio aéreo delante de la base de la Independencia y nos transporté a todos.

Los ojos me miraron iracundos al pasar por debajo de ellos, pero no más que la vez anterior. Con un poco de suerte, había transcurrido el tiempo suficiente desde mi último salto como para no estar poniéndonos en demasiado peligro. Sobre todo porque no confiaba mucho en poder salir de aquella batalla sin tener que hipersaltar de nuevo.

—Alanik —dijo Arturo por radio—, necesito confirmación. El personal de ese hangar es hostil, ¿verdad?

Tuve que girar la nave de lado para ver a qué se refería. Había soldados de la Unidad dentro del hangar, algunos mirándonos confundidos, otros corriendo para ponerse a cubierto.

—Afirmativo —respondí.

—Recibido —dijo Arturo.

Abrió fuego mientras nos acercábamos al hangar y la gente de la Unidad que quedaba echó a correr también.

—¿Hace falta asegurar la zona? —preguntó Arturo.

—Lo hará mi gente.

O al menos, esperaba que lo hicieran mejor que la primera vez. Volamos al interior del hangar, depositamos la nave de transporte en el suelo y nos quedamos flotando por encima de ella. Por fin salieron los cautivos, entre ellos mi hermano Gilaf, que se volvió hacia nosotros y nos miró. No serían más de cincuenta personas, así que me pregunté si se habrían producido deserciones a la Unidad entre la gente de la Independencia.

Me quité el casco y saludé con la mano a Gilaf, que me devolvió el saludo antes de unirse a un grupo de pilotos de la Independencia que se dirigían ya

hacia los cazas que quedaban en el hangar. Cuando despegaran y se unieran a la batalla, superaríamos en número al enemigo.

De momento.

Volví a buscar señales de hipercomunicación. A lo lejos, en la miasma, capté el zumbido de una.

… en Hueco. Capturadla con vida… otra interferencia citónica… no sabemos muy bien qué esperar…

Sonreí. Quilan percibía a Jorgen y las babosas, como había hecho yo. Pero un grupo de humanos con hipermotores estaría en los últimos puestos de su lista de posibles explicaciones.

—Vienen más enemigos —avisé por radio.

—¿Sabemos cuántas naves? —preguntó Arturo.

—Ni idea —dije—. Dependerá de las que Quilan pueda reunir deprisa y corriendo.

Y del peligro que considerase que suponía yo.

Las naves no volaban tan rápido por la miasma como en el vacío, por la fricción del aire. Lo más probable sería que Quilan saliera de la atmósfera y bordeara el planeta para llegar. Avisaría a las unidades más próximas a nosotros que pudiera, lo que significaba que era probable que llegaran mucho antes que él.

Amplié los sensores de mi caza en busca de naves entrantes. Venían cruzando la miasma por el lado ocaso de Hueco y se encontrarían con el Escuadrón Cielo antes de llegar a nosotros.

—Vienen rápido. Lado ocaso.

—¿Qué es eso? —preguntó Jorgen.

Ah, claro.

—El lado por el que se pone el sol. Es el…

El contingente enemigo se dividió en dos grupos al aproximarse al árbol.

—Nosotros usamos las manecillas del reloj —dijo Jorgen—. Por ejemplo, detrás de mí son las seis en punto, delante son las doce.

Me sonaba de algo. Era una manera antigua de indicar las direcciones, imaginé que procedente de los tiempos en que estábamos aliados con los humanos.

—Aquí ya no usamos esa notación. Ten.

Le envié mentalmente la dirección para que viera a qué me refería.

—Tirda —dijo Jorgen—. Ya los veo en los sensores, y es verdad que vienen rápido. Son como unos veinte cazas.

—Los pilotos a los que hemos rescatado están subiendo a sus naves —respondí—, así que tendremos refuerzos.

Los soldados de la Unidad que quedaban no parecían muy dispuestos a salir al hangar y ponerse a tiro de nuestros destructores, por lo que los pilotos independientes habían tenido tiempo de sobra para llegar a sus naves. Arturo y yo podíamos regresar para ayudar en el combate sin temer que fuesen a arrasar a los míos.

—Volvemos hacia vosotros —avisé a Jorgen—. Deberíamos resistir dentro del árbol y entretener a las naves enemigas.

—Afirmativo —dijo Jorgen—. Pero si la cosa se pone fea o si intentan rodearnos, implementaremos el protocolo de rebote.

No sabía qué era eso, pero debía confiar en que sabrían manejarse. Encontré el canal de la Independencia en el comunicador y hablé a las naves.

—Pilotos de la Independencia, nuestros aliados están combatiendo a las fuerzas unitarias cerca de las instalaciones madereras. Defended la base y volveremos para daros apoyo cuando podamos.

—Alanik —dijo mi hermano por radio—, ¿quiénes son tus aliados?

No iba a divulgar esa información en abierto.

—Luego os lo explico.

Cambié al canal del Escuadrón Cielo y seguí a Arturo, que ya llevaba su nave hacia la entrada en la base de las ramas.

Los refuerzos de Quilan llegaron antes que nosotros. Vi que la mitad de su escuadrón se internaba por el cañón que llevaba a las instalaciones madereras y el resto se metía en la abertura superior, más amplia, que teníamos delante. Se habían separado para atacar a Jorgen y los demás desde ambos lados. Arturo empezó a disparar mientras los perseguíamos al interior y algunas naves se voltearon y devolvieron el fuego.

—Tenéis compañía ahí abajo —dijo Arturo por radio—. Estamos entreteniendo a los de aquí arriba.

—Recibido, Anfi —respondió Jorgen—. Escuadrón, formación de estrella. Posiciones de fuego cruzado. FM, Centinela, cubrid nuestras seis.

Había dicho que las seis significaba detrás de él, ¿verdad? Me alegré de que no estuviera dirigiéndose a mí al emplear esa terminología. Esquivé los disparos de una nave a la que Arturo y yo habíamos adelantado y nos seguía hacia las profundidades del árbol.

Llegamos hacia la formación del Escuadrón Cielo desde arriba, abriendo fuego contra las naves que los tenían acorralados cerca del fondo del árbol. La nave a la que estaba atacando perdió el escudo y le acerté con un disparo de

destructor en los propulsores. La piloto se eyectó, uniéndose a varios otros pilotos que descendían flotando a la instalación maderera mientras sus naves se estrellaban contra la pared de madera en el lado alba del árbol.

El Escuadrón Cielo volaba formando una esfera irregular con Jorgen y Kimmalyn en el centro, todos ellos con los anillos de pendiente rotados para que sus morros apuntaran hacia arriba en ángulos distintos. Estaban llenando el aire de disparos de destructor que se entrecruzaban. Era una formación similar a una que había aprendido cuando entrenaba, aunque nosotros utilizábamos disparos de láser. Si tenías un obstáculo por detrás y las suficientes naves enemigas amontonadas, cualquiera que intentase pasar se arriesgaba a quedar marcada en el fuego cruzado.

Arturo se situó en posición junto a Nedder y yo esquivé las naves que había entre nosotros y llegué al centro, con Kimmalyn y Jorgen.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté a Jorgen por radio—. Eres el líder. ¿No deberías estar fuera, en primera línea?

—¿Cómo? —se sorprendió Jorgen—. No. Si me pongo en primera línea, no puedo observar y dar órdenes. Y si yo estoy en apuros, ¿quién se ocupará de que el resto del escuadrón esté a salvo?

¿A salvo?

—Pero así te pierdes toda la acción —objeté—. ¿Cómo vas a demostrar tu valía?

—¿Mi *valía?* —repitió Jorgen.

—¡Rara, naves entrantes! —exclamó FM.

Kimmalyn hizo pivotar su caza para apuntar hacia abajo y abrió fuego. A mí me costó un segundo más situar mi nave en posición e imitarla.

Tenían buena puntería, sobre todo Kimmalyn. Acertó varias veces en los escudos enemigos antes de que las naves se desviaran a ambos lados para dar otra pasada.

Otros dos cazas superaron a FM y Centinela por debajo de nosotros. Lograron aproximarse lo suficiente para desplegar sus ganchos de luz, dos por nave, entrecruzados para formar una especie de red. Se separaron e intentaron volar a ambos lados de Kimmalyn para capturar su nave, pero ella se escoró a un lado y evitó la trampa.

—¡Tirda! ¿Qué es eso?

—Una red de luz —expliqué—. Es una táctica de captura. Tienen orden de atraparnos con vida.

O a mí, por lo menos, desde que Quilan sabía que estaba allí. Aunque si aquellos pilotos se aproximaban lo suficiente para reconocer a los humanos

bajo sus cascos de vuelo, su comandante comprendería de inmediato que tener a unos humanos que entregar a la Supremacía sería una buena jugada para la facción unitaria.

Pero yo no iba a permitirlo.

Las naves enemigas volvieron su red hacia Jorgen y disparé a una de ellas con mis destructores. El piloto trató de mantener la red un momento de más y logré anular su escudo. La nave dio media vuelta, renunciando a la red, pero Kimmalyn le dio el tiro de gracia y el caza cayó en una espiral descontrolada. El piloto se eyectó y la nave, en vez de salir disparada hacia un lado como las demás, siguió descendiendo en espiral hasta caer contra un edificio maderero más abajo.

Por lo menos no habría mucha gente viviendo en él, aunque supuse que aún quedarían algunos civiles. Esperé que se hubieran puesto a cubierto cuando empezó el combate.

—Caracapullo —dijo FM—, tenemos más naves entrantes.

Así era. Mis sensores identificaron un escuadrón completo de cazas de la fuerza aérea, muchos más de lo que habíamos estado persiguiendo por todo el árbol, y las naves irían equipadas con redes de luz. Aún teníamos unos minutos antes de que llegaran, pero venían a por nosotros.

—No podemos repeler a tantas —dijo Jorgen—. ¿Cómo de defendible es la base? ¿Tiene apoyo de tierra?

—¿Baterías armamentísticas? No —respondí—. No había recibido ataques desde hace casi un siglo. Puede que más.

—¡Tirda! —exclamó Jorgen—. Tenemos que salir de aquí. Escuadrón Cielo, protocolo de rebote. Replegaos a la base. No nos marcharemos sin la gente de Alanik.

¿Marcharse? En teoría íbamos a reconquistar y defender la base. Si nos íbamos, ¿cómo inspiraríamos al resto de la fuerza aérea independiente para que plantara cara?

Pero ya veía yo también las naves en la pantalla de mis sensores. En verdad eran demasiadas. No podríamos defender la base frente a tantas, ni siquiera aunque no hubiera ningún piloto citónico.

FM y Centinela desaparecieron al instante, pero vi a través de un agujero cómo se materializaban de nuevo fuera del árbol. Habían escapado utilizando sus hipermotores. Era evidente que los pilotos de la Unidad no se esperaban esa maniobra, y entreoí fragmentos de exclamaciones sorprendidas por radio a través del dominio negativo.

—Alanik —dijo Jorgen—, no queremos dejarte atrás.

Como si pudieran.

—Yo me ocupo —dije.

—Bien. Rara, diez en punto. Allá vamos.

—Recibido, Caracapullo —respondió Kimmalyn, y entonces sus dos naves desaparecieron.

10

Aún no tenía muy claro qué dirección eran las diez en punto, pero deduje a qué agujero del árbol se refería Jorgen, lo alcancé a través del dominio negativo y tiré de mí misma hasta el otro lado. Era mi tercer hipersalto en menos tiempo del que me habría gustado, y los ojos parecían más fijos en mí que otras veces, pero emergí del dominio negativo a medio kilómetro de Jorgen y Kimmalyn, que estaban mucho más cerca entre ellos.

¿Cómo lo haces?, pregunté a Jorgen.

Envío a las babosas la imagen de una ubicación. Y entonces se lo pedimos amablemente.

¿Se lo pedís amablemente?

Hay otras formas de hacerlo, dijo él, *pero esta es la nuestra*.

Los resultados eran indiscutibles.

Teníamos un momento para resituarnos mientras el enemigo salía por los agujeros de Hueco. Traté de seguir la batalla en el monitor de mis sensores. Las naves de la Independencia ya habían despegado y defendían la base. No sabía cuánto personal de la Unidad seguiría allí dentro, pero nos ocuparíamos de ellos más adelante. Confié en que, cuando hubiéramos ganado aquella escaramuza, se rendirían.

El Escuadrón Cielo se dispersó, obligando a las naves enemigas a trazar círculos alrededor del árbol y acercándose a la base de la Independencia. Jorgen y Kimmalyn se quedaron atrás mientras el primero daba instrucciones al resto de sus pilotos. Yo seguía sin entenderlo. Si un líder de equipo hubiera actuado así en las ligas juveniles, o en el entrenamiento de la fuerza aérea, lo sustituirían de inmediato. Quedándote atrás era imposible mejorar las estadísticas de disparo y las puntuaciones de evasión, y nadie avanzaba si sus cifras no eran lo bastante impresionantes. Ver trabajar a Jorgen hizo que me

preguntara si quizá habría exagerado en mi percepción sobre la agresividad humana basándome en unas pocas discusiones verbales y en la disposición a volar por los aires una sola cabina de nave.

Cuatro cazas de la Unidad cargaban hacia nosotros desde abajo por las ramas de Hueco e hice pivotar mi nave para disparar mis destructores a una de ellas. La nave esquivó bordeando la rama y volando cerca de las estructuras construidas hacia abajo en su parte inferior para usarlas como cobertura.

Era una maniobra de cobarde. No iba a disparar a esa nave mientras sobrevolaba a civiles, pero tampoco tenía intención de dejarla escapar. Le mantuve el ritmo a poca distancia, preparándome para seguir disparando. La nave siguió rodeando la rama, ascendiendo en trayectoria de espiral, seguida de cerca por mí. Esperé a llegar a un sector de la rama sin objetivos civiles cerca y abrí fuego. El caza intentó esquivar, pero Kimmalyn llegó desde un lado y sus destructores le cortaron el rumbo de huida. El escudo de la nave cayó y un nuevo disparo de Kimmalyn impactó en uno de sus propulsores, haciendo que saliera rodando, despedida de la rama.

El piloto de la Unidad se eyectó, pero no llegó al árbol y siguió flotando hacia abajo más allá de la irregular piedra de pendiente de Hueco.

Alanik, dijo Quilan en mi mente, *no sé de dónde has sacado a otro citónico, pero solo estás empeorando tu propia situación al resistirte*.

Casi le repliqué que él solo empeoraba la suya al enfrentarse a nosotros, pero me contuve. No merecía la pena.

—Anfi, Nedder, Centinela necesita apoyo —dijo Jorgen.

Seguí a Kimmalyn de vuelta hacia el jefe de escuadrón. Cerca de la base del árbol vi la nave de Centinela acorralada por tres enemigos que habían unido sus ganchos de luz para formar una red. Se lanzaron hacia ella y una se le adelantó para cerrarle el paso. Atraparon su nave en la red de luz y empezaron a remolcarla tras ellos. FM aceleraba a su cola, abriendo fuego de destructor.

—Centinela —dijo Caracapullo—, ¿quieres que te saque de ahí?

—Afirmativo —respondió ella—. Pilluela está preparada.

Centinela desapareció del interior de la red. Las naves enemigas titubearon un segundo, supuse que preguntándose qué había pasado, antes de invertir sus propulsores para intentar atrapar a FM en la red. Anfi y Nedder derribaron a dos mientras FM esquivaba con agilidad y elegancia.

—Esto… ¿Alanik? —dijo Jorgen—. ¿De quién es la voz en mi cabeza que no eres tú?

—De Quilan —respondí—. Viene de camino.
—Quiere saber quién soy, pero no le he respondido.
—Haces bien —dije—, créeme.
Nos habíamos zafado de casi toda la primera oleada de naves, pero la segunda se cernía sobre nosotros. Tardarían escasos minutos en llegar.
—Caracapullo —dijo Arturo—, no podemos con todas esas naves. ¿Tenemos algún plan?
—A menos que haya alguna forma de defender la base —repuso Jorgen —, nos tocará evacuar.
Había esperado tener más tiempo para contactar con las demás bases de la Independencia y solicitar que vinieran cazas en nuestra ayuda. Pero si la mitad de los pilotos de Hueco nos habían abandonado, significaba que teníamos incluso menos apoyo del que había creído. Tal vez, si Detritus hubiera enviado un destacamento militar más numeroso…
Había dicho a Cobb que daría el mejor uso que pudiera a lo que estuviera dispuesto a ofrecerme, y pretendía cumplir mi palabra. Habíamos rescatado a mi gente. Eso ya era un logro. Si los humanos estaban dispuestos a colaborar conmigo, podíamos seguir avanzando a partir de eso.
—Hagámoslo —dije.
—¿Y dónde vamos? —preguntó Arturo—. ¿Podemos hipersaltar a Detritus?
—¿Tan pronto? —intervino Nedder—. ¡Ahora que empezábamos a divertirnos!
—No podemos —dijo Jorgen—. Me ha llegado un mensaje de Cobb por el hipercomunicador. Por lo visto, la asamblea ha concertado una reunión con la Supremacía. Cobb ha tenido que ordenar que nos detengan a nuestro regreso, para evitar que mi madre lo aparte. Le preocupan las concesiones que están haciendo. Si llevamos a Detritus a la gente de Alanik, teme que terminen siendo moneda de cambio.
—Eso no va a pasar —le aseguré.
—Tirda, esas naves vienen deprisa, Caracapullo —avisó FM—. No podemos sacar a todo el mundo con un solo hipersalto. Si intentamos enlazarnos todos, seríamos un objetivo demasiado grande.
—Es verdad —dijo Jorgen—. Tendremos que usar los hipermotores, lo cual implica que habrá que saltar a algún lugar que las babosas conozcan, o a alguno que yo vea, al menos la primera vez.
—La plataforma —propuse—. Hoja Errante. Usad los hipermotores para llegar bajo las torretas automáticas. Los citónicos de la Unidad no pueden

teleportarse. Allí no vendrán a por nosotros.

Por lo menos, hasta que Quilan convenciera a sus amigos de la Supremacía de enviar a citónicos capaces de hipersaltar para sacarnos de allí. No lo intentaría si podía evitarlo, porque pretendía demostrarles lo útil y cooperativo que era. Su esfuerzo sería en vano si tenía que pedir a la Supremacía que le hiciera todo el trabajo.

—Quizá sea nuestra mejor opción —admitió Jorgen—. Llevaremos a tantos UrDail como podamos. Alanik, ¿se lo comunicas tú?

—Ahora mismo —dije.

Los refuerzos de Quilan ya estaban llegando y llovía fuego de destructor desde las ramas de arriba. El Escuadrón Cielo los recibió delante de la base de la Independencia, cumpliendo la orden de Jorgen de defender ese espacio aéreo. Cambié la radio al canal de la Independencia.

—Pilotos independientes —dije—, llega toda una flota y su fuerza es abrumadora. Tenemos que huir. ¿Quién está al mando?

—Alanik —respondió mi hermano—, nuestro capitán está herido por la explosión. Hablo yo en nombre del grupo. ¿Dónde iríamos?

Lamenté que hubiera salido gente herida, pero me alegré de que Gilaf no estuviera entre ellos.

—Vamos a abandonar la base —dije— y retirarnos a Hoja Errante.

Hubo un largo silencio en la línea.

—A Hoja Errante —repitió otra piloto—. La plataforma que nos dispara.

—Exacto —confirmé—. Manteneos juntos en el espacio aéreo frontal de la base. Que alguien aterrice y diga a quienes no tienen nave que se congreguen en el transporte dañado de la Supremacía. —Sería nuestra única posibilidad de rescatar a la familia de Rinakin y a nuestros otros aliados no combatientes, además de a los heridos—. Iremos a recogeros. Nuestros aliados tienen unos métodos… poco convencionales, pero no os dejaremos atrás.

—Entendido —dijo Gilaf, aunque en tono dubitativo.

—Aguantad —les pedí—. Vamos a sacaros de ahí.

—Tenéis nuestro apoyo —dijo Gilaf.

—Y vosotros el nuestro. —Cambié de nuevo al canal de comunicación de los humanos—. Los civiles van a reunirse en la nave averiada. Deberíamos poder usar una lanza de luz para trasladarla con nosotros, ¿verdad?

—Sí —respondió Jorgen—. Rara y yo vamos en dirección a Hoja Errante. Enviaré primero a Rara y luego las demás naves saltarán a la posición de la suya. Igual nos hacen falta varios viajes para llevar a todo el mundo.

Esperé que sus hipermotores les permitieran de algún modo evitar los ojos. Debía de ser así, teniendo en cuenta que la Supremacía no ponía reparos a usarlos con tanta frecuencia.

—Si es posible, agradecería que me llevarais a mí también mediante hipermotor —dije, reacia a arriesgarme a otro salto tan pronto si era evitable.

—Claro, como quieras —respondió Jorgen. Sonaba perplejo, pero no me cuestionó—. Ayúdanos a defender la base y te sacaremos cuando hayamos terminado.

Seguí en la pantalla de los sensores su aproximación y la de Kimmalyn a la plataforma. Volaban a través de la miasma casi a Mag 9, una velocidad que sin duda amenazaría con destrozar sus naves.

Aquellos humanos iban en serio.

—No os acerquéis demasiado —les advertí.

—Tenemos experiencia con estos trastos —dijo Jorgen—. Mantendremos la distancia.

Aceleré yo también para reunirme con los humanos delante de la base. Las naves enemigas surcaban el espacio aéreo intentando ahuyentar a los defensores, pero los humanos luchaban por parejas, acosando lo suficiente al enemigo para impedir que aterrizara y detuviera a mi gente.

Descendí hacia la entrada del hangar y adopté una posición defensiva cerca del transporte averiado de la Supremacía. Incluso desde aquella distancia, distinguí a gente apretada contra el cristal en la parte trasera de la bodega, con la mirada alzada hacia nosotros, probablemente preguntándose qué iba a ocurrir.

Por lo menos, me habían hecho caso. No podría haberlos sacado de allí de otro modo.

—Muy bien, tengo línea visual con la superficie de la plataforma —dijo Jorgen—. Rara, ¿preparada?

—Preparada —respondió Kimmalyn.

Vi en mis sensores de proximidad que la nave de Kimmalyn desaparecía del cielo.

—Rara, informa —ordenó Jorgen.

—¡Estoy bien! —exclamó Kimmalyn—. Cerca de la superficie de la plataforma, bajo las torretas automáticas. Estoy buscando alguna entrada del hangar.

—No hay tiempo —replicó Jorgen—. Escuadrón Cielo, rebote autorizado.

—Recibido, Caracapullo —dijo Arturo—. Vamos a ello.

Por encima de nosotros en vertical, percibí que Quilan descendía desde su punto de reentrada en la atmósfera.

Alanik, dijo, *renuncia a esto antes de que alguien salga herido*.

Demasiado tarde, repuse.

Disparé a una nave enemiga para impedir que siguiera persiguiendo a FM, quien conectó su nave a una de la Independencia mediante su lanza de luz.

Las dos desaparecieron.

Por todo el campo de batalla, las naves humanas empezaron a esfumarse llevando consigo cazas de la Independencia. Un momento después FM apreció de nuevo, tan cerca de Jorgen que estuvieron a punto de colisionar.

—¡Perdón! —exclamó FM por el comunicador—. ¡Hay que entrenar mucho mejor su orientación espacial mientras vuelan!

Reaparecieron también otras naves humanas y abandoné mi puesto junto a la entrada de la base para proporcionarles fuego de cobertura mientras Jorgen hacía lo que podía para esquivar a sus propios compañeros de escuadrón.

—¿Por qué lo hacen así? —pregunté a Jorgen por radio.

—Estamos usando la babosa de Rara como ancla en un lado y la mía en el otro —explicó él—. Es una táctica nueva. Aún estamos puliéndole los inconvenientes.

Los humanos hicieron otra ronda transportando a más naves de la Independencia a la plataforma.

—Anfi —dijo Jorgen cuando Arturo reapareció—, llévate la nave de la Supremacía.

—Hecho —respondió Arturo.

Pasé volando por delante del hangar, atrayendo el fuego de las naves cercanas y luego volcando sobre el ala por encima de la base para librarme de ellas. No vi que Arturo hipersaltara con la nave dañada de la Supremacía, pero a mi regreso encontré el hangar vacío. Una nave se abalanzó sobre mí, liberando una ráfaga de destructores.

Ríndete, Alanik, dijo Quilan en mi mente. *Tus fuerzas están menguando y no tienes ningún lugar al que huir*.

No era cierto del todo, pero supuse que Quilan aún no lo había averiguado. Me lo llevé lejos de la base y de Jorgen. No quería que ninguna nave humana se quedara atrapada en el fuego cruzado si Quilan decidía…

Una corriente recorrió veloz el dominio negativo junto a mi ala izquierda e hice un tonel volado para esquivar.

Si Quilan estaba dispuesto a lanzar hojas mentales, debía de haber mejorado con ellas hacía poco. En nuestros últimos entrenamientos juntos, se

habría derribado a sí mismo al intentar algo parecido.

—¿Cuántas naves quedan? —pregunté a Jorgen.

—No muchas. Un viaje más y listos. ¿Cómo va todo en tu lado, Rara?

—He encontrado un hangar —dijo Kimmalyn—. Parece que dentro hay generadores atmosféricos funcionales.

Menos mal. Había dado por sentado que no habría gran cosa aprovechable en la plataforma, porque, si todavía fuese útil para algo, la Supremacía la habría desmantelado hacía mucho tiempo. De vez en cuando algún grupo de saqueadores o de amantes de las emociones fuertes se arriesgaba a rebasar las baterías de armamento automáticas, pero poco más.

Alanik, no puedes esconderte de nosotros, envió Quilan a mi mente. *Ríndete ahora mismo.*

¿O qué?, repliqué. *¿La Supremacía no me quería viva?*

Sí, dijo Quilan. *Pero si sigues resistiéndote, habrá que hacerlo de otra manera*.

Y al instante, Quilan y otras dos naves que venían tras él abrieron fuego.

Me lancé a una secuencia defensiva, pero no era tan diestra ni rápida como lo habría sido en mi propia nave, donde los controles eran intuitivos por completo para mí. Bajé el morro en dirección a Hoja Errante, sobrecargué el propulsor y salí disparada en picado por delante de Quilan y sus compañeros. Me dio la impresión de que mi caza iba a deshacerse cuando los condensadores gravitacionales llegaron al límite de su capacidad de absorción de inercia, pero un momento después vislumbré Hoja Errante entre la arremolinada neblina roja. La plataforma de armamento automática era tan enorme como las ramas más grandes de Industria.

Quilan me ganaba terreno con rapidez y mantuve la mente abierta al dominio negativo a mi alrededor, lo que me permitió esquivar cuando arrojó otras dos ráfagas de hojas mentales hacia mis alas. No podía buscar una nave humana que me llevara con su hipermotor teniendo a Quilan a mi cola, o al menos no sin ponerla en peligro. Tendría que arriesgarme a hacer otro hipersalto yo misma y confiar en salir de una pieza al otro lado.

—Alanik —llamó Jorgen—, ¿podrás arreglártelas sola?

—Eso intento.

Tendría que hipersaltar bajo las armas automáticas, pero si quería llegar a una altura tan exacta por debajo de la zona de fuego pero sobre la plataforma para no estrellarme, necesitaría ver dónde iba.

—Creo que esa era la última, Caracapullo —dijo Arturo.

—Entendido. Nos retiramos. Alanik, ¿necesitas asistencia?

Quilan haría trizas las naves humanas con aquellas hojas mentales suyas. El único capaz de verlas venir sería Jorgen, y no tenía tiempo de explicarle a qué debía estar atento.

—Yo me ocupo —dije mientras extendía la mente por el dominio negativo hasta el espacio sobre la plataforma.

Sentí una ondulación a mi cola, pero esquivé demasiado tarde. Un rayo conmocionador impactó contra mi mente, desconcentrándome y dejándome la visión borrosa, llena de estrellas. Casi me dejó inconsciente.

Mi escudo encajó el ataque de rápidas descargas de destructor y se agotó por completo. No tenía tiempo de volver a orientarme. Extendí la mente al dominio negativo y tiré de mí misma y de mi nave a través de él hacia la plataforma.

Apenas vi los ojos, pero sí sentí su odio. Aquellos ojos intentaban asirme, me buscaban, se preparaban para destrozarme si me encontraban…

Emergí mientras empezaba a recuperar la visión, pero, aturdida como estaba, me había teleportado a demasiada altura por encima de la plataforma. Uno de los enormes cañones pivotó en mi dirección y abrió fuego. Me lancé en picado de inmediato hacia la plataforma.

Demasiado tarde. Recibí un impacto en el propulsor que sacudió mi nave y la dejó vibrando. El cañón automático disparó de nuevo.

Apunté a un lugar más cercano a la superficie de Hoja Errante y tiré de mí misma para internarme en el dominio negativo. Millares de ojos observaron mi nave, que tosía humo dando bandazos, y entonces regresé, sobrevolando la plataforma a escasa distancia. Traté de elevarme, pero no dejaba de perder altitud, y deprisa.

—¡Alanik! —gritó Jorgen por la radio.

Mis sensores me mostraron al Escuadrón Cielo y los cazas de la Independencia lejos por detrás. Mi nave perdió potencia y la miasma se abrió ante mí mientras el morro se hundía hacia la dura superficie de la plataforma.

11

¡Eyéctate! —me gritó Jorgen por el comunicador.

Busqué a tientas la palanca de eyección en el lado del asiento, pero solo conseguí desestabilizarlo, no separarlo de la nave.

Tirda, esa no era la palanca.

¿Dónde está?, le chillé a través del dominio negativo, y entonces se formó en mi mente la nítida imagen de otra palanca justo debajo de las rodillas. Mi nave seguía sacudiéndose, en caída libre hacia la superficie de la plataforma.

Tiré de la palanca con todas mis fuerzas y la cubierta de la cabina salió despedida con una detonación mientras se activaban unos cohetes bajo el asiento que lo propulsaron al aire. Me preparé para hipersaltar de nuevo si la eyección me ponía al alcance de las torretas automáticas, pero dejé de ascender antes de eso y se abrió el paracaídas, que tiró de mí descendiendo sobre la superficie de Hoja Errante. Con una voltereta, me detuve en la base de una torreta.

Me quité las correas del paracaídas y corrí por la superficie metálica en dirección a los restos de mi nave, mientras la miasma se me pegaba al traje de vuelo.

Las baterías armamentísticas dispararon por encima de mí, repeliendo a Quilan y su gente. Estaban salpicando la plataforma con fuego de destructor, pero no podían apuntar bien desde fuera del alcance de las armas automáticas. Me metí bajo el techo de metal que se extendía alrededor de las torretas y corrí en dirección hacia la entrada del hangar que había encontrado Kimmalyn. El Escuadrón Cielo y los pilotos de la Independencia ya habían hecho aterrizar sus naves en el suelo vacío del hangar. Tanto los humanos como los UrDail habían descendido de sus cazas, se habían quitado los cascos y estaban mirándose unos a otros, boquiabiertos.

Jorgen fue el último en abrir la cubierta de su nave, y al instante miró alrededor hacia las demás.

Estaba contándolas. Confirmando que los suyos estuvieran bien y estimando cuántas naves de la Independencia habíamos rescatado. Serían unas dos docenas, además del transporte averiado de la Supremacía. Reconocí a la hija de Rinakin entre la gente que asomaba la cabeza desde su interior.

Me quité el casco. Kimmalyn estaba en lo cierto y la plataforma seguía generando atmósfera. Se me ocurrió que tal vez los saqueadores habían estado haciendo el mantenimiento a los generadores para facilitarse el trabajo. Superar las baterías automáticas era difícil y peligroso, pero no imposible si se contaba con los suficientes drones para distraer a las torretas. Quienquiera que hubiese estado allí antes que nosotros debía de estar bien financiado, además de loco. De nosotros solo podía afirmarse lo segundo.

—Lo hemos conseguido —dijo Jorgen—. Alanik, tu nave…

—Destruida —respondí. Quizá aún pudiera rescatarse alguna pieza que otra, pero nunca volaría de nuevo.

—Me alegro de que estés bien —dijo Jorgen, sin mencionar los daños a una propiedad de los humanos.

Mi hermano bajó de un caza de la Independencia y echó a andar hacia mí despacio, observando a los humanos como si les tuviera miedo. Cuando llegó delante de mí, me abrazó.

—Alanik, temía que te hubieran capturado. —Era muy propio de Gilaf preocuparse por mí cuando era él a quien habían hecho preso—. Me alegro de que estés bien, pero… —Miró a su alrededor por el hangar—. ¿Humanos?

No había explicado a nadie de mi familia lo que había sucedido durante mi misión a Visión Estelar, solo que no había ido según lo previsto.

—Están dispuestos a aliarse con nosotros contra la Supremacía.

Vi que algunos otros pilotos de la Independencia se miraban entre ellos, buscando sentido a esa noticia. Inin, la hija de Rinakin, dio un paso adelante. Llevaba una chaqueta de maternidad adaptada a su abdomen redondo, que me recordó que esperaba un bebé para unos pocos ciclos solares más adelante. Al anunciarlo, Rinakin había dicho que desearía retirarse para ayudar a cuidar del bebé, pero por supuesto la situación política lo había hecho imposible.

—Mi padre se temía que la Supremacía fuese a por ti —dijo Inin—. ¿Sabes si está…?

No iba a suavizarle esa noticia con mermelada.

—Lo han detenido —respondí—. Tenemos que encontrarlo antes de que lo entreguen a la Supremacía. Quilan pretende hacer lo mismo con todos

nosotros, intercambiarnos a Rinakin, a vosotros y a mí por un acuerdo comercial más ventajoso, por más avances.

No sabía qué estaba pidiendo exactamente la Unidad, pero…

—Progreso para ReAlba —dijo mi hermano en tono asqueado, y oí murmullos en el mismo sentido procedentes del grupo de pilotos.

Inin miró a Jorgen. Ella no tenía alfiler intérprete, pero Jorgen sí.

—¿Venís a rescatar a mi padre? ¿A ayudar a que el viento gire a nuestro favor?

—Hum… Venimos a establecer una alianza —respondió Jorgen, y me miró—. Juntos somos más fuertes, en teoría, pero aquí estamos en bastantes apuros. No es que esta sea muy buena posición desde la que lanzar una contraofensiva.

—Cierto —dije—. Pero hemos salvado a mi gente, y eso os lo agradezco.

Gilaf me sonrió, pero parecía preocupado. Como todos.

Y con buen motivo.

FM miró hacia arriba por la claraboya del hangar, comprobando que no hubiera naves.

—¿Pueden llegar hasta aquí? —preguntó.

Busqué a Quilan en el dominio negativo y sentí su mente flotando lejos, en la miasma.

—Creo que no —dije—. No tienen a ningún citónico capaz de hipersaltar. Les queda la opción de traer drones y usarlos como señuelos para las baterías de armamento, pero así no lograrían colar muchas naves. Serían una o dos y tendríamos todas las de ganar.

Y más teniendo con nosotros a los pilotos de la Independencia. A Quilan no le quedaría más remedio que retirarse y reorganizarse. Dada la posición que ocupaba en esos momentos, era muy consciente de ello.

Si la Supremacía se empecinaba de verdad en capturarme, terminaría presentándose. Pero ni siquiera Quilan tenía a citónicos de la Supremacía a su entera disposición, y menos aún si pretendía demostrarles su valía, de modo que contábamos con algo de tiempo.

—¿Puedes oír sus comunicaciones? —me preguntó Jorgen—. ¿Están planeando algo?

No capté transmisiones superlumínicas en la zona, pero Quilan se esperaría que intentáramos escucharlas, así que tal vez estuviera comunicándose por radio.

—¿Sería posible sintonizar su canal? —dije a Jorgen.

—Lo intento —respondió él.

Activó el comunicador de su nave y desconectó los auriculares para que lo oyéramos todos. Estuvo un rato buscando entre el silencio y la estática hasta que por fin llegó una voz desde su panel de mandos.

—… pueblo de ReAlba, con el apoyo de ambos partidos, nos complace enormemente anunciar que…

Gilaf soltó una palabrota y yo estuve a punto de hacer lo mismo. Era la voz de Nanalis.

—Déjalo ahí —pedí.

Jorgen apartó los dedos del dial mientras Nanalis se dirigía al público en tono imperioso.

—… nuestra colaboración para elevar a los UrDail al escenario galáctico.

—¿Quién es? —preguntó Arturo, acercándose.

—La presidenta del Consejo —expliqué—, la líder electa de ReAlba. De momento, al menos.

Inin se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la nave de la Supremacía. Su padre llevaba años oponiéndose a Nanalis en el Consejo.

—Gracias —dijo una voz conocida, e Inin puso cara de sorpresa—. Os habla Rinakin, sumo canciller del Partido por la Independencia. —Y de verdad era él—. Por muchos desacuerdos que tengamos, una cosa en la que coinciden la Unidad y la Independencia es que ambas facciones queremos lo mejor para ReAlba y para su pueblo.

—¿Es la persona a quien veníamos a salvar? —preguntó Jorgen.

Asentí mientras, por todo el hangar, noté que los pilotos de la Independencia se tensaban. Nuestro bando no debería estar hablando así, y mucho menos en pleno golpe de Estado militar por parte de la Unidad.

—Es el momento de apartar a un lado nuestras diferencias —prosiguió Rinakin— en nombre del progreso para ReAlba. Me complace anunciar que ambos partidos apoyan la cooperación con la Supremacía.

Aquello era madera podrida. Rinakin estaba usando casi las mismas palabras exactas de Nanalis en su anuncio durante el partido. Jorgen me miró.

—Están obligándolo a decirlo —aventuré—. Tiene que ser eso.

El rostro de Inin se endureció mientras asentía.

—En los próximos días —siguió diciendo Rinakin— trabajaré junto a Nanalis y el Consejo para garantizar el futuro tanto de la Unidad como de la Independencia, y, lo primero y principal, nuestro progreso.

—Progreso —repitió Gilaf—. Así lo llaman, pero en realidad nos están vendiendo. Todas las otras bases se han rendido. Todas menos nosotros.

—Queda un asunto que me preocupa en nuestro avance como coalición —añadió Rinakin—. Alanik, si estás escuchándome, entrégate. Todavía no es demasiado tarde para formar parte de la solución. Muchas gracias.

La transmisión concluyó y Jorgen desconectó la radio.

12

Mantuve la mirada fija al frente, intentando encontrar algún sentido a aquello. Uno de los humanos a quienes aún no me habían presentado se rascó la cabeza.

—Yo no soy el más listo de aquí —dijo—, pero a mí me ha sonado a que vota a favor de la Supremacía.

Reconocí su voz de las conversaciones por radio. Era Nedder, el humano que volaba con Arturo.

—No sé cómo lo habrán convencido —repuse.

Debían de haberlo amenazado, porque Rinakin nunca aceptaría sobornos. Era demasiado honrado para hacerlo. Pero todo el mundo tenía algo que le daba miedo. Todo el mundo tenía algo que no estaba dispuesto a sacrificar. No sabía qué sería en mi caso, y esperé no tener que descubrirlo nunca.

—Mi padre nunca se rendiría ante la Supremacía —dijo Inin.

—Es verdad —confirmé, sobre todo para oídos de los humanos.

Y porque era verdad. Rinakin creía en el debate, en la discusión, en seguir defendiendo su postura y dialogar con la Unidad. Creía en convencer a la gente de entrar en razón, pero siempre se había mantenido fiel a sus principios. Era imposible que hubiera cambiado de bando en cuestión de horas. E incluso si lo hubiera hecho, jamás me habría reprendido así en público.

Era él quien me había enviado a Detritus. Quien me había pedido que buscara ayuda. Después de hacer eso, no iba a anunciar al planeta entero que era una fugitiva.

—Pero sí que era su voz —añadí—. Tal vez le hayan dicho que tienen presa a su familia y hayan amenazado con torturarlos.

Gilaf se removió inquieto y vi que algunos otros pilotos de la Independencia me miraban alarmados. La idea de que la Unidad fuese capaz de torturar a alguien les resultaba demasiado violenta, demasiado agresiva incluso para tratarse de ellos.

Pero teniendo en cuenta que Quilan acababa de intentar *matarme*, yo no me sentía tan comprensiva.

—Es posible —dijo Inin—. Si es el caso, tenemos que rescatarlo. —Miró a Jorgen—. Vosotros nos habéis salvado. ¿Estáis dispuestos a ayudarnos también con esto?

—Rinakin es quien me ha enviado con los humanos —expliqué a Inin—. Esta alianza es idea suya.

La operación no había salido tan bien como habríamos querido, pero sí contábamos con más pilotos y aún quedaba esperanza.

—Es verdad que venimos a ayudar —dijo Jorgen, y casi lo oí repasando mentalmente sus órdenes, intentando deducir qué estaba autorizado a hacer y qué no—. Y también que es terrible que estén utilizando a vuestro líder en contra de vuestro movimiento.

—Pero no sabemos a ciencia cierta que estén amenazándolo —repuso Arturo—, ¿verdad? ¿Cómo sabemos que no ha cambiado de opinión y ya está?

Inin entornó los ojos, pero me adelanté y hablé yo antes que ella.

—No lo ha hecho. Nunca lo haría.

Arturo y Jorgen se miraron. Aquellos humanos no conocían de nada a Rinakin. Tampoco me conocían a mí lo suficiente para confiar en mi juicio de la situación, y a mi gente incluso menos. Si yo estuviera en su posición, también dudaría.

—Tenemos que pensarlo bien antes de hacer nada —añadió Arturo.

—Sí —dijo Nedder—, no vayamos a cometer alta traición por tener datos equivocados o algo.

—No hemos cometido traición —replicó Jorgen—. Teníamos orden de venir.

—Teníamos la orden concreta de *no* venir —intervino FM—, ¿recuerdas?

—Cobb lo ha expresado así porque no le quedaba más remedio —dijo Jorgen—. Siguen siendo órdenes, aunque fueran… no-órdenes. Por tanto, no es alta traición, ¿verdad?

Miró alrededor esperando que se lo confirmaran, pero todos se quedaron callados.

—Benditas sean tus estrellas —dijo Kimmalyn al cabo de un momento.

Jorgen maldijo.

La chica del pelo azul, que había supuesto por eliminación que era Centinela, se acercó a mí.

—No nos han presentado —dijo—. Me llamo Sadie, y él es Nedd.

Nedd. Por lo menos sería fácil de recordar. Sadie señaló a los otros dos hombres, que estaban apoyados en una nave.

—Ellos son Tenderete y Gatero. Sus verdaderos nombres son Trey y Corbin, pero nadie los llama así. Todos usamos sus identificadores.

No tenía ni idea de cuál era Tenderete y cuál Gatero, pero tampoco pregunté.

—Este es mi hermano Gilaf —respondí—. Y ella, la hija de Rinakin, Inin.

No sabía los nombres de todos los demás, pero nadie parecía considerar que fuera buen momento para pedir a los humanos que los recordaran todos. Me volví hacia Gilaf. Tenía que convencer a los humanos de que lanzáramos una ofensiva desde allí contra la Unidad, y sería más fácil lograrlo sin tener a todo el resto de mi gente escuchando.

—Tendremos que cartografiar estas instalaciones —dije—, saber de qué disponemos. ¿Puedes llevarte a los pilotos y buscar algún lugar seguro para que descansen la familia de Rinakin y los demás?

Gilaf echó un vistazo a la tripa de Inin, que lo miró con resentimiento. Estaba claro que no le hacía gracia que la trataran como a un bebé solo por estar embarazada de uno.

—Yo estoy bien —dijo Inin—, pero sí que es buena idea confirmar que sea un lugar seguro. Vuestro capitán está herido y necesitará un lugar donde descansar.

Tenía razón. Me acerqué la nave de la Supremacía, que tenía abierto el portón de la bodega de carga. Dentro había varios civiles sentados y el capitán de la Independencia, tumbado en el suelo con una médica al lado atendiendo su pierna herida.

—¿Necesitará más ayuda? —pregunté. Podía llevarlo hipersaltando a un hospital, pero prefería no arriesgarme si no hacía falta.

—Nos las apañaremos —respondió la médica—, pero tardará un tiempo en volver a estar en activo.

—Muy bien —dijo Gilaf, y se volvió hacia Jorgen—. Gracias por acudir en nuestra ayuda. Pero eso que habéis hecho, lo de trasladarnos de un sitio a otro… ¿sois todos citónicos?

Jorgen pareció alarmarse, como si no supiera si debía revelar sus secretos. Los humanos se habían dejado las babosas en las naves y yo no quería

enfadarlos, pero saber de qué recursos disponíamos serviría para inspirar a los míos.

—Sus naves tienen hipermotores —dije a Gilaf.

—¡Sacude las ramas! —exclamó mi hermano, y oí murmullos de sorpresa y alivio de los demás pilotos—. Me alegro de que vayamos a aliarnos.

Entró en la nave de transporte para ayudar a la médica a levantar al capitán, y el grupo entero de pilotos cruzó el vestíbulo que llevaba al interior de la plataforma. Inin y los otros civiles fueron tras ellos.

Esperé que la zona no fuese demasiado peligrosa y que no quedara ni rastro de ningún saqueador. Pero Gilaf y los demás estaban bien entrenados. Sabían defenderse solos y protegerían al resto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jorgen—. No sabemos si tu amigo Rinakin quiere que lo rescatemos. Y esta gente… ¿son los únicos UrDail que podemos esperar que se pongan de nuestra parte?

—Rinakin está de nuestra parte —repuse.

—Sí —dijo Jorgen—, pero está criticándote en público y es solo una persona.

Una persona a la que escuchaba mucha gente, lo cual lo hacía muy importante. Pero dado lo que acabábamos de oír, por el momento eso nos perjudicaba.

—Eres una fugitiva —afirmó Jorgen—, y ahora nosotros también lo somos por ayudarte.

—No nos libraremos de un consejo de guerra si volvemos a casa, ¿verdad? —preguntó Sadie.

—A lo mejor Jorgen sí —dijo Kimmalyn—. ¿Crees que tu madre te metería en la cárcel por alta traición?

—Tal vez —respondió Jorgen—. Pero no me tranquiliza nada saber que están dispuestos a meteros a los demás. Tirda, ¿qué vamos a hacer?

—Podrías llamar a Cobb —propuso FM—, a ver qué quiere que hagamos.

Jorgen negó con la cabeza.

—Cobb ha dicho que estaría en contacto, pero que no llame yo. Intenta mantener el engaño de que no tuvo nada que ver con nuestra partida, para que mis padres no lo aparten del todo de las negociaciones.

—¿Podrían hacerlo? —preguntó Kimmalyn.

—Es posible —dijo Jorgen—. No hay muchos artículos concretos en la normativa sobre cómo llevar la diplomacia galáctica, así que tienen cierta manga ancha.

—La diplomacia es un error —repliqué—. No estaréis mejor allí que aquí si vuestro gobierno está planteándose capitular.

—Pero si nuestros dos gobiernos actúan en el mismo sentido, ¿qué vamos a hacer nosotros al respecto? —preguntó Jorgen—. Somos pilotos. No tenemos ninguna influencia sobre ese tipo de cosas.

—Hay mucha gente en ReAlba que hará lo correcto cuando vea clara la situación —dije—. Pero los están engañando. La Unidad habla como si fuésemos a llevarnos todos bien, pero es imposible hacerlo con quienes quieren oprimirnos.

Miré a los demás, evaluando sus reacciones. Mi posición era muy precaria. Si decidían no ayudarme, los demás pilotos y yo tendríamos que arreglárnoslas solos.

Los humanos se miraron entre ellos. Parecían resignados, lo cual en ese caso me convenía. Solo tenía que darles un motivo para creer que había esperanza.

—Rescatar a Rinakin cambiará las cosas —dije—. Es un hombre muy apreciado en mi pueblo. Si la Unidad está amenazándolo y lo llevamos a un lugar seguro, podrá ser sincero, decir a la gente lo que de verdad pretenden los unitarios. Se han apoderado del ejército y han capturado a los nuestros. Si el pueblo oye eso de labios de Rinakin, se unirá más gente a nuestra causa.

Jorgen suspiró.

—Muy bien. Ya puestos, hagamos todo lo posible. —Miró por la claraboya hacia la gigantesca torreta automática, que había dejado de disparar. Sentí a través del dominio negativo que Quilan estaba alejándose más—. ¿Qué hace aquí esta plataforma, por cierto?

—Es una estación de combate —respondí—. La abandonaron después de la segunda guerra, hace siglos. Creo que antes se desplazaba por la miasma a voluntad, pero ahora solo va a la deriva.

—Echémosle un vistazo —dijo Jorgen—. Las plataformas de Detritus son muy parecidas y todas tienen más capacidades aparte del disparo automático. A lo mejor esta tiene un escudo que podamos activar, o alguna otra cosa que nos sirva para rescatar a Rinakin. —Se volvió hacia mí—. ¿Hay algún motivo por el que no puedas hipersaltar y traértelo? ¿Es porque no sabes dónde está?

—Si sigue emitiendo, será bastante fácil triangular su posición —respondí —. Pero algunos citónicos de la Unidad tienen la capacidad de inhibir, y no creo que vayan a dejar a Rinakin sin vigilancia. Además, la Supremacía ha prestado a la Unidad unos cuantos inhibidores citónicos, aparte del que lleva esta nave —añadí, señalando el transporte averiado.

—¿Ese inhibidor sigue a bordo? —preguntó FM.

Era buena pregunta. El inhibidor de la nave había seguido funcionando incluso después de destruir la cabina. En esos momentos estaba desactivado, pero la tecnología debería estar todavía en la nave. Subí al casco y examiné lo que quedaba del transporte.

Las hileras de asientos para pasajeros seguían más o menos intactas, y al final del pasillo había un panel con instrumental… y una caja sujeta a un lado. Recorrí el pasillo seguida de FM.

—Eso es una caja para taynix —dijo mientras pasaba apretándose contra mí para arrodillarse ante ella. Los demás humanos se amontonaron alrededor del agujero en el casco y miraron.

—Dentro no hay babosa —dijo Jorgen—. Podríamos sentirla si la hubiera.

Yo tampoco captaba nada dentro de la caja. Pero cuando FM la separó de la pared y la abrió, un taynix azul claro con los pinchos de color verde brillante nos miró desde el interior.

—Hola, preciosidad. —FM metió la mano y sacó la babosa con cuidado. Volvió la cabeza para mirar a Jorgen—. Conque no había babosa, ¿eh?

—No la percibo en el dominio negativo —dije. De hecho, ni siquiera podía acceder con la mente al espacio donde reposaba entre los brazos de FM, aunque era una zona demasiado pequeña para haberme dado cuenta antes—. Se ha… inhibido a sí misma.

—Es adorable —comentó Sadie.

FM le pasó una mano por las espinas y la babosa empezó a zumbar un poco, como si estuviera nerviosa.

—Supongo que esto explica cómo lo hacen —dijo Jorgen—. Y ahora tenemos un taynix inhibidor. A lo mejor descubrimos cómo hacer que inhiba la plataforma.

—¿No se lo podéis pedir amablemente? —pregunté.

—Podemos intentarlo —dijo FM—, pero tal vez necesite un poco más de entrenamiento. A las otras les costó un tiempo.

—Tiempo —trinó la babosa en voz baja.

—De todos modos —dijo Jorgen—, si logramos aprovechar las capacidades de la plataforma, ganaremos un poco de tiempo. Que también nos serviría para determinar la posición de Rinakin.

FM no soltó a la babosa, ni parecía tener muchas ganas de hacerlo. En teoría ese taynix pertenecía a mi pueblo, ya que lo habíamos encontrado en nuestro territorio, pero yo no sabía qué hacer con él, así que supuse que de momento estaba mejor en sus manos.

—Supongo que tendrán preso a Rinakin en el árbol Consejo o cerca. Es donde viven los citónicos de la Unidad.

—Más árboles —dijo Nedd—. ¿De verdad vivís en ellos, no en la superficie del planeta?

—ReAlba es un gigante gaseoso —le expliqué—. Su única superficie es el núcleo, y allí la atmósfera es irrespirable. Solo bajamos para extraer mineral.

—¿Este es vuestro planeta natal? —preguntó Sadie—. O sea, ¿tu pueblo ya vivía en árboles hasta antes de tener cazas estelares?

—Sí —dije—. Los árboles de ReAlba siempre han sido nuestro hogar.

Sadie dio un gritito emocionado.

—¡Pero cómo mola!

—Y también da un poco de miedo —añadió FM—. ¿Y si os caéis?

—¿Vosotros os caéis mucho de vuestras plataformas? —repliqué.

—No —dijo ella—, pero en realidad tampoco vivimos en ellas. La nuestra es una base militar. Todos los civiles de Detritus viven bajo tierra. En la Plataforma Primaria no hay niños.

—Nosotros aprendemos desde pequeños a tener cuidado —dije—. No andamos por el borde de las ramas sin llevar equipo de seguridad. Tenemos vallas, barandillas y redes. Sí que se caen unas pocas personas cada año, pero sus muertes se deben sobre todo a fallos del material, como que se rompa una liana elástica.

Me miraron todos como si hubiera perdido el juicio.

—De acuerdo —dijo Jorgen—, miremos por ahí a ver qué encontramos en esta plataforma.

Asentí. No estaba segura de si habría algo útil, pero al menos los humanos ya no estaban hablando de huir.

—Alanik —siguió diciendo Jorgen—, ¿qué tal si pruebas con la radio mientras buscamos? Si emiten algo más, tal vez nos dé pistas de lo que planea la gente que ha capturado a Rinakin.

Supuse que los humanos querían hablar entre ellos sin mí, pero no podía impedírselo. Intentarlo haría que pareciera desesperada.

—Muy bien —respondí.

FM sacó la babosa azul de la nave y los humanos fueron hacia el umbral que lleva al interior de la plataforma. Yo salí del transporte de la Supremacía y subí a la cabina de Jorgen para trastear con el comunicador. Vi que había una caja atornillada bajo el panel de mandos, parecida a la que había

contenido a la babosa inhibidora. Abrí la tapa y Babosa Explosiva me miró expectante, como queriendo que le diera más tiras de alga.

Iba a llevarse una gran decepción.

Al cabo de unos minutos, alguien se acercó a la cabina abierta del caza. Arturo caminaba hacia mí con su babosa amarilla y azul en un cabestrillo al pecho. Debía de haber vuelto para sacarla de su propia nave.

Hice ademán de salir de la cabina, pero Arturo levantó una mano.

—Alanik, ¿podemos hablar? —preguntó.

—Sí.

Arturo miró atrás, como si no quisiera que nos oyera nadie. La babosa que llevaba en el cabestrillo me miró inquisitiva.

—Estaba pensando en lo que has dicho antes, en Detritus, lo de que la Supremacía quiere que entreguéis a los humanos que colaboraban con nosotros.

No se lo había dicho a él, así que imaginé que Jorgen se lo habría contado.

—No colaborábamos con ningún humano —respondí.

—Cierto —dijo Arturo, con el rostro muy serio—. Pero ahora sí.

«Uy». Había estado tan centrada en conseguir ayuda que no me había parado a pensar en las apariencias. Era evidente que no debería haberle revelado a Jorgen esa exigencia concreta.

—Hemos estado luchando juntos contra la gente que quiere entregaros a la Supremacía —argumenté.

—Así es —dijo Arturo—, pero disparar a unas cuantas naves no significa que no tengas pensado traicionarnos de algún otro modo.

Era verdad, y nada que yo dijera podría demostrar lo contrario.

—Por tanto, crees que estoy mintiéndoos.

—No lo sé —dijo Arturo—. No estoy seguro de qué motivaciones tienes. Jorgen cree que quieres aliarte con Detritus y que vas a enseñarle a usar sus poderes.

—¡Usar sus poderes! —repitió su taynix, como para enfatizarlo.

—Tranquila, Naga —dijo Arturo, acariciándole los pinchos del lomo.

—Lo haré —prometí—. Y encantada, ya que estamos trabajando juntos. Habéis arriesgado mucho viniendo aquí.

—Mucho —convino Arturo—. Así que espero que no vinieras a Detritus buscando a humanos que utilizar para apaciguar a la Supremacía.

Me ericé.

—¡Jamás colaboraría con ellos! Su madera está podrida del todo.

—Quiero creerte —dijo él—. Y Jorgen también. Por eso no le ha contado a Cobb esa parte.

Debería haberlo hecho, por supuesto. Su comandante había tenido que decidir sin contar con toda la información.

—Jorgen sospecha que os estoy engañando —dije.

—No —repuso Arturo—. Jorgen está demasiado ocupado dando vueltas a si ha desobedecido las órdenes. Soy yo a quien le preocupa que nos engañes. —Me miró a los ojos. Los tenía oscuros y profundos, no claros y brillantes como la mayoría de los UrDail—. ¿Podemos confiar en ti?

—Ya lo habéis hecho, al marcharos de vuestro planeta conmigo.

Yo había huido de ellos tras nuestro primer encuentro, reacia a confiar en ellos, y aun así habían venido a ayudarme. Yo no habría hecho lo mismo, pero me alegraba de que en eso no nos pareciéramos.

—Cierto —dijo Arturo—. Porque los beneficios potenciales superaban los riesgos. Necesitamos aliados, igual que vosotros. Y aunque andemos perdidos en lo relativo a política galáctica, no estamos indefensos. Si nos traicionáis, contraatacaremos, ¿queda claro?

Arturo me había transmitido la amenaza con voz calmada y monótona, como si no fuese más que un hecho. Aquellos humanos poseían hipermotores, habían descubierto el secreto en cuya búsqueda yo había partido y fracasado. Y no solo eso: también habían sobrevivido durante casi un siglo a las hostilidades de la Supremacía.

—Subestimaros sería un error muy grave —afirmé.

—Me alegro de que en eso estemos de acuerdo.

—Y no tengo ninguna intención de traicionaros a vosotros ni a vuestro pueblo.

Arturo no apartó la mirada de mí, su rostro pensativo, evaluándome. Me molestó no poder interpretar en sus ojos lo que estaba viendo.

—Gracias —dijo—. Querría pedirte que esto quede entre nosotros.

Dio media vuelta y regresó con andar confiado en la dirección hacia la que se habían marchado Jorgen y los demás.

Lo miré hasta que se perdió de vista. No había engañado a los humanos para que me acompañaran con la intención de entregarlos a la Supremacía a cambio de algo, pero sí que era verdad que pretendía utilizarlos, en cierto sentido. La Supremacía se valía del ejemplo de la supuesta extinción humana para aterrorizar y someter a mi pueblo. Si los UrDail veían a humanos luchando en nuestro bando, comprenderían que era posible resistir, incluso

ante una fuerza aterradora. Su misma existencia era un arma que podía emplear contra mis enemigos.

Y dadas las circunstancias, sería una estupidez no hacerlo.

13

Había un límite al tiempo que estaba dispuesta a esperar en la nave de Jorgen antes de salir a reunirme con él y los demás. Por lo menos no me costó nada localizar a Jorgen, ya que sentía su mente y me bastó con caminar en esa dirección. Los pasillos de la plataforma eran lisos y estériles, similares a los de Detritus, aunque tenían estructura de inmensos tubos, más que de pasadizos cuadrados.

Jorgen pareció estremecerse un instante, lo que me hizo preguntarme si estaría percibiendo mi acercamiento. Y entonces…

¿Alanik?, envió a mi mente.

Sí, respondí. *Has podido establecer contacto*.

Se parece a cuando me comunico con las babosas, pero a la vez es distinto. Es más fácil cuando Spensa abre la conexión.

¿Has hablado con ella hace poco?

No sabía si Spensa sería capaz de comunicarse desde el dominio negativo igual que nos comunicábamos a través de él.

Sí, dos veces. En las dos fue como que… se me apareció. Pero no estaba ahí de verdad. No fue como un hipersalto.

El mensaje llegó acompañado de una cierta tristeza. Una nostalgia, tal vez.

Spensa y tú sois íntimos, dije.

Se añadió otra emoción a la tristeza. ¿Vergüenza?

Ah, envié. *¿Spensa y tú sois una pareja reproductiva?*

¿Una qué? ¿Una…? No, no somos pareja reproductiva. O sea, no hay reproducción. Me refiero a que…

Reí, y la voz de Jorgen desapareció de mi mente. Me dio la impresión de que se retiraba a propósito, lo cual era bueno en caso de ser cierto. Ya estaba

aprendiendo, incluso sin mi instrucción. Yo había descubierto hacía tiempo que, con los poderes citónicos, esa era la mejor manera. Más que aprenderse directamente, se experimentaban y se guiaban. Tu mente sabía lo que debía hacer por instinto, así que en la mayoría de los casos el truco estaba en dejar de ponerte zancadillas y permitírselo.

Encontré a algunos humanos fuera de una sala llena de paneles de instrumentos. Jorgen y Kimmalyn estaban apoyados en el hueco de la puerta, observando cómo FM estudiaba la tecnología.

—¿Habéis encontrado algo que nos sirva? —les pregunté.

—Puede —dijo Jorgen—. ¿No serás ingeniera, por casualidad?

—No, solo piloto —respondí. Crucé el umbral y eché un vistazo a los botones e interruptores que FM estaba examinando—. ¿Alguno de vosotros tiene experiencia con estas cosas?

—Gali sí —dijo FM—. A lo mejor, él nos diría si algo de aquí activa un escudo o está conectado a un inhibidor citónico.

—Cualquiera de las dos cosas sería útil —comenté.

FM giró el cuello para mirar a Jorgen.

—Me encantaría preguntarle a Gali, pero no creo que sea buena idea meterlo en esto.

—Igual podríamos sacarlo sin que nadie se diera cuenta —dijo Jorgen—. Si hiciéramos que alguna babosa nos llevara a C-A-S-A…

El alfiler tradujo eso último como una sucesión de letras, pero no tenía ni idea de qué palabra componían en el idioma humano.

—¿Qué significa? —pregunté.

Jorgen suspiró.

—Significa el lugar donde vives. FM la estableció sin querer como la palabra clave para que las babosas nos devuelvan a Detritus.

—No fue sin querer —replicó FM—. Fue una decisión lógica.

—Y ahora intentamos que lo hagan únicamente si antes se lo ordenamos diciendo su nombre —prosiguió Jorgen—, pero a veces se equivocan y, cuando alguien dice algo como: «Echo de menos estar en C-A-S-A», su babosa lo teleporta al hangar de ingeniería de la Plataforma Primaria. Lo cual puede ser solo una molestia si está, por ejemplo, en el comedor o algo por el estilo.

Kimmalyn suspiró.

—Pero es mucho más incómodo si estás a punto de meterte en la cabina de limpieza, desnuda como el día que viniste al mundo.

—No es que Kimmalyn lo sepa por experiencia propia necesariamente —matizó FM.

—Benditas sean las estrellas de esos sorprendidos ingenieros —añadió Kimmalyn.

—Así que ahora nos toca deletrear algunas palabras básicas —concluyó Jorgen—, cuando podríamos haber elegido algo menos frecuente como palabra clave.

—Entonces, ¿pronunciáis la palabra y la babosa hipersalta llevándoos? —pregunté—. Qué práctico.

—Cuando funciona, es una maravilla —dijo Jorgen—. Cuando no, es molesto en el mejor de los casos.

—Humillante en el peor —añadió Kimmalyn.

—Podría ser peligroso —insistió Jorgen.

—Eh —dijo FM—, Gali y tu sois los que quisisteis seguir con la misma palabra al entrenar a las demás babosas, para no complicarlo.

—Aún estamos trabajando con ellas —dijo Jorgen—. No llevábamos mucho tiempo antes de que llegaras. Pero de momento, todas van a C-A-S-A si se lo pedimos. Algunas también nos trasladan a un par de kilómetros de distancia si les decimos que den un S-A-L-T-O.

—Tampoco sé lo que significa eso —respondí—. Creo que estos alfileres no saben deletrear bien.

—Es la palabra que significa impulsarte al aire con los pies —explicó FM—. También es la segunda mitad de la palabra «hipersalto», que por suerte no parecen reconocer como orden. Eso sí, a todos los taynix se les da un poco mejor obedecer esta segunda orden solo cuando antes decimos su nombre.

—Posiblemente porque prefieren ir a C-A-S-A que aparecer vete a saber dónde —dijo Kimmalyn—. Como todo el mundo.

—¿Son las únicas órdenes a las que responden? —pregunté. Los humanos estaban revelándome por iniciativa propia los detalles del uso de sus hipermotores, pero no iba a señalárselo.

—Para cualquier otra cosa es necesario un citónico —dijo FM—. Jorgen puede pedir a las babosas que hipersalten a cualquier lugar que vea, o a uno que visualice y las babosas reconozcan. Los demás estamos limitados a las órdenes verbales, para las que hay que entrenar de antemano. Los taynix se acostumbran bastante rápido, y también comprenden algunos conceptos abstractos básicos como el de peligro. Estamos trabajando en un programa de vinculación. Por eso los llevamos en cabestrillos, aunque Ingeniería está desarrollando una mochila para ellos. La idea es que, aunque el piloto no pueda dar la orden, la babosa le tenga el suficiente apego como para sacarlo

del peligro, y que al ir conociéndonos entiendan lo que nos conviene y lo que no.

—¿No es mucho que pedirle a una babosa?

—¡Babosa! —flauteó Branquia con suavidad.

—Sí que lo es —dijo FM—, pero lo están haciendo de maravilla, ¿verdad que sí, Branquia?

—¡Branquia! —exclamó la babosa de Kimmalyn, y al instante apareció encima del panel de control delante de FM, estirándose para mirar a Branquia dentro del cabestrillo.

—Buena chica, Feliz —la felicitó FM.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una lata que contenía una sustancia de aspecto pringoso. La taynix la devoró con ansia del dedo de FM, a pesar de los esfuerzos de Branquia por acercarse y quitarle un poco.

—Esa es la otra orden que se saben —dijo Jorgen—. Reconocen los nombres de las demás babosas y van a buscarse entre ellas, estén a la distancia que estén. Así que, incluso si Alanik no quisiera teleportarse a Detritus para traer a Gali…

—¿Estamos dándonos cuenta otra vez de lo inútiles que somos sin los ingenieros? —preguntó Sadie, que llegaba por detrás de nosotros con los demás—. Creía que ya lo teníamos asumido.

—Y deberíamos —dijo Tenderete, o quizá Gatero—. Pero resulta que no hay límite para la cantidad de veces que tenemos que aprender lo evidente.

—Habla por ti —replicó el otro—. Yo ya lo sabía. Solo estaba esperando a que los demás espabilarais.

Arturo llegó tras ellos acompañado de Nedd. Hizo como si yo no existiera en absoluto, como si nuestra conversación no hubiera tenido lugar. Era perfectamente razonable que no confiara en mí, pero aun así me molestaba, por muy justificado que estuviera y por inteligente que fuese por su parte pensar que podía traicionarlos.

—¿Nadie se nota más… pesado aquí? —preguntó Nedd.

—Sí —dije—. Nuestros planetas tienen una leve diferencia gravitatoria. Me he fijado en Detritus. No creo que sea la suficiente para que importe.

—A mis cuádriceps sí que les importa —respondió Nedd—. Están como si me hubiera dedicado a correr alrededor del huerto en Alta. —Me miró y parpadeó—. Seguro que aquí no tenéis huertos, al vivir en árboles.

—Sí que los tenemos —dije—. Injertamos árboles más pequeños en las ramas de los grandes. También crecen por sí mismos en los sitios donde la corteza se desintegra en escombros.

FM devolvió su taynix a Kimmalyn.

—Esperaba que mirar esta tecnología me hiciera saltar la chispa, ya que paso tanto tiempo escuchando a Gali hablar de estas cosas, pero no. Aún no sé lo suficiente. —Miró hacia Jorgen—. Es posible que el Alto Mando no sepa que Gali estaba al tanto de que nos íbamos. No quiero meterlo en líos.

—Podríamos intentar sacarlo y devolverlo antes de que se entere nadie —insistió Jorgen—. Pero para eso sí que necesitaríamos la ayuda de Alanik. Si usamos la ubicación de C-A-S-A para hipersaltar a la Plataforma Primaria, nos descubrirán. Hasta es posible que mi madre tenga a gente vigilándola por si llegamos.

—Quiero ir yo —dijo FM—. Explicaré la situación a Gali.

—Eso podemos hacerlo cualquiera —repuso Nedd.

—Sí, pero… —dijo FM, hablando muy despacio—. En mí confía.

—Confía en todos nosotros, ¿no? —replicó Nedd—. Excepto en Alanik, supongo. Sin ánimo de ofender.

—¿Por qué iba a ofenderme? —pregunté—. Es un hecho.

—¿Lo veis? —dijo Nedd—. Ya sabía yo que me gustabas.

Arturo lanzó a Nedd una mirada que no supe interpretar bien.

—Que Alanik vaya a recoger a Gali —dijo Jorgen—, con FM para que le explique cómo están las cosas. ¿Te parece bien, Alanik?

¿Que si estaba dispuesta a llevar a alguien conmigo para infiltrarme en una plataforma llena de gente que a esas alturas, casi sin la menor duda, me consideraría una criminal?

—Por supuesto —respondí.

—Puedo hipersaltar yo sola hasta Gali —dijo FM—. A Branquia se le da de maravilla encontrar a su babosa.

—Aun así, prefiero que vayas con Alanik —respondió Jorgen—. Suponemos que Branquia volverá luego sin problemas, pero podría fallar, y no quiero que te quedes atrapada en Detritus enfrentándote a un consejo de guerra.

—Un momento —dijo Nedd—, ¿por qué se le da tan bien a Branquia encontrar a la babosa de Gali?

—Porque hemos entrenado mucho con ellas —explicó FM, aunque se le había enrojecido un poco la cara y sonaba a la defensiva.

—Vale —dijo Nedd—, pero hemos practicado con todos los taynix. Hemos entrenado tantas veces que creo que hasta yo sería capaz de encontrar a estas babosas en la ninguna-parte.

—No lo serías —dijo Jorgen.

—Déjalo estar, Nedd —dijo Arturo.

—Pero si solo digo que…

—¡Ya sé lo que dices! —exclamó FM, en voz demasiado alta. Todos la miraron. FM suspiró—. A las nuestras se les da tan bien encontrarse entre ellas porque Gali y yo estamos saliendo y las usamos para vernos sin que haya preguntas incómodas, porque aún no queríamos contárselo a todo el mundo. Hala, hecho. Ya lo sabéis.

—Oh —dijo Nedd.

Siempre parecía tener algo que comentar sobre cualquier cosa, pero en esos momentos parecía avergonzado. Basándome en las reacciones del grupo, supuse que Jorgen y Kimmalyn ya lo sabían y a Tenderete y Gatero les daba igual.

—¿Las parejas son tabú en vuestra cultura? —pregunté—. Parece que a todos os cuesta hablar del tema.

—No son un tabú —dijo FM—, pero sí algo… personal. —Me miró—. ¿Los UrDail siempre habláis abiertamente de estas cosas?

—Bastante, la verdad —respondí—. Desde luego, no son nada de lo que avergonzarse. A veces depende de las costumbres familiares, pero en general a la gente le entusiasman las parejas porque los niños siempre son bienvenidos.

—Aquí nadie está hablando de niños —se apresuró a aclarar Jorgen.

—¿Os lo imagináis? —dijo FM.

Yo no entendía nada.

—¿Por qué, por estar en guerra? Pero todos vosotros nacisteis ya en guerra, ¿verdad?

Por fuerza era así, a menos que hubiera entendido fatal los patrones de envejecimiento humano.

—Porque somos demasiado jóvenes —dijo FM—, y porque somos pilotos que luchamos en el frente. No es una vida que favorezca la crianza. La mayoría venimos de familias de pilotos, pero al menos uno de nuestros padres no volaba, así que…

—Un momento —la interrumpí—. ¿Os crían vuestros *padres?*

Todos los humanos me miraron como si hubiera hecho una pregunta muy tonta.

—Claro —dijo Kimmalyn—. ¿Quién te crio a ti?

—Mis abuelos —respondí—. En nuestra cultura se busca pareja reproductiva muy pronto, para tener hijos mientras nuestros padres aún son lo bastante jóvenes y sanos para criarlos. Los padres trabajan para mantener a la

familia, así que no tienen ni el tiempo ni la energía para ocuparse de ellos. Además, solo son dos, mientras los abuelos son al menos cuatro, así que es mucho más probable que puedan cuidar ellos de los niños que los padres.

—Vaya —dijo Sadie—. Supongo que, visto así, tiene sentido.

Estaba intentando imaginarme cómo se las ingeniarían los padres humanos para ocuparse de sus bebés mientras, según el ejemplo de FM, aún tenían edad para volar en la fuerza aérea. Me parecía un sistema muy mal pensado.

—Vale —dijo Jorgen—. Creo que lo que sacamos de esto es que ninguno queremos hablar de relaciones ni planeamos tener hijos en el futuro cercano, con la posible excepción de Alanik.

—Yo no voy a criar —dije—. No estoy en una pareja reproductiva. Pero tampoco me importa contároslo. En mi cultura no se considera vergonzosa ni una cosa ni la otra.

—Pues a mí sí que me da vergüenza —repuso Nedd—. ¡Todo el mundo tiene pareja menos yo! FM tiene novio, Arturo está casi comprometido…

—No lo estoy —intervino Arturo.

—… y Jorgen y Spensa…

—Cállate, Nedd —dijo Jorgen.

—Kimmalyn, ¿tú estás con algún chico?

De pronto, Kimmalyn pareció muy incómoda.

—Hum, *no*.

—De verdad, ya era bastante horrible estar viendo todo el día a Arturo y Bryn poniéndose ojitos, y ahora encima…

—No tendrás que volver a verlo, no te preocupes —dijo Arturo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque lo hemos dejado.

Todos fijaron la mirada en Arturo. Solía proyectar un aire de confianza, pero en esos momentos se encogió un poco.

De acuerdo, entendido. Estaba claro que a los humanos les entraba una vergüenza irracional con el tema de las relaciones. Era increíble que su especie hubiera logrado sobrevivir.

—¿Ah, sí? —preguntó Nedd. Su expresión había pasado a ser preocupada—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace unos días. Me escribió una carta. Pero creía que estaba claro que nadie aquí quería hablar de relaciones. ¿Cambiamos de tema, por favor?

—Estrellas, sí —suspiró Jorgen.

—La cuestión —dijo FM— es si creemos que la ayuda de Gali con esta plataforma será lo bastante beneficiosa como para pedirle que se arriesgue a un juicio militar con nosotros.

—Si el juicio es militar, nos absolverán —respondió Jorgen—. Porque Cobb es nuestro comandante en jefe y nos ha dicho que vengamos. Para que nos condenaran, el juicio tendría que ser civil, y no se nos puede procesar según el código civil porque lo único que hemos hecho es desobedecer una orden, lo cual no contraviene ningún artículo de ese código.

—También hemos robado unas naves estelares —le recordó Kimmalyn.

—¡Que son propiedad militar! —exclamó Jorgen—. Así que también debería juzgarnos la FDD. No hemos cometido traición ni robo mayor.

Parecían todos dubitativos, Jorgen incluido, pero si así se quedaba más tranquilo, no vi ningún problema en dejar que siguiera confiando en aquella lógica defectuosa.

—Has desobedecido a tu madre —apuntó Nedd—. ¿Qué crees que va a hacerte?

—No lo sé —respondió Jorgen—, pero al menos eso no os afecta a los demás.

—Querría llevarme mi nave —dije—. Si no, tendremos a un piloto menos en el aire. Si la traemos también, ¿creéis que Gali podrá terminar de montarla?

Tras la experiencia que había tenido con un caza humano, prefería pilotar mi propia nave con solo que pudiera despegar.

—Seguro que sí —respondió FM—. Se disgustó mucho por haberla desmantelado y que luego la necesitaras.

—Creo que la pregunta importante aquí —dijo Arturo— es qué otras opciones tenemos.

Nos quedamos todos callados.

—De acuerdo —dijo Jorgen—. Los demás nos quedaremos aquí y miraremos si hay algún lugar donde la plataforma esté preparada para interactuar con los taynix.

—¿Interactuar? —pregunté.

—Si esta plataforma tiene tecnología de hipercomunicación o hipermotores, lo más seguro es que haya cajas para taynix —explicó FM—. Como la de la nave averiada de la Supremacía.

—Mientras vais y volvéis, buscaremos las cajas —dijo Jorgen—, y así luego Gali nos ayudará con ellas cuando llegue.

Esperé que no tardáramos tanto en ir y volver como para que buscaran mucho. Sacar de la plataforma humana a Gali y mi nave debería ser una misión rápida.

Pero esas cosas rara vez terminaban siendo tan sencillas.

—Muy bien —dije—, ¿estamos preparadas?

FM rascó a Branquia en la cabeza.

—Deja que nos lleve yo —dijo—. A Branquia le vendrá bien practicar.

La verdad era que recelaba un poco de dejarme llevar de un lado a otro del universo al antojo de una babosa, pero los humanos parecían convencidos de que funcionaría. Además, seguía queriendo conocer los secretos de la tecnología de hipermotores. Aquella era mi oportunidad de ver uno en acción.

—De acuerdo —dije.

FM se puso a mi lado y me apoyó una mano en el hombro.

—Tirda, espero que no esté en la cabina de limpieza ni nada por el estilo —dijo.

—O en una reunión con el Alto Mando —añadió Jorgen.

—Exacto —dijo FM—. Branquia, llévame con Trapo.

—¡Trapo! —chilló la babosa con entusiasmo.

Necesité toda mi concentración para no resistirme al tirón del dominio negativo cuando me vi absorbida a él por una fuerza que escapaba por completo a mi control.

14

No estaba preparada para la sensación de flotar en el dominio negativo mientras los ojos fijaban su mirada penetrante en algo que no fuera yo. Solía acaparar toda su atención cuando hipersaltaba, pero en esa ocasión ni siquiera repararon en mi presencia. Fue un alivio estar oculta a ellos, pero al mismo tiempo también me sentí un poco insultada.

Emergimos en un pasillo de la plataforma humana, justo delante de Gali, que dio un chillido.

—¡Tirda! —exclamó—. ¡Qué miedo da cuando no te lo esperas!

—¡Calla, calla! —le dijo FM mientras lo agarraba por el brazo y se lo llevaba por la puerta más cercana.

Miré a un lado y a otro del pasillo desierto antes de seguirlos. Habían entrado en lo que parecía un pequeño almacén. No vi ninguna otra salida, pero supuse que siempre podíamos escapar hipersaltando si era necesario.

—¿No hacíais esto muy a menudo? —susurré a FM—. No esperaba que montara tanto escándalo.

—Por lo general quedamos antes —dijo Gali—. ¿Le has dicho que hacemos esto mucho?

—Ha sido culpa de Nedd —se excusó FM.

—Eh… vale —dijo Gali—. En fin, hola. Deberíais saber que hay una orden de arresto inmediato sobre todo el escuadrón. Podrían acusarme a mí también solo por hablar con vosotras.

Ya me había parecido que las justificaciones de Jorgen estaban muy traídas por los pelos. FM no había soltado el brazo de Gali y estaban los dos muy juntos. Por desgracia, yo tampoco estaba a demasiada distancia, porque no quedaba mucho espacio entre los estantes de… paquetes de tiras de alga, al parecer. Debíamos de estar cerca de las cocinas de la base.

—Necesitamos que nos ayudes en ReAlba —dijo FM—. Hemos encontrado una cosa, una plataforma averiada que antes se movía por el planeta. Se parece a las de aquí, pero la verdad es que no sabemos cómo funciona. Ni cómo utilizarla.

—¿Y habéis decidido aparecer en medio de un pasillo? ¿En un lugar donde se os busca por deserción?

—Ah, ¿solo es por desertar? —preguntó FM—. Ya temíamos que nos acusaran de alta traición.

—Y de robo mayor —añadí—. Por llevarnos ocho naves estelares.

—Nueve, contando la tuya —dijo FM.

—No creo que tengan decidido todavía qué acusación formal van a hacer. Pero sería muy grave que os detuvieran por cualquiera de ellas.

Estábamos divagando.

—¿Querrías venir a ReAlba para ayudarnos con la plataforma? —le pregunté.

Gali me miró sorprendido.

—¿Que si querría…?

—Venir con nosotras para echarle un vistazo a la plataforma —dijo FM —. Si no te ven marcharte, podrías volver sin que nadie sepa que nos estabas ayudando.

—Solo que además quiero llevarme mi nave —le recordé.

—Es verdad —dijo ella—. Pues entonces, explícales que te hemos secuestrado o lo que sea.

—Añadiendo eso a nuestra lista de crímenes —señalé.

Gali nos miró con los ojos muy abiertos.

—Os ayudaré. Pero deberíais saber que aquí también están pasando muchas cosas. Cobb y Jeshua han ido a reunirse con unos representantes de la Supremacía.

Recordé que era el motivo que había dado Cobb a Jorgen para que no regresáramos a Detritus con el escuadrón de la Independencia.

—¿Ya han vuelto? —pregunté.

Gali asintió.

—Ha sido una reunión rápida. Han salido usando un hipermotor para hablar con una nave justo fuera del escudo y establecer condiciones. A la vuelta se han encerrado para ver qué quieren hacer. Es posible que estén hablando por hipercomunicador con la gente de la Supremacía ahora mismo.

—Esperad —dije.

Extendí la mente al dominio negativo en busca de voces cercanas y encontré una desconocida que estaba diciendo:

… comprendemos sus reparos… un peligro para sí mismos y para los demás… aprender las medidas adecuadas de seguridad para evitar catástrofes… envíen a sus citónicos para que los entrenemos…

—Están pidiendo a vuestros líderes que envíen a sus citónicos con la Supremacía —dije—. Intentaron que hiciéramos lo mismo en ReAlba, primero con buenas palabras y luego con amenazas. Creo que Quilan está convencido de que les demostrará su valía si me entrega en persona, y de que en ese caso la Supremacía los dejará en paz a él y a los demás citónicos.

—Los padres de Jorgen no estarán planteándoselo, ¿verdad? —preguntó FM a Gali—. ¿Entregar a su propio hijo a la Supremacía?

—Mis propios padres sugirieron que a lo mejor me convenía recibir entrenamiento de la Supremacía —dije—. Os sorprendería lo que es capaz de creerse la gente.

—¿Y es posible que de verdad te conviniera? —preguntó Gali—. Aquí vamos a ciegas en todo lo relativo al potencial citónico. Está claro que tú sabes hacer muchas más cosas que Jorgen, así que tal vez los citónicos de la Supremacía sean incluso más capaces.

—Lo son —confirmé—. Pero no van a ayudaros, digan lo que digan.

—Entiendo que la asamblea se lo plantee, de todos modos —dijo FM—. Que crean que ofrecer un par de vidas a cambio de que termine la guerra sea un sacrificio aceptable. Que arriesguen a unos pocos para salvar a muchísimos. Al fin y al cabo, es a lo que nos comprometimos todos nosotros, ¿verdad? Puede que los padres de Jorgen lo vean como algo parecido a dejar que se alistara en la FDD, y la posibilidad de alcanzar la paz…

Contuve el aliento. Les había dicho una y otra vez lo que opinaba de hacer las paces con la Supremacía. Ya sabían cuál era mi actitud al respecto. Mientras escuchaba a FM, capté otra voz que se transmitía por el hipercomunicador, la de Jeshua Weight.

… garantías de que permanecerán ilesos…

… valiosos, respondió la voz alienígena. *Nunca mostraríamos tanta agresividad como para…*

… tanta agresividad como para exterminarnos…

… colaboran, no tienen nada que temer… entreguen sus hipermotores y…

—Los representantes de la Supremacía dicen que no harán daño a los citónicos —dije en voz alta. Y tal vez fuese cierto, pero de todas formas

enviarlos sería un error garrafal—. Y Cobb tenía razón. También quieren que entreguéis vuestros taynix.

—No podemos hacerlo —dijo FM—, ¿verdad?

—¿Verdad? —repitió Trapo, y Gali le pasó una mano por los pinchos.

—Pretenden encerraros aquí —afirmé—. Es lo que hacen siempre, aislar a la gente en su planeta a menos que cumpla sus normas.

—Eso ya nos lo estaban haciendo —respondió Gali—. Desde que nuestra flota se estrelló en el planeta.

—Solo que ahora estamos en condiciones de marcharnos —dijo FM—. No podemos renunciar a esa capacidad sin arriesgarnos a que intenten exterminarnos otra vez. De momento, el escudo se lo impide…

—Pero eso no durará siempre —terminó la frase Gali—. Tienes razón.

—Y no vamos a entregarles los taynix —dijo FM—, pase lo que pase.

… negociar. Por supuesto, requeriríamos garantías de que… en caso de que cooperemos…

Humanos o UrDail, los políticos eran iguales en todas partes.

—Pues parece que se lo están pensando.

—Me refería a nosotros —dijo FM—. *Nosotros* no vamos a entregarlos. Los políticos tendrán que venir a UrDail a quitárnoslos por la fuerza.

Sonreí.

—Ese árbol lo treparía contigo.

—Y supongo que Cobb también —dijo Gali—. No puede estar a favor de esto.

… su generosa oferta, estaba diciendo otra voz por el hipercomunicador. La del almirante Cobb, me pareció. *Necesitaremos tiempo para reunir los taynix… transportarlos hasta ustedes y seguir con las negociaciones…*

—Hum —dije—. Parece que él también se lo está pensando.

—¿De verdad? —se sorprendió Gali.

FM negó con la cabeza.

—Tenemos que llevarnos a más taynix mientras aún podamos.

—Está prohibido sacarlos de aquí sin una orden directa —objetó Gali—. Tendríamos que hablar con Cobb.

—¡Cobb dice que está a favor de enviárselos a la Supremacía! —casi gritó FM—. Si es verdad, no nos ayudará.

—Podría estar diciéndolo para ganar tiempo —aventuró Gali—. Quizá le gustaría tener la oportunidad de sacarlos para que sea imposible entregarlos.

—Llegará un momento en que los políticos se darán cuenta de lo que hace —dije—. No podrá seguir así mucho tiempo.

—Es verdad —asintió FM—. Deberíamos llevárnoslos sin pedir permiso.

Gali miró a FM con expresión alarmada, pero no se lo discutió.

—¿Dónde están ahora? —pregunté.

—Los que hipersaltan están por toda la plataforma —dijo Gali—. Tenemos a la mayoría asignados a pilotos. Algunas babosas de hipercomunicación y hojas mentales siguen en Ingeniería, pero ahora mismo aquello está lleno de gente.

Por tanto, no podríamos llevárnoslos sin revelar nuestra presencia.

—Creo que deberíamos ir a por mi nave y marcharnos de aquí a toda prisa. ¿Está en condiciones de volar?

—Todavía no —respondió Gali—. Lo siento, no he tenido tiempo de…

—¿Podrás repararla en ReAlba? —interrumpí.

Si no, tendríamos que llevarnos otro caza humano. Cuando llegara el momento de actuar, quería tener a todos los pilotos de la Independencia en el aire con nosotros.

—Sí —dijo Gali—. Deberían bastar unas horas para reensamblarla.

—¿Qué más dice la Supremacía? —preguntó FM.

Había dejado de estar atenta a la transmisión, pero me concentré de nuevo en ella.

… reunirnos para exponerles nuestras intenciones… hacer lo mejor para su especie y para los intereses galácticos…

—Están concertando otro encuentro —dije—. Supongo que para entregarles los taynix.

—¿Y qué hay de la yaya? —preguntó Gali.

—¿Quién? —pregunté.

—Becca Nightshade, la abuela de Spensa. Si la Supremacía está pidiéndoles que entreguen a los citónicos, podría correr peligro.

—¿Queréis que contacte con ella? —me ofrecí.

—Por lo menos, habría que avisarla —dijo FM—. Y quizá llevárnosla también.

Guardé silencio y extendí la mente hacia el planeta. Al interior del planeta, bajo la superficie, recorriendo las cavernas subterráneas donde vivían los humanos.

Una voz salió a mi encuentro.

¿Alanik?, dijo.

Así que había oído hablar de mí. Tenía sentido, después del tiempo que había pasado inconsciente en aquella plataforma.

Sí, le envié. *Tu gobierno está planteándose llegar a un acuerdo y entregar a sus citónicos a la Supremacía. ¿Necesitas que te rescatemos?*

Lo que me llegó no fueron exactamente palabras, sino una fuerte sensación de rechazo.

Detritus no es nuestro hogar, dijo después la yaya. *Pero esta sí es mi gente. No la abandonaré.*

Jorgen se había marchado de allí para ayudarme, así que sentí la necesidad de defender su postura.

Jorgen tampoco la ha abandonado, envié. *Ha salido a buscar ayuda. Podrías venir con nosotros*.

No conocía a la yaya, pero tampoco iba a permitir que entregaran a una anciana a la Supremacía. Además, nos vendría bien tener a otra citónica. Cuantos más hubiera de nuestra parte, más igualado quedaría el terreno de juego contra la Unidad.

Van hacia vosotros, dijo la yaya. *Tenéis que iros ya*.

¿Quiénes?, pregunté.

Quilan y los demás citónicos UrDail no podían hipersaltar, pero los de la Supremacía sí. ¿Sabrían que estábamos allí?

Marchaos, dijo la yaya. *Una guerrera lucha. Nunca se rinde, y nunca abandona a los suyos*.

Asentí con la cabeza.

—Quiere quedarse —dije—. Sabe que podrían intentar usarla como moneda de cambio, pero se niega a abandonar Detritus.

—¿Y eso es buena idea? —preguntó FM.

—Si se le ha ocurrido a la yaya, no se la quitarás de la cabeza —dijo Gali.

—Respeto su decisión —declaré—. Pero dice que vienen a por nosotros. No sé quiénes, pero tenemos que irnos.

—Aún creo que deberíamos llevarnos a más babosas —dijo FM—. Aquí todavía quedan decenas con los otros pilotos.

—No va a desertar el ejército entero —respondió Gali—. Intentar convencerlos solo serviría para ponernos en peligro.

—Pero Jorgen puede hacer que las babosas le respondan, ¿verdad? —pregunté—. ¿Y si yo les pido que vengan a mí? ¿Creéis que lo harían?

—Depende —dijo Gali—. Podrían tener el vínculo suficiente con sus pilotos como para quedarse. Es más probable que te hagan caso si les ofreces algo como caviar.

—Me queda un poco —señaló FM—, pero no bastante para darles a todas. Si les prometes caviar y no cumplimos, perjudicará su entrenamiento,

pero sería mucho peor que las entregaran a la Supremacía.

Saqué de un estante una gran caja de tiras de alga.

—Llevémonos esto. De todas formas la gente de Hoja Errante empezará a tener hambre, así que deberíamos llevarles comida.

—Buena idea —dijo Gali, y sacó un enorme frasco lleno de una sustancia blanca.

—Natillas —sonrió FM—. Kimmalyn se alegrará.

—Cuando pruebe a convocar a las babosas, llamaré la atención —dije—. Será mejor hacerlo desde la nave, para poder marcharnos justo después.

Gali miró a FM, como queriendo preguntarle si de verdad íbamos a hacer aquello.

—Creo que deberías intentarlo —me dijo FM—. No me parece bien dejarlas aquí, aunque estén con sus pilotos, sin saber si los otros escuadrones van a defenderlas.

—Me parece que no lo harán —respondió Gali—. La asamblea ha cargado mucho las tintas contra vosotros por lo que hicisteis, y Cobb ha tenido que seguirles el juego.

—Muy bien —dije—, os llevaré hipersaltando hasta mi nave en el hangar de aterrizaje.

Tiré de los tres a través del dominio negativo, bajo aquellos ojos que me sorprendió encontrar distraídos de nuevo. Era un salto muy corto, pero el espacio no funcionaba del mismo modo allí. En términos de distancia relativa, deberíamos pasar mucho menos tiempo en el dominio negativo que al hipersaltar desde ReAlba, y sin embargo estuvimos allí un momento antes de materializarnos de nuevo en el enorme hangar, junto a mi nave medio desmontada. A través de una gran claraboya distinguí las plataformas sobre nosotros y también atisbos del centelleante escudo que envolvía el planeta.

—¿Seguro que volará de nuevo? —pregunté a Gali en voz baja.

—Me costará un rato —dijo Gali—, pero sí, volará.

—Es más fácil que funcione esta que la que te llevaste la última vez —añadió FM.

—¡Última vez! —chilló Branquia, y FM le chistó.

—Espera, ¿qué le ha pasado a esa nave? —susurró Gali.

—Están aquí, en alguna parte —llegó una voz desde el borde del hangar—. Encontradlos.

FM y Gali se apretaron más bajo el ala, con las cajas de comida en el suelo junto a sus rodillas.

—Ese es Cobb —susurró Gali.

Y lo era. ¿Lo habría avisado la abuela de Spensa? No había querido abandonar a su gente, pero me había dado la impresión de que nos animaba a seguir luchando.

No, tenía que haber sido la Supremacía. Algún citónico de los suyos podría haberlos advertido de nuestra llegada y luego percibir cómo hipersaltábamos al hangar de aterrizaje.

—Alanik —susurró FM—, las babosas.

Tal vez pudiéramos contar con que Cobb nos encubriera un breve espacio de tiempo, pero tampoco demasiado. Si tenían a algún citónico vigilando, sentiría que llamaba a las babosas, aunque no podría impedirme hipersaltar después si lo hacía enseguida.

Hice un asentimiento firme a FM, apreté la espalda contra la parte baja del fuselaje de mi nave y extendí la mente por toda la base.

Había muchas de aquellas mentes diminutas. Docenas. Al notar que las buscaba, se volvieron hacia mí con curiosidad.

Me bastaba con eso. No estaba muy segura de cuánto lenguaje comprendían las babosas, pero en el dominio negativo toda comunicación se reducía a pensamientos, comprensibles por todo el mundo. Aun así, no quería complicarlo demasiado. *Amiga*, les envié. Sabía que entenderían el concepto, por el vínculo que habían establecido unas con otras y con sus pilotos. A continuación les envié otro concepto al que todo ser vivo respondía: *Comida*.

Sentí que reaccionaban, unas más hambrientas que otras, todas buscando una conexión social como si fuese lo que más anhelaban. Aquellos seres habían establecido relaciones entre ellos mucho antes de que los capturaran los humanos, comprendí, pero no los veían como unos secuestradores, sino como una bienvenida ampliación de su familia.

Muchos de ellos no querían marcharse.

Se aproximaban pasos, del personal de Cobb desplegado por el hangar. No tardarían en encontrarnos allí. No tenía mucho tiempo.

Más familia, les dije, acompañando las palabras de imágenes de Gali, FM y Jorgen.

Eso intrigó a las babosas. Los conocían a los tres, les caían bien y querían volver a verlos.

Más chasquidos de botas contra la superficie metálica de la plataforma. Movimiento en el borde del ala y entonces…

—Tenemos que irnos —susurró Gali.

Venid, pedí a los taynix.

Y entonces apareció Cobb, a varios pasos de distancia. Su mirada se clavó en nosotros bajo el ala.

Media docena de taynix cobraron forma a nuestros pies.

FM y Gali extendieron los brazos hacia ellos mientras Cobb se quedaba con la boca abierta.

—¡Están aquí! —gritó.

No, no iba a encubrirnos. Más bien lo contrario. Supuse que deberíamos haberlo esperado, teniendo en cuenta que estábamos llevándonos sus hipermotores militares sin permiso.

Aparecieron más babosas, quizá una docena ya.

Cobb avanzó con agresividad hacia nosotros, como si quisiera arrancarnos de debajo del ala. Tal vez lo hiciera por guardar las apariencias, pero entonces, ¿por qué había advertido a los demás de que estábamos allí?

No iba a quedarme para averiguarlo. Extendí la mente por el dominio negativo hacia Hoja Errante y los otros humanos. Con la nave tocando mi espalda y el hombro apretado contra FM, *tiré* y el hangar de aterrizaje desapareció.

15

Llegamos desde el dominio negativo al hangar de Hoja Errante, que encontramos vacío tanto de humanos como de UrDail.

—Esto nunca deja de dar miedo —dijo Gali.

—Ni de desorientarte —añadió FM—. Y eso que nosotros ni siquiera vemos los ojos esos tan espeluznantes.

—Dad gracias —les dije.

Extendí la mente de nuevo en busca de la de Jorgen. La encontré junto con las de los taynix de los otros miembros de su escuadrón. No habían ido muy lejos.

—¿Por qué se habrá lanzado Cobb así a por nosotros? —preguntó FM—. Ni siquiera ha probado a hablarnos. A lo mejor es que Jeshua lo vigila muy de cerca.

—Es posible —dijo Gali—. Cobb ha aceptado todo lo que proponían desde que os habéis marchado. Si no hubiera visto yo mismo cómo os daba la orden de iros, no me habría creído que os la hubiera dado.

—¡Hubiera! —exclamó una babosa.

Pero Cobb ya estaba muy lejos, y el agente citónico desconocido de la Supremacía que nos había estado rastreando… o bien no podía seguirnos hasta Hoja Errante o bien había decidido no hacerlo.

Eso último sonaba más fatídico que esperanzador.

—Por lo menos hemos salvado a estos pequeñines —dijo FM, abrazando a las babosas—. Aunque no creo que hayamos hecho muy feliz a ninguno de sus pilotos.

—¡Feliz! —chilló una babosa, y varias de ellas desaparecieron.

Salimos los tres de debajo del ala, FM y Gali cargando con la caja de algas y el frasco de natillas.

—Es por aquí —dije, y guie a FM y Gali hacia los demás.

Los encontramos a unos pocos sectores de distancia del hangar, reunidos alrededor de una gran puerta abierta abovedada. La mayoría del escuadrón se había sentado fuera, con dos contenedores abiertos delante de ellos. Jorgen estaba dentro y vi a Arturo apoyado en el marco mirando dubitativo a los demás.

—¡Gali! —exclamó Kimmalyn, saludando con energía. Había varias de las nuevas babosas congregadas alrededor de Feliz y ella.

—Hola a todos —dijo Gali.

—¡Mirad! —Sadie nos enseñó una barrita de frutos secos con el envoltorio abierto—. ¡Hemos encontrado sus viejas reservas de comida!

—¿Esas reservas que tienen *siglos* de antigüedad? —pregunté.

—A mí no me lo parece —dijo Nedd—. No sé leer las etiquetas, pero es imposible que tenga tanto tiempo. Hemos llevado una parte a tus amigos y nos han dado las gracias. No lo habrían hecho si les diéramos comida caducada hace doscientos años, ¿verdad que no?

Me acerqué y examiné las cajas.

—Creo que tienes razón. Esto parecen las provisiones de algún saqueador. —Las barritas tenían envoltorios individuales, y en la caja que las contenía sí que figuraba la fecha de envasado—. Parece que solo tienen cinco años.

—Delicioso —dijo Arturo.

—¡Pues esta sí que está buena! —exclamó Sadie—. Tiene algún tipo de fruto seco. —Me miró con los ojos muy abiertos—. No será venenoso para los humanos o algo, ¿verdad?

—No tengo ni idea de lo que es tóxico para vosotros —respondí—, pero antes había humanos viviendo en ReAlba y comían lo mismo que nosotros, así que supongo que la mayoría de la comida será segura. Los frutos secos se llaman nueces de udal. Crecen en unos arbustos que viven en los huecos de las ramas. Están muy buenas, aunque no pondría la mano en el fuego por las que llevan estas barritas.

Saqué una y la desenvolví. Se deshacía más de lo normal, probablemente por el tiempo que llevaba allí, pero al menos no le había salido moho.

—A lo mejor deberíamos haber tenido más cuidado —dijo Sadie, mirando ceñuda su barrita mientras la dejaba en el suelo.

—No pasa nada, Sadie —respondió Nedd—. Yo voy por la tercera barrita. Si mueres, te me llevas por delante.

Aquello no pareció tranquilizar a Sadie.

—Os traemos comida —dijo FM, levantando la caja de tiras de alga—, para que no dependáis de unas barritas de frutos secos garrapiñadas.

—¡Anda, natillas! —exclamó Kimmalyn, cogiéndole el frasco a Gali—. ¡Gracias!

—También traéis más babosas —dijo Jorgen, que había llegado junto a Arturo en el umbral—. ¿Por qué?

—Es una larga historia —dijo FM.

—¿Cómo de larga puede ser? —preguntó Jorgen—. No habéis estado allí más de diez minutos.

—Y en solo diez minutos —dijo Sadie— hemos encontrado las cajas para taynix.

Ella y Gatero —¿o era Tenderete? De verdad tenía que averiguar cuál era cuál— chocaron la palma de la mano, en lo que supuse que era un gesto humano de celebración.

—¿Ah, sí? —se sorprendió FM—. ¿Tan rápido las habéis localizado?

—No tenía complicación —dijo Kimmalyn—. En ese hangar de ingeniería había un plano de la plataforma escrito en inglés. Indicaba dónde está la sala de control.

—¡Chist! —hizo Tenderete, o tal vez Gatero—. Podrías haberles dejado creer que somos los mejores.

—Es que somos los mejores —replicó Sadie—. Los mejores leyendo planos.

—Eso quiero verlo yo —dijo Gali.

FM dejó la caja de tiras de alga a los pies de Sadie y nos siguió a Gali y a mí al interior de la sala, con Jorgen. El nuevo taynix azul estaba sobre el panel de control e hizo un ruidito agudo a FM al ver que entraba.

Había una pared entera cubierta de paneles, palancas e interruptores, sobre los que se extendía una amplia ventana con vistas al borde de la plataforma y la miasma. Por todo el resto de la sala, montadas contra las paredes, se veían cajas metálicas como la que llevaba la nave de Jorgen.

—¿Todas tienen holoproyector? —preguntó FM—. Porque si es así, podemos desmontarlos, dado que ya no nos hacen falta para las babosas.

Gali se arrodilló y estudió los cables de debajo del panel.

—Parece que hayan pasado saqueadores por aquí, pero casi todo el cableado está intacto. Supongo que los cables no se venderán muy caros en este planeta.

—¿Por qué iban a ser caros? —pregunté—. Son cables, nada más.

—Depende de si tienes los recursos para extraer los metales adecuados —dijo Gali—. Algunos son muy valiosos en Detritus.

Tenía sentido. El núcleo de ReAlba era rico en metales, que era el motivo por el que la Supremacía se había interesado por nosotros en un principio. Querían nuestros recursos, y nosotros se los concedíamos a cambio del reconocimiento más escaso posible de nuestra dignidad, en vez de recordar que éramos quienes negociábamos desde una posición ventajosa.

—Los taynix también son valiosos —dijo Jorgen—. En serio, ¿de dónde salen todos esos?

—Los hemos traído desde Detritus —respondió FM—, porque la Supremacía quiere llevárselos.

—¿Habéis hablado con Cobb? —preguntó Jorgen.

—No —dijo FM—. Cobb y Jeshua estaban negociando con la Supremacía por el hipercomunicador. Ya se han reunido una vez, y la Supremacía estaba pidiéndoles que entreguen a nuestros citónicos y nuestros hipermotores.

—FM —dijo Jorgen—, por favor, dime que no habéis robado los taynix.

—De robarlos, nada —restalló FM—. Los hemos *rescatado*. Alanik les ha pedido que vengan y lo han hecho por voluntad propia.

—¡Son hipermotores! —casi gritó Jorgen—. No personas. Cobb nos ha ordenado venir aquí, pero no nos ha dicho que nos llevemos las babosas asignadas a otros pilotos.

FM entornó los ojos.

—A veces hay que hacer lo correcto, Jorgen, aunque el Alto Mando te ordene otra cosa.

—Vale —dijo Jorgen en voz baja—. Pero solo habéis estado allí unos minutos, FM. No os habéis parado a pensarlo bien. No habéis hablado con Cobb, ¡y tal vez tenía un plan que dependía de esos hipermotores! No podéis hacer estas cosas. —Nos miró a mí y luego a Gali—. ¿Por qué la habéis ayudado?

—Eh… —farfulló Gali.

Yo no tenía ninguna respuesta mejor. Arturo estaba observándome, y no iba a reconocer que me parecía buena idea tener más hipermotores en ReAlba. Arturo no era tonto, ni Jorgen tampoco. Lo más seguro era que ya estuvieran llegando a esa conclusión.

—Había que hacerlo —afirmó FM—. Incluso aunque no fuesen seres vivos con sus sentimientos…

—Los otros pilotos son seres *humanos* —la interrumpió Jorgen—. Y acabáis de dejarlos sin una herramienta que podría servirles para *sobrevivir*,

FM. Además, el hecho de que las babosas os lo hayan permitido no es nada bueno. Si obedecen a Alanik, a quien no conocen de nada, significa que los citónicos enemigos podrían utilizar la misma táctica contra nosotros.

—Y está claro que habrá que entrenarlos para que no lo hagan —repuso FM—, pero esta vez sí que ha sido bueno, porque…

—¡Esto no es bueno! —exclamó Jorgen—. Venir aquí obedeciendo la especie de orden que nos dio Cobb es una cosa, pero esto se sale por completo de la cadena de mando, ¡y ni lo has pensado bien ni me has consultado antes de hacerlo! Podrías haberle pedido a Alanik que contactara conmigo. Podríamos haber tenido una conversación y…

FM había cerrado los ojos y estaba respirando hondo.

—Tienes razón, ¿vale? Ha sido precipitado. Pero no vamos a devolverlos. No mientras tu madre se esté planteando entregarlos a la Supremacía. Es que ni siquiera tiene un sentido estratégico, Jorgen, y lo sabes.

—Pero las decisiones estratégicas no las tomas tú —replicó Jorgen—. No sabes cuál es el plan general.

—¡El plan general podría ser entregar los taynix a la Supremacía! —gritó FM—. ¡No voy a dejar que lo hagan! ¡Y si tú estás dispuesto a permitirlo, entonces no eres mi jefe de escuadrón!

Tanto Gali como Arturo la miraron con los ojos como platos, como si hubiera dicho algo horrendo. FM bajó los ojos al suelo, con las manos temblando.

—No quería decir eso —añadió en voz baja.

Jorgen tenía la mirada fija en FM y la boca convertida en una enfurecida línea. Gali y Arturo se miraron preocupados, y fuera de la sala de control el resto del escuadrón guardaba silencio.

—Bien —dijo Jorgen, cuadrando la mandíbula—. Los tendremos aquí de momento. Aunque supongo que habrá un montón de pilotos que no van a darnos ningún premio por robarles sus taynix.

—Los devolveremos cuando sea seguro hacerlo —replicó FM entre dientes apretados.

Claro. Por supuesto que lo harían. No tenían la menor intención de compartirlos con nosotros.

No podía permitir que los humanos se marcharan de ReAlba con todas las babosas. Incluso una sola podría cambiarlo todo para mi planeta. Pero por ahora no estaban discutiendo sobre volver, así que no era el momento de preocuparme por eso. No cuando aún tenía esperanza de que me ayudaran.

—De acuerdo —dijo Gali—. Si los taynix se quedan, deberíamos averiguar cómo interactúan con esta plataforma.

FM parecía arder en deseos de huir de allí y Jorgen de dar un puñetazo a alguien, pero los dos asintieron.

—Buena idea —respondió Arturo.

—Veamos —dijo Gali. Dio un apretón en el hombro a FM y luego anduvo hacia una caja de las que había contra la pared—. A las cajas en sí no les faltan piezas. Normal, si la gente que venía por aquí no conoce el secreto de los hipermotores.

—Nos ha extrañado una cosa de ese mapa —señaló Arturo—. Había una sala de control y están los sistemas de las torretas automáticas, claro. Pero no hemos visto motores ni sistemas de navegación. Según Alanik, esta plataforma se desplazaba, pero no parece haber forma de moverla, al menos en los diagramas que hemos visto.

—Interesante —dijo Gali—. ¿Es posible que necesite un hipermotor para trasladarse? Traedme algo para que me suba y mire encima de las cajas, a ver cómo están conectadas a la plataforma.

Cualquier cosa útil de aquella sala que no estuviera atornillada la habían saqueado, pero Tenderete y Gatero llegaron cargando con un pedazo de metal lo bastante alto para que Gali llegara donde quería subiéndose encima. Mientras lo traían, Kimmalyn entró en la sala con nosotros y pasó el brazo por el de FM. Ni ella ni Jorgen habían vuelto a abrir la boca. Él estaba apoyado en la pared opuesta a FM, cruzado de brazos, y ella evitaba mirarlo a toda costa. Seguía siendo una mejora respecto a los gritos. Cuanto más discutían, más temía que decidieran que no valía la pena complicarse tanto la vida por ReAlba. Aunque si llegaban a eso, quizá lograra convencer a FM de quedarse en el planeta con los taynix. Pero Jorgen era su citónico, así que podría influir en las babosas para que regresaran con él.

Pero, como habíamos descubierto, Jorgen no era el único.

Gali miró el escombro que Gatero y Tenderete estaban dejando en el suelo.

—¿Eso es un trozo de ala de un caza estelar?

—Ajá —dijo uno de ellos.

—¿Es un trozo de ala de un caza estelar *nuestro?* —preguntó Gali.

—He tenido un problemilla con el aterrizaje —dije, y el que no había hablado soltó una risita.

Gali me miró como preguntándose por qué seguía viva.

—Luego te lo contamos —dijo Jorgen—. Ahora necesitamos saber qué pueden hacer los taynix si interactúan con la plataforma.

Gali se aupó al ala, dio unos golpecitos en la pared y por fin abrió un panel bajo el que había una placa de circuitos.

—Parece todo intacto —dijo—. O no es valioso o los saqueadores no sabían que estaba aquí. Los holoproyectores habrían sido mucho más reconocibles. —Gali bajó del pedazo de ala—. Las cajas están etiquetadas por abajo, pero no conozco el idioma. ¿Alanik?

Tuve que inclinarme por encima del panel de control y estirar el cuello para leer las etiquetas. No estaban en inglés ni en mi propio idioma, sino en mandarín.

—En esta caja pone que es para el sistema de armamento —dije—. Pero no tiene sentido, ¿verdad? Los sistemas de armamento no son citónicos.

Gali y Jorgen cruzaron la mirada.

—Las torretas no —dijo Arturo—, pero según el plano sus controles están en otro sitio. ¿Existen… sistemas de armamento citónicos?

—No sé —respondí—. Nunca he oído mencionarlos.

Sin embargo, aunque la escritura de las cajas estaba un poco anticuada, el significado era inequívoco. Las siguientes cajas correspondían al sistema de comunicaciones, pero en la pared de enfrente encontré una con una etiqueta distinta.

—Esta es del sistema de navegación.

—Por tanto, sí que hay hipermotor —dijo FM.

Gali asintió.

—Solo hay una caja para una babosa de navegación, pero varias para el hipercomunicador. Querrían poder estar en contacto con mucha gente a la vez, y solo hace falta una babosa para teleportar la plataforma.

Examiné las cajas de la tercera pared.

—Estas son para los sistemas de defensa.

—A lo mejor hay un escudo como el de casa —dijo Gali—. Sería muy útil. Aunque no sé cómo se hará aquí, porque en Detritus las plataformas se combinan para formar el escudo y no hace falta ningún taynix. —Se volvió hacia mí—. ¿Sabes cómo se utilizaba esta plataforma antes? ¿Formaba parte de un sistema de varias?

—No lo sé —reconocí—. A la Supremacía no le gusta que se sepan los detalles de nuestra historia militar. Rinakin me enseñó algunas cosas, pero en general nuestra educación se limita a que nos digan que hicimos mal en luchar.

—Pero tú no crees eso —dijo FM—. ¿Por qué, si es lo que te enseñaron?

—¿Tú te crees todo lo que te dicen? —repliqué.

—No —respondió ella—, pero a mucha gente le cuesta opinar en contra del mensaje dominante, sobre todo si no hay nadie dispuesto a oponerse a él.

—Ah, no, no —dije—. El programa de estudios oficial está diseñado para hacernos quedar bien con la Supremacía, pero en ReAlba siempre se ha discutido qué ideas son las mejores. Aquí tenemos mucha diversidad de opiniones.

—Tiene que ser muy confuso —comentó Gali.

—A veces —concedí—, pero también liberador. Habiendo tantas ideas diferentes, es más fácil elegir en qué crees. La Unidad quiere que todos asimilemos un solo conjunto de creencias, un consenso acerca de lo que es mejor. Pero hacerlo anularía nuestro conocimiento, reduciría nuestra capacidad de decidir qué está bien y qué está mal.

—Necesitáis las ideas de los demás para ser realmente libres —dijo FM—. Me gusta esa forma de pensar.

Yo no creía que necesitáramos a la Unidad, pero tal vez fuese cierto. Tal vez si ganara la Independencia haríamos lo mismo, simplificaríamos las enseñanzas para que siempre nos dieran la razón. Tal vez la tensión entre los dos bandos era lo que en verdad permitía que hubiera un diálogo.

Si queríamos mantener esa tensión, debía asegurarme de que los independientes sobreviviéramos.

Jorgen seguía a un lado con los brazos cruzados. No habría sabido decir en qué pensaba, pero no creía que fuese a agradecer que se lo preguntara delante de los demás después de su enfrentamiento con FM.

¿Estás en desacuerdo con esa idea?, envié a su mente.

No, respondió él, *pero coincido con Gali en que debe de ser confuso*.

—Probemos ya los sistemas de defensa citónicos —dijo Jorgen a Gali—. Si podemos inhibir la plataforma o activar el escudo, ganaremos más tiempo.

Gali asintió y acercó la mano a la babosa azul, que pareció olisquearla aunque no tenía un hocico visible. Dejó un momento a la babosa para acostumbrarse a él antes de levantarla, depositarla con suavidad en una caja del sistema de defensa y cerrar la tapa.

No ocurrió nada.

—¿Cómo se supone que lo haces? —pregunté a Jorgen—. ¿Le pides que haga algo?

—No sé qué pedirle —dijo él—. No puedo enviarle la imagen de un inhibidor. No tiene aspecto de nada.

—Prueba a mostrarle la imagen de un citónico acercándose a nosotros, para que sepa lo que nos asusta.

—No volveremos a usar el miedo para someter a las babosas —objetó FM.

—Claro que no —dijo Gali—, pero no es lo mismo asustarlas que comunicarnos con ellas. ¿No podrías… explicarle la situación?

Jorgen no parecía muy convencido, pero FM asintió al oírlo y clavó de nuevo la mirada en el suelo.

—Muy bien —dijo Jorgen—, intentaré… explicárselo.

Cerró los ojos y yo me puse a escuchar en el dominio negativo, intentando oír qué comunicaba al taynix. Allí no había palabras, solo ideas. Jorgen mostró a la babosa su propio miedo y después la imagen de un citónico materializándose en la sala de control. Capté el temor que sentía la propia babosa: no le gustaba cómo la habían tratado los citónicos hasta entonces.

Por las ramas, aquellos animales de verdad eran inteligentes.

Aun así, la babosa no hizo nada.

—Pídele que nos proteja —sugerí. Habían dicho que las babosas entendían conceptos abstractos como el de peligro, al fin y al cabo.

Jorgen envió una imagen, casi a modo de petición. Era la sensación de la plataforma cerrándose a toda influencia citónica exterior.

La babosa de Arturo dio un gemido mientras el universo a mi alrededor dejaba de vibrar, como si todo cuanto existía hubiera muerto de pronto. Había desaparecido mi capacidad de extender la mente, de encontrar a otros, de llegar a las voces que me susurraban que no estaba sola. Tal vez fuese a lo que se refería Jorgen al decir que Spensa podía oír las estrellas. En mi caso no eran tanto las estrellas como que podía oír toda la materia existente a lo largo y ancho del espacio y del tiempo.

Y ya no estaba.

Jorgen parecía tan desorientado como me sentía yo. Babosa Explosiva había hundido la cara en su axila y Abracitos se había deshinchado en el cabestrillo que llevaba al hombro. Branquia se acurrucó en el hombro de FM.

—Ya no oigo a los taynix —dijo Jorgen—. Ha funcionado, pero… sin nuestros poderes, no podremos seguir la pista al enemigo ni escuchar sus conversaciones. —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo era lo que hacíamos en Detritus? ¿Una especie de impresión?

—Debería haber un código que nos permita usar la citónica dentro del campo inhibidor. No sé de dónde sacaste tú el de Detritus, pero lo tenías.

¿Puede que, como tus poderes se manifestaron allí, crecieras con ese código ya en la mente?

—Explicaría que los taynix también lo tengan —asintió FM.

—A lo mejor aquí hay alguna clave —dijo Gali. Se inclinó sobre el panel de control—. La base de datos contiene algunas grabaciones, pero parecen estar en blanco.

—Reprodúcelas —le pedí.

—Voy —dijo él, y pulsó varios botones.

Una impresión se internó en mi mente como una llave pasada por debajo de una puerta. Me concentré en ella, la memoricé y el mundo empezó a vibrar de nuevo a mi alrededor como un coro de insectos chirriando de nuevo tras un vendaval.

—Por las estrellas —dijo Jorgen—. Así mejor.

—Mejor —convinieron Branquia y Babosa Explosiva al unísono, sus voces en extraña armonía.

Extendí la mente, encontré a las babosas que estaban en otras zonas de la plataforma y les ofrecí la impresión. Sentí el alivio de todas ellas.

—Esto debería protegernos un poco —dijo Gali—. Así puedo ponerme a trabajar en el escudo y dedicar tiempo a la nave de Alanik para que pueda entrar en combate. Luego probaremos con los sistemas de armamento y el hipermotor.

—De acuerdo —aceptó Jorgen—. Parece buen plan.

—Estamos suponiendo que las babosas mueven la plataforma —dijo Arturo—. ¿Qué haremos si es verdad?

—Esta base es grande y potente —dije—, pero desde luego no demasiado sigilosa. Si empezamos a trasladar la plataforma, la Unidad se dará cuenta. Lo que tenemos que hacer es pensar cómo usar esa distracción para salvar a Rinakin.

—Eso si quiere que lo salven —repuso FM. Miró a Gali—. Pretendemos rescatar al amigo de Alanik, pero lo hemos oído por la radio diciendo que desertaba al bando opuesto.

—¿De qué me sonará a mí eso? —dijo Gali.

Pensé que era como debían de sentirse ellos, después de que su comandante intentara apresarlos tras ordenarles venir a ReAlba. Esperé que hubiera alguna explicación razonable.

FM miró nerviosa a Jorgen.

—Hay más —le dijo—. Cobb ha enviado a gente a por nosotros cuando hemos ido a llevarnos la nave de Alanik. Nos habían localizado de algún

modo, y el propio Cobb nos ha visto. He pensado que nos encubriría, pero no lo ha hecho. Ha avisado a la gente que iba con él para que viniera.

—A lo mejor sabía que escaparíamos de todas formas —aventuró Gali—. Sabía que Alanik podía sacarnos.

—Pero aun así —dijo FM—, podría habernos dejado unos segundos más.

—Igual se ha fijado en que estabais «rescatando» a los taynix —intervino Jorgen.

—Ya —dijo Gali—. No creo que eso le haya sentado bien. —Bajó la mirada al instrumental y suspiró—. Y en cuanto a cómo usaremos la plataforma, quiero echar un vistazo a estos otros sistemas para hacerme una idea de qué tenemos. Luego ya veremos la forma de aprovecharlo.

—Llevará tiempo —dijo Jorgen, acercándose a la ventana para observar la miasma—. Y está haciéndose tarde, o al menos lo sería en Detritus. ¿A qué hora anochece aquí?

No lo sabía con exactitud. Miré también por la ventana y estimé el ángulo del sol a través de la miasma.

—Dentro de unos tres ciclos de sueño, creo.

—Qué interesante —dijo Gali—. ¿Dormís varias veces en un día?

—Sí —respondí—. Un día equivale a nueve ciclos de sueño, en esta época del año y en el árbol donde vivo. Puede ser más o menos, según la posición de cada árbol en la miasma. No sé muy bien cuánto será aquí, pero por el ángulo del sol diría que faltan unos tres ciclos.

—Así que un día aquí es aproximadamente una semana —dijo Jorgen—. Nosotros crecimos bajo tierra, así que nuestros ciclos de sueño también son artificiales. Aunque no vaya a oscurecer, necesitamos dormir y comer algo que no nos mate. —Miró a FM con desgana—. Gracias por traer las tiras de algas.

—Ha sido idea de Alanik —respondió ella.

—Menos mal que Nedd se ha atiborrado a barritas de frutos secos —dijo Arturo—. Así puede que nos quede alguna tira de algas a los demás.

—Aunque espero que no le dé un patatús —añadió Kimmalyn.

—Yo me pondré a trabajar —dijo Gali—. Volvamos a hablar del plan cuando estemos descansados.

—Me parece bien —respondió Jorgen, y salió de la sala sin mirar atrás.

16

En el momento en que Jorgen se marchó, FM pareció desinflarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Kimmalyn.

—Sí. No he debido decirle eso a Jorgen.

—Está claro que no —dijo Gali—. Pero entiendo por qué lo has hecho.

—Necesito andar —declaró FM—. Si quieres, te enseño dónde está la otra sala de control. Los sistemas del escudo podrían estar ahí.

Se llevó a Gali en la dirección opuesta a la que había tomado Jorgen. Kimmalyn salió tras ellos y pidió al resto del escuadrón que preguntaran a los pilotos de la Independencia si habían encontrado algún sitio cómodo para pasar todos la noche.

Se marcharon uno tras otro, llevándose casi todas las babosas y la comida. Arturo se quedó conmigo.

—¿Siempre están así? —le pregunté.

—¿FM y Jorgen? —dijo él—. No, tanto no.

No era una respuesta muy tranquilizadora, pero, dado que todos parecían convencidos de seguir adelante, supuse que no debería inmiscuirme en la política interna de su escuadrón.

Arturo me observó en silencio. Suspiré.

—¿Aún crees que voy a traicionaros? —pregunté.

—Espero que no.

No parecía angustiado por ninguna de las dos posibilidades, solo indeciso.

—Vosotros también podríais traicionarme —argumenté—. Podríais prometer a la Supremacía que me entregaréis, utilizarnos a mi gente y a mí para ganaros su favor como está haciendo Quilan.

—Podríamos —admitió Arturo. Parecía sorprendido, como si no se le hubiera ocurrido hasta entonces.

No había sido mi intención darle ideas. Si ponían aquella en práctica, serían unos héroes, tanto que sus superiores a lo mejor hasta se olvidaban del consejo de guerra. Su almirante podría afirmar que era lo que planeaba desde el principio. En la misma situación, es lo que haría nuestro Consejo.

—Pero no lo haremos —dijo Arturo—. Hemos venido hasta aquí para forjar una alianza. Cumpliremos esa orden.

Era una no-orden, en realidad, pero tampoco iba a recordárselo.

—Gracias —dije.

Arturo asintió y los dos nos miramos incómodos. Esperé a que se marchara, pero se quedó allí de pie. ¿No quería dejarme sola en aquella sala? ¿Creía que iba a sabotearla de algún modo?

—No hace falta que me vigiles en todo momento —le dije.

—Lo sé. —Parecía sorprendido de nuevo, como si no lo hubiera pensado antes—. Solo me preguntaba por qué haces esto.

Me lo quedé mirando un momento.

—¿El qué, intentar rescatar a mi amigo?

—Combatir a la Supremacía —dijo él—. Cuando nos has hablado de vuestra vida aquí, parecía buena.

—Lo es —respondí—. Y me gustaría que siguiera siéndolo.

—Y si tu pueblo se uniera a la Supremacía, ¿en qué crees que iba a empeorar?

Abrí la boca y la cerré de nuevo. Me costaba hacerme una visión clara de cómo sería nuestra vida. Rendirnos a la Supremacía me daba la sensación de ser el peor desenlace posible, pero viendo solo la superficie, era comprensible que resultara atractivo para los humanos después de tantos años de guerra y terror.

—No creo que intentaran exterminarnos —dije, despacio y pensativa—. Si quisieran, lo habrían hecho hace años, cuando perdimos la última guerra.

—Entendido.

—Pero creo que nos oprimirían.

—¿Y ahora no os oprimen? —preguntó él.

—Desde luego que sí —me apresuré a responder—. Nos niegan los secretos de los hipermotores, intentan controlar cómo utilizamos la citónica, nos dicen qué aspectos de nuestra cultura son «inferiores» y cuáles son «avanzados».

—¿De verdad quieres entrar en guerra contra ellos solo porque os critican y se niegan a compartir cosas?

—No es eso —dije—. Actúan en contra de que aprendamos. Nos dicen que la tecnología inalámbrica es peligrosa, que la citónica es peligrosa… pero ellos llegaron a ser una civilización poderosa precisamente gracias a usar esos mismos recursos. Al negarnos a nosotros el acceso… no es solo que no quieran ayudarnos, es como si cruzaran ellos la puerta y luego nos la cerraran en las narices.

Arturo asintió.

—Aun así —dijo—, ¿para qué necesitáis esa tecnología, si no queréis tener nada que ver con ellos? ¿Qué otro motivo podéis tener que no sea relacionaros con ellos?

—La necesitamos para *resistirnos* —repliqué—. Porque no queremos someternos a su control. Porque no somos «inferiores». Somos inteligentes, y tenemos derecho a dirigir nuestras propias vidas hacia nuestro propio futuro. No pretendemos conquistar la Supremacía. Solo queremos existir sin su interferencia ni su… juicio.

Arturo asintió otra vez. Me dio la impresión de que no estaba discutiendo conmigo, sino tratando de entenderme.

—Y eso te merece la pena —dijo—. Por eso te arriesgas a la guerra, a que decidan aniquilaros de una vez por todas. A poner en peligro tu vida y la de todos tus seres queridos, la vida de tu *pueblo* entero. Por evitar que os juzguen.

—No es solo que nos juzguen —objeté. Era muy difícil de definir, pero sentía la resistencia a todo aquello por lo que abogaba la Supremacía como una parte integral de mi ser—. Es que nos juzgan y nos encuentran indignos. Y si cooperamos con ellos, estaremos admitiendo que tienen razón. Que de verdad somos inferiores. Y no lo somos. Somos sus iguales, y merecemos ser tratados como sus iguales. Y sí, prefiero arriesgarlo todo antes que rendirme, porque eso no puedo negármelo a mí misma. Me destrozaría.

Arturo me miró a los ojos y asintió. Pensé… que tal vez respetara esa respuesta. Como mínimo, la estaba aceptando.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté—. ¿Por qué has venido?

—Me han ordenado que venga.

—Te lo han no-ordenado —dije.

—Sí, pero Jorgen es mi jefe de escuadrón y lo he seguido.

Tal y como yo lo recordaba, los demás habían ido empujando a Jorgen hasta que por fin se había decidido.

—¿No estás de acuerdo, entonces? ¿Crees que no deberíais estar aquí?

Arturo vaciló. Quizá no quisiera contradecir a su superior, pero parecía que su relación con Jorgen no se limitaba solo a la cadena de mando. Tuve la sensación de que había algo más.

—¿Preferirías haberte quedado en Detritus? —insistí—. ¿Ayudar a tu gente a negociar un tratado de paz?

Se quedó callado un momento más, con la mirada perdida en la miasma al otro lado de la ventana.

—No —reconoció—. Creo que hacemos lo correcto al ayudarte.

Asentí.

—Así es.

—Aunque tal vez no lo inteligente —añadió—. Me preocupa que hayamos escogido el bando perdedor, tanto en tu planeta como en el mío, y mucho me temo que esto terminará en desastre para todos nosotros. Pero no me hace gracia negociar con la gente que lleva generaciones asesinándonos. No me gusta la idea de negociar la paz con los seres que nos tenían enjaulados.

Sonreí. Así que lo entendía.

—Rendirse a ellos es como decidir morir poco a poco —dije.

—No sé si tanto —repuso Arturo—, pero es verdad que sería como admitir que somos inferiores. Sería reconocer que merecíamos el trato que nos daban y que estamos dispuestos a olvidar, perdonar y ya está.

—A la Supremacía le gusta esa idea, mientras seamos siempre los mismos quienes olvidamos.

Asintió, mirando de nuevo la miasma. Me gustaba su forma de pensar en las cosas. El hecho de que *pensara* en ellas, cuando muchísima gente de su planeta y el mío estaba dispuesta a tragarse la historia fácil sin preocuparse de su veracidad.

—¿Elegiste hacerte piloto? —le pregunté—. Tu pueblo está en guerra, pero no podéis luchar todos.

—No —dijo Arturo—. Allí se considera que todos ayudamos en la guerra trabajemos en lo que trabajemos, y tal vez sea verdad en cierto modo. Pero ser piloto te gana mucho respeto. Hay mucha gente desfavorecida que se presenta al examen de piloto por las oportunidades que supone aprobarlo, pero en mi caso era lo que se esperaba. Mis padres tienen buenos contactos, mucho… poder social, supongo. Y para sostener el imperio, tenía que hacerme piloto.

—Tiene sentido —respondí—. Te conviene demostrar que eres el mejor.

—Pero no querían que me quedara y lo demostrara —dijo él—. Estuve a punto de morir cuando era cadete. Mis padres movieron sus contactos e

hicieron que me dieran la insignia antes de tiempo para no tener que seguir volando.

—Pero sigues volando.

—Sí. A mis padres no les gustó nada. A mi novia tampoco. Todos pensaban que ya había cumplido. Pero no era cierto, ¿sabes? Aborrecía la idea de escabullirme a las cavernas y beneficiarme de la muerte de mis amigos, de gente que conocía y me caía bien. Esconderme cuando debería estar ahí fuera luchando me parecía de cobardes.

Negó con la cabeza.

—Por eso tu… —A Jorgen no le había gustado que usara esa expresión—. Creo que no hay una traducción exacta en mi idioma, pero tu pareja rep…

—Mi novia —dijo Arturo—. Sí, al final cortó conmigo por eso. Creo que llevaba tiempo queriendo dejarme, pero no se hacía el ánimo. En fin, nunca sienta bien abandonar a alguien que lucha por el futuro de la humanidad, pero el caso es que ella siempre había creído que volvería unos meses después de la escuela de vuelo. Y yo voy y no lo hago.

—Lo siento.

—No pasa nada. Si te soy sincero, creo que los dos estamos mejor así. Me dijo que había cambiado, que ya no me importaban las mismas cosas que antes. —Se encogió de hombros—. Supongo que tenía razón.

Considerando lo mucho que parecía importarle la libertad de su pueblo, solo pude pensar que el cambio había sido a mejor, pero me pregunté si él estaría de acuerdo.

—Estamos en el mismo bando —le aseguré—. Mientras queráis luchar contra la Supremacía, no tendréis que preocuparos por mí.

—Lo mismo digo —respondió—. Jorgen se embarulla con las normas, pero no quiere seguirle el juego a la Supremacía más que tú o que yo.

Le creí. No podía estar segura por completo de que estuviera diciendo la verdad, pero a él le pasaba lo mismo conmigo.

Fuera como fuese, cuando nos hubiéramos organizado, todos íbamos a averiguarlo.

Había temido que fuese incómodo dormir en la plataforma, pero mi hermano y los pilotos de la Independencia habían encontrado los barracones que se utilizaban cuando la estación de combate estaba habitada. Había un bloque entero de dormitorios, muchas más habitaciones de las que nos hacían falta. Los pilotos UrDail se instalaron en una, y la familia de Rinakin y algunos

otros refugiados ocuparon unas pocas más. Saltaba a la vista que los saqueadores habían usado los dormitorios en años recientes, porque habían cambiado los colchones de las literas a excepción de los más altos, que estaban casi desintegrados. Las camas de abajo no estaban tan suaves ni limpias como me habría gustado, pero eran mejor que dormir en la cabina de un caza.

Los varones humanos se habían juntado todos en un dormitorio y las mujeres en otro, al que me invitaron. En una sala común contigua, Kimmalyn y Sadie estaban dividiendo las tiras de alga y las natillas para que cenara todo el mundo. Rechacé mi ración de alga y, como sabíamos que las barritas de frutos secos no me harían daño, me zampé un par.

Podría haber ido a cenar con mi hermano, pero preferí quedarme con los humanos. Tenía que evitar que cambiaran de opinión sobre lo que estaban haciendo allí, y además empezaba a gustarme su compañía.

—Ponte una taza de natillas para mojar las barritas, si quieres —me ofreció Kimmalyn, acercándome el enorme frasco lleno de fluido.

Escruté la neblinosa sustancia.

—¿Qué es?

—Leche —me dijo Sadie—. Pero… leche pasada, me parece. O igual no. La verdad es que no sé muy bien cómo se preparan.

—¿Leche humana? —pregunté.

—¡Puaj, no! —exclamó Sadie—. De vaca, me parece.

Sonaba asqueroso.

—Así está bien —dije—. Pero creo que Feliz se quedará con mi ración.

La babosa se había asomado del cabestrillo de Kimmalyn y colgaba como si quisiera meter la cabeza entera en el frasco.

—¡Feliz! —la regañó Kimmalyn—. Tú tienes la cena ahí.

Sacó la babosa del cabestrillo y la dejó con las demás, que estaban masticando tiras de alga con alegría.

Jorgen se acercó a nosotras. FM y Gali no habían vuelto: los había visto por última vez en el hangar, ella sentada mientras Gali trabajaba en mi nave, hablando en voz baja.

—¿Me ayudarías con una cosa? —me pidió Jorgen.

—Sí —dije.

Salimos a un pasillo con una larga ventana horizontal que daba al exterior. Jorgen apretó los dedos contra el cristal, viendo cómo se arremolinaba la miasma en su superficie.

—Ya que tenemos un rato, estaba pensando si podrías enseñarme algo sobre la citónica.

—Claro —respondí, y me senté en el suelo del pasillo de cara a la ventana, por la que se vislumbraba la tenue silueta de Hueco, con sus ramas oscuras alzándose hacia el cielo rojo.

—La yaya me enseñó a meditar —dijo Jorgen mientras se sentaba hacia mí—. A escuchar las estrellas. Funcionó, pero al final resulta que no oí las estrellas, sino a los taynix.

—A largo plazo, parece más útil.

—Supongo que lo ha sido. Pero Spensa fue capaz de hipersaltar hasta Visión Estelar.

—En teoría, todos los citónicos tenemos todos los poderes —le expliqué—. No estoy muy segura de cuántos hay. Pero solo podemos manifestar a voluntad algunos de ellos después de mucho entrenamiento. Y puede que otros nunca podamos usarlos. De los cinco citónicos de ReAlba, hasta ahora yo soy la única capaz de hipersaltar.

—Por eso los demás citónicos no nos han seguido aquí al instante, antes de que activáramos el inhibidor —dijo Jorgen—. Pero si es imposible que aprenda a…

—Es lo que intento decirte —interrumpí—. Hay otros poderes citónicos valiosos. Se supone que las hojas mentales son el más difícil. Yo nunca he podido manifestarlas.

—¿Decías que son como trocitos de la ninguna-parte que cortan como cuchillas?

—Exacto —confirmé—. Lo que hace tu Babosa Explosiva.

—¡Explosiva! —repitió Babosa Explosiva desde el hombro de Jorgen.

—Eso tampoco he podido hacerlo —dijo Jorgen.

—Empecemos por lo que ya funciona —propuse—. Sabes cómo encontrar mi mente y las de los taynix. ¿Lo haces?

Jorgen acarició distraído los pinchos de Babosa Explosiva. Cerró los ojos y sentí que su mente se extendía hacia la mía.

—Bien. Ahora aléjate más. Estira la mente por el espacio de todo el planeta. Busca a los citónicos de la Unidad. Ahora que tienes la clave del inhibidor, deberías poder encontrarlos.

—Es más fácil cuanto más cerca estoy de la fuente —dijo Jorgen—. Cuando oí a los taynix bajo la superficie de Detritus, había muchos, así que sonaban más alto.

—Inténtalo, Jorgen —insistí—. Deja de centrarte tanto en lo que no eres capaz de hacer e *inténtalo*.

Sentí su presencia en mi mente mientras extendía la suya.

Me fastidia no poder hacer lo suficiente, recibí.

—Eso es —dije—. Hasta mí sí que has llegado. Ahora prueba a buscar a otros. Pero hazlo con más disimulo. Aún no saben quién eres, y no queremos darles esa información a menos que nos beneficie.

—¿Has oído eso de antes? —me preguntó, en tono avergonzado—. No pretendía enviar lo que estaba pensando.

—Debes tener cuidado de no emitir cuando estableces contacto —dije—. Pero ahora prueba con esa meditación que aprendiste. En vez de buscar mi mente, busca en el dominio negativo que nos rodea, por todo el planeta.

Jorgen se quedó callado mucho rato mientras Babosa Explosiva se acurrucaba en el hueco de su brazo y empezaba a roncar suavemente. Al cabo de un tiempo empezó a preocuparme que Jorgen también se hubiera quedado dormido, allí sentado.

—Percibo a los otros taynix —dijo por fin—. No encuentro a ningún citónico más… y hay un espacio en algún lugar, lejos, un espacio que me da sensación de… sólido. Como de que no puedo llegar dentro.

Lo seguí mentalmente por la miasma. Sí, allí estaba. Al otro lado del núcleo, en la parte del planeta que estaba en ciclo nocturno.

—Es el árbol Consejo —dije—, inhibido por los otros citónicos.

Me pregunté si lo habrían hecho por precaución al notar que nuestro inhibidor se activaba. No serían capaces de mantenerlo a todas horas, pero debían de estar preocupados por lo que pudiéramos estar planeando.

Querían hacernos creer que ostentaban el control, pero seguíamos dándoles miedo, lo cual significaba que no era cierto. No del todo.

—Tengo que aprender a crear esos inhibidores —dijo Jorgen.

—Ya has aprendido a encontrar lugares que están inhibidos —le recordé —. Yo lo consideraría un éxito.

—No es suficiente —replicó él.

Entendía el sentimiento. Nunca sería suficiente hasta que la lucha terminara y su pueblo estuviese a salvo.

—Concéntrate en lo que tienes —le sugerí—. Seguiremos entrenando con ello, pero creo que antes deberías dormir. Cansarte solo servirá para que te frustres. Y frustrado es mucho más difícil aprender.

Además de peligroso, si empezabas a manifestar cosas como hojas mentales o rayos conmocionadores. Jorgen no discutió.

—Tiene sentido. Gracias, Alanik.

Entonces fui yo quien se sintió incompetente. Jorgen y su equipo lo habían arriesgado todo para ayudarme, y yo apenas le había enseñado nada.

«No es suficiente», había dicho Jorgen. Pensaba lo mismo.

—Descansa —dije.

—Buenas noches —se despidió él, y me dejó contemplando el resplandor entre rojo y violeta del sol en la miasma.

17

Me costaba seguir mi propio consejo, así que pasé buena parte del ciclo de sueño despierta, escuchando. En algún momento, mientras los humanos dormían, capté una comunicación que viajaba por el dominio negativo.

… todo controlado, estaba diciendo Quilan. *Dadnos tiempo… capturar a Alanik y…*

… entregadnos a la citónica rebelde y sus… resulta demasiado difícil… establecer un gobierno capaz de hacerlo.

Respiré hondo. Quilan aún pretendía tranquilizar a la Supremacía, pero estaba intentando contener una tormenta en un frasco, y en cualquier momento se le rompería el cristal. De momento los mantenía a raya, pero si se hartaban de esperar, seríamos nosotros quienes lo pagaríamos.

Teníamos que actuar al día siguiente, fueran cuales fueran los recursos con que contábamos.

Desperté sin saber muy bien cuánto había dormido, aunque aun así me alegré de que nos hubiéramos tomado un descanso. Un piloto cansado era un piloto torpe, y un piloto torpe perdía partidos. O en este caso, se dejaba matar.

Mientras los humanos desayunaban, activé la radio de la nave de Jorgen para comprobar la frecuencia en la que Nanalis había emitido el mensaje de Rinakin. Era un canal de la Unidad, que utilizaban a menudo para comunicarse con su gente pese a la insistencia de la Supremacía en que minimizáramos las transmisiones inalámbricas. Me pregunté cuánto tiempo le quedaría al canal cuando concedieran a la Supremacía más influencia sobre ReAlba. Me pregunté si lo lamentarían.

No había ninguna emisión en directo, pero sí un mensaje repetido una y otra vez sobre una inminente entrevista especial a Rinakin, llevada a cabo por uno de los oradores unitarios más populares, esa misma mañana.

Me alegré. Si Rinakin iba a estar transmitiendo, podría usar la señal para localizarlo. Sin querer, iban a llevarme derecha hasta él.

Cuando todos terminaron de comer, seguí a los humanos a la sala de control donde estaban las cajas para taynix. Los demás esperaron fuera mientras Gali, Jorgen, FM y yo entrábamos en la sala.

—No ha muerto ninguno de vosotros esta noche —dije a Jorgen—, así que parece que las nueces udal no son tóxicas para vuestra especie.

—Eso lo dices porque anoche no compartiste habitación con Nedd —repuso Jorgen.

—Vale, escuchad —dijo Gali—. He terminado de reensamblar la nave de Alanik y he encontrado los sistemas del escudo. Son parecidos a los de la Plataforma Primaria, así que los he activado. No creo que este vaya a ser tan efectivo como nuestro escudo planetario, porque no tenemos otros cientos de plataformas para crear una barrera. Pero aun así, mirad.

Señaló por la ventana y vi que la miasma había pasado a tener un leve tinte azulado.

—Ya es algo —dijo Jorgen—. Buen trabajo.

Me pregunté cuánto habría dormido Gali, pero él no parecía tener queja.

—Creemos saber cómo funcionan los sistemas de comunicaciones y navegación —prosiguió—. No debería haber mucha diferencia con los hipercomunicadores e hipermotores que ya utilizamos. Pero queremos probar este sistema de armamento citónico, que no conocíamos, antes de planear cómo utilizar la plataforma para contraatacar.

—Gali y yo creemos que Babosa Explosiva podría ser el tipo correcto de taynix que meter en un sistema armamentístico —añadió FM—, dado lo que le hemos visto hacer.

Jorgen se arrodilló para levantar con suavidad a Babosa Explosiva, que se había tumbado en el umbral de la sala de control.

—¿Estás preparado, socio?

—Socio —repitió Babosa Explosiva con su voz profunda.

—Veamos —dijo Gali—. Estaría muy bien disponer de un sistema de armamento bajo nuestro control.

FM cogió a Babosa Explosiva de brazos de Jorgen y lo metió en la caja.

—No sabes cuánto caviar voy a darte si esto sale bien —le prometió.

—Si tenemos que experimentar con él —dijo Jorgen—, mejor que esté dentro de una caja metálica para no hacernos daño.

Yo estaba convencida de que las hojas mentales atravesaban casi cualquier sustancia y dañaban todo lo que tocaban, pero no se lo dije a Jorgen.

Si los antiguos operarios de aquella plataforma habían metido un taynix en esa caja para alimentar sus armas, cabía suponer que no se habían hecho picadillo a sí mismos en el proceso.

—Todo listo —informó Gali cuando la caja estuvo cerrada—. A ver de qué es capaz.

—¿Qué queréis que le pida? —preguntó Jorgen—. ¿«Por favor, ataca… la nada»?

—«Haz pum» —propuso FM—. Recuerdas cómo era la sensación, ¿verdad?

Jorgen hizo una mueca.

—Demasiado bien.

—¿Se puede dirigir el ataque? —pregunté—. Estamos lejos de Hueco, pero no sabemos qué alcance tiene esta arma.

—Tiene razón —dijo Gali—. La Supremacía tenía armas planetarias. A lo mejor esta también lo es. No he visto nada en esta plataforma tan enorme como aquel cañón, pero la verdad es que tampoco he hecho una búsqueda muy exhaustiva y…

—Trataré de no enfocarlo hacia el árbol —lo interrumpió Jorgen—, sino hacia fuera en la miasma. Es lo mismo que hago para dirigir sus hipersaltos. ¿A alguien más le preocupa algo?

Nos quedamos todos callados.

—Muy bien —dijo Jorgen—, vamos allá.

Me concentré en la mente del taynix, procurando que el contacto fuese lo bastante leve para no distraerlo del mensaje de Jorgen, pero no tanto como para no sentir el cambio.

No me habría hecho falta. La plataforma entera vibró y reverberó, como si se hubiera disparado un arma de una potencia increíble. Fuera de la ventana la miasma se agitó, arremolinándose en torno a unos proyectiles invisibles.

—¡Tirda! —gritó Nedd desde fuera—. ¿Qué ha sido eso?

—Hojas mentales —dije—. ¿Han apuntado en la dirección que querías?

—Justo en esa —respondió Jorgen—. Pero aún no tenemos ni idea de lo poderosa que es el arma. Ha movido las nubes de gas, pero eso no significa…

—Una hoja mental bien lanzada puede atravesar el casco de una nave —dije.

—En ese caso, parece que esto servirá para defendernos —concluyó Gali—. Aunque me preocupa que hayamos llamado la atención al disparar.

Empezó a formarse un plan en mi mente.

—Llamar la atención podría ser conveniente —dije—. Si moviéramos la plataforma y activáramos su armamento, la Unidad querría detenernos.

—Cierto —asintió Jorgen—. Enviarían tropas a por nosotros.

—Pero les costaría tiempo superar las torretas automáticas —seguí explicándome—. Esa clase de operación requiere muchos drones y mucha paciencia, y eso suponiendo que logren atravesar el escudo. Lo que harían es enviar a citónicos para enfrentarse a vosotros.

—¿De qué sirven los citónicos si tenemos un campo inhibidor? —preguntó FM.

—Podrían afectarnos aun así —dije—. El inhibidor impide que un citónico sin la clave use sus poderes desde dentro del campo. Los otros citónicos todavía podrían rodearnos y levantar un campo inhibidor propio que anule las armas citónicas y nuestra capacidad de hipersaltar. En pocas palabras, nos tendrían atrapados.

—Aún tendríamos las baterías automáticas y el escudo para defendernos —matizó Jorgen.

—Sí —dije—, pero también pueden colaborar para amplificar sus capacidades. Quilan tiene el poder citónico de dejar a alguien inconsciente con un rayo conmocionador. Es lo que me hizo antes de que estrellara vuestra nave. Si los demás citónicos le ayudan a amplificarlo, creará un campo de conmoción, igual que cuando unen sus mentes para generar un inhibidor. Ya lo han hecho alguna vez para sofocar protestas políticas.

Con la excusa de controlar disturbios, de mantener la paz. Pero dejar inconsciente a grandes grupos de gente a mí siempre me había parecido violento.

—¿Por qué no nos lo han hecho ya? —preguntó FM.

—Supongo que lo tienen planeado —dije—. Pero con eso no les bastaría para atravesar el escudo, ni tampoco es fácil de hacer. Tendrían que rodear la plataforma y mantener más o menos una posición fija mientras crean el campo. No es muy factible en batalla, con naves enemigas persiguiéndote y sacándote de la formación.

—Por tanto, necesitamos cazas en el aire —dijo Jorgen—, para evitar que entren en formación y nos inhiban o usen ese campo conmocionador. Así alejaríamos a los otros citónicos de Rinakin y te facilitaríamos su rescate.

—Exacto —confirmé.

Incluso si tenían a Rinakin dentro de un inhibidor alimentado por taynix, tendría más posibilidades de rescatarlo sin enfrentarme a los otros citónicos.

—Pero ¿qué haremos exactamente para distraerlos? —preguntó FM—. No será suficiente con disparar el arma hacia la miasma.

—¿Hay alguna base de la Unidad a la que disparar? —Jorgen me miró—. No queremos atacar a objetivos civiles, pero si tenemos alguno militar…

La idea de disparar un arma de hojas mentales, aunque fuera a un objetivo de la Unidad, me resultaba horripilante.

—No quiero matar a nadie si no es imprescindible —dije.

—No hay problema —respondió Jorgen—. Esperaremos a que disparen primero.

—Pero en la base habrá muchísimo personal de la Unidad que *no* estará disparándonos —insistí—. No quiero dispararles yo.

Los humanos se quedaron mirándome un momento, como si lo aceptaran pero no terminasen de entenderlo. Llevaban en guerra toda la vida y estaban dispuestos a hacer unos sacrificios para los que yo no estaba preparada. Me comportaba como una mujer dura que aceptaba las consecuencias, pero la verdad era que nunca había matado a nadie. Sobre todo había disparado rayos láser marcadores, y casi todo mi tiempo de vuelo había sido en el terreno de juego.

—¿Y si lleváramos la plataforma a la miasma fuera del cuartel general de la Unidad, en Torre? —sugerí—. Es un árbol muy poblado, así que no quiero disparar sobre él, pero solo con estar allí la Unidad se lo tomaría como una amenaza, más que en cualquier otro árbol excepto Consejo. Y ese no podemos amenazarlo, porque pretendemos alejar a los citónicos de allí para que yo rescate a Rinakin si lo dejan atrás. Pero no hay necesidad de apuntar hacia Torre. Solo tenemos que hipersaltar allí y tal vez hacer un disparo de aviso con la hiperarma hacia la miasma.

—Sí que es mejor idea —aceptó Jorgen—. Tienes razón. No queremos herir a nadie si no es necesario.

—Bien —dije—. Y mientras hacéis eso, yo entraré y me llevaré a Rinakin, que estará relativamente poco vigilado.

—Si no se lo han llevado ellos —dijo FM.

—Podrían —reconocí—. Pero si lo traen hasta la plataforma, le damos la vuelta al plan y regreso para rescatarlo de sus naves.

—No deberías ir tú sola —dijo Jorgen—. Este plan puede fallar por muchos sitios y necesitarás apoyo.

—Sola seré más sigilosa —repuse.

—Pero aquí trabajamos en equipo —insistió Jorgen, lanzando una mirada a FM—. Tiene que ir alguien contigo por si sale mal. Como mínimo, esa

persona podrá utilizar su taynix para volver aquí y contarnos qué te ha pasado, para organizar un rescate.

Me pareció buena señal que se plantearan rescatarme si algo fallaba.

—Yo tengo que estar aquí para comunicarme con las babosas de la plataforma —dijo Jorgen—, y Gali tendrá que quedarse también, pero…

—Iré yo —dijo Arturo desde el umbral.

Lo miré. El día anterior me había dado la sensación de que empezaba a confiar en mí, pero ahí lo tenía, ofreciéndose voluntario para acompañarme y hacerme de niñera. Para asegurarse de que no dejara a su gente dando el espectáculo, me llevara a Rinakin y saliera corriendo.

Y caí en la cuenta de que podría hacerlo. La presencia de Arturo no me lo impediría. Pero si había ido a Detritus en un principio era para buscar aliados. Aunque el resto de su pueblo estuviera decantándose por otra opción, aquellos humanos seguían dispuestos a colaborar conmigo. De momento, al menos.

Jorgen asintió.

—Es lo más sensato. ¿Quieres llevarte también a Nedd?

—Alanik tiene razón —dijo Arturo—. Cuanta más gente seamos, más ruido haremos. Pero si al final entramos en combate contra una nave que lleva inhibidor citónico, nos interesa ser por lo menos dos. En caso de que luego descubramos que la protege una flota entera, siempre podemos hipersaltar de vuelta y reorganizarnos, pero al menos sabremos más que ahora.

—De acuerdo —zanjó Jorgen—. Tenemos que juntar a todo el mundo y planearlo bien. Alanik, ¿vas tú a hablar con los pilotos de la Independencia? Pregúntales si se apuntan y reunámonos en el hangar. Es el único lugar que hemos encontrado hasta ahora donde podemos estar todos sin apretarnos.

Asentí.

No me hacía gracia poner a nadie en peligro, pero si nos salía bien merecería la pena.

18

Una hora más tarde, Gali, Jorgen y yo entramos de nuevo en la sala de control para activar el hipermotor. Los demás pilotos, tanto humanos como UrDail, estaban preparados en sus cazas para que los transportaran fuera y defender la plataforma. Gali había desmontado la radio de los restos de mi nave y la había instalado en la sala de control, para poder hablar con nosotros cuando estuviéramos en el aire.

—Allá vamos —dijo Jorgen mientras Gali dejaba a Trapo en la caja para taynix del sistema de navegación—. Menos mal que ya hemos usado hipermotores. ¿Suponemos que aquí funcionará igual que en nuestras naves? ¿Envío una posición a Trapo y moverá la plataforma entera?

—La Supremacía mueve naves gigantescas con hipermotores —respondí—, así que esta plataforma no debería darnos problemas.

—Solo sé enviar a las babosas a lugares que ambos conocemos —dijo Jorgen—. Y no sé dónde vamos.

—Puedo darle yo las coordenadas —me ofrecí—. Si vamos a Torre, quiero que dejemos el árbol fuera de alcance para que las torretas automáticas no le disparen.

No iba a ser responsable de tantas bajas civiles, y no solo porque después de hacer algo así sería imposible convencer a mi gente de que teníamos buenas intenciones.

—¿Puedes teleportar la plataforma tú misma? —me preguntó Gali—. Por lo que tengo entendido, no necesitas que te ayude la taynix.

—A lo mejor —respondí—, pero preferiría no correr el riesgo.

—Además, deberíamos probar con el hipermotor —dijo Jorgen—. Confirmar que funciona, por si tengo que sacarnos de allí cuando Alanik ya

no esté. —Se volvió hacia mí—. ¿Sabes qué alcance tienen las baterías automáticas?

—Lo redondearé hacia arriba —respondí—, por si acaso. Queremos que las torretas disparen a quienes vengan a por nosotros, no hacia Torre. Siempre podemos trasladar la plataforma otra vez si es necesario.

Busqué por el planeta, extendiendo mi mente más allá de Industria y Huso, donde vivía, hasta Torre. Estaba lejos de otros árboles en esos momentos, lo cual me dejaba muchas ramas de espacio en la miasma a las que teleportar la plataforma. Tendría que llevarla lo bastante cerca de Torre como para que la Unidad nos considerara una amenaza, pero no tanto como para hacer daño a nadie, tampoco a las naves civiles que circulaban por el ajetreado espacio aéreo en torno al árbol.

Mejor pasarme de lejos que de cerca. Escogí un punto más alejado que el primero que se me había ocurrido y compuse las coordenadas en mi mente. Entonces me comuniqué con Trapo y se las pasé.

No ocurrió nada.

—¿Por qué no funciona? —pregunté.

—No te hace caso —dijo Jorgen—. Supongo que porque no te conoce.

Tenía sentido. La mayoría de las babosas de Detritus no habían acudido tampoco a mi llamada. Y las que sí, era solo porque les había prometido comida y amigos.

—En realidad me alegro —dijo Gali—. Significa que no todas las babosas pueden utilizarse contra nosotros en combate.

—Tendrás que darle tú la orden —pidió Jorgen a Gali.

Gali se agachó y habló a través de la tapa metálica de la caja.

—*Ve*.

Hubo un fugaz instante de vacilación.

Y después aquella horrible pérdida de control otra vez cuando pasé al dominio negativo sin haber tirado de mí misma. Regresé al mismo lugar donde estaba antes, en el centro de la sala de control.

La ventana que daba a la miasma se había oscurecido de un segundo al siguiente.

—Esto… ¿chicos? —llamó Kimmalyn desde la dirección del hangar—. Tenéis que venir a ver esto.

Salimos los tres por la puerta y fuimos al hangar. Los pilotos estaban sentados en sus cazas con la cabina abierta, mirando a través de las enormes ventanas y la arremolinada miasma a las inmensas ramas de Torre, llamado así porque era el árbol más alto de todos. Largo y cimbreño, sus ramas se

elevaban casi verticales hacia el cielo. En Torre apenas había edificios horizontales, solo espirales talladas y construidas en los lados de las ramas, todas ellas refulgentes por los centenares de miles de luces de la ciudad. Los detalles arquitectónicos eran demasiado minúsculos para apreciarlos a tanta distancia, pero el efecto general no dejaba de ser impresionante. Sentí una leve punzada de orgullo al ver a los humanos tan boquiabiertos.

—Es increíble —dijo Gali.

—Y yo pensando que el otro árbol era asombroso —añadió Arturo.

—Hueco es una ruina —les expliqué—. Esto sí que es la civilización UrDail.

Me fijé en que todos los pilotos de la Independencia tenían la espalda un poco más erguida. Y me alegré de ver que había logrado trasladar la plataforma lo bastante lejos del árbol como para no estar disparándose. Pero aun así debíamos de ser visibles desde las ramas, así que la gente ya estaría reparando en nuestra presencia.

Jorgen fue a su nave y trasteó un momento con la radio. Sintonizó un canal que hablaba de los patrones climáticos en la miasma, y luego uno de control de tráfico aéreo.

—… obstáculo en el lado ocaso. Se informa a todos los vuelos…

—Ajá —dijo Nedd—. Desde luego, saben que estamos aquí.

—¿Y los otros citónicos? —preguntó FM.

Jorgen cerró los ojos y esperé mientras extendía su mente por el dominio negativo a lo largo y ancho de ReAlba.

—Siento a uno —dijo—. ¿Tu amigo Quilan?

Seguí su mente y vi que tenía razón. Quilan avanzaba hacia nosotros. Si había reaccionado tan rápido, ya debía de estar en una nave antes de que hipersaltáramos.

—Tenemos su atención —declaró Jorgen—. Todas las naves, despegue inmediato. Saldremos juntos fuera del hangar. Cuando estemos en posición, hipersaltaremos a todo el mundo fuera del alcance de las baterías automáticas.

Las cubiertas descendieron y las naves se elevaron. Nedd se quedó un momento más en tierra para sacar a su taynix, Mofletes, de la caja de su nave. Habíamos acordado que yo debería llevar un hipermotor por si me separaba de Arturo, y Naga era capaz de encontrar a Mofletes al instante. Hacerlo así dejaría a Nedd sin hipermotor en la batalla, así que tendría que depender de que sus compañeros de escuadrón lo transportaran con lanzas de luz, igual que los pilotos de la Independencia.

—Bueno, compañero —dijo Nedd—, te vas de aventuras con esa mujer alienígena tan maja.

—Nedd —le advirtió Arturo.

Era evidente que creía que Nedd podía haberme ofendido, pero cuando Nedd me entregó a su taynix, nada menos que un hipermotor, una criatura tan valiosa que mucha gente en el universo mataría por tenerla, no pude sentir nada más que asombro.

De verdad iban a dejar que me llevara uno. Y sí, sabía que lo hacían solo porque pensaban que les ayudaría a localizarme si intentaba huir de ellos… y probablemente Mofletes lo haría.

Pero aun así, lo había arriesgado todo para descubrir el secreto de aquellas criaturas. Y en esos momentos sostenía una en las manos.

Mofletes me miró con aire interrogativo.

—¡Mujer alienígena! —chilló.

—Sube a tu nave —dijo Jorgen a Nedd—. Vámonos.

El resto del escuadrón ya estaba maniobrando con sus naves para sacarlas por las puertas del hangar a la superficie de la plataforma. Dejé a Mofletes en el espacio de detrás del asiento de mi caza, pero al momento ya estaba restregando el morro contra mis tobillos junto a los pedales. No tenía muchas ganas de que me impidiera utilizarlos y terminaran derribándome las baterías automáticas, así que lo recogí y me lo puse en el regazo.

—¿Cómo soportan volar con vosotros? —le pregunté.

—¡Volar con vosotros! —exclamó el taynix.

Parecía que solo repetían lo que oían, pero por fuerza debían de entender al menos algo de lo que pronunciaban, si se sabían los nombres de los demás para encontrarse entre ellos a través del dominio negativo.

Gali esperó fuera de mi nave mientras yo terminaba de comprobar los controles.

—Hace tiempo le quitamos el aparato que interceptaba las señales entrantes —me dijo—. Se nos ocurrió que serviría para que Jorgen no fuese susceptible a la interferencia citónica.

—No, mi nave no bloquea ninguna interferencia citónica —respondí—. Creo que lo que desmontasteis fue un dispositivo de cifrado, pero da igual porque hoy no me hará falta.

—Ah —dijo Gali.

Parecía avergonzado, pero no tenía por qué estarlo. Había hecho un buen trabajo volviendo a dejar mi nave en condiciones de volar, por lo que parecía.

—Gracias por arreglarla —dije.

—No hay de qué —repuso él—. Estoy bastante satisfecho con la reparación de los daños que tenía. Eso fue hace siglos. Lo único que hice yo anoche fue terminar de ensamblarla. Debería volar bien.

Se apartó y yo activé mi anillo de pendiente, me elevé del suelo del hangar y salí a reunirme con los demás en formación alrededor de Jorgen.

Dejé que un caza humano me alcanzara con su lanza de luz y me llevara hipersaltando fuera del alcance de las torretas con los demás pilotos de la Independencia. No sabía cuántos hipersaltos tendría que dar ese día, y prefería mantener el número bajo si era posible. Jorgen nos había llevado bastante lejos, dejando más espacio entre nosotros y las torretas del que probablemente necesitábamos.

Comprobé la frecuencia por la que había estado retransmitiendo Rinakin. Su entrevista ya había empezado y oí cómo afirmaba que la división entre nuestras facciones era el verdadero problema que tenía ReAlba. Según el localizador de frecuencia de mi nave, la señal procedía del árbol Consejo, justo como esperábamos.

De momento, bien. Extendí mis sentidos citónicos en busca de Quilan y lo encontré aproximándose a nuestra posición. Manipulé mi comunicador intentando encontrar el canal general del escuadrón para informar a Jorgen, pero cuando lo localicé él ya estaba dando a los escuadrones el rumbo de las naves hostiles.

—Vamos a reducir a medio Mag y volar en dirección a Torre —dijo—, alejándonos del enemigo.

Las naves obedecieron su orden al instante. Al situarnos en el lado opuesto de la plataforma respecto a Quilan, Jorgen estaba obligándolo a rodearla para alcanzarnos, y podría dispararle con la hiperarma sin preocuparse de que la metralla diera a su propia gente.

El escuadrón independiente se alejó con nosotros de la plataforma hacia el árbol, lo bastante despacio para que Quilan nos ganara terreno con facilidad. Tenía que saber que tramábamos algo, pero no qué.

—Gali —llamó Jorgen por radio—, ¿tienes visual del escuadrón enemigo?

—La tengo —respondió Gali—. Se aproximan a la plataforma.

Al estar volando en dirección opuesta, solo podía ver en mi pantalla de sensores a los cazas que llegaban, que Quilan debía de haber convocado de entre las tropas del árbol Consejo. Pero sí percibí con toda claridad la perturbación que se extendía como una onda por el dominio negativo cuando Jorgen contactó con Babosa Explosiva en la sala de control de la plataforma y

le pidió disparar al escuadrón, que bordeaba el otro lado de la base. Ejecuté un escaneado de frecuencias y capté fragmentos de sus transmisiones, de pilotos chillando y maldiciendo y avisando de su intención de eyectarse.

No sabía si lo habrían logrado todos, pero cuando Jorgen nos ordenó pivotar y volar por debajo de la plataforma, vi a varios pilotos descendiendo por la miasma con paracaídas. Dos de sus naves colisionaron contra el lado opuesto de Hoja Errante.

Unas cuantas naves que habían evitado las hojas mentales atajaron hacia nosotros. Por desgracia, Quilan pilotaba una de ellas.

Alanik, envió a mi mente, *¿qué estás haciendo?*

Para que la distracción funcionara, Quilan debía creer que iba en serio.

Hago lo que debe hacerse. Ya has visto lo que ha hecho eso a tu escuadrón. ¿Qué crees que le hará a tu gente de Torre?

Te has vuelto loca, replicó Quilan.

Perfecto. Necesitaba que creyera que era cierto.

—FM, Centinela, volad en punta. Entablad combate con las naves enemigas. Tenderete, Gatero, Nedder, apoyadlas.

Cinco naves salieron disparadas hacia delante y se enfrentaron a los cazas enemigos que bordeaban la plataforma fuera de la zona de disparo automático. Unas cuantas naves de la Independencia se unieron a ellas.

Extendí mi mente al dominio negativo hacia el árbol Consejo. A casi la cuarta parte de la circunferencia del planeta, sentí que el espacio muerto se desvanecía, que el entorno del árbol Consejo ya no estaba cubierto por un campo de inhibición.

Quilan había convocado a los demás citónicos, al darse cuenta de que no podría detener la plataforma sin inhibir nuestra capacidad de usar la citónica en la zona o hacer estallar un campo conmocionador.

—Caracapullo —dije por radio—, podemos proceder.

—Recibido —respondió Jorgen—. Adelante.

—No te olvides de mí —dijo Arturo, volando cerca de mi ala, supuse que recordándome que vendría conmigo.

Como si pudiera olvidarlo.

Mientras extendía mi mente hacia la de Naga, me di cuenta de que Mofletes se había acomodado en mi cintura y se había quedado dormido.

Me alegré de que al menos alguien hubiera podido encontrar algo de paz. No le pasaría lo mismo a Naga, con cuya mente contacté para enviarle unas coordenadas citónicas próximas al árbol Consejo pero a suficiente distancia para que no nos detectaran de inmediato.

—Dile a Naga que salte —pedí a Arturo por radio.

—Naga, ve —dijo él.

La nave de Arturo desapareció de la existencia, y al instante hipersalté tras él.

19

Cruzamos por el dominio negativo y regresamos a nuestra realidad, frente a la púrpura oscuridad del cielo nocturno. No se distinguía ninguna estrella a través de la miasma, no a tanta profundidad. Solo había una penumbra nebulosa con volutas de color violeta y rojo, como si alguien hubiera tendido una manta multicolor sobre el sol.

Ya casi amanecía en esa parte del planeta. El árbol Consejo se alzaba en la lejanía, las farolas de las calles de la ciudad titilando a través de la nube rojiza que nos separaba de ellas.

—Por las estrellas, no voy a acostumbrarme nunca a lo extraño que es esto —dijo Arturo por el comunicador.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Tirdosamente hermoso —respondió—. Estos árboles hacen que los nuestros parezcan ramitas. Y mira que antes me parecían impresionantes. Casi todas nuestras plantas crecen en cubas.

Extendí la mente hacia el árbol Consejo. A esas alturas Quilan ya sabía que había desaparecido, por supuesto. Y se imaginaría lo que tramaba. Pero los otros citónicos estaban alejándose de nosotros en dirección a Torre. Habían partido con sus naves a toda prisa. Quilan estaba preocupado.

Y con razón. Acababa de dejarle a un grupo de humanos con una superarma en la vecindad de uno de los núcleos más poblados de ReAlba.

—Los demás citónicos se marchan —dije a Arturo—. ¿Crees que Caracapullo cumplirá su promesa de no disparar al árbol?

Me enorgulleció haberme acordado de usar su identificador cuando hablaba por radio, aunque aún no entendiera del todo su propósito.

—La cumplirá —dijo Arturo sin vacilar—. ¿Temes que no lo haga?

Claro que lo temía. Pero reconocerlo daba sensación de debilidad.

—Tu identificador es… ¿Anfi? —pregunté.

—Anfisbena.

Mi alfiler no lo tradujo.

—¿Qué significa?

—Es un dragón de la mitología de la antigua Tierra. Lo elegí porque es temible y vuela.

—Si tengo que ponerme identificador, querría algo que vuele —dije—. Parece lo más lógico.

—No tiene por qué ser lógico —repuso él—. Puede ser cualquier cosa que quieras.

La libertad de poder escoger cualquier cosa, en vez de facilitarme la decisión, la dificultaba.

—En ReAlba no tenemos criaturas voladoras. No sobrevivirían a la miasma.

—Ya, bueno, nosotros tampoco teníamos dragones de verdad. Pero hay otras cosas que vuelan, sean reales o no. Como las águilas, o los ángeles.

—¡De esos he oído hablar! —exclamé—. Son humanos voladores procedentes de vuestras antiguas religiones. Cuando mi pueblo y el tuyo contactaron por primera vez a través del dominio negativo, algunos pensaron que éramos ángeles. Otros nos tomaron por demonios, que son como los ángeles pero en malvado, ¿verdad?

—Exacto. Pero tú eres más bien un ángel, ¿verdad? No querría pensar que hemos hecho un trato con el demonio.

Lo dijo en tono jocoso, pero era la clase de broma que llevaba la mordedura de la verdad.

—Un ángel, entonces —dije—. Sin duda.

—Te encaja. Un ángel con una espada enorme, descendiendo para impartir justicia.

Yo no estaba nada convencida de ser eso, pero la idea de blandir una espada de justicia contra la Supremacía me resultaba atractiva, siempre que fuese metafórica. No tenía ni el menor deseo de entrar en combate real con un arma tan primitiva.

—Un momento —dije—. Voy a ver qué hace Rinakin.

Sintonicé la radio en el canal por el que emitía. Seguía allí, hablando con un orador de la Supremacía sobre los beneficios económicos que conllevaría la capitulación de ReAlba. Pasé la señal por el dispositivo localizador de mi nave y luego cambié al canal que compartía con Arturo.

—Rinakin todavía emite desde el árbol Consejo —informé—. La señal procede de la zona de su antigua residencia. Su casa de verdad está muy lejos de aquí, pero tiene un sitio donde se quedaba cuando era miembro del Consejo, antes de perder el balance.

—¿Hacia qué volamos? —preguntó Arturo—. ¿Tienen baterías de armamento o alguna otra defensa?

—No. Rodear la sede del gobierno con armas sería demasiado agresivo. Intentan convencer a la Supremacía de que somos pacíficos. Además, Quilan y el resto se habrán llevado la mayoría de la fuerza aérea con base aquí.

—La Supremacía por fin nos hace un favor —respondió Arturo—. Por mí, estupendo. ¿Nos acercamos con las naves o hipersaltamos?

—No deberíamos volar más cerca que esto —le aseguré—. Detengamos las naves y dejémoslas aquí. Yo también dejaría a Mofletes. Así los dos podremos teleportarnos de vuelta si algo sale mal.

—La última vez que hipersalté desde la cabina de mi nave, me la dejé en el otro lado del universo —dijo Arturo—. Pero tú eres la jefa de escuadrón en esta misión. Y la verdad es que prefiero que tus amigos de ahí abajo no nos vean venir.

—De acuerdo.

Extendí la mente hacia Naga. Luego recorrí el dominio negativo hasta el edificio del Consejo y formé las coordenadas en mi mente. Ya había hipersaltado antes a las habitaciones de Rinakin, así que sabía exactamente adónde iba.

Pedí a Naga que me siguiera y salté. Los ojos centraron en mí toda su atención y sentí su ira, sus ganas de aniquilarme con un manotazo. Con aquel, eran dos hipersaltos demasiado seguidos. Esperé no tener que hacer muchos más.

Emergimos en el estudio de Rinakin, junto a la ancha mesa de corteza. La estancia estaba impoluta, muy distinta al desastre que solía ser cuando Rinakin trabajaba allí a diario. Los estantes estaban vacíos, la mesa reluciente y despejada.

A través de una puerta abovedada me llegó una voz.

Agarré a Arturo por el brazo y lo llevé detrás de la puerta. Naga se retorció en su cabestrillo, intentando alzar la mirada hacia mí.

—Gracias, Cessil —estaba diciendo Rinakin—. No es necesario que vuelvas a por la bandeja. Me la quedo hasta mañana.

—Por supuesto —respondió otra voz—. No dude en llamarme si necesita alguna otra cosa.

Rinakin ya no estaba emitiendo. Fruncí el ceño. Parecía que lo trataban como a un invitado, no como a un preso. Era posible que Nanalis no quisiera que el personal del Consejo supiera que estaba coaccionándolo y que Rinakin hubiese decidido seguirle el juego. Pero me parecía demasiado… blandengue por su parte. Rinakin no era de los que daban el brazo a torcer, ni siquiera aunque amenazaran a su familia.

Oí el tintineo de una cucharilla en una taza con borde metálico. Al parecer, Rinakin estaba tomando un té, nada menos.

Arturo guardaba silencio a mi espalda, pero notaba su aliento en el cuello. De pronto hasta el último átomo de mi ser fue consciente de su presencia, tan cerca de mí. Tuve un escalofrío.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —susurró Arturo. El alfiler interpretó el volumen de su voz y me tradujo las palabras tan bajito que me costó oírlas.

La cucharilla dio un chasquido contra una mesa y luego solo hubo silencio.

—Espera aquí —le susurré.

Arturo asintió. Me alegré de que no viese necesario mantenerme a la vista todo el tiempo. No necesitaba que me cuidaran como a una niña.

Pero titubeé. Si quería, estaba en condiciones de hipersaltar en cualquier momento y dejarme atrás. Yo podía seguirlo, por supuesto. Nada me impedía trasladarme a su planeta y decirles cuatro cosas bien dichas, así que no era quedarme atrás lo que me asustaba.

Era perder su confianza, comprendí. Era estar sola.

Era descubrir que siempre lo había estado.

—¿Preparada? —preguntó Arturo, mirándome confuso, como si no comprendiera por qué no me movía.

—¿Te quedarás aquí?

Pareció sorprendido por la pregunta.

—Sí —susurró, su voz apenas un aliento—. Estaré aquí mismo si me necesitas.

Yo era citónica. Sin campo inhibidor, era la más poderosa de los dos. No necesitaba a ningún humano cubriéndome las espaldas.

Pero por algún motivo, me reconfortó de todos modos.

—Muy bien —dije.

Crucé la puerta hacia el corto pasillo, que daba directamente a la sala de estar de Rinakin. No era un lugar fastuoso, porque Rinakin siempre había preferido la utilidad a la ostentación. Estaba sentado en una butaca acolchada hecha de ramas que se entrelazaban en lo alto sobre su cabeza. Tenía una taza

de madera contra los labios y alzó una mirada sorprendida al ver que me acercaba.

Miré alrededor. Si Rinakin era un prisionero pero lo mantenían en secreto, quizá estuvieran grabando y escuchando en vez de apostar unos guardias que revelarían la verdad. Me llevé una mano a la oreja y vocalicé: «¿Nos oyen?».

Rinakin negó con la cabeza y dejó la taza en la mesa.

—Aquí estamos a salvo —respondió—. Alanik, cómo me alegro de que hayas vuelto.

—Puedo sacarte de aquí —le dije—. Me he librado de los otros citónicos.

—No es seguro hacerlo —repuso él—. Alanik, he averiguado mucho desde que estoy aquí. No hay tiempo para explicártelo, pero corres un grave peligro.

Eso era evidente. Los dos corríamos peligro.

—Tienes que venir conmigo —insistí—. Te lo explicaré todo, pero déjame sacarte antes de que la Supremacía se dé cuenta de que estoy aquí.

—Ahí está el problema —replicó Rinakin—. Eres tú quien tiene que venir conmigo. Tengo una nave. Te lo contaré todo de camino.

Lo miré sorprendida. ¿Me había dicho justo lo mismo que yo a él? ¿Y por qué no parecía nada preocupado por si había rescatado o no a su familia?

—De verdad creo que es mejor que sigamos hablando en otro sitio.

—Por supuesto. Como te decía, tengo una nave.

Se me erizaron los pelillos de la nuca. Algo andaba mal.

—Rinakin —le dije—, ¿adónde fui al marcharme?

—¿Cómo?

—¿Dónde me marché? —pregunté—. Cuando me fui de aquí. ¿Dónde me dijiste que fuese?

—Fuiste a buscar pilotos y los trajiste para rescatar a nuestros aliados de Hueco —dijo él—. Me lo contaron. Lo has hecho muy bien.

—De acuerdo —dije—. ¿De dónde traje esos aliados, Rinakin?

—Alanik, se nos acaba el tiempo —me apremió.

—Lo sé —respondí—, así que dime dónde me pediste que fuera la última vez que hablamos.

Rinakin suspiró y movió una mano hacia un dispositivo que llevaba en la otra muñeca. Di un paso atrás, temiendo que fuese un arma.

Pero se limitó a pulsar un botón.

Mis sentidos citónicos cesaron de golpe, como si me hubiera quedado ciega al instante. Estaba perdida, sola, aislada, incapaz de llamar a mí la

compañía de la infinidad de *todo*. Rinakin tenía una caja con un taynix en algún sitio. Había activado un inhibidor citónico.

—Tú no eres Rinakin —dije, sobre todo para que lo oyera Arturo.

La persona que no era Rinakin sonrió.

20

No eres Rinakin, pero tienes su mismo aspecto —dije—. ¿Cómo lo haces?

Volvió a sonreírme y se reclinó en la butaca, como si no le preocupara nada lo que fuese a hacer yo a continuación. La explicación más probable era que venían refuerzos de camino, quizá alertados por el inhibidor o por algún otro botón de su brazalete. Desde allí se me podrían llevar a su nave y entregarme a la Supremacía.

Esperé que Arturo no revelara su presencia. Si no lo encontraban, por lo menos Naga y él podrían regresar a la plataforma si yo no lograba salir de aquella. Tampoco esperaba que organizaran un rescate, pero al menos…

Llegó un estruendo desde el despacho a mi espalda y cerré los ojos.

No-Rinakin se levantó.

—¿Traías a alguien contigo? —preguntó.

Pasó rodeándome, con la espalda hacia la pared mientras recorría la estancia para no dármela a mí ni a la fuente del ruido.

Debería probar a salir corriendo…

… pero no podía dejar que capturasen a Arturo. Seguí a no-Rinakin por el pasillo. Tal vez podríamos rodearlo. Tal vez…

No-Rinakin cruzó la puerta hacia el despacho, donde había pedacitos de un jarrón decorativo que tenía Rinakin esparcidos por el suelo. No-Rinakin apenas había dado un paso más cuando recibió un puñetazo en la rodilla y un codazo en la tripa, y cayó despedido de espaldas en el suelo del pasillo.

Fui hacia él para darle un puntapié antes de que se levantara, pero no-Rinakin alzó las manos en gesto de rendición.

—¡Humano! ¡Cuánta agresividad! ¡Parad, por favor!

Arturo estaba en el umbral sacudiendo la mano.

—Au —dijo—. Tirda, cómo ha dolido. ¡Con lo fácil que parece cuando lo hace Spensa!

—¡Fácil! —aportó Naga.

No-Rinakin intentó levantarse con torpeza, pero Arturo alzó el puño y el farsante se desplomó de nuevo, protegiéndose la cara. Le agarré la muñeca y le quité el brazalete.

Pulsar un botón hizo que el campo inhibidor desapareciera, y el universo cobró vida de nuevo a mi alrededor, como si hubiera echado a cantar de repente. Un segundo botón disolvió la imagen que recubría el cuerpo de no-Rinakin, revelando a une dione de brillante piel carmesí.

—Tirda —dijo Arturo.

Esa vez sí que pateé a le dione. Fuerte. Gimió y se agarró el costado.

—¿Dónde está Rinakin? —le pregunté. No teníamos mucho tiempo, pero con el inhibidor desactivado podíamos salir de allí mucho más deprisa.

—No lo encontraréis aquí —dijo le dione—. Se lo han llevado no hace mucho.

Oh, no. Puse una mano a Arturo en el hombro y envié a Naga las coordenadas de la cabina de mi caza en la miasma. O bien la babosa empezaba a acostumbrarse a mí o bien era muy consciente del peligro que corríamos, porque en esa ocasión nos teleportó sin el permiso de Arturo.

—Au —dijo Arturo de nuevo. Estaba apretujado en el espacio de carga detrás de mi asiento en la cabina, con la cabeza topando contra el techo—. Esto no me acaba de gustar.

—Es mejor que ser prisioneros de la Supremacía —repliqué.

—¡Presos! —exclamó Naga desde el lado de mi asiento.

Mofletes estaba en el panel de mandos, mirándonos con expresión de curiosidad.

Envié a Naga una imagen clara de la cabina de Arturo. Su nave se había alejado un poco de la mía, pero aun así la veía a través de la cubierta, flotando a un lado. Arturo y Naga desaparecieron, y al momento su caza empezó a volar en dirección al mío. Mofletes se acomodó en mi regazo.

—¿Estás bien? —preguntó Arturo.

—Bien —dije—. ¿Cómo tienes la mano?

—Lo que tengo magullado en realidad es el ego. Nedd siempre dice que deberíamos entrenar más el combate cuerpo a cuerpo. Supongo que tenía razón.

—Lo que has hecho ha bastado —le dije—. Por lo visto, a los agentes de la Supremacía no les gusta nada recibir puñetazos. Sigo sin tener ni idea de

cómo se las ingenió le dione para adoptar el aspecto de Rinakin.

Aún tenía el brazalete en la mano, así que lo dejé en el suelo al lado de mi asiento para estudiarlo más adelante.

—Puede que yo sí —dijo Arturo—. Spensa tenía una nave que encontró en Detritus. De ahí sacó la tecnología holográfica que le permitió hacerse pasar por ti.

Recordé que FM y Jorgen me habían dicho algo parecido.

—¿Y la Supremacía se la robó?

—Creo que debieron de apoderarse de su nave. Ya sabían que había usado un holograma para tener tu aspecto, así que lo buscarían a propósito.

Era una idea aterradora. Aunque también me sorprendió descubrir que Spensa tenía una tecnología de la que ni siquiera la Supremacía sabía nada. Siempre habían dado la impresión de saberlo todo.

—Pobre M-Bot —dijo Arturo—. Me extraña un poco que no se autodestruyera o algo parecido. Spensa va a cabrearse muchísimo.

—Y no es la única —respondí.

—Estoy escuchando por radio para saber cómo van los demás —dijo Arturo—. Tirda, suena a que están en apuros.

No me extrañaba. Habíamos enviado en su dirección a todos los citónicos de los que disponía la Unidad. Y no había recibido noticias de Jorgen. Me había dicho que le resultaba más fácil contactar conmigo si estaba cerca, pero confiaba en que pudiera lograrlo a más distancia. Extendí mi mente hacia él y averigüé que los citónicos de la Unidad habían llegado a su posición, pero no habían logrado alzar el campo inhibidor.

¿Situación?, le pregunté.

Aún aguantamos, dijo Jorgen. *De momento impedimos que los citónicos se pongan en posición, así que no han podido lanzar el inhibidor ni esa otra cosa de la conmoción. Están demasiado ocupados evitando que los derribemos. ¿Habéis encontrado a Rinakin?*

Todavía no.

Jorgen se quedó callado, imaginé que concentrándose en ocuparse de Quilan y los suyos.

—Tenemos que darnos prisa en localizar a Rinakin —dije a Arturo por el comunicador—. Si han despegado hace poco para llevarlo con la Supremacía, quizá todavía estén en tránsito. A ver si encuentro su nave.

Cerré los ojos y exploré la miasma alrededor del árbol. Era más fácil buscar un gran campo de inhibición citónica allí que una nave por todo el planeta.

—¿Ángel? —dijo Arturo—. Tenemos compañía.

Abrí los ojos y miré los monitores de proximidad. Venían naves, todo un contingente que volaba en nuestra dirección. O bien nos habían localizado sus escáneres, o bien Quilan les había transmitido nuestra posición.

Tenía que concentrarme en hallar la nave donde estaba retenido Rinakin.

—¿Quieres ir tú en punta esta vez?

—Encantado —dijo Arturo—. Maniobras evasivas.

—Recibido.

Reproduje las maniobras de Arturo siguiendo un rumbo que nos alejaba de las naves atacantes. Traté de mantener la atención en el dominio negativo, extendiendo mis sentidos, explorando la zona en busca de bloqueos.

Ahí estaba. Sobre las inmensas ramas del árbol, a kilómetros de distancia arriba en la miasma, había un puntito minúsculo que no podía percibir, como un nervio muerto en una zona de la piel por lo demás sana.

—Lo tengo —dije a Arturo—. Más cerca del árbol y muy arriba.

—¿Quieres dirigir tú ahora? —preguntó él.

—Sí.

Aceleré y salí disparada por delante de él antes de virar de golpe hacia arriba tan deprisa que mis condensadores gravitacionales se activaron para cancelar el grueso de las fuerzas de inercia. Las naves enemigas cambiaron de rumbo un momento después, sin dejar de seguirnos y ganándonos terreno.

—No sé qué clase de maniobras estás acostumbrada a hacer —dijo Arturo —. Y seguro que no las llamáis igual que nosotros, así que te sigo e intentemos que no nos acierten, ¿vale?

—Eso sobre todo —respondí.

Las naves que llevábamos a cola nos entraron en alcance de combate y abrieron fuego. A cierta distancia de mi ala izquierda, Arturo escoró su nave y emprendió una rápida serie de maniobras de esquiva que no había visto nunca. Pero yo tenía mis propios trucos. Tres cazas vinieron a por mí, disparando sus destructores a la vez, así que quebré a un lado, serpenteé entre los proyectiles y luego hice un tonel ascendente, sin perder el rumbo hacia aquella zona muerta del cielo.

—Mola —dijo Arturo—. Eso tendrás que enseñármelo.

—Igualmente —respondí.

Las ligas estudiantiles matarían por echar mano a unas maniobras que ningún otro equipo había visto antes. Quizá fuera esa la manera de convencer de nuestra alianza al resto de mi pueblo. Aunque no entraran en razón para

salvarse de la Supremacía, siempre se podía contar con que quisieran ver ganar a su equipo.

—¡A tu derecha! —me avisó Arturo.

Esquivé antes de ver el fuego de destructor, que falló por muy poco a mi escudo.

—Nos acercamos a ese punto muerto —le dije.

Allí estaba. La misma nave en la que Quilan había encerrado a Rinakin justo antes de mi huida. Una nave UrDail equipada con inhibidor citónico.

—Tienen a taynix ahí dentro —dije a Mofletes—. ¿Quieres que vayamos a buscarte nuevos amigos?

—¡Amigos! —exclamó Mofletes, abrazado a mi tripa como si disfrutara de la calidez.

Si los taynix no eran capaces de hipersaltar fuera de esas cajas, no podía enviar a Mofletes a sacar a los que hubiera en la nave. Tendríamos que destruir sus propulsores y atraparla con mi gancho de luz para llevárnosla.

Los cazas que nos perseguían debían de haber avisado a su piloto, porque estaba huyendo de nosotros a gran velocidad.

—Acelerando —dije a Arturo.

—Te sigo —respondió, y nos lanzamos en persecución de la nave con los cazas pisándonos los talones.

Me impresionó la forma en que Arturo se las ingeniaba para ejecutar unas maniobras tan elaboradas sin alejarse de mí en ningún momento y apoyándome cuando la situación se complicaba. Yo era tan buena como él en el vuelo evasivo, quizá mejor. Pero Arturo era algo que yo nunca había sido: un verdadero jugador en equipo.

Me aproximé a la nave del inhibidor citónico e igualé velocidad con ella.

—Tengo que confirmar que Rinakin va dentro —dije—. Me acercaré más.

—Te cubro —respondió Arturo, y lo hizo acribillando a una nave que me perseguía con sus destructores.

Me situé junto al ala izquierda de la nave. La miasma convertía mi cubierta en un borrón violeta, pero mantuve mi caza estable. A tan poca distancia y a una velocidad tan alta, cualquier error significaría chocar y caer derribadas ambas naves.

La nave era mucho más grande que la mía, y con la cubierta más ancha. En el asiento del piloto había otre dione, reconocible por la brillante piel azul bajo el casco de vuelo. Me adelanté un poco más mientras caía fuego de destructor sobre las dos naves. Al parecer, los cazas que nos seguían estaban

más interesados en derribarme que preocupados por disparar a sus aliados. La nave grande quebró a derecha, intentando quitárseme de encima.

Pero no antes de que echara un vistazo a los asientos traseros, donde había une segunde dione al lado de Rinakin, que estaba maniatado y amordazado.

—Está ahí —dije a Arturo.

Seguí a la nave mientras le dione ejecutaba un tonel en rueda para intentar perderme. Me mantuve firme a su cola.

—¿Órdenes? —preguntó Arturo.

—Espera —dije, y lancé mi gancho de luz hacia la nave que aún rotaba, intentando aferrarla.

Acerté con el gancho, pero el impulso de la otra nave me desvió de lado, derecha hacia una línea de fuego de destructor. Mi escudo recibió un impacto, que sentí en los huesos.

—Ángel —dijo Arturo—, llevo tres a cola. Voy a tener que virar para quitármelos.

—Hazlo —respondí.

—Tú llevas más encima —me advirtió—. Cuidado con…

La miasma seguía llenándose de disparos de destructor y me vi obligada a retraer el gancho de luz y descender bajo la nave de les diones para no perder mi escudo.

—Ya no los veo —dije a Arturo.

—Que no te den —respondió él.

Tenía que lograr que la nave aterrizara, pero era imposible hacerlo allí fuera, lejos de los árboles. Y más llevando tantos cazas enemigos a nuestra cola.

—Voy a atacar a los cazas —informé a Arturo—. No dejes que la nave escape con Rinakin.

Ejecuté una de mis maniobras favoritas de las ligas juveniles, un giro cerrado en el que mi nave pivotaba y los condensadores gravitacionales gemían y el paso del universo parecía caerme sobre el cuerpo…

Y entonces cesó y abrí fuego en la misma cara de las naves enemigas. Esquivaron a los lados, pero di a una en el escudo y pillé a otra en una larga ráfaga de fuego. Hizo un tonel intentando evitarme, pero sus propulsores vomitaron humo y entonces el caza explotó en una bola de fuego que se ensanchó como una flor abriéndose.

El caza empezó a caer en descenso incontrolado, todavía avanzando por el impulso que llevaba.

El piloto no se eyectó.

Lo había matado.

—A tu derecha —me advirtió Arturo, y abrió fuego para ahuyentar a otros dos cazas—. Tienes la nave de Rinakin justo delante.

Eso, sí. Debía concentrarme. Aferré la esfera de control con mucha más fuerza de la que me habían enseñado a aplicar, tratando de evadirme del pánico que me atenazaba la garganta.

Había matado a alguien.

Antes vivía, y luego había muerto.

Y eso lo había hecho yo.

Yo.

—Ahí está —dijo Arturo. Como si notara mis vacilaciones, pasó delante de mí en persecución de la nave—. ¿Plan?

Noté bilis subiendo. Tenía que salir de allí. Tenía que dejar de volar antes de que…

Llegó fuego de destructor por encima de mi ala izquierda y me sobresalté. Di potencia a los propulsores, gané velocidad y me uní a Arturo.

Ya era suficiente. Tenía que terminar ya con aquello. Gané terreno a la nave donde iba preso Rinakin y volví a lanzarle el gancho de luz, que acertó y se cerró en torno a su fuselaje.

Con el gancho de luz fijado, hice lo único que se me ocurrió.

Extendí la mente al dominio negativo, indiqué a Naga que me siguiera y tiré.

21

Nos materializamos raspando el suelo metálico del hangar de Hoja Errante. El impulso que llevábamos se había anulado de sopetón al entrar en el dominio negativo, pero los propulsores nos dieron aceleración de nuevo en el instante en que emergimos. Desactivé los míos, sin perder de vista la nave donde iba retenido Rinakin, que resbalaba hacia la base de una columna y chocó contra ella.

Mi caza avanzó un poco más y oí que el tren de aterrizaje rechinaba contra el metal del suelo, pero no parecía haber daños graves. Abrí la cubierta y salí a toda prisa, con Mofletes bajo el brazo por si necesitaba hipersaltar. No sabía qué iban a hacer les diones con Rinakin, pero supuse que, si eran sus guardias, tendrían menos aversión a la violencia que la que había mostrado no-Rinakin.

Y en efecto, la cabina de la nave se abrió y le dione que la pilotaba me apuntó con una pistola y disparó.

Me arrojé a cubierto tras el ala de su nave. Si le dione no se andaba con tonterías, yo tampoco iba a hacerlo. Formé las coordenadas del lugar justo detrás del asiento de le dione y se las envié a Mofletes.

Aparecimos dentro de su nave, tras le dione de la pistola y justo en frente de le otre, que soltó un chillido de sorpresa.

La nave de Arturo había seguido resbalando más que la mía, pero vi que ya había salido también y corría hacia nosotros. Antes de que llegara, puse una mano encima a cada dione y envié a Mofletes las coordenadas que mejor conocía.

Aparecimos casi al instante en la sala de estar de mi casa, en Huso. Unos agentes de la Unidad alzaron la mirada hacia mí desde las cartas a las que estaban jugando. No pudieron hacer más que mirar mientras empujaba a les

dos diones hacia delante y me escabullía de nuevo al dominio negativo, indicando a Mofletes que nos devolviera al hangar de Hoja Errante.

Encontré a Arturo mirándome con los ojos como platos. Su voz me llegó amortiguada por el casco pero audible.

—Ya iba a probar otra vez con los puñetazos.

—Gracias al viento que no ha hecho falta —dije, y subí a la parte trasera de la nave, donde estaba Rinakin.

Los generadores de oxígeno de Hoja Errante llegaban hasta allí, así que por suerte Rinakin no había inhalado miasma. Me miró conmocionado, aunque debía de haber supuesto que era yo quien iba persiguiendo a su nave. Tenía un lado de la cabeza enrojecido e hinchado, posiblemente por el impacto al aterrizar.

Le quité la mordaza de la boca.

—Dime algo para que sepa que eres tú de verdad —le exigí.

—En nuestra primera lección sobre citónica —dijo Rinakin— intenté enseñarte a meditar y tú te quejaste de que era perder el tiempo.

Era verdad. Todavía me impacientaba meditar, pero al menos le veía un propósito. Rinakin miró a mi espalda hacia Arturo.

—¿Lo has conseguido? ¿De verdad has establecido una alianza con los humanos?

—Estoy en ello —respondí—. Vamos. Tenemos que ir a ver cómo les va.

Le ayudé a levantarse y le desaté las muñecas. Se dolía de un brazo, pero no sabía si era por el impacto o por maltratos de sus captores. Arturo vino a su otro lado y me ayudó a llevarlo por el hangar y recorrer los túneles hacia la sala de control. Cada vez que pasábamos bajo una claraboya buscaba naves en el cielo, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlas. Mientras nos acercábamos a la sala de control, la plataforma se sacudió y el miasma se arremolinó a un lado, hecho trizas por el arma de hojas mentales.

Rinakin miró en la dirección del disparo.

—Creo que me he perdido unas cuantas cosas.

—Unas cuantas —le dije—. Había alguien haciéndose pasar por ti, dando discursos sobre que te unías a la causa del progreso.

—Eso sí que lo sabía —respondió Rinakin—. Me hacían oír las transmisiones. Era muy… desagradable.

—No hay tiempo para explicártelo todo —dije mientras llegábamos a la puerta de la sala de control—. Tengo que salir ahí fuera y ayudar a los humanos.

—Anda. —Gali se volvió desde el panel de control principal para mirarnos sorprendido—. Habéis vuelto.

—Este es Rinakin —dijo Arturo, ayudándolo a entrar.

Rinakin se dejó resbalar por una caja del sistema de defensa hasta quedar sentado en el suelo, agarrándose el brazo.

—Caracapullo —llamó Gali por el micrófono de sus auriculares—. La misión de Alanik ha ido bien.

—Me alegro —respondió Jorgen por radio.

—¡Así me gusta, Alanik! —oí que exclamaba Nedd.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó Gali.

—Ya no —dijo Arturo—. Alanik se ha ocupado de eso.

Se refería a les diones, a quienes no había matado, sino enviado muy lejos. No como a la nave que había derribado del cielo. A esas alturas ya habría llegado al núcleo y se habría estrellado, sepultando el cadáver de la persona que había ardido viva dentro.

Arturo me puso una mano en el hombro y se me llevó fuera.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja—. Estás temblando.

Notaba tiritar todo el cuerpo, y aunque traté de recobrar la compostura, no había forma de que parara.

—Bien —dije.

—Anda ya —replicó él—. ¿Qué te pasa?

Arturo de verdad no lo sabía. Había disparado a alguien y su nave había explotado antes de que pudiera eyectarse y había muerto y él no le daba importancia. Era probable que hubiera muerto más gente en la batalla que se libraba cerca de la plataforma. Estaba oyendo a Gali hablando con Jorgen por radio en la sala de control. Teníamos que salir allí arriba.

Pero el mundo parecía haberse desestabilizado, como si la plataforma cabeceara.

—Háblame —dijo Arturo.

—Tenemos que ir a…

—Y lo haremos. Pero antes dime qué te pasa.

Seguro que se temía que yo supiera algo que él no, que tuviera algún plan que le estaba ocultando.

—Te juro que no voy a traicionaros.

—Lo sé —dijo él—. Te creo.

Parecía hablar en serio, pero seguía mirándome con el semblante preocupado. Si no creía que fuese a traicionarlos…

Arturo me apretó un poco más el hombro.

—Alanik…

—No se ha eyectado —solté. Me sentó bien decirlo, como si estuviera confesando un pecado—. He disparado a esa nave y el piloto no se ha eyectado.

—Ah —dijo Arturo. Bajó la mirada al suelo—. ¿Nunca habías matado a nadie?

—No —respondí—. Con nuestras naves hacemos competiciones *deportivas*. Nos marcamos unos a otros con láser. ¡Ahí fuera no sé lo que hago! Y he derribado a alguien, y lo he matado. Y no debería importar, porque era el enemigo, pero…

—Es lo que pensaba yo antes —dijo Arturo—. Antes de que supiéramos qué era la Supremacía, cuando la veíamos solo como una maldad sin rostro. No me angustiaba matarlos. Qué narices, me *gustaba*. Pero ahora que les he visto las caras, o algunas por lo menos… —Negó con la cabeza—. No sé. Ahora ya no es tan fácil. Quizá nunca debió serlo.

—Fácil parece mejor —dije—. Cuando el enemigo te dispara, tienes que devolver el fuego.

—Lo que has hecho estaba justificado —asintió Arturo—. Pero la sensación no deja de ser terrible.

—Sí que lo es.

Decirlo en voz alta me afianzó un poco. Arturo dejó caer la mano de mi hombro. Deseé que no lo hubiera hecho, porque eso también me afianzaba.

—¿Podrás combatir? —preguntó.

Si no lo hacía, y si algún aliado mío no sobrevivía, jamás iba a poder perdonármelo.

—Sí —dije—. Sí, quiero ayudar.

Arturo se apoyó en el marco de la puerta de la sala de control.

—Que Jorgen dé la orden de volver dentro de la plataforma. Tenemos lo que buscábamos y hay que largarse ya.

—Eso intentan —le respondió Gali—, pero ha aparecido otro escuadrón de la Unidad que está protegiendo mejor las naves citónicas. Como no los obliguemos a seguir moviéndose, los citónicos crearán el campo inhibidor y entonces será imposible largarnos. Les vendría bien vuestra ayuda.

Los humanos podían hipersaltar, pero necesitarían unos minutos que no tenían para recoger a todas las naves de la Independencia. Nos habían ayudado a cumplir la misión y no podíamos dejarlos atrás.

—Venga —dije a Arturo—. Vamos a las naves.

Corrimos por los túneles y el hangar. Arturo me siguió hasta mi caza y comprobó los daños en el tren de aterrizaje mientras yo subía a la cabina. Se apoyó en la cubierta y volvió a ponerme la mano en el brazo.

—¿Estás segura de poder hacerlo?

De cualquier otra persona me habría zafado, pero Arturo no estaba siendo condescendiente. De verdad le preocupaba.

—Se me pasará cuando esté en el aire —dije.

Asintió. Me pareció que quizá respetaba esa respuesta.

—Bien. Pues vamos para allá.

Otra oleada de hojas mentales desgarró el espacio cercano a la plataforma. No quería teleportarnos a su trayectoria, de modo que activé la radio mientras Arturo y yo nos elevábamos de la plataforma.

—… dado —estaba diciendo Gali—. Caracapullo, el enemigo está bordeando hacia vuestra posición.

—Recibido, Gali —respondió Jorgen—. Ya los veo. FM, Centinela, lleváoslos. Pediré a algún piloto de la Independencia que os ayude.

—Hemos vuelto, Caracapullo —dije—. Aquí Anfi… —Aún no recordaba el resto de su identificador—. Y Ángel.

—¡Hala! —exclamó Sadie—. Ángel, qué bonito.

—¿Lo ves? —dijo Arturo.

Sonreí.

—¿Dónde quieres que saltemos?

—Bienvenida, Ángel —dijo Jorgen—. Salid entre la plataforma y el árbol. Tu amigo Quilan está ahí con unas cuantas naves de la Unidad protegiéndolo. Creo que todas las naves citónicas están en posición.

Lo que significaba que teníamos que irnos de allí o nos atraparían.

—Recibido —respondí.

Elegí un punto entre nosotros y Torre y llame a Naga para que me siguiera en el hipersalto.

Caí demasiado tarde en la cuenta de que debería haber utilizado a Mofletes. La malignidad de los ojos parecía más intensa que nunca. Estábamos enfureciéndolos, provocando su ira. Tocaron una fibra primigenia que me dijo que querían hacerme daño y que algún día me arrancarían del cielo y se cobrarían venganza.

Arturo y yo emergimos del dominio negativo en el espacio aéreo entre Hoja Errante y Torre, y al instante varias naves se volvieron hacia nosotros.

Alanik, me envió Quilan. *Ríndete con tus humanos y abogaré por tu indulto*.

Habían descubierto con quiénes colaboraba. Me pregunté si se habrían acercado lo suficiente para verlo o solo era una deducción lógica.

No, repliqué. *Pero sí que acepto tu rendición cuando quieras*.

¿Por qué íbamos a rendirnos si vamos ganando?

—Cúbreme —pedí a Arturo.

—Hecho.

Emprendí maniobras evasivas entre las naves que venían hacia nosotros, serpenteando en dirección a Quilan.

Extendí la mente al dominio negativo para darle la réplica y entreoí fragmentos de su voz.

… tenemos a vuestros humanos… a la Supremacía… venid a recoger…

¡Por las ramas! Iba a entregarnos allí mismo. Tenía a todos sus objetivos —Rinakin, nuestros aliados humanos y yo— al alcance de la mano en espacio abierto. Debía de haber decidido que con eso bastaba.

—Caracapullo —llamé por el comunicador—, Quilan está haciendo venir a la Supremacía. No sé cuánto tardarán en llegar, pero…

… no nos habéis revelado… medidas con efecto inmediato, estaba respondiendo la persona con quien hablaba Quilan. *Debisteis ser más sinceros…*

La voz de Quilan sonó aterrada al responder.

Acabamos de encontrarlos… dijimos todo lo que… sido más que leales…

—No parece que esté yendo como Quilan esperaba —informé a Jorgen—. Pero tampoco creo que vaya a irnos muy bien a nosotros.

Por lo menos, si Quilan estaba manteniendo una conversación mental, no se concentraría en el campo conmocionador. Aunque era posible que los demás no lo necesitaran para alzar el inhibidor.

—No suele pasar —respondió Jorgen—. ¿Alguna idea de a qué nos enfrentamos?

—No —dije—, pero…

Alanik, me envió Quilan, *esto es culpa tuya. Tú lo has provocado. Ríndete ahora mismo o…*

Cállate, le dije, y Quilan lo hizo, pero no logré sacarme de la cabeza la sensación de lo asustado que estaba.

¿Con qué lo habría amenazado la Supremacía para perturbarlo tanto?

En ese preciso instante, el universo quedó en silencio de nuevo. Acurrucado alrededor de mi cintura, Mofletes dio un gemido.

—¡Han levantado el inhibidor! —exclamé por radio—. Tenemos que sacarlos de formación o no podremos salir de aquí hipersaltando.

Podíamos abandonar la plataforma, supuse, y huir para salvar la vida. Pero aun así, necesitaríamos tiempo para que los humanos engancharan las naves de la Independencia con sus lanzas de luz. Era muy posible que no saliéramos todos de allí.

—Caracapullo —dijo Nedd por el canal del escuadrón—, hemos perdido otro caza de la Independencia. Kimmalyn ha tenido que retirarse para reactivar su escudo y no hemos podido evitar que…

—Babosa Explosiva no puede disparar la hiperarma mientras tengamos ese campo inhibidor —lo interrumpió Gali—. No sé qué más hacer para ayudar.

Cuanto más tiempo les dejáramos mantener su formación, más se concentraría Quilan para lanzar un campo conmocionador que afectara a toda la zona, dejando inconscientes a los pilotos del Escuadrón Cielo y la Independencia para luego derribarlos uno tras otro.

Entonces vi que en la pantalla de mis sensores aparecía algo gigantesco en el cielo sobre nuestras cabezas. Levanté el morro de la nave para verlo mejor a través de la cubierta.

Era una nave de la Supremacía. Un acorazado, a juzgar por el enorme cañón que tenía apuntado directamente hacia nosotros.

Hacia mí y mis aliados. Hacia mi pueblo en Torre.

—¿Caracapullo? —llamó Nedd—. ¿Has visto eso?

—Lo veo —dijo Jorgen.

—¿Es el mismo que vino a Detritus? —preguntó FM.

—Eso parece —respondió Jorgen.

—Yo también lo creo —dijo Gali—. Significa que eso es un arma planetaria.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Significa que ReAlba tiene un problema muy grave —dijo Caracapullo —, a no ser que haya forma de cargarnos esa nave. Gali, ¿crees que las hojas mentales le harán algo?

—No lo sé —respondió Gali—. No podemos usarlas por el campo inhibidor.

—Hay que sacar a esos citónicos de formación *ahora mismo* —ordenó Jorgen.

—Tenderete y Gatero intentan ahuyentar a uno —dijo Nedd—. Necesitan refuerzos.

Con solo desplazar a uno de los citónicos de ReAlba, el inhibidor caería. Ya no podía sentirlos a través de aquel silencio tan opresivo.

—¿Dónde están las naves de los citónicos? —pregunté.

—Yo las veo —dijo Arturo—. Seguidme.

—Recibido —respondió Caracapullo—. Escuadrón Cielo al completo, la prioridad es proporcionar apoyo.

Arturo descendió bajo la plataforma y fui tras él. La Supremacía no iba a llevarse a los humanos. Iban a aniquilarlos, y allí mismo, cerca de un núcleo de población. No sabía cuánto daño podía hacer ese cañón.

Ni quería descubrirlo.

—Chicos —dijo Gali por radio—, esto querréis escucharlo.

Llegó la voz de Rinakin por el canal general.

—Pueblo de ReAlba —dijo—, os han engañado a todos.

—¿Está transmitiendo en abierto? —preguntó Jorgen.

—Sí, para el planeta entero —dijo Gali.

—Hoy es un día aciago en nuestra historia —proclamó Rinakin—. Unos operativos de la Unidad me secuestraron y pusieron a une agente de la Supremacía en mi lugar, para haceros llegar un mensaje que yo jamás transmitiría. La Supremacía se ha vuelto contra nosotros, y ahora un acorazado amenaza Torre. Pero no nos rendiremos, y no estamos solos en esto.

«Anda». Entendí lo que estaba haciendo Rinakin. Contuve el aliento, siguiendo a Arturo mientras aceleraba alejándose de la plataforma e internándose en la miasma. Ya empezaban a verse las naves que teníamos por delante, Tenderete y Gatero combatiendo contra un grupo de cazas de la Unidad.

—Pues hoy es también el día histórico de la recuperación de nuestra alianza con los humanos —dijo Rinakin—. Han venido a ayudarnos en nuestro momento de necesidad.

—Esto… ¿Caracapullo? —llamó Gali—. Rinakin quiere que te conecte a…

—¿A la transmisión? —preguntó Jorgen—. ¿Y qué quiere que…? Tirda, bien, hazlo.

Por encima de nosotros, el cañón empezó a resplandecer con una siniestra luz azul.

—Van a disparar sobre nosotros —dijo FM—. No sabemos cuánto tiempo aguantará el escudo de la plataforma, así que más vale que seamos rápidos.

Arturo y yo llegamos al combate y apoyamos a Tenderete y Gatero con una andanada de fuego de destructor. Las otras naves nos devolvieron los disparos, salvo una que salió huyendo hacia Hoja Errante.

Tenía que ser la nave del citónico.

—Es esa —dije a Arturo, y luego cambié el comunicador de vuelta al canal general.

—Es un placer presentaros a Jorgen Weight, humano del planeta Detritus, cuyo pueblo sufre la opresión de la Supremacía desde hace mucho tiempo.

—Hum —dijo Jorgen—, hola. Sí, soy yo.

Una luz intermitente en mi panel de comunicación. Arturo quería hablar conmigo por nuestro canal privado. Cambié a él.

—Separémonos para atacar desde los dos lados —dijo.

—Hecho —respondí, y nuestros cazas viraron en trayectorias divergentes, sin dejar de acelerar hacia la nave del citónico.

—¿Cuánto tiempo lleváis luchando por vuestras vidas contra las armas de la Supremacía? —preguntó Rinakin a Jorgen.

Hacía bien en enfatizar la violencia de la Supremacía. En retirar el telón de su falsa paz.

—Toda mi vida —respondió Jorgen, que ya sonaba más confiado—. Tres generaciones, en realidad. Nos obligaron a retirarnos, a vivir bajo tierra. Desde entonces intentan exterminarnos. Pero seguimos aquí, y seguimos luchando.

—¡Así se habla, Caracapullo! —exclamó Nedd.

El acorazado de la Supremacía liberó una descarga del cañón. El escudo que rodeaba la plataforma crepitó y chispeó, pero se mantuvo. De momento, al menos.

—ReAlba está con vosotros —afirmó Rinakin.

—Que así sea —dije para mí misma.

—¡Que así sea! —repitió Mofletes.

Arturo y yo abrimos fuego al mismo tiempo contra la nave del citónico. Esquivó, pero no le perdimos la pista y logramos acertarle con un disparo, luego dos, luego tres. Su escudo cayó y me dispuse a dispararle una última vez.

Fallé al tener que esquivar una ráfaga de destructores que venían de un lado.

Quilan.

Van a destruiros a todos, Alanik, me envió. Como tenía la clave de su inhibidor, podía hablarme dentro de él, pero a mí me era imposible responder. *Y es culpa tuya*.

Me disparó y esquivé de nuevo. Había perdido a la primera nave citónica, así que confié en que Arturo aún estuviera siguiéndola. Quilan se abalanzó

hacia mí. Estaba decidido a derribarme del cielo.

Pero no iba a permitir que me derrotara. Ejecuté una rotación en pivote y descargué mis destructores directos contra su cabina.

Su escudo chisporroteó y se disipó. Su nave siguió avanzando hacia la mía, ya tan cerca que vi su cara a través de la cubierta mientras le disparaba de nuevo. Quilan levantó el morro…

Pero era demasiado tarde. El impacto de la ráfaga destruyó el morro de su nave y partió la cabina en dos. Su caza se desplomó hacia el núcleo.

Quilan no se eyectó. No creía que pudiera haber sobrevivido a ese ataque, pero aunque me equivocara, no sobreviviría a la caída.

Era el enemigo. Debería alegrarme de haberlo matado.

«Ahora ya no es tan fácil —me había dicho Arturo—. Quizá nunca debió serlo».

Recobré altitud justo a tiempo de ver a Arturo, Tenderete y Gatero disparando a la nave donde iba el citónico. Tanto él como el piloto se eyectaron, pero la nave cayó del cielo.

El universo cobró vida con un zumbido a mi alrededor.

El acorazado de la Supremacía disparó de nuevo. El escudo de la plataforma desapareció.

Un impacto más y la destruirían.

—¡La hiperarma vuelve a funcionar! —exclamó Gali—. Caracapullo, ¿huimos hipersaltando?

—Si lo hacéis —dije—, ¿estáis seguros de que la Supremacía no disparará al árbol?

—Alanik tiene razón —respondió Jorgen—. Tenemos que terminar esto si es posible, por ReAlba.

¿Por ReAlba?

—¡Por ReAlba! —chilló Mofletes.

Iban a quedarse a ayudarnos. Incluso corriendo un riesgo tan desproporcionado.

—Espera, Gali —dijo Jorgen—. Creo que tenemos que acercarte más al cañón.

—¿Vas a teleportar la plataforma más *cerca* de ese cañón gigantesco? —preguntó FM—. ¿Así no tendrán un blanco más fácil?

—No quiero fallar —repuso Jorgen—. ¿El hipermotor está listo?

—Listo —confirmó Gali.

La plataforma desapareció y volvió a materializarse más alta en el cielo, bloqueándome la visión del acorazado. Las baterías automáticas abrieron

fuego.

—Sistema de armamento preparado —informó Gali—. Tirda, ya vuelven a cargar el cañón, Caracapullo, así que date prisa. No creo que baste con las torretas.

Alcé el morro y aceleré surcando la atmósfera. Coroné el borde de la plataforma justo a tiempo para ver cómo las hojas mentales atravesaban el enorme acorzado, rebanando el metal en tiras largas y finas. El cañón se hizo añicos y la energía que había estado acumulando chisporroteó, dañando más la nave.

—¡Tirda! Acaba de aterrizar alguien fuera —dijo Gali—. Hemos debido de perder el inhibidor cuando ha caído el escudo.

—¿Caracapullo? —llamó FM, en tono aterrorizado.

—Todas las naves, converged sobre Hoja Errante —ordenó Jorgen—. Protocolo de rebote.

No esperé a que Jorgen teleportara a los demás. Envié una invitación a Naga y pedí a Mofletes que hipersaltara dentro del hangar.

Otra nave había aterrizado por delante de mí. Salté de la cabina de mi caza y seguí a su piloto hacia la sala de control. Era un varvax, una especie crustácea cuya existencia conocía de cuando me preparaba para partir hacia Visión Estelar. Tenía un aspecto muy extraño fuera de su nave, caminando en una especie de armadura mecánica que parecía hecha de distintos tipos de piedra.

Corrí hacia el ser, aunque no tenía ni idea de lo que haría contra una criatura protegida por esa armadura. Sabía menos de combate cuerpo a cuerpo que Arturo.

La criatura llegó al umbral, muy por delante de mí.

—¡Babosa Explosiva, ayuda! —gritó Gali desde el interior.

Un torrente de fuerza emanó de la sala de control y destrozó la armadura del varvax. La criatura que había dentro huyó correteando y luego desapareció de nuevo hacia el dominio negativo.

—No puedo creer que haya funcionado —dijo Gali. Llegó a la puerta de la sala de control y se arrodilló para recoger a Babosa Explosiva—. Voy a darte una caja entera de caviar, Babosa Explosiva, te lo prometo.

El taynix se frotó contra Gali, con aspecto de estar bastante satisfecho de sí mismo. Y entonces llegó FM corriendo y los rodeó a ambos con los brazos, empujándolos fuerte contra el marco de la puerta.

—¡No apretéis a las babosas! —exclamó Jorgen, que llegó junto a mí a la carrera. Nadie le hizo caso.

Arturo llegó también a mi lado y se quedó mirando por una claraboya el acorazado que se deshacía en pedazos por encima de nosotros.

—¡Caracapullo! —llamó Sadie desde su nave recién aterrizada—. ¡Vienen más naves!

Miré por la entrada del hangar y las vi. Eran todo un escuadrón de cazas UrDail, pintados de brillante azul.

Más pilotos de la Independencia que venían a ayudarnos.

—Lo hemos conseguido —dije.

Sin duda la Supremacía iba a volver a por nosotros, pero al menos ya no estábamos solos.

22

No sé si necesitamos más refuerzos —dijo Jorgen, mirando desde detrás de Sadie el monitor de proximidad de su nave—. Las fuerzas de la Unidad se están retirando.

—Gracias a las estrellas —dijo Arturo.

Compartía el sentimiento. Oí que, dentro de la sala de control, Rinakin retomaba su transmisión y hablaba de la fuerza de ReAlba y su capacidad de resistencia. Parecía emplear mucho la palabra «progreso». Seguro que a Nanalis al principio le encantaría, pero sin duda el discurso de Rinakin terminaría asignando la culpa de la aparición de la Supremacía en su lugar correspondiente.

—Querrá llevarte desfilando por todo el árbol Consejo —advertí a Jorgen—. Por lo visto, ahora eres el héroe de ReAlba.

Jorgen puso cara de horror y me eché a reír.

—Hola —dijo Nedd, que dio una palmada en la espalda a Jorgen al llegar—. Si queréis, les contamos que yo soy Jorgen Weight. Siempre he querido salir en un desfile.

Pareció que Jorgen casi se lo planteaba.

—Tenemos que informar a Cobb —dijo—. Que el Alto Mando sepa que nuestra misión aquí ha sido un éxito. Después, con un poco de suerte ya podremos volver a casa. Si hago que mis padres entren un poco en razón, la próxima vez quizá hasta envíen una delegación diplomática oficial en vez de un escuadrón de pilotos.

Verdadero apoyo y una renovación de nuestra antigua alianza. Había acudido a los humanos buscando ayuda, pero hasta ese mismo instante no me había permitido creer que vendría de verdad.

—Gracias —dije a Jorgen— por no dejar a mi pueblo en manos de la Supremacía cuando ha caído el inhibidor.

Jorgen pareció confundido.

—De nada —respondió—. Así funciona una alianza. Significa que nos protegemos unos a otros.

Había tanta gente en ReAlba que reculaba al primer inconveniente que había esperado lo mismo de los humanos. Podrían haberse marchado y esperar a ver qué hacía ese destructor a Torre en venganza. Habían arriesgado la vida para salvar a *mi* pueblo. Una y otra vez.

Había juzgado mal a Jorgen. Era un líder asombroso, y para mí un privilegio volar junto a él.

—Sí —dije—. Así funcionan las alianzas.

Jorgen aún ponía cara de confusión, como si aquello fuese tan evidente que no hiciera falta ni decirlo.

—Voy a intentar contactar con Cobb por el hipercomunicador —dijo—. Tenemos que contarles lo que la Supremacía ha estado a punto de hacer a la gente que en teoría colaboraba con ellos.

Se metió en la sala de control.

—Ya te había dicho que no os traicionaría —dijo Arturo, observándome apoyado en la pared del pasillo.

—Sí que es verdad —repuse—. Pero también decías que pensabas que yo iba a traicionaros.

—Dije que *no* creía que lo hicieras —me corrigió Arturo—, pero que era una posibilidad.

—Si no recuerdo mal, te pusiste muy amenazador —contraataqué—. Y bastante preocupado.

Arturo sonrió.

—Admitido. A lo mejor ninguno de los dos calamos muy bien a la gente.

—Si de verdad creyera que no sois de fiar —dije—, no habría ido a pediros ayuda en un principio.

—Supongo que es verdad —concedió Arturo—, pero ¿tenías más opciones?

—Ninguna buena. Así que gracias.

La expresión de Arturo se puso seria.

—Has derribado a ese otro citónico —dijo—. ¿Lo conocías?

Aún podía ver la cara de Quilan acelerando hacia mí, disparando sus destructores.

—Sí —respondí—. Iba a matarme, pero he acabado yo antes con él.

—Exacto —dijo Arturo—. Y parece que, con eso, debería ser más fácil, ¿verdad? Pero yo nunca he tenido que disparar a nadie con quien hubiera hablado. A quien conociera.

Quise decirle que el mundo estaba mejor sin Quilan, pero no estaba segura de que fuese verdad. Mi pueblo tenía muy pocos citónicos. Necesitábamos hasta el último de ellos.

Tal vez Rinakin estuviera en lo cierto y hubiese un lugar para la persuasión. La muerte de Quilan era un desperdicio, tanto de un líder como de un citónico. Matarlo había sido necesario, pero el mundo estaría mejor si hubiéramos logrado convencerlo de que cambiara de bando y luchara junto a nosotros.

Ya nunca podría cambiar de opinión, lo cual daba a todo aquello un tinte de tragedia.

—No me alegro de que esté muerto —dije—, pero sí de estar viva yo. Ojalá todo hubiera sido distinto, pero no sé lo que habría cambiado, o ni siquiera si tenía el poder de cambiarlo.

—Tenías el poder de hacer algo muy bueno para tu pueblo y para el mío —respondió Arturo—. ¿Así se ven las cosas un poco mejor?

Me lo pensé un momento.

—No lo sé —dije—. Lo que sé es que no lo lamento.

Arturo asintió.

—Ya. Yo tampoco.

Me sostuvo la mirada un momento, y había algo en su expresión que me resultó emocionante y aterrador al mismo tiempo. Seguí a Jorgen al interior de la sala de control.

Rinakin estaba finalizando su transmisión. Desconectó el aparato y se dejó caer sobre el panel de mandos, agotado. Su hija estaba a su lado, pidiéndole que fuese a descansar a los barracones.

—Tenemos que hacer que lo vea un médico —me dijo Inin.

—Lo sé —asentí—. Si la médica de la Independencia no puede atenderle, lo llevaremos pronto a un hospital.

Las heridas de Rinakin no parecían urgentes, pero aun así debería recibir tratamiento. Vi que Jorgen estaba apoyado en la pared junto al hipercomunicador. Había metido en la caja la babosa violeta y naranja de su nave y hacía tamborilear los dedos sobre el panel de control, esperando.

—El almirante Cobb ya puede hablar con usted —dijo alguien, y a continuación llegó la voz de Cobb por el hipercomunicador.

—Jorgen —dijo—, ya era hora de que informaras.

Jorgen frunció el ceño. Cobb le había dicho que no debía llamar, ¿verdad? Porque intentaba seguir llevándose bien con los políticos y que nadie supiera que estaba implicado en la deserción del Escuadrón Cielo.

—Hemos conseguido lo que veníamos a hacer —dijo Jorgen—. Hemos salvado a la gente de Alanik y establecido una alianza con ellos.

FM y Gali aparecieron en el umbral. Gali tenía el pelo un poco más revuelto que de costumbre, supuse que debido a algún ritual de apareamiento humano. Yo aún no tenía muy claros los detalles al respecto, pero saltaba a la vista que hablar de esas cosas incomodaba a los humanos, así que no iba a preguntarles.

Por lo menos Arturo no había tenido reparos en hablarme de su exnovia antes. Sin embargo, la idea de preguntarle a él sobre rituales de apareamiento humanos me resultaba… desorientadora.

—Me alegro —respondió Cobb—. Quiero que volváis lo antes posible para hacer un informe completo. Y traed a representantes de los UrDail, por favor. Nos gustaría iniciar conversaciones oficiales con ellos.

Jorgen me miró.

—¿Es seguro, señor?

—Por supuesto. Es perfectamente seguro. El escudo aguanta sin problemas. No tenéis nada de qué preocuparos. Tengo órdenes nuevas para vosotros cuando traigáis a todos de vuelta aquí.

FM y Gali se miraron.

—Ayer nos dijo que mejor no lleváramos a ningún UrDail —le recordó Jorgen por el hipercomunicador—, porque temía que se convirtieran en moneda de cambio para las negociaciones con la Supremacía.

—Ah —dijo Cobb. Sonaba sorprendido, como si quisiera fingir que nunca había dicho nada parecido—. No, las negociaciones están en punto muerto. Si regresáis de inmediato, lo que…

Jorgen pulsó el botón de silenciar en el hipercomunicador.

—Pasa algo con Cobb —nos dijo.

—¿Tu madre está ahí con él? —preguntó FM.

—Puede —dijo Jorgen—. Pero ¿por qué ha respondido a la llamada si mi madre estaba presente?

—A lo mejor le han avisado delante de ella de que querías hablar con él —aventuró Gali—. Puede que no haya tenido elección.

—O puede que no sea él —dije.

Los tres se quedaron mirándome.

—¿Cómo? —dijo Jorgen.

No lo sabían, claro. No habíamos tenido tiempo de contárselo.

—La Supremacía robó la tecnología holográfica de la nave de Spensa. El Rinakin que trabajaba con la Unidad era falso, une agente de la Supremacía. Si nos han hecho eso a nosotros…

—Tirda —dijo Jorgen—. ¿Crees que ese hombre podría no ser Cobb?

—Cobb no actuaba como él mismo la última vez que lo vimos —afirmó FM—. Supuse que debía de haber alguna explicación.

—Y parece que Alanik acaba de dárnosla —dijo Jorgen.

—¿Jorgen? —llamó Cobb por el hipercomunicador—. ¿Sigues ahí?

Jorgen activó de nuevo el micrófono. Me había perdido lo anterior que había dicho Cobb, y no creía que Jorgen le hubiera prestado atención tampoco.

—Estoy aquí, señor —respondió Jorgen—. Querría hablar con mi madre, si le parece bien.

Era buena jugada. Jeshua quizá no servía de mucho para la diplomacia, pero se pondría de nuestro lado si sabía que estaba lidiando con un impostor de la Supremacía.

—Asegúrate de que no es una agente también —susurré, y Jorgen asintió.

—Ya hablarás con ella cuando volváis —dijo Cobb—. Os necesito aquí inmediatamente. Es una orden.

Jorgen silenció de nuevo el micrófono.

—Esto tiene que ser una trampa.

—Tiene toda la pinta —dije.

Jorgen soltó una palabrota y encendió el micrófono.

—Señor, estoy ordenando a los nuestros que se preparen para regresar —dijo—. Quizá tardemos un poco en reunir la delegación UrDail.

—Venid tan rápido como podáis —repitió Cobb.

—Lo haremos. Gracias, señor. —Jorgen apagó el micrófono—. Necesito alguna manera de comunicarme con mi madre, para advertirles a ella y a la asamblea que la Supremacía se ha infiltrado en la FDD.

—¿Qué creéis que han hecho con el verdadero Cobb? —preguntó FM.

—Lo más probable es que lo reemplazaran cuando se reunieron para organizar las negociaciones de paz —dijo Gali—. Justo después de que vinierais a ReAlba. Temíamos que fuese una trampa, pero Cobb y Jeshua fueron de todos modos porque la oferta de una tregua era demasiado buena para rechazarla. Y no querían arriesgarse a que entraran ellos en el escudo.

—Muy propio de la Supremacía —añadí—. Fingir que quieren hablar contigo de paz y aprovechar la oportunidad para sabotearte.

—Entonces, Cobb ya es prisionero suyo desde hace un tiempo —dijo FM —. ¿Creéis que le harán daño?

—Tampoco me extrañaría —respondí.

—No puedo contactar directamente con mi madre —dijo Jorgen—. Ella no es citónica.

—Pero la abuela de Spensa sí —propuse—. Tal vez sepa algo de lo que pasa, ya que la Supremacía está exigiendo que les entreguéis a vuestros citónicos. Es posible que ya la hayan recogido.

—Sí —dijo Jorgen—, es verdad.

Pero yo ya estaba extendiendo la mente a través del dominio negativo, buscando Detritus y rastreando el planeta. Encontré la mente de la yaya a tanta distancia de la superficie que tenía que estar en una nave.

Mal asunto.

Yaya, envié, *soy Alanik. ¿Estás bien?*

Estos lamecubas quieren entregarme a cambio de su propia libertad, respondió la yaya.

¿Quién quiere entregarte?, pregunté.

Unos carroñeros de la Asamblea Nacional, dijo ella.

¿Jeshua Weight está con ellos?

Así es, confirmó la yaya. *¿Heroína de guerra? ¡Me lo paso por el trasero arrugado que tengo! También han traído a ese ser alienígena azul, y no parece que le haga ninguna gracia*.

Cuna había desertado de la Supremacía, así que tenía sentido que también hubieran exigido su entrega. Por lo menos, la yaya parecía comprender lo que estaba sucediendo.

¿Dónde te han llevado?, pregunté.

Nos han hecho subir a una nave que nos lleva con no sé qué delegación, dijo ella. *Van todos vestidos como unos figurines, igual que si fueran a una audiencia real*.

Oh, no.

—Tienen a la yaya y a Cuna en una nave que vuela hacia una delegación de la Supremacía —dije en voz alta—. Tu madre viaja en ella, Jorgen, y también más gente de la asamblea.

Jorgen maldijo de nuevo.

—Seguro que también es una trampa. Dile que den la vuelta.

—Enseguida.

Tienes que decirles que es una trampa, envié a la yaya. *La Supremacía no tiene intención de colaborar con ellos. Han reemplazado al almirante Cobb*

por un agente de la Supremacía mediante un disfraz holográfico. A mi planeta le ofrecieron el progreso, y luego en vez de eso nos han apuntado con sus armas. Diles que esto solo les traerá la ruina.

Se lo diré, respondió. *Pero no me han hecho caso antes y tampoco van a hacérmelo ahora.*

—Dice que se lo dirá —informé—, pero no cree que sirva de nada.

—Probablemente tiene razón. —Jorgen apretó los párpados con fuerza, frustrado—. ¿Llevan hipercomunicador a bordo?

Exploré la zona alrededor de la yaya. Percibí a varios taynix, todos apelotonados juntos, como retenidos en algún tipo de contenedor.

—Llevan muchas babosas juntas —dije.

Encontré a otra sola, a pocos metros de las demás. Tanteé su mente, intentando enviarle coordenadas para contactar con nuestro humano, y se mostró receptiva, como si comprendiera el mensaje. Hice lo mismo con la babosa que había en nuestro hipercomunicador.

—Prueba ahora —sugerí—. Creo que podrás hablar con ellos.

—¿Mamá? —dijo Jorgen por el hipercomunicador.

Hubo un momento de silencio, y luego:

—¿Jorgen? —respondió Jeshua Weight.

—Mamá —dijo Jorgen—, tenéis que dar media vuelta. Estáis metiéndoos en una trampa.

—¿Que nosotros nos metemos en una trampa? ¡Tú eres quien ha huido del planeta incumpliendo órdenes! ¿Dónde estás?

—En ReAlba —respondió Jorgen—. Hemos trabado una alianza. Tenemos a gente dispuesta a colaborar con nosotros contra la Supremacía.

—En ese caso, estás actuando contra lo que tanto trabajo nos ha costado aquí —replicó Jeshua—. Nos hemos reunido con la Supremacía y quieren firmar un tratado.

—No creo que sea verdad, porque… —empezó a decir Jorgen, pero su madre lo interrumpió.

—Yo creo que son sinceros. —Y siempre lo parecía, ahí estaba el problema. La mayoría de la gente no llegaba a notar el sabor del veneno bajo la dulzura del té—. No podemos seguir luchando como hasta ahora. Llevamos años perdiendo la guerra. Si hay una oportunidad de salvar la vida a nuestro pueblo, tenemos que aprovecharla.

—Mamá, han reemplazado a Cobb —dijo Jorgen—. Es un operativo de la Supremacía que lleva puesto un holograma como el que usó Spensa para infiltrarse en Visión Estelar.

Jeshua se quedó callada un momento.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿Lo has visto con tus propios ojos?

—No —dijo Jorgen—. Pero han usado el mismo truco con alguien de aquí, y cuando hemos hablado con él había algo raro.

—Jorgen, llevo dos días enteros casi sin separarme de Cobb. Está cansado, igual que todos, pero es él.

Jorgen golpeó el borde del panel de control con el canto de la mano.

—No es él, mamá. No vayáis a hablar con esa delegación. De verdad que es una trampa.

Llegó la voz de un hombre por el hipercomunicador.

—Jorgen —dijo—, sé que te cuesta aceptar todo esto. Te criamos para que odiaras a los krells. Llevamos toda la vida odiándolos. Pero hijo, si seguimos enfrentándonos a ellos, algún día vas a morir ahí arriba. Es lo que intentamos evitar. La Supremacía hasta se ofrece a entrenarte. Es una gran oportunidad, y tienes que procurar aceptarla.

—Hoy han intentado matarme —replicó Jorgen—. Mienten al ofrecernos la paz.

—No deberías haberte ido a ReAlba. —Era Jeshua quien volvía a hablar —. ¿No ves que queremos que estés a salvo?

Jorgen silenció el micrófono otra vez y maldijo, llevándose las manos a los ojos.

Arturo apareció en el umbral.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—No —dije—. La Supremacía ha reemplazado a Cobb, igual que hizo con Rinakin, y los padres de Jorgen están llevando a la yaya y a Cuna a una reunión con la Supremacía ahora mismo.

—¡Tirda! —exclamó Arturo—. Tenemos que impedirlo. No podemos dejar que se metan en eso.

En mi mente, la yaya y las diminutas presencias de las babosas dejaron de moverse, como si hubieran llegado a su destino.

—Creo que ya están allí —dije.

—Tenemos que ir ya —afirmó Jorgen—. Nos llevamos la plataforma entera. Después volveremos para formalizar la alianza con el pueblo de Alanik, pero de momento quizá necesitemos apoyo aéreo.

—Estoy de acuerdo —dije—. Vamos.

Gali ya estaba metiendo de nuevo a Trapo en la caja del hipermotor.

—Alanik —dijo Jorgen—, ¿puedes darle unas coordenadas cercanas a la posición de la yaya?

—Sí —respondí, y viajé mentalmente por el espacio que se extendía entre las galaxias para fijar la posición de la yaya y enviársela a Trapo—. Hecho.

—Trapo —dijo Gali—, ve.

Entramos en el dominio negativo bajo los ojos distraídos, que al momento se convirtieron en estrellas titilantes cuando la plataforma entera emergió al otro lado cerca de Detritus.

Había una pequeña nave de pasajeros humana atracada en el exterior de un transporte rectangular de la Supremacía, a un par de kilómetros de nosotros. Aquella nave de transporte no era ni por asomo tan grande como otras que había visto llegar a ReAlba, ni siquiera tan grande como Hoja Errante.

—Necesitaréis refuerzos —dijo FM.

No daba la impresión de que Jorgen y ella hubieran terminado de resolver sus problemas, pero en esos momentos no pareció que les importar a ninguno de los dos.

—Así es —respondió Jorgen—. Quiero que todos los demás estéis en vuestras naves, preparados para el combate por si necesitamos apoyo aéreo adicional. No parece que hayan traído cazas, pero podrían llegar hipersaltando en cualquier momento.

—Entendido —dijo FM.

Jorgen se volvió hacia Arturo.

—Tienes el mando del escuadrón mientras esté ahí dentro. Que todo el mundo esté listo para despegar a mi señal.

Arturo me miró, y pensé que quizá había querido ofrecerse a venir con nosotros a la nave de la Supremacía. Deseé que lo hiciera.

—Me ocupo —dijo, y dio media vuelta para regresar hacia el hangar gritando—: ¡Escuadrón Cielo, todos a vuestras naves!

El escuadrón se dispersó.

—Volveré a meter a Babosa Explosiva en el sistema de armamento —dijo Gali.

—Muy bien —respondió Jorgen—. Alanik, no captas ningún inhibidor citónico en esa nave, ¿verdad?

—Ninguno —dije—. Aún no.

Gali le entregó a Abracitos y Jorgen se metió la babosa en el cabestrillo.

—Alanik, ¿puedes dar a Abracitos las coordenadas de la sala de mando en la Plataforma Primaria? —me preguntó.

—Sí, pero entonces luego no podré llevarnos a la nave de la Supremacía. No la conozco, así que podría terminar materializándonos dentro de una

pared.

—Los taynix parecen capaces de evitarlo —dijo FM—. En el transporte llevaban babosas, ¿verdad? ¿Por qué no hipersaltáis a su posición?

—Habrá que intentarlo —repuso Jorgen.

—Serán las que estaban asignadas a los demás pilotos y no se vinieron con nosotros —dijo FM—. Prueba con Corgi o Borde, y si no con Gofre o Mocoso.

Jorgen la miró sorprendido.

—Intentaré… acordarme.

—Más vale —dije—. ¿Estás listo ya?

Jorgen cerró los ojos, como haciendo acopio de valor antes de una batalla.

—Listo —dijo.

Le puse una mano en el hombro y envié a Abracitos las coordenadas de la sala donde me había reunido con Cobb y Jeshua.

23

Nos materializamos al lado de la mesa de conferencias donde Jeshua Weight había rechazado mi oferta de aliarnos. La sala estaba vacía y Jorgen salió dando zancadas por la puerta, moviéndose con decisión. Lo seguí pasillo arriba: sabía dónde iba mucho mejor que yo.

Un hombre sentado detrás de una mesa alzó la mirada, visiblemente sorprendido.

—Tengo que hablar con Cobb —le dijo Jorgen—. Debo informarle de inmediato. ¿Está aquí?

—Por supuesto, un segundo —respondió el hombre. Fue a la puerta que tenía detrás, llamó y la abrió—. Jorgen Weight viene a verle, señor.

El almirante Cobb se acercó enseguida a la puerta y nos miró a Jorgen y a mí por encima del hombro de su secretario.

—Estrellas, qué alegría que hayáis vuelto —dijo.

Vi que Jorgen lo observaba con atención. Aquel hombre llevaba el bastón de Cobb y tenía su misma cojera. La voz me sonaba igual que antes, pero también lo había hecho la de Rinakin.

Jorgen cruzó la distancia que los separaba, seguido de cerca por mí. No iba a permitir que me dejaran atrás. Puso la mano en el brazo de Cobb y le subió la manga lo suficiente para revelar el brazalete que llevaba en la muñeca. Era idéntico al de no-Rinakin.

—¿Qué estás…? —empezó a protestar el falso Cobb.

—Abracitos, llévanos con Corgi —dijo Jorgen.

—¡Corgi! —exclamó Abracitos.

Al instante aparecimos todos enfrente de un piloto muy sorprendido que había estado tumbado en un catre con el mono medio quitado, echando un sueñecito.

Uy. Al parecer, Jeshua no se había llevado todas las babosas que habíamos dejado en la base.

—¡Oye…! —gritó el falso Cobb, pero Jorgen tampoco le dejó terminar.

—¡Abracitos, llévanos con Borde! —gritó.

—¡Borde! —repitió Abracitos.

Pasamos de nuevo bajo los ojos y de pronto nos hallábamos en el almacén de una nave desconocida, junto a un contenedor con varias pequeñas mentes citónicas.

Sentí que la yaya se movía alejándose de nosotros. Había más taynix dentro de la nave en varias direcciones, posiblemente alimentando hipermotores o hipercomunicadores de la Supremacía.

El falso Cobb recuperó la suficiente compostura para zafarse de Jorgen y correr hacia la puerta, pero Jorgen lo atrapó por la nuca, lo tiró al suelo y le retorció los brazos a su espalda.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo.

—Soy tu comandante —replicó el falso Cobb.

Jorgen ni se molestó en responder.

—Se han llevado a la yaya en esa dirección —dije, señalando.

—Creo que la nave de mis padres debe de estar atracada por aquí cerca —repuso él—. Separémonos. Yo busco a mis padres y les demuestro que nos hemos metido en una trampa. Tú rescatas a la yaya y luego hipersaltas a mi posición. —Abrió el contenedor de babosas y me entregó una—. Creo que esta es Borde. Si dejamos de poder localizarnos, sabremos que el otro ha entrado en un campo de inhibición e iremos a ayudar. ¿Te parece bien?

—Sí —dije.

Fui hacia la puerta y miré por una ventanilla para comprobar si había alguien fuera. El pasillo estaba desierto, así que salimos del almacén y fuimos en direcciones opuestas.

Aquella nave hacía que se me erizara la piel. Deseé no tener que hacer aquello sola. El taynix, Borde, se acurrucó en el hueco de mi brazo, como si estuviera sintiendo lo mismo.

La yaya y quienquiera que se la estuviera llevando tenía que estar por delante, pero no se veía ni se oía nada que demostrara la presencia de nadie. La nave daba una espeluznante sensación de estar desierta, de llevar solo una tripulación mínima. Si de verdad consideraban tan agresivos a los humanos, ¿por qué no habían traído más tropas?

Yaya, envié a través del dominio negativo, *estoy aquí en la nave, avanzando hacia ti. ¿Dónde te llevan?*

A un calabozo, dicen, respondió ella. *He escupido a une en el ojo y no creo que le haya hecho mucha gracia*.

Sonreí. Cuanto más conocía a la yaya, mejor me caía.

¿Cuántos son?

Dos diones, dijo ella. *Une conmigo y otre con Cuna. Pero espero que estén llevándome con Cobb. Me parece que lo oigo*.

¿Cobb estaba allí? Había dado por hecho que ya se lo habrían llevado del planeta.

¿Cómo que lo oyes?, pregunté. *¿A través del dominio negativo?*

No tenía sentido. Cobb no era citónico. A la yaya le debería resultar imposible encontrarlo. Exploré yo misma la zona hacia la que la llevaban, pero no percibí nada salvo un par de taynix.

Sí, estoy segura de que es él. Lo tengo por delante. No como esas otras voces, las más bajitas. ¿Son tu gente?

¿Mi gente?

¿Qué voces estaba oyendo? Sabía que era una anciana, pero no daba la impresión de estar perdiendo facultades.

Sí, esas voces, dijo. *Me piden ayuda*.

No sé quiénes son. Creo que no deberías responder, por si acaso. Voy a rescatarte, pero podrían llevar inhibidores en esta nave. Si los activan, te impedirán usar los poderes. Quizá te convenga marcharte ya.

Estoy segura de que Cobb está aquí, envió la yaya. *Quiero llevármelo conmigo. No sé si puedo viajar como lo hacéis Spensa y tú, pero hay cosas que me parecen tan reales ahí dentro… Creo que puedo intentarlo*.

Era un riesgo, pero desde luego no podía reprocharle que quisiera correrlo.

Te seguiré hasta que te hayas ido, y luego volveré para ayudar a Jorgen. Si no logras el hipersalto o si te inhiben, iré a ayudarte.

Gracias, dijo la yaya. *Sé por tu espíritu que tienes corazón de guerrera, igual que mi nieta*.

Me sentí extrañamente conmovida por aquello, aunque apenas conocía a ninguna de las dos. Seguí pasillo abajo, asomando la cabeza antes de doblar las esquinas para asegurarme de que no hubiera nadie. La nave seguía vacía, lo que me inquietaba cada vez más.

Hemos llegado al calabozo, envió la yaya a mi mente. *Cobb está aquí. Por las estrellas, qué mal lo veo*.

Pero ¿está vivo?, pregunté.

Está vivo. No sé qué le habrán hecho, pero…

La voz de la yaya se interrumpió a la vez que un sector de la nave por delante de mí moría en mi mente. Ya no podía contactar con la yaya, que había desaparecido bajo una nube inhibidora. Tenía que llegar deprisa e intentar desactivarla. Corrí por una esquina…

Y entonces volví y me agaché al oír unas voces. Había gente más adelante, aunque todavía no estaba cerca de la zona inhibida de la nave. No entendía mucho del dialecto que hablaban, y estaban demasiado lejos para que mi alfiler lo interpretara. Pero sí reconocí unas pocas palabras: «Preparado. Deprisa. Marchar».

Aquella gente estaba a punto de irse. Corrían en dirección opuesta, alejándose del centro de la nave. ¿De qué huían tan rápido?

Tenía que llegar con la yaya, Cobb y Cuna, pero allí había algo que me daba muy mala espina y quería saber qué era.

¿Has encontrado a tus padres?, pregunté a Jorgen.

Aún no, envió él. *Me he equivocado de dirección. Ahora voy hacia ellos. El falso Cobb no se deja llevar y está retrasándome*.

Me dieron ganas de sugerirle que le rompiera las piernas, pero seguramente no ayudaría a que Jorgen avanzara más deprisa.

Sé dónde tienen a la yaya y al verdadero Cobb. Cuna está con ellos también. Llegaré en un momento, pero tengo que comprobar una cosa antes.

Recibido, dijo Jorgen. *Tenme informado*.

Seguí en la dirección de donde venía la gente que estaba huyendo. Al final de un pasillo corto encontré una puerta con la manecilla muy pesada, cerrada con llave. Me quedé un momento escuchando, pero no llegaba ningún sonido de dentro ni luz por debajo de la puerta.

Extendí la mente al otro lado, tanteando el espacio a través del dominio negativo, y luego hipersalté para cruzarla.

Emergí en la oscuridad y al instante busqué un interruptor en la pared. La luz se encendió y allí, en el centro de una amplia sala, había una caja para taynix con cables y equipamiento montado en su exterior.

Di un paso hacia ella, pero me detuve. El aparato estaba conectado a un gran tubo con el extremo más ancho y la boca apuntando a la pared. Se parecía sospechosamente a un cañón.

Y en la caja fijada a él sentí la diminuta mente citónica de un taynix.

Oh, no. Los agentes de la Supremacía habían dicho que algo estaba «preparado» y que tenían que alejarse «deprisa» de ello. Tenían un arma de hojas mentales, pero en vez de apuntarla al cielo para derribarnos, iban a disparar contra el mismo centro de su propia nave.

Era una *bomba*, e iba a explotar.

Aquello me superaba, pero sabía dónde ir a buscar ayuda.

Hay una bomba en la nave, envié a Jorgen. *Voy a traer a Gali*.

Di a Borde las coordenadas de la sala de control de Hoja Errante.

Gali soltó un chillido muy poco digno, que la babosa que llevaba en su cabestrillo repitió al instante.

—¡Tirda! —exclamó—. ¡No me acostumbraré nunca!

Me pregunté si reaccionaba igual ante FM cuando Branquia y ella iban a visitarlo a hurtadillas. No había tiempo para hablar de eso.

—Ven conmigo —dije cogiéndolo del brazo, y entonces indiqué a Borde que nos devolviera.

Aparecimos de nuevo en la sala donde estaba la bomba taynix.

—Deberías avisarme antes de teleportarme —dijo Gali, cerrando los ojos con fuerza—. Pero supongo que lo has hecho.

Señalé el dispositivo.

—Estamos en la nave de la Supremacía —le expliqué—. Eso es una bomba, ¿verdad? ¿Puedes desactivarla?

—¿Que si puedo qué? —Gali miró el aparato y vi cómo se le crispaba la cara al llegar a la misma conclusión que yo—. ¡No sé nada de bombas! No estoy cualificado para esto.

Nadie estaba cualificado, pero no podía dejar que la Supremacía volara la nave con gente dentro.

—¿Y si rompemos la caja? —propuse—. Si retiramos el taynix…

—La caja está diseñada para impedir su manipulación —dijo Gali, mirándola de nuevo—. No sé cómo funciona, pero eso sí lo veo claro. Alanik, lo siento. No sé resolverlo. Tenemos que irnos de esta nave ahora mismo.

Lo comprendí. No había nada que pudiera hacer.

—¿Puedes regresar por ti mismo? —pregunté—. Yo recogeré a Jorgen y el resto.

Gali asintió.

—Lo siento mucho.

—Vete —dije.

—Trapo, llévame con Branquia —pidió él.

—¡Branquia! —chilló Trapo, y Gali desapareció de vuelta hacia Hoja Errante.

Corrí por el pasillo en dirección al inhibidor citónico mientras establecía contacto con Jorgen.

Tenéis que salir de aquí. ¿Tienes ya a tus padres?

Estoy en ello, envió él. *La gente de la Supremacía los ha metido en una habitación, pero está cerrada. Estoy rodeándola, a ver si encuentro una puerta abierta. El falso Cobb no ayuda nada*.

Cerca de Jorgen sentí una nueva zona de espacio muerto. Habían activado otro inhibidor cerca de él, probablemente en la sala donde estaban los políticos humanos. Aunque abandonara a la yaya, Cuna y el verdadero Cobb para ir a ayudar, no podría hipersaltar dentro para sacarlos.

Date prisa, le dije. *Tenemos que irnos de aquí*.

Corrí dejando atrás puertas cerradas hasta un pasillo lateral, donde encontré varias habitaciones con cristales en la pared. Cuna estaba en una y la yaya y Cobb en otra, pero en el instante en que di un paso hacia ellos, los sonidos del universo se silenciaron.

Cobb tenía un aspecto terrible. Le vi magulladuras por toda la cara, y estaba medio tirado contra la pared como si le costara sentarse con la espalda recta. La yaya se había arrodillado junto a él y Cuna estaba haciéndome gestos desde la otra celda.

—¡Alanik! —gritó a través del cristal—. No sé qué pretende hacer Winzik con…

—¡Pretende hacer que explotemos! —exclamé mientras pasaba de largo —. Intentamos impedirlo.

Abrí la puerta del final del pasillo, buscando el inhibidor. Encontré un armario de mantenimiento y una sala con un par de sillas viejas y rotas. Al fondo había otra puerta, cerrada con llave.

Di un paso atrás y la pateé con todas mis fuerzas. El pomo cedió al tercer golpe, lo arranqué y tiré de la puerta.

Allí dentro había una caja para taynix. La abrí y una babosa azul y verde se desplomó al suelo. La inhibición citónica desapareció.

Alanik, envió Jorgen a mi mente. *No puedo llegar hasta ellos. Todo el personal de la Supremacía ha huido, y tú no estás, y no puedo…*

Voy para allá, dije.

No perdí tiempo en volver a la carrera. Hipersalté a la celda donde estaba Cuna y le agarré el brazo con brusquedad.

Saca a Cobb, envié a la yaya.

Debía de estar ya a punto de hacerlo, porque desaparecieron antes de que terminara el pensamiento siquiera. Conque sí que podía hipersaltar. Me alegré. Una cosa menos que tendría que hacer en la cantidad desconocida de tiempo que quedase hasta la explosión de la nave.

—Borde, llévame con Trapo —pedí.

Cuna y yo pasamos bajo los ojos que no miraban al hipersaltar hasta la sala de control de Hoja Errante. Dejé a Cuna a los pies de un Gali algo menos sorprendido y, sin perder tiempo, Borde y yo nos teleportamos de vuelta a la nave de transporte de la Supremacía, en esa ocasión al almacén donde habíamos llegado la primera vez.

Eché a correr hacia la parte de la nave donde percibía la presencia de Jorgen. Sentí su pánico incluso antes de llegar con él. Estaba en una angosta sala de observación desde la que se dominaba un gran salón de reuniones con gradas que, sin duda, estaba diseñado para albergar asambleas numerosas. El falso Cobb debía de haber huido de Jorgen, porque no lo vi por ninguna parte. Al otro lado del cristal había una docena aproximada de humanos, entre ellos Jeshua Weight, que estaba de pie junto al cristal. Otro humano, un hombre que parecía una versión envejecida de Jorgen, levantó una silla y la arrojó contra la ventana.

Debía de estar hecha de algún tipo de plástico reforzado, porque no se rompió.

—¡Humanos de Detritus! —exclamó una voz. Salía de un altavoz en el salón de reuniones, pero tenía el volumen suficiente para oírla incluso desde donde estábamos—. Por vuestros años de resistencia, se os ha juzgado demasiado agresivos para vivir. Hallaréis vuestro fin por el bien común. Mas, como muestra de generosidad, vuestras vidas terminarán rápido. El dolor será breve. Vuestras muertes se retransmitirán al planeta, para que puedan guardaros luto. Os concedemos un momento para despediros.

—Muy benevolente por su parte —dije.

Jorgen aporreó la ventana con los puños. Dentro del salón, los políticos empezaban a montar en pánico. Y con buen motivo. No podíamos sacarlos de allí. A mi pueblo quizá la Supremacía se contentara con esclavizarlo, pero ¿a los humanos?

A los humanos iba a aniquilarlos.

—Tenemos que encontrar el inhibidor —dije.

Jorgen asintió y fue hacia la puerta. Yo corrí por el pasillo en dirección opuesta, pero en aquella parte de la nave no había muchos posibles escondrijos, además de que los demás inhibidores habían estado siempre *dentro* de la zona que inhibían, no fuera. Había puertas a ambos lados, pero estaban todas cerradas y mucho mejor reforzadas que la que había abierto a patadas.

Rodeé el salón de reuniones hasta reunirme de nuevo con Jorgen, y entonces cada uno comprobó de nuevo la zona que había recorrido el otro.

Las puertas no cedían, por muchos golpes que les diéramos.

Cuando llegamos otra vez a la sala de observación, Jeshua seguía de pie delante del cristal. Dio media vuelta y clavó la mirada en Jorgen.

—¡Busca una caja! —le gritó él a través de la ventana—. ¡Una caja con un taynix dentro!

«Vete», vocalizó ella.

Jorgen negó con la cabeza y empezó a aporrear el cristal otra vez.

—¡Vete! —vociferó Jeshua a Jorgen. Su voz llegaba tenue, pero aun así mi alfiler tradujo lo siguiente que dijo—. Hazlo mejor que nosotros.

No íbamos a poder salvarlos. No había nada más que pudiéramos hacer allí.

Puse una mano en el hombro de Jorgen, que todavía llevaba a Abracitos en el cabestrillo y no me necesitaba para salir.

—Tiene razón —le dije—. Debemos irnos.

—¡No! —bramó Jorgen. Le caían lágrimas por las mejillas.

No iba a marcharse, pero yo no podía dejar que muriera allí.

Así que no me arriesgué con la babosa. Extendí la mente hasta el hangar de Hoja Errante y tiré.

Al atravesar el dominio negativo, oí un chillido.

EPÍLOGO

La ira de los ojos se cernió sobre mí mientras flotaba bajo su constante e intensa mirada. Pero apenas la sentí, consumida como estaba por toda la fuerza del dolor de Jorgen, de su rabia, hasta de su resentimiento hacia mí por llevármelo de la nave por la fuerza. Noté que me ahogaba, que hasta el último gramo de aquellas emociones me inundaba los huesos.

Salimos del dominio negativo y la sensación se disipó, pero permanecieron sus ecos, como si acabara de ver morir a mis propios padres.

Los miembros del Escuadrón Cielo estaban bajando de sus naves y yendo hacia la ventana cerca de la entrada del hangar, para ver cómo la nave de la Supremacía se hacía trizas a sí misma, el casco arrancado en pedazos, los motores estallando en silenciosas nubes de polvo y humo. Cuna estaba apartade a un lado, contemplando los restos de la nave que iban dispersándose por el fondo estrellado.

Jorgen hizo un sonido ahogado y casi todo el resto del escuadrón se volvió y, al encontrarnos allí, sus rostros expresaron sorpresa y alivio. Arturo cerró los ojos, como si hubiera estado convencido de que no volveríamos, y tuvo que recomponerse durante un momento. Gali salió corriendo del pasadizo desde la sala de control, a nuestra espalda.

—Lo siento —dijo—. No sabía qué hacer con ese aparato, no…

—No es culpa tuya —interrumpí. Y era verdad.

Era culpa de la Supremacía. De principio a fin.

Jorgen tenía la mirada fija en los restos de la nave, que flotaban trazando una espiral hacia fuera, y en la metralla que se expandía en todas las direcciones. Su cara parecía la de una estatua, aunque yo había sentido el dolor que estaba conteniendo.

—¿La yaya…? —preguntó Gali.

—Ha escapado —dije—. Y Cobb también. Lo he visto.

Rastreé todo el planeta, buscando en el dominio negativo otra mente citónica, pero no capté ninguna. Extendí más mis sentidos en busca de la yaya, o incluso de Cobb, a quien la yaya había dicho que podía percibir en el dominio negativo, aunque yo había estado segura de que no era citónico.

No los encontré. No estaban allí. Y no quedaba ningún espacio muerto que pudiera esconderlos de mí.

—Han escapado —repetí—, pero… no sé dónde están.

—Por lo menos, no era ahí —dijo FM.

Puso una mano en el hombro de Jorgen, pero él se la sacudió de encima.

—Bajamos a la Plataforma Primaria —ordenó Jorgen.

—De acuerdo —dijo FM—, pero creo que deberías parar un minuto y…

—*Ahora* —la interrumpió él—. Lo siento, Alanik. Tardaremos un poco más en volver a ReAlba. —Se volvió y miró otra vez los restos flotantes de la nave, el lugar donde habían muerto su madre y su padre—. Antes tenemos que ocuparnos de unas cosas.


PERPETUA


JORGEN WEIGHT
IDENTIFICADOR:
CARACAPULLO

PRÓLOGO

Jorgen, ¿estás preparado? —preguntó mi padre desde el umbral del salón. Miró de arriba abajo mi uniforme de graduación, me pareció que admirándolo, pero también buscando cualquier imperfección.

—Sí —dije.

Estaba ante la vitrina donde mi madre tenía sus medallas. Era una de los pilotos más condecorados que habían pasado jamás por la Fuerza de Defensa Desafiante. En el centro de la vitrina había una figura de peltre de un caza de clase Sigo, la nave que solía pilotar mi madre. De niño podía pasar horas enteras allí, mirando esa nave, imaginando cómo sería hacerme piloto y combatir a los krells, todo emociones y heroísmo y gloria. Nunca había sacado la figura de la vitrina, por miedo a que mi madre me matara, pero en mi mente me veía llevando ese caza hasta las estrellas y de vuelta.

Vi en el cristal mi reflejo, el uniforme de gala impecable y hecho a medida. Después de ese día, sería piloto de pleno derecho.

—Espero que sepas lo orgullosos que estamos de ti —dijo mi padre—. Entran muchos cadetes en la escuela de vuelo, pero graduarse es un verdadero logro.

Mi padre tenía razón. Mi entrenamiento había empezado en compañía de quienes eran, en mi opinión, el mejor escuadrón de pilotos que la FDD había tenido jamás. Un grupo sensacional, desde el primer al último miembro. No podía haber pedido un equipo mejor.

Y de todos nosotros, solo quedábamos dos. Habíamos perdido a gente asombrosa durante los meses de entrenamiento como cadetes.

Gali, Bim, Marea, Nedder, Anfi, Rara, Arcada.

Peonza.

Los necesitábamos, pero ninguno de ellos iba a graduarse ese día, para desgracia de la FDD. No me daba la sensación de ser un logro, sino una tragedia, de la que me sentía muy responsable. ¿De qué valía yo como líder, si no había sido capaz de llevar conmigo a mi equipo?

Mi madre bajó la escalera llevando puesto su propio uniforme de gala. No oficiaría ella la ceremonia, pero de todos modos estaría presente con su mejor vestimenta. Cruzó el salón hasta la vitrina, la abrió, sacó sus medallas y se las puso. Miró también mi uniforme, pero no me dio la impresión de que estuviera buscando imperfecciones como había pasado con mi padre.

Me dio la impresión de que se veía a sí misma.

—Hoy es un día importante —dijo—. Lo has hecho todo tan bien como deseábamos que lo harías.

—Gracias —respondí, porque era lo que debía decir, no porque me saliera del alma.

Me había ganado la insignia de piloto más que la de cadete, que me habían concedido automáticamente gracias a los éxitos de mi madre. Pero aun así, no podía evitar preguntarme si de verdad merecía estar allí. ¿Férrea se habría atrevido a expulsarme a mí del entrenamiento? ¿Al hijo de Algernon y Jeshua Weight? Me había esforzado al máximo, había hecho cuanto sabía hacer. Pero de no ser así, era muy probable que estuviera en el mismo lugar exacto, con mi futuro entero extendido ante mí, predeterminado, igual que mi uniforme.

—¿Cómo sienta llegar por fin a piloto? —preguntó mi padre.

Aquello también tenía una respuesta correcta.

—De maravilla —dije. Miré de nuevo hacia los soportes vacíos de las medallas y me concedí a mí mismo reconocer una cosa—: Aunque tampoco volaré durante mucho tiempo.

Los labios de mi madre formaron una fina línea.

—Gracias a las estrellas que no tendrás que hacerlo.

Ya me habían dicho antes de empezar en la escuela de vuelo que no sería piloto en activo más de seis meses. Debería agradecerlo, pero no era así. Me pregunté si FM seguiría volando o si el entrenamiento de nuestro escuadrón entero, los recursos que había invertido la FDD, todo nuestro esfuerzo, las vidas de mis amigos… habían sido en balde.

Sabía que eso no debía decirlo en voz alta. No necesitaba escuchar de nuevo el discurso de que todos los sacrificios se hacían por un objetivo mayor. Me lo sabía de memoria. Hasta lo había dado yo en alguna ocasión.

Tampoco podía argumentar que mi madre no lo entendía, porque lo entendía mejor que nadie. Era una piloto condecorada. Había perdido amigos, miembros de su escuadrón, compañeros de ala. Le veía esa pesadumbre en los ojos, la carga que llevaba. Pero ella seguía adelante y hacía todo lo que estaba en su mano por nuestro pueblo, porque creía en la causa, porque teníamos que sobrevivir.

Me daba miedo no tener el valor para imitarla, me daba miedo ser blando, débil, temía no ser capaz de endurecerme para hacer lo que era necesario.

Pero, siendo sincero conmigo mismo, me daba el mismo miedo ser capaz.

1

Siete meses después

Basta».

Estaba en el hangar de aterrizaje de Hoja Errante, mirando por las ventanas la explosión de la nave de la Supremacía, sus restos dispersándose en espiral por la negrura del espacio. El fantasmagórico escudo azul de Detritus se alzaba en la lejanía. Mi escuadrón estaba a mi alrededor, contemplando también los restos de la explosión, de la tumba que se había llevado a mis padres y a la mitad de nuestra Asamblea Nacional.

Se suponía que debíamos salvarlos. Se suponía que debíamos ganar. Pero apenas habíamos logrado salir nosotros con vida.

Podría haber muerto allí dentro. Había faltado poco. Debería agradecer a Alanik que me sacara de la nave, pero me notaba paralizado, como si algo en mi interior sí que hubiera muerto.

—¿La yaya…? —preguntó Gali.

—Ha escapado —dijo Alanik—. Y Cobb también. Lo he visto. —Sentí que extendía la mente por la ninguna-parte, buscándolos—. Pero… no sé dónde están.

—Por lo menos, no era ahí —dijo FM.

Me puso una mano en el hombro, pero me zafé de ella.

—Pum —dijo Babosa Explosiva abatido, contemplando la hecatombe.

No supe qué hacer con su comprensión, ni con la de los demás. Estaban todos mirándome, esperando a ver qué hacía. Era el momento en que un buen comandante daría un discurso inspirador. Mantendría alta la moral. Consideraría aquello un mero contratiempo.

Pero no era un contratiempo. Era un tirdoso desastre. No tenía nada inspirador que decir. Ni siquiera estaba seguro de cómo lograba seguir de pie.

Aun así, debía hacerlo. Todos me miraban como si dependieran de mí. O como temiendo mi reacción, no lo sabía seguro.

No iba a desmoronarme. Al menos no allí, a la vista de todo mi escuadrón.

Los fragmentos de la nave siguieron perdiéndose en el espacio, mientras otros se precipitaban hacia el planeta. Uno dio contra el escudo que rodeaba Detritus y rebotó.

En mi mente, mi madre clavó la mirada en mí.

«Hazlo mejor que nosotros», me dijo.

«Basta».

En la distancia, la estación de la Supremacía que vigilaba Detritus se esfumó de la existencia, desapareciendo con un hipersalto.

Ni siquiera iban a concedernos la dignidad de la venganza. Iban a huir como cobardes. No nos quedaba nadie a quien atacar, solo aquellos terribles restos que se alejarían flotando por toda la eternidad, solo aquel monumento a nuestros fracasos diplomáticos.

—Bajamos a la Plataforma Primaria —dije.

Con el rabillo del ojo vi que los demás se miraban entre ellos, sin saber muy bien qué pensar de aquello.

—De acuerdo —dijo FM—, pero creo que deberías parar un minuto y…

«No». No podía parar. Lo importante en esos momentos no era yo. Ni siquiera eran mis padres. Era lo que íbamos a hacer por Detritus.

—*Ahora* —dije.

Los UrDail esperaban que volviéramos para llevar a término nuestra alianza. Hacerlo era más crucial que nunca. La guerra seguía en marcha y estábamos perdiéndola. Teníamos que recuperar la iniciativa, y la única forma de hacerlo era encontrar al almirante Cobb y devolver el poder a la FDD.

La Asamblea había tenido su oportunidad. Estábamos contemplando sus restos.

—Lo siento, Alanik —dije—. Tardaremos un poco más en volver a ReAlba. Antes tenemos que ocuparnos de unas cosas.

—Jorgen —insistió FM—, creo que deberías sentarte un minuto.

No podía.

—Mete a Branquia en el hipermotor —ordené a FM, sobre todo para que dejara de hablar—. Le daré instrucciones para que nos lleve al espacio aéreo por debajo de la Plataforma Primaria.

FM titubeó el tiempo suficiente como para que la mirara de nuevo.

Fue un error. Vi tanta preocupación en sus rasgos que me dieron ganas de gritarle. De chillar al cielo. De romper cosas.

Pero yo era el jefe de escuadrón. Mi trabajo era mantener el control, por lo menos hasta que Cobb hubiera vuelto. Luego lo más probable era que intentara enviarme al planeta de permiso.

Le diría que no quería ausentarme. Que necesitábamos a todo el mundo para afrontar lo que vendría. Tal vez Cobb lo comprendería. Tal vez me dejaría quedarme.

—Hazlo, FM —dijo Arturo.

—Sí, vale —respondió ella.

Fue hacia la sala de control, acompañada por Gali. Me volví hacia Alanik.

—Necesito saber dónde está Cobb —le dije—. ¿Dónde se lo ha llevado la yaya?

—No lo sé —respondió Alanik—. Estoy buscándolos, pero no los encuentro.

Cerré los ojos y me concentré en el planeta. Tendría sentido que la yaya se hubiera transportado con Cobb a algún lugar bajo la superficie, quizá a su propia casa, pero no sentía su mente por ninguna parte. Ni en la Plataforma Primaria, ni en la superficie ni en las cavernas de debajo.

—Sigue intentándolo —dije—. Cuando encuentres a la yaya, iremos a recogerlos.

Eché a andar dando zancadas hacia mi caza, dando la espalda a la resplandeciente destrucción. No necesitaba seguir mirándola. Aquella forma en espiral ya se había quedado fija en mi mente, expandiéndose por siempre.

—Pum —dijo Babosa Explosiva.

—Pum —asentí.

—Jorgen —llamó FM—, estamos preparados.

Extendí la mente hacia Branquia y le transmití una impresión clara del espacio aéreo por debajo de la Plataforma Primaria. Hoja Errante era una estación de combate abandonada con tecnología de hipermotor, y sus baterías de armamento automáticas podían hacer pedazos otras plataformas, por lo que tendríamos que dejarla lo bastante baja en la atmósfera superior para que le quedaran fuera de alcance.

Ve, envié a Branquia.

Y entonces me vi flotando por debajo de aquel inmenso paisaje estelar de ojos blancos. No se fijaron en mí, porque éramos invisibles para ellos siempre que utilizáramos a las babosas para hipersaltar. Pero aquellos ojos no me dejaban más tranquilo por no poder verme. Siempre me daba la impresión de

que veían a través de mí, como si estuviera hecho de alguna sustancia endeble y superficial, sin nada significativo debajo. Sin embargo, en esa ocasión sentí algo distinto, algo nuevo.

Los *odiaba*.

Era un sentimiento irracional. Los ojos no eran quienes llevaban los últimos ochenta años haciendo llover la muerte sobre mi pueblo. No eran quienes habían atrapado a mis padres en una nave para hacerla estallar en pedazos. No sabía si eran los responsables de aquellos extraños poderes que tenía sin haberlos pedido ni deseado. Que yo supiera, ni siquiera eran quienes se habían llevado a Spensa. Eso lo había hecho ella misma.

Pero aun así, no podía sofocar la repentina y sorprendente sensación de que, en el fondo, todo lo malo que nos había sucedido era culpa suya.

Hoja Errante emergió muy por debajo del enorme casco inferior metálico de la Plataforma Primaria, el actual cuartel general de la FDD.

—Escuadrón —dije—, subid vuestras naves a la plataforma de aterrizaje.

—¿Qué vas a hacer tú? —me preguntó Nedd.

El odio crudo que había sentido por los ojos seguía ardiéndome en las venas. Sentaba bien, mucho mejor que la gélida conmoción o el apabullante horror del duelo.

—Voy a asegurarme de que nadie haga ninguna estupidez hasta que vuelva Cobb —respondí.

Subí a mi caza. Ya había dado las órdenes al escuadrón, así que dejé el comunicador apagado.

—Vuelva Cobb —trinó Abracitos, acomodándose en el suelo de la cabina junto a mi asiento.

—Esperemos que pronto —dije.

Le pedí que hiciera hipersaltar mi nave fuera de Hoja Errante, hasta el hangar de aterrizaje de la Plataforma Primaria.

El personal de tierra pareció sobresaltarse cuando aparecimos. Desde allí, bajo las plataformas que generaban el escudo, no podían haber visto la explosión. Pero las noticias vuelan cuando la mitad del gobierno queda aniquilado.

Dejé las babosas en mi nave y desembarqué.

—Tenemos orden de detenerte por deserción —me dijo Dobsi, del personal de tierra.

Me miró dubitativa, como si no quisiera ser ella quien llevara a cabo esa detención. Bien pensado por su parte.

—El almirante Cobb nos dio orden de partir —repliqué—. Lo aclarará todo cuando regrese.

Dobsi titubeó.

—¿Dónde ha ido?

—Es información clasificada —dije. No era una gran respuesta, pero sí la única que tenía.

Mi escuadrón hipersaltó al interior del hangar, con todas sus naves conectadas por lanzas de luz. FM y Alanik fueron las primeras en poner los pies en el suelo, y el personal de tierra miró con suspicacia a Alanik, como pensando que quizá hubiera provocado ella todos los problemas.

Alanik les sostuvo la mirada, pero aun así se apresuró a venir conmigo. FM volvió a poner aquella horrorosa expresión comprensiva.

Antes de que pudiera abrir la boca, di media vuelta y salí hacia el centro de mando. No había tiempo para parar ni un momento. Tirda, tenía que impedir que detuvieran a todo mi escuadrón. El plan de la Asamblea Nacional nos había explotado a todos en la cara, literalmente.

A partir de ahora las cosas iban a hacerse a la manera de Cobb, les gustara o no.

Entré, seguido de cerca por Alanik y FM y por el resto del escuadrón un poco más atrás, y encontré el centro de mando hecho un lío. Los ayudantes de Cobb estaban todos delante de los monitores, hablando por radio con distintos departamentos de la FDD en la plataforma y en la superficie del planeta. La comandante Ulan y Ziming de Ingeniería estaban discutiendo cerca del hipercomunicador mientras Rikolfr, del equipo del almirante, seguía intentando en vano localizar a Cobb por radio.

Allí tampoco lo encontraban. Sin él, la explosión de la nave de la Supremacía había dejado el alto mando de la FDD hecho un desbarajuste.

«Basta».

—Al almirante Cobb está vivo —dije en voz alta. Casi todos los presentes se volvieron para mirarme—. La persona que ha estado dándoles órdenes desde anoche era un infiltrado de la Supremacía disfrazado mediante un holograma.

No es como habría empezado yo, me envió Alanik a la mente. *No tienes pruebas de que sea así, ¿verdad?*

—Si alguien no me cree —añadí—, lo animo a que encuentre a Cobb para que se lo confirme. Lo secuestraron y lo llevaron a la nave de la Supremacía.

—¿La que ha explotado? —preguntó la comandante Ulan.

—Esa misma —dije—. Él y la señora Becca Nightshade han escapado juntos. Regresarán pronto, pero hasta que lleguen *nadie más* va a hacer ninguna estupidez. ¿Creen que serán capaces?

—Conque han vuelto —intervino una voz a mi espalda, y al volverme vi al vicealmirante Stoff viniendo hacia mí.

Stoff era uno de los tres vicealmirantes a las órdenes de Cobb. Mis compañeros de escuadrón le abrieron paso. Llegaba seguido de Gali, quien, al no tener nave, supuse que habría pedido a Trapo que lo llevara hipersaltando a la posición de «casa» en el hangar de ingeniería.

—Jefe de escuadrón Weight, queda detenido por…

Me había hartado de aquello. No pensaba esperar en el calabozo mientras más gente que me importaba salía herida.

—Esas acusaciones no son válidas —lo interrumpí—. O bien las hizo mi madre, que no tenía la autoridad necesaria, o bien las hizo el almirante Cobb, que en realidad era un alienígena camuflado con un holograma.

El vicealmirante Stoff me miró perplejo. Desde luego, aquella no era la actitud con que un jefe de escuadrón debía hablar a un oficial superior. Cualquier otro día, me habría quedado horrorizado conmigo mismo. Pero ese día ya había excedido mi capacidad para experimentar horror. Temía el momento en que me vería obligado a asimilarlo todo.

—Un alienígena camuflado con un holograma —repitió Stoff.

—¡Sí! —exclamé—. Ya sabe, mediante el proyector que la Supremacía aprendió a construir desmantelando los restos de la nave estelar de Spensa, la que nosotros pusimos en sus manos.

Stoff miró a su alrededor por la sala, pero nadie habló.

—¿Cómo sabemos que es verdad si Cobb ya no está aquí?

—Es verdad —dijo Alanik.

Stoff suspiró.

—Vendrá con nosotros para hacer un informe completo —me concedió, como si estuviera haciéndome un favor enorme—. Decidiremos el proceso a seguir para el consejo de guerra después de…

—No —dije.

Stoff se quedó mirándome.

—¿Disculpe?

—No —repetí—. Tenemos una alianza que formalizar con los UrDail en ReAlba, donde se espera la presencia de mi escuadrón.

Por las estrellas, no sabía cómo iba a afrontar una reunión política de ese tipo. Incluso en el mejor de los casos, carecía de la finura diplomática

necesaria. Solo había que ver cómo estaba saliendo aquello.

—Jefe de escuadrón —dijo Stoff—, esa alianza no está autorizada por la asamblea…

—¡La Asamblea Nacional ha volado en pedazos! —casi grité—. ¿No tienen el metraje en los monitores? ¿Quieren que se lo proporcionemos?

—Soy consciente —dijo Stoff—, pero usted no tiene la autoridad necesaria para…

Por los Santos, si el vicealmirante quería hablar de autoridad, hablaríamos de autoridad.

—El artículo 1809 del Protocolo de Mando de la FDD estipula que la cadena de mando puede suspenderse temporalmente en caso de que los oficiales carezcan de una información que haría cambiar sus órdenes más allá de toda duda razonable en caso de ser conscientes de ella.

—En este caso —replicó Stoff— no existe tal información.

—¡Han estado aceptando órdenes de un infiltrado de la Supremacía! —le grité—. ¡No han sabido distinguir entre el almirante Cobb y el *alienígena* que ocupó su lugar! Y a ese alienígena ni siquiera se le daba tan bien fingir.

La boca del vicealmirante Stoff se abrió como si se dispusiera a defenderse, pero entonces se cerró de nuevo.

—Y mientras tanto —proseguí—, mi escuadrón y yo estábamos en otro planeta intentando establecer una alianza para que *todos ustedes* sobrevivan un día más. Cobb nos ordenó buscar aliados, y eso hicimos. Tenemos una flota de cazas UrDail listos para desafiar a la Supremacía junto a nosotros. Y ustedes aquí, intentando negociar con ellos. ¿Qué tal ha salido ese plan?

Stoff me miró boquiabierto. Yo era solo un jefe de escuadrón, pero en la FDD me conocía todo el mundo gracias a mis padres. A pesar de las recientes acusaciones, conservaba mi reputación de cumplir las normas. Aquel arrebato era lo último que Stoff habría esperado de mí.

—¿Sabe qué le digo? —pregunté antes de que pudiera responder—. Quizá deberíamos llamar a mi madre y preguntárselo a ella.

Stoff alzó la mirada al techo. Me esperaba que me esposara y me llevara al calabozo, pero en vez de hacerlo asintió.

—Necesitaremos oír ese informe.

—¡Por las estrellas, claro que sí! —repuse—. Pero entretanto, que nadie haga *nada* hasta que haya vuelto el almirante Cobb.

—Según la normativa, señor —dijo Rikolfr—, el vicealmirante Stoff está al mando en ausencia de Cobb.

—Estaría al mando si Cobb se encontrase indispuesto —respondí—. Pero Cobb no está indispuesto. Volverá pronto. Y mi escuadrón y yo somos las últimas personas a las que dio órdenes e indicaciones antes de que lo secuestraran. —No sabía si aquello era estrictamente cierto, pero nadie estaba en condiciones de contradecirme, dado que ni siquiera eran conscientes de que habían reemplazado a Cobb—. Si el almirante estuviera aquí, me daría la razón, porque aquí nadie da pie con bola sin él. ¡Si quieren pruebas, miren lo que le ha pasado a la delegación que enviaron!

—Bien —dijo Stoff—. Hasta que podamos hacer llegar toda la información a la asamblea…

—No —interrumpí de nuevo—. Se acabó hablar con la asamblea.

Stoff empezó a farfullar algo.

Deberías señalar que su tratado de paz resultó ser un engaño, dijo Alanik en mi mente. *Y que sin vosotros no tienen la menor posibilidad de cerrar con mi pueblo la alianza que con tanto desespero necesitan.*

Bien pensado, le envié.

—Toda esperanza de firmar un tratado con la Supremacía ha desaparecido. La única opción que tenemos es aliarnos con los otros pueblos a los que la Supremacía intenta oprimir. Y para eso, necesitarán citónicos. A no ser que la asamblea haya encontrado otra forma de viajar por la inmensidad del espacio sin nosotros, claro.

—Veremos lo que opina el almirante Cobb al respecto cuando vuelva —dijo Stoff, y acto seguido dio media vuelta y se marchó de la sala a zancadas, con el aire de quien ha perdido una discusión pero no quiere reconocerlo.

Me recordé a mí mismo que debía respirar. Stoff no me permitiría seguir con aquello para siempre. Estaba dándome un poco de manga ancha porque yo tenía una información que él no, y en especial por lo que les había pasado a mis padres.

—Tenemos que encontrar a Cobb cuanto antes —dije, sobre todo para mí mismo.

—¿Dónde está el almirante? —preguntó Rikolfr.

Miré a Alanik, que negó con la cabeza. Responder que era información clasificada no me valdría con aquella gente. La mayoría tenían una acreditación de seguridad superior a la mía.

—No sabemos muy bien dónde ha ido, pero regresará pronto.

Más nos valía a todos. No podría seguir manteniendo el orden en su nombre mucho tiempo antes de que la gente empezara a cuestionarse por qué me estaba haciendo caso.

Yo ya me lo estaba cuestionando.

—¿Señor? —Ashwin, del Cuerpo de Comunicaciones, me ofreció un receptor de radio—. Tenemos al aparato a la señora Winter, de la Asamblea Nacional. Quiere hablar con usted.

¿Conmigo? ¿Era posible que hubieran emitido por radio algo de lo que les había dicho? Varias personas estaban en plena conversación cuando había entrado, y pasar de auricular a sonido ambiente no era un proceso nada complejo. Me pregunté si Winter querría gritarme por lo que le había dicho a Stoff o darme el pésame por mis padres.

Fuera lo que fuese, no quería oírlo. Y aunque tenía varias cosas que decir sobre lo que pensaba de la Asamblea Nacional, ninguna iba a ser productiva.

—Tome el mensaje —dije a Ashwin.

—¿Señor? —se sorprendió Ashwin—. Dadas las circunstancias…

—Tome. El. Mensaje —repetí—. Palabra por palabra. Y luego dígale a la señora Winter que, según el artículo 57 de la Política de Comunicaciones de la FDD, tenemos tres días para responderle.

Ashwin parpadeó.

—¿Tres días, señor?

—Sí —dije. Aquella catástrofe había sido idea de la asamblea. Desde el principio. Era *culpa suya*, y no pensaba escuchar una sola palabra de ellos ni un segundo antes de estar obligado a hacerlo—. Y luego recuérdenos dentro de dos días y veintitrés horas y media que esbocemos una respuesta. O mejor, recuerde a Cobb que tiene que darla, porque para entonces ya habrá vuelto. ¿Queda claro?

—Hum, sí, señor —respondió Ashwin.

—Bien.

Di media vuelta y encontré a FM mirándome nerviosa.

—¿Vas a decirme que debería hablar con la asamblea? —le pregunté.

—Ni hablar —dijo ella—. De eso nada. Tienes toda la razón. Este desastre ha sido por su culpa. Que los hagan esperar es lo menos que se merecen. Pero Jorgen, tú tienes que hablar de lo que ha pasado, porque…

—¿Quieres que hablemos de algo? —interrumpí a FM—. Hablemos de cómo vamos a localizar a Cobb.

Los dos miramos a Alanik, que levantó las manos.

—Ya lo intento —dijo—. El universo es muy grande, Jorgen, y no sé hasta dónde intentó hipersaltar la yaya.

—Nunca había salido de este planeta, ¿verdad? —preguntó FM—. ¿Dónde iba a ir si no?

—La yaya nació en la *Desafiante* —dijo Gali—. De pequeña viajaba por las estrellas, pero siempre decía que no recordaba mucho de esa época. Me extrañaría mucho que hubiera intentado teleportarse con Cobb a algún otro sitio.

—Aquí no están —insistió Alanik—. De eso estoy segura.

FM me miró para que lo confirmara. Cerré los ojos y extendí la mente otra vez bajo la superficie del planeta. Allá abajo sentí las vibraciones de más babosas, pero no de ninguna persona citónica, y desde luego no de la yaya.

—Creo que tiene razón —dije—. Pero Spensa logró contactar conmigo desde la ninguna-parte. Si ella pudo hacer eso, deberíamos ser capaces de encontrar a la yaya esté donde esté, ¿verdad?

—Seguiré intentándolo —me aseguró Alanik.

Arturo estaba detrás de ella en el umbral.

—Vámonos —le dijo—. Te buscaré algún lugar tranquilo para que te concentres.

Alanik asintió y siguió a Arturo hacia el pasillo. Pensé que estaba siendo demasiado duro con ella, probablemente. No era culpa suya que Cobb hubiera desaparecido.

Me disculparía cuando lo encontráramos.

—Jorgen —dijo FM.

Sabía lo que iba a decirme. Ya lo había dicho varias veces.

—Lo que tengo que hacer —me adelanté— es encontrar a Cobb. ¿Alguna babosa conoce lo suficiente al almirante para hipersaltar a su posición?

—No lo sé —respondió FM—. No las hemos entrenado para que lo reconozcan, pero quizá algunas podrían.

Parecía a punto de insistir en que debía sentarme y parar un minuto, pero yo no quería parar. Estaba corriendo por delante de la tormenta, y seguiría haciéndolo todo el tiempo que pudiera.

—Averígualo —le ordené—. Que Gali te ayude.

Me volví y recorrí el pasillo con paso firme hasta el despacho de Cobb, entré y cerré la puerta.

No sabía qué decir a ninguno de ellos, ni sobre lo que había ocurrido ni sobre lo que debía pasar a continuación. Cobb sí que sabría qué hacer con todo aquello.

Pero no era él a quien más echaba de menos en esos momentos. En mi mente, estaba viendo la nave de la Supremacía explotar una y otra vez. Parte de esa imagen debió de filtrarse a la ninguna-parte, porque Abracitos y

Babosa Explosiva aparecieron en mis hombros, y Babosa Explosiva se dejó resbalar por el brazo hasta el interior del codo y trinó con voz suave:

—Pum.

—¿Puedes encontrar a Cobb? —pregunté a Abracitos.

Ella reaccionó frotándose con mi oreja, pero no nos llevó a ningún lugar. Apreté la espalda contra la puerta y cerré los ojos.

Deseaba más que nada en el mundo que Spensa estuviera allí.

2

Dos días después seguíamos sin tener noticias de Cobb. Alanik hacía todo lo posible, pero por mucho que buscaba no lograba encontrar a la yaya. Habían desaparecido sin más, decía.

En aquellos momentos yo era el único citónico de Detritus que *no* había desaparecido misteriosamente. Spensa seguía atrapada en la ninguna-parte, pero al menos había conseguido ponerse en contacto conmigo dos veces. Ya habían pasado varios días desde la última, y empezaba a ponerme ansioso por saber de ella otra vez.

Pero de Cobb y la yaya solo habíamos recibido silencio.

Estaba sentado a una mesa de reuniones con Alanik, FM y le ministre Cuna, le burócrata disidente de la Supremacía. Babosa Explosiva y Abracitos olisqueaban por debajo de mi silla como si esperasen que a alguien se le hubiera caído un poco de caviar allí, aunque el suelo se barría dos veces al día en cumplimiento del vigésimo séptimo punto de la Normativa de Instalaciones. Alanik acababa de volver de ReAlba con Arturo, Nedd y Kimmalyn, el medio escuadrón que había enviado para terminar de solidificar la alianza.

—Rinakin está dispuesto a enviar un escuadrón de cazas a Detritus como gesto simbólico —dijo Alanik—. Y más, por supuesto, en caso de que se necesiten aquí.

Me esforcé por concentrarme en lo que estaba diciendo. Apenas había dormido, porque cada vez que cerraba los ojos esa nave estallaba en la oscuridad. En mis sueños veía a mi madre vocalizar esas palabras a través del cristal: «Hazlo mejor que nosotros». La nave se hacía pedazos ante mis ojos, a veces mientras miraba desde la plataforma… pero a veces conmigo todavía

dentro, de algún modo consciente de todo mientras la explosión me destrozaba.

En las peores pesadillas de todas, era Spensa quien estaba al otro lado del cristal.

—ReAlba es más vulnerable —respondí—. Nosotros tenemos la protección del escudo planetario. Deberíamos estar enviando escuadrones para defenderos a vosotros.

—Los taynix ayudarán con eso —dijo FM.

Habíamos entregado a Rinakin un ejemplar de taynix de cada tipo, y ya teníamos a equipos del personal de tierra registrando las cavernas de Detritus en busca de más. Habíamos perdido muchos al caer en la trampa de la Supremacía, y necesitaríamos todos los hipermotores que encontráramos en el futuro cercano.

—¿Crees que Stoff nos dejará llevar escuadrones a ReAlba si la Supremacía ataca otra vez? —preguntó FM.

—Tal vez —dije. Me había quedado en la Plataforma Primaria mientras los demás iban a ReAlba porque quería tener la situación controlada hasta que encontráramos a Cobb—. Me ha extrañado lo receptivo que está a mis sugerencias.

—¿Crees que es porque coincide contigo? —preguntó FM—. ¿O porque lo ve como una oportunidad de librarse de la responsabilidad si todo esto sale mal?

—Es lo segundo —le aseguré. Después de adaptarse a que estuviera desafiándolo, Stoff se había vuelto casi demasiado complaciente. Si todo iba bien, estaba seguro de que se atribuiría el mérito. Si nos estrellábamos y ardíamos, me acusaría a mí de todo—. Pero no creo que Cobb vaya a echarme en cara que intente proteger a nuestra gente en su ausencia.

FM parecía preocupada. Aún ponía mucho esa expresión estando conmigo. Había dejado casi por completo de intentar acorralarme y hacerme hablar, lo cual me parecía bien. No tenía necesidad de hablar. Lo que necesitaba era estar centrado, seguir adelante. Mi negativa a mantener una conversación con ella significaba que aún no habíamos tratado nuestra discusión en ReAlba. Sus palabras aún resonaban en mi mente: «No eres mi jefe de escuadrón».

Entendía por qué me lo había dicho, y lo cierto era que FM había hecho bien en preocuparse de que se entregaran los taynix a la Supremacía, pero aun así me dolía. Nos habían entrenado a todos para cumplir órdenes, para hacer lo que nos decían. ¿Cómo de mal se me tenía que dar si alguien de mi propio

equipo, y para colmo alguien a quien había considerado una amiga, renegaba de mí con tanta facilidad?

—Winzik no se tomará bien la derrota en ReAlba —dijo Cuna—. Quizá Detritus sea un objetivo más difícil, pero él lo verá solo como un desafío a su autoridad. Lo más probable es que ya esté movilizando más naves. Tarde o temprano reunirá las fuerzas suficientes para atravesar el escudo de Detritus, incluso con el inhibidor citónico activado.

Era verdad, pero no sabía qué hacer al respecto. Tampoco creía que Stoff lo supiera.

—Tenemos que encontrar a Cobb —dije—. Él sabrá lo que tenemos que hacer.

FM parecía dudarlo, pero se lo guardó para ella.

—Hablemos de Cobb y la señora Nightshade —propuso Cuna. Llevaba un alfiler al cuello que traducía sus palabras, pronunciadas en algún idioma alienígena—. Si la señora Nightshade se limitó a saltar a otra sala en la nave de la Supremacía, la explosión los habría alcanzado de todos modos.

—No —dijo Alanik—. Registré mentalmente la nave después de que se marcharan y no había citónicos a bordo, excepto Jorgen y yo.

—Es posible que tuvieran algún accidente regresando al planeta —aventuró Cuna—. Si hipersaltaron a alguna posición peligrosa, quizá murieran al regresar. Eso explicaría nuestra incapacidad para hallarlos, ¿me equivoco?

—No diga esas cosas —le pedí—. No están muertos.

Alanik y FM cruzaron la mirada.

—No tenemos pruebas de que estén muertos —me corregí—. No vamos a suponer que lo estén mientras no se demuestre.

—Stoff no esperará para siempre antes de reemplazar a Cobb —dijo FM—. Aunque pretenda utilizarte como chivo expiatorio, en algún momento tendrán que nombrar un nuevo almirante. Solo tienen tu palabra de que Cobb no murió en esa nave.

Alanik pareció tomárselo como una ofensa personal.

—Jorgen y yo somos testigos, por lo que aceptar nuestra palabra tiene todo el sentido del mundo.

—Quizá —dije yo—, pero FM tiene razón. No dejarán que esta situación se prolongue demasiado.

No tenía por qué ser Stoff quien ocupase el puesto de Cobb. Había otros dos vicealmirantes de su misma categoría, aunque ambos estaban en el planeta intentando lidiar con las consecuencias de que la Supremacía emitiera la muerte de media Asamblea Nacional a la ciudadanía de Detritus.

A mí no me daba la impresión de que Stoff quisiera el mando de la FDD, o habría considerado la ausencia de Cobb como una oportunidad en vez de una carga que intentaba endosarme a mí en la medida de lo posible.

—Pero no sé qué opciones tenemos —proseguí—. Nuestro ejército no es lo bastante grande ni está lo bastante bien equipado para enfrentarse a la Supremacía cuando reúna sus fuerzas. Los pilotos UrDail son diestros pero inexpertos, y la tecnología de la Supremacía nos supera a todos. Y eso, suponiendo que no prueben a enviarnos otro zapador. Spensa me contó que la Supremacía intentaba hacer un trato con ellos.

—Es imperativo que sigamos estableciendo contactos y entablando nuevas alianzas —dijo Cuna—. Habrá muchos pueblos que no aprueben los métodos de Winzik.

Yo no estaba convencido de que Cuna aprobase del todo *nuestros* métodos. Aún parecía encontrarnos agresivos y salvajes, aunque nuestras tácticas habían impedido su captura en Alcance Solar.

—Quizá al principio sean solo especies inferiores —siguió diciendo—, pero con el tiempo estoy segure de que las especies más avanzadas empezarán a volverse contra Winzik.

—Esas «especies inferiores» te salvaron la vida —murmuró Alanik.

—Dos veces ya —añadió FM entre dientes.

—¡Por supuesto! —exclamó Cuna, como si esas afirmaciones no contradijeran en absoluto lo que había dicho antes—. Todas las especies tienen algo maravilloso que aportar a la Supremacía y…

—Esto no es la Supremacía —dije—. No pretendemos unirnos a ella. —Cuna quería que viésemos la Supremacía como un conjunto diverso de pueblos, y seguro que lo era, dados los miles de planetas que al parecer controlaban. Pero había un problema—: La Supremacía ya estaba matando a nuestra gente mucho antes de que Winzik tomara el control, y no vamos a aliarnos con ninguna parte de ella. Nunca más.

Cuna tenía aspecto de ir a plantear objeciones, pero no me interesaba oírlas. Alanik tenía razón desde el principio sobre la Supremacía. Mis padres habían intentado razonar con ellos y todos habíamos visto el resultado.

—Pum —murmuró Babosa Explosiva desde cerca de mis pies, enroscado en la pata de mi silla.

Bajé la mano y le rasqué entre los pinchos del lomo. Él se frotó contra mi mano.

—Pero es cierto que Cobb nos ordenó buscar aliados —dije antes de que Cuna empezara otra vez a defender la Supremacía—. Por tanto, si

contactamos con otras especies, aún estaremos cumpliendo sus órdenes.

—Siendo estrictos —matizó FM—, nos ordenó aliarnos con los UrDail.

—Siendo estrictos, en realidad no eran órdenes —añadió Alanik—. Eran no-órdenes.

—Eso no viene al caso —insistí—. Si establecemos alianzas, estaremos haciendo lo que haría Cobb. Y si nuestros superiores saben a qué nos dedicamos y no nos ordenan parar, nuestros actos siguen sin saltarse la actual cadena de mando.

—¿Sabe usted de alguien con quien contactar mediante el hipercomunicador? —preguntó FM a Cuna—. ¿Alguna otra especie con la que pudiéramos aliarnos?

Cuna negó con la cabeza y apoyó las manos planas en la mesa de reuniones.

—He intentado hablar con mis contactos, pero algunos han pasado a la clandestinidad. Otros quizá se hayan decantado por Winzik, de modo que debo proceder con cautela. El hipercomunicador de aquí no tiene los bancos de datos que utilizaba el mío, y sin las coordenadas para establecer el contacto…

—En otras palabras, no conocemos sus frecuencias de radio —dije.

—Exacto —confirmó Cuna—. Tengo aliados entre las quimeras, si logramos establecer contacto.

—Eso podríamos hacerlo citónicamente —propuso Alanik—. Pero si contactamos con quien no debemos, quizá caigamos en otra trampa de la Supremacía.

Asentí. Ponernos a hablar con otros citónicos al azar no era una opción.

—Pero tú puedes rastrear las hipercomunicaciones, ¿verdad? —pregunté a Alanik. Yo aún no había descubierto cómo hacerlo, pero a ella parecía resultarle fácil—. Si encuentras a alguien contrario a la Supremacía, podríamos intentar determinar en qué frecuencia transmite y plantearle una alianza.

—La mayoría de quienes se oponen a Winzik no usarán hipercomunicadores —dijo Cuna—. Las especies inferiores no tienen acceso a ellos, y quienes sí los utilicen temerán que se escuchen sus transmisiones.

Alanik tenía aspecto de estar dispuesta a soltar un puñetazo a Cuna si volvía a llamarla «inferior».

—Si es la única idea que tenemos —intervino FM—, merece la pena intentarlo de todos modos.

—Estoy de acuerdo —dije—. Y además para intentarlo no hace falta que pidamos recursos a Stoff, así que mejor que mejor. —Me volví hacia Alanik—. Querría ayudarte a buscar hiperseñales. Tendrás que enseñarme, pero hasta ahora he aprendido más rápido las habilidades comunicativas que las de hipersalto.

—Claro —respondió Alanik—. Encantada de que me ayudes.

Esperaba servirle de algo, pero la verdad era que empezábamos a estar desesperados y, hasta que encontrásemos a la yaya, yo era el único otro citónico que teníamos.

Gali llamó al marco de la puerta de la sala de conferencias. Su babosa amarilla, Trapo, asomó la cabeza sobre su hombro desde una de las nuevas mochilas que había diseñado el Cuerpo de Ingeniería. Una babosa explosiva, como había empezado a llamarlas todo el mundo aunque en principio era el nombre propio de Babosa Explosiva, me miró por encima de su otro hombro.

—¿Ahora llevas una de esas por ahí? —le pregunté.

Era raro. No estábamos trabajando mucho con las babosas explosivas, aparte de Babosa Explosiva. La gente tenía demasiado miedo de disparar las hojas mentales por accidente. Gali se encogió de hombros y las babosas se mecieron arriba y abajo con el gesto.

—Babosa Explosiva me salvó la vida en Hoja Errante, así que he pensado que sería buena idea tener cerca a más de estas. Por pura experimentación, claro. Que nadie crea que llevo conmigo a una babosa como guardaespaldas.

Tampoco se lo reprocharía si así fuera.

FM sonrió a Gali. Aquellos dos eran tirdosamente adorables, lo cual en los últimos tiempos me daba ganas de golpear cosas. Sería la influencia de Spensa, supuse.

—A esa la ha llamado Mimitos —dijo FM.

Cómo no. FM se había regodeado poniendo a mi hiperbabosa el nombre de Abracitos antes de asignármela. Si no hubiera establecido ya un vínculo con Babosa Explosiva, seguro que Gali y ella habrían intentado endosarme también a Mimitos.

Cobb sin duda me habría dicho que debía tener más sentido del humor conmigo mismo. Solía acertar.

—¿Necesitas algo? —pregunté a Gali.

—Venía a preguntar si FM está disponible para dirigir el entrenamiento con las babosas —dijo él—. Tenemos al Escuadrón Dragón Estelar listo para practicar las nuevas palabras clave.

A los otros escuadrones no les había hecho ninguna gracia que FM robara algunos de sus taynix, pero a grandes rasgos se lo habían perdonado después de que la Asamblea Nacional entregara casi todos los demás a la Supremacía. Aún no teníamos las suficientes babosas nuevas para equipar a todos los escuadrones, y las que encontráramos en las cavernas deberían empezar a entrenar desde cero.

Lo cual significaba que no debería entretenerlos. Además, si FM tenía trabajo, le quedaría menos tiempo para preocuparse por mí.

—Sí, aquí ya hemos terminado —respondí a Gali—. ¿Cómo va la exploración de plataformas?

—El equipo aún trabaja en ello —dijo él. Estaban buscando más salas de control como la que había en Hoja Errante en las plataformas que rodeaban el planeta. La estación de combate se parecía lo suficiente a las plataformas de Detritus como para asumir que quizá tuviéramos algunas con capacidades similares. Disponer de más estaciones capaces de hipersaltar o disparar hiperarmas sería una gran ventaja—. Pero hay mucha basura en el cinturón de escombros, y muchas plataformas que registrar.

—Entendido —respondí—. Avísame si encontráis algo.

—Hecho —dijo Gali mientras FM apartaba su silla de la mesa e iba con él.

Gali no formaba parte oficial de mi cadena de mando, pero estábamos todos en modo de espera hasta el regreso de Cobb, así que lo más lógico era compartir la información.

—¿Te parece bien que nos pongamos a buscar señales? —propuse a Alanik.

—Sí —dijo ella—, pero aquí no. Estas sillas son demasiado cuadradas. Me distraen.

No tuve ocasión de preguntarle a qué se refería, porque ya se había levantado de su… silla cuadrada y estaba saliendo de la sala de reuniones.

Recogí a Abracitos y Babosa Explosiva y seguí a Alanik, ya que parecía saber dónde iba. Esperé ser capaz de ayudar. Tenía que hacer algo, lo que fuera, porque de lo contrario las tragedias que ya habíamos padecido iban a ser solo el principio.

3

Alanik me llevó a una de las salas de reuniones más pequeñas. A la cabecera de la mesa cuadrada estaba la silla más rara que había visto en la vida. Parecía estar hecha por completo de ramas de árbol, lijadas y pulidas y combadas en formas ondulantes que se extendían sobre el respaldo con un diseño en espiral. Al acercarme, me di cuenta de que era una sola pieza, tallada a partir de un solo bloque de madera.

—¿Te has traído eso hasta aquí? —me extrañé.

—Sí —respondió Alanik—. Fue idea de Arturo. Estaba diciéndole que vuestros muebles me parecen muy extravagantes y cuadrados, así que me sugirió que, si iba a pasarme horas buscando a la yaya y Cobb en el dominio negativo, ya puestos podría traerme un asiento cómodo. Es mi silla favorita de las de mi casa.

El asiento era de madera pulida, sin acolchar, y Alanik se acomodó en ella con las piernas bajo el cuerpo. En la sala había otra silla, en efecto bastante más cuadrada que la suya, pero tenía cojines cubiertos de una tela marrón sin adornos y a mí me parecía mucho más cómoda. Pensé que quizá la habría estado usando Arturo. Alanik y él parecían pasar mucho tiempo juntos.

Me hundí en la silla.

—No sé si te serviré de algo con esto.

—Si estás dispuesto a intentarlo —dijo ella—, por probar no perdemos nada.

Me recliné en la silla y cerré los ojos. Al extender mis sentidos citónicos, capté a Alanik sentada a mi lado y a Babosa Explosiva y Abracitos en mi regazo. Amplié el foco y encontré a las demás babosas de la plataforma, además de las tenues vibraciones que indicaban que todavía quedaban más taynix en el planeta que no habíamos localizado.

Supuse que debería estar allí abajo buscándolos, ya que yo podía percibirlos y los equipos del personal de tierra no. Quizá Cobb lo utilizaría como excusa para enviarme al planeta un tiempo, cuando volviera. Sería mejor que obligarme a coger un permiso por fallecimiento de familiar. Así por lo menos tendría algo en lo que concentrarme, algo que hacer.

—Muy bien —dijo Alanik—, ahora vamos a alejarnos de Detritus. El universo es como un mapa gigantesco, y podemos examinar los lugares de cerca o a distancia. ¿Entiendes a qué me refiero?

—La verdad es que no —respondí—. Puedo centrarme en la mente de una persona, o sentir la… vibración citónica de un grupo. Pero no veo lugares, solo gente.

—¡Gente! —proclamó Abracitos. Me daba la impresión de que le gustaba involucrarse.

—Hum —dijo Alanik—. Me parece que por eso tienes problemas para hipersaltar.

—Sé visualizar un lugar físico en la mente. Por ejemplo, puedo imaginar los árboles de ReAlba, porque los he visto, y enviar esa imagen a Abracitos.

—Abracitos —repitió Babosa Explosiva con afecto.

—En ese caso, olvídate de los lugares —dijo Alanik—. Creo que los experimentamos de forma diferente. En vez de eso, intenta llegar a personas, pero no las busques: *escucha*.

A mí me parecía que tenía tan poco sentido como lo anterior, pero al menos así no tendría que buscar cosas que no veía.

—Cuando hablas de escuchar, ¿te refieres a cosas que se oyen? ¿O más bien a como Spensa oía las estrellas o como yo oigo a las babosas? ¿A la… vibración del universo?

—A nada de eso —respondió Alanik—. Me refiero a lo mismo que haces cuando te hablo a la mente. Quiero que escuches las voces de otras personas. Es posible interceptar sus conversaciones, ya sean por hipercomunicador o mente a mente. Todo pasa por el dominio negativo, así que si tus sentidos pasan por allí al mismo tiempo…

De acuerdo, eso sí que tenía sentido.

—Gracias por explicármelo —dije—. Cuando la yaya me enseñó estas cosas, sobre todo me hacía amasar pan y escuchar las estrellas. Lo más raro de todo es que me sirvió, pero no era precisamente intuitivo.

—No es tan mala táctica como parece a primera vista —repuso Alanik—. Mi entrenamiento fue parecido. Puedo probar a explicarte las cosas, pero al final la única forma de que aprendas es usando la intuición.

Me resultaba horrible. Siempre me habían gustado las cosas que podían explicarse, a ser posible mediante técnicas pedagógicas de eficacia demostrada, material de referencia por escrito y montones de ejemplos concretos. La citónica era lo contrario de eso en todos los aspectos, y no podía evitar la sensación de que lo que fuese que repartía esos poderes se había equivocado de persona al concedérmelos a mí.

Spensa se adueñaba de sus poderes y los utilizaba. Yo tanteaba a ciegas en la oscuridad.

Noté que, a mi lado, la mente de Alanik expandía los sentidos internándose en el vacío. Intenté imitarla, al principio buscando otras mentes y luego prestando atención por si había voces.

Me pregunté si podría percibir a Spensa de ese modo, igual que ella se había comunicado conmigo desde la ninguna-parte. Mi mente estaba pasando a través de esa dimensión y, si ella estaba allí, tenía sentido que tal vez fuese capaz de volver a encontrarla. Todos los días, y más desde la explosión, esperaba saber algo de ella. Quería pruebas de que estaba bien, noticias de que estaba encontrando el camino a casa.

Pero más que nada en el mundo, anhelaba oír de nuevo su voz.

Expandí mi mente, escuchando.

Y entonces, por los pelos, capté un retazo de algo. Una voz en la nada.

… fulguración solar en el… eviten la zona…

—¡He oído algo! —exclamé—. Algo sobre una fulguración solar.

—Un informe meteorológico —dijo Alanik—. Lo tenía localizado. Es una transmisión de la Supremacía a sus naves con capacidad de hipersalto, advirtiéndolos de peligros para la navegación.

Por supuesto que Alanik ya lo había oído. Pero eso no quitaba que yo hubiera podido encontrarlo. Ya había renunciado a toda esperanza de ser capaz de hipersaltar algún día, pero según Alanik todos los citónicos deberían tener acceso a todos los poderes, aunque unos costaran más que otros a cada individuo.

A lo mejor no era un caso perdido del todo. A lo mejor aún podía dominar mis poderes, o al menos obtener unas pericias pasables.

Seguí escuchando. Los sonidos eran como diminutos puntitos de luz en la inmensidad, como un taynix oculto entre todas las cavernas de Detritus. Encontré otro boletín con lo que parecían coordenadas de navegación, y luego una capitana de nave quejándose de unos subordinados a su comandante. Eran todas señales de hipercomunicador, no originadas en la ninguna-parte. Pero si Spensa estaba allí dentro, tenía que haber alguna forma de contactar con ella.

Spensa, envié. *¿Estás ahí? ¿Me oyes?*

—No hagas eso —dijo Alanik—. No dejas oír nada más.

Me sonrojé. Uy. Claro. Por supuesto que Alanik lo había oído. Estaba sentada justo a mi lado, y para colmo buscando señales citónicas.

Todo eso también lo he oído, me dijo Alanik en la mente. *Sería estupendo encontrar a Spensa aquí dentro y averiguar cómo traerla a casa, pero ¿te parece bien que nos concentremos en un solo problema cada vez?*

—Claro —dije—. Perdona.

Seguí sentado, escuchando el resonante vacío del universo, intentando no emitir ningún pensamiento que cegara la búsqueda de Alanik. Seguía deseando buscar a Spensa, en vez de peinar las rutinarias comunicaciones superlumínicas con la escasa esperanza de que alguien estuviera enviando mensajes contrarios a la Supremacía a través de la ninguna-parte. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que la probabilidad de encontrar una comunicación como esa en el preciso momento de enviarse era de una entre un millón. Y resultaba frustrante oír a la Supremacía utilizar aquella tecnología como si fuera una radio normal y corriente. Habían hecho de los hipercomunicadores una parte integral de su civilización, mientras los demás apenas acabábamos de descubrir la rueda.

Spensa se cabrearía. De hecho, lo más seguro era que ya estuviera cabreada. Ojalá estuviera con nosotros, porque seguro que aquello se le daría mejor que a mí. Sin duda Spensa ya estaría…

¡Spensa!

Abrí los ojos y parpadeé deprisa. No había sido la voz de Alanik, ni la de ninguna babosa.

¿Me lo habría imaginado? ¿Estaba perdiendo el juicio por culpa de todo lo que había pasado?

Extendí la mente de nuevo, concentrándome en la voz.

… por favor, responde.

Y luego el mensaje empezó de nuevo:

Spensa, humana de Detritus…

—He encontrado una cosa —dije.

¿Dónde?, me envió Alanik. Sentí que su mente contactaba con la mía para seguirme al interior de la nada.

¡… devolvéroslos! Por favor…

—Lo oigo —dijo Alanik.

Noté que se concentraba en las palabras mientras se repetían de nuevo. Aquello parecía una señal continua, emitida en bucle. A medida que

escuchaba, el mensaje se volvió cada vez más claro.

¡Spensa, humana de Detritus!, decía. *¡Aquí la* Nada a Contracorriente*! ¡Tenemos a vuestros humanos y querríamos devolvéroslos! Por favor, responde*.

—¿Tienen a nuestros humanos y querrían devolvérnoslos? —pregunté.

—Eso ha dicho. —Alanik frunció el ceño—. ¿Se refiere a Cobb y la yaya?

—O a otros humanos —respondí—. No sabemos si hay otros planetas prisión como el nuestro o si somos los únicos que quedamos.

—Si quien sea esa persona hubiera encontrado un planeta entero lleno de humanos, ¿crees que contactaría con Spensa para devolvérselos?

—No lo sé —dije—. Ni sé lo que es «Nada a Contracorriente». No tengo ni idea de quién intenta contactar con nosotros.

La Supremacía estaba al tanto de la existencia de Spensa y sabía que procedía de nuestro planeta. También sabían que había desaparecido, y sin duda estaban buscándola. Aquello podría ser un cebo para hacerla salir de su escondrijo, igual que habían tendido una trampa a mis padres. Supuse que debería reconfortarme saber que, al estar atrapada en la ninguna-parte, era imposible que cayera en esa trampa.

—Puedo componer las coordenadas —dijo Alanik—. Y transmitírselas al taynix de vuestro hipercomunicador, para que podáis responder.

—Pero ¿deberíamos responder? —pregunté.

—Es una pista —dijo ella—. La única que tenemos. Y si es verdad que Cobb y la yaya están con ellos…

Extendí la mente hacia el mensaje y lo escuché de nuevo.

—¿Puedes enseñarme a ubicar el mensaje? —pregunté—. ¿Podemos responder directamente?

—Acabas de decir que no sabes si deberíamos responder. ¿No quieres consultarlo con tus superiores? Creía que esa era tu respuesta a todo.

Alanik me tenía bien calado.

—Sí —dije—, pero también quiero saber lo que es posible y lo que no. Hay habilidades que necesito aprender, aunque no sepa si debemos responder a este mensaje en particular.

—Entonces, escucha —me indicó Alanik—. Es como cuando sabes qué mente es la mía en el dominio negativo. No intentas hablar conmigo y te comunicas con los taynix sin querer, ¿verdad? Y de hecho, hasta sabes distinguir una babosa de otra, ¿a que sí?

—Sí —reconocí—. Al principio las confundía, pero ahora sí que sé cuál es cuál, siempre que las conozca lo suficiente.

—Con los lugares pasa lo mismo. Cada uno transmite su propia… sensación. Aunque no veas el universo como un todo, deberías ser capaz de identificar esa diferencia en la sensación.

—Como las vibraciones —dije.

Y… ahora que sabía qué buscar, era cierto que percibía una vibración distintiva en aquel mensaje. ¿Podría utilizarla para comunicarme con él? ¿Podría hablar con la grabación como si fuera una persona?

—Si probara a hablar con el mensaje, ¿me oiría alguien? —pregunté—. Es un hipercomunicador, no otro citónico.

—Depende de si hay alguien escuchando al otro lado —dijo Alanik—. Pero inténtalo.

Alanik había hecho bien al recordarme que deberíamos informar a Stoff. Mi intención era tener un ojo echado a lo que sucedía, impedir que a alguien se le ocurriera alguna otra idea nefasta en ausencia de Cobb, pero no podía actuar completamente a espaldas de la FDD o de la Asamblea Nacional. Quizá estuviera forzando un poco los límites de mi autoridad en tiempos recientes, pero, si empezaba a ocultar información a mis superiores, estaría sobrepasándolos del todo.

Por otra parte, ninguno de mis superiores era citónico. Aunque informase a Stoff, Alanik y yo seguiríamos siendo los únicos capaces de comunicarnos con esa gente.

Me concentré en la vibración del mensaje, intentando tratarla como si fuera la mente de otro citónico o de un taynix.

¿Me oyes?, pregunté.

La grabación se detuvo de sopetón, en mitad de una frase.

¿Hola?, dijo una voz al otro lado.

Tirda. Me habían oído. La voz transmitía una sensación distinta a la de una mente citónica, pero aun así fui capaz de centrarme en su vibración.

¿Hablo con el planeta humano Detritus?

Si se lo confirmara, ¿estaría revelando alguna información que no debía? La Supremacía ya sabía dónde estábamos.

Así es, envié, pero no añadí nada más.

El mensaje cambió.

¡Humano!, dijo. *¡Aquí Kauri de los kitsen, capitana de la* Nada a Contracorriente*! ¿Puedes ponerme en contacto con Spensa?*

—Interesante —dijo Alanik.

—¿Qué es interesante? —pregunté.

—Que sea una kitsen —dijo ella—, o que afirme serlo. Son otra especie de las que la Supremacía considera «inferiores». Son unas criaturas pequeñas y peludas, no muy distintas de las ardillas, pero tan inteligentes como los UrDail. Nunca he conocido a ninguno, pero he visto una imagen. Tienen un aspecto… adorable.

Por tanto, o bien estaba hablando con una agente de la Supremacía o bien con una ardilla que conocía a Spensa. No estaba muy seguro de qué idea era más inquietante.

—Vale —dije—. Tienes razón en que deberíamos informar de esto al Alto Mando. Es un asunto demasiado delicado para llevarlo nosotros solos. Tenemos que hablar con la gente de Comunicaciones y con Stoff.

—Si crees que es lo mejor… —respondió Alanik.

Yo tampoco estaba muy convencido, pero me repelía todavía más la idea de actuar por mi cuenta. Lo único que estaba haciendo era cuidar de la FDD por Cobb hasta que lo encontrásemos.

Déjame que hable con mis superiores y volveré a contactar, envié.

¡Esperamos con ansia tu regreso!, exclamó la voz.

—Si de verdad es una ardilla, suena muy entusiasta —comentó Alanik.

—Y que lo digas.

Me concentré una vez más en cómo vibraba la transmisión. Alanik decía que podía enviársela a Bien en el hipercomunicador, pero yo quería aprender a hacerlo también. Esperé hasta acostumbrarme a la vibración, del mismo modo en que podía encontrar deprisa la mente de Alanik ahora que la conocía. Luego retraje mi mente de vuelta a Detritus, donde captaba el zumbido de los taynix por todas partes, y la replegué a la sala de reuniones, donde percibí a Alanik sentada a mi lado.

Mientras me retraía, pasando junto a las mentes de los taynix de la plataforma, la zona que me rodeaba de pronto me pareció… más densa. Más *turbulenta*, como si estuviera llena de cien baches en el espacio por lo demás vacío. Estaban allí, y entonces, al concentrarme en ellos, ya no los encontré.

—¿Has sentido eso? —pregunté.

—¿El qué? —dijo Alanik.

—Esa… textura. Como si de repente hubiera algo más en la ninguna-parte con nosotros.

—¿Algo dentro de la ninguna-parte? ¿Como los ojos?

—No, me parece que no —dije. Tirda, ojalá no fuese la señal de un ataque zapador inminente—. Tal vez no estuviera exactamente *dentro* de la ninguna-

parte. Es más bien que he sentido algo a *través* de la ninguna-parte, por todo nuestro alrededor. No eran otros citónicos, sino…

Alanik tenía la mirada fija en mí y negaba con la cabeza.

—Yo no lo he percibido. Aquí no capto nada aparte de las babosas y tú.

—Habrán sido imaginaciones mías. —De algún modo, la idea de estar alucinando era menos temible que la de que hubiera alguna otra cosa nueva emergiendo de la ninguna-parte para acosarnos—. Tengo que hablar con Cuna y Stoff, para decidir qué haremos a continuación. Si los kitsen de verdad intentan contactar con nosotros, tendremos que responder.

Fuesen cuales fuesen los motivos que impulsaban a Stoff, esperé que siguiera mostrándose complaciente.

4

Alanik vino conmigo a hablar con Stoff, y no se lo impedí. El vicealmirante tenía a toda la FDD respaldándolo, así que prefería no verme tan superado en número. Habría llamado al escuadrón entero si creyera que serviría de algo.

Encontramos a Stoff sentado en su propio despacho. Había dejado vacío el despacho del almirante en ausencia de Cobb, lo que me tomé como otra señal de que no pretendía usurpar su cargo.

—Hemos localizado una transmisión de hipercomunicador, señor —dije—. Alguien que responde al nombre de Kauri y está buscando a Spensa.

—¿Es de la Supremacía? —preguntó el vicealmirante.

—Tal vez —dije—. Pero afirma ser de los kitsen. Tenemos las coordenadas de origen del mensaje, así que podemos intentar hablar con quien sea por el hipercomunicador. Emitían un mensaje grabado en el que afirmaban tener a nuestros humanos y querer devolvérnoslos. Podría tratarse de Cobb y la señora Nightshade, pero no lo sabemos a ciencia cierta.

—Gracias —repuso Stoff—. Si preparan el hipercomunicador, hablaré con ellos.

—Me gustaría encargarme, señor —pedí—. El contacto inicial lo hemos establecido Alanik y yo, y en caso de que de verdad sean kitsen, es otra especie a la que podríamos proponer una alianza. Cobb nos encargó buscar aliados, así que deberíamos tener la acreditación de seguridad suficiente para hacerlo.

Sabía que estaba forzando las normas de nuevo, pero procuré que no se me notara. Stoff suspiró y me evaluó con la mirada. Yo estaba bastante seguro de que estaba sopesando cuánta cuerda podía darme para que me ahorcara yo solo sin parecer que formaba parte del problema cuando Cobb regresara.

Pero no habría ningún problema cuando Cobb regresara, porque estábamos haciendo precisamente lo que Cobb quería.

—Muy bien —dijo—. Su equipo es el que más experiencia tiene tratando con alienígenas, así que pueden ocuparse ustedes.

Alanik lo miró enarcando una ceja. No me pareció que le gustara que nuestro trabajo con su pueblo se redujera a «tratar con alienígenas», pero al menos Stoff no los había llamado inferiores.

—Querría informar también a Cuna —dije—. Quizá tenga alguna idea de con quiénes estamos tratando.

—De acuerdo —respondió Stoff—. Convocaré al equipo en la sala de mando dentro de treinta minutos.

—Gracias, señor —dije.

Stoff asintió. Era la señal para que me retirara.

Encontré a Cuna sentade en sus aposentos con les demás diones que habíamos rescatado de Alcance Solar.

—Hemos interceptado un mensaje de alguien que busca a Spensa —le dije—. Afirma ser una kitsen llamada Kauri.

—¡Ah, estupendo! —exclamó Cuna—. Los kitsen están entre las más avanzadas de las especies inferiores en lo relativo a la no-agresividad. Lo único que impedía hasta ahora su ascenso a la ciudadanía plena era su desfasada monarquía.

—No estoy convencido de que sean los kitsen de verdad —dije—. Me preocupa que pueda ser una artimaña, que Winzik o su gente intenten capturar a Spensa haciéndose pasar por sus aliados.

—Spensa trabajó con un equipo de kitsen cuando entrenaba en Visión Estelar —dijo Cuna—. ¡Por tanto, la afirmación es plausible! Yo me relacioné sobre todo con Hesho, su exmonarca. Serían unos poderosos aliados. Es un pueblo con una larga historia militar que superar en su empeño de prepararse para la inclusión entre las especies superiores.

Miré fijamente a Cuna.

—Nuestro pueblo también tiene una larga historia militar —afirmé—. De no ser por ella, sin nuestro rescate, estaría usted en los calabozos de Winzik.

—Dos veces ya —dijo Alanik.

—Por supuesto —respondió Cuna, aunque no me pareció que hubiera comprendido lo que pretendía decirle—. Y el pueblo humano tiene una relación lejana con los kitsen. Sus registros están entre los más completos de la historia de la citónica, a pesar de que su especie lleva siglos sin producir citónico alguno.

—Vamos a hablar con ellos dentro de unos minutos, por si quiere estar presente. Yo tengo que ir a terminar de preparar el hipercomunicador.

—Me encantaría estar presente —dijo Cuna.

—Gracias —respondí, y me marché a meter a Bien en el hipercomunicador.

Stoff había invitado a muy poca gente a la reunión. Estaban él y tres personas del Cuerpo de Comunicaciones sentados a la mesa de reuniones. Cuna y Alanik entraron y ocuparon otras dos sillas, mientras yo utilizaba la impresión de frecuencia que había captado antes para pedirle a Bien que abriera la comunicación con Kauri.

Hablé por el micrófono del hipercomunicador.

—Kauri —probé a decir—, ¿me oyes?

—Humano —respondió la voz—, estamos intentando localizar a Spensa, que antaño se hacía llamar Alanik. ¿Sabéis dónde se halla?

—Spensa ha salido a cumplir una misión —dije. Era la verdad, aunque no fuese completa—. Pero aun así, querríamos hablar con vosotros. ¿A qué os referíais al decir que tenéis a nuestros humanos?

—Dos humanos hipersaltaron a nuestro planeta hace unos días —afirmó la voz—. Creemos que quizá llegaran aquí sin querer. Habríamos contactado antes con vosotros, pero tuvimos que apoderarnos de un hipercomunicador para hacerlo.

—¿Robasteis un hipercomunicador de la Supremacía? —pregunté.

—¡Eso hicimos!

—Los kitsen son famosos por su valentía —dijo Cuna—. Es una cualidad positiva, si puede cribarse de ella la violencia.

Yo estaba seguro de que la violencia sería necesaria antes de que todo aquello terminara, así que no me parecía un inconveniente.

Alanik abrió los ojos.

—Estoy registrando la zona que rodea su punto de emisión, pero no encuentro a Becca Nightshade. No creo que esté allí.

Kauri podría estar mintiendo. O quizá aquellos humanos no tenían nada que ver con nosotros.

—Kauri —dije—, ¿qué método emplearon los humanos para hipersaltar a vuestro planeta?

—No lo sé —respondió ella—. Doy por sentado que uno de ellos es citónico.

Alanik negó con la cabeza y habló en voz baja para que el micrófono no transmitiera sus palabras.

—No percibo a ningún citónico en esa zona.

—¿Es capaz de confirmarlo a tanta distancia? —le preguntó Stoff.

—Sí —dijo Alanik, en un tono que daba a entender que no le gustaba ser cuestionada por alguien que no sabía de qué hablaba—. He utilizado la posición de la señal de hipercomunicador para determinar la zona. Soy bastante fiable, sobre todo si se trata de localizar a una citónica con quien he tratado.

—Si uno de ellos es citónico —dije por el micrófono—, deberían poder contactar con nosotros, ¿verdad? ¿Qué necesidad había de robar un hipercomunicador?

—Bueno —respondió Kauri—, algo debió de salir mal durante el hipersalto. Vuestros humanos están inconscientes.

Miré a Alanik, que negó con la cabeza. Debería ser capaz de detectar a un citónico inconsciente.

—Si su citónica murió al llegar —dijo Cuna—, ya no podrían percibirla. Los hipersaltos pueden ser peligrosos y…

—¿Estás segura de que viven? —pregunté a Kauri.

—Sí —dijo ella—. Respiran y sus cuerpos están calientes. No somos expertos en salud humana, pero creemos que eso significa que están vivos.

Que tuvieran a dos humanos vivos no era mucha información: podrían ser cualesquiera, de cualquier parte.

—¿Puedes describirme a esos humanos? —pedí.

—La mujer está bastante arrugada —dijo Kauri—. El cuerpo del hombre está moteado y púrpura.

—¿El hombre es púrpura? —pregunté.

—Cobb estaba herido —dijo Alanik—. Cuando lo vi en la nave de la Supremacía, parecía haberse peleado.

—Sí. El caballero enorme del rostro peludo tiene unas heridas que estamos intentando tratar, pero no sabemos mucho sobre fisiología humana.

—Yo sigo necesitando que alguien me explique lo del pelo en el labio —comentó Alanik—. Seguro que da problemas.

—¡Querríamos devolveros a vuestros humanos para que les deis atención médica! —exclamó Kauri—. ¡Hemos estado en la posición de vuestro planeta, pero no tenemos hipermotor que nos lleve allí! Logramos colarnos de polizones en una nave de transporte para volver a casa desde Visión Estelar, pero robar una nave de ese tamaño nos supera. ¿Vosotros tenéis acceso a un hipermotor?

Alanik y yo cruzamos la mirada. Winzik ya sabía que teníamos hipermotores, así que revelárselo a nuestra interlocutora tampoco era mucho problema.

—Disponemos de transporte —respondí.

—¡Qué alegría! —dijo Kauri—. Ardemos en deseos de conoceros en persona. Aunque Spensa nos engañara, la consideramos una guerrera consumada y honorable, y estaremos encantados de reunirnos con sus iguales, si es que los tiene.

No supe muy bien si ofenderme o no.

—¿Vamos a ir? —preguntó Alanik en voz baja—. Sigue pareciéndome sospechoso que no encuentre a la yaya en su planeta.

Titubeé. No habíamos dicho que iríamos, pero, si tenían a la yaya y a Cobb, debíamos hacer todo lo posible por recuperarlos. Era un riesgo, pero sin aceptar riesgos no lograríamos encontrar más aliados.

Silencié el micrófono.

—Señor —dije a Stoff—, propongo que enviemos un equipo reducido a investigar. Si afinamos el destino de nuestro hipersalto, deberíamos poder echar un vistazo antes de que nos detecten, por si hay presencia de la Supremacía en el planeta. Según el artículo 14 de los Estatutos de la FDD sobre Prisioneros de Guerra, si un comandante desaparece tras las líneas enemigas, se considera una orden implícita rescatar a dicho comandante siempre que no interfiera con la misión actual. En este caso, diría que el artículo se aplica.

—Estoy de acuerdo —convino Stoff—. Creo que debería acompañar usted a su escuadrón e investigar.

Lo miré sorprendido. Ya tenía intención de ir; no me gustaba nada enviar a mi escuadrón sin mí a ninguna parte. Incluso quedarme en la Plataforma Primaria mientras ellos regresaban a ReAlba se me había hecho difícil.

Y Stoff lo sabía. ¿Quería que me marchara porque sabía que lo estaba vigilando? Alanik y yo éramos los únicos citónicos con los que contaba la FDD. Nos necesitaban, así que deberían mostrarse reacios a enviarnos a ambos a la vez.

Pero los antiguos prejuicios estaban muy arraigados. La gente seguía teniéndonos miedo. Así que enviarnos a los dos en una misión, de la que Stoff podría atribuirse el mérito si salía bien o culparnos si era un fracaso, debía de parecerle una excusa conveniente para quitársenos de encima.

Aun así, si gracias a ello lográbamos recuperar a Cobb, nos convenía.

—A la orden, señor —dije—. Prepararé a mi equipo.

Stoff asintió.

—Debería informar a esos kitsen de que van para allá, entonces.

—Creo que es mejor no hacerlo —repuse—. Si es una trampa, tendrán menos tiempo para prepararse.

—Muy bien —dijo Stoff—. Pero dense prisa. Si Cobb y la señora Nightshade necesitan cuidados médicos, debemos proporcionárselos cuanto antes.

—Estoy de acuerdo. —Reactivé el micrófono—. Trataremos de organizarnos para recuperar a los nuestros —dije a Kauri—. Gracias por vuestra paciencia.

—Tenemos ganas de conoceros, humanos —respondió Kauri—. Que las estrellas os guíen.

—Y a vosotros.

Esperé que Cuna tuviera razón y los kitsen resultaran ser unos aliados excelentes.

Pero de momento, me conformaría con tener a Cobb de vuelta, sano y salvo.

5

Cuando mi escuadrón se teleportó cerca de las coordenadas que habíamos obtenido del hipercomunicador, aparecimos en el espacio cerca de un gran planeta blanco azulado. Una estrella cegadora iluminaba la mayor parte de la cara sobre la que estábamos, desde la lejanía, pero aun así la vi más grande y próxima que ninguna otra estrella antes. El planeta era enorme, incluso desde tan lejos, y las partes blanquecinas se movían por su superficie, burbujeando arremolinadas.

«Son nubes», comprendí. Acumulaciones de humedad que descargaban lluvia cada cierto tiempo. Había leído sobre ellas, pero no las había imaginado tan… esponjosas. Parecían casi suaves, como el algodón. No recordaban en nada al agua.

—¡Hala, qué bonito! —exclamó Sadie.

—Precioso —dijo Kimmalyn—. Y a primera vista, estoy razonablemente segura de que no quiere comérsenos.

El resto del escuadrón desactivó las lanzas de luz y se dividió en parejas de compañeros de ala mientras la nave de transporte médico permanecía cerca de mí. Los cazas adoptaron una formación de cuña en torno a nosotros, con Arturo y Nedd en punta, FM y Sadie a un lado, Tenderete y Gatero en el otro y los demás siguiéndonos.

—¿Es posible volar a través de todo eso? —pregunté. Nuestros cazas eran estancos, claro, pero aun así no esperaría que todos los sistemas funcionasen a la perfección bajo el agua. Sin embargo, aquella agua no era sólida, sino más bien como el vapor que emanaba de una cacerola hirviendo. ¿Significaría que quemaba?—. Nuestras naves soportan temperaturas extremas, así que aunque estén calientes…

—Las nubes no están calientes —me interrumpió Cuna, en tono divertido. Iba con FM en el Dulo, para ayudar con la diplomacia—. La presión atmosférica permite que el agua permanezca en estado gaseoso a baja temperatura.

Qué cosas. Muy bien.

—No creo que vaya a pasar nada —dijo Alanik—. Vuestras naves soportaron la miasma, ¿verdad? Esto es solo otro tipo de gas.

Sí, tenía sentido.

—Aun así —dije—, creo que deberíamos cruzarlas por los huecos.

Dentro de las nubes tendríamos la visibilidad limitada, y no había forma de saber qué acechaba en ellas. Tampoco deberían ser demasiado difíciles de evitar. Había grandes sectores de la atmósfera despejados, por los que se veía una superficie de un brillante azul verdoso.

Más agua. Un océano, nada menos. Por las estrellas, también había leído sobre ellos, pero jamás había llegado a visualizar tantísima agua junta. Vivir en un planeta tan cubierto de agua sonaba aterrador. ¿Cómo podían saber que no lo inundaría todo y se lo tragaría?

Amplié mis sensores de proximidad en busca de cualquier otra nave espacial o aérea, pero no encontré ninguna alrededor del planeta. Si las había, debían de estar muy cerca de la superficie. De momento aquello no parecía una trampa de la Supremacía, dada la ausencia de inhibidores citónicos y acorazados gigantescos, pero no podíamos descartar que hubieran cambiado de táctica.

Llegó una señal por el comunicador, una transmisión local de radio dirigida a mí. Cambié a su canal.

—Aquí Cielo Uno, identificador Caracapullo —dije.

—¡Humano! —exclamó una voz diminuta. Sonaba como la de Kauri, pero no creía poder distinguir a un kitsen de otro—. Bienvenido a la Madriguera de Luz Perpetua que Lame con Suavidad las Orillas del Tiempo. ¡Os enviaremos un rumbo para reuniros con nosotros en el Hueco desde donde el Manantial Sueña tan Dulce como Apenado!

—Hum —dije.

—Hum —repitió Babosa Explosiva.

—Gracias —respondí por radio—. Qué ganas de… de conoceros.

Tirda, con la de cumplidos políticos que había escuchado en mi vida, ¿por qué nunca los recordaba cuando me hacían falta? Kauri nos dio las coordenadas y ordené a los demás que se dirigieran hacia ellas en formación.

Entramos en la atmósfera del planeta y pasamos por un gran hueco entre las nubes.

A medida que nos aproximábamos a aquella enorme extensión azul verdosa, empecé a distinguir masas de tierra, grandes islas de terreno quebrado que casi parecían corteza de tarta desmenuzada a aquella distancia. El rumbo enviado por Kauri nos llevó a una isla más grande que todas las de alrededor, y sobrevolamos unas formaciones rocosas que la erosión había convertido en bulbosas columnas, la piedra desgastada una y otra vez en las mismas formas geométricas como un castillo de arena.

Las coordenadas se correspondían con un punto en el extremo más alejado de la isla, donde terminaba la tierra firme y empezaba el océano. El agua se movía por debajo de nosotros, un azul verdoso que se coronaba de espuma blanca antes de estrellarse contra la playa.

Olas. Recordé que también me las habían enseñado. Las provocaba el viento y tenían algo que ver con una luna, creía, aunque no se veía ninguna en el cielo en esos momentos. Desde allí abajo el cielo era un inmensa envoltura azul puntuada de nubes, y el sol algo demasiado brillante para mirarlo sin entornar los ojos.

Una nave un poco más grande que nuestros cazas nos esperaba en la playa. Extendí la mente hacia Alanik, que volaba por delante de mí.

¿Sientes algún inhibidor?

No, envió ella. *Ni tampoco a ningún citónico todavía, aunque creo que en esa nave hay un taynix*.

Lógico, teniendo en cuenta que disponían de un hipercomunicador. Aquellos alienígenas se las habían ingeniado para robar un taynix a la Supremacía, lo cual era impresionante. También mostraba iniciativa, un buen rasgo en un aliado. No se podía esperar a que protegiéramos nosotros a todas las especies de la galaxia cuando apenas podíamos protegernos nosotros mismos.

Iniciamos las maniobras para aterrizar en la arena y activé el control de calidad de aire de mi caza para comprobar el nivel de oxígeno en la atmósfera. El aire parecía respirable, y no saltó ninguna alerta por gases nocivos como en la miasma de ReAlba.

Hice descender mi nave dentro del campo visual de la que ya estaba en la playa y el resto del escuadrón aterrizó a mi alrededor. Esperé a que todas las naves se hubieran posado antes de abrir la cubierta.

Resultó que el océano era tirdosamente escandaloso, como si lo alimentara un motor de caza estelar. El agua se abalanzaba hacia nosotros y

las crestas de las olas se alzaban para luego retirarse, como un brazo tanteando en busca de algo que no lograba agarrar. No me entraba en la cabeza que el agua se moviera así, como si estuviese viva, y deseé haber prestado más atención a las lecciones sobre la antigua Tierra.

Bajé de mi nave y los miembros de mi escuadrón vinieron conmigo uno tras otro. Aunque deberíamos estar concentrados en la nave alienígena y vigilando en busca de posibles emboscadas en los extraños acantilados de capas de arenisca que bordeaban la playa, me fijé en que no era el único que tenía la mirada puesta en el océano.

Me volví hacia un remolino de actividad en la nave kitsen, haciéndome visera para proteger los ojos del sol cegador. Un grupo de roedores avanzaba hacia nosotros, encabezados por alguien que flotaba sobre un disco que tendría el diámetro de un plato de comedor y supuse que debía de ser una pequeña aeronave con piedra de pendiente. La mayoría de los roedores iban en traje de vuelo, pero la figura que volaba sobre el disco llevaba puesto un uniforme rojo y dorado que dejaba ver su cabeza, peluda y con unas orejas enormes que parecían salidas de las ilustraciones de zorros en la antigua Tierra. Aunque creía recordar que los zorros eran más grandes. Aquellas criaturas tendrían unos veinte centímetros de altura.

Pero venían hacia nosotros desde una nave estelar, se erguían sobre dos patas y llevaban ropa, así que…

Me volví buscando a Alanik, que ya se acercaba desde atrás. La arena parecía resbalarle bajo los pies al caminar, entorpeciendo su recorrido.

—¿Son kitsen? —le pregunté.

—Sí —dijo ella—. No los había visto nunca, pero aprendí sobre la especie antes de partir hacia Visión Estelar. Creo que tienen una cultura dinástica.

Dinástica. Sonaba primitivo, como algo salido de las historias que contaba Spensa.

Más atrás sobre la arena, vi que Cuna y FM salían del Dulo, que había aterrizado junto al transporte médico que habíamos traído para atender a Cobb y la yaya.

Los kitsen ya estaban bastante cerca, y la figura con túnica de la plataforma flotante alzó al cielo una zarpa cerrada en puño, como si estuviera enfadada conmigo.

Yo no era la persona mejor cualificada para establecer relaciones diplomáticas, pero sí quien había hablado con Kauri por radio hacía poco.

—Hola —saludé—. ¿Eres… Kauri?

—¡Sí, humano! —respondió la kitsen. Llevaba un alfiler intérprete sujeto a la parte frontal de su uniforme como un broche—. Me llamo Kauri. —Se elevó en su plato flotante ante nosotros mientras su tripulación llegaba remontando una pendiente en la arena—. Soy la capitana de la *Nada a Contracorriente en un Arroyo que Refleja el Sol*, y os doy la bienvenida a nuestro planeta.

—Todos sus nombres son así —apuntó Alanik en voz baja a mi lado—. La Supremacía acorta el de su planeta a Orilla Perpetua.

Las orejas de la kitsen se crisparon, y me pregunté si los ofendería que sus opresores llamaran así a su planeta.

—¡Pero qué bien pensado, Alanik! —exclamó Kauri—. Adelante, podéis llamarlo así si queréis.

—Orilla Perpetua —dije, mirando de nuevo el océano—. Resulta adecuado.

Me fijé en que Alanik parecía algo alarmada de que los kitsen la conocieran por su nombre.

—Gracias, humano —dijo Kauri.

—¿Eres… amiga de Spensa? —le pregunté—. Aunque la conocerías como Alanik.

Alanik pareció relajarse un poco. Debía de ser desconcertante hablar con gente que tenía la sensación de conocerte, aunque no fuera así. FM y Cuna llegaron con paso trabajoso detrás de nosotros, cosa que me alegró. Me vendría bien su ayuda.

—Sí, conozco a Spensa —dijo Kauri—. Esperaba verla de nuevo después de su desaparición de Estelar. ¿Se encuentra bien?

No sabía si Spensa estaba bien, pero necesitaba creer que sí.

—Está en una misión para averiguar más sobre los zapadores.

—Ah, sí —dijo Kauri—. Estábamos allí cuando Winzik invocó al zapador. Una decisión espantosa, que me temo que pretende repetir.

FM y yo nos miramos. Si aquella nave —estrellas, debía de ser como un acorazado para ellos, dado su tamaño relativo— había estado en la batalla donde había aparecido el zapador, entonces los kitsen habían luchado en el bando opuesto.

—¿Cuál de vosotros es el humano Caracapullo? —preguntó Kauri.

Tirda, se me había olvidado hacer las presentaciones.

—Lo siento —dije—. Ese soy yo, el jefe de escuadrón Jorgen Weight. Ella es Alanik de los UrDail. Y elle le ministre Cuna.

—Encantada de conoceros —intervino Cuna—. Vuestro pueblo está bastante avanzado para ser una especie inferior, y estaba muy cerca de su aceptación en la Supremacía. Confío en que seamos capaces de ayudaros a proseguir vuestro avance mientras consideramos cuál es el camino más beneficioso para vuestra especie en conjunto.

Cuna alzó el puño mientras terminaba de hacer aquella proclama, en un saludo parecido al que me había hecho Kauri a mí, aunque la kitsen no pareció nada impresionada.

Alanik me lanzó una mirada. Cuna tenía que parar de anunciar que consideraba a todas las especies que encontrábamos por debajo de la suya. Venía con nosotros para ayudar con la diplomacia, pero no quería que diese la impresión de que hablaba en nombre de todos.

—Y esta es FM —dije—. Es nuestra… especialista en diplomacia.

FM se quedó boquiabierta. La miré arqueando una ceja, preguntándole en silencio si iba a discutírmelo. Seguramente debería haberla puesto al mando de aquel primer contacto desde el principio. Había estado demasiado ocupado evitándola para pensarlo, lo cual significaba que estaba permitiendo que mis sentimientos personales interfirieran en mi trabajo. Eso tenía que acabarse.

—Gracias por invitarnos a vuestro hermoso planeta —dijo FM—. Esa formación rocosa que hemos sobrevolado llegando… ¿era una ciudad?

Cuna enseñó los dientes en una de sus extrañas sonrisas, que interpreté como que le parecía bien que FM llevara la iniciativa. Le pareciese bien o no, saltaba a la vista que era lo que necesitábamos.

—¡Sí! —respondió Kauri—. ¡El Hueco desde donde el Manantial Sueña tan Dulce como Apenado! Podéis llamarla Manantial Soñador, si queréis.

—Manantial Soñador —repitió FM—. Qué bonito. Me encantaría conocerla.

—Y a mí me encantaría enseñárosla —dijo Kauri—, pero debemos tener cuidado. No todo mi pueblo verá con buenos ojos que estéis… Vaya, sí que es mala suerte.

Alzó la mirada hacia algo que había en el cielo por detrás de mí, y al volverme vi otra nave estelar aproximándose. Aquella tenía una cantidad sorprendente de cañones montados en la parte delantera, demasiados para resultar efectivos en términos tácticos.

—¡Humanos! —exclamó una voz kitsen a través de un altavoz en la nave —. ¡Vuestra invasión termina aquí! ¡No daréis ni un paso más hacia la belleza del Hueco desde donde el Manantial Sueña tan Dulce como Apenado! Os aniquilaremos aquí mismo.

«Tirda». Di un paso atrás y me puse a cubierto contra mi nave, acompañado de FM y Alanik. Si aquella nave abría fuego con los destructores, estábamos todos muertos. El resto del escuadrón se dispersó, agachándose bajo las alas de sus cazas y metiéndose en las cabinas.

—¡No pasa nada! —dijo Kauri—. Es Goro. Yo hablaré con él.

—Ha dicho que va a aniquilarnos —respondió—. No creo que eso implique mucha conversación.

—En efecto —dijo Alanik—. Y luego se pregunta por qué la Supremacía nos considera primitivos.

La otra nave no disparó, sino que empezó a descender hacia la arena. Volaron granos en nuestra dirección y me cubrí los ojos.

De la nave salió toda una hueste de kitsen, todos ellos con diminutos exoesqueletos de batalla y unas armas de fuego más pequeñas que mi mano, aunque por supuesto para un kitsen eran gigantescas. Llevaban minúsculos yelmos metálicos con visor sobre los ojos y agujeros para que salieran las orejas.

Me pareció bastante poco práctico. ¿Usarían las orejas para regular la temperatura corporal, como algunos animales de la antigua Tierra? ¿O quizá era que las orejas volvían a crecerles y, por tanto, las consideraban sacrificables?

Flotando en el aire por encima de ellos, sobre otra plataforma con tamaño de plato de comedor, había un kitsen corpulento con una coraza ornamentada que parecía salida de una época muy distinta. De su yelmo asomaban unos cuernos curvados, tan grandes que casi le llegaban a la punta de las orejas.

Caray, a Spensa le habría encantado.

—Tirda y más tirda —oí que decía Arturo.

—Caray —dijo Cuna—, cuánta agresividad.

Eso no se lo podía discutir. Los kitsen cruzaron veloces la arena. Mis compañeros de escuadrón que se habían refugiado bajo las alas de sus cazas subieron a la cabina. Dado que estaban flanqueándonos lo que parecían ser ratas armadas con fusiles, no se lo reproché. Pensé que debería estar dando órdenes a mi escuadrón, pero tenía tan poca idea de qué hacer en aquella situación como ellos.

FM se quedó a mi lado, Alanik y Cuna un paso atrás.

Kauri hizo rotar su plataforma y la situó entre nosotros y los kitsen que llegaban, aunque su gente parecía estar escabulléndose. Dado que no llevaban armas ni armadura, tampoco se lo reproché.

—Goro —dijo Kauri—, ¿qué estás haciendo?

—¡Hemos interceptado tu transmisión, traidora! —bramó Goro—. Has invitado a estos gigantes traicioneros a nuestro planeta. Ya es bastante afrenta que se permita a los de su calaña mancillar nuestras arenas. ¡Deberíamos haberlos derribado del cielo cuando han aparecido!

—¡Aquí no va a derribarse a nadie! —replicó Kauri—. Son amigos de una amiga. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Verdad?

—Hum, sí —dije.

—¡Kitsen recién llegados! —exclamó FM—. Soy representante diplomática de nuestro pueblo. —Entreoí que añadía «por lo visto» entre dientes—. Hemos venido para recoger a nuestros amigos perdidos y plantearos una alianza. No estamos… invadiendo nada, ni pretendemos… mancillar vuestras arenas.

—¡Esto es una herejía! —gritó Goro, señalándome con un dedo peludo. Tenía la voz muy estruendosa para lo pequeño que era—. ¡No nos dejaremos engatusar por vuestras lisonjas! ¡La Madriguera de Luz Perpetua que Lame con Suavidad las Orillas del Tiempo ya dejó atrás vuestra tiranía y se niega a sufrirla otra vez!

—En realidad me da lástima —dijo una voz cerca de mis pies, y al mirar abajo vi que alguien de la tripulación de Kauri había venido correteando con nosotros—. Goro tiene cierta… tendencia al dramatismo.

—Es comprensible —respondió Cuna—. Vuestra cultura todavía no está lo bastante avanzada para superar tal agresividad.

FM suspiró y, sin hacer caso a Cuna, se dirigió a la kitsen. Tenía unos pequeños mechones blancos en la punta de las orejas y uno marrón al final de la cola blanca y tupida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Hana —dijo la kitsen.

—Encantada, Hana. Yo soy FM. ¿Vuestro pueblo se ha relacionado antes con los humanos?

—Cuando la primera oleada humana conquistó la galaxia, empezaron por nosotros —le explicó Hana—. Nuestros antepasados lucharon con valor, pero no eran rivales para la tecnología humana. Y tampoco ayudó que al principio dieran la bienvenida a los humanos en nuestras costas, como los benévolos gigantes de las leyendas. Los relatos de nuestros primeros contactos a través de la ninguna-parte se habían transmitido de generación en generación.

Los soldados de Goro se habían detenido a unos tres metros de Kauri, pero su pequeño líder kitsen hizo ascender su plataforma hasta situarse delante de ella.

—Exijo que te apartes —dijo.

—Me niego —replicó Kauri—. Yo he llamado a los humanos para que recojan a su gente perdida. No están invadiéndonos, y no hace falta todo… *esto*.

Señaló hacia los soldados kitsen, cuyos exoesqueletos de batalla emitían un ominoso zumbido. Los kitsen gruñían en el mismo tono. Imaginé que pretendía resultar intimidatorio.

Funcionaba.

—Muy bien —dijo Goro—. Si afirman venir en paz, deberán demostrarlo a espada.

¿A espada? Pensé que sería preferible a que nos disparasen con muchos fusiles diminutos, pero… ¿por qué?

—Designad a uno de vosotros —prosiguió Goro—, para que se enfrente a mi campeona en honorable combate singular.

—¿Campeona? —pregunté.

Salió una guerrera de entre la multitud de kitsen. Su exoesqueleto estaba decorado con una pequeña falda, y su yelmo terminaba curvado en dos afiladas puntas por debajo de la barbilla. Empuñaba una espada del tamaño de un cuchillo de mesa, es decir, más alta que ella.

Miré a FM, pero ella no podía quitar ojo a la campeona kitsen. Cuna nos miraba a todos con los ojos muy abiertos, como si le resultara increíble haberse dignado a presenciar tanta barbarie.

Sobre aquello en concreto tenía que darle la razón, aunque lo que me inquietaba a mí no era tanto la barbarie como las consideraciones prácticas. ¿Una espada? ¿En serio?

—No lucharemos contra ella —dije—. Ni hablar.

—¡Yo lucharé! —exclamó Nedd desde atrás, y FM lo fulminó con la mirada.

—¡No queremos luchar con nadie! —afirmó FM—. Venimos en misión de paz. Nuestro pueblo también está oprimido por la Supremacía y…

Los kitsen empezaron a hacer un sonido rítmico y rasposo. Por las estrellas, ¿estaban riéndose?

—¿A eso lo llamáis opresión? —preguntó Goro—. Cuando arrasasteis la gran ciudad de Reta al Vacío con Poderoso Corazon e Inacabable Perseverancia, ¡eso sí que fue opresión! Cuando incendiasteis el bosque de Lluvia que Cae de un Cielo Claro, ¡eso sí que fue opresión! Cuando…

—Ya basta —lo interrumpió Kauri—. Lo han entendido.

—Si os sucedió lo mismo a vosotros —añadió Goro en un gruñido amenazador—, yo a eso lo llamo justicia.

—Nuestra gente no participó en la última guerra humana —dije—. Viajábamos en una flota de naves. No fue hasta que acabó la guerra cuando la Supremacía nos capturó y nos encarceló en nuestro planeta. Además, eso fue hace un siglo y…

—No importa —dijo Goro—. Todos los humanos sois iguales. —Señaló a Kauri—. ¡Tú eres quien regresó de Visión Estelar con la boca llena de ideales de democracia, afirmando que deberíamos tomar decisiones conjuntas sin nuestro estimado Aquel Que No Era Rey! ¡Y ahora, sin permiso del Senado, buscas aliarte con los enemigos de la Madriguera de Luz Perpetua que…!

—¡Tienes razón! —gritó Kauri—. Tienes razón. Deberíamos haberlo votado antes. Pero tú acabas de traer aquí a tu clan y desafiar a los humanos a un duelo sin llevar tu agravio a la cámara, aunque los representantes de tu clan aceptaron someterse a las decisiones del Senado.

Goro parecía algo contrariado.

—Es correcto. Pero debemos detener a los invasores de inmediato, así que no hay tiempo para…

—¡No somos invasores! —le recordó FM.

—Exacto —dijo Kauri—. Hay tiempo para consultar al Senado y ver si quieren escuchar la oferta humana de paz o si prefieren que a tu clan se le permita comprobar su valía en un juicio por combate.

Kauri parecía encontrar aquello último igual de ridículo que yo, así que tal vez no fuese cosa de los kitsen, sino más bien cosa de Goro. La nave de Kauri, al fin y al cabo, solo tenía la cantidad promedio de destructores.

—No he aceptado ningún juicio —dije—, ni por combate ni cualquier otro.

—Calla —me susurró FM—. Kauri dice que van a votarlo. Al menos esperemos a saber el resultado.

Teniendo en cuenta el desastre en que había terminado que la FDD intentara colaborar con nuestra propia Asamblea Nacional, no tenía muchas ganas de conocer a ningún otro grupo de políticos. Pero buscábamos aliados, por lo que tarde o temprano nos tocaría relacionarnos con la estructura gubernamental de los kitsen.

—Bien —concedí.

—De acuerdo —dijo Goro—. Antes que nada, prepararemos un banquete para todos. Luego, tras la votación del Senado, veremos quién tiene razón.

—¿Un banquete? —preguntó FM a la kitsen que estaba a mi lado—. Eso es bueno, ¿verdad? A no ser que quieran envenenarnos.

El disco de Goro salió disparado a un lado y su ocupante frunció el ceño a FM.

—¡Mi clan jamás se ensuciaría las manos con algo tan deshonroso! —gritó—. ¡Antes de morir, contemplaréis el destellante metal de la hoja de mi campeona!

—Hum —dijo FM. Hasta ella parecía estar poniéndose nerviosa.

Después de aquel último estallido, Goro y los suyos marcharon de vuelta a su nave, dejando diminutas hileras de huellas en la arena con su exoesqueleto de batalla. Kauri se encorvó un poco y se agarró las manos con fuerza, como si pusiera todo su empeño en no explicarle a Goro exactamente lo que opinaba de él.

—El banquete no es buena señal —dijo Cuna—. Su tradición es compartir antes un festín con quienes desean combatir hasta la muerte. Durante la comida, cada bando tratará de vislumbrar las debilidades del otro. Lo consideran… honorable.

No me gustaba lo que implicaba aquello.

—No vamos a luchar contra ellos.

—Con suerte, no hará falta —dijo Kauri, acercándose en su plataforma mientras Goro y su gente se embutían en su acorazado en miniatura—. Creo que el Senado entrará en razón.

—Querría ver a Cobb —pedí—. Y a la yaya. Los humanos que encontrasteis.

—Puedo organizarlo —dijo Kauri—. Si seguís a la *Nada a Contracorriente*, os llevaremos a ver a los vuestros.

—Gracias —respondí.

Hana nos saludó levantando el puño y Kauri y los suyos cruzaron de nuevo la arena en dirección a su nave.

—Qué surrealista ha sido —dijo FM.

Asentí.

—No es la bienvenida que esperaba recibir.

Pero iban a llevarnos con Cobb, y hasta el momento ninguno de los míos se había visto en el lado malo de una hoja kitsen, destellante o no.

Supuse que significaba que tampoco nos iba tan mal.

6

Volamos en paralelo a la costa y aterrizamos al lado de la *Nada a Contracorriente* en otra playa, bajo los acantilados que resguardaban en lo alto la ciudad de Manantial Soñador. Era evidente que el viento había erosionado aquellos acantilados de piedra con el tiempo, desgastando salientes y escarpadas crestas, creando centenares de franjas rojas y anaranjadas en la arenisca. Ordené al escuadrón que dejara a los taynix en las cajas de sus naves. Los kitsen conocían el secreto de los hipermotores, pero aun así no quería revelarles que teníamos tantos. Yo dejé a Abracitos y Babosa Explosiva fuera de su caja, pero les pedí muy en serio que no salieran de la nave. Quería tener al menos un hipermotor al que pudiéramos acceder deprisa si aquello se torcía, así que merecía la pena correr el riesgo de que me desobedecieran.

Fui con Kauri, y mi escuadrón y los meditécnicos nos siguieron por un recodo en la pared del acantilado. Más abajo, la playa estaba atestada de kitsen que parecían jugar entre las olas y relajarse en la arena, por lo menos hasta que nos vieron. De verdad éramos unos gigantes para ellos, y miré con mucha atención dónde pisaba, para no aplastar ninguna comida familiar al aire libre.

Aquellos kitsen estaban pasándolo bien, ajenos por completo a la guerra contra la Supremacía. Nosotros éramos los intrusos que les traían el conflicto a casa.

Iba a llegarles de todos modos, pero aun así me parecía una tragedia perturbar aquella paz. Me pregunté cómo sería vivir así, en un lugar donde cualquier tarde tenías la posibilidad de hacer una excursión a la playa para sentarte y divertirte.

El concepto me resultaba ajeno del todo, pero por las estrellas, debía de estar bien.

Los kitsen se congregaron, observándonos. Algunos parecían asustados, otros curiosos, pero ninguno nos atacó. Kauri se interpuso flotando entre nosotros y ellos e hizo gestos con ambas zarpas a los otros kitsen. No sabía qué significaban, pero al parecer los demás creyeron que nos tenía bajo control, porque no vino nadie más a exigirnos un duelo a muerte contra su campeón.

Subimos hacia la ciudad por un estrecho sendero… no, para ellos sería un camino bien holgado. A ambos lados había pequeñas estructuras con forma de montículo talladas en la roca o labradas con esmero en arenisca. Los edificios tenían entradas en arco con minúsculas puertas de piedra o metal. Algunas tenían letreros en un idioma que no sabía leer, otras estaban adornadas con pequeñas macetas de flores, que también colgaban en cajas de las ventanas circulares.

—Por los santos y las estrellas —dijo Sadie desde más atrás—. ¡Pero qué mono es todo!

Sí que lo era. Me recordó a una historia que mi madre me contaba de niño, la de un hombre llamado Gulliver que viajó a una tierra llena de gente pequeña, que recelaba de él por su tamaño. Se hizo amigo suyo, pero luego lo expulsaron de allí porque apagó un incendio en palacio meando encima.

De niño esa parte de la historia me había parecido hilarante. En esos momentos pensé que quizá la gente pequeña tuviera su parte de razón.

Me hice visera con la mano y miré cuesta arriba hacia la ciudad montañosa. A medida que el camino ascendía, las pequeñas madrigueras empezaron a amontonarse, excavadas en las paredes del acantilado o esculpidas unas sobre otras creando minúsculas colinas con puertas en cada lado a todas las alturas. Me pregunté si llevarían a casas de varias plantas o si cada acceso abría el paso a una sola estancia independiente de las demás. Mientras caminábamos, unos pequeños coches aerodeslizadores kitsen se apartaron a los lados para dejarnos pasar. Sus conductores se pusieron a hablar entre ellos, algunos demasiado lejos o en voz demasiado baja para que el alfiler lo tradujera, pero sí que captó algunas palabras.

—¡… humanos han vuelto!

—… no parecen amenazadores…

—… no te fíes, mira cómo se…

—… une dione con ellos. ¿Significa que…?

Miré atrás y vi que Kimmalyn se había detenido y estaba agachada junto a lo que parecía una tienda de jardinería, con toneles y ladrillos apilados y rollos de lona, todo bien organizado. Un kitsen esperaba en la puerta mientras otros dos operaban un gran cabestrante metálico para cargar una inmensa roca decorativa en una camioneta aerodeslizadora.

No oí lo que decía Kimmalyn, pero, como no llevaba alfiler intérprete, los kitsen tampoco debieron de entenderla. De todos modos se apartaron y Kimmalyn levantó la roca, que le cabía en la palma de la mano pero aun así era gigantesca para aquellos seres, y la subió a la parte trasera de la camioneta.

Un kitsen alzó el hocico hacia ella en lo que esperé que fuera un gesto de agradecimiento. No nos interesaba que nos acusaran de daños materiales ni de insultar a nadie. Los kitsen a quienes habíamos conocido hasta el momento no parecían apreciar que se los tratara con condescendencia.

—¿Crees que Kimmalyn debería estar haciendo eso? —pregunté a FM.

—No está rompiendo nada —dijo ella.

Cuna llegó con nosotros desde atrás.

—La compasión es universal —dijo—. Aparece en todas las culturas, aunque se comunique de maneras distintas.

FM suspiró.

—Tal vez haya normas culturales que no conocemos, pero cualquiera de nosotros podría incumplir alguna en cualquier momento y provocar un incidente interestelar.

—Tirda, qué raras se han vuelto nuestras vidas —comenté.

—Sí que es verdad —dijo Arturo, que venía detrás por el camino—. Todo era más sencillo cuando combatíamos a los krells.

Sencillo, pero también estancado. Nuestro pueblo llevaba ochenta años luchando para sobrevivir, lo que significaba que teníamos unas destrezas muy especializadas. Éramos una maquinaria de supervivencia muy efectiva, pero nos faltaba algo que sí tenía aquella gente. No era exactamente la felicidad. Eso lo teníamos, aunque estuviera atemperada por el dolor y el miedo.

Quizá fuese la prosperidad. La paz. ¿Sería aquello mismo lo que habríamos visto también en ReAlba, si hubiéramos pasado tiempo en sus ciudades?

Kauri se nos había adelantado un poco, pero regresó observándonos.

—¿Necesitáis un descanso? —preguntó—. Lo siento si estoy poniendo a prueba vuestra resistencia humana.

Su tripulación subía también a pie por el camino sin desfallecer. Daban muchos pasos por cada uno nuestro, pero no parecían cansarse.

—No, no hace falta —dije—. Solo apreciábamos vuestra bonita ciudad.

—Aquí vivía Hesho, el honorable y grandioso Aquel Que No Era Rey. Murió en la batalla del zapador, en vuestro planeta. —Kauri dio un leve suspiro—. Lo añoramos. La Supremacía se empeñó en que debíamos hacer la transición a la democracia si queríamos alcanzar la ciudadanía primaria, y creo que ese cambio nos benefició. Pero querría que lord Hesho estuviera aquí con nosotros para apreciar la iniciativa que muestra su pueblo. Sus antepasados y él nos hicieron un buen servicio durante siglos.

Kauri siguió llevándonos camino arriba y empezaron a verse las cúspides de la ciudad de Manantial Soñador. El acantilado estaba partido en pequeñas cumbres verticales, con un efecto lo bastante irregular para resultar natural en vez de creado por los kitsen. La roca estaba llena de agujeros y pasarelas para que los kitsen pudieran ir de túnel en túnel por toda la cara del acantilado que componía la parte alta de la ciudad. Sin embargo, esa pared era la única elevación que tenía Manantial Soñador. Ante ella se abría un extenso paisaje urbano que ocupaba la zona de piedra entre la cara vertical y la arena de la playa.

Allí, junto a la pared, nuestros rostros estaban a la altura de los pasadizos y túneles más elevados. Tirda, no íbamos a caber en sus edificios. No podríamos sentarnos con ellos en sus casas ni visitar sus tiendas. Me imaginé lo que pensaríamos en Detritus si de pronto llegaran unas naves trayendo a gigantes de veinte metros de altura. No entrarían en nuestros ascensores, no podríamos llevarlos a nuestras cavernas.

Estaríamos aterrorizados. Era todo un milagro que los kitsen hubieran dado la bienvenida a los humanos en el pasado. Y aquellos humanos se habían aprovechado de su confianza. No era culpa nuestra, pero sí éramos responsables de resarcirlos y asegurarnos de que la historia no se repitiera.

—Kauri —dije—, sé que tienes que hablar con vuestro Senado, pero ¿dónde vamos a reunirnos con sus miembros?

—Las sesiones del Senado se celebran en un gran auditorio —respondió Kauri—. Allí cabéis, aunque tendréis que sentaros en el suelo. Me temo que no tenemos ninguna silla adecuada para vosotros. Destruimos todas las viviendas humanas después de expulsarlos de nuestro planeta en la Segunda Guerra Humana. Igual tenemos mesas resistentes que aguantan vuestro peso.

No pensaba que fuésemos a poder sentarnos ni siquiera en las mesas más robustas de los kitsen. Como decía FM, no queríamos provocar ningún

incidente interestelar.

—Nos sentaremos en el suelo —dije—, si hay sitio.

—Siempre que no sea demasiado insulto —dijo Kauri—. Queremos hablar con vosotros como iguales, pero no conocemos vuestras costumbres.

—No es ningún insulto —le aseguré—. ¿Dónde están Cobb y la yaya?

Era imposible que cupieran en aquellos edificios. Y si estaban inconscientes… por las estrellas, ni siquiera los habrían podido llevar a un hospital kitsen.

—La explanada de los banquetes está al doblar el recodo del acantilado, y la tienda con vuestra gente un poco más allá —me explicó Kauri—. Quizá podamos levantar otra tienda lo bastante grande para que comáis a la sombra, pero esa primera nos costó mucho trabajo.

—No hará falta —dije—. Por favor, llévanos con Cobb y la yaya.

Fuimos por un camino angosto que cruzaba el terreno llano ante los acantilados, y la gente siguió apartándose a nuestro paso. Cuando llegamos al otro lado de la ciudad, el camino giraba de nuevo hacia la playa y Kauri nos enseñó la explanada de los banquetes, que en esencia era una amplia extensión de arena con mesas de piedra y pequeños pabellones construidos contra la pared de piedra. Reconocí por su armadura a algunos soldados de Goro, fileteando unos peces tan grandes como ellos y cargándolos en cintas transportadoras que los llevaban a unos hornos tallados en la cara del acantilado.

—Tirda, no sé si la comida de aquí será adecuada para nosotros —dije.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Alanik, mirando los peces—. Parecen… viscosos.

Anda, claro. En ReAlba no tendrían peces, supuse. Nosotros criábamos algunos en cubas, y también los había en estado salvaje, viviendo en lagos subterráneos.

—Son peces —le explicó Cuna—. Los sacan del mar y se los comen. Tú mejor limítate a la fruta. —Señaló hacia los cuencos y bandejas que estaban dejando en las mesas del banquete—. Debería ser comestible para tu especie.

Alanik no parecía muy entusiasmada, aunque había aceptado con educación la comida que le habíamos ofrecido en Detritus a pesar de que en su mayoría eran algas.

—Deja a tu gente aquí si quieres —me dijo Kauri—. La tienda que erigimos cerca del hospital está más adelante.

—Me parece bien —respondí.

Hice un gesto a Kel y Winnow, los médicos, para que vinieran conmigo. Miré a Alanik. Los kitsen parecían reaccionar mejor a su presencia, ya que no era humana.

—¿Me acompañas?

—Por supuesto —dijo ella.

—¿Quieres que vaya yo también? —preguntó FM.

—No —le dije—. Mejor quédate y dale un poco a la diplomacia.

FM me miró mal mientras Cuna se acercaba a los kitsen y observaba sus métodos culinarios. Bajé la voz.

—Procura que Cuna no los insulte demasiado —dije—, y que Nedd no se presente voluntario a batirse en duelo con criaturas diez veces más pequeñas que él, ¿vale?

—Puedo procurar que no lo haga *otra vez* —respondió FM.

—Bien. Preferiría no llevar eso en mi conciencia.

FM se fue con los demás y los guio hacia la playa.

La madriguera que según Kauri albergaba el hospital era alta y enorme. Tenía muchas puertecitas de acceso al edificio en sí, por ninguna de las cuales cabía un humano adulto. Los kitsen solo necesitaban una fracción de nuestro margen por encima de la cabeza.

Kauri nos llevó a una tienda que habían levantado delante del edificio. Parecía como si hubieran cosido juntas muchas otras lonas más pequeñas y hubieran extendido el resultado sobre largos palos, creando una estructura que tendría tres metros de largo y dos de ancho. El techo me quedaba a la altura de los hombros, así que cuando Kauri maniobró su plataforma y apartó la solapa de la tienda, tuve que agacharme para mirar dentro.

Allí, tendidos sobre dos superficies tan bajas que pensé que debían de ser mesas kitsen para banquetes, yacían Cobb y la yaya. Los habían cubierto con muchas mantas, formando capas sobre sus extremidades y torsos.

Kel y Winnow pasaron dentro agachándose y Kauri siguió sosteniendo la solapa abierta mientras los meditécnicos examinaban a la yaya y Cobb. Ambos respiraban, para mi alivio, pero tenían los ojos cerrados y un lado de la cara de Cobb estaba lleno de magulladuras. Había equipo médico sujeto a los lados de las mesas, supervisado por unos kitsen que llevaban pequeñas batas y gorros blancos. Uno estaba subido a una escalera de mano que me llegaba a la rodilla, cambiando una botellita en lo que parecía un soporte casero para vía intravenosa.

Por lo menos, Cobb y la yaya estaban vivos y recibiendo cuidados médicos.

—Querréis llevároslos a casa con vuestra gente, supongo —dijo Kauri.

—Sí —respondí—. Hemos traído una nave de transporte, y nuestros médicos supervisarán el traslado.

Alanik los miraba con expresión preocupada, negando con la cabeza.

—Sigo sin estar segura de que esa mujer sea Becca Nightshade.

Me sorprendí. La persona tendida en la cama era idéntica a la abuela de Spensa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no es citónica —respondió Alanik.

Extendí mis sentidos, tratando de captar la vibración que siempre me llegaba en presencia de otro citónico. Sentí las oleadas que emitía Alanik.

Pero tenía razón. De la yaya no me llegaba nada. Sí que percibí, más lejos, a los taynix que seguían en nuestras naves, pero a ningún otro citónico.

Sin embargo, había algo, una vibración que procedía de los acantilados a nuestra espalda. No era la frecuencia concentrada de una mente citónica, sino más bien como… como una nube de algo.

—¿Sientes eso? —pregunté a Alanik—. ¿Ese zumbido raro desde detrás del acantilado?

Alanik frunció el ceño.

—No. Aquí no capto ninguna presencia citónica.

Era muy raro, y no tenía ni idea de qué significaba. Pasé junto a Winnow hasta la cama de la yaya y le aparté las mantitas de una mano y luego de la otra, buscando brazaletes holográficos. No llevaba ninguno. Y si aquello era un engaño de la Supremacía, ¿dónde estaba el muelle de la trampa? Pasé la mano por el pelo de la yaya. Se movió exactamente como esperaba.

—Yo creo que sí que es ella —dije—. Pero tienes razón, sus capacidades citónicas parecen haber desaparecido. ¿Qué les habrá pasado? ¿Y cómo es que terminaron aquí?

—La yaya tenía un comportamiento raro antes de hipersaltar —me contó Alanik—. Me dijo que sabía dónde estaba Cobb en la nave, cosa que no tiene sentido. Él no es citónico, así que la yaya no debería haber podido encontrarlo a través del dominio negativo.

Sí que era extraño.

—Pero en esos momentos sabías que era ella —dije—, porque conocías su mente. Yo también. Antes de la explosión no era un agente de la Supremacía disfrazado.

—También me dijo que oía voces llamándola, pidiéndole ayuda —añadió Alanik—. Me preguntó si creía que era mi gente.

Entorné los ojos. Eso sí que podría haber sido la Supremacía interfiriendo con sus poderes citónicos, igual que le había pasado al padre de Spensa.

Miré a los médicos.

—¿Cómo los veis?

—Parecen estables —respondió Kel.

—Nos hemos concentrado en mantenerlos nutridos e hidratados —les explicó Kauri—. Nuestros cronistas guardan registros de los nutrientes que necesita vuestro pueblo.

—Según Cuna, los kitsen no tenéis citónicos —dije—, pero todavía conserváis información sobre ellos.

—Sí —confirmó ella—. Nuestros cronistas han preservado los registros, los estudian y los comprenden, pero hace siglos que no tenemos citónicos kitsen. Entre los míos hay quienes creen que es por una maldición, porque no hemos demostrado ser dignos de recuperar los poderes.

Era una lástima. Pero de todos modos, unos registros detallados sobre los poderes citónicos serían muy útiles.

—Nos encantaría hablar con vuestros cronistas —dije.

—Por supuesto —respondió Kauri—. Avisaré de que habéis solicitado audiencia con ellos.

—Mientras tanto, llevaremos a Cobb y la yaya a nuestra nave de transporte.

Pasaba algo extraño con la yaya, tal vez con los dos, y necesitaban mejores cuidados que los que nuestros médicos podían proporcionarles allí fuera, en campo abierto.

—Creo que antes deberíais hablar con el Senado —dijo Kauri—. Si sacáis a vuestra gente del planeta antes de la reunión, Goro podría utilizarlo como prueba de que intentáis escapar, o de que os estáis preparando para atacarnos.

Titubeé, mirando a los meditécnicos.

—No creo que unas horas vayan a cambiar nada —dijo Winnow—. A menos que sus condiciones empeoren.

Tenía sentido. Miré a Cobb una vez más. Tenía el rostro blanquecino, pero respiraba. Estaba vivo.

Lograríamos que despertara. Teníamos que hacerlo.

Para que pudiera sacarnos de aquel lío.

7

Cuando regresamos a la explanada del banquete, encontramos a FM sentada con las piernas cruzadas sobre una mesa, haciendo rodar melones del tamaño de su cabeza por una máquina con muchos filos coordinados que los rebanaban con total precisión. Nedd y Arturo estaban sentados detrás de ella, clavando unos frutos cítricos en pequeños pinchos que rodaban en torno a una hoja afilada que les quitaba la piel en una única y larga tira. Nedd guardaba las mondas en unos contenedores muy pequeños, que unos kitsen iban reemplazando por otros vacíos y se llevaban a un redil donde tenían cabras en miniatura, más o menos del tamaño adecuado para servir de montura a un kitsen. Kimmalyn y Sadie sazonaban pescado con unos pimenteros diminutos, mientras Tenderete y Gatero estaban arrodillados junto a los hornos, utilizando unos mandos para sacar el pescado de las cintas transportadoras mediante unas espátulas equipadas con anillos de pendiente.

—Lo siento —me dijo Kauri—. Sois nuestros invitados. No deberían haber pedido a tu gente que ayude a preparar la comida.

Hana llegó corriendo y se detuvo junto a mis pies.

—No se lo hemos pedido —dijo—. Se han ofrecido ellos. De hecho, FM ha insistido.

FM me miró levantando las cejas desde el otro lado del arenoso pabellón.

—No es ninguna ofensa —respondí—. Gracias por permitir que os ayudemos.

FM sonrió. Había sido muy buena idea por su parte. Queríamos convencer a aquella gente de que no éramos invasores. Seguro que los humanos que habían llegado armados y habían declarado que el planeta kitsen era una colonia suya jamás se habían ofrecido a cocinar.

—¿Qué hago yo? —pregunté.

Nos llevaron a Alanik y a mí a unas espitas rotatorias en las que estaban asando calabazas al fuego. Nos enseñaron a rociar con unos minúsculos frascos las verduras que daban vueltas, hidratándolas con un líquido marronáceo que olía dulce y especiado.

Me eché un poco en el dedo y lo probé. Estrellas, estaba delicioso.

Al cabo de un tiempo se presentó Goro en la explanada. Su campeona iba montada en el plato de comedor junto a él, con su arma enfundada en una vaina que llevaba sujeta a la espalda. No pareció que Goro se alegrara mucho de vernos a todos allí, ayudando a preparar la comida. Me miró con una marcada expresión de agravio. Se suponía que yo era el enemigo, el invasor al que había venido a derrotar.

Estaba claro que poner a FM al frente de la diplomacia había sido la decisión correcta.

Cuando terminamos los preparativos, varios kitsen se llevaron los cacharros y las sobras que no habían dado a las cabras, y Kauri regresó con otro kitsen montado en una segunda plataforma más pequeña.

—Este es Juno, uno de nuestros cronistas —dijo—. Se ha ofrecido a cenar con vosotros, aunque esperará a que concluya la reunión del Senado para impartir ningún conocimiento.

—Lamento que deba ser así —se disculpó Juno—, pero entre nosotros hay quienes consideran que preservar la sabiduría es un acto superfluo, o incluso peligroso. Fueron solo la voluntad y el constante patrocinio del muy honorable Aquel Que No Era Rey lo que permitió que nuestra orden perdurara. No deseamos contravenir la voluntad del Senado ni incurrir en la ira de…

—¡Humanos! —bramó Goro desde la cabecera de una mesa grande—. Es hora de que empiece el banquete. ¡No os daré la bienvenida! ¡Habéis llegado como invasores, por lo que recibiréis el saludo adecuado para quienes osan pensar siquiera en conquistar la Madriguera de Luz Perpetua que Lame con Suavidad las Orillas del Tiempo! ¡Una panza llena para que vuestra lentitud facilite a mi campeona atravesaros con su espada!

—Suena un poco preocupante —murmuró FM a mi lado.

—Pero al menos no se anda con rodeos —añadió Alanik.

—¡Comamos! —gritó Goro, y todos los kitsen repitieron la palabra con el puño alzado al aire.

Estaba empezando a dudar si no habría cometido un grave error táctico al acceder a comer con aquellas criaturas. Creía estar haciendo lo correcto al ser diplomático e intentar demostrarles que no pretendíamos conquistar su

planeta. Pero me preocupaba que descubrieran alguna debilidad que aprovechar en nuestra contra.

—Juno —dije mientras un kitsen me traía un plato pequeño, que para ellos debía de ser una bandeja descomunal, lleno de pescado y frutos secos—. Sé que no quieres compartir conocimientos con nosotros hasta que lo apruebe el Senado, pero ¿puedo preguntarte si hay algo en esta comida que sea venenoso para los humanos?

—Cómo no —respondió Juno—. Los fotóforos del lenguado son un poco tóxicos, pero se los han quitado antes de cocinarlo. Según nuestros registros, los humanos tomaban casi toda nuestra comida, y de hecho hacían mucha mella en nuestros recursos al intentar exportar algunas de nuestras exquisiteces más apreciadas en beneficio propio. Respondiendo a tu pregunta, nuestros únicos alimentos que os envenenarían son algunas variedades de baya y ciertos crustáceos de temporada estival, pero hoy no os han servido nada de eso. No te equivoques: Goro tiene intención de mataros, pero lo hará solo con permiso del Senado y del modo más ventajoso para él.

Oí que Goro, en su mesa, comparaba el pescado de su plato con un digno adversario muerto en batalla. A mí me pareció rizar un poco el rizo, pero una vez había oído a Spensa murmurar algo que sonaba muy parecido a «Teme la ira de mis suavísimos calcetines» el día de recoger ropa limpia, así que supuse que a ella le habría parecido bien. No tenía muy claro lo ventajoso que podría ser para Goro enfrentarse a alguien de nosotros en un combate a espada, pero era indudable que tenía algún tipo de objetivo en mente.

FM pinchó un trozo de pescado y se lo comió.

—Está buenísimo.

—No sé yo —dijo Nedd mientras se sentaba junto a Kimmalyn en la arena, con las piernas cruzadas—. Lo veo un poco pez.

FM lo miró parpadeando.

—Es que es un pez.

—Ya —dijo Nedd—. Pero… un pez que está un poco pez.

—Ya lo creo —convino Gatero—. No me gusta nada cuando la comida adjetiva su propio sustantivo.

—Exacto —dijo Nedd.

—Es lo que dice la Santa —comentó Kimmalyn—. Eres lo que comes.

—¡Eh, mirad! —exclamó Sadie—. ¡Ahí fuera hay barcos!

Señaló hacia el agua, más allá de las olas. Desde donde estábamos, sentados playa arriba, no se oía tanto el fragor del océano. Y allá a lo lejos, en la superficie azul verdosa que parecía extenderse y extenderse hasta fundirse

con el cielo… tirda, era verdad. Había barcos allí fuera. Embarcaciones que no tendrían más de un metro o dos de longitud, meciéndose en el océano.

—Entiendo los conceptos básicos de cómo funciona un barco —dije—, pero ¿cómo pueden hacerlo? ¿Cómo navegan hasta ahí fuera con tanta agua, sin preocuparse de que se los trague?

—A veces lo hace —respondió Juno—. El agua es peligrosa, sobre todo si te sorprende una tormenta. Y en cuanto a cómo lo afrontan los marineros… ¿cómo voláis vosotros a la negrura del espacio? A mí me resulta igual de incognoscible y muchísimo más inmenso.

Era… una argumentación muy válida.

—No sé yo —dijo Arturo—. En el espacio no te ahogas.

—Pero sí que te asfixias —replicó Nedd—, que parece igual de desagradable.

De pronto la comida me pesaba en la boca. Dejé el tenedor, que debía de ser en realidad algún tipo de instrumento de jardinería.

—O te congelas —dijo Gatero—. En el espacio hace frío.

—El océano también puede ser frío —respondió Juno—, según las corrientes y la época del año.

—Pero si saltas al mar no te despresurizas —dijo Nedd—. Esa tirda sí que suena espantosa. ¿Sabíais que te hace hervir la saliva en la boca?

—¡Puaj, Nedd! —exclamó FM—. ¡Que estamos comiendo, hombre!

La nave de la Supremacía explotó ante mis ojos. Los cuerpos de mis padres salieron despedidos al espacio, sus fluidos evaporándose, los globos oculares derritiéndose.

Sacudí la cabeza y bajé la mirada al plato de comida. Eso no había ocurrido. Mis padres habían quedado hechos pedazos por las hojas mentales antes de eso.

¿O no?

—El océano hace justo lo contrario —dijo Juno—. La presión en las profundidades es tan enorme que puede aplastarte.

—¡Hala! —exclamó Nedd—. Cómo mola.

Estrellas, ¿por qué daba la impresión de que todo en la galaxia intentaba matarnos? Aquella conversación la había empezado yo, pero necesitaba alejarme de ella.

—Disculpad —dije.

Me levanté dejando la comida en el plato. Me fui de allí dando la espalda a la ciudad, bajando por la playa hacia el agua.

Un proyectil surcó el cielo sobre el océano e hizo que me encogiera. ¿Ahora nos estaba atacando el *agua?* Pero no, era un pájaro. Había toda una bandada, con las alas replegadas contra el cuerpo mientras se precipitaban al interior de las olas como una ráfaga de balas, para luego emerger aleteando y ganar altura de nuevo llevando peces en el pico.

Por las estrellas. Yo sabía cómo eran las pájaros por las imágenes de la antigua Tierra, pero verlos planeando sobre el agua como cazas estelares…

Era increíble, pero no por eso dejaron de temblarme las manos.

Me sequé un sudor frío de la frente. Tirda, me había marchado del banquete. ¿Estaría echando a perder nuestras relaciones diplomáticas? ¿Ofendiendo de algún modo a los kitsen? ¿Lo interpretarían como una amenaza?

Daba lo mismo. No podía volver. No podía *respirar*. Allí, con la mirada perdida en el océano, el peso de todo cayó sobre mí como millones y millones de kilómetros cúbicos de agua aplastándome el cuerpo.

Era demasiado.

—¿Jorgen? —dijo FM.

Giré sobre mí mismo y la encontré mirándome preocupada. No, por favor, otra vez no con su tirdosa preocupación. Cualquier cosa menos eso. Deseé que FM me mirase como lo había hecho en la plataforma de ReAlba, cuando se enfadó conmigo por decirle que no debería haberse llevado las babosas de Detritus. Qué furiosa se había puesto solo por señalarle lo evidente: que se había saltado la cadena de mando, que había incumplido nuestras órdenes y que había puesto en peligro a nuestros compañeros.

«No eres mi jefe de escuadrón», me había dicho.

En ese momento me destrozó oírlo, pero me habría parecido muy preferible a lo que sabía que estaba a punto de decirme.

—¿Estás bien?

—Bien —respondí.

—Jorgen —dijo FM—, no estás bien.

—Sí que lo estoy.

—No digas bobadas. No puedes estarlo. Tus padres…

—¡No es el momento! —salté—. ¡Estamos en medio de una misión diplomática! Tenemos que hablar con el Senado para llevarnos a Cobb y la yaya a casa.

Pero cuando devolviéramos al almirante a la Plataforma Primaria, sin duda Stoff lo declararía indispuesto. No había forma de evitarlo. De hecho,

según el protocolo, Stoff ya debería estar informado de que habíamos dado con Cobb y de que, en efecto, estaba inconsciente.

Y yo… no quería hacerlo. Porque en el momento en que lo hiciera, Stoff tendría todo el derecho del mundo a empezar a comportarse como almirante. No sabía lo que haría entonces, pero fuese lo que fuese… no me fiaba ni un pelo. Cobb sabía lo que era mejor para la FDD, para nuestro pueblo, para Detritus. Debería ser él quien estuviera al mando.

Él nos sacaría adelante.

FM estaba mirándome con los labios muy apretados, como si intentara contener todas las cosas que quería decirme.

—Esto no tiene nada que ver con Cobb —dijo por fin—. No tiene nada que ver con la yaya, ni con nuestra misión diplomática.

—Tú lo has dicho —repliqué—. Y ahora las únicas cosas que importan son esas.

—No es verdad —dijo ella—. Tú importas, Jorgen. Lo que te ha pasado importa.

Cerré los puños y le di la espalda para mirar de nuevo el mar. Una ola bastante más grande que las demás subió por la playa, y deseé que me alcanzara y se me llevara al mar y terminase con todo. Imaginé el agua empujándome hacia abajo, aplastándome como Juno decía que haría, bloqueando con su insoportable peso las preguntas, las exigencias, las *necesidades* de todos los demás.

Unos momentos antes toda esa agua me había parecido aterradora. Y allí estaba, viéndola como una liberación.

—Jorgen —insistió FM—, necesitas hablar con alguien. No tengo que ser yo, pero ¿has dicho algo, cualquier cosa, sobre tus padres? ¿A quien sea?

No lo había hecho. No podía. No hasta saber que todo el mundo estaba a salvo.

—Tenemos que preparar la reunión con el Senado —dije—. Ve a preguntar a Kauri en qué podemos ayudarla para convencer a los senadores de que venimos en son de paz.

—No creo que…

—Hazlo, FM.

—Jorgen…

—Es una orden.

La miré y vi que tenía los ojos clavados en mí. Distinguí en ellos algo de furia, lo cual era bueno. Mucho mejor que la compasión. Por un instante pensé que iba a retarme otra vez, a proclamar que no era su jefe de escuadrón

y que no tenía autoridad para darle órdenes. A expresar con palabras lo que ambos sabíamos: que solo fingía mantener el control, que nunca había sabido lo que estaba haciendo, que era demasiado incompetente para ponerme al mando de nada y que estaba fracasando en todo, incluso en aquello.

—Bien —dijo FM.

Dio media vuelta y echó a andar playa arriba, hacia el resto del escuadrón, que ya había terminado de comer. Kauri los acompañó a la orilla, donde Nedd y Kimmalyn se quitaron las botas, se arremangaron las perneras del mono y dejaron que el agua les bañara los pies. Arturo y Alanik se sentaron en la arena, riendo.

Ya no recordaba cómo era reír.

Me pregunté si significaba que ya me había ahogado.

8

Aún tenía los nervios a flor de piel cuando Kauri nos llevó a la reunión del Senado, que iba a celebrarse en un anfiteatro excavado en la pared del acantilado. El anfiteatro era un espacio enorme para los kitsen, con centenares de pequeños asientos acolchados esculpidos en la arenisca que ascendían hasta el techo al fondo de la estancia. Alanik apenas podía estar de pie y yo tuve que agacharme un poco para no rascarme la cabeza.

En el suelo, bajo los asientos inferiores, había el suficiente espacio para que nos sentáramos unos pocos. Los demás se quedaron en la playa y FM, Alanik y yo nos apretujamos como pudimos allí dentro. Nos habíamos valido de la escasez de espacio para dejar a Cuna fuera de la reunión, aunque en realidad me daba miedo lo que pudiera decir.

Tuvimos que sentarnos con las rodillas contra el pecho para caber los tres. Una kitsen flotaba sobre una pequeña plataforma que tenía un antepecho alrededor, parecida a un vaso de los que bebíamos en Detritus. El vaso tenía un micrófono sujeto a la parte delantera, como en un podio.

—Soy Adi, presidenta del Senado —dijo la kitsen—. Mi función consiste en que los procedimientos se lleven a cabo de manera ordenada. No hablaréis a menos que se os haga una pregunta directa.

—¿Se nos dará la oportunidad de exponer nuestras peticiones? —le pregunté—. Queremos recuperar a nuestros amigos y ofreceros una alianza, pero si no se nos permite hablar…

—Quizá se os conceda la palabra si hay preguntas —me interrumpió Adi —. Por favor, en caso contrario guardad silencio.

«Quizá». Por las estrellas, esperaba que Kauri supiera lo que estaba haciendo.

Los senadores kitsen fueron entrando, todos vestidos con túnicas de seda de corte muy similar. Los colores sí que variaban mucho, lo que me hizo preguntarme si sería según sus preferencias personales o si indicaban la procedencia de cada kitsen. Habíamos aterrizado en aquella isla, pero de camino habíamos visto otros centenares de ellas. Mientras el anfiteatro empezaba a llenarse, reparé en que también había diferencias físicas entre los kitsen. Algunos tenían las orejas más largas y el hocico más pequeño, otros el pelo de colores más oscuros. Un par que había al fondo tenían una muesca en una oreja, como un corte ceremonial, y una que se sentó por delante llevaba una hilera de pendientes de plata subiendo por un lado hasta la punta.

—Menudo montón de kitsen —susurró FM a mi lado—. ¿Hablarás tú si hay preguntas?

—Te he nombrado a ti nuestra especialista en diplomacia —respondí—. Deberías hacerlo tú.

FM respiró hondo.

—Vale. Pero si algo sale mal, me da un poco de miedo que la campeona de Goro me atraviese con su espada. Entrar y salir de aquí no es fácil. No creo que pudiéramos escapar.

—Hablaré yo, si no queréis hacerlo ninguno —se ofreció Alanik.

—No —dijo FM—. Lo haré yo. Pero…

Apareció Goro, subido a su disco con la campeona a su lado. Había dejado fuera al resto de su séquito. La espada de la campeona seguía envainada, y esperé que eso no cambiara.

Goro hizo descender su plataforma a la altura de la grada más baja, supuse que para no tapar la vista a ningún senador. La maniobra lo dejó peligrosamente cerca de las rodillas de Alanik, pero no pareció que la intimidara. Aunque costaba dejarse intimidar por algo tan pequeño, no por ello me apetecía que la campeona de Goro se lanzara a la carga contra nuestros tobillos con una espada. Al margen del posible desastre diplomático, podría salir herido alguien, y ese alguien podría ser de los nuestros.

Adi pidió orden en la sala. Solo había alrededor de una tercera parte de los escaños ocupados, pero me figuré que algunos senadores estarían lejos, o que no habían podido organizarse para llegar después de avisarlos con tan poca antelación. Muchos kitsen nos miraban con suspicacia, pero ninguno avanzaba armado hacia nosotros, así que lo consideré buena señal.

Hasta que empezaron a hablar.

Adi concedió la palabra a Goro y Kauri al mismo tiempo, lo cual me sorprendió. Había escuchado los suficientes discursos aburridos en nuestra

Asamblea Nacional como para esperar que aquella sesión fuese bastante parecida. Pero lo que ocurrió fue que Goro y Kauri entablaron una especie de debate.

—Hay que lidiar con estos invasores humanos —dijo Goro—. Teniendo en cuenta nuestra larga y violenta historia con ellos, sabemos qué idioma hablan los gigantes. Deben recibir el único mensaje que entienden: una lección rápida y violenta por combate. Su especie solo ha traído la perdición a nuestras costas, y nos corresponde a nosotros ejercer la venganza sobre todos nuestros enemigos.

FM se inclinó hacia mí y susurró:

—Dice que la violencia es nuestro único idioma, pero es él quien no deja de intentar atacarnos.

Era un argumento interesante. Habría querido que FM lo desarrollara, pero al parecer le tocaba hablar a Kauri.

—Los humanos no son nuestros enemigos —dijo—. Han venido invitados por mí para recoger a sus amigos, quienes llegaron aquí sin pretenderlo y están recibiendo tratamiento médico ahora mismo. También traen con ellos una propuesta de alianza, como la que ya han establecido con los UrDail.

La mayoría de los senadores miraron a Alanik, que les sostuvo la mirada con el rostro pétreo. A Alanik no se le daba la gente mejor que a mí, pero al menos ella no se dedicaba a llamarlos inferiores a las primeras de cambio. Se acercó a mí.

—Podrías luchar contra él y punto —dijo—. Literalmente lo está pidiendo a gritos. Cualquiera de nosotros podría derrotarlo en combate.

—Si lo hacemos —terció FM—, solo servirá para consolidar la imagen que tienen de nosotros como gente peligrosa, violenta y agresiva. Todo lo que estamos intentando demostrar que no somos.

Además, los kitsen eran veloces y estaban entrenados para el combate singular. Serían más que capaces de dar un buen golpe a alguno de nosotros y hacerle una herida seria. No creía que llegaran a matarnos, pero no quería ser responsable de nada de aquello.

Si Spensa estuviera allí, lo habría visto de otro modo. Retaría al kitsen a un duelo, con toda probabilidad se alzaría con una victoria espectacular y se las ingeniaría para convertir esa victoria en una alianza. Pero no estaba allí, y yo lo hacía lo mejor que podía.

—Por supuesto que *afirman* venir en son de paz —dijo Goro—. Pero todos sabemos cómo son los humanos.

—¡No creo que lo sepamos! —replicó Kauri—. Los humanos nos invadieron en el pasado, pero estos humanos tienen con nosotros un enemigo común en la Supremacía. Yo estaba allí cuando Winzik invocó a un zapador para destruir a los humanos.

—¡Fue en esa batalla donde perdimos a nuestro honorable y venerado Aquel Que No Era Rey! —exclamó Goro—. Si no nos hubiéramos inmiscuido en asuntos interestelares, lo tendríamos aquí con nosotros.

—Fue decisión del propio lord Hesho responder a la llamada de la Supremacía —dijo Kauri—. ¿Acaso cuestionas su voluntad?

—No, pero… —farfulló Goro.

Kauri siguió hablando como si Goro no la hubiera interrumpido.

—El zapador tardó poco en volverse contra la gente de Winzik, pero él insiste de todas formas. Nos ofreció una senda hacia la ciudadanía primaria, pero solo pretendía utilizarnos como títeres para ejercer su violencia. Si no empezamos a fraguar alianzas, estaremos solos cuando llegue la destrucción.

—Intentas meternos miedo —afirmó Goro—. La verdadera amenaza son los humanos.

Kauri replicó y los dos siguieron discutiendo por turnos.

Juno, el cronista kitsen, estaba sentado en la primera fila cerca de mis pies. Me incliné hacia delante y le susurré:

—¿Esto es siempre así?

Juno acercó la cara a mí.

—No —dijo—. Nuestro Senado es bastante reciente. Antes de perder a nuestro rey, tomaba él las decisiones e indicaba a la gente qué debía votar. Entonces era más fácil ponernos de acuerdo. Nuestras voluntades estaban alineadas y actuábamos con unidad.

Alanik se erizó un poco al oírlo, pero yo le vi cierta lógica. La FDD funcionaba del mismo modo. Nuestro almirante tomaba las decisiones y los demás las ejecutábamos. Así podíamos actuar con rapidez y decisión. Pero también podíamos errar muy deprisa, si la persona al mando decidía mal.

Pensé en lo que había dicho Arturo sobre que nuestra vida era más fácil cuando podíamos pensar con sencillez. Teníamos que matar a los krells porque ellos intentaban matarnos a nosotros. Ahí no había ambigüedad moral, no había diplomacia que sortear. Supuse que, en cierto modo, mis padres estaban haciendo algo valiente al tratar de encabezar una nueva forma de actuar.

En otras circunstancias, podrían haber sido héroes.

Goro parecía alterado, como si supiera que empezaba a perder el debate.

—Debemos zanjar este asunto con decisión —dijo—. Permitid que mi campeona luche contra el campeón que escojan los humanos. Nuestro poder decidirá quién vence.

Era el único argumento que parecía tener, y reparé en que nadie más del Senado estaba acompañado por un campeón con espada. Tampoco habíamos visto a nadie más en la ciudad vestido como Goro. Él era el único que insistía en que el juicio por combate era un proceder razonable.

—Los humanos ya han afirmado que no pretenden hacernos daño —dijo Kauri—. No quieren luchar contra nosotros. Un combate físico entre kitsen y gigante solo provocaría un dolor innecesario.

—¡A ellos, tal vez! —exclamó Goro—. ¡Mi campeona derribará al gigante como nuestros héroes de antaño! ¡No será rival para las hojas de…!

Sí, sus palabras empezaban a adoptar el tono febril de alguien que sabía que estaba perdiendo. Pero los senadores aún no habían expresado su opinión, así que ¿por qué debería pensarlo?

Goro me lanzó una mirada y parecía… confuso.

¿Estaba tratando de provocarnos para que lucháramos contra él? Desde luego, haciéndolo le facilitaríamos la argumentación. Kauri siguió su mirada y yo levanté la mano, indicando que quería hablar.

—A continuación —anunció Kauri—, querría presentar la declaración como testigo del jefe de escuadrón Weight.

Goro se encorvó un poco, con aire contrariado.

—¿Jorgen? —susurró FM—. ¿Qué estás haciendo?

—Probar una cosa —respondí.

—Esto es ridículo —farfulló Goro—. Ningún humano debería dirigirse al Senado.

—Kauri está en su derecho de presentar testimonios que apoyen su argumentación —proclamó Adi—. Jefe de escuadrón Weight, tienes la palabra.

Por las estrellas, ojalá estuviera más preparado. Sería mejor que hablara FM, pero ya no había tiempo. Y tenía razón ella: si dábamos la más mínima impresión de estar dispuestos a librar el duelo de Goro, asentaríamos aquellos prejuicios ya tan terribles que tenían sobre nosotros.

—En nombre de mi pueblo —dije—, lamento lo que habéis sufrido por manos humanas. Pero no tenemos ningún interés en luchar contra vosotros.

—Han llegado con destructores en sus naves —intervino Goro—, ¿y esperan hacernos creer que…?

—Esperarás a tu turno —lo amonestó Adi, y Goro gruñó un poco pero cerró la boca.

—Nuestros destructores se utilizan para la defensa —dije—. La nuestra y la de nuestros aliados. Y nos gustaría mucho que vosotros fueseis aliados nuestros.

El pequeño y peludo ceño de Goro se arrugó. Su campeona se inclinó hacia él y le susurró algo, pero Goro la hizo callar con un gesto. Kauri compuso una sonrisita triunfal.

—No tengo más que añadir —dijo; me hizo un asentimiento.

Era verdad que Goro había intentado provocarnos. Y si hubiéramos picado y combatido a su campeona, habríamos demostrado que todos tenían razón sobre nosotros. Estaba claro que era lo que Goro quería. ¿Era porque nuestra presencia debilitaba su poder o porque creía estar haciendo un favor a los suyos al intentar revelar nuestras verdaderas intenciones?

—Muy bien —dijo Adi—. La discusión ha concluido. Ahora escucharemos al Senado.

Kauri se volvió y me levantó el puño, un ademán que ya empezaba a reconocer como de saludo y aprobación.

Goro se acercó flotando, acompañado en la plataforma por su campeona, cuyos brazos cubiertos por guanteletes estaban cruzados.

—No sé qué te propones, humano —gruñó.

—No me propongo nada —respondí—, excepto llevar a los nuestros a casa, hacer las paces con vosotros y coordinar una resistencia contra la Supremacía.

Goro entornó sus ojillos brillantes.

—Los tuyos nunca nos han visto como aliados.

—Y lo siento mucho —le dije—. Pero nosotros no somos ellos. Nos importa vuestro bienestar, y el bienestar de todas las especies que la Supremacía considera inferiores.

Miré a FM, que asintió con aprobación. Estrellas, a lo mejor al final sí que me estaba saliendo bien alguna cosa.

Goro dio un bufido y se cruzó de brazos como su campeona.

—Bueno, ya veremos.

Se alzaron zarpas por todo el anfiteatro y Adi llevó su micrófono por las gradas, concediendo la palabra a los distintos senadores.

Los primeros que hablaron se centraron en el argumento de Goro, en su derecho a desafiar a los recién llegados a un juicio por combate. Varios de ellos opinaron que no se perdía nada por aceptar la petición, aunque todos

parecían considerarla extraña, y sugirieron que se nos obligara a nombrar un campeón o abandonar el planeta deshonrados. La kitsen de las anillas en la oreja afirmó que Goro no tenía autoridad sobre Manantial Soñador ni su isla, por lo que su desafío no tenía validez. Goro tendría que esperar y volver a retarnos si alguno de nosotros pisaba su isla, que tenía otro nombre largo que no terminé de captar.

Por las estrellas, allí dentro empezaba a hacer calor. Estábamos dentro de la roca, por lo que debería haber menos temperatura, pero tantos cuerpos en un lugar casi cerrado estaban volviendo el anfiteatro húmedo y sofocante.

Miré a FM, que escuchaba hablar a los kitsen con obvia y creciente inquietud.

—Esto no va bien —me dijo.

Tenía razón. En vez de centrarse en lo que había dicho yo sobre la paz, la conversación estaba empantanándose en la controvertida legalidad de la petición de Goro. Y mientras tanto, algunos senadores empezaban a hacer comentarios sobre el asunto de fondo: ¿osarían desafiar a la Supremacía colaborando con nosotros? Hacerlo supondría malgastar todo el progreso que habían hecho hacia la ciudadanía primaria, por el que hasta habían renunciado a la monarquía, lo cual todos parecían considerar un gran sacrificio.

—Lord Hesho entregó su vida en pro de nuestra causa con la Supremacía —dijo un kitsen con muesca en la oreja—. ¿Cómo vamos a deshonrar su sacrificio abandonando esa misión?

Kauri se retorció como si quisiera rebatir la afirmación, pero tanto ella como Goro guardaron silencio en lo que supuse que era el cumplimiento de las normas de la cámara. A nosotros tampoco se nos había dado permiso para hablar de nuevo, por lo que no interrumpimos. Me descubrí a la vez deseando que alguien nos pidiera nuestra opinión e indeciso sobre lo que diría.

Si Spensa estuviera allí, ya habría dicho algo. No podría haberse quedado sentada escuchando todo aquello sin explicarles lo equivocados que estaban. Ni tampoco se preocuparía de buscar las palabras adecuadas: se lanzaría a la carga armada solo con su arrojo, y lo peor es que funcionaría, porque Spensa era así de asombrosa.

Y por algún motivo, tenía confianza en mí. Estrellas, qué bien me habría venido un poco de esa confianza. Dejé que mi mente vagara a la ninguna-parte, buscándola. Alanik estaba sentada a mi lado y, aunque no la oí en la ninguna-parte, tampoco quería que abriera su mente y me oyera ella a mí, así que me quedé en silencio, buscando, escuchando.

Los senadores kitsen siguieron con sus discusiones, pero asimilé solo fragmentos.

—… Supremacía tiene el poder. ¿Quiénes se creen que son estos humanos, pensando que vencerán a…?

La ninguna-parte estaba tan silenciosa como siempre, vacía incluso de aquella extraña textura rugosa que había descubierto en la Plataforma Primaria.

Pero sí que había algo, allí en el vacío. No era Spensa, sino… una imagen de ella. Estaba… limpiando una pieza de caza estelar. No alcancé a ver lo que tenía alrededor, pero sí que la percibía a ella, y sentía… su soledad. Y me llegó también un sentimiento de preocupación por ella que no era mío. Procedía de la imagen, de la ninguna-parte.

Por las estrellas, ¿estaría la *ninguna-parte* preocupada por Spensa? Pero si era solo un lugar raro, no podía pensar ni sentir…

… ¿verdad?

Los kitsen hablaban y hablaban, acalorándose más a medida que avanzaba la discusión.

—… amenazan nuestra forma de vida. No deberíamos asociarnos con ninguno de ellos, a menos que queramos…

La imagen de Spensa se disipó. No me daba la sensación de que su origen fuera la propia Spensa, pero no sabía de dónde, o de quién, había salido. Ya no estaba, y no lograba encontrarla de nuevo.

—… destrucción de toda nuestra especie. Si no tenemos cuidado…

Una imagen me invadió la mente, la de la nave de la Supremacía en la que habían muerto mis padres, hecha trizas y expandiéndose por toda la eternidad en la negrura del espacio. La aparté y extendí la mente de nuevo por la ninguna-parte. Spensa estaba allí, en algún lugar. Si había encontrado aquella imagen, debería ser capaz de localizarla. Aunque no pudiéramos hablar, quería saber que estaba allí y…

La vibración que había sentido antes ganó intensidad. Era una resonancia citónica que venía de algún lugar de la isla. Y entonces, sonora en mi mente, una voz gritó: *¡AYÚDANOS!*, y di un respingo audible.

Aparte de Juno, que me miró alarmado, los demás kitsen no parecieron darse cuenta. Pero tanto FM como Alanik se percataron y se volvieron hacia mí.

¿Estás bien?, me preguntó Alanik.

Bien, le envié.

Replegué la mente. Aquella voz… me había llegado desde la ninguna-parte, pero no era la de Spensa. No sabía de quién era. ¿Quizá la yaya? Pero la yaya estaba allí en Orilla Perpetua, no en la ninguna-parte.

Tirda, ¿cómo podía hacer tanto calor en el anfiteatro? Las paredes de arenisca daban la sensación de estar cerrándose sobre mí. Quería huir, pero no podía escabullirme sin que me vieran. Tendría que pasar a gatas otra vez por la tirdosa entrada, y ¿qué clase de mensaje enviaría eso?

Intenté concentrarme en las palabras del senador que estaba hablando, un kitsen muy corpulento con mechones marrones en la punta de las orejas.

—… si nuestro honorable Aquel Que No Era Rey estuviera aquí, sin duda estaría de acuerdo en que…

—¡No profanes el nombre de Aquel Que No Era Rey! —lo interrumpió otro—. En su sabiduría, sin duda habría dicho que…

Todos parecían tener su propia opinión sobre lo que habría hecho su no-rey si no hubiera muerto en la batalla del zapador. ¿Lo habríamos matado nosotros? Era muy posible.

Y cuando mencionaban su nombre, me despertaban el incómodo recuerdo de mí mismo intentando convencer al vicealmirante Stoff de lo que haría Cobb si estuviera con nosotros. Por las estrellas, ¿sonaba igual que ellos? ¿Como si solo me interesara ganar una tirdosa discusión haciendo que el espectro de Cobb defendiera todo lo que decía?

Jorgen, contactó Alanik de nuevo, *¿estás bien?*

Estoy bien, respondí, y me encogí, aliviado de que FM no me oyera.

«No estás bien —me había dicho FM—. No puedes estarlo».

FM lo sabía. Estrellas, seguro que lo sabía todo el mundo. Yo intentaba mantenerlo todo en marcha, pero se me escurría entre los dedos y…

¡Ayúdanos!, exclamó de nuevo la voz de la ninguna-parte.

No sonaba como la de la yaya. ¿Quién sería? ¿Es que no sabía que yo no podía ayudar a nadie? Ni a mi escuadrón, ni siquiera a mis padres.

—Nuestra vida aquí es estable —dijo un kitsen canoso. Tenía la piel de la cara suelta y llevaba un pequeño bastón en el que se apoyó para tomar asiento de nuevo—. ¿Por qué arriesgarnos a enfurecer a la Supremacía? Deberíamos seguir con ellos, o terminaremos perseguidos como lo han estado los humanos, y entonces solo podremos culparnos a nosotros mismos.

Tirda. Quizá los kitsen tuvieran la vida más fácil que nosotros. Quizá pudieran decidir bajar a jugar a la playa por las tardes, o dar banquetes, o librar absurdos duelos entre ellos porque se aburrían y buscaban gresca, pero si eso los llevaba a razonar como lo estaba haciendo el kitsen anciano,

aquellos lujos estaban provocando en ellos una actitud de lo más temeraria. Mis padres habían querido esos lujos para mí, para todos nosotros, y al intentar procurárnoslos… habían muerto.

Vi la cara de mi madre tras el cristal, resignada a su destino.

«Hazlo mejor que nosotros».

Pero no estábamos haciéndolo mejor. Estábamos teniendo otra vez la misma condenada discusión.

¡Ayúdanos!, dijo la voz desde la ninguna-parte.

No, no la voz: las voces. Eran muchas. Quizá no fuesen reales. Quizá fuera solo mi propia mente conjurando a todas las personas a las que estaba fallando, a Cobb, a mi escuadrón, a todo el pueblo de Detritus que iba a morir porque yo no sabía lo que hacía.

«No puedo hacerlo mejor», pensé en respuesta a mi madre. Pero ella no me oía. No estaba allí con nosotros. No estaba en la ninguna-parte. No estaba en ninguna parte. Estaba *muerta*, y pronto lo estaríamos todos los demás y sería culpa mía.

Traté de respirar hondo, pero no pude. El auditorio era sofocante, y las paredes se cerraban, y aquella nave de la Supremacía explotaba y se contraía una y otra vez en mi mente, con los escombros saliendo disparados al espacio. Tenía un hueco en el pecho donde antes estaba mi alma, donde había guardado la parte de mí que quería a mis padres, que se preocupaba y sentía. Pero ya no quedaba más que un vacío, y por primera vez me alegré de que Spensa no estuviera allí. No quería que ella lo supiera. No quería que lo viera. La vergüenza que sentía por todo se replegó en mi interior y entonces estalló como la nave de la Supremacía y…

Pum.

Pedazos de la ninguna-parte atravesaron mi mente, cuajaron como ondas físicas y salieron despedidas de mí como la metralla de una bomba. La explosión alcanzó las plataformas sobre las que flotaban Kauri y Goro y las volcaron, derribando a los kitsen al suelo. El vaso de Adi se sacudió a lo loco mientras se desgajaban pedacitos a ambos lados. La fuerza del estallido hizo que los kitsen que se habían levantado en las primeras filas se sentaran otra vez de sopetón.

Alanik me agarró el brazo. Parecía ilesa, pero…

¿Qué acababa de ocurrir?

De pronto aparecieron Abracitos y Babosa Explosiva a mis pies.

—¡Pum! —trinó Babosa Explosiva.

Todos los senadores estaban mirándome y muchos empezaron a hablar a la vez. El alfiler no alcanzó a procesar todo lo que decían, pero me llevé la impresión de que ninguno estaba muy contento conmigo.

—¿Qué tirdas ha sido eso? —preguntó FM.

—Hojas mentales —dijo Alanik—. Jorgen, ¿cómo has…?

—No quería —dije—. No quería.

Por los santos y las estrellas, ¿estaba hablándoles de paz y de pronto hacia *aquello* en plena sesión diplomática?

—Pum —repitió Babosa Explosiva, y empezó a rozarme el tobillo con el hocico, como apoyándome.

No lo había hecho él. Abracitos y Babosa Explosiva lo habían sentido a través de la ninguna-parte y habían acudido a consolarme, nada menos. No sabía cómo, pero acababa de manifestar hojas mentales en un auditorio lleno de tirdosos diplomáticos y había…

—¡Orden! —gritó Adi—. ¡Orden en la sala!

Goro me miró satisfecho.

—¡Ya lo habéis visto! —vociferó desde el suelo, tan cerca de mí que el alfiler logró distinguir su voz entre el resto—. ¡Los humanos solo hablan el idioma de la violencia! ¡Es lo único a lo que responden!

El alfiler no me lo tradujo todo, pero varios kitsen alzaron el puño en aquel gesto suyo de solidaridad. Estrellas, lo había echado todo a perder.

—¡No es verdad! —repliqué. La voz me salió más fuerte de lo que había querido y se impuso a la de Adi, que seguía exigiendo orden en la sala—. No es verdad —repetí, y los senadores empezaron a tranquilizarse. Muchos se habían puesto a cubierto subiéndose al respaldo de su asiento—. No venimos a haceros daño. Solo queremos que entendáis que tenemos herramientas para combatir a la Supremacía. Es posible derrotarlos, pero solo si lo hacemos juntos.

Aquello era una mentira doble. Para empezar, no lo había hecho a propósito como una demostración de fuerza, y para terminar, no sabía si de verdad teníamos el poder suficiente para derrotar a la Supremacía, ni siquiera juntos.

Pero, por los santos y las estrellas, ya no podía echarme atrás.

—Lo entiendo. Pediros que os alineéis contra la Supremacía es mucho. Sé que tienen mejores naves y mejor tecnología. Pero eso lleva siendo cierto desde mucho antes de que yo naciera, ¡y mi pueblo lleva ochenta años resistiéndose a ellos! No sabemos nada sobre vosotros y vuestra cultura, pero sí los conocemos a ellos, porque los hemos combatido y hemos sobrevivido.

No queremos que lo que nos pasó a nosotros le pase a nadie más. No queremos que os den caza, que tengáis que vivir ocultos, que muráis a montones cada vez que os atreváis siquiera a asomar la cabeza del suelo.

Los kitsen me miraban con los ojos como platos, y algunos tenían las orejas hacia atrás en lo que creí que era temor. No sabía si aún era yo quien los asustaba o la Supremacía, pero aquel desastre era mi responsabilidad. Yo había insistido en ir allí. Yo había perdido el tirdoso control durante la reunión diplomática más importante a la que había asistido jamás y, por las estrellas, tenía que arreglarlo.

—Quizá os parezca que aquí tenéis paz y prosperidad, pero Kauri está en lo cierto. La Supremacía intenta llegar a un acuerdo con los zapadores, y vendrán a por todo aquel que se oponga a ellos. Esta podría ser nuestra *última* oportunidad de resistir antes de que tengan el poder que necesitan para controlar hasta el último planeta de la galaxia. ¿Cuánto creéis que resistirá el vuestro sin aliados?

FM me puso una mano en el brazo y me sobresalté. Tirda, ¿estaba fastidiándola? Pero vi que sonreía y asentía con la cabeza.

Sigue así, dijo Alanik en mi mente. *Tienes que convencerlos*.

Los kitsen me miraban conmocionados, pero ninguno se había quejado aún de que estuviera hablando sin corresponderme. No sabía si podría convencerlos, y menos después de lo que fuese que había hecho, pero tenía que intentarlo.

—Nosotros ya probamos a razonar con la Supremacía —dije—. Nos ofrecieron un tratado de paz y enviamos una delegación para firmarlo. —Se me hizo un nudo en la garganta, pero seguí hablando a través de él—. La Supremacía nos ofreció la paz y luego encerró a nuestros líderes en una nave y la hizo estallar en pedazos. La mitad de nuestro gobierno ha muerto. No tengo *ninguna* intención de luchar contra vosotros, porque ya estoy harto de la violencia y la muerte sin sentido. Si es lo que queréis, recogeremos a los nuestros y nos iremos. Pero antes de hacerlo, quiero ofreceros la oportunidad de unirnos a nosotros. ¡Los UrDail ya lo han hecho! La Supremacía hizo un trato con los UrDail… y entonces llevó a su planeta un destructor para aniquilarlos. Ese nuevo gobierno que tiene la Supremacía… es lo que hace. Y si intentáis razonar con ellos, también vendrán a por vosotros. Y no quiero ver cómo vuelve a suceder. No quiero que se repita lo que le ocurrió a…

Se me quebró la voz.

—… a mi pueblo.

A mis padres.

Hacía un calor abrasador, pero noté las manos frías. La visión borrosa. No podía quedarme allí más tiempo. Tenía que salir.

—Gracias —dije.

Y me levanté, doblando el cuello para no darme un cabezazo contra el techo. Avancé agachado por el pasillo y me puse a cuatro patas para salir por la puerta doble de la cámara del Senado.

El aire fresco me dio en la cara y entorné los ojos por el brillo del sol.

Me volví hacia la playa, con cuidado de no pisar nada ni a nadie, y eché a correr tan deprisa como me atreví.

9

Casi llegué al agua antes de que FM me diera alcance. Me ardían las pantorrillas de cruzar la arena tan rápido, aunque ya estaba sin aliento desde antes de salir del Senado.

—Jorgen —dijo FM.

No me volví.

—¡Jorgen!

Me agarró por el hombro y me dio la vuelta. Mientras pensaba a toda la velocidad, tuve la sensación de que podría seguir rodando sobre mí mismo para siempre.

¿Qué tirdas acababa de hacer?

Había disparado un puñado de hojas mentales a un grupo de políticos. Con la de reuniones como aquella en las que había estado de pequeño. Sabía comportarme, contenerme, presentar una fachada tranquila pasara lo que pasara por debajo.

¿Por qué había tenido que hacer eso?

—Jorgen —dijo FM—, esto tiene que acabarse.

Tenía razón, aunque no sabía de qué «esto» estaba hablando. ¿De la parte en que fingía mantener el control aun sin tener ni idea de lo que hacía? ¿De aquella farsa de fingir que podíamos establecer alianzas y luchar contra la Supremacía? Porque aunque los kitsen aceptaran unirse a nosotros, ¿qué podíamos ofrecerles? ¿Qué victoria podíamos obtener ante un enemigo tan poderoso? Lo más que podíamos afirmar era que hasta la fecha no nos habían exterminado por completo… y en mi opinión, hasta hacía muy poco la Supremacía no se había puesto a intentarlo en serio.

—Di algo —me pidió FM.

No vi a Alanik detrás de ella. Me pregunté si habría ido a contar a los demás lo que había ocurrido o si se habría quedado dentro para tratar de razonar un poco más con los kitsen. Era imposible que se le diera peor que a mí, así que…

Maldije, frotándome la cara con las dos manos.

—Muy bien —dijo FM—. Es un buen principio.

Quise volver a ordenarle que se marchara. Quise decirle que no me apetecía nada hablar del tema.

Pero… no lo hice. Estaba ahogándome, y había llevado conmigo a mi escuadrón entero, y…

Una gran ola se estrelló en la arena y di un brinco.

—¡Tirda, Jorgen! —exclamó FM—. Siéntate de una vez.

Era lo único que me veía capaz de hacer, así que lo hice.

FM se sentó a mi lado y dejó a Babosa Explosiva y Abracitos en la arena junto a ella.

—La he fastidiado —dije.

Estrellas, era el jefe de escuadrón. Se suponía que nunca debía mostrar debilidad. Si me veía en la necesidad de hacerlo, el protocolo dictaba que acudiera a mi oficial superior para que mi escuadrón no me perdiera el respeto.

Pero FM ya me había perdido el respeto mucho tiempo antes, así que imaginé que ya no quedaba nada más que perder.

—En realidad —respondió ella—, creo que eso que has dicho ha sido para bien. O sea, tampoco es que te hubiera recomendado ponerte a lanzar poderes citónicos a diestra y siniestra, pero…

—No ha sido a propósito —dije.

—Lo sé. Pero ha servido para que te escuchen, y entonces les has dado el discurso que necesitaban. Y ahora van a tener que decidirse. Y si eligen el bando de la Supremacía… —Suspiró—. A veces la gente toma decisiones equivocadas y no podemos hacer nada al respecto.

—Qué mal —dije.

—¡Es lo peor! —exclamó ella—. Pero no es culpa tuya.

Tirda.

—Estamos hablando de mis padres —adiviné.

—¡Pues claro que estamos hablando de tus padres! —dijo ella—. Y ni se te ocurra ordenarme que pare, porque esta vez no pienso hacerte caso. Estás conteniéndolo todo tan fuerte que ha explotado. Literalmente. Esto vamos a hacerlo ahora, te guste o no.

Esperaba enfadarme, pero lo que sentí fue… alivio. Como si hubiera estado levantando una carga muy pesada y por fin alguien no se creyera mis afirmaciones de que podía yo solo y me sostuviera parte del peso.

Pero no tenía ningún sentido.

—Hablar de ello no cambiará nada —dije—. Nada puede cambiarlo.

—Es verdad —aceptó FM—. Y créeme, a mí me gusta hablar de estas cosas menos que a ti. Pero te prometo que ayuda. No cambia lo que ocurrió, pero te cambia a *ti*.

La miré.

—¿Lo sabes por experiencia propia?

FM asintió.

—A mí me lo enseñó Gali. A veces aún tiene que hacerme hablar, pero luego siempre me alegro de haberlo hecho.

—Vosotros dos funcionáis de maravilla juntos —dije. Nunca lo habría adivinado antes, pero sí que parecía que se equilibraban uno al otro.

FM sonrió.

—Gali es mi lugar seguro —dijo—. Pero el tema ahora no soy yo. Eres tú, y el hecho de que necesitas hablar o explotarás. Otra vez.

Pasé las manos por la arena. Qué diminutos eran los granos, tanto que algunos se me pegaron a los dedos.

—Es que ni sé qué decir —respondí.

—Muy bien —dijo FM—, empiezo yo. Estaba aterrorizada cuando esa nave de la Supremacía explotó. Creí que habías muerto ahí dentro. Ya era la segunda vez en un par de semanas que todos pensábamos que habías muerto, y fue espantoso las dos veces. Así que te agradecería que dejaras de hacerlo.

No había pensado en lo que había sido aquello para el escuadrón, esperando en sus naves. Y más sabiendo que había una bomba, porque Alanik se había llevado a Gali para intentar desarmarla.

Tirda.

—¿Gali está bien? —pregunté—. Sabe que no fue culpa suya, ¿verdad?

FM levantó una mano y la meneó de un lado a otro.

—Bueno, lo sabe por lógica. No es experto en desarmar explosivos. Pero aun así, se culpa a sí mismo.

Tendría que haberle dicho algo. Era el oficial al mando en aquella operación y era responsabilidad mía que…

—Tampoco estamos hablando de Gali —dijo FM—. La cuestión es: *¿tú* te culpas a ti mismo?

—Sí —respondí. No tuve ni que pensármelo.

—Pero sabes que no es culpa tuya, ¿verdad?

Dejé que la mirada se me perdiera en el océano. El sol empezaba a descender en el cielo y la luz que bañaba el paisaje estaba volviéndose de un amarillo anaranjado.

No respondí, y FM suspiró.

—¿Qué pasó en la nave antes de la explosión?

Cerré los ojos. Me daba la sensación de tener los recuerdos divididos, a la vez ralentizados y acelerados.

—Nos separamos —dije—. Yo llevaba al falso Cobb con mis padres para demostrarles que era un impostor, y Alanik fue a rescatar a la yaya. Pudo comunicarse con ella, y la yaya le dijo que podía percibir a Cobb, citónicamente, me refiero, aunque no debería haber podido.

—Por tanto, ya pasaba algo raro con la yaya incluso antes de que hipersaltaran —respondió FM.

—Sí, supongo. Alanik también me dijo que la yaya le contó que oía voces.

Voces pidiendo ayuda.

Tirda.

¿Estaría pasándome lo que fuese que le había ocurrido a ella? De algún modo, la yaya había perdido los poderes después de aquello, y si yo también los perdía…

—Y hay más —dije—. Esas dos personas de la tienda son la yaya y Cobb, casi con total seguridad… pero la yaya no parecer ser citónica.

—¿Por qué lo dices? —preguntó FM.

—Porque su mente ya no es… visible para nosotros en la ninguna-parte. Ha perdido su… vibración, podría llamarse.

—Confío en tu palabra —respondió FM—. Eso no es nada bueno, Jorgen.

—Ya —dije—. La yaya estaba escapando de una nave de la Supremacía. A lo mejor es por alguna trampa que dejaron para quien intentara salir hipersaltando, ¿no? Pero a Alanik y a mí no nos ha afectado.

Aún no, por lo menos. Recordé aquellas extrañas… cosas que había sentido cuando Alanik y yo buscábamos a Cobb y la yaya en la ninguna-parte. La textura, como si hubiera centenares de seres a mi alrededor, allí un momento y desaparecidos al siguiente.

Había algo allí fuera, en la ninguna-parte. A lo mejor no era cosa de la Supremacía.

—No sé si serán ellos —dije—. Los zapadores. Las voces no sonaban como imagino que lo haría un zapador, pero…

—Espera, espera —me interrumpió FM—. ¿Tú también has oído las voces esas que pedían ayuda?

Tirda.

—Sí —dije, frotándome las palmas en las rodillas para quitarme la arena. Parecía que se me pegaba por todas partes. Me pregunté si algún día me la limpiaría del todo—. Las he oído en la reunión. Justo antes de… Justo antes.

—Eso tampoco es nada bueno —dijo FM—. Aquí está pasando algo muy raro, y estáis todos involucrados.

—Lo sé.

—Y es solo por eso por lo que he dejado que nos vayamos por las ramas. Estabas contándome lo que pasó en la nave. Ya me has explicado lo que le ocurrió a Alanik…

—Yo fui a buscar a mis padres —dije—. Tardé un rato, porque la nave era grande y me equivoqué de camino un par de veces. Al final el falso Cobb se libró de mí y salió corriendo. Parecía morirse de ganas de marcharse de allí, pero no supe por qué hasta que Alanik me contó lo de la bomba.

—Claro —dijo FM.

—Cuando encontré a mis padres, estaban encerrados en una sala en el centro de la nave. Los veía por un cristal, pero no se rompía, y todas las puertas estaban cerradas a cal y canto.

Vi el rostro de mi padre a través del cristal, su gesto resignado cuando la Supremacía anunció que iba a exterminarlos. Mi madre gritándome que me fuese de allí, que escapara, que me salvara.

—La Supremacía dijo por los altavoces que iba a matarlos —proseguí—. Alanik y yo buscamos alguna forma de sacarlos, pero no la había.

—No es culpa tuya —dijo FM—. Tenías unos minutos como mucho, igual que Gali. No estabas preparado para eso y no es culpa tuya. La responsable es la Supremacía, no tú.

—Mi madre me dijo que me marchara, pero no lo hice. Tampoco quería hacer caso a Alanik. Y justo antes de que ella me sacara, mi madre me habló a través del cristal. Me dijo que lo hiciera mejor que ellos.

—Por las estrellas —suspiró FM—. No me extraña que te sientas presionado para tenerlo todo bajo control.

Yo no quería tenerlo todo bajo control. Solo quería que la FDD estuviera en manos de alguien que mantuviera a salvo a nuestro pueblo.

—No quería dejarlos allí —dije—. Si Alanik no me hubiera sacado, habría muerto con ellos.

FM cerró los ojos.

—Gracias a las estrellas que estaba Alanik, entonces.

La siguiente parte no me veía capaz de decirla. No me hacía el ánimo de componer las palabras, y mucho menos para FM.

«Quizá todo habría sido más fácil si hubiera muerto en esa nave».

Contemplé el océano.

No podía pensar así. Mi escuadrón me necesitaba. Cobb me necesitaba. Teníamos que descubrir la manera de deshacer lo que fuese que le había hecho la Supremacía, o los zapadores, y volver a ponerlo al mando de la FDD.

FM tenía razón. La muerte de mis padres no era culpa mía. Pero todo en lo que estaba fallando a los demás, desmoronarme cuando debería estar liderando…

… eso pesaba en mi conciencia y solo en la mía.

Me levanté y sacudí la arena del traje de vuelo.

—No has terminado de hablar —dijo FM.

—Sí que he terminado.

No podía quedarme allí sentado sin hacer nada. Quizá FM estuviera en lo cierto y hablar podía cambiar cómo me sentía, pero no servía de nada para ayudar a los demás. Y eso no me lo podía consentir. No podía ser un inútil. Ya había perdido a Spensa, ya había perdido a mis padres. No iba a permitir que le ocurriera a nadie más.

—De momento, a lo mejor —dijo FM—. Pero volveremos a hablar.

Tirda, ya había respondido a sus preguntas. ¿No tenía suficiente?

Casi me alegró ver que Alanik venía hacia mí con Nedd y Arturo. Juno llegaba también flotando por detrás de ellos. No tenía ganas de responder a sus preguntas tampoco, pero al menos ellos no iban a ponerse a hurgar en mis sentimientos, y menos delante del kitsen.

—Colega —dijo Nedd cuando estuvieron cerca—, ¿es verdad que has explotado?

—Cállate, Nedd —dijo Arturo—. Pero… ¿es verdad?

—Ya os lo he contado yo —dijo Alanik en tono molesto—. ¿Es que no me creéis?

—Te creemos —respondió Nedd—. Es solo incredulidad.

—Incredulidad significa incapacidad de creer —dijo Alanik—. ¿Hay algún error de traducción o es que os burláis de mí?

—Ninguna de las dos —intervino FM—. Lo que pasa es que son idiotas.

—Sí, es verdad —dije yo.

—¿Que son idiotas? —preguntó Alanik.

—A veces —dije—. Pero también que… he explotado.

—¡Eso es alucinante! —exclamó Nedd—. O sea, no lo de soltar una ráfaga de mortíferas armas mentales en una cumbre política, claro. Eso tiene mala pinta.

«Mala pinta» era quedarse muy corto, pero también había algo que no encajaba. Juno por fin llegó con nosotros, y menos mal, porque quería que me diera su opinión.

—¿Cómo es que no he hecho daño a nadie? —le pregunté—. Cuando asusté a Babosa Explosiva, me hizo cortes por todas partes.

—Tus hojas mentales están mal formadas —dijo Juno—. Necesitas entrenamiento para hacerlas más afiladas, más fuertes.

—No quiero que sean más afiladas —repuse—. Podría haber matado a alguien.

Esperé a que alguien me dijera que estaba poniéndome melodramático.

Nadie lo hizo.

—Cuando Kauri me ha contado que querías saber más sobre los caminantes de la sombra —dijo Juno—, no me ha aclarado que tú lo eras. Llevo toda la vida estudiando sus textos, sus conocimientos, su antigua sabiduría. Tienes fuerza pero te falta control, y eso puedo enseñártelo si aceptas aprender de mí.

—¿Y qué pasa con el Senado? —pregunté—. ¿Lo permitirá?

—El Senado ha aplazado la sesión —dijo Alanik—. Quieren pensar en lo que les has dicho y volverán a reunirse mañana por la mañana para tomar una decisión. Mientras tanto, tenemos permiso para llevar a Cobb y la yaya a Detritus.

—Vale —dije—. Hay que hacer eso antes que nada.

—Yo me ocupo del transporte —propuso Alanik—. Así tú puedes quedarte con Juno, con la condición de que luego me expliques todo lo que hayas aprendido.

—Hecho —dije—. Llévate a la yaya y Cobb a la Plataforma Primaria con el equipo médico. —Con un poco de suerte, se recuperarían más rápido con los recursos que teníamos en casa. Miré a Arturo y Nedd—. Vosotros dos, acompañadla y cuidad de que lleguen sanos y salvos.

—Por supuesto —respondió Arturo—. Nos encargamos.

Y se marcharon los tres hacia la tienda del hospital.

—Yo voy a ver cómo están los demás —dijo FM—. Y nos organizaremos para pasar la noche. Tal vez nos toque dormir en las naves, pero en fin,

Spensa lo hizo durante casi toda la escuela de vuelo, así que tampoco será para tanto.

Se fue también, dejándome solo en la playa con Juno, que ascendió flotando hasta quedar al nivel de mis ojos.

—He estudiado las hojas mentales durante toda la vida —dijo Juno—, pero nunca las había visto en persona antes de hoy. Dime, humano, ¿eso que has hecho era una artimaña? ¿Una demostración de poder? ¿Querías intimidarlos?

—No —respondí—. Solo he… perdido el control.

—Si me permites la pregunta, ¿el control de qué?

Me quedé callado un momento.

—De mí mismo —dije—, de…

De aquella fuerza imparable e inescrutable que quería salir de mí desgarrándome. Toda la vida me habían enseñado a avergonzarme del defecto, a no hablar nunca de él. Y luego había pasado muchísimo tiempo deseando estar a la altura de Spensa, de Alanik, deseando no ser tan negado con mis poderes… deseando dominarlos para proteger a mis seres queridos.

Pero por algún motivo, hasta ese momento no había logrado hacer la conexión: yo era peligroso.

—Quiero aprender a controlar mis capacidades —dije.

—De acuerdo —respondió Juno—. En ese caso, acompáñame y veremos qué puede hacerse.

10

Inspira, espira —dijo Juno—. Ahora estás completamente relajado.

Yo no me notaba completamente relajado ni de lejos. Me había sentado con las piernas cruzadas en la cima del acantilado, por encima de Manantial Soñador, y Juno flotaba en su plataforma delante de mí leyendo en voz alta un libro que, según él, contenía los antiguos ejercicios que hacían los citónicos kitsen. Se había puesto un exoesqueleto de batalla que le cubría todo el cuerpo excepto las orejas, los ojos y el hocico. El terreno era abrupto y rocoso, la piedra anaranjada cálida debajo de mí. Habíamos elegido ese lugar porque la parte alta de los acantilados no estaba poblada y, si lograba crear una hoja mental, el único que podía salir herido era Juno, que juraba que era su responsabilidad sagrada ponerse en la línea de fuego.

No sabía muy bien de qué le serviría la armadura contra una hoja mental, pero Juno se había empeñado en ponérsela de todos modos.

Y le daba un aspecto temible, eso había que concedérselo.

—Creía que íbamos a centrarnos en las hojas mentales —protesté—, no en respirar.

—Paciencia —dijo Juno—. La sabiduría de los antiguos afirma que, para alcanzar el control, antes debes aceptar que no lo posees en absoluto al entrar en alineamiento con la voluntad del universo.

—No se puede alcanzar el control y a la vez no poseerlo en absoluto. Es absurdo.

—Es la senda de los caminantes de la sombra —dijo él—. Es como los antiguos canalizaban su poder, y como tú debes canalizar el tuyo.

Suspiré, interrumpiendo la «respiración continua» que Juno insistía en que hiciera. A eso tampoco le veía el sentido, porque estaba bastante seguro de que toda criatura con pulmones ya empleaba la «respiración continua» para

seguir viva, así que ¿para qué practicarla? Spensa había descubierto cómo hipersaltar y Alanik lo hacía con facilidad, y estaba convencido de que ninguna de ellas había dedicado tiempo a hacer una «respiración continua» adicional.

Por otra parte, tampoco era más absurdo que amasar pan con los ojos vendados, y aquello me había ayudado, por extraño que pareciera.

«Te cambia a ti», me había dicho FM. Yo seguía pensando que no había hecho muy buen trabajo en lo de hablar, pero quizá aquello se me daría mejor. Respirar era fácil, así que ¿de qué me quejaba?

—Empecemos otra vez —dijo Juno—. Cierra los ojos.

En vez de responder que estaba haciéndome perder el tiempo, obedecí.

—Visualízate a ti mismo caminando por una playa —dijo—. Con cada respiración, las olas llegan y las olas se van.

Menos de un día antes, no habría tenido ni las más remota idea de lo que decía Juno. Pero en ese momento sí que pude visualizarme en la playa. Casi oí el fragor del océano, aquel extraño y mecánico ruido blanco que producía una enorme cantidad de agua moviéndose al mismo tiempo.

—Siente el viento en la piel —dijo Juno—. El calor del sol que arde en el firmamento. Oye los sonidos de las olas al lamer la orilla. Huele la sal en el aire y la podredumbre de las algas varadas en la playa en su lenta descomposición.

—Qué asco —repuse.

—Sí, pero es el método de los antiguos. Y no debes hablar durante el ejercicio.

—Perdón —dije.

—Caminas hacia el agua y entras en el océano. Siente el agua moverse en torno a tus pies. La temperatura es agradable, ni demasiado caliente ni demasiado fría.

Si Spensa estuviera escuchando aquello, lo adornaría a su manera.

Me reí.

—¿Te hace gracia algo?

—No —dije—, solo imaginaba el océano teñido de rojo por la sangre de mis enemigos.

—¿Es algún tipo de… premonición citónica? —preguntó Juno en tono alarmado.

—Qué va —respondí—. Un recuerdo de mi novia. No importa. Sigue.

—Las olas te bañan las piernas una… dos… tres veces. Siente el tirón del océano en los pies. Tu mente es el océano que fluye de este dominio al

siguiente, aproximándose y luego alejándose otra vez. Deja que tu mente fluya hacia fuera como el oleaje, internándose en el extenso océano de nada que te rodea.

Tirda, mi mente fluyó a la ninguna-parte con la facilidad que decía Juno. Dentro y fuera, como las olas. Cuanto más lo visualizaba, más natural me salía.

No quería estar en la ninguna-parte. Era el lugar del que llegaban las voces, y donde estaba aquella textura extraña, la presencia que me daba la impresión de ser muchísimos seres atosigándome. Cualquiera de esas cosas, o las dos, podrían ser los ojos, pero transmitían una sensación distinta. No tan amenazadora. Quizá hasta amistosa…

—Cuando la ola de tu mente se repliega a esta dimensión, trae consigo un pedacito de la ninguna-parte. Las esquirlas de nada cabalgan la ola y llegan a la alguna-parte, cada una *deviniendo* durante solo un instante y luego desvaneciéndose.

Podía sentirlos. Los fragmentos de ninguna-parte, los trocitos de nada que seguían a mi mente a la alguna-parte. Debían adoptar una forma, porque todo en este mundo tenía forma, mientras que aquel otro era la ausencia de ella.

Una presencia se coló en mi mente. Era Alanik, trabajando con los meditécnicos para trasladar a Cobb y la yaya. Quizá regresara con la orden de Stoff de regresar a Detritus, así que tenía que concentrarme y aprender mientras aún pudiera.

—Observa los fragmentos mientras emergen. Repara en su forma y su textura. Sácalos a la luz desde tu memoria.

Era cierto que los fragmentos tenían cierta forma. Mi mente rozaba la ninguna-parte como una piedra lanzada en horizontal sobre un estanque, y cada vez que hacía contacto desgajaba fragmentos de nada. Eran como cristales, alargados, con marcadas caras rectangulares. Más que retenerlos, solo podía atisbarlos.

—Visualízalos en tu mente y empieza a moldearlos. Haz que alteren su forma poco a poco, haciéndose más afilados, más grandes, más fuertes. Los fragmentos son tú y tú eres los fragmentos. Cederán a tu voluntad, igual que tu voluntad cede a las vibraciones del universo.

No sabía a qué se refería Juno con que yo era los fragmentos, pero me concentré en ellos e intenté modificar su forma. Y de verdad cambiaron, como si no fuesen pedazos de nada en absoluto, sino partes de me mi mente, energía que se dispersaba y se disipaba al establecer contacto con la ninguna-parte. Se me tensó el cuerpo entero mientras los fragmentos se afilaban.

—Cuando estés preparado, alinea tu mente con ellos. Siente su ritmo, encaja tu vibración con la suya. Tú eres ellos y ellos son tú. Sois lo mismo, ninguno ejerciendo control sobre el otro, una mente, una voluntad y un espíritu.

—¿Y qué hago ahora? —pregunté.

Juno carraspeó.

—¿Quieres que te lo lea otra vez?

—Vale.

Aunque lo cierto era que no estaba nada seguro de ir a entenderlo mejor.

—Debo reconocer que, cuando imaginaba cómo sería la oportunidad de guiar la meditación de un caminante de la sombra, no preveía tantísimas interrupciones.

—Lo siento —dije.

Mientras Juno leía, traté de concentrarme en la vibración de los fragmentos que salían de la ninguna-parte. ¿De verdad eran mi propia mente? Me preocupaba lo que harían si intentaba moverlos, sobre todo porque no tenía ni idea de cómo alinear mi voluntad con ellos.

Pero debía intentarlo. Rocé apenas los fragmentos y… «Uy». Abrí los ojos, sintiendo que un fragmento volaba sobre el acantilado, atravesaba la brisa antes de disiparse.

—Creo que lo he hecho —dije.

El cielo estaba poniéndose de color añil oscuro en lo alto, pero sobre el agua estaba de un amarillo brillante que se convertía en naranja y luego en rosa. El anochecer. Lo había visto en cuadros, pero no lograban capturar su belleza real. Y yo allí arriba, con los ojos cerrados.

Esperé que el resto de mi escuadrón estuviera contemplándolo, al menos.

—Hemos subido aquí para que no dañaras nada si conseguías manifestar las hojas —dijo Juno—. Ahora veo que ha sido una necedad. Es imposible saber si las has manifestado, porque no hay nada a lo que afectar excepto yo mismo.

Eso no era verdad del todo.

—Un momento —dije, y me volví.

Tirda, estaba dando la espalda al anochecer. Pero si aquello funcionaba, merecería la pena.

—Léemelo otra vez —pedí a Juno—. La parte de la respiración continua.

Juno empezó la meditación desde el principio. Cerré los ojos e intenté concentrarme en mi entorno, rozar la superficie de la ninguna-parte con la mente hasta que sentí los fragmentos aparecer y disgregarse. Me concentré en

ellos, los moldeé con forma de minúsculas puntas, como las briznas de hierba que había visto en cuadros de la antigua Tierra. Extendí la mente y di un leve toque a los fragmentos con ella.

Y entonces los empujé hacia abajo e hice que salieran disparados desde mis pies.

Hubo un sonido, como de canicas cayendo a la arenisca.

Abrí los ojos.

Tirda, había raspado la piedra que tenía delante, dejándole unos surcos.

—Caminante de la sombra —dijo Juno—, parece que la meditación ha funcionado.

Sí que lo parecía.

—Déjame intentarlo otra vez —dije.

Juno me leyó su libro, y cada vez que apuntaba con las extrañas esquirlas de ninguna-parte, los surcos de la piedra se hacían más profundos, hasta que terminé haciéndole unos cortes profundos y no más anchos que mi dedo índice.

—¿Hay más meditaciones de estas en tus libros? —pregunté.

—Muchas más —dijo él—. Volúmenes enteros, de hecho.

Si Stoff decidía llamarnos a casa, quizá pudiera utilizar ese conocimiento como excusa para quedarme, al menos hasta que Alanik y yo aprendiéramos cómo usar mejor nuestros poderes. Éramos las mejores armas que tenía la FDD en esos momentos, pero necesitábamos más entrenamiento. Mucho más.

—Gracias, Juno —dije.

—Ha sido un placer, caminante de la sombra.

Se me hacía raro que me llamara así, dado que no caminaba hacia ningún lado. Me pregunté si habría alguna meditación en sus libros que me enseñara a hipersaltar.

—Probemos otra vez —dije, moviéndome a una parte intacta del acantilado—. Quiero comprobar lo profundos que puedo hacer los cortes.

Me deslicé a la ninguna-parte y, al instante, una voz entró en mi mente.

Te oímos, dijo.

Tirda. ¿Serían los zapadores? No daban una sensación aterradora, pero…

¡Ayúdanos!, exclamó. *Te oímos*.

No sonaba amenazadora. Sonaba… desesperada. Temerosa.

No sé cómo ayudaros, envié.

—¿Ocurre algo? —preguntó Juno.

—Oigo a alguien —dije—. Alguien que me pide ayuda.

¿Jorgen?, me envió una voz. Esa la reconocí.

¡Era la yaya! ¿Estaría despierta?

¿Has recuperado tus poderes?

Eh… ¿qué?

Tus poderes, repetí. *¿Estás despierta? ¿Desaparecieron por algún motivo mientras dormías?*

No hay mucho tiempo, dijo la yaya. *Cuesta concentrarse, pero tienes que… ayudarnos…*

Su voz se desvaneció y, aunque volví a llamarla en la ninguna-parte, no recibí respuesta.

Jorgen, dijo Alanik, *te necesitamos en la tienda médica. Tienes que ver esto*.

Sonaba urgente, así que no hice preguntas.

—Discúlpame —dije a Juno—. Quiero aprender más, pero los míos me necesitan.

—Por supuesto —respondió él.

Llamé a Abracitos, que estaba de nuevo en mi nave. La taynix apareció en mis brazos.

—Llévame con Alanik —le pedí, enviándole una imagen.

—¡Alanik! —trinó Abracitos.

Juno, el acantilado y los restos derretidos del anochecer desaparecieron.

11

Abracitos y yo pasamos ante los ojos y aparecimos delante de la tienda de campaña, donde los médicos habían puesto a Cobb y la yaya en camillas. Nedd y Arturo estaban al pie de ellas, Kel y Winnow en la cabecera. Envié a Abracitos de vuelta con Babosa Explosiva en mi caza.

—¿Qué pasa? —pregunté a Alanik.

—Hemos empezado a llevarlos hacia la nave —dijo Winnow, señalando el lugar donde la nave de transporte médico esperaba a la orilla del mar—. Pero al alejarlos de la tienda han empezado a empeorar.

—¿Empeorar cómo? —pregunté.

—Su presión sanguínea ha caído —dijo Kel—. El pulso se ha vuelto irregular. Lo raro es que les ha pasado a los dos más o menos al mismo tiempo.

—¿Y por qué puede ser?

—No le encuentro explicación —me respondió Kel—. Pero aún es más extraño que se haya estabilizado nada más hemos vuelto a traerlos aquí.

—Es como si no quisieran alejarse —añadió Winnow—. Queríamos meterlos en la nave para no zarandearlos al hipersaltar.

—Si su estado depende de este lugar, entonces está claro que no podemos teleportarlos —dije—. Pero ¿qué relevancia puede tener que estén justo aquí?

—Sabes lo mismo que yo —respondió Winnow—. Pero mi opinión profesional es que no se debe mover a un paciente si hacerlo empeora su estado.

—¿Podéis tratarlos aquí?

Winnow asintió.

—Tendríamos que ir a casa a recoger material. Pero de momento, los pondremos cómodos.

—Gracias —dije.

Arturo llegó a mi lado.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó.

—No lo sé —dije. Me deslicé a la ninguna-parte y escuché, pero la única citónica que captaba cerca era Alanik—. Aún parece que la yaya no tenga poderes. Pero la he oído en la ninguna-parte.

—¿De verdad? —se sorprendió Alanik.

—Sí. Espera, déjame que…

Me concentré y regresé al océano imaginario de la meditación. En vez de prestar atención a los fragmentos, que me di cuenta de que se desgajaban cada vez que tocaba la ninguna-parte, escuché, buscando de nuevo su voz.

¿Yaya?

No hubo respuesta. Intenté adentrarme más, escuchar más atento…

Y entonces sentí de nuevo la textura, aquella inesperada sensación de baches, cientos, miles de ellos tal vez, por toda la isla y sus alrededores. De estar solos Alanik y yo, en un instante habíamos pasado a ser muchísimos.

¿Qué eran esas cosas?

Sacudí la cabeza, deshaciendo el vínculo con la ninguna-parte.

—¿Has sentido eso? —pregunté a Alanik—. ¿Las… rugosidades raras?

—No —dijo ella—. Ni tampoco oigo a la yaya. ¿Estás seguro de que era ella?

Lo estaba. Si la yaya de la camilla no tenía poderes pero había otra yaya hablándome desde la ninguna-parte, ¿significaba que estaba perdida allí dentro igual que Spensa, de algún modo? Había dado por hecho que el cuerpo de Spensa había pasado al otro lado con ella al marcharse, pero no se lo había preguntado, y también era posible que ni ella lo supiera.

Juno por fin llegaba, avanzando en su disco hacia nosotros desde la pared del acantilado.

—Juno —lo llamé—. ¿Sabes algo sobre caminantes de la sombra que proyecten sus espíritus a la ninguna-parte sin sus cuerpos?

—El alma está compuesta del cuerpo y la mente —respondió él—. Vuestra mente entra en la ninguna-parte cada vez que interactuáis con ella. Solo en los hipersaltos va seguida del cuerpo.

—Claro —dije—, pero ¿la mente puede quedarse atascada en la ninguna-parte sin el cuerpo?

—No he leído que ocurriera jamás —respondió Juno—. No aparece en ningún libro de crónicas.

—Y de todas formas, tampoco explicaría lo que pasa aquí —dijo Alanik—. Cuando la mente va al dominio negativo, el cuerpo permanece y sigue resonando citónicamente. De lo contrario, dejaríamos de ser capaces de percibirnos cada vez que nos comunicamos a través del dominio negativo. ¿Por qué iba a dejar de resonar el cuerpo si la mente se queda atascada?

—Yo qué sé —respondí—. Pero tal vez tenga algo que ver con las voces que oyó la yaya antes de hipersaltar. —Las voces que estaba oyendo yo. Tirda, no quería terminar en un misterioso coma—. A lo mejor el salto salió mal y es posible que se quedara atrapada de algún modo.

Aunque tampoco sabía por qué había dejado de hablar conmigo. Decía que le costaba.

—Juno —dije—, ¿me enseñas dónde aparecieron la yaya y Cobb al llegar desde la ninguna-parte?

—Cómo no —respondió el kitsen—. Los encontraron en la madriguera que antaño pertenecía a nuestros maestros caminantes de la sombra. Ahora es nuestra biblioteca, el hogar de nuestra sabiduría.

¿Habían llegado a una biblioteca? Parecía… poco prometedor. Pero aun así…

—Querría verla —dije—. Alanik, ¿nos acompañas?

—Claro —respondió ella. No parecía tener muy claro por qué me interesaba verla, pero no discutió.

—FM dice que esta noche acamparemos en la plana —dijo Nedd—. Se ve que no hay edificios kitsen lo bastante grandes para que quepamos todos. Iremos a montar el campamento.

El cielo estaba oscureciéndose a marchas forzadas desde que la última astilla del sol había desaparecido. El horizonte sobre el mar aún estaba de un suave color rosa, pero sobre los acantilados se distinguían ya las primeras estrellas.

—Gracias —dije a Nedd, y seguí a Juno con Alanik hacia la biblioteca.

Al contrario que las madrigueras elevadas del resto de Manantial Soñador, la biblioteca estaba en una especie de cráter profundo bajo el acantilado de arenisca. Descendimos por una pequeña escalera y Alanik y yo pusimos la mano contra la pared de arenisca y apoyamos los pies en tres o cuatro peldaños a la vez, más por la tracción que utilizándolos como la escalera que componían. Mientras bajábamos, noté que la resonancia citónica que había captado antes ganaba fuerza. Íbamos en dirección a algo importante.

Descendimos tanto que, si las olas llegaran hasta allí, sin duda llenarían aquella cuenca del terreno. Pero no debían alcanzar nunca aquella parte de la

isla, si la biblioteca llevaba tanto tiempo intacta.

Tuvimos que pasar a gatas por el ornamentado arco del portón detrás de Juno, pero la biblioteca en sí tenía varios pisos de altura, lo que permitió que Alanik y yo nos pusiéramos de pie con un metro de espacio sobre la cabeza. La estancia estaba llena de mesas que nos llegaban a los tobillos y pisé con cuidado para no mover ningún cojín de los que había alrededor ni los carritos cargados de libros y pergaminos.

Tres de las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de libros, todos ellos más pequeños que la palma de mi mano. Había escalerillas que llevaban a pasarelas elevadas para acceder a las hileras y más hileras de estantes, aunque también vi algunas plataformas de piedra de pendiente en la entrada, para facilitar el movimiento.

Sin embargo, fue la cuarta pared la que me llamó la atención.

Era un muro de piedra, liso y pulido, con una hilera tras otra de lineas talladas que formaban un diseño extraño, casi tecnológico. La pared irradiaba un poder que era indudablemente citónico, y noté algo familiar en él.

—¿Aquí es donde los encontrasteis? —pregunté a Juno.

—Sí —dijo él, flotando junto a la entrada en su disco—. Por allí, junto al cofre de pergaminos. Aparecieron tumbados uno al lado del otro encima de unas mesas.

Alanik cruzó la sala y examinó la pared, cuyas líneas se extendían hasta alcanzar la relativa altura del techo. Puso la mano sobre las líneas.

—Nunca había visto nada igual —dijo.

Yo tampoco, pero juraría que sí que había oído hablar de una pared como aquella.

¡Tirda! Ya me acordaba de dónde.

—Alanik, aléjate de la pared —dije.

Ella volvió la cabeza para mirarme como si estuviera loco, pero me hizo caso y regresó entre las mesas cargadas de libros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo… creo que es un portal —dije—. Una entrada a la ninguna-parte. Spensa me dijo que hay una en las cavernas de Detritus. Quería que la buscáramos, pero me advirtió que tuviésemos cuidado, porque un citónico podía caer a través y quedarse atrapado allí como ella.

Teníamos a equipos buscándola, pero no sabía si habían encontrado algo.

De pronto, Alanik pareció alarmada.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. Si la yaya hipersaltó, no tenía por qué utilizar un portal físico. No había nada como esto en la nave de la

Supremacía.

—No sé lo que significa —dije—. Pero la yaya oyó voces que le pedían ayuda antes de saltar, ¿verdad? Y yo también las he oído.

Alanik me miró entornando los ojos.

—¿Voces desde el dominio negativo?

—Quizá —dije. Me concentré, buscándolas de nuevo—. Juno, decías que esta era la madriguera donde vivían vuestros citónicos. ¿Qué les pasó?

—Celebraron una gran cumbre para recopilar el extenso conocimiento de nuestro pueblo —respondió Juno—. Durante la reunión desaparecieron sin más, dejando atrás solo estos extraños símbolos. —Hizo un gesto hacia la pared—. No sabemos más que eso, ya que no quedó nadie para escribir la historia.

Normal, si habían desaparecido todos a la vez. Mi pueblo había perdido su conocimiento del mismo modo. Después de que la Flota Desafiante se estrellara, la primera bomba aniquiladora que dejó caer la Supremacía había matado a todos los oficiales, a todo el personal de mando, a toda la gente que sabía lo que había pasado y por qué. Al resto no le quedó más remedio que inventarse sus propias historias sobre los «krells».

Pero gracias a Spensa, tenía una corazonada sobre lo que quizá hubiera ocurrido.

—Dejaron atrás esta pared… —dije— ¿porque la cumbre se celebró aquí? ¿En esta sala?

—Sí —respondió Juno—. Esta ciudad lleva siglos siendo nuestra capital, así que era el punto de reunión más lógico.

—Si decidieron poner a prueba todo ese conocimiento —dije—, es posible que averiguaran cómo crear este portal a la ninguna-parte y se quedaran atrapados dentro.

—En ese caso —dijo Juno—, me temo que murieron todos hace muchos años.

Era verdad, pero yo había oído *algo* en la ninguna-parte. Me concentré en el portal. No oí las voces, ni la de yaya ni ninguna otra.

Estaban pidiendo ayuda. La yaya los había oído, pero es que ella llevaba muchos años atrapada en Detritus, escuchando las estrellas. Si alguien había podido desarrollar la habilidad de detectar señales en la ninguna-parte inaudibles para los demás, era ella.

—¿Spensa te ha explicado cómo abrir el portal? —preguntó Alanik.

—No —dije—. Y no he contactado con ella otra vez desde hace ya unos días, así que no puedo preguntárselo. —Me volví hacia Juno—. ¿Hay alguna

leyenda sobre lo que les sucedió a los citónicos?

—Ah, muchas —respondió él—. La mayoría son cuentos infantiles. Mi favorita es la de una banda de piratas espaciales que volaban por los cielos sobre el caparazón de una tortuga gigante.

—¿Unos piratas espaciales se llevaron a vuestros citónicos?

—Casi seguro que no —dijo Juno—. Solo es mi favorita, no la más verosímil.

—¿Y cuál dirías que es la más verosímil? —pregunté.

—Es imposible saberlo con certeza, por supuesto —dijo el kitsen—, pero yo siempre he dado crédito a las teorías de Ito, que escribió que…

—¡Jorgen! —llegó la voz de Arturo a la radio que llevaba sujeta al cinturón.

—¿Sí? —respondí.

—Nave de transporte de la Supremacía —dijo Arturo—. Vienen cazas hacia aquí.

«Tirda». La Supremacía. Esperaba que no hubieran oído la transmisión de Kauri y no supieran que estábamos allí. Al parecer me equivocaba.

—Tenemos que irnos —dije a Alanik.

—Si vas a emplear tus nuevas habilidades contra el enemigo —dijo Juno —, quizá podría acompañarte.

No sabía si estaba preparado para hacerlo, pero de todos modos un kitsen no ocuparía mucho espacio en mi cabina. Incluso menos que las babosas, aunque esperaba que él no se acurrucara tanto contra mí.

—Muy bien —dije.

Llamé a Abracitos, que apareció al instante en mi hombro acompañada de Babosa Explosiva, porque por lo visto ya no iba a ninguna parte sin él.

Puse una mano en el hombro de Alanik, la otra en la plataforma de Juno y pedí a Abracitos que nos teleportara a todos a la playa.

12

La nave de transporte se cernía en el cielo sobre Manantial Soñador, iluminada por la luna de color marfil que empezaba a asomar sobre el horizonte. Flotaba justo encima de la ciudad, rodeada de nubes. Parecía fuera de lugar sobre aquel paisaje idílico.

—¿Están aquí por vosotros? —preguntó Juno. Su tono no indicaba que nos culpara, sino solo que quería conocer los hechos.

—Es muy probable —dije.

Nosotros habíamos traído aquello a los kitsen. Era responsabilidad nuestra hacer todo lo posible por protegerlos.

No tuve que ordenar a mi escuadrón que subiera a sus naves. Ya estaban corriendo hacia ella. Mantuve las manos en el hombro de Alanik y la plataforma de Juno y pedí a Abracitos que hipersaltara con nosotros junto a la nave de FM.

—Tenemos que sacar a los taynix —dije—. Podrían hacernos falta para traer a los demás.

Levanté la cubierta del Dulo de FM y liberé a Branquia, y luego Alanik y yo corrimos entre las naves abriendo una caja tras otra. Al terminar, pedí a Abracitos que nos teleportara a Juno y a mí directos a mi cabina.

Alanik corrió hacia su nave mientras Juno se colocaba justo detrás de mi asiento. Despegamos mientras cuatro cazas enemigos nos sobrevolaban.

El resto del escuadrón aún corría. Teníamos que proporcionarles apoyo aéreo o los ametrallarían antes de llegar a sus naves.

Cúbreme, dije a Alanik.

Hecho, respondió.

Volé derecho hacia las naves enemigas y abrí fuego para obligarlas a dispersarse o perder los escudos. Juno dio un pequeño gañido de sorpresa,

como si no hubiera esperado que una nave de combate… ¿qué, combatiera?

Alanik acertó unos cuantos buenos disparos a las naves mientras maniobraban para esquivarme, y luego se puso a mi ala y me acompañó persiguiéndolas lo suficiente para atraer el fuego enemigo y llevarlas al océano, lejos de la playa.

—Vaya, qué emocionante ha sido —dijo Juno. Parecía haber fijado las botas de su exoesqueleto al disco flotante para no salir despedido por la aceleración.

—Aún no has visto nada.

Vuelve y cubre a los demás, envié a Alanik, y vi cómo se escoraba y disparaba a una nave enemiga que también estaba dando media vuelta.

Por mucho que Alanik hablara de demostrar su valía en combate, había encajado de maravilla en el escuadrón y no discutía nunca cuando le daba órdenes.

—Caracapullo —dijo Arturo por el canal de comunicación—, los demás están llegando a sus naves, pero Rara y Centinela están atrapadas donde el banquete.

—Recibido —respondí—. Ángel, cubre a los demás hasta que suban a sus naves y luego ven a apoyarme.

Aceleré playa abajo y enseguida vi a lo que se refería Arturo. Había una nave acribillando la roca con fuego de destructor, y esperé que Kimmalyn y Sadie hubieran encontrado buena cobertura. Abrí fuego y logré un impacto antes de que la nave empezara a virar, se volteara y contraatacara. Pasé por debajo de ella, obligándola a girar de nuevo y prestarme atención a mí. Cuando comprobé que lo hacía, seguí acelerando en una secuencia ondulatoria, evitando sus disparos y llevándomela de nuevo al océano.

Al hacerlo, atraje la atención de otros dos perseguidores. Tanto Arturo como Nedd estaban ya en sus naves, bordeando la zona donde se habían quedado atrapadas Kimmalyn y Sadie.

—Anfi —dije—, ¿cómo están Rara y Centinela?

—Saliendo de un horno, por lo que parece —respondió él.

—Muy listas —dijo Juno desde detrás de mí.

—Están cubiertas de hollín —dijo Arturo—. Las cubriremos hasta que lleguen a sus naves.

—Yo me ocupo —respondí.

Kimmalyn y Sadie no podían llamar a sus babosas, pero yo sí podía explicar a los taynix dónde estaban. Envié a Pilluela y Feliz una imagen

mental de la zona de los hornos. Sentí que las babosas hipersaltaban hasta allí y luego de vuelta a las naves.

—¡Están aquí! —informó FM—. Muy sucias, pero parecen ilesas.

—Bien —dije—. Que todo el mundo avise cuando esté en el aire.

Mis tres perseguidores intentaban atraparme en su fuego cruzado, así que ejecuté otra secuencia defensiva mientras el escuadrón despegaba. Volé por instinto mientras pasaba lista mentalmente, asegurándome de que no faltara nadie.

—¿Hay alguien ayudando a Caracapullo? —preguntó Kimmalyn por radio.

—No hace falta —dije.

Tenía a las naves justo detrás, apuntándome todas a mí, pero aún tenía el escudo y estaban disparando un poco a lo loco.

—Quizá sería buen momento para probar un ejercicio de meditación —dijo Juno.

—¿Tú crees? —repliqué, haciendo un tonel volado. La pequeña plataforma se ladeó y Juno dio un agudo chillido que sonó sospechosamente a «Yuju».

Todos los demás estaban ya en sus naves, así que no tenía que preocuparme de alejar al enemigo. No quería que dispararan sobre la ciudad kitsen, pero tampoco quería dejar Manantial Soñador desprotegida demasiado tiempo y que la destruyeran en nuestra ausencia. No sabía qué órdenes tenían las naves de la Supremacía, así que debíamos prever todas las posibilidades.

—Recuerda los fragmentos —dijo Juno—. Y tu respiración.

—Estoy ocupado —respondí.

Juno siguió hablando como si no me hubiera oído.

—Inspira, espira. Ahora estás completamente relajado.

No estaba nada relajado. Había visto los informes de respuesta biológica, las pruebas que hacía la FDD midiendo nuestras constantes incluso en vuelos rutinarios, y sabía que allí arriba funcionábamos todos a base de pura adrenalina.

—Juno —dije—, no creo que…

—Eres una piedra lanzada sobre el mar —prosiguió.

Recordé la sensación de rozar la ninguna-parte. La vibración que notaba a lo largo del límite entre nuestro universo y la ninguna-parte no era muy distinta de la vibración de mi nave al surcar el cielo.

—No puedo manifestar hojas mentales dentro de la nave —protesté—. La haría pedazos.

Imaginé rebanadas de metal rizándose hacia fuera, saliendo despedidas unas de otras en un gigantesco estallido.

—Pum —trinó Babosa Explosiva.

—Exacto —dije—. No hay que hacer pum. Aquí no.

—Aquí no —convino Babosa Explosiva.

Los cazas enemigos seguían a mi cola. Evadí sus disparos y viré para volar en paralelo a la playa. Si los llevaba de vuelta, podría…

—Caracapullo, ¿estás bien? —preguntó Arturo.

—Bien —dije—. Pon al resto del escuadrón en formación ofensiva.

No podía tener una vista general del campo de batalla sin dar una apertura a mis perseguidores, así que tendría que ocuparse Arturo. Era más que capaz. Podía apañárselas sin mí.

—Ah, aquí está —dijo Juno después de pasar unas páginas del libro—. Vuelve al océano. Mete los pies en el agua. Formas parte de él, igual que él forma parte de ti.

Oía a Arturo por la radio dando instrucciones al resto del escuadrón. Ordenó a Nedd que apoyara a Kimmalyn mientras Alanik y él venían hacia mí.

—Juno —dije—, de verdad no creo que…

—Mientras la ola de tu mente baña esta dimensión, trae consigo esquirlas de la ninguna-parte. Siéntelas volar desde la superficie del océano de la nada. Las esquirlas están lejos de ti, fuera de tu alcance. No son esquirlas en absoluto, sino pájaros a los que les salen alas y vuelan lejos, adentrándose en el más allá, cortando todo lo que hay en su camino con sus picos afilados como cuchillas.

Tirda, sí que lo veía: las esquirlas, los *pájaros*. Volaban por el límite de la ninguna-parte igual que los que había visto antes pescando sobre las olas. Desvié mi nave a un lado para evitar una ráfaga de fuego de destructor y completé el bucle en dirección a la playa.

—Sabes que, si me sale mal, nos caeremos del cielo, ¿verdad?

Abracitos podía sacarnos de la nave hipersaltando, pero entonces la perdería y no era nada buen momento para que pasara algo así.

—Siente los pájaros alejándose de ti, la bandada volando hacia tus enemigos, sus picos afilados y listos.

Tirda, ¿Juno pensaba seguir leyendo hasta que lo intentara? En el monitor de proximidad vi que llegaban más naves enemigas a la playa y entablaban combate con el resto del escuadrón. No podíamos pedir refuerzos inmediatos.

O bien Alanik o bien yo tendríamos que hipersaltar a Detritus para traerlos, así que antes debíamos agotar todas las demás opciones.

—Muy bien —dije—, como quieras. Desplegaré los pájaros.

Ascendí veloz hacia una nube baja. Alanik decía que no pasaba nada por volar al interior de aquellas cosas, y llevábamos todo el día viéndolas pasar sin incidentes, así que supuse que no ocultaría nada perverso. Cubierto por la nube, ejecuté un bucle Ahlstrom y esperé a que el monitor de proximidad me confirmara que las naves entraban siguiéndome. Lo hicieron, pero me las quité de encima aprovechando la cobertura y salí por debajo de la nube para hacer un viraje cerrado hacia la playa.

Arturo y Alanik llegaron y abrieron fuego contra mis perseguidores.

—Anfi, Ángel, retiraos —ordené—. Voy a intentar una cosa.

No quería cerrar los ojos estando en el aire, pero dejé que mi mente se abstrajera y volé por instinto. Era peligroso hacerlo llevando tres enemigos a mi cola y mientras mis refuerzos se alejaban como les había pedido. Quizá no tuviera más que un momento, pero extendí la mente al océano de la ninguna-parte, atrapé los fragmentos y les di forma de pájaros que volaban hacia delante como misiles, con las alas encogidas contra el cuerpo, el pico afilado y listo.

Un caza enemigo alcanzó mi escudo con sus destructores, y luego otro. Me lancé a una tijera gemela para esquivar el fuego, todavía intentando dividir mi mente, concentrarme en los fragmentos.

—Tú eres los pájaros y los pájaros son tú —leyó Juno—. Los pájaros y tú sois uno. Eres uno con la ninguna-parte, y contigo mismo.

Me alejé, todavía seguido por las naves enemigas.

—Que todo el mundo se aparte —dije mientras ralentizaba mi nave, casi permitiendo que mis perseguidores me alcanzaran.

Mi escudo recibió otro impacto y desapareció. Llamé con la mente a mi bandada de pájaros proyectiles.

Y como si fuesen naves diminutas, los hice volar contra los enemigos que llevaba a cola.

Los pilotos no esquivaron. No lo vieron venir. Las hojas mentales desgarraron sus alas y sus cascos como si no llevaran escudos, destrozaron sus naves. En mi mente los fragmentos se disgregaron y se disiparon. Los restos de los cazas cayeron hacia el océano en pedazos de metal cortados limpiamente.

Por la radio, Arturo soltó una palabrota.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nedd.

—Hojas mentales —dijo FM—. ¡Por las estrellas, Caracapullo, ha sido increíble!

Mi nave no tenía ni un solo corte. Casi me sorprendió.

—No puedo creer que haya funcionado —dije a Juno.

Juno hizo un ruidito autocomplaciente.

—Los conocimientos de los antiguos contienen una gran sabiduría.

Al parecer, así era.

—De acuerdo, tenías razón —concedió Alanik por el comunicador—. No hace falta volar en punta para demostrar tu valía.

—Hazle caso, Caracapullo —dijo Nedd—. Repliégate y deja algún enemigo para los demás.

—Encantado —respondí.

Busqué cobertura junto a los acantilados para reiniciar mi escudo. Kimmalyn se quedó flotando encima de mí, protegiéndome. Mientras esperaba amplié los sensores e hice recuento de naves enemigas mientras los demás se enfrentaban a ellas. Eran muchas, pero tampoco una cantidad abrumadora, y parecían estar disparándonos solo a nosotros, no a los kitsen.

De momento, al menos. Aun así, confié en que significara que habían venido para eliminarnos a nosotros, no necesariamente para destruir a los kitsen por habernos recibido. Eso podía cambiar en cualquier momento, pero supuse que convencer a los kitsen de que nos ayudaran cuando solo estábamos nosotros bajo ataque iba a ser…

Dos naves descendían hacia nosotros y Kimmalyn alzó el morro en su dirección. Las naves nos pasaron por encima y llegó una voz nueva por la radio.

—¡Invasores! —exclamó, y mi alfiler tradujo del brusco idioma kitsen—. ¿Pretendéis mancillar nuestro hermoso hogar con vuestra vulgar presencia? ¡Os derribaremos del cielo y lamentaréis el día en que osasteis hollar la Madriguera de Luz Perpetua que Lame con Suavidad las Orillas del Tiempo!

¿Sería…?

—¿Goro?

—Humano —dijo Goro—, te ofrezco un aplazamiento de mi desafío.

Por tanto, al menos el discurso de antes no había ido dirigido a nosotros.

—No llevo un alfiler de esos —dijo Gatero por radio—. ¿Alguien me traduce al coleguita zorro?

—Se ofrece a que Caracapullo no tenga que luchar contra él de momento —respondió FM—. Aunque tampoco es que él hubiera aceptado hacerlo.

Esperé que aquello no fuese otra trampa. Goro podría muy bien ofrecerse a ayudarnos y luego dar media vuelta y utilizar el hecho de que hubiéramos disparado a la Supremacía como prueba de nuestro salvajismo.

—Estamos defendiéndonos —dije por el canal abierto de radio.

—¡Por supuesto! —exclamó Goro—. Has demostrado ser un cobarde al rechazar el combate singular, ¡pero muchos cobardes con la espada muestran su valor cuando suben a una nave!

«Por las estrellas».

—¡No soy un cobarde por negarme a apalear a alguien que mide la décima parte que…!

—¡Si te enfrentaras a mi campeona en duelo, sangrarías como los Ríos Rojos que Desembocan en el Mar Vacío!

—No te dejes provocar —me susurró Juno—. Creo que, llegados a este punto, ya lo hace por diversión.

Me alegré de que alguien estuviera pasándolo bien.

—Goro —dije—, estamos defendiéndonos a nosotros mismos y también a los tuyos. La Supremacía no tardó en volverse contra los UrDail por acogernos, y os harán lo mismo a vosotros.

Torcí el gesto. Tal vez no era lo mejor que podría haber dicho. De mis palabras podía deducirse que los habíamos puesto en peligro a sabiendas al visitarlos. Pero es que no podíamos ir a ningún sitio sin poner a gente en peligro, y necesitábamos…

—Esta es tu oportunidad de demostrar tu valía, humano —dijo Goro—. Si estáis defendiendo los sagrados acantilados de Manantial Soñador, entonces ya sois aliados nuestros. Nuestra nave no será tan rápida como las vuestras, pero no es menos feroz. Combatiremos a vuestro lado como iguales.

«Uy». Aquello sonaba más bien a… oportunidad. Si volábamos juntos, si luchábamos juntos, Goro podría empezar a creer que de verdad pretendíamos aliarnos con ellos y no conquistarlos. FM siguió traduciendo para los demás, no al pie de la letra pero sí transmitiendo el sentido general. Nuestra respuesta dependía de mí.

—Excelente —dije a Goro—. Estaremos encantados de luchar a vuestro lado.

—Caracapullo —avisó Arturo—, otro grupo grande de cazas ha salido de la nave de transporte y viene hacia aquí.

—*¿Caracapullo?* —se sorprendió Goro—. Mi intérprete de a bordo lo traduce como…

—No es literal —intervino Alanik—. Mejor no le des más vueltas.

—Goro —dije—, ¿tenéis más naves que puedan ayudarnos? —Amplié los sensores para echar un vistazo a los cazas que llegaban. Tirda—. Nos superan mucho en número.

—¡Aquí estamos! —exclamó Kauri, incorporándose al canal de radio—. Y hay un pequeño aeródromo al otro lado de la isla. La Fuerza Aérea Que No Pertenece A Aquel Que No Era Rey debería llegar pronto.

Por las estrellas.

—Qué largos son vuestros nombres —dije a Juno—. ¿Vuestro pueblo nunca anda con prisas?

—Solemos acortarlos —respondió él—. Solo usamos los nombres completos para impresionar o intimidar.

Ah, eso ya era otra cosa. Así tenía más sentido. Y la llegada de más naves kitsen solo podía beneficiarnos.

—Escuadrón Cielo, apartemos las naves enemigas de la ciudad. FM, Centinela, poneos en retaguardia. No sabemos cuál es el objetivo del enemigo y no quiero que disparen a civiles mientras les damos la espalda.

—Recibido, Caracapullo —dijo FM.

No estaba al mando de los kitsen y no debía actuar como si lo estuviera.

—Goro, Kauri, si voláis con nosotros, protegeremos vuestros acorazados mientras disparáis al enemigo. ¿Esa táctica es aceptable para vosotros?

—¡El rostro del enemigo refulgirá por las lágrimas cuando conozca el honor de la derrota a manos de la *Rompiente y Siempre Gloriosa Oleada del Tiempo!*

Me lo tomé como un sí.

—¿Ese es… el nombre de tu nave? —preguntó Kimmalyn.

—Sí, humana traicionera —respondió Goro.

Al parecer, no había renunciado por completo a provocarnos.

—La llamaré la *Rompiente Oleada* —dije—, a menos que sea ofensivo.

—Si yo te llamo a ti Caracapullo, creo que el ofendido eres tú, humano.

—Sí, es posible —respondí.

Mis padres me habían dado la lata para que me cambiara el identificador desde que había terminado la escuela de vuelo. Pensé que tal vez debería hacerlo como muestra de respeto hacia ellos. Si decía que el motivo era ese, nadie lo cuestionaría. Pero la verdadera razón de haber conservado mi identificador de vuelo no era que quisiera desafiar a mis padres. Era que me gustaba. Me lo había puesto Spensa y me recordaba a ella. No iba a cambiarlo.

Y mucho menos en plena batalla.

Mi escuadrón avanzó hacia las naves recién llegadas y salí del acantilado para unirme a ellos, observando al enemigo. El entrenamiento de las fuerzas de la Supremacía no era nada consistente, y aquel grupo no daba la impresión de llevar mucho tiempo pilotando. Algunas unidades de la Supremacía parecían tener jefe de escuadrón, pero aquellos no volaban siguiendo ninguna formación concreta. En caso de que tuvieran algún líder, saltaba a la vista que no sabía lo que hacía.

Dividí mi escuadrón en tres grupos: una retaguardia atrás, sobre la ciudad, y una ofensiva en dos frentes que atacaría a las naves enemigas desde ambos lados. Era una táctica pensada para romper formaciones y, dado que aquellos cazas ya no llegaban en formación, lo que conseguimos fue sembrar el caos. Goro y Kauri se habían separado, uno en el centro de cada ofensiva, y Kauri en concreto parecía comprender nuestras maniobras y las complementaba.

Kimmalyn solía ser mi compañera de ala, pero la había asignado con Nedd. Arturo y él eran compañeros de ala habituales, pero Arturo se había ofrecido a poner al día a Alanik para que volara con nosotros. A mí no me parecía que hiciera mucha falta, porque Alanik nos había enseñado tanto como nosotros a ella en lo referente a maniobras, pero tampoco había visto ningún motivo para impedirlo.

Un grupo de casi una docena de naves se escabulló de nuestro otro equipo de ataque y se dirigió a la ciudad.

—FM, Centinela —dije—, tenemos visita.

—Los vemos —respondió FM.

—Proteged la ciudad —ordené—. No sabemos cuál es su objetivo concreto, pero…

«Tirda». Todas aquellas naves parecían haber puesto rumbo directo hacia mí.

—Creo que sí sabemos cuál es su objetivo —dijo FM—. Han visto lo que has hecho antes.

—¿Quieres que te lea otra vez la meditación? —se ofreció Juno.

—No —respondí—. Creo que lo tengo pillado. A no ser que tengas algo por ahí sobre hacer que tus pájaros vuelen mejor.

—¡Vuelen mejor! —trinó Abracitos.

—Voy a ver —dijo Juno, hojeando su libro.

Las naves llegaban deprisa. No tenía tiempo de esperar a Juno.

—Cubridme —dije a FM y Centinela—. Pero no os acerquéis.

—Hecho —respondió FM.

En vez de virar y hacer que las naves me persiguieran, volé derecho hacia ellas. Visualicé otra vez aquellos pájaros sobre el océano y encontré el ritmo de las olas, la forma en que la ninguna-parte presionaba contra mi mente y mi mente contra ella.

Las naves se dispersaron por delante de mí y empezaron a disparar como posesas. No querían que me acercara demasiado.

Tuve una idea.

—Todas las naves, mantened la distancia.

—¿Caracapullo? —dijo Arturo—. ¿Qué estás haciendo?

—Una cosa que Spensa intentaría —respondí. Si funcionaba, me habría gustado que estuviera allí para verlo. Si no, iba a enterarse de todos modos—. Aguanta, Juno.

Proyecté la mente hacia esa bandada de pájaros y los elevé desde el oleaje del océano para que planearan fuera de mi nave, siguiéndome, volando conmigo. Perseguí a los cazas que huían, esquivando los disparos de destructor. Sobrecargué mis propulsores y abrí un surco en la batalla, ahuyentando naves por delante de mí. Envié mis hojas mentales en bandadas densas, atacando una nave y luego otra, cercenando alas y alerones de cola y morros mientras mi escuadrón derribaba a las que seguían huyendo. Unos pocos pilotos valientes intentaron cargar contra mí, y los pedazos de sus naves llovieron sobre el océano, hechos trizas.

—Madre mía, Caracapullo —dijo Arturo.

—Parecer ser que tenías razón —comentó Juno—. No te hacía falta meditar.

—Pum —trinó Babosa Explosiva desde su sitio bajo mi asiento.

Aferré el borde del panel de instrumentos para que no me temblaran las manos. No debería ser capaz de hacer aquello. Parecía… antinatural.

Sobrenatural quizá fuese mejor definición. ¿Por qué era mucho más fácil ver a Spensa haciendo cosas como esa que hacerlas yo mismo?

—El enemigo se dirige a la ciudad —avisó FM por el comunicador—. Centinela y yo vamos a por ellos.

Vi que, en efecto, los cazas enemigos estaban huyendo en dirección a Manantial Soñador. Los había asustado, pero en vez de retirarse a su nave de transporte, iban a darnos donde más dolía. No daba la impresión de que los edificios kitsen fuesen a aguantar bien el fuego de destructor, y Cobb y la yaya no tenían más cobertura que una tirdosa tienda de campaña.

—Escuadrón Cielo, derribad esos cazas —ordené—. No dejéis que disparen contra la ciudad.

Abatirlos sobre Manantial Soñador provocaría daños, pero no tantos como si permitíamos que las naves atacaran. No había visto que ninguna llevara bombas aniquiladoras: habían venido a por nosotros, no para destruir la ciudad kitsen.

Pero de todos modos podían causar daños sustanciales si las dejábamos a la suya.

—Anfi —llamé—, ¿dónde está Cuna?

—Ha corrido a buscar cobertura en la ciudad —respondió Nedd en vez de Arturo—. Le he dejado una radio para mantener el contacto.

—Estoy aquí —dijo Cuna por el canal de comunicación general—. Me refugiado en el edificio del Senado.

Los meditécnicos estarían con Cobb y la yaya, todos ellos expuestos.

—Necesito que vaya delante del hospital y ayude a los médicos a trasladar a los pacientes.

—No podemos moverlos —dijo Alanik—, ¿recuerdas?

Pero tampoco podíamos dejarlos bajo una tienda de campaña en pleno ataque aéreo.

—Aparecieron en la biblioteca —respondí—. Y nuestro transporte médico estaba en la dirección opuesta. Con un poco de suerte, no pasará nada si los movemos hacia la biblioteca.

—Transmitiré tus instrucciones al personal médico —prometió Cuna.

—Infórmeme de lo que pase —le dije.

El escuadrón persiguió a las naves que se aproximaban a la ciudad mientras yo vigilaba la retaguardia por si era una treta para facilitar que nos flanqueara otro grupo de cazas salido del transporte. No venían más naves desde esa dirección. Aún.

—Naves entrantes —avisó Arturo.

En efecto, desde la otra dirección, sobre el acantilado de Manantial Soñador, se unían más naves a la batalla. Eran cazas kitsen, dos docenas, que se enfrentaron de inmediato a las naves de la Supremacía que llegaban a la ciudad. Una de ellas cayó en barrena hacia los edificios y Alanik la atrapó con su gancho de luz, tiró de ella hasta la playa y la soltó en la arena, donde no haría daño. Nedd hizo lo mismo con una nave que Kimmalyn había derribado sobre el mismo centro de la ciudad, pero él ascendió remolcando su fuselaje y la dejó sobre el acantilado. Caían algunos cascotes sobre la ciudad, pero con un poco de suerte los daños serían mínimos.

—Caracapullo —dijo Alanik—, el enemigo va a retirarse.

Apenas había acabado la frase cuando los cazas de la Supremacía viraron casi como uno solo y huyeron acelerando sobre el océano, ascendiendo hacia la nave de transporte que las esperaba entre las nubes.

—¿Los perseguimos? —preguntó Nedd.

—Esperad —dije.

No sabía qué pretendían y no quería dejar la ciudad vulnerable a un nuevo ataque. Los cazas se perdieron de vista cerca de la nave de transporte, semioculta por el movimiento de las nubes. Mi monitor de proximidad mostró que seguían allí arriba. Los únicos motivos para que se replegaran así podían ser que creyeran contar con más ventaja desde esa posición o…

—Ángel —dije—, ¿has oído alguna transmisión?

—Sí —respondió ella—. Han recibido orden por el hipercomunicador de retirarse y esperar. Habían informado de que los kitsen combaten a nuestro lado y quieren más fuerzas para aplastar la resistencia.

Por los santos, no era nada buena señal.

—Anfi —dije—, tienes el mando temporal del escuadrón.

—¿Caracapullo? —dijo Arturo—. ¿Qué vas a hacer?

—Traer ayuda —respondí.

La situación se había calmado, así que no iba a tener mejor ocasión. No podía depender de las hojas mentales para todo. Eran una herramienta efectiva, sí, pero había visto las monstruosas armas con las que contaba la Supremacía y no podría detenerlas todas, ni siquiera con el resto del escuadrón cubriéndome las espaldas.

—Si ellos esperan refuerzos, nosotros también los necesitamos —añadí—. Voy a pedir a Stoff que me deje traer la plataforma.

Estaba tentado de informarle de que me la llevaba en vez de pedirle permiso, pero no sabía muy bien cuánto tiempo más funcionaría esa actitud. Al principio había salido bien porque el personal de mando aún estaba tambaleándose por la pérdida de Cobb y de media asamblea, y porque nadie quería discutir conmigo después de lo que les había pasado a mis padres. Tenía que tantear la situación, y tenía que hacerlo rápido.

—FM, quiero que me acompañes. Que Centinela vuele con Rara y Nedder de momento. Aterrizaremos y dejaremos a Abracitos en mi nave para luego volver directos y despegar enseguida.

Esperaba que fuese rápido, al menos. No sabía cuánto tiempo teníamos antes de que llegaran los refuerzos de la Supremacía.

—Alanik me tendrá informado. Contactad de inmediato si nos necesitáis. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo Arturo.

—Saludad a Stoff de nuestra parte —añadió Nedd.

Aterricé muy pegado al acantilado, donde mi caza quedaría oculto en parte. La nave de FM aterrizó a mi lado. Volví la cabeza hacia Juno.

—¿Quieres quedarte? —le pregunté—. No te garantizo que estés a salvo en la nave.

—Preferiría acompañaros —dijo Juno—. Es evidente que mi presencia ha sido útil.

—Así es —respondí—. Pero no usaré las hojas mentales en Detritus.

—Un caminante de la sombra recorre siempre la senda —dijo Juno—, no solo cuando se requiere violencia.

No sabía muy bien lo que significaba aquello, pero en realidad tampoco quería tener que explicar a Stoff la presencia de Juno.

—Pensándolo mejor —dije—, lo más útil que podrías hacer es quedarte y enseñar esa meditación a Alanik.

Quizá no tuviera mucho tiempo para aprender, pero Alanik no sabía usar las hojas mentales, así que cualquier habilidad que adquiriera sería una mejora.

—Hay sabiduría en ello —aceptó Juno—. Nunca había soñado que trabajaría con un citónico, así que no digamos ya tener el privilegio de orientar a dos.

—Estás de suerte, entonces. —Activé el comunicador de mi nave—. Ángel, si bajas a recoger a Juno, te pondrá unos ejercicios hasta que vuelva.

—Si sus ejercicios te han enseñado a hacer eso de antes —dijo Alanik—, voy ahora mismo.

—Lo más seguro es que proteste menos que yo —aseguré a Juno.

Le enseñé a utilizar la radio por si tenía problemas antes de que llegara Alanik, y entonces levanté la cubierta de mi nave. Mis taynix tendrían que quedarse en Orilla Perpetua para que Branquia tuviera un destino reconocible y nos trajera directos a nuestras naves.

—Quedaos aquí —pedí a Abracitos y Babosa Explosiva, que no podría desplazarse mucho por sí mismo, pero tendía a acompañar a Abracitos a todas partes.

—¡Aquí! —repitió Abracitos.

No sabía si me había entendido, pero tendría que bastar. Salí de mi nave y fui con FM y Branquia sobre la arena.

—¿Preparado? —me preguntó ella.

—Sí —dije—. Hagámoslo rápido.

—Muy bien —dijo ella, poniéndome la mano en el hombro—. Branquia, llévanos a casa.

13

Era incluso más tarde en Detritus que en Orilla Perpetua, pero al emerger en la sala asignada a los taynix del hangar de ingeniería de la Plataforma Primaria, encontramos a Gali todavía en su escritorio. Sonrió al ver a FM, pero la sonrisa se esfumó al instante.

—Si venís sin el resto del escuadrón, supongo que la cosa no va bien —dijo.

—Nada bien —confirmé—. Tenemos que hablar con Stoff.

—Se habrá ido a la cama —dijo Gali—. Casi todo el mundo está durmiendo.

—Menos tú —repuso FM.

—Sí —dijo Gali—. Estaba estudiando los informes de los equipos de exploración sobre las otras plataformas. Han encontrado una a pocos cientos de kilómetros de aquí que presenta algunas similitudes con Hoja Errante. Creemos que quizá tenga sala de control, así que estoy cartografiando una ruta para acercarnos y echar un vistazo sin que nos alcancen las torretas automáticas.

Podría venirnos muy bien. Me pregunté si Stoff me dejaría llevarme unas cuantas plataformas para defender Orilla Perpetua. Nuestro escudo planetario rellenaba los huecos entre plataformas destruidas, así que estaba convencido de que podríamos llevarnos unas pocas sin dejarnos expuestos del todo. Sin embargo, Stoff no era muy amante de los riesgos.

Lo más probable era que pudiese llevarme Hoja Errante, ya que en teoría era propiedad de los UrDail, no de la FDD, y confiaba en que Stoff nos asignara unos escuadrones más. Convendría recordarle que la Supremacía no había atacado nuestro planeta desde que se alzó el escudo, y que podíamos hipersaltar de vuelta en cualquier momento si cambiaba alguna cosa. Aunque

tendría que planteárselo de modo que pudiera salirse de rositas luego, si quería convencerlo de que necesitábamos más potencia de fuego.

—¿Cómo está el asunto con los kitsen? —preguntó Gali.

—Precario —dijo FM—. Vamos, te lo explico de camino a despertar a Stoff.

Sacar al vicealmirante de la cama no ayudaría mucho a ganarnos su simpatía, pero no teníamos opción. Dudaba mucho que aquellas naves de la Supremacía fuesen a esperar a que amaneciera y, aunque lo hiciesen, más nos valía tener los refuerzos desplegados mucho antes de eso.

Mientras FM ponía a Gali al día, extendí la mente hacia Alanik.

¿Situación?

Seguimos esperando, respondió. *Esto no me gusta nada*.

A mí tampoco. La Supremacía tenía citónicos e hipermotores, por lo que podía trasladar unos recursos inmensos en un instante. Si aún no lo habían hecho era porque estaban retirando a su gente de donde estuviera destinada, en cualquier lugar de la galaxia. Habíamos destruido su cañón planetario en ReAlba, pero dudaba mucho que fuese el único que tenían.

¿Y Juno?, pregunté.

No para de decirme que estoy relajada. No lo estoy.

Ya, dije, *yo tampoco lo estaba. Pero luego funcionó igual*.

Me tranquiliza, respondió Alanik. *Gracias*.

Tenme informado, le pedí, y capté su asentimiento aunque no me respondiera con palabras.

Cuando volví a mi entorno, FM estaba contando a Gali la parte en que había derribado aquellas naves de la Supremacía con las hojas mentales.

—Parece peligroso —dijo Gali.

—Ha sido increíble —respondió FM, y parecía decirlo en serio.

—Seguro. Increíble, pero peligroso.

—Ha sido un poco surrealista —dije yo—, pero en esa batalla ha funcionado bien. Por desgracia, no bastará a largo plazo. Ahora que la Supremacía sabe que colaboramos con los kitsen, traerán más naves contra nosotros. Necesitamos ayuda.

Llegamos al pasillo donde estaba el dormitorio de Stoff. Había una soldado montando guardia ante su puerta, Kelin, que había estado asignada a proteger a Cobb desde que había ascendido a almirante.

Me pareció mala señal.

Kelin nos hizo el saludo militar al ver que nos acercábamos.

—Necesito que despiertes al vicealmirante Stoff —dije—. Traemos información urgente.

Kelin asintió. Mi acreditación de seguridad era superior a la suya, así que no me preguntó cuál era la información. Cruzó la puerta y salió a los pocos minutos acompañada de Stoff, que iba en batín.

—Ah, bien —dijo el vicealmirante—. Han vuelto. ¿Cómo están Cobb y la señora Nightshade? ¿Los tenemos en la enfermería? ¿Cuál es su estado?

Ay, tirda. Claro, tendríamos que empezar por aquello.

—El equipo médico no ha podido trasladarlos sin que se desestabilizaran —respondí. Con un poco de suerte, Cuna los habría llevado a la biblioteca, pero me había marchado antes de saber cómo había ido aquello. Tampoco hacía falta darle a Stoff todos los extraños detalles. Solo servirían para que me pidiera unas respuestas que no tenía—. Prefieren mantenerlos allí hasta que sepamos más sobre su dolencia.

—De acuerdo —dijo Stoff—. No creo que hiciera falta informarme de eso en plena noche.

—Tenemos un problema más grave —respondí—. La Supremacía nos ha encontrado en Orilla Perpetua. Debieron de oír la transmisión de Kauri y han venido buscándonos. Han atacado y nos hemos defendido a nosotros mismos y la ciudad más cercana, pero entonces la Supremacía se ha retirado. Hemos oído por el hipercomunicador que esperan refuerzos.

—Vaya —dijo Stoff—, sí que parece un problema.

Por lo menos en eso estábamos de acuerdo. Si hubiera intentado convencerme de que no era problema nuestro, habría temido una nueva explosión de hojas mentales.

—Señor —dije—, tenemos que llevarnos Hoja Errante para defendernos de lo que esté planeando la Supremacía.

—Bien —respondió él—. Tampoco hacía falta despertarme para eso.

¿Ah, no? Me sorprendió que Stoff no pretendiera argumentar que la plataforma era propiedad de la FDD, ya que éramos quienes la habíamos recuperado en ReAlba y quienes habíamos descubierto cómo funcionaba. Me alegré de que no lo hiciera, tanto por nuestros apuros actuales como por la relación con los UrDail, pero…

—También necesitamos apoyo de la FDD —dije a Stoff—. Unos pocos escuadrones como mínimo. Cuantos más pueda concedernos, mejor.

Al oír eso, Stoff sí que puso cara de escepticismo.

—Detritus no está bajo ataque —añadí—. Tenemos el escudo para protegernos si volviera la Supremacía, y los hipermotores nos permitirían

regresar en un momento. Podemos permitirnos enviar naves, no solo para proteger a Cobb y a la señora Nightshade, sino también para mostrar solidaridad con los kitsen.

Stoff me observó cauteloso, y luego miró a Kelin.

—Déjenos solos —ordenó.

—Sí, señor —dijo Kelin, y se marchó pasillo abajo.

Stoff miró entonces a Gali, como planteándose si hacer que se fuera también, pero pareció decidir que no era necesario.

—Muy bien —dijo.

Hum.

—¿«Muy bien», señor?

—Muy bien, llevaos los escuadrones. ¿Cuántos necesitáis?

—¿Cuántos nos…?

—Da igual —me interrumpió Stoff—. No me lo diga. Avisaré por radio al Alto Mando de que está usted autorizado a movilizar escuadrones para apoyarle en Orilla Perpetua. Despliéguelos usted mismo.

¿Yo?

—¿Señor? —dije.

Stoff suspiró y tuve la sensación de que se me escapaba alguna cosa. Miré de soslayo a FM, pero ella no parecía tener más clara la situación que yo.

—Sus órdenes proceden directamente del almirante, ¿verdad? —dijo Stoff —. Ni se me ocurriría contravenirlas.

Con el rabillo del ojo vi que FM y Gali cruzaban la mirada.

No sabía muy bien qué responder a eso. No quería discutir, porque había temido que Stoff me retirase la limitada autonomía que me había concedido, después de saber que Cobb de verdad estaba incapacitado. El protocolo de la FDD establecía a las claras que tenía el derecho, incluso la responsabilidad, de hacer precisamente eso.

—Puedo estimar cuántos escuadrones necesitamos en Orilla Perpetua —dije.

Tampoco me interesaba extenderme demasiado. Era una buena noticia, en realidad, y el Escuadrón Cielo necesitaba que nos encargáramos rápido de aquello y volviéramos con refuerzos.

Pero daba un poco la impresión de ser una trampa.

—Sí —respondió Stoff—. Me dejó muy claro lo que Cobb le había ordenado hacer. Si esta es su misión, debería disponer de la autonomía suficiente para completarla, ¿no le parece?

Ah. Ya entendía lo que estaba haciendo. Sobre el papel, yo era un renegado. Me había llevado a mi escuadrón y nuestros cazas estelares a ReAlba, oficialmente incumpliendo órdenes. Luego había vuelto y había exigido que dejáramos de informar a la Asamblea Nacional y que estableciéramos contacto con los kitsen para recuperar a Cobb. Había muchísima gente que testificaría sobre mi insubordinación, tanta que cualquiera excepto Cobb consideraría el caso más que cerrado.

Stoff no me había hecho encerrar a mi regreso, pero estaba observándome desde entonces. Me había dejado mucha manga ancha por si mis actos beneficiaban los intereses de Detritus, pero nunca se había comprometido del todo respaldando nada de lo que hacía, por si le estallaba en la cara como aquella tirdosa nave de la Supremacía.

Si seguía comportándose así, Stoff podría atribuirse el mérito de todo lo que lograra el Escuadrón Cielo, en caso de quererlo. Y si fracasábamos, se lavaría las manos. Diría que yo había actuado por iniciativa propia, que no comprendía del todo lo ocurrido fuera del planeta.

¿De verdad lo único que importaba a Stoff era curarse en salud y evitar toda responsabilidad sobre lo que sucediera a continuación?

—Señor —dije—, disculpe que lo cuestione, pero es mucha autonomía.

—No más que la que el almirante vio adecuado concederle —respondió Stoff—, ¿me equivoco?

Por las estrellas, tal vez sí que fuese lo único que le importaba. En realidad, era *mucha* más autonomía de la que el almirante había visto adecuado concederme. Pero no quería presionar demasiado a Stoff. Solo pretendía conocer sus motivos, no que cambiara de parecer.

—Esto es importante —le dije—. De momento estamos protegidos, pero no durará mucho tiempo. La Supremacía cuenta con los recursos de toda la galaxia. Intentan convencer a los zapadores, nada menos, de unirse a su bando. Si no encontramos la forma de resistirnos a ellos…

Stoff se encogió, incluso encorvando los hombros hacia delante.

—No es necesario que me lo diga. —Vi verdadero miedo en sus ojos. Estaba aterrorizado—. Tirda, si cree que puede hacer algo para mejorar nuestra situación, ya está tardando en hacerlo.

Me cerró la puerta en la cara.

—¿De verdad acaba de hacer eso? —preguntó FM.

—¿Soltarnos encima a nosotros la responsabilidad por todo? —dijo Gali —. Sí, creo que sí.

No a nosotros. A mí. Yo era un blanco fácil. Mis padres habían muerto, así que no me protegerían de nada. Estaba aislado. En términos políticos, era prescindible.

Stoff parecía sincero al desearnos el éxito. Sabía lo desesperada que era nuestra situación. Pero no pensaba hacer nada al respecto. Y era vicealmirante, por lo que, con Cobb fuera de servicio, su trabajo era asumir el mando.

Pero estaba escondiéndose como un cobarde porque tenía demasiado miedo para hacerlo.

—¿Jorgen? —dijo FM.

—Un momento —le pedí—. Voy a ver cómo están los demás.

Me apoyé en la pared junto a la puerta de Stoff y extendí la mente a la ninguna-parte.

¿Alanik?

Nada aún, dijo ella. *Este roedor no para de hablarme de pájaros. No tengo ningún pájaro viviendo en la mente, Jorgen, y tampoco sé a qué se refiere con lo de las olas*.

Vaya. Para mí había tenido sentido, pero…

Así es como me siento yo cuando tú me hablas de encontrar posiciones en la ninguna-parte, le dije. *Tal vez las hojas mentales no sean lo tuyo*.

Sentí irritación procedente de ella. A Alanik no le gustaba considerarse incapaz de cosas que otra gente podía hacer.

Lo comprendía. A mí tampoco me hacía gracia.

Puedo seguir intentándolo, dijo ella, *pero me preocupa que estemos dejando tranquilas a esas naves en el cielo. Si quieres, subimos e intentamos derribarlas. Así habrá menos luego*.

En la disyuntiva de actuar o esperar, Alanik era como Spensa y se decantaba siempre por la acción. O en realidad, más que decantarse, cargaba hacia ella a toda velocidad. En realidad no se equivocaba sobre aquello, pero aun así no me parecía que fuese la jugada correcta.

No, le dije. *Proteged la ciudad*.

Hay muchas ciudades, Jorgen, objetó Alanik. *Por todo el planeta. ¿Cómo vamos a protegerlas todas?*

Tenía razón. Orilla Perpetua no tenía escudo, ni tampoco la defensa que nos proporcionaban a nosotros las plataformas y los escombros. Estaban expuestos del todo. Y nosotros solo habíamos tenido que proteger Alta. Los kitsen estaban esparcidos por todo el planeta.

¿Cómo se podía sobrevivir así? ¿Cómo íbamos a protegerlos?

¿Era posible siquiera?

Estoy en ello, le envié, como si tuviera la menor idea de lo que hacía. *De momento, concentraos en Manantial Soñador*.

—Jorgen —dijo FM—, ¿quieres que vayamos a la sala de mando?

Allí había gente toda la noche. Lo más probable era que el vicealmirante ya les hubiera avisado y se hubiera vuelto a la cama, dejándonos a nosotros el resto. Y sí que teníamos que ir a la sala de mando, pero si Stoff de verdad iba a dejarme que me llevara todo lo que quisiera…

—Gali —dije—, ¿cuánto tiempo costaría enviar a gente a la sala de control que han descubierto los exploradores en esa plataforma?

—Podemos llegar rápido —respondió él—. Otra cosa es que la pongamos en marcha o no.

—Vale la pena intentarlo —zanjé. Si Stoff iba a darme rienda suelta… Tirda, esperaba que aquello me saliera mal, y quizá estuviera en lo cierto—. Por lo menos, envía un equipo a echar un buen vistazo.

—Empezaré a llamar a puertas —dijo Gali.

Cerré los ojos. Estaba involucrando a Gali en aquello. Otra vez. Si fracasábamos, caería conmigo.

—No puedo ordenarte que lo hagas —le recordé. No tenía autoridad para hacerlo.

—Jorgen —dijo Gali—, ya me subí al tren de incumplir órdenes cuando fui con vosotros a ReAlba. Es demasiado tarde para cambiar de idea.

Apretó la mano de FM y se fue por el pasillo hacia los dormitorios.

Íbamos todos en ese tren, y la tirdosa culpa era mía. Las paredes del pasillo parecieron estrecharse sobre mí y cerré los ojos.

—Jorgen —dijo FM.

No respondí.

—Dime algo para que sepa que no estás a punto de destruir la plataforma desde dentro.

—No lo haré —dije. Podía controlarlo. *Iba* a controlarlo.

—Nos está tendiendo una trampa —afirmó ella.

—Sí.

—Intentará hacerte quedar como un rebelde a quien le dan igual las órdenes. Eso sí que es toda una ironía.

No era el único que la veía. Saberlo me reconfortó.

—Solo si sale mal.

—Por supuesto —asintió FM—. Si sale bien, creo que intentará llevarse el mérito.

Era justo lo que iba a hacer.

—Y sabiéndolo —dijo FM—, ¿vamos a llamar a filas a más escuadrones?

Era lo que debería estar haciendo. Los demás nos necesitaban.

Pero no podía moverme. Sabía que tendría que estar actuando, pero ¿de verdad era lo que iba a hacer? ¿Salir corriendo en cumplimiento de más no-ordenes hacia…? ¿Qué? ¿En serio pensaba que venceríamos a toda la fuerza aérea de la Supremacía con unos pocos escuadrones y una plataforma? Aunque Gali lograra activar unas cuantas bases más, ¿teníamos alguna posibilidad? En ReAlba habíamos ganado, pero quizá hubiera sido por pura chiripa. Tal vez fuese solo una falsa esperanza que precediera a la destrucción total. Podía estar llevando a toda la gente que me importaba a su muerte, y eran *mis* órdenes, *mi* idea, *mi* decisión.

No podía ver morir así a más seres queridos.

En mi mente, la nave de la Supremacía explotó de nuevo.

Pum.

FM me agarró el brazo, sobresaltándome.

—Jorgen —dijo—, háblame. Se te empieza a ir la cabeza otra vez, y de verdad no quiero que tus hojas mentales me hagan picadillo.

Estrellas, ¿me tenía miedo?

—Lo siento —dije.

—No lo sientas. No estás solo en esto. Sé que crees que sí, pero no lo estás.

—Está obligándome a tomar yo la decisión —dije—. Pero ¿es la correcta? Creo que sí que es lo que haría Cobb, pero en realidad no lo sé, ¿verdad? Y si me equivoco…

—No es todo responsabilidad tuya —insistió FM.

—Lo es.

—Todavía crees en la cadena de mando, ¿a que sí?

—Sí —respondí—. Y estamos operando muy fuera de ella.

Cumpliendo órdenes. Más o menos. Dos oficiales superiores distintos me habían más o menos ordenado que hiciera aquello, pero la parte del «más o menos» amenazaba con partirme el cerebro.

—Es una cadena por un motivo —dijo FM—. No es una persona al mando haciéndolo todo ella sola. Sí, al final tomas tú las decisiones. Y tirda, se te está dando de maravilla, ¿vale? Pero estamos todos aquí para apoyarte. Lo único que tienes que hacer tú solo es decir la última palabra.

—Lo sé —respondí—. Pero a fin de cuentas, es mi decisión la que salva a la gente o hace que la maten.

O quizá las dos cosas. Por las estrellas, ¿por qué eran siempre las dos cosas?

—Es verdad —dijo ella—. Pero estamos todos aquí apoyándote porque confiamos en tu buen juicio.

—¡Tú cuestionas mi buen juicio a todas horas! —exclamé—. En Alcance Solar, iba a dejar atrás al escuadrón. Y a lo mejor podríamos haber vuelto a por ellos, pero a lo mejor no, y quién sabe cuántos habrían muerto entretanto. Fuiste tú quien descubrió cómo salvarles la vida, no yo.

—Vale —dijo FM—, pero ¿qué pasa con ReAlba? Tú decidiste que nos quedáramos y derribáramos aquella nave artillera de la Supremacía. Podríamos haber escapado después de desactivar los inhibidores citónicos, pero tú arriesgaste todas nuestras vidas para destruir el acorazado y proteger al pueblo de ReAlba, y está claro que fue lo correcto.

—¿Y cuando te eché una bronca enorme por robar los taynix y traerlos a Hoja Errante? —pregunté—. Entonces no te pareció que estuviera haciendo lo correcto.

FM cerró los ojos. Habíamos estado evitando esa conversación desde que había ocurrido. No me apetecía mantenerla entonces, ni nunca, pero tampoco iba a permitirle fingir que siempre opinaba igual que yo.

—Estaba cabreada contigo —dijo en voz baja—. Y tirda, tenía un miedo que me moría. Dije cosas que no pensaba. Y siento mucho haberlas dicho, de verdad, porque no eran verdad. Tú eres mi jefe de escuadrón, y eres un jefe de escuadrón tirdosamente bueno, Jorgen.

—No me da esa sensación.

Me daba la sensación de estar fallándoles a todos. FM negó con la cabeza.

—¿Crees que si te seguimos es por la cadena de mando? Estos últimos días hemos hecho cosas que son una tirdosa locura. Ni un solo oficial de la FDD nos acusaría de nada por negarnos a participar.

Supuse que era verdad. Estrellas, yo mismo había justificado un montón de cosas que no debería, según las normas al menos.

—Estamos todos aquí —prosiguió FM— porque creemos en lo que hacemos. Y todos te confiamos nuestras vidas porque sabemos que, cuando cuenta, Jorgen Weight hará lo correcto. A veces lo pierdes un poco de vista. A veces te empantanas tanto con las normas que se te escapa lo que es necesario hacer. Pero cuando tomas decisiones sobre nuestras vidas, haces lo correcto siempre.

Yo no estaba tan seguro. Justo por eso procuraba cumplir las normas: porque si cometía un error, quería saber que había sido inevitable. Si erraba

siguiendo el protocolo, por lo menos siempre me quedaba el protocolo para llevarse la culpa.

—Crees que debería llamar a los escuadrones a filas —afirmé.

—¿La verdad? —dijo FM—. No lo sé. A lo mejor deberíamos retirarnos, y entonces quizá la Supremacía dejaría en paz a los kitsen. Veo más probable que hicieran algo de daño y se perdieran vidas, pero seguirían siendo menos que si los provocamos a un ataque masivo del que no estamos seguros de poder defendernos. Es una jugada arriesgada, Jorgen, y no sé cuál es la respuesta buena.

Apreté los dientes y me pasé las manos por el pelo. Si pudiera ver el futuro, saber cuál era la decisión correcta para más gente, para *nuestra* gente, la tomaría. ¿Por qué era tan tirdosamente difícil averiguar cuál era?

—Pero —siguió diciendo FM— uno de nuestros objetivos en Orilla Perpetua es establecer una alianza. Y las decisiones que tomaste en ReAlba son el motivo de que estemos aliados con los UrDail. Eso es gracias a ti.

Me encogí de hombros.

—Me ordenaron hacer esa alianza.

—Claro, porque todo el mundo cumple siempre las misiones que le ordenan, ¿verdad? ¡Si te lo han ordenado, es fácil! Para ti es dicho y hecho, así que no aceptas el mérito porque te limitabas a cumplir órdenes. ¿Voy bien?

—Hum —dije.

Sonaba más o menos correcto, pero el tono de FM me indicaba que no debería serlo.

—En cambio, cuando fracasas, eso sí que es del todo culpa tuya. No existe nadie más que sea responsable de ello, porque Jorgen Weight es todopoderoso y cuando algo sale mal siempre es culpa de él.

—Creo que exageras un poco.

—¿Ah, sí? —replicó FM—. Pues dime que no es como te sientes. Venga, te reto.

—Hum —dije otra vez.

—No pueden ser las dos cosas a la vez. No puedes estar desvalido y a la vez ser responsable de todo. ¿Cuál va a ser?

Me lo pensé un momento.

—No es ninguna de las dos.

—Exacto —dijo ella—. Algunas cosas están bajo tu control y otras no. Lo haces lo mejor que puedes con las herramientas de que dispones. Y eso es lo que te distingue: lo que haces con ellas.

Suspiré.

—Bien, ya entiendo lo que dices.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Cuáles son tus prioridades?

—La vida de Cobb. —Esa era una prioridad clara, limpia y cumpliendo las normas—. Y no podemos llevárnoslo de allí.

Pero por las estrellas, aunque hacerlo quizá salvara vidas kitsen, tampoco podíamos dejarlo allí.

—Muy bien —dijo FM.

—Y las vidas de nuestros compañeros de escuadrón —añadí.

—¿Y las vidas de todos los kitsen que corren peligro ahora mismo? ¿Qué pasa con ellos?

—No son nuestra gente. Pero Cobb nos ordenó que…

—Olvídate un momento de lo que Cobb te ordenó hacer —interrumpió FM—. ¿Qué crees tú que es lo *correcto?*

No sabía qué decisión resultaría ser la mejor, pero intenté olvidarme de eso también. Quizá la decisión correcta fuese la que mayor esperanza supusiera para más gente, aunque el resultado no estuviese asegurado por completo.

Las cosas parecían más claras cuando las consideraba así.

—Salvar vidas —respondí—. Defender a los kitsen, proteger a Cobb, asegurar la alianza. Trabajar juntos contra la gente que intenta matarnos a todos.

Qué sencillo sonaba, dicho así. Daba la sensación de ser la verdad.

—A mí también me parece lo correcto —dijo FM.

Asentí.

—Lo que está haciendo Stoff es una trampa, pero es una trampa política. Salvemos vidas primero y ya politiquearemos después.

Preferiría no politiquear nunca, pero si había que hacer las cosas siguiendo un orden, ese era el adecuado.

FM me observaba, esperando. Estaba haciendo lo que había dicho: hablar conmigo del asunto, pero luego dejarme tomar a mí la decisión.

Podía retirar mi escuadrón y dejar que los kitsen se las ingeniaran con la Supremacía. Si Stoff podía esconderse detrás de la cadena de mando, yo también, y nadie en la FDD me lo reprocharía. Hacerlo me permitiría volver a responsabilizar de todo a Stoff, y él ya no tendría a un renegado a quien echar las culpas.

Pero sabía muy bien que jamás podría mirarme en el espejo si hacía eso.

—Ya basta de cháchara —dije—. Movilicemos los escuadrones y llevémonos esa plataforma.

FM me sonrió de oreja a oreja.

—Sí, señor —respondió.

Y juntos echamos a correr pasillo abajo.

14

Nadie me cuestionó cuando dije que quería tres escuadrones listos para hipersaltar cuanto antes, y a todos los demás pilotos en espera por si necesitábamos más. Si nos habíamos decidido a proteger a Cobb, la yaya y los kitsen, teníamos que comprometernos del todo.

Habíamos dejado un taynix de comunicación en Hoja Errante, al que Nedd había puesto el nombre de Bob, para que las otras babosas pudieran llevarnos y sacarnos de allí. Branquia nos teleportó al centro de control de la plataforma, una sala con grandes paneles de instrumentos e hileras de cajas en las que introducir a babosas para los diversos sistemas de defensa y armamento.

En la plataforma estaban todos dormidos. Algunos pilotos UrDail de la facción de la Independencia habían decidido quedarse allí, probablemente para asegurarse de que nuestro ejército no se apropiara de Hoja Errante como un recurso de la FDD.

FM metió a Branquia en la caja del hipermotor. Mi intención era organizar el hipersalto a Orilla Perpetua en aquella sala de control. Desde allí podía enviar instrucciones a las babosas de los pilotos, siempre que cada escuadrón tuviera al menos un hipermotor a bordo. Después desplazaría Hoja Errante al espacio aéreo por encima de Manantial Soñador, coordinándome con Alanik para que ninguno de los nuestros terminara lo bastante cerca como para recibir el fuego de su armamento automático.

Gali apareció ante el panel de control al lado de FM, que dio un brinco. Por muchas veces que hipersaltáramos, aún costaba acostumbrarse a que la gente apareciera de repente. Me recordó a cuando, de niño, salía de detrás de los muebles para dar sustos a mi madre. Funcionaba siempre, por mucho que lo hiciera, para disgusto de mi madre.

A veces no era lo que pasaba lo que te sorprendía. Era cuándo.

—Van a llevarme en nave a esa plataforma que se parece a Hoja Errante —dijo Gali—. Pero me preocupa que no averigüemos cómo trasladar las plataformas lo bastante deprisa. También me preocupa que sí y que dejemos Detritus indefenso.

—Ya hay agujeros en las plataformas que rodean el planeta —objeté—. El escudo se extiende entre ellas. Seguirá rellenando los huecos si solo nos llevamos unas pocas, ¿verdad?

—Eso espero —dijo él.

—Si no, las devolveremos —le prometí—. Puede que ni descubramos cómo hacer que se muevan, pero creo que deberíamos explorar todas las opciones.

—Desde luego —dijo él—. Tendré a Trapo conmigo, así que, si necesitáis comunicaros, hipersaltad. Veré también si hay un hipercomunicador en la plataforma que podamos poner en marcha.

Nos miró nervioso a mí y luego a FM, que le dio un abrazo.

—Que no os pase nada —dijo Gali.

Esperé que así fuera, pero estrellas, ninguno de nosotros podíamos prometerlo.

Gali dio a Trapo la palabra clave para llevarlo a casa y desapareció para reunirse con los ingenieros. FM parecía muy alterada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No —respondió—, pero no es momento de hablar de ello.

—Hay que esperar a que los otros escuadrones informen de que están listos para hipersaltar —dije—. Acaban de sacarlos a todos de la cama, así que tenemos unos minutos.

FM cerró los ojos con fuerza.

—Por los santos y las estrellas, Jorgen, es mucho más fácil hacerte hablar que hablar yo.

—Si quieres, pido a Gali que vuelva —dije—, pero tiene que salir hacia la plataforma con los otros ingenieros.

—De todas formas, no quiero hablar con Gali de esto —murmuró ella.

Me sorprendió.

—¿No decías que te gustaba que te hiciera hablar?

—Dije que era bueno para mí. Pero es un horror. Y me doy cuenta de que, si no hablo contigo ahora mismo, vas a usarlo como excusa para cerrarte y probablemente explotar otra vez.

Esperaba que no fuera cierto. Pero no lo negué. FM suspiró.

—Bueno, sí, esto es un asco, ¿vale? No me gusta nada dejar aquí a Gali sabiendo que a lo mejor no vuelvo. Sé lo mucho que le afecta y sé que será mucho peor si me pasa algo, y me siento muy culpable por ello. Pienso que quizá no debería haber empezado nada entre nosotros, porque no sé si es justo para él. Y también me pregunto cuánto tiempo más querrá soportarlo antes de decidir que no merece la pena estresarse tanto por mí. ¿Vale? ¿Ya estás contento?

—No —respondí—, pero me alegro de que me lo hayas contado.

FM jugueteó con un botón de la consola, mirándome de reojo.

—¿Nunca se te ocurre que a lo mejor no debiste empezar nada con Spensa?

—No lo empecé yo —dije—. Fue ella. Pero… —Me extrañó la facilidad con que me llegaba la respuesta—. No. Nunca lo he lamentado. No podría lamentar ni un solo minuto que paso con ella, termine como termine todo.

La fuerza de mi convicción me sorprendió. Hasta la última palabra que había pronunciado era sincera. Los hombros de FM se relajaron.

—Y tú tampoco lo lamentas —concluí—. Es solo que tienes miedo.

FM apretó los labios y asintió.

—No creo que sea justo para él. Pero si tú soportas que Spensa se vaya corriendo literalmente a ninguna parte…

Gali había dejado la escuela de vuelo después de su primera vez en el aire, pero de todos modos había venido con nosotros a la batalla en ReAlba, y sin vacilar ni un momento.

—Gali sabe por qué haces esto. Es la misma decisión que toma él cada vez.

—Ya —dijo FM—. Y a mí tampoco me gusta nada que corra peligro. Casi espero que no consigan trasladar las plataformas, porque así estará aquí, más a salvo.

Si no movíamos las plataformas, todos tendríamos menos recursos para ocuparnos de lo que la Supremacía trajera contra nosotros. Pero no le señalé su fallo lógico. Lo comprendía.

—Voy a despertar a los pilotos UrDail —dijo FM—. Para que no se asusten al teleportar la plataforma y para que decidan ellos si quieren quedarse aquí o no.

—Buena idea —respondí.

El hermano de Alanik y los demás habían combatido a nuestro lado en ReAlba, pero aquella no era su lucha. Merecían la oportunidad de decidir por sí mismos.

—Caracapullo —llamó una voz por mi radio—. Aquí Petirroja del Escuadrón Dragón Estelar. Nos han dicho que contactemos contigo nada más hayamos despegado.

La última vez que había hablado con Petirroja por radio, su escuadrón había recibido la orden de impedir que el Escuadrón Cielo escapara hacia ReAlba.

—Recibido, Petirroja —dije—. ¿Tenéis hipermotor?

—Tenemos uno en nuestro escuadrón —respondió ella—. Los escuadrones Hiedra y Victoria tienen un par más cada uno.

—Perfecto. Conectad todas las naves con las lanzas de luz. No dejéis a nadie atrás. Avísame cuando estéis preparados y os llevaremos a todos con nosotros a Orilla Perpetua.

—¿Caracapullo? —dijo Petirroja—. ¿Qué tirdas estamos haciendo?

—Proteger a unos posibles aliados nuevos —dije—. Están bajo ataque porque la Supremacía se ha enterado de nuestra presencia allí. Nos uniremos a su fuerza aérea en la defensa del planeta. Os transmitiré las formaciones concretas cuando lleguemos.

—Sí, señor —dijo Petirroja.

Parpadeé, sorprendido. Petirroja y yo teníamos la misma graduación militar, y aun así estaba dándole órdenes. Stoff me había dado permiso para hacerlo, pero…

No la corregí. Iba a necesitar que todos me hicieran caso, así que la palabra «señor» era buena señal aunque no fuese correcta del todo.

¿Jorgen?, envió Alanik a mi mente. *Ha llegado otra nave de transporte.*

Ya vamos para allá, le dije.

Confirmé que Branquia estaba preparado mientras FM avisaba a los pilotos UrDail.

—Estamos listos para hipersaltar —me informó Petirroja por radio—. Mi escuadrón quiere saber dónde vamos exactamente.

¿No se lo había dicho?

—A Orilla Perpetua —respondí—, un planeta habitado por unos alienígenas pequeños parecidos a zorros.

Hubo una pausa.

—Muy bien —dijo Petirroja—. Gracias por contárnoslo.

Suspiré. Responder a todas sus preguntas requeriría un tiempo que no teníamos.

—Enseguida vais a verlo. Todos los escuadrones, preparaos para hipersaltar.

FM volvió al umbral de la sala de control.

—Gilaf y los demás están poniéndose el traje de vuelo. Se apuntan.

—Bien —dije—. Vamos a necesitarlos.

Estoy listo para hipersaltar, dije a Alanik. *Que alguien ascienda lo suficiente para que la plataforma no dispare contra el planeta al llegar*.

Hubo un largo silencio.

Arturo ya está lo bastante alto, envió Alanik. *El aire a su alrededor está despejado. Adelante*.

Extendí mi mente hacia los otros escuadrones, capté las mentes de sus taynix y les di instrucciones para que se trasladaran con la babosa de Alanik, Borde, a poca altura sobre Manantial Soñador. Luego contacté con Branquia en la caja y le pedí que llevara la plataforma con Naga. Quería que emergiéramos en el aire, no soltar la plataforma encima de la playa para que sus torretas automáticas abrieran fuego sobre la ciudad.

Nos colamos por debajo de los ojos distraídos y aparecimos bajo el cielo negro, manchado de gris por algunas nubes aquí y allá. Entreví las naves de transporte de las que hablaba Alanik sobre las nubes, partes de sus enormes formas rectangulares que asomaban entre los esponjosos obstáculos. Arturo flotaba sobre la superficie de la plataforma, lo bastante cerca para que los cañones automáticos no apuntaran hacia él.

—Tirda, Caracapullo —dijo Arturo—. Que este trasto aparezca de la nada es aterrador.

Hoja Errante se sacudió cuando sus baterías dispararon a unas naves enemigas que habían estado esperando en el interior de las nubes. Los cazas se dispersaron y se retiraron.

—Bienvenido —dijo Kimmalyn por radio.

—Gracias —respondí—. Voy a ver qué hago con esas naves de transporte. Que todo el mundo se aleje de la plataforma y defienda la ciudad.

—Ahora tenemos más naves kitsen de nuestro lado —informó Arturo—. Están congregándose sobre Manantial Soñador.

—¡Y nos daremos un festín con las almas de quienes osen dañar nuestra querida ciudad! —exclamó Goro por el canal general de comunicación.

—Espero que sea metafórico —murmuró FM antes de volverse hacia mí —. Gilaf te avisará por radio cuando los pilotos UrDail estén preparados para salir a ayudar. Yo me llevo a Branquia a mi nave.

—Hazlo —confirmé—. Anfi, quiero que dirijas tú el escuadrón. A mí me costará mucho seguiros la pista a todos mientras manejo la plataforma.

La vez anterior se había ocupado Gali de ella y yo solo había tenido que dar a Babosa Explosiva la orden de disparar la hiperarma. Aquello iba a ser más complicado.

—Recibido, Caracapullo. ¿Cuál es nuestra táctica?

Tirda, era verdad que necesitábamos una. No solo para nuestro escuadrón, sino para todo el mundo.

—Protegeremos Manantial Soñador —dije—. Escuadrón Victoria, ocupaos de que la ciudad en sí no reciba disparos. Distraed al enemigo. —Callé un momento—. Anfi, ¿sabemos algo de Cuna?

—Está ayudando al equipo médico a trasladar a Cobb y la yaya a la biblioteca. Moverse hacia el acantilado no parece provocar que desciendan sus constantes.

Estaba todo relacionado con aquel portal, pero no comprendía cómo.

—Bien —dije—, allí tendrán mejor cobertura. Pero aun así tenemos que defender la ciudad. Escuadrones Dragón Estelar y Hiedra, interceptad las naves enemigas antes de que lleguen a ella. Vuestro objetivo es que el Escuadrón Victoria se aburra.

—Recibido, Caracapullo —respondió Petirroja.

—El Escuadrón Cielo irá en punta. Que todo el mundo se aparte al menos cinco kilómetros de la plataforma para evitar el fuego automático. Nuestro objetivo es convencerlos de que no merecemos la pena y que retiren sus naves. Si tenéis hipermotor y necesitáis que os saquen de un apuro, avisadme. Por lo demás, Anfi os transmitirá las formaciones concretas a adoptar.

—Vale —dijo Arturo.

Lo más probable era que no estuviera preparado para organizar a varios escuadrones, pero empezó a hacerlo de todos modos. Lo cual me liberaba a mí para concentrarme en las naves de transporte recién llegadas. No iba quedarme allí esperando a que soltaran sus cazas para bombardear la ciudad.

Iba a eliminarlas antes.

—Caracapullo —dijo Alanik—, tu compinche quiere regresar contigo. Creo que se ha cansado de mí.

—Envíamelo con Borde —respondí.

Borde y Juno aparecieron un momento después, ambos subidos a la plataforma voladora del kitsen. Alanik volvió a llamar a Borde enseguida y la babosa desapareció de nuevo.

—No me he cansado de ella —dijo Juno—. Solo le he dicho que parece tener menos aptitud que tú con las hojas mentales. No era un juicio cualitativo.

—Tampoco me extraña que Alanik se lo haya tomado así —respondí.

—¿Hay alguna meditación concreta que quieras intentar? —preguntó Juno—. No tengo todos mis libros, pero podría…

—Ahora no —lo interrumpí. Llamé a Abracitos, que apareció en mis brazos con Babosa Explosiva. Metí a Abracitos en la caja para taynix donde había estado Branquia—. Puede que luego. Tengo que concentrarme.

—El propósito de meditar es ayudar con la concentración para…

Dejé de escucharlo mientras cargaba a Babosa Explosiva en la hiperarma de la plataforma. Entonces visualicé el espacio aéreo cerca de la nave de transporte más cercana y envié a Abracitos la instrucción de saltar.

Pasamos bajo los ojos y Hoja Errante reapareció bajo la nave de transporte. Nuestro campo inhibidor envolvió del todo la nave enemiga, impidiéndole hipersaltar mientras las baterías automáticas le disparaban, debilitando su escudo, perforándolo en algunos lugares y haciendo agujeros en su casco. Se abrieron las compuertas del hangar y empezaron a salir cazas en tropel, intentando escapar. Supuse que las enormes torretas no podrían apuntar a tantos objetivos a la vez. Según las lecturas de los sensores, mi gente seguía volando bajo, así que no tenía que preocuparme por darles sin querer.

Dale, envié a Babosa Explosiva, visualizando la zona inmediatamente fuera del hangar.

Sentí que el borde de la ninguna-parte se despedazaba al disparar la hiperarma, y entonces las hojas mentales volaron hacia las naves que intentaban huir, llegaron como si sus escudos no existieran e hicieron pedazos sus cascos. Cayeron cascotes del cielo. Los pilotos ni siquiera tuvieron ocasión de eyectarse.

No podía permitirme lamentarlo por ellos. Me incliné hacia la ventana y encontré la siguiente nave de transporte semioculta tras una enorme nube cercana.

Ve, dije a Abracitos, y de pronto estábamos delante de ella y la plataforma tembló de nuevo por el fuego de las torretas automáticas.

—Estamos preparados —dijo Gilaf, el hermano de Alanik, por radio—. Pero preferiríamos no salir justo aquí, si te da igual.

—Siento no haberos avisado antes —respondí—. Nosotros tampoco lo sabíamos. Os enviaré más cerca del planeta.

—Menudo despertar nos estáis dando —comentó Gilaf.

Contacté con el taynix de la nave de Gilaf y los teleporté a él y a los demás pilotos UrDail al primer lugar donde habíamos hecho aparecer la

plataforma.

Aquella segunda nave de transporte parecía casi vacía, pero de todos modos pedí a Babosa Explosiva que disparase, apuntando la hiperarma a su casco. Lo hizo pedazos, que salieron disparados al cielo y luego cayeron.

—¿Eso lo has hecho tú? —preguntó Juno, mirando por la ventana.

—Sí —dije.

Por las estrellas, qué poderosa era esa arma. La táctica sería menos efectiva contra un acorazado, que quizá estuviera equipado con un inhibidor, pero aquellas naves de transporte estaban llenando el océano de metal. Seguirían llegando pedazos a la playa durante años.

¿De qué seríamos capaces si lográbamos sacar más plataformas de su órbita en torno a Detritus?

La tercera nave de transporte escupió más cazas. Sentí la nítida vibración de un piloto citónico entre ellos y extendí la mente, escuchando por si se producía alguna comunicación citónica, esperando averiguar algo sobre sus planes.

Pero en vez de eso capté otra cosa. Un tamborileo contra la ninguna-parte, unos golpecitos rítmicos, como si alguien diera con las uñas en la frontera entre ese mundo y el nuestro.

El citónico enemigo cruzó como una exhalación el campo de batalla, directo hacia Alanik. El tamborileo siguió a su nave, y al concentrarme percibí pequeños proyectiles que se congregaban alrededor de ella, como afiladas esquirlas de cristal creadas a partir de trocitos de la ninguna-parte.

Ay, tirda.

—Ángel, sal de ahí —dije por radio—. Esa nave que va hacia ti tiene…

Las esquirlas de ninguna-parte emergieron en torno a la nave enemiga en un arremolinado batiburrillo, segando alas y perforando cascos. Cayeron dos naves, una del Escuadrón Hiedra y otra del Dragón Estelar, mientras la nave avanzaba imparable hacia Alanik.

El caza de Alanik se desmaterializó y apareció más abajo, hacia la ciudad, donde el Escuadrón Victoria ahuyentaba a las naves que habían rebasado a nuestras otras fuerzas. La nave enemiga cruzó el espacio donde había estado Alanik un momento antes en dirección a Kimmalyn y Nedd, que viraron y huyeron. La nave fue tras Kimmalyn. Antes de que pudiera decirle nada, Arturo ya estaba gritándole por el comunicador que bajara en picado, que se largara de ahí.

Kimmalyn se lanzó hacia abajo, pero el enemigo la siguió y partió su nave en tres pedazos del mismo tamaño. Los restos cayeron hacia el suelo.

Kimmalyn no se había eyectado, pero tampoco debía de haberle hecho falta. Busqué a su babosa entre los cascotes de su nave, pero no la encontré. Esperé que Feliz la hubiera teleportado fuera de allí.

—Todos los escuadrones —dije—, ese piloto usa hojas mentales. Derribadlo.

—No podemos acercarnos lo suficiente para activar el PMI —respondió Anfi—. Rara es nuestra mejor tiradora, pero ha caído.

—Nedder —dijo FM—, ¿Rara ha salido?

—No lo sé. —Nedd sonaba perturbado.

El ser citónico de las hojas mentales descendió de nuevo, en esa ocasión persiguiendo a Gatero. Encontré a su babosa, Bigotes, y le pedí que hipersaltara más cerca de la ciudad, por debajo del Escuadrón Victoria. Gatero desapareció. Nuestras naves volaban sin acercarse en torno al citónico enemigo, todas intentando acribillarlo con fuego de destructor sin entrar en el alcance de sus hojas mentales, pero la nave rodaba y esquivaba, evitando sus ráfagas.

No iba a permitir que aquello continuara. Podría entrar en mi propio caza y probar a perseguir al citónico, pero supuse que tendría mucha más práctica que yo con las hojas mentales, y seguramente también mucho más alcance.

—Todos los escuadrones, ascended —ordené.

Por todo el campo de batalla, las naves subieron disparadas hacia las nubes y se enfrentaron a las naves de la Supremacía que habían logrado salir de sus transportes. No todos los escuadrones kitsen obedecieron, pero los que no lo hicieron estaban lo bastante lejos de la nave citónica para que no los alcanzara el fuego automático de Hoja Errante.

Ve, dije a Abracitos.

E hice hipersaltar la plataforma justo debajo del piloto citónico. El caza ascendió de inmediato, intentando salir del campo inhibidor.

Dale, dije a Babosa Explosiva.

El taynix disparó la hiperarma en dirección a la nave, pero justo en ese momento llegó al límite del campo inhibidor e hipersaltó. La busqué por todo el cielo y la encontré a gran altura sobre el planeta, incluso más lejos que las naves de transporte. Entre esa nave y yo se interponía la mayoría de nuestras fuerzas, pero podría seguirla en un instante si conseguía ver dónde había ido. Miré hacia las nubes por la ventana…

… y me cegó un rayo de energía azul que cayó del cielo e impactó contra el escudo de Hoja Errante, que chisporroteó y se agrietó.

Entorné los ojos para protegerlos de la luz. Cuando se desvaneció, contemplé una nave enorme y recién llegada que tenía un gigantesco cañón en la parte delantera.

Tirda.

Tirda.

—¿Qué es eso? —preguntó Juno.

—Un arma planetaria —dije.

—Un arma que ataca planetas —dijo Juno—. Qué gran error parece inventar algo así.

—No te lo voy a discutir —respondí.

La nave era idéntica a la que habíamos destruido en ReAlba. Era lógico que la Supremacía tuviera más de una. Aquella debían de haberla cargado antes de teleportarla, lo cual también tenía una lógica enfermiza y temeraria.

No podíamos permitir que aquel mastodonte disparase contra el planeta. No sabía a cuántos kitsen destruiría aquella artillera con un solo disparo, ni tampoco quería averiguarlo.

—Caracapullo… —empezó a decir Arturo por radio.

—La veo —interrumpí—. Todos los escuadrones, despejad el espacio alrededor del cañón.

Los escuadrones se dividieron, emprendieron maniobras evasivas y se llevaron a los cazas enemigos lejos del cañón, que apuntaba directamente a Hoja Errante. Pretendía destruir la plataforma y luego Manantial Soñador. Tenía que destruirlo antes de lo hiciera.

El espacio aéreo entre el cañón y yo estaba libre. Aún no sabía con certeza si Kimmalyn estaba bien, o si aquel rayo de energía había dado a algún amigo mío, pero habría muchas más bajas si no actuaba deprisa. Me concentré en el espacio justo por debajo del cañón e hice hipersaltar la plataforma hacia arriba.

Las baterías automáticas abrieron fuego al instante, acribillando el cañón y el casco de la nave a su alrededor. Tirda, qué miedo daba aquella artillera vista de cerca. La última vez había sido Gali a quien le tocó enfrentarse a una de esas. No se lo había reconocido lo suficiente. La luz azul empezaba a ganar intensidad de nuevo. Me concentré en el cañón, preparándome para pedir a Babosa Explosiva que disparase…

Y de pronto la vibración del universo cesó. Ya no sentía al ser citónico que iba en el caza enemigo, ni las mentes de Babosa Explosiva y Abracitos que tan cerca tenía, en sus cajas. Tirda, los citónicos enemigos habían levantado un inhibidor y yo acababa de meter la plataforma dentro de su

alcance. Era lo mismo que había hecho yo al citónico de las hojas mentales, pero su nave tenía propulsores y Hoja Errante se desplazaba solo hipersaltando.

Estaba atrapado allí.

—¡Esto pinta mal! —exclamó Juno, su voz casi un gañido.

La luz azul se hizo cada vez más brillante y el rayo machacó de nuevo mis escudos, que crepitaron una última vez antes de desaparecer, dejando la plataforma vulnerable al próximo ataque. No podía salir de allí hipersaltando. No podía activar la hiperarma. No tenía ningún caza estelar a bordo y Alanik no podía venir a sacarme.

Contemplé la boca del cañón mientras empezaba a refulgir de nuevo con una escalofriante luz azul.

15

Las torretas automáticas siguieron aporreando el cañón. Estaban dañándolo, pero no lograrían inhabilitarlo antes de que disparase. Iba a morir hecho pedazos en aquella plataforma en el instante en que terminara de cargar.

—Anfi —llamé por radio—, tengo que salir de aquí. Las baterías automáticas están distraídas. ¿Alguno de vosotros puede esquivar el fuego y venir a recogerme?

—Nedder es quien más cerca está —respondió Arturo.

—Voy para allá —dijo Nedd.

—Sígueme —pedí a Juno.

Saqué a Abracitos, Babosa Explosiva, Bob el taynix de comunicación y la babosa inhibidora de sus cajas y corrí a marchas forzadas en dirección al hangar.

Cuando llegué, vi por las ventanas que Nedd hacía un tonel volado para esquivar los disparos automáticos. Las torretas estaban concentrando el fuego en la nave artillera de la Supremacía, y provocándole unos daños impresionantes alrededor del cañón. Quizá sí que lograrían inhabilitarlo antes de que…

La luz azul se hizo incluso más cegadora. Nedd usó su lanza de luz para pivotar en torno a una torreta y aterrizó en la plataforma, justo en la entrada del hangar.

La plataforma flotante de Juno voló tras de mí mientras subía hasta la cabina de Nedd, en el instante en que levantaba la cubierta. El ruido de los disparos automáticos era ensordecedor. Me metí de cabeza en la cabina detrás de Nedd, me abracé al respaldo de su asiento y me agarré con las dos manos. Juno se quedó flotando al lado del asiento y las cuatro babosas se apretaron contra mí.

Nedd cerró la cubierta y no se tomó tiempo ni para soltar alguna ocurrencia antes de despegar de nuevo. Las torretas estaban tan absortas con el arma planetaria que no nos dispararon a nosotros, pero cuando nos alejamos un poco y regresaron las vibraciones, hice que Abracitos nos teleportara a varios kilómetros de distancia, por si acaso.

El mundo destelló azul cuando el cañón disparó y su rayo atravesó Hoja Errante, partiéndola en pedazos. La batería armamentística de la plataforma había destruido más de media nave de la Supremacía y la luz del cañón desapareció, sin cargar de nuevo. Nos habíamos librado del arma.

Pero nos había costado nuestra plataforma.

—Caracapullo —dijo FM—, ¿los pilotos UrDail habían salido?

—Estaban todos fuera —respondí—. No hay bajas. Solo daños catastróficos.

—Tío, acabo de salvarte la vida —me dijo Nedd—. Lo menos que puedes hacer es dejar de estrujarme los pectorales.

Dejé caer los brazos de alrededor del asiento de Nedd. No me había dado cuenta de estar agarrándome tan fuerte ni a algo tan… incómodo.

—Perdona —dije—. Un momento, voy a transportarnos a mi nave.

Tenía el cuerpo apretado en un espacio tan angosto que ni siquiera sabía cómo había podido encajar. Había entrado solo a base de pura adrenalina.

Pedí a Abracitos que llevara la nave de Nedd a la playa junto a la mía, aún resguardada bajo el acantilado, y luego, sin soltarla, hice que nos teleportara a Juno, a Babosa Explosiva y a mí fuera de la cabina. Terminamos los cuatro en la arena junto a mi caza.

Allí, delante de mí, estaba Kimmalyn con Feliz en un cabestrillo cruzado sobre el pecho.

—Gracias a las estrellas que estás bien —le dije.

—Feliz me ha teleportado al otro lado de la playa —explicó Kimmalyn—. Se me había ocurrido robar tu nave, pero supongo que la necesitas.

—Así es —respondí.

Ni de milagro creía que el citónico de las hojas mentales hubiera muerto en la explosión. Seguiría ahí fuera, y no iba a permitir que causara estragos en nuestras tropas.

—Si Feliz te lleva a casa, puedes coger otra nave y luego hipersaltar a la posición de Naga —dije—. Así volverás al combate.

—A la orden —dijo Kimmalyn—. Pero… ten cuidado.

Tirda, acababan de derribarla. Si seguía viva era solo gracias a Feliz.

—Si estás demasiado conmocionada…

—Estoy bien —me aseguró Kimmalyn. Le temblaban las manos, pero me dedicó una sonrisa muy forzada—. Sería mucho peor saber que los demás seguís ahí arriba sin mí. Feliz, vámonos a casa.

Kimmalyn desapareció y yo subí a la cabina de mi nave, seguido por Juno en su plato volador antes de cerrar la cubierta. El comunicador estaba que echaba humo.

—¡Caracapullo! —gritaba FM en esos momentos—. ¿Estás bien?

—Ha salido —dijo Alanik—. Está abajo, en la playa.

—Estoy aquí —confirmé.

Elevé mi nave un par de metros y activé los sensores para hacerme una idea de cómo iba la batalla. El arma planetaria estaba lo bastante alta en la atmósfera como para no haber caído de inmediato al suelo, pero no cabía duda de que el cañón había quedado destruido.

Jorgen, dijo Alanik en mi mente, *cuidado con…*

Con un estruendoso chirrido metálico y el crujido del cristal rompiéndose, mi nave se hizo trizas a mi alrededor. Dos hojas mentales hendieron el panel de mantos después de destruir la cubierta. Hundí el control de altitud, salí de un salto entre el metal retorcido y caí con mis babosas a la arena.

Sentía al citónico enemigo un poco más allá en la playa. Había hipersaltado en mi persecución. Juno salió entre los cristales rotos y se escondió a mi lado, con la nave entre nosotros y el enemigo.

La nave no duraría mucho. Sentí más hojas mentales cobrando forma alrededor del enemigo, una nueva andanada que atravesaría el casco y me alcanzaría.

—Ahora sería buen momento para esa meditación —dije a Juno.

—¡Estás completamente relajado! —exclamó él.

Extendí mi mente a la ninguna-parte, haciéndola rebotar en la superficie. Mis pájaros cobraron forma de nuevo como pequeñas esquirlas de muerte y nada, y los hice volar con todas mis fuerzas por encima de la nave hacia el otro ser citónico. Llegaron más hojas hacia nosotros y tiré hacia abajo de la plataforma de Juno mientras me aplanaba contra la arena. Las hojas mentales enemigas se hundieron en la nave y yo hice que las mías viraran, que atacaran el lugar donde veía en mi mente al enemigo.

Las hojas mentales enemigas desaparecieron. No había tenido cobertura y nosotros sí, y cuando asomé la cabeza por encima de los restos de mi nave vi el cuerpo de une dione de brillante piel roja sangrando en el suelo.

Tirda. Nunca había matado a nadie a tan poca distancia. Nunca había tenido que contemplar un cuerpo sanguinolento sabiendo que lo había herido

yo. La arena bajo le dione se volvió de un extraño tono azul oscuro. El cuerpo ni siquiera tuvo contracción alguna.

Mi nave estaba hecha puré, pero la radio aún funcionaba.

—Caracapullo, ¿estás bien? —preguntó Arturo.

—Bien —dije—, pero he perdido mi caza.

—Tenemos más compañía.

Alcé la mirada y vi llegar otra nave de transporte. La Supremacía debía de estar desplegando sus refuerzos sobre la marcha, o bien habían subestimado la fuerza que iban a necesitar para derrotarnos.

Pero seguirían viniendo hasta que lo consiguieran. Íbamos a tener que llevar mucho más fuego a aquella lucha.

—Anfi —dije—, estás al mando. Protege la ciudad. Voy a preguntarle a Gali si podemos traer más plataformas o no.

—Recibido, Caracapullo —respondió Arturo.

Recogí de nuevo a mis babosas, me coloqué a Babosa Explosiva en el hombro y puse una mano en la plataforma de Juno.

—¿Quieres acompañarme? —le pregunté.

—Donde tú vayas, yo iré —respondió él.

Había que reconocerles a los kitsen que estaban entre los seres más valientes que había conocido en la vida.

—Llévame con Trapo —pedí a Abracitos.

—Trapo —trinó ella.

Orilla Perpetua y todas las naves que volaban allí desaparecieron. Pasamos bajo los ojos y de pronto me descubrí en una sala pequeña muy parecida a la que había en Hoja Errante. Por la ventana se veían las estrellas encima de media plataforma estropeada que flotaba cerca, con una enorme y difunta torreta automática asomando en el lado más alejado. Las paredes de la sala estaban recubiertas de cajas.

Tirda, cuántas había. Cajas para taynix desde el suelo hasta el techo, las suficientes para albergar unas cien babosas.

—Jorgen, ¿qué haces…? —empezó a preguntar Gali.

—Hemos perdido Hoja Errante —dije sin rodeos—. Un arma planetaria la ha destruido.

Gali puso los ojos como platos.

—¿FM está…?

—Está bien —le aseguré. Pensé que debería haber empezado por ahí. De haberse tratado de Spensa, habría sido lo primero que yo querría oír—. Pero

Winzik ha enviado más refuerzos, y puede que no sean los últimos. Tenemos que llevar plataformas al planeta.

—Ya, hablando de eso, tenemos un problemilla. —Gali señaló a su alrededor—. No sabemos lo que hace ninguna de estas cajas, ni mucho menos de dónde sacar las suficientes babosas para ponerlas en marcha. He enviado la nave de transporte a recoger a los taynix de la base, pero la mayoría están con los pilotos que quedan. No sé si querrán separarse de ellas, al menos sin una orden directa de Stoff.

Era posible que Stoff se lo ordenara, pero cuanto más lo implicara en aquello, más motivado estaría para cuestionarme, y no teníamos tiempo que perder. Los escuadrones de Orilla Perpetua podrían estar muertos para cuando se decidiera. Y además, necesitaríamos que los taynix estuvieran con sus pilotos si nos hacía falta desplegar más escuadrones de refuerzo.

Miré otra vez las cajas. Habíamos enviado expediciones a las cavernas en busca de más babosas, pero requería tiempo y comprendía por qué. Los taynix tendían a ocultarse en las zonas menos pobladas, y yo había estado demasiado ocupado para bajar en persona.

«Tirda».

—¿Hace falta activar todas las cajas? —pregunté a Gali—. ¿Podemos averiguar cuál es el hipermotor, llevarnos la plataforma y que dispare con las baterías automáticas?

—Tal vez —dijo él—. Pero descubrir cuál es el hipermotor ya llevará tiempo. Las cajas no están bien etiquetadas.

Gali miró alrededor, retorciéndose las manos. Estaba presionándolo mucho, exigiéndole resultados inmediatos. Que hubiéramos salido de aprietos gordos en el pasado no significaba que pudiera hacer milagros a petición.

—Sé que haces todo lo que puedes —dije—. Sé que te faltan tiempo y recursos. Estás haciendo un trabajo excelente, y ya nos has salvado la vida varias veces. Si no logras resolverlo, no será culpa tuya, pero necesito que lo intentes.

—Por supuesto —respondió Gali—. Es solo que no estamos preparados para esto.

—¿En qué ayudo?

—Traerme más babosas estaría bien.

—Vale, déjame un momento.

Salí al pasillo. En las otras habitaciones había ingenieros explicándose a gritos el contenido de cada una. Miré por la puerta más cercana.

Tirda. Más cajas para taynix.

Íbamos a necesitar mucha ayuda. El equipo de Gali se había desvivido por nosotros. Era el momento de que les devolviera el favor.

Encontré un banco en el pasillo y me senté, mientras Juno llegaba flotando junto a mi hombro al lado de Babosa Explosiva.

—¿Tienes alguna meditación para buscar? —pregunté al kitsen.

—En este libro, no —respondió Juno—, aunque la mayoría empiezan igual: «Inspira, espira. Ahora estás completamente relajado».

No lo estaba, pero lo intenté de todos modos. Extendí mis sentidos por el planeta en busca de aquella vibración, la que había oído en mis sueños. La misma que había llamado a la bisabuela de Spensa hasta Detritus en un principio, la razón de que hubiéramos terminado allí.

La resonancia seguía presente. Habíamos encontrado unos cuantos taynix, los habíamos sacado de sus cavernas infestadas de setas y los habíamos llevado a vivir con nosotros. Pero había más allí abajo, tal vez muchos más.

Socorro, les envié. *Necesitamos ayuda*.

Era complicado distinguir las mentes individuales de las babosas. Siempre lo había sido, antes de conocerlas una a una, cuando había tantas juntas. Sin embargo, sentí que me escuchaban. Estaban interesadas, pero impasibles.

—¡Eh! —gritó Gali—. ¡Vuelve aquí!

Miré por el hueco de la puerta y vi que Bien, nuestra primera babosa de comunicaciones, se había escurrido de las manos de Gali.

—¡Eh! —le chilló la babosa—. ¡Vuelve aquí!

Abracitos desapareció del interior de mi codo y se materializó en el suelo al lado de Bien, lo tocó y lo trajo conmigo.

—Intento concentrarme —dije.

—Perdón —se disculpó Gali—. Creía saber qué caja era el hipercomunicador, pero cuando he ido a comprobarlo, Bien se ha vuelto loco.

—¡Loco! —gritó Bien.

Gali lo miró. Bien no acostumbraba a estar tan nervioso…

—Déjalo estar —propuse—. Vuelve a probar dentro de unos minutos, cuando se haya calmado.

—Vale —dijo Gali—, claro.

Me agaché y acaricié a Bien en los pinchos. Ese taynix, junto con Branquia, nos había salvado a todos en Alcance Solar. Lo menos que podía hacer a cambio era dejarle un poco de margen.

Extendí de nuevo la mente hacia el planeta, bajando en dirección a las vibraciones que denotaban taynix. Había muchos bajo la superficie, en cavernas que aún no habíamos descubierto. Mientras lo hacía, percibí de

nuevo aquella textura, los extraños baches en la ninguna-parte, pequeños salientes amontonados en grupos bajo la superficie del planeta. No eran taynix, porque no vibraban con energía. Los sentía huecos, como pequeños recipientes esperando a que los llenaran. Pero la manera en que estaban agrupados, miles y miles juntos, me resultaba familiar por algún motivo. La forma de los apiñamientos. El patrón.

«Tirda». Aquello eran las cavernas Desafiantes. Estaban llenas de millares de *algo*. No podían ser zapadores, ¿verdad? No, eran otra cosa. Quizá…

Por las estrellas, ¿eran *personas?*

Me concentré en un pequeño recipiente, acercándome, examinándolo. Estaba… pensando. Su madre lo había dejado allí y le había dicho que no se moviera hasta que aceptara disculparse por pegar a su hermano. Pero el recipiente nunca iba a disculparte, porque su hermano se lo merecía de verdad de la buena.

Me quedé boquiabierto. En teoría no debería ser capaz de hacer eso, ¿verdad? ¿De encontrar la mente de personas no citónicas?

¿De *escucharla?*

—Juno —dije—, ¿en tus libros hay meditaciones para comunicarse con otra gente? ¿Con quienes no tienen poderes citónicos?

—Te comunicas con ellos a todas horas —replicó Juno—. Usas palabras.

—¡No es momento de ponerte pedante! —exclamé—. ¿Vuestros citónicos podían hablar con otras personas mentalmente?

Juno frunció su minúsculo ceño.

—He leído sobre unos pocos que lo consiguieron. Pero si existen meditaciones para hacerlo, no sé nada sobre ellas. Dado que aún estás aprendiendo, creo que sería más sabio ceñirte a las habilidades más generales, no aspirar a las que solo unos pocos lograron desarrollar a lo largo de la historia.

Sí que parecía más sabio. Y en realidad, no me había comunicado con aquel niño, solo había escuchado sus pensamientos. Lo cual, de por sí, ya resultaría útil. Tirda, las posibilidades para el espionaje eran ilimitadas.

Pero en esos momentos teníamos una ciudad bajo ataque en Orilla Perpetua y una sala llena de cajas para taynix vacías. Busqué de nuevo las babosas en las cavernas. Sentí sus vibraciones, concentradas en las zonas menos pobladas. Eran unas mentes más pequeñas pero también más ruidosas, que se proyectaban a la ninguna-parte en vez de permanecer contenidas en sí mismas.

Ya me preocuparía después de qué hacer con lo demás. De momento debía concentrarme en los taynix. No sabía cuántos acudirían a mí, porque tampoco era que estuvieran muy ansiosos la primera vez que se lo había pedido, pero tal vez pudiera convencerlos.

Necesitamos vuestra ayuda, dije, *por favor*.

Alguien más extendió su mente hasta mí, desde tan cerca que me sobresaltó. Otra mente citónica se sumó a mi súplica, y con ella llegó una imagen.

Setas. Caviar. Amigos. Familia. *Peligro*. El miedo era muy intenso, aunque la mente que lo transmitía fuese pequeña. Nos vi a todos nosotros amontonados en Alcance Solar, abrazados unos a otros mientras Branquia nos llevaba a casa.

Socorro. No era tanto una palabra como una sensación.

Bien estaba ayudándome. Estaba convenciéndolos de mi parte, aunque no mediante palabras. Estaba contando a los otros taynix que era feliz aquí. Que nos tenía cariño, que le tratábamos bien, que éramos buenos con él y que le importábamos.

A nosotros también nos importas, le envié. FM era quien más se preocupaba por ellos, y yo sabía que a veces podía ser un poco insensible, pero no quería que les pasara nada horrible si podía evitarlo.

No quería que pasara nada horrible a *nadie*.

Quizá para hablar con los taynix debía prestar menos atención en las palabras. De todos modos, a través de la ninguna-parte todo se traducía a pensamientos; por eso Alanik y yo nos entendíamos al comunicarnos mentalmente.

Me concentré en la idea de hogar, de mi hogar y de lo que significaba para mí. En el peligro que suponía la Supremacía para el planeta que compartíamos todos. En la capacidad que teníamos de evitar ese peligro, pero solo con ayuda.

Estaba transmitiendo más esperanza de la que sentía en realidad, pero era el mensaje que necesitaban recibir y no estaba mintiéndoles. Era una forma distinta de contar la historia, sin más.

«Hazlo mejor que nosotros».

—¡Tirda! —gritó Gali.

Cuando abrí los ojos, estaban apareciendo centenares de taynix en el pasillo a la vez. Se esparcieron a las distintas salas de control, reptando unos por encima de otros. Estaban apiñados en grupos, taynix de muchos colores

que rodaban o caían desde encima de las hiperbabosas en torno a las que se habían amontonado.

Los taynix capaces de hipersaltar me habían respondido, y se habían traído a más amigos.

Había muchísimos. Babosas de comunicación, y de hojas mentales, y también hiperbabosas, por supuesto. También había del tipo azul y verde que habíamos descubierto en Hoja Errante, las babosas que alimentaban los inhibidores. Tenía sentido que hubiera algunas en Detritus, porque de algún modo funcionaba nuestro inhibidor citónico.

Pero aún llegaron más. Babosas grises y arrugadas con los pinchos blancos y negros, otras con los pinchos que iban pasando por todos los colores del arcoíris, y un extraño grupo de taynix con casi todo el cuerpo negro pero que brillaban en un tono azul iridiscente a la luz de la sala de control. Algunas babosas eran mucho más pequeñas que el resto, de color turquesa con pinchos rosas. ¿Serían cachorros o una variedad más pequeña?

Los demás humanos y yo nos quedamos mirando a las babosas atontados. Mientras tanto, Babosa Explosiva, Bien y Abracitos se pusieron en acción. Abracitos teleportó a Babosa Explosiva al mismo centro de los taynix y se puso a tocar a babosas y llevarlas hipersaltando a las salas de control, reuniéndolas ante las cajas mientras Babosa Explosiva las reunía en grupos con la delicadeza de una hoja mental roma. Los demás taynix reptaban apartándose de su camino, moviéndose en las direcciones que quería Babosa Explosiva. A través de la ninguna-parte percibí que Bien estaba enviándoles imágenes a todos: *Peligro. Ayuda. Deprisa*.

—Hum —dijo Gali—. Sé que te he pedido más babosas, pero la verdad es que no sé en qué cajas meterlas. Y no tengo ni idea de lo que harían algunas de ellas, aunque averiguáramos dónde ponerlas.

—Haz lo que puedas —le pedí—. Han venido a ayudar, y necesitamos toda la ayuda disponible.

16

Gali y los ingenieros se pusieron a trabajar en deducir dónde poner a las babosas. Solo necesitaríamos unas pocas para trasladar nuestras plataformas, pero no iba a quejarme por tener acceso a capacidades adicionales. Mientras lo hacían, extendí la mente hacia Orilla Perpetua para contactar con Alanik.

¿Informe de situación?, le pedí.

Resistimos, dijo ella, *pero ese último transporte traía muchas naves. No creo que podamos ocuparnos de otro sin refuerzos. ¿Gali podrá teleportar las plataformas?*

Hemos convocado ayuda, respondí, viendo cómo reptaban las babosas por las salas de control. *Pero llevará un tiempo. Os enviaré unos cuantos escuadrones, pero me preocupa que el enemigo no deje de traer naves. ¿Rinakin enviaría a algunos de los tuyos para ayudarnos?*

Puedo planteárselo, dijo Alanik. *Sería mejor si fuera en persona*.

Pregunta a Arturo si puede prescindir de ti, repuse. *Yo enviaré los refuerzos nada más estén*.

Hecho, dijo Alanik.

¡Ayuda!, exclamaron unas voces. Llegaban desde cerca de Alanik, en algún lugar de Orilla Perpetua. Eran las que había oído antes. *¡Ayuda!*

No tenía tiempo de ayudar a voces desconocidas. Ya había bastante gente corpórea en peligro.

Lo sabemos, dijeron las voces. *¡Os ofrecemos ayuda!*

¿Quiénes sois?, pregunté, pero las voces desaparecieron de nuevo.

Tampoco tenía tiempo para averiguar de dónde procedían. La yaya había oído voces pidiendo auxilio antes de tener lo que parecía ser un accidente de

hipersalto. Yo aún no descartaba que fuesen una trampa de la Supremacía, así que preferí centrarme en la ayuda que sabía que era de fiar.

Usé la radio del cinturón para llamar al Alto Mando y pedirles que desplegaran otros tres escuadrones. Aceptaron al instante; por lo visto, Stoff no había reconsiderado la cantidad de cuerda que me había dado para ahorcarme yo solo. Todos los pilotos de la FDD estaban en alerta, así que los tres escuadrones no tardarían demasiado en llegar a sus naves, pero no podía regresar a Orilla Perpetua sin ellos.

Y ya que estaba allí…

—Gali —dije—, no quiero asustarte, pero voy a intentar una cosa.

Gali asomó la cabeza desde la sala de control principal.

—¿Será algo que asuste más que soltarme cientos de taynix encima?

—Podría ser —respondí—. O también puede que no pase nada. No lo sé.

—O sea que o bien vas a asustarme o bien no pasará nada.

—Correcto —dije—. Tú sigue trabajando. Solo quería advertirte.

—Sobre puede que nada.

Estrellas, debería haberme callado. Habría costado menos tiempo.

—Exacto. Perdona, no quería interrumpirte.

Gali me lanzó una mirada muy confusa y regresó al interior para seguir examinando las cajas de taynix. Cerré los ojos y me concentré en la resonancia citónica que me rodeaba por todas partes, ya abrumadora. Todas las veces que había percibido aquellas extrañas crestas, había estado escuchando la ninguna-parte como me había enseñado la yaya.

—¿Puedo asistirte, caminante de la sombra? —preguntó Juno.

Fue entonces cuando reparé en que Juno no había hecho comentario alguno sobre la repentina llegada de una horda de gasterópodos, en su mayoría más grandes que él. No parecía que se sorprendiera mucho por nada, sino que lo iba asimilando en silencio a través del visor de su armadura.

—No lo sé —respondí—. Voy a probar esa cosa avanzada que me has dicho que sería sabio evitar.

—Has hecho muchas cosas que consideraba poco sabias —dijo Juno—. Pero hasta ahora parecen haberte ido bien.

Esperé que la racha no cesara. Me concentré en las vibraciones. Localicé a Babosa Explosiva y Abracitos, y debieron de percibir que extendía la mente hacia ellos, porque volvieron a mis hombros. Cada uno de ellos tenía su propio zumbido característico, igual que cada humano tiene la voz un poco distinta. Era casi como la música de FM, armoniosa a su propia manera sutil.

Esforcé la mente, tratando de sobrepasar las vibraciones y buscar otra vez aquellos salientes, tan quietos y silenciosos. Agarré el borde del banco, frustrado por haberlo hecho sin querer y que no me saliera a propósito como debería.

Recordé lo que me había dicho Alanik en ReAlba: «Inténtalo, Jorgen. Deja de centrarte tanto en lo que no eres capaz de hacer e *inténtalo*».

—Oye, Juno —dije—. ¿Me lees otra vez una meditación de esas?

—Claro —respondió él—. Inspira, espira…

Eso lo hacía a todas horas, cada día de mi vida, pero en esa ocasión intenté enfocar la mente en ello de verdad. Traté de liberarme de todo lo que deseaba poder hacer, de todas las soluciones a nuestros problemas que encontraría si fuera mejor, más fuerte, más listo.

«Hazlo mejor que nosotros», me había dicho mi madre. Intenté apartar de mi mente si era capaz o no. Escuché a las babosas, sus vibraciones, sus zumbidos.

—Visualízate a ti mismo caminando por una playa —dijo Juno—. Con cada respiración, las olas llegan y las olas se van.

Traté de oír el océano, de verme allí de verdad, de estar presente y renunciar a la frustración de todo lo que aún no podía hacer.

«Para alcanzar el control —me había dicho Juno—, antes debes aceptar que no lo posees en absoluto».

«No lo poseo en absoluto», me dije. Y por primera vez ese pensamiento, en vez de llegar acompañado de terror y frustración, me produjo alivio.

—Siente el viento en la piel —dijo Juno—. El calor del sol que arde en el firmamento.

—¡Firmamento! —trinó Abracitos.

Y entonces, de pronto, las crestas aparecieron a mi alrededor. No eran ni por asomo tantas como había sentido bajo la superficie. Solo media docena moviéndose por la plataforma. Mentes, mucho más calladas pero no menos reales. Me aproximé a la que estaba en la sala más cercana y escuché. La mente estaba haciendo un cálculo complejo, tratando de deducir qué cables de los que salían de las cajas para taynix debían conectarse a cuáles de los muchos holoproyectores que estaban etiquetados en la pared. «¿Por qué no etiquetaron también las cajas? —estaba pensando—. ¿Se desintegrarían las etiquetas, tal vez? Pero seguro que tenían…».

¿Gali?, pregunté.

El pensamiento se detuvo a tropezones.

¿Jorgen?, dijo Gali. *¿Estás dentro de mi mente?*

Eso parece, respondí.

Vale, sí, esto es de lo más terrorífico. Gali hizo una pausa. *¿Es así para Alanik y para ti todo el rato?*

Me reí y dejé esfumarse la conexión. Gali apareció en el umbral.

—Jorgen —dijo—, ¿qué tirdas acabas de hacer?

—Creo que he conseguido algo muy avanzado —le expliqué—. Algo que Juno pensaba que no debería haber intentado.

Juno dio un gruñido.

—Yo no he dicho que no debieras intentarlo. Solo que había mejores ejercicios para probar antes.

No obstante, aquel tenía pinta de ser muy buen recurso en la situación actual. Llamé por radio al Alto Mando.

—¿Cómo van esos escuadrones?

—Ya han despegado —me informó el oficial de comunicaciones—. Están conectándose por lanzas de luz antes de dar el visto bueno al hipersalto.

—De maravilla.

Cerré los ojos otra vez, a ver si aún lograba encontrar las crestas. Eran muy tenues pero seguían allí, más fáciles de localizar de nuevo una vez ya había contactado con ellas.

¡Ayuda! Era un tenue susurro, llamándome a través de la ninguna-parte. *Ayúdanos*, repitieron las voces. *Queremos ayudar*.

Suspiré. No sabía de dónde venían aquellas voces, ni mucho menos si debería responder a…

Escúchame, chico, dijo otra voz.

Tirda. ¿Era la…?

¿Yaya?

No respondió, pero en mi mente se formó una imagen clara y nítida. Era el portal de la biblioteca, la extraña pared de las líneas, el acceso a la ninguna-parte.

Yaya, dije, *¿qué pasó cuando aparecisteis cerca del portal? ¿Dónde estáis?*

No hubo respuesta. Tal vez no pudiera dármela.

—Caracapullo —llamó por radio Steadman, del centro de mando—, los escuadrones están listos para el hipersalto.

—Bien —dije.

Gali, ¿cuánto más crees que os costará saber si podemos teleportar las plataformas?

Necesitamos más tiempo, respondió él. *No sé decirte cuánto, pero te mantendré informado*.

Y ahora podía hacerlo sin hipercomunicador.

Muy bien, dije, *te iré preguntando*.

Puse una mano en la plataforma de Juno y pedí a Abracitos que nos llevara a la playa de Orilla Perpetua, cerca de los restos de mi caza estelar. Pasamos bajo los ojos y al momento la arena de Manantial Soñador cobró forma bajo mis pies y el océano me rugió al oído.

Extendí la mente hacia la Plataforma Primaria y encontré a los taynix que llevaban los nuevos escuadrones desplegados. Corgi estaba entre ellos, aunque no recordaba ningún otro nombre. FM lo sabría. Se los sabía todos.

Envié a los taynix una imagen clara de Abracitos. Y un momento después tres escuadrones de cazas, unidos por lanzas de luz en sendos grupos separados, aparecieron sobre la arena y algunos flotando por encima de las olas.

—Anfi —dije por su canal de radio—, traigo refuerzos.

—¿Plataformas?

—Aún no. Tres escuadrones enteros. ¿Los pones tú al día?

—Recibido, Caracapullo —dijo Arturo.

Los monitores de proximidad de mi nave estaban destrozados por las hojas mentales con las que había atravesado mi cabina le citónique. Miré hacia el cielo oscuro, tratando de interpretar qué estaba pasando en la batalla.

Tirda, qué montón de naves había ahí arriba. Nuestro bando parecía resistir, pero necesitábamos mucho los refuerzos.

Alanik, envié, *¿situación?*

Rinakin enviará naves para apoyarnos. Dice que la alianza con los kitsen merece el riesgo. Le he dicho que ibas a traer plataformas desde Detritus. ¿Le he mentido?

Gali trabaja en ello, respondí. *¿Puedes venir a apoyar a Arturo?*

Voy para allá, dijo Alanik. *Dejo a los cazas unos minutos para prepararse y volveré a por ellos*.

Bien. Tenme al tanto.

—¿No deberíamos haber traído otra nave para ti? —preguntó Juno.

—Después —dije—. Ahora mismo necesito echar un vistazo a ese portal de vuestra biblioteca.

17

—¿El portal? —se sorprendió Juno—. No parece muy buen momento para…

—Lo sé —dije—. Pero creo que es importante.

Mis hojas mentales eran útiles en la batalla, pero necesitábamos más que eso. Necesitábamos la experiencia de Cobb en el mando. Teníamos que ponerlo al frente de aquella batalla, de la guerra.

Los médicos estarían en la biblioteca muy cerca de la yaya y Cobb, y no quería que Abracitos nos soltara sin querer encima de sus camillas. Así que toqué la plataforma de Juno y pedí a Abracitos que nos llevara hipersaltando a un punto llano que alcanzaba a distinguir en la cima de los acantilados. Desde allí se dominaba la escalera que descendía a la biblioteca, e hice que Abracitos diera un segundo salto para dejarnos fuera de las puertas arqueadas.

Me agaché para girar la manecilla que había bajo mis rodillas, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Llamé con los nudillos y oí movimiento dentro.

Al poco tiempo se abrió una rendija en la puerta. Al otro lado estaba Cuna encorvade, mirándonos, y entonces abrió la puerta del todo.

—No creía que Winzik fuese a llamar —dijo—, pero nunca se sabe.

—No soy Winzik —dije, agachándome para entrar.

Kel y Winnow estaban arrodillados entre las largas mesas, que habían juntado en dos grupos para depositar encima las camillas de Cobb y la yaya. Sobre las camillas había varios médicos kitsen ayudando a nuestros meditécnicos a comprobar las constantes de los pacientes, mientras el piloto de su transporte —identificador: Zing— escuchaba la radio que habían dejado encima de una vitrina llena de libros muy pequeños. Oí a Arturo dando órdenes a los escuadrones recién llegados. Confié en que las naves

adicionales nos permitirían resistir un poco más mientras Gali terminaba de trabajar en la plataforma.

—¿Cómo están? —pregunté a Winnow.

—Estables —dijo ella—. Tenías razón. Esta vez moverlos no ha hecho que se deterioren. A lo mejor ahora podríamos subirlos a una nave.

—No quiero trasladarlos estando bajo ataque —respondí—. Y tampoco creo que la diferencia la haya supuesto el tiempo. Creo que lo malo era la dirección, alejarlos de eso —añadí, señalando la pared.

Los médicos pusieron cara de estar más confundidos que antes.

—¿Qué es? —preguntó Cuna.

—Un portal a la ninguna-parte —dije—. Me parece.

Estaba cada vez más seguro de que la yaya —¿o su espíritu?, ¿su alma?— estaba tras aquella pared. Esperé que Cobb estuviera con ella, que los no citónicos pudieran existir siquiera en ese extraño lugar. Sabíamos por sus redes de datos que la Supremacía tenía instalaciones mineras en la ninguna-parte y operaciones importantes de extracción de piedra de pendiente. Seguro que allí había trabajadores que no eran citónicos.

Pero claro, lo más probable era que aquella gente tuviera *cuerpo*, así que no era un símil perfecto. Aun así, sospechaba que los citónicos kitsen estaban perdidos allí dentro también. No sabía cómo era posible que hubieran sobrevivido tanto tiempo, pero me pareció verosímil que fuesen las voces que estaba oyendo.

Alcé la mirada al portal, al extraño embrollo de líneas interconectadas que recubrían toda la pared. Sentí las vibraciones de la ninguna-parte, pero no el matiz característico de la yaya.

—Silencio, por favor —pidió Juno a los demás—. El caminante de la sombra debe concentrarse.

Zing apagó la radio y el resto guardó silencio. Me vendría bien, aunque fuera un poco hipócrita por parte de Juno. Solía ser él quien no dejaba de parlotear y distraerme.

Pensé en el portal. Spensa me había dicho que si me acercaba demasiado corría el peligro de caer dentro. La idea tenía un cierto atractivo, la posibilidad de ver otra vez a Spensa si me perdía en la ninguna-parte. Pero no sabía si lograría encontrarla, y de todos modos no podía marcharme mientras Orilla Perpetua estuviera amenazada, mis amigos arriesgando la vida.

Así que, en vez de acercarme, extendí la mente hacia la pared y la inspeccioné.

¿Estáis ahí?, pregunté.

La respuesta fue inmediata:

Estamos aquí. Queremos ayudar.

Juno me había dicho que los citónicos kitsen habían desaparecido hacía siglos. Los poderes citónicos eran genéticos, así que si todos los citónicos kitsen se habían perdido de algún modo, tenía sentido que ya no hubieran nacido más. Aunque… Spensa había dicho que vivir cerca de un portal podía convertir a alguna gente en citónica. ¿Por qué no le había sucedido a ningún cronista?

Me asaltó una imagen. Voces llamando desde el portal durante años y años, sin que quedara nadie al otro lado capaz de oírlas. Al final dejaron de llamar.

Estrellas, ¿eso me lo había imaginado? ¿O lo había… *leído* de algún modo? Debía llegar a ellos, pero no quería perderme allí dentro. Si encontraba a Spensa, ¿ella podría localizarlos en la ninguna-parte e ingeniárselas para ayudarme? Tal vez juntos se nos ocurriera cómo sacarlos a todos a la vez.

Extendí la mente por la ninguna-parte, buscando a Spensa. La había encontrado antes, aunque nuestra conexión hubiera sido extraña y distante.

Algo me respondió. Recibí otra imagen de Spensa limpiando una pieza de nave, diferente a la de la vez anterior. Había estado demasiado ocupado para pararme a pensar en lo que significaría. Nosotros disponíamos de personal de tierra para ocuparse de esas cosas, pero Spensa no lo tenía en la ninguna-parte. ¿Y tenía una nave? Creía que había perdido a M-Bot en Visión Estelar, que así era como la Supremacía se había hecho con la tecnología de su proyector holográfico.

La imagen no estaba muy clara, pero la sensación que la acompañaba era inconfundible. Soledad. Pérdida. Una neblina de olvido, como el estupor al recuperarte de una enfermedad y no saber muy bien cuántos días han pasado. Era tan poco propio de Spensa que me dejó anonadado.

Cuando había hablado con Spensa, la tenía justo ahí, cara a cara conmigo. Aquello era mucho más lejano, casi como un recuerdo.

Como si procediera de otra fuente, de alguien que la observaba desde fuera.

¿Quién eres?, pregunté.

Sentí un cosquilleo de… ¿diversión, quizá? Y entonces me llegó a la mente la imagen de una hiperbabosa en el panel de mandos de mi caza estelar. «¡Caracapullo!», me gritó.

¿Babosa Letal?, envié.

El cosquilleo divertido ganó fuerza.

Vaya. Por lo visto, había encontrado a Babosa Letal en la ninguna-parte. Era lógico que se hubiera ido con Spensa, pero el hecho de poder contactar con ella y no con la propia Spensa era bastante preocupante.

¿Spensa está bien?, le pregunté.

La diversión remitió, sustituida por una añoranza, una soledad.

Por los santos.

¿Qué puedo hacer?, dije.

Un chorrito de duda. Babosa Letal no lo sabía. Le envié una imagen del portal que tenía delante.

¿Sabes cómo se abre?, le pregunté.

No me llegó respuesta, excepto quizá una pizca de confusión. O bien Babosa Letal no me había entendido, o bien no lo sabía.

—¿Has descubierto algo con tanto mirar el portal? —preguntó Juno—. No querría interrumpir el trabajo de un caminante de la sombra, pero…

—Ah —dije, sacudiendo la cabeza—. Estaba escuchando.

—¿El silencio? —preguntó Winnow.

—No, a una taynix. Pero no creo que vaya a ayudarnos.

Aunque si descubría cómo abrir el portal, quizá también fuese posible usarlo para traer a casa a Spensa y Babosa Letal.

—¿Quieres probar con otra meditación? —propuso Juno.

—¿Tienes alguna para viajar a la ninguna-parte? —le pregunté.

—Hay meditaciones para los hipersaltos —dijo él—. Elegiría una de mis favoritas.

Aprender a hipersaltar sin taynix sería conveniente, pero no era lo que pretendía en ese momento.

—Hipersaltar es moverse atravesando la ninguna-parte —dije—. Lo que yo quiero es moverme a su interior. Y a ser posible, salir luego.

Eso último era en realidad lo más importante.

Juno calló un momento.

—Entrar y luego salir resulta indistinguible de atravesar.

Lo miré un momento. La verdad era que sí.

—Cuando hipersaltamos, pasamos bajo los ojos, pero allí no hay nadie más. Esta vez quiero parar cuando esté ahí dentro y ayudar a mi gente a escapar. Y a los citónicos kitsen también.

Cuna y los meditécnicos se miraron unos a otros. Como mínimo estos últimos parecían pensar que había perdido el juicio. Era el tirdoso comandante de aquella batalla y ahí estaba, mirando paredes y afirmando oír cosas mientras todos los demás luchaban. Yo habría pensado lo mismo en su

lugar, y tal vez tuvieran razón. Si alguien salía herido allí arriba mientras yo me dedicaba a cazar gamusinos, sería culpa mía. No me lo perdonaría jamás.

—¿Crees de verdad que nuestros caminantes de la sombra aún viven, atrapados al otro lado de este portal?

—Sí —dije.

Ayúdanos, llamaron.

Recogí a Abracitos, que me frotó el morro contra la muñeca.

Juno llevó su disco flotante a la vitrina llena de libros, la abrió y extrajo un volumen. Tenía un grosor de tres dedos míos, pero me cabría en la palma de la mano. Aun así, era enorme en comparación con las zarpas de Juno.

—Déjame que busque una meditación.

No estaba nada convencido de que una meditación fuera lo que necesitaba, no para aquello. En vez de esperar, di un paso hacia el portal.

—¿Caminante de la sombra? —dijo Juno—. ¿Seguro que quieres acercarte más? Si de veras crees que es un portal a la ninguna-parte…

—Spensa me dijo que un citónico puede caer por él —le expliqué—. Y a lo mejor eso es lo que le pasó a tu gente hace mucho tiempo. Pero si no intento al menos interactuar con él, ¿cómo voy a llegar hasta ellos?

Pasé entre las camillas de la yaya y Cobb y seguí hacia el portal, con cuidado de no pisar las minúsculas sillas, las mesas ni los carritos cargados de libros. Llegué a menos de un metro del portal y lo estudié.

Alcanzaba a sentirlos. Kitsen, muchos kitsen. Percibí su pena y su frustración, atrapados detrás del portal. Generaciones de kitsen, algunos nacidos ya tras el portal e incapaces de salir jamás. Algunos habían muerto, pero otros habían aprendido a extender su vida. Habían quedado absorbidos y atrapados, sin dejar a nadie al otro lado capaz de oírlos, su planeta desprovisto de citónicos durante siglos.

Hasta ahora, susurró una de ellos. Sentí su esperanza y su incredulidad.

Y de pronto una voz conocida me llenó la mente.

Ya era tirdosa hora de que hicieras caso, dijo la abuela de Spensa. *Soy demasiado vieja para estar atrapada aquí toda la eternidad con un montón de jerbos, y demasiado tozuda para llegar a los doscientos años, aunque al final entendiera de qué estrellas hablan*.

«Tirda».

Yaya, envié, *¿estás ahí dentro? Hemos encontrado tu cuerpo y el de Cobb. ¿Cómo es que…?*

Intentaba seguir las voces, dijo la yaya. *Y vaya si las seguí. Derecha a la misma tirdosa trampa. Nunca hagas caso a ningún roedor que te pida ayuda.*

Que te sirva de lección.

Pensé que yo me había presentado voluntario para ayudar a roedores, pero no lo lamentaba.

¿Cobb está bien?, le pregunté.

Lo tengo aquí, dijo la yaya. *Más gruñón a cada hora que pasa. Los kitsen dicen que no están seguros de que nuestros cuerpos puedan haber sobrevivido ahí fuera. Que igual estamos muertos*.

No estáis muertos. Pero ¿por qué ha pasado esto?

No sabía cómo marcar un lugar al que dar el hipersalto, dijo la yaya. *Pero oía las voces llamándome. Así que intenté ir con ellas*.

Por las estrellas.

Yo tampoco he averiguado cómo se hace, respondí. *Cuando Alanik me lo explica, no le encuentro sentido. Pero fue muy buena idea probar a teleportarte hasta las voces*.

Lo habría sido, dijo ella. *Solo que cuando llegamos aquí, no teníamos cuerpo*.

Se quedaron fuera del portal, le expliqué. Por eso debíamos hipersaltar solo a lugares que conociéramos o tuviéramos a la vista. La yaya había intentado ir a un sitio desconocido, al que físicamente no podía hipersaltar, y solo había funcionado en parte. *Creo que intentar teleportarte a través del portal partió tu alma por la mitad*.

Tal y como lo dices, suena letal, repuso la yaya.

Sí que sonaba feo, aunque de momento no los había matado. Pero tirda, ¿cuánto tiempo sobrevivirían así, medio dentro y medio fuera de la ninguna-parte? Ni siquiera lo habría creído posible.

Ya veía el otro lado del portal en la mente. Era parecido a Orilla Perpetua, una isla arenosa en un océano de nada. Resultaba… extrañamente corpóreo para estar en un lugar llamado la ninguna-parte.

Lo comprendí.

—Cerraron la puerta sin querer después de haber entrado —dije en voz alta—. Se quedaron atrapados, sin nadie en este lado que les dejara salir.

Se habían quedado allí, todos juntos, durante tantísimos años que…

Tirda. Era increíble. ¡Qué conocimientos debían de tener esos citónicos!

A través del portal capté la desesperación que habían sentido los kitsen al morir sus congéneres, el miedo a perecer todos tras el portal, a que concluyeran sus largas vidas, a no tener la gente suficiente para reproducirse y mantener su población. A que el linaje de citónicos kitsen llegara a su fin, mucho después de lo que el resto de su pueblo creía. Llevaban muchísimo

tiempo buscando ayuda y estaban cansados. Muy cansados. Tenían a la yaya con ellos, y temían que su fin llegara incluso más deprisa, separada de su cuerpo como estaba.

Juno había amontonado varios libros en su plataforma, tantos que apenas cabía en el centro con su aparatoso exoesqueleto. Abrió uno de ellos en sus zarpas enguantadas y flotó hacia mí.

—Las olas del océano te bañan —dijo.

—Pensaba que no tenías meditaciones para esto —le recordé.

—Y no tengo —respondió él—, pero la última parecía que ayudaba, aunque tampoco era específica. Esta es una meditación atemporal, pensada para aclarar la mente y el foco, para extraerte el máximo potencial. No tengo la respuesta para ti, pero quizá la halles tú mismo.

Vaya.

—¿Quieres que siga? —preguntó.

No pensaba que fuese a hacer daño.

—Sí —dije.

—Las olas del océano te bañan, pero no tienen poder para arrastrarte. Eres uno con las olas y eres uno contigo mismo. Eres eterno, incansable como el sol que se alza. Tu corazón late al ritmo de las estrellas.

Seguía sin estar relajado, porque ¿cuándo había sido la última tirdosa vez que me había relajado?, pero alcancé a entreoír el ritmo del que hablaba Juno. La vibración de las estrellas. El latido del universo. Lo oía en los taynix, y en la batalla que se libraba arriba. Lo sentía en el portal, rebosante de poder.

Noté un toque al borde de mi mente. Era otra vez la imagen de Spensa, perdida y sola. No, sola no. Babosa Letal estaba con ella, y también M-Bot, aunque no sabía cómo era posible si la Supremacía había desmantelado la nave de M-Bot. No podía ayudar a Spensa, no podía llegar a ella. No sabía cómo hacer nada excepto…

Cuida de ella, dije a Babosa Letal.

Y entonces algo cambió, y Babosa Letal atrapó un hilo de pensamientos de Spensa y me lo pasó, nítido y poderoso como nada que hubiera captado antes.

Estrellas, era su recuerdo de *mí*. Estaba olvidándose de sí misma, de sus amigos, su familia, todo, pero aún me recordaba a mí. Yo le importaba, con una profundidad y una ferocidad que eran pura y genuina Peonza.

Lo cual me convertía en un ser increíblemente afortunado. Más de lo que nunca sería capaz de expresar.

Capté una sensación de asentimiento procedente de Babosa Letal: cuidaría de Spensa. Pero llegó acompañada de una gratitud porque yo ya lo estuviera haciendo.

Gracias, envié.

Traté de aferrarme a ese jirón de recuerdo, a lo poco que me quedaba de Spensa, sin saber si volvería a verla algún día. Pero estaba difuminándose a la vez que Babosa Letal, perdiéndose de vuelta en la ninguna-parte.

Babosa Letal ya no estaba, pero el portal permaneció, palpitando de poder con un ritmo propio y exclusivo, un ritmo que me sonaba de algo, como una melodía que ya hubiera oído antes.

—Te rindes al universo —siguió leyendo Juno, aunque me había perdido una parte—, no por su poder, sino por tu sabiduría. Rindes tu poder sobre todas las cosas, y al hacerlo te conviertes en uno con las estrellas y…

Sentí la impenetrabilidad del portal, la cerradura que me impedía atravesarlo. No sabía si podía caer por él de todos modos o si evitaba el acceso desde ambos lados.

Caí en la cuenta de que no podía abrir el portal porque carecía de la llave. Al igual que una impresión nos permitía usar los poderes dentro de un inhibidor citónico, existía algún tipo de vibración que abría el portal y permitía que los kitsen lo atravesaran.

—Juno —dije—, ¿tu gente tiene algún tipo de registro de los días previos a la desaparición de los citónicos kitsen? ¿Alguna base de datos o grabación digital?

—No tenemos nada de eso —respondió él—. Perdimos mucho cuando nos colonizaron, y más en la Guerra de Liberación.

Estrellas. Ni siquiera sabía si esos registros habían existido alguna vez. Los kitsen se habían quedado atrapados, al fin y al cabo. Quizá nunca hubieran sido completamente capaces de entrar y salir del portal. Yo no sabía cómo hacerlo y, dado que a Alanik no le sonaba de nada ningún portal como aquel, ella tampoco sabría. Alanik ni siquiera había podido oír a los kitsen.

Noté la sensación de fracaso infiltrándose por los bordes, la impresión de que nunca tenía lo suficiente que dar, de que nunca tenía las piezas correctas en los momentos adecuados para servir de verdad a las personas que me importaban. Pero FM estaba en lo cierto: a veces sí las tenía. El problema era que los fracasos parecían tan gigantescos comparados con los éxitos que era fácil olvidarlo.

—Estás completamente relajado —dijo Juno.

Me esforcé en relajarme. No hacía falta que resolviera yo solo todos los problemas. Se suponía que debía apoyarme en la gente que me rodeaba, y aunque nadie en mi lado del portal tenía la información que necesitaba…

Quiero ayudaros, dije. *Pero no sé cómo abrir este portal*.

Sentí desesperación al otro lado. Agotamiento. La carga de siglos enteros dedicados a observar, elucubrar, esperar y perder la esperanza, luchar por recuperarla una y otra vez. Se formó una imagen en mi mente, la de una kitsen arrugada viendo morir a sus amigos y seres queridos, conscientes de que morían más personas al otro lado del portal con el paso del tiempo, sabiendo que no volvería a verlos nunca. El ocasional atisbo de un citónico por allí cerca, supuse que en las naves de la Supremacía que visitaban el planeta. Pero nunca los oían y nunca acudían en su auxilio.

Entonces una voz, muy lejana. La de una mujer que se había pasado la vida entera escuchando y por fin los oía.

Y esa mujer también se había quedado atrapada, separada de su cuerpo por algún extraño motivo. Arrepentimiento, la sensación de que pedir ayuda era egoísta, porque Cobb y ella habían padecido el mismo destino.

—El brillo de las estrellas te baña, una antigua luz en la oscuridad —continuó Juno—. La oscuridad crece para engullirlas, pero ellas siguen destellando por siempre.

Vamos a sacaros de ahí, envié. Era una promesa que no sabría si era posible cumplir, más un mensaje de determinación que una certeza. *¿Cómo fue que entrasteis?*

Lo que recibí no fueron tanto palabras como imágenes. Una importante reunión. Una sala llena de kitsen, cada cual aportando sus talentos, su conocimiento y sus capacidades únicas. Meditaron juntos, compartiendo la sabiduría, mientras los escribas se dejaban la piel para registrarlo todo.

Juguetearon con las hebras del universo, con la barrera entre nuestro mundo y la ninguna-parte. Ya alcanzaba a percibir los recuerdos, no solo de la anciana kitsen, sino también los que había incrustados en el mismo portal, como si estuviera *hecho* de experiencias.

Los kitsen habían pellizcado juntos esa frontera, habían separado las hebras. No pretendían más que descubrir cómo visitar aquel otro dominio por un tiempo, como según las leyendas habían hecho sus antepasados cuando conocieron a los humanos. Pero en lugar de eso, abrieron las famélicas fauces de la nada, que se los tragaron a todos junto con un buen pedazo de su mundo.

Por las estrellas, era la sima en la que estaba construida la biblioteca. Se creó cuando los kitsen abandonaron la alguna-parte, llevándose consigo la

piedra del acantilado.

—Contemplas su luz —dijo Juno—, te dejas envolver por sus vibraciones. También tú eres eterno, como las estrellas, una parte del infinito «algo» que deja espacio a la «nada» pero jamás capitula ante ella.

No sabía lo que significaba, pero procuré no darle demasiadas vueltas. Me concentré en las hebras que componían el límite, imbuidas de recuerdos, vibrando tan fuerte que parecía que la ninguna-parte quería emerger del portal con un estallido. No quería que se tragara Manantial Soñador, no quería abrirlo del todo.

Solo lo suficiente para que pasaran quienes estaban atrapados al otro lado.

Sentí a la yaya escuchando, fijándose en mis actos mientras empezaba a manipular las hebras. La manera que tenía Alanik de describir la frontera… era como escuchar la descripción de un océano cuando era niño. Jamás había llegado a comprenderlo bien hasta que lo vi con mis propios ojos. Pero sí que llegaba a *sentir* el límite entre los dominios. Tal vez no fuera capaz de cruzarlo por mí mismo, pero allí tenía poder.

Intenté darte la historia que necesitabas, dijo la yaya. *Te pedí que te imaginaras a ti mismo volando entre las estrellas*.

Recordé la historia que me había contado la yaya, sobre que desobedecer órdenes podía ser la decisión correcta.

Espera a saber lo que he hecho, le dije.

Lo veo, respondió ella. *Intenté darte la historia que necesitabas, pero puede que al final hayas encontrado tu propia historia*.

¿Lo había hecho? Sentí cómo estaban tejidas las hebras de la frontera, cómo sellaban el portal. No sabía cómo moverlas, pero me concentré en ellas igual que había hecho con los pájaros. La imagen no era adecuada del todo, así que probé con unas enredaderas entrelazadas que creaban un muro entre nosotros y ellos. No quería cortar las enredaderas, solo apartar unas pocas y abrir un hueco por el que pudieran regresar los kitsen, por el que la yaya y Cobb pudieran colarse.

—Eres la luz y la oscuridad —leyó Juno—. Eres el lugar donde se unen los dos mundos. La intersección entre lo que es y lo que podría ser.

Spensa vuela entre las estrellas, dijo la yaya. *Pero tú construyes cosas desde el suelo. Ella es una guerrera, tú un defensor. Es una clase de historia distinta*.

No puedo protegerlos a todos, repuse.

No puedes, convino la yaya. *Todos tenemos nuestras propias cargas, aunque las llevemos cada cual a su manera*.

Pensé en cómo se me había ido la cabeza en la reunión del Senado.

Yo no llevo bien la mía, dije.

Ah, envió la yaya. *En fin, no eres el único*.

Lo aborrecía. Quería hacerlo bien, hacerlo todo bien. Pero quizá a veces no existía ese bien. No existía más que lo mejor de lo que era capaz.

Visualicé las enredaderas y las toqué una por uno, tratando de determinar cuáles cedían y cuáles estaban tensas. Pude apartar una, creando un hueco mínimo en la espesura, pero había más enredaderas al otro lado, muchas a las que no llegaba.

No podría hacer aquello yo solo. Necesitaba ayuda.

Extendí la mente hacia la anciana kitsen del otro lado del portal, intentando mostrarle lo que veía. Su mente pareció recibirlo, como si también ella conociera bien aquella barrera, como si hubiera estudiado las enredaderas miles de veces. Le enseñé las que se apartaban y sentí cómo las estudiaba.

Y entonces las enredaderas de su lado empezaron a moverse.

Puse toda mi atención en las enredaderas que tenía a mi alcance, sintiendo sus vibraciones, sosteniendo con fuerza las que soportaban la estructura entera mientras manipulaba las que solo cargaban con minúsculas partes del peso.

—Estás completamente relajado —dijo Juno.

Respiré al ritmo de las vibraciones. No estaba relajado, pero sí tranquilo. Estaba en paz. Yo *era* el poder.

Entonces, de sopetón, en la lisa superficie del portal se abrió una grieta y una kitsen cruzó renqueando. Tenía el pelo entrecano y la piel tan arrugada que se le plegaba sobre los ojos. La levantó con una zarpa y nos miró.

Y entonces la siguió otra docena.

18

Se amontonaron más kitsen en el suelo delante del portal, todos mirándose sorprendidos entre ellos y a nosotros. En algunos notaba una vibración citónica, pero en otros de los más jóvenes no. Serían kitsen no citónicos que habían nacido al otro lado del portal, que nunca habían conocido otra cosa.

Juno casi se cayó de su plataforma flotante. Tropezó con su pila de libros y tuvo que agarrarlos para que no se salieran del borde. Empezó a hojear con torpeza el libro que tenía abierto, como si necesitara una meditación para calmarse a sí mismo.

—¡Humano! —me llamó la kitsen de la piel arrugada—. ¿Eres quien nos ha liberado?

—Sí —dije—. No puedo creer… no me creo que haya funcionado.

Miré a Cobb y la yaya, pero seguían tendidos con los ojos cerrados. Tirda, ¿con ellos no habría salido bien?

No. Un momento. Sí que sentía algo, una vibración que emanaba de la yaya.

Tenía que significar que…

Cobb se revolvió un poco y tosió sin despertar. Kel se agachó hacia la pantalla con sus constantes vitales.

—¿Está bien? —pregunté.

—Mejorando.

—¿Despertará?

—No lo sé —dijo Kel—. Pero si lo hace, no estará en condiciones de ayudar. Deberíamos llevarlos a Detritus.

¡Estrellas! Pues claro que no iba a poder liderar nada. Había estado dos días con la mente desconectada del cuerpo.

Un fuerte golpetazo resonó por las paredes de la biblioteca, como si la piedra del techo hubiera recibido un impacto, muy posiblemente de un caza estelar derribado.

Zing volvió a encender la radio y las ondas eran un embrollo de conversaciones. Preferí no perder tiempo entresacando información de ellas.

Alanik, envié, *¿cómo van esos refuerzos?*

Los UrDail se han unido a la batalla, me dijo. *¿Qué haces ahí abajo?*

He encontrado más ayuda, respondí.

Cuna se había agachado a la altura de algunos kitsen citónicos y estaba conversando con ellos en voz baja. Esperé por todas las estrellas del cielo que no estuviera llamándolos inferiores.

Me alegro, porque la necesitamos.

Tirda.

¿Informe de situación?

Tres naves de transporte más. No ha llegado ninguna otra arma planetaria, pero Arturo está preocupado. Algo sobre una bomba.

Oh, no.

¿Qué bomba?

Dice que ha visto una nave con un patrón de vuelo extraño.

Se me heló el cuerpo entero. Me concentré, extendí mis sentidos… y encontré de nuevo las impresiones, las mentes de los pilotos volando en lo que parecía un desbarajuste.

No, allí había un método. Arturo los había dividido en grupos de flanqueo y los escuadrones estaban colaborando, aunque no alcancé a distinguir la táctica a simple vista. Si Arturo había visto lo que creía que había visto, no tenía tiempo para averiguar cuál era. Encontré su mente volando cerca de Alanik. Al acercarme, sentí su concentración, su determinación.

Y su terror. No sabía dónde estaba yo y no estaba seguro de qué hacer. Vio esa nave de nuevo, moviéndose despacio en una pauta que supe que Arturo conocía y había esperado no volver a ver nunca. Habíamos combatido contra muchas naves como aquella siendo cadetes, aunque no habíamos vuelto a verlas desde que expulsamos a los krells de la superficie de Detritus.

Tenía toda la pinta de ser una bomba aniquiladora.

¿Anfi?, envié.

Sentí que Arturo se sobresaltaba.

¿Caracapullo?, dijo. *¿Te has metido en mi tirdosa cabeza?*

Eso parece. ¿Has visto una aniquiladora?

Sí, respondió él. *Se mueve despacio como todas, pero va en dirección a Manantial Soñador. Kimmalyn y Nedd están vigilándola*.

Cerré los ojos. Una bomba de ese tamaño podía destruir la isla entera, tal vez más que eso. La detonación sería lo bastante potente para derrumbar las cavernas bajo la superficie de Detritus, así que no quería ni imaginarme lo que haría a la ciudad kitsen, el alcance de la devastación.

Tendríamos que ir con mucho cuidado para derribarla.

Cuando abrí los ojos de nuevo, varios citónicos kitsen habían desaparecido y los demás estaban yendo hacia la salida. Juno había hecho aterrizar su plataforma y estaba activando los discos flotantes que permitían acceder a los estantes más altos de la biblioteca para que subieran a ellos más citónicos kitsen.

Iban a ayudar, pero si permitíamos que la bomba llegar a la ciudad, no bastarían para impedir la destrucción.

Me volví hacia los médicos y Cuna.

—Quedaos aquí —les dije—. Que Cobb llame por radio nada más despierte.

—Sí, señor —respondieron Kel y Winnow al unísono.

No añadieron que Cobb necesitaba más reposo. Todos necesitábamos muchas cosas que no obtendríamos esa noche. La supervivencia era nuestra máxima prioridad.

Juno subió de nuevo a su plataforma y ascendió a la altura de mi hombro.

—Puedes quedarte aquí —le dije—. Es más seguro.

—Eres el Restaurador de las Almas Perdidas —afirmó Juno en tono solemne—, Aquel que Presta su Oído a Voces Silenciosas, el Abridor de Puertas Atrancadas. Donde tú vayas, yo iré, caminante de la sombra.

Aún tenía la plataforma cargada hasta los topes de libros, y se me ocurrió decirle que no creía que fuesen a servir de mucho, pero la verdad era que lo habían hecho hasta entonces.

—Muy bien —dije—, vámonos.

Puse una mano en la plataforma de Juno y pedí a Abracitos que nos llevara a mi nave en la playa. Quería tener mejor vista de lo que estaba pasando.

Aparecimos junto a los restos de mi caza estelar e intenté no pensar en el cuerpo que debía de estar aún caído en la arena en algún lugar a mi espalda. Varias naves kitsen volaban playa abajo, huyendo de la ciudad. No parecían ser cazas de combate; una era solo un depósito de agua atornillado a un pedestal flotante. No tenía tanta velocidad como las otras, pero llevaba a

cinco kitsen apretujados en su interior. Si la bomba estallaba, esperé que pudieran alejarse lo suficiente, pero no estaba seguro de que en la isla existiera un lugar lo bastante lejano.

El cielo sobre la ciudad estaba lleno de naves, de la Supremacía, humanas, UrDail, kitsen. Sentí a varios citónicos kitsen, los que podían hipersaltar, volando ya a bordo de los acorazados, y uno lanzó una andanada de hojas mentales que hizo trizas un caza enemigo. Otro acorazado desapareció y volvió a materializarse al otro lado del campo de batalla para acribillar a una nave enemiga sin escudo con sus destructores. Los restos cayeron del cielo.

Era bueno tenerlos allí arriba. La contribución de los citónicos kitsen daría algo de tiempo a mi escuadrón para lidiar con la bomba aniquiladora sin ceder terreno a la Supremacía. Quise regresar a Detritus a por un caza que pilotar, pero cada segundo contaba. Me apoyé en el fuselaje dañado y extendí mi mente de nuevo hacia Arturo.

¿A qué distancia está esa nave?

A demasiado poca, respondió. *Cuesta saberlo sin los análisis del centro de mando, pero si la derribamos no puedo garantizar que no destruya la ciudad*.

Aún no debía de haber llegado a su posición óptima, porque seguían acercando la bomba a Manantial Soñador antes de detonarla. No sabía cuánto tiempo nos quedaba, pero si era inviable derribar la nave sin destruir la ciudad, más nos valía actuar deprisa.

Que Nedder active su PMI, envié a Arturo. *Luego Rara derriba la nave y que alguien enganche la bomba con una lanza de luz. El lugar más seguro donde llevarla es fuera de la atmósfera*.

En una ocasión Spensa había logrado sacar una y sobrevivir, pero era peligroso. Si la bomba llevaba temporizador y quien lo intentara no se alejaba antes de la explosión, moriría.

A Arturo no le gustaba nada la idea. Sabía que era lo que debía hacerse, pero estaba aterrorizado.

Yo me llevaré la bomba, dijo.

No, repliqué. *Tú estás al mando. Tienes que ordenárselo a alguien*.

De eso ni hablar, dijo Arturo. *Si hay que arriesgar así una vida, será la mía*.

No, insistí. *No será la tuya. Es una orden*.

Arturo me maldijo, y lo entendí. Era espantoso decir a un amigo que tenía que ser quien lo hiciera. Pero cualquiera de ellos lo haría sin pensárselo ni un momento.

Que Alanik se lleve la bomba, envié. *Ella no necesita hipermotor para escapar. Podría ahorrarle ese medio segundo de comunicación.*

Tirda, a Arturo esa idea le gustó incluso menos. Estaba… uy, estaba *encariñado* con Alanik. No pasaba nada entre ellos aún, pero él tenía esperanzas de que ocurriera.

Lo siento, le dije. Spensa nunca había necesitado que le ordenara meterse en líos, pero tampoco había sido fácil volar con ella, sabiendo que quizá sería yo quien diera la orden que terminara matándola. *Lo entiendo.*

Lo sé, respondió Arturo. *Nos ocuparemos de la bomba*.

Me retiré, apartándome del miedo y el dolor de Arturo. Cambié mi radio portátil a nuestro canal general, porque quería que todo el mundo oyera lo que iba a decir y porque era la manera más rápida de hablar con todos a la vez.

—Kauri —dije—, ¿me recibes?

—Te recibo, Caracapullo —respondió Kauri—. Hemos traído todos los efectivos de que disponemos. Tenemos más naves, pero no son de combate.

Si enviábamos naves civiles, estaríamos desperdiciando vidas para nada.

—¿Estás en contacto con el Senado?

—Lo estoy —dijo ella—. Se han puesto a cubierto, pero nos animan a defender el planeta. Temen que, si nos rendimos, la Supremacía nos destruirá de todos modos.

El marfil de la luz de luna centelleaba en las esquirlas de la cubierta de mi nave destrozada.

—Es justo lo que pasaría —respondí—. Quiero que les transmitas una propuesta de evacuación. Podemos dar cobijo a vuestros líderes. Detritus tiene un escudo. Está protegido. Podemos sacar a vuestro Senado, a sus familias, a *tu* familia. Quizá también a algunos civiles de Manantial Soñador. Seguiremos luchando aquí, pero no sé si lograremos salvar la ciudad, y así al menos vuestro gobierno sobrevivirá. Algunos de los vuestros lo contarán.

En una nave de transporte humana cabrían muchísimos kitsen. Teníamos la que habíamos traído para llevarnos a Cobb y a la yaya. Podría ir yo mismo a por otra o enviar a alguien a por ella. Con un hipermotor, quizá sacáramos a bastantes kitsen de la ciudad antes de que llegara la aniquiladora.

—Avisaré al Senado de tu oferta —dijo Kauri—. Gracias por vuestra generosidad.

El agradecimiento me pareció sincero, pero la voz de Kauri sonaba asustada. No me extrañaba.

—Diles que se den prisa —añadí—. Irá a recogerlos una nave de transporte al salón de reuniones del Senado.

—Gracias —repitió Kauri.

Observé de nuevo el cielo. Los restos de una nave se estrellaron contra el acantilado a menos de medio kilómetro de distancia. Me pareció que era UrDail, pero no lo sabía con certeza.

—Caracapullo —llamó Arturo—, ¿cómo ayudamos en la evacuación?

—Quiero que FM y Centinela aterricen y organicen la salida —dije—. ¿Puedes prescindir de ellas?

—Sí —respondió él.

—Perfecto. FM, Centinela, subid a todos los senadores kitsen que podáis a bordo del transporte médico. Alanik o yo la sacaremos hipersaltando cuando esté llena. Anfi, necesitaremos mucha cobertura sobre Manantial Soñador mientras evacuamos. Todas las naves que puedas permitirte.

—Las envío —dijo Arturo.

—¿Vamos a retirarnos? —preguntó FM.

—No, pero si esa bomba explota en la isla, quiero haber salvado a toda la gente posible.

—Recibido, Caracapullo —respondió FM—. Nos ponemos a ello.

Vi que las naves de FM y Sadie descendían sobre la ciudad y aterrizaban cerca del edificio del Senado. Si alguien iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para salvar al máximo número de personas, esa era FM.

Extendí la mente.

Alanik, envié. *¿Situación?*

Estamos llegando a la bomba, dijo ella. *Su escudo ha caído. Kimmalyn… ¡ha acertado a la nave!*

Alanik interrumpió la conexión, supuse que porque estaba acelerando para recoger la bomba con su gancho de luz, así que recorrí las mentes a su alrededor y encontré a Arturo.

Tirda, tenía todo el cerebro encendido de miedo. Vi a través de sus ojos que Alanik atrapaba la bomba aniquiladora con el gancho de luz de su nave y desaparecía, llevándosela al vacío.

La tiene, dijo Arturo. Estaba muy tenso, y casi pedí a Juno que le leyera una meditación.

Pero no serviría de nada. No en una situación como aquella. Me di cuenta de que también percibía a los demás. Kimmalyn, Nedd, Tenderete, Gatero… todos conteníamos el aliento. Nadie iba a relajarse hasta que…

Sentí que Alanik emergía en el extremo opuesto del campo de batalla.

Ha vuelto, dije a Arturo.

La bomba aniquiladora iluminó el cielo con sus tres explosiones diferenciadas. Me embargó un profundo alivio, no solo por Arturo, sino por todos nosotros. Sin la aniquiladora, podíamos lograrlo. De todos modos, deberíamos cargar la nave de transporte para evacuar al Senado por si acaso, pero eliminada la amenaza de la bomba…

¡Tirda!

Miré horrorizado mientras las naves de la Supremacía empezaban a dispersarse, alejándose de la isla. En el cielo había más naves de transporte que no dejaban de eructar cazas, pero estaban todos desplegándose, poniendo Manantial Soñador a su cola. ¿Qué narices estaban haciendo?

Están obligándonos a abarcar demasiado, me dijo Arturo. *Saben que no tienen que derrotarnos para ganar. Como estamos protegiendo Manantial Soñador, se cobrarán la venganza en otra parte*.

Y lo peor era que funcionaría. Nos superaban en número. Si dividíamos nuestras fuerzas, perderíamos la posición. Si la batalla se extendía por el planeta, podían dar un rodeo y disparar sobre Manantial Soñador mientras estábamos fuera protegiendo otras ciudades. No éramos suficientes. Las víctimas iban a ser innumerables.

A la Supremacía le daba igual a quién hacía daño siempre que obtuviera lo que quería. Habíamos escapado de ellos demasiadas veces. Habían decidido darnos una lección.

Y los kitsen pagarían el precio.

19

Arturo había congregado los escuadrones de la FDD sobre Manantial Soñador y les había ordenado atacar a las naves enemigas que permanecían allí. Pero eso serviría de poco a los kitsen de las otras islas. Algunos citónicos kitsen habían hipersaltado con sus naves tras el enemigo. Vi una con hojas mentales intentando derribar un caza, y otra usando lo que daba la impresión de ser rayos conmocionadores para aturdir a un escuadrón de pilotos enemigos. Luchaban con valor, pero las fuerzas de la Supremacía eran demasiado numerosas y quizá aún hubiera más por llegar.

Iba a ser imposible salvar a todo el mundo.

Alcé la mirada al cielo, hacia la cantidad relativamente menor de naves que tenía a la vista. Aquello no iba nada bien. La Supremacía iba a limitarse a destruir las islas de alrededor y luego regresar a Manantial Soñador cuando hubiera terminado. No podía impedirlo.

Las palabras del mantra de Juno me vinieron a la mente otra vez, aunque el kitsen guardaba silencio a mi lado: «Para alcanzar el control, antes debes aceptar que no lo posees en absoluto».

Sin embargo, quería control. Quería detener todas las cosas terribles que estaban ocurriendo, salvar a mi gente, rescatar a Spensa, sacarla de la ninguna-parte y tenerla de nuevo conmigo sana y salva. Quería volver atrás y rescatar a mis padres. Habían muerto después de hacer una apuesta desesperada por controlar nuestro destino, por crear un mundo mejor para mí, para todos nosotros.

Habían fracasado. No habían podido controlarlo. Y yo tampoco podía.

Cerré los ojos. En mi mente, la nave de la Supremacía explotó una y otra vez.

«Hazlo mejor que nosotros».

Pero no estábamos haciéndolo mejor, ¿verdad? Lo intentábamos, pero fracasábamos de todos modos.

—Pum —dijo Babosa Explosiva.

—Pum —le respondí.

Me inundó la impotencia. No podía detener lo que venía. Sería como intentar parar el oleaje del océano. Era imposible impedir que llegara, pero sí podía permitir que me bañara y seguir de pie tras su paso.

Se iluminó un indicador de mi radio. El canal privado con Arturo.

—¿Anfi? —dije.

—Caracapullo, ¿qué… qué vamos a hacer?

Necesitábamos más ayuda, pero llegados a ese punto, no estaba seguro de qué más podíamos hacer. Contra cualquier otro enemigo tendría sentido que nos retirásemos, confiando en que mostraran clemencia a los kitsen. Pero jamás iba a contar con la clemencia de la Supremacía.

—Proteger la ciudad —respondí—. Envía a Rara y Nedder a Detritus y que traigan más transportes. Pregunta a Ángel si los UrDail pueden enviar más naves para evacuar otras ciudades. Tenemos que sacar a toda la gente que podamos de Orilla Perpetua antes de que la Supremacía traiga otra arma planetaria de las suyas.

—Recibido —dijo Arturo.

Sonaba tan vacío como me sentía yo. Ambos sabíamos lo que estábamos a punto de presenciar. Sería la peor atrocidad que hubiera visto ninguno de los dos en la vida.

Se iluminó el canal general de comunicación.

—¿Caracapullo? —dijo FM—. Los kitsen están subiendo a la nave de transporte. ¿Los enviamos a Detritus?

—¿La nave está llena? —pregunté.

—Lo estará pronto. Pero… desde aquí se ve la isla más cercana, en el lado alba. —FM había adoptado el sistema de referencia de Alanik, y había que conceder a los UrDail que era útil—. Las naves están disparando contra la isla. ¿No tendríamos que… ir a ayudar?

Había dolor en su voz, no muy distinto del de Kauri. FM tenía un don para eso, para sentir lo que sentían los demás. Ese día, más que un don, podía muy bien convertirse en maldición, pero al menos había tenido ocasión de asignarle el trabajo de salvar a quienes podíamos.

—Llevaos la nave de transporte —ordené—. Voy a preguntar a Gali. Intentaremos salvarnos, pero… no sé si…

—Tranquilo —dijo FM—. Sé que estás poniendo todo de tu parte.

Eso era lo que me temía. Que no tuviera nada más que poner.

Y nunca, jamás, sería suficiente.

—Juno —dije—, voy a llevarte a un lugar seguro.

El kitsen bajó la mirada a su plataforma, a las pilas de libros que tenía a sus pies.

—Debería haber traído más —respondió él—. Los libros están digitalizados, así que el conocimiento no se perderá, pero estos son los originales. Es una tragedia que desaparezcan, pero más tragedia es que lo hagan mis congéneres.

Se me hizo un nudo en la garganta. Todo aquel conocimiento. Lo necesitábamos y, digitalizado o no, la Supremacía haría todo lo posible por destruirlo.

Estrellas.

Extendí la mente hacia Detritus, buscando a Gali. Sentí su adrenalina incluso antes de encontrarlo. Su equipo y él estaban exhaustos de intentar poner a punto la plataforma, pero seguían allí, esforzándose al máximo.

¿Informe de situación?, le pedí.

Tenemos a muchas babosas en muchas cajas, dijo Gali, *y creemos que estas salas están conectadas con otras plataformas. No se nos ocurre ningún otro motivo para que haya tantas. Pero Jorgen, ni siquiera sabemos lo que hacen algunos sistemas que hemos encontrado*.

Las palabras de Alanik en ReAlba resonaron en mi mente: «Concéntrate en lo que tienes». Si conseguíamos traer aunque fuesen unas pocas plataformas, quizá servirían para proteger más ciudades mientras las evacuábamos. Había centenares y centenares de ciudades kitsen. La cantidad de muertos seguiría siendo espantosa. Pero… sería algo.

Voy para allá, dije a Gali. *Tengáis lo que tengáis, tenemos que probarlo ya*.

Vale, respondió.

Alcé la mirada al cielo y vi a lo que se refería FM: los fogonazos de luz sobre el agua, la Supremacía disparando sobre esa otra isla. FM ya debería estar llevándose la nave de transporte, pero era solo un grupo minúsculo de kitsen entre muchísimos.

Íbamos a necesitar un milagro para salir de aquella. Spensa me había enseñado a no descartar nunca los milagros, y esperé que tuviera razón incluso sin estar presente para hacerlos ella en esa ocasión.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Juno.

Tenía un libro abierto apoyado en el antebrazo y, en la otra zarpa, un palito muy pequeño sostenido sobre la página. «Un bolígrafo», comprendí.

—¿Qué estás haciendo tú? —le pregunté.

—Estoy creando un registro —dijo él—. Una crónica original de los actos de un caminante de la sombra.

—Nadie querrá leer sobre nada que haya hecho yo —le aseguré, y al instante me di cuenta de que no era verdad. Juno podía muy bien estar registrando la crónica del final de la civilización en Orilla Perpetua. Pero eso no dependía de mí, sino de lo lejos que la Supremacía quisiera llevar su venganza.

—He esperado toda la vida para presenciar las gestas de un caminante de la sombra —dijo Juno—. Y si este es el último día de mi hogar, será un honor para mí hacer constar que no fue porque tu gente nos abandonara a nuestro sufrimiento.

Tirda. ¿De verdad no lo haríamos? Podíamos evacuar a algunos kitsen, pero si no hallábamos la manera de dar la vuelta a la batalla, tendría que sacar de allí a mi gente. No podía dejar que murieran en vano.

«Hazlo mejor que nosotros», había dicho mi madre.

Cerré los ojos. No sabía si sería capaz, pero pensaba seguir intentándolo hasta que conociera la respuesta. Apoyé la mano en la plataforma de Juno.

—Abracitos —dije—, llévanos con Trapo.

Aparecimos en la sala de las cajas, donde ya quedaban muchas menos babosas vagando libres. La mayoría de las que quedaban estaban acorraladas en las esquinas por los ingenieros.

Gali dio media vuelta junto a un panel de control que había en una pared.

—Jorgen —dijo.

—FM está bien —me apresuré a informarle—. Está ayudando con la evacuación. Pero la Supremacía se ha dispersado por el planeta para bombardear a los civiles. —No sabía cómo iban a justificarse aquello a sí mismos. No sabía cómo justificaban nada, pero teníamos que detener todo aquello—. Tenemos que llevarnos estas plataformas a Orilla Perpetua. Tantas como podamos mover, tan deprisa como sea posible.

El zumbido de todos los taynix que nos rodeaban era abrumador, y me costaba distinguir a unos de otros. Intenté concentrarme en las hiperbabosas, pero no pude porque había muchísimas. No quería darles una instrucción general a todas, porque no sabíamos lo que hacían muchas de ellas.

—¿Dónde está Bien? —pregunté.

—En la caja del hipercomunicador, espero —dijo Gali. Recorrió la hilera de cajas—. Por aquí.

Encontré a Bien antes que él, al ser una de las pocas vibraciones conocidas para mí en aquella cacofonía.

Bien, le dije, *¿puedes pedir a los demás que lleven* estas *plataformas a Orilla Perpetua?*

Le mostré una imagen de las babosas que conocía él —Naga, Feliz, Mofletes, Bigotes— volando sobre el planeta kitsen, y luego otra de varias plataformas materializándose formando un anillo bajo las nubes, desde donde dispararían a las naves enemigas.

¿Ve?, me preguntó Bien.

Ve, respondí.

El taynix tardó un momento, supuse que el que le costó conversar con las demás babosas. Y entonces sentí que nos deslizábamos a la ninguna-parte, cuya superficie se onduló a nuestro alrededor como los anillos de un estanque al tirar una piedra. Pasamos por debajo de los ojos. Tirda, aquello estaba funcionando. Podríamos dar apoyo a los escuadrones, y por lo menos reducir el daño que las naves enemigas harían a las islas de Orilla Perpetua.

Al emerger miré por la ventana de la sala de control, esperando ver las estrellas en lo alto.

En vez de eso vi el planeta en sí, una enorme bola de agua interrumpida por islas del color de la arena. Tirda. La plataforma estaba a demasiada altura, y encarada en dirección contraria. Distinguí los propulsores de varias naves de transporte de la Supremacía. Quizá estuvieran dentro del alcance de nuestras hiperarmas, pero…

Una ingeniera soltó una palabrota.

—Jefe de escuadrón Weight —dijo—, esto querrá verlo.

Me señaló los monitores de proximidad, que mostraban el planeta Detritus y todas las plataformas moviéndose a nuestro alrededor, el cinturón entero.

Todavía estaban allí.

Tirda. La sala de control había cumplido su cometido, pero no se había limitado a trasladar unas cuantas plataformas.

Había trasladado el dichoso *planeta* entero.

Ve, oí que decía Bien a través de la ninguna-parte.

Y por todo mi alrededor, la ninguna-parte empezó a ondear, rasgarse y explotar.

20

Se desgajaron pedazos de la ninguna-parte y salieron disparados hacia las nave de transporte cercanas de la Supremacía. Tirda, habían traído más. En el fondo me resultó gratificante ver la cantidad de fuerzas que Winzik pensaba que necesitaba desplegar para acabar con nosotros.

Pero aún no lo había logrado. Unas hiperarmas que no sabía que teníamos se activaron en la superficie de las plataformas y empezaron a destrozar naves enemigas. Los cazas revoloteaban muy por debajo de nosotros, acumulados sobre todo en el espacio aéreo de la isla de Manantial Soñador. Apenas eran más que puntitos, pero a través de la ninguna-parte sentía la mente de los pilotos, UrDail, kitsen y humanos, luchando todos juntos.

Estábamos a una altura considerable, quizá incluso fuera de la atmósfera, así que la mayoría de las naves enemigas quedaban fuera de nuestro alcance. Aunque no opinaba que debiéramos estar moviendo el planeta entero por capricho una y otra vez, pensé: «Tirda, ¿no tendríamos que alejarlo más? ¿Qué se harán dos planetas tan enormes uno al otro?».

Jorgen, dijo Alanik. *¿Qué has…?*

Hemos traído compañía, le respondí. *Toda la que hay*.

Ya lo veo, ya, envió ella.

La vista que teníamos del planeta empezó a cambiar y me di cuenta de que la plataforma estaba *alejándose* de Detritus.

—Gali, ¿estamos moviéndonos?

—¡Tirda! —exclamó Gali—. ¡Conque para eso sirve el sistema de navegación!

Gali llamó a los otros ingenieros y varios de ellos fueron con él al panel de control.

—Mirad —les dijo—. Estos controles de navegación son como los de la Plataforma Primaria, solo que, al no haber sistemas de motores allí, no habíamos descubierto para qué servían. Pero ahora… creo que estos teclados son para introducir coordenadas y que el sistema diga a las hiperbabosas dónde teleportarse.

—¡Caracapullo! —llamó Kauri por radio—. No sé qué estará pasando ahí arriba, pero nuestra Autoridad Portuaria quiere informarte de que tu planeta va a tirar de los océanos y congregará toda el agua en su lado, provocando una ola inmensa que se tragará nuestras islas. Un momento… Ah, dicen que eso ocurrirá solo en caso de que uno de nuestros planetas no destroce al otro antes.

—Tienen razón —dijo Gali—. Pero ya debería haber ocurrido. —Miró un monitor tras otro, buscando algo—. No sé por qué no ha pasado, pero lo mejor que se me ocurre es que el propio planeta tenga algún tipo de condensador gravitacional… Es casi como si estuviera diseñado para ser una estación espacial móvil, con sistemas para contrarrestar el efecto de sus propias fuerzas gravitatorias en los cuerpos circundantes…

—¿El *planeta* tiene *ConGravs?* —pregunté.

—Ajá —dijo Gali, negando incrédulo con la cabeza—. Eso parece.

—Negativo, Kauri —respondí por radio—. Detritus tiene sistemas para evitar dañar Orilla Perpetua.

—Si los tiene, no funcionan bien del todo —dijo ella—. La Autoridad Portuaria detecta un incremento en el nivel del agua, aunque ni de lejos tan malo como habían esperado.

—Estamos demasiado cerca —dijo Gali—. Los ConGravs tienen un límite, y funcionar con tanta potencia debe de estar drenando su fuente de energía muy rápido. Tenemos que alejar más el planeta.

—Hagámoslo —asentí—. Pero antes, ¿puedes enviar las plataformas a las islas kitsen para defenderlas?

—En cuanto tenga sus coordenadas.

Gali se puso a teclear en su consola, usando los sensores de la plataforma para determinar las coordenadas de las distintas islas.

—Kauri —dije por radio—, ¿vuestra Autoridad Portuaria sabe lo lejos que tiene que estar Detritus para que no os pase nada?

—Están calculando coordenadas ahora mismo —respondió la kitsen.

—Vale —dijo Gali—, allá van.

Las plataformas que teníamos alrededor empezaron a desplazarse, una yendo a esa isla, una a aquella otra, y sus hiperarmas abrieron fuego contra las

naves de la Supremacía que atrapaban en el aire sobre las islas. Como no habíamos desplegado nuestros cazas tan lejos, no recibirían fuego amigo.

—No las envíes todas —pedí a Gali—. No queremos dejar Detritus indefenso. Pero soltemos todas las que podamos y luego haré que las babosas muevan el planeta otra vez.

—Aquí la comandante Ulan —llegó una voz por el comunicador de la plataforma—. ¿Qué tirdas está pasando ahí arriba?

Oh, estrellas. No podía explicarle aquello, no en esos momentos.

—Protocolo de defensa para proteger el planeta kitsen, señora —dije—. Le haré un informe exhaustivo cuando hayamos completado la secuencia.

—¿A esto lo llama usted protocolo? —preguntó Ulan.

Estaba forzando la definición de la palabra, eso era evidente.

Gali estiró un brazo y bajó el volumen de la radio.

—Gerrig, ayúdame a introducirlas —pidió, y otro ingeniero llegó a su lado y se puso a teclear coordenadas también.

—Caracapullo —dijo Kauri—, la Autoridad Portuaria dice que el nivel del agua sigue subiendo. Aunque mováis el planeta, provocará una inundación en Manantial Soñador. Han emitido un aviso a la ciudad para que todo el mundo suba a terreno elevado. Las islas cercanas están haciendo lo mismo.

Ascender a terreno elevado convertiría a todo el mundo en objetivos fáciles para la Supremacía, pero, si la alternativa era ahogarse, ¿qué opción les quedaba?

—Enviaré a la gente que tengo en tierra a ayudar —prometí a Kauri, y cambié al canal de los meditécnicos—. Cuna, Zing, llega un aluvión de agua. Entrad en la ciudad y ayudad a los kitsen a subir a terreno elevado.

—Recibido, Caracapullo —dijo Zing.

Me volví hacia Juno.

—¿Los acantilados son lo bastante altos para proteger la biblioteca?

—Ha resistido durante siglos —respondió él—, y ya hemos tenido tsunamis antes.

Aquel podría ser más grande. Dependía de unas fuerzas que no terminaba de comprender.

—Kel, Winnow —dije por la radio—, vigilad el agua. Si veis que no llegáis, os sacaremos a todos con un hipermotor.

—Recibido —respondió Zing de nuevo.

Cambié de nuevo al canal de Kauri.

—Estamos ya en ello —le dije—. Que tu gente siga buscando terreno elevado. —Me volví hacia Gali—. Hay que hacerlo rápido para que esa ola no sea peor.

—Tenemos plataformas avanzando hacia las islas que están bajo ataque. El escudo sigue operativo. Cuando tú quieras.

Contacté con Bien y le expresé que necesitábamos otra vez la ayuda de las babosas. Le mostré una imagen de los planetas destruyéndose mutuamente y una aproximación de lo lejos que me gustaría que teleportaran Detritus.

Ve, dijo Bien.

Ve, le confirmé.

Y en un abrir y cerrar de ojos pasamos bajo los ojos distraídos y, al mirar hacia Orilla Perpetua, lo encontramos mucho más pequeño que un segundo antes. A mi lado, Gali soltó una palabrota.

—Kauri —dije—, ¿así está bien de lejos?

—Están vigilando los niveles del agua —respondió Kauri—. Dicen que querrían una advertencia previa cuando vuestro planeta nos haga otra visita.

—Diles que la próxima vez llamaremos antes. Y avísame si tenemos que movernos otra vez. Podemos seguir intentándolo hasta que acertemos.

Jorgen, me envió Alanik. *Nos vendría bien un poco de ayuda aquí abajo*.

Extendí mis sentidos para percibir el campo de batalla entero. Nuestra gente aún combatía, pero estaban asustados. La llegada de Detritus y las plataformas que los sobrevolaban al mismo tiempo los animaban y los confundían. Arturo estaba haciendo un buen trabajo con las fuerzas de la FDD, pero gran parte de los UrDail y los kitsen no entendían su idioma, y además carecían de nuestra organización y disciplina. Estaban pasándolo mal.

Capté a los citónicos kitsen blandiendo hojas mentales, haciendo hipersaltar sus naves a posiciones mejores. Sentí su gozo por reunirse con los suyos y su miedo a que ese día fuera el último de su hogar. Abajo, en la superficie de Orilla Perpetua, los civiles kitsen se apiñaban temerosos. Y también había una mente escuchando atenta, cautivada y también bastante confundida.

¿Era…?

¿Cobb?, pregunté.

Hijo, respondió el almirante, *no sé lo que has hecho ahí arriba, pero por el amor de la Estrella Polar, no pares*.

Cerré los ojos. Había gente por todas partes luchando y muriendo por mi culpa. Aun con lo mucho que me había esforzado en buscar a Cobb, me di cuenta de que tenía miedo de encontrarlo, que temía lo que iba a opinar sobre

lo que habíamos hecho. Todo aquello, todos los recursos invertidos, mover el tirdoso *planeta*, todo era responsabilidad mía y…

¿Mover QUÉ*?*, dijo Cobb.

Uy. Podía oírme. Tirda.

Señor, hemos…

Da igual, dijo Cobb. *Concéntrate. Tienes una batalla que ganar*.

Me dio la impresión de que debería parar un momento y hacerle un informe completo, preguntar a mi oficial al mando cuáles eran sus órdenes. Pero también estaba bastante seguro de que acababa de darme una orden, así que…

En el panel de control, Gali estaba trasteando con una radio, buscando el canal del escuadrón. Supimos que lo había encontrado cuando Arturo profirió una sonora maldición.

—¿Eso de ahí arriba es *Detritus?*

—Exacto —respondió Gali—. Ya que no podíamos llevaros a casa, se nos ha ocurrido traer casa hasta vosotros.

—Por los santos y las estrellas —dijo Sadie.

Esperé la ocurrencia ingeniosa de Nedd, pero no llegó y se me cayó el alma a los pies.

—Anfi, ¿por qué no oigo a Nedder? —pregunté.

—Porque por una vez se ha quedado sin palabras —dijo Sadie.

—Como dice la Santa —aportó Kimmalyn—, si no tienes nada que decir, a lo mejor asustas a tu jefe de escuadrón haciéndole creer que has muerto.

—Estoy aquí —dijo Nedd—. Es que… caray.

—¿Órdenes, Caracapullo? —preguntó Arturo.

—Las naves enemigas están desperdigándose para alejarse de las plataformas —dije. Nuestras plataformas estaban actuando en la zona muy por encima de Manantial Soñador, pero incluso con su movilidad no eran tan versátiles como para hacer todo el trabajo—. Todos los escuadrones, interceptad esos cazas y llevad todos los que podáis hacia las plataformas. Ahora tenemos nosotros la ventaja. Aprovechémosla.

Arturo empezó a dar órdenes, pero incluso antes de que terminara me di cuenta de cuál iba a ser el problema. Teníamos en el aire pilotos de tres especies distintas, y solo unos pocos llevaban algún sistema de traducción en sus naves. Defender una ciudad había sido una misión abarcable. Tratar de atrapar y dirigir todas aquellas naves enemigas requeriría un esfuerzo de coordinación enorme. Necesitábamos exactitud, pero cada especie había entrenado a su manera, y lo más probable era que las naves kitsen no tuvieran

ninguna experiencia en formar parte de un grupo tan numeroso. Comunicarnos con todos ellos iba a ser imposible.

A menos que…

Tirda, se me había ocurrido una idea. Fui a la caja de Bien, la abrí y lo acuné en mis brazos.

Gracias por ayudarme, le dije. *¿Te importa hacerlo un poco más?*

—¡Bien! —dijo Abracitos.

—¡Bien! —dijo Bien.

—Bien —dije yo.

Y me concentré de nuevo en la batalla, en las muchas mentes que estaban dispersándose por todo el planeta. Sentí que Bien me seguía, que su mente pasaba por todos los pilotos de caza, algunos de ellos desapareciendo en el aire, otros cegados por el terror a lo que iba a ser de ellos. Algunos decididos. Algunos luchando. Algunos procurando sobre todo seguir con vida.

Interioricé la forma de la batalla. Alcancé a ver las pautas en el caos, los lugares donde necesitábamos pasar a la ofensiva y aquellos donde era mejor replegarnos para manipular al enemigo. Para detener su destrucción y situarlos donde más nos interesaba.

—¿Preparado? —pregunté a Bien.

—Preparado —dijo él.

Y empujé hacia fuera, hacia sus mentes, enviándoles a todas la visión, ayudándolas a ver lo que estaba viendo yo. No una masa de pilotos individuales, sino un ejército tan bravo y fuerte y *potente* que hasta la todopoderosa Supremacía le tenía miedo.

Caí en la cuenta de que era justo aquello. Lo que más pánico daba a la Supremacía. El poder de todos nosotros juntos, colaborando.

Sentí que las demás babosas de comunicación se unían a nosotros, amplificando la señal para nuestros aliados de allá abajo. Sentí que sus mentes respondían. No era capaz de captar voces individuales, solo la *sensación*. Estábamos haciendo aquello juntos, y ahí radicaba nuestra esperanza.

Me concentré en los distintos frentes, dirigiendo nuestros escuadrones, indicando a uno que apretara aquí, a otro allá. Conteniendo algunas de nuestras fuerzas y urgiendo a otras a retirarse a la ciudad para proteger la zona del hospital y las viviendas de los civiles. Me comprendieron todos, porque en nuestras mentes no había idiomas, no había barreras. A mi alrededor, el equipo de Gali seguía dirigiendo las plataformas. Pieza a pieza, las plataformas estaban extendiendo su escudo en torno a Orilla Perpetua,

atrapando dentro al enemigo para que mis cazas los persiguieran sin piedad y los obligaran a ascender dentro del alcance de las hiperarmas.

Eran muchísimas piezas, pero podía vislumbrar el patrón general y hacía todo lo posible por expresarlo. Nuestros pilotos empezaron a volar mejor, con más precisión, tomando cada vez más el control del cielo…

… y entonces oí un susurro procedente de la ninguna-parte. Una sola palabra, la más dulce de todas.

Retirada.

Las naves de la Supremacía emprendieron una huida desesperada hacia los bordes del escudo y los cazas se apresuraron a regresar a las naves de transporte restantes, que desaparecieron de la existencia. Algunos pilotos enemigos dieron media vuelta y huyeron sin nave a la que volver, volando ciegos de terror, y mi gente los derribó uno por uno.

En mi mente, una emoción resonaba con más fuerza que todas las demás.

El alivio.

Se marchaban.

Habíamos ganado.

Era solo una batalla, una nubecilla de la tormenta que se avecinaba. Pero íbamos a resistirla. Íbamos a seguir luchando.

Y en adelante, lo haríamos juntos.

21

Tras la batalla, hipersalté con Juno al acantilado que dominaba Manantial Soñador. El tsunami había alcanzado la parte baja de la ciudad en nuestra ausencia y había inundaciones considerables, pero la parte alta seguía intacta y el agua no había llegado a la biblioteca. Había edificios dañados por naves derribadas y fuego de destructor, y restos y escombros esparcidos a lo largo y ancho de la ciudad.

—Lamento lo ocurrido —dije a Juno.

—Yo también —respondió él—. Pero mi pueblo es más rico hoy que ayer, a pesar de los contratiempos.

—Habéis recuperado a vuestros citónicos.

—No es solo eso —dijo Juno—. Ahora ya no estamos aislados.

Aún quedaba mucho que resolver, mucho trabajo por delante. Las sempiternas rencillas políticas seguirían su curso. Pero Juno tenía razón. Ya no estábamos solos. Seguíamos luchando para salvar la vida, pero al menos podríamos hacerlo codo con codo.

Miré con los ojos entornados hacia Detritus, que pendía del cielo como una segunda luna, una brillante esfera metálica rodeada de un escudo destellante. Por las estrellas, no sabía cuánto tiempo deberíamos dejar allí nuestro planeta, pero esa decisión correspondería a Cobb. Igual que todas las decisiones futuras, desde el momento en que se lo explicara todo.

Una nave de transporte se materializó hipersaltando en el centro del camino bajo la pared del acantilado, con toda probabilidad transportada por un taynix desde la Plataforma Primaria. Forcé la vista y distinguí que las luces de su cabina caían sobre un hombre con uniforme de vicealmirante.

Stoff salió de la nave y anduvo hacia la biblioteca. Los médicos justo estaban sacando escalera abajo a Cobb y la yaya, todavía en sus camillas.

Dejaron a Cobb junto a la entrada de la biblioteca y bajaron con la yaya, que no dejó de protestar a voz en grito durante todo el trayecto hasta la nave de transporte.

—Tengo que ir a hablar con mis superiores —dije a Juno—. Es mejor que esta vez no me acompañes.

—No pasa nada, caminante de la sombra. —Juno levantó su libro—. Tengo muchísimas cosas que registrar.

—Abracitos —dije, y la animé a hipersaltar conmigo al camino, junto a la nave.

Cuando llegamos, oí que la yaya gritaba a los meditécnicos:

—¡Oigan, que puedo andar! ¡Seré vieja y ciega, pero no una enclenque!

Me aparté para dejar pasar a Kel y Winnow, que insistían en llevarla a la nave de transporte.

—No pasa nada, yaya —dije—. Nadie cree que seas una enclenque.

—Más les vale —repuso ella—. O se van a enterar.

No dudé ni un segundo de que lo harían.

Stoff ya había llegado junto a la camilla de Cobb. FM se puso a mi lado y vi que había dejado su nave un poco más arriba del camino, con la de Sadie.

—Señor —dijo Stoff—, qué alegría que haya vuelto. Hemos dado grandes pasos al establecer alianzas con los UrDail y los kitsen.

—Eso es bueno —respondió Cobb.

Me miró como esperando a que dijera algo. Aún tenía la cara magullada, el ojo izquierdo hinchado y casi cerrado del todo.

—Es verdad, señor —dije—. Hemos hecho progresos.

Sabía que Stoff iba a atribuirse el mérito de todo, ya que había salido bien, y no quería empezar una guerra contra él. Estaba demasiado exhausto por la que acabábamos de librar. Habíamos salvado vidas y habíamos ganado aliados. Eso era lo importante, no la mezquina política de quién había ordenado qué.

Eché una mirada a FM, pensando que se alegraría de que me retirara de esa batalla.

—Stoff no ha tenido nada que ver con esto —dijo ella.

—¿Disculpe? —le espetó Stoff.

Cobb miró a FM.

—¿Permiso para hablar sin reservas, señor? —pidió FM.

—Me parece a mí que ya has empezado a hacerlo —respondió Cobb con la voz ronca—, así que continúa.

—Stoff no ha tenido ningún papel en la alianza con los kitsen —dijo FM —. Se negó a tomar la decisión de enviar escuadrones a ayudarlos. Descargó toda la responsabilidad en Jorgen para que, si era una mala decisión, se llevara él las culpas.

Stoff se quedó boquiabierto.

—¿Eso es verdad, hijo? —preguntó Cobb.

—Sí —dije—. Aunque, en defensa de Stoff, la verdad es que le entré fuerte.

FM me lanzó una mirada dura, como si no entendiera qué hacía defendiendo a Stoff, pero era la verdad.

—Le dije —proseguí— que ya estábamos autorizados por usted para proponer alianzas, y que no íbamos a escuchar nada más que dijera la asamblea sobre hablar con la Supremacía.

Estaba casi convencido de que en realidad había dado a entender que no escucharíamos nada más que dijeran *en absoluto*, pero saltaba a la vista que eso no podía ser una solución a largo plazo.

—Antes de conocer su paradero —dijo Stoff—, nos pareció que lo mejor era cumplir sus últimas órdenes.

—¿Cómo que «nos» pareció? —preguntó Cobb—. Que yo sepa, en ausencia del almirante, el trabajo de vicealmirante no se hace por consenso.

Stoff farfulló algo.

—Si Stoff no me hubiera hecho caso —dije—, tal vez nunca los habríamos encontrado a usted y a la señora Nightshade. No sé cuánto tiempo habrían aguantado sus cuerpos con los espíritus al otro lado del portal, pero no creo que hubiera sido mucho.

Cobb me miró como diciéndome que estaba tirando piedras sobre mi propio tejado, pero, de nuevo, era la verdad. Stoff sería un cobarde, pero me había dejado vía libre en los momentos importantes.

FM intervino de nuevo.

—El caso es que Jorgen es quien encontró la transmisión de Kauri, la que nos trajo hasta usted en Orilla Perpetua. Fue él quien decidió venir aquí a buscarlo, y quien quiso cumplir la última orden que nos dio y encontrar aliados para Detritus. Y al torcerse todo, ha sido Jorgen quien ha decidido traer más escuadrones, quien ha puesto a Gali y su equipo a trabajar en mover las plataformas y, después de eso, quien ha descubierto junto a ellos que podíamos trasladar el planeta.

Cobb me miró. Era imposible negar nada de lo que había afirmado FM. Los hechos eran esos.

—Es verdad, señor. Aunque FM no ha mencionado la parte en que manifesté hojas mentales en una reunión llena de políticos alienígenas. Así que no todo ha sido bueno.

—Ya, en fin —respondió Cobb—. Pero pareces haber superado ese tropezón sin problemas.

—Señor —dijo Stoff—, comprenderá que solo pretendía hacer lo mejor para el pueblo de Detritus. Era evidente que había depositado su confianza en el jefe de escuadrón Weight, así que me limité a…

—Ya basta —lo interrumpió Cobb—. Stoff, vaya a dar un paseo.

Stoff se quedó boquiabierto de nuevo.

—¿Señor?

—*Vaya a dar un paseo* —repitió Cobb.

Stoff lo miró un momento parpadeando y luego dio media vuelta y se fue.

—De verdad que Stoff hizo bien en escucharme —dije—. Si no me hubiera dejado tomar las decisiones, podríamos haber perdido el planeta kitsen entero.

—No te digo que no —respondió Cobb—. Pero un comandante que escurre el bulto de las decisiones difíciles no es comandante que valga.

Me miró desde la camilla como si se planteara algo. Encorvó la espalda, tosió y FM y yo nos miramos alarmados. No tenía ni idea de lo que podía haber hecho al cuerpo de Cobb estar medio atascado tras aquel portal, pero no parecía estar llevándolo nada bien.

—¿Señor? —dije.

—FM, ¿nos disculpas? —le pidió Cobb cuando pudo hablar de nuevo.

Me desinflé por completo. Ahí llegaba. Cobb iba a machacarme por haberme apoderado de la FDD. Las decisiones que había tomado estaban muy por encima de mi rango. No debería haber hecho las cosas que hice, aunque hubieran salvado vidas. Stoff me habría pintado como un rebelde si las cosas hubieran ido mal, pero tampoco le habría hecho falta un pincel tan grueso.

FM me miró preocupada, asintió y se volvió para marcharse. Cobb se incorporó en la camilla, mirando irritado los dispositivos médicos que aún llevaba sujetos al brazo.

—Siento haber sido impetuoso, señor —dije—. Le informaré de todo para ponerlo al día.

—He oído bastante por la radio hacia el final —respondió Cobb, con la voz todavía áspera. Me miró como si le costara enfocarme—. Y eso que has hecho, lo de hablar a la mente de todo el mundo… es algo citónico, ¿verdad? ¿Has manifestado algún otro poder impío del que deba estar informado?

—No, señor. Y sí que es algo citónico. ¿Cuánto…? ¿Cuánto tiempo llevaba escuchando la radio? Les pedí que avisaran nada más estuviera despierto para…

—Y yo les ordené que cerraran la boca y te dejaran trabajar —replicó Cobb—. Estaba claro que lo tenías todo bien atado.

Aquello… igual era mucho decir.

—Puede que no lo hayamos hecho todo según las normas —dije—, pero hemos progresado con las alianzas, y ahora tenemos muchos más conocimientos sobre cómo funciona nuestra propia tecnología. Creo que le gustarán mucho las cosas que tenemos disponibles. Hemos tenido algunos baches, señor, pero los hemos superado. Y ahora que ha vuelto…

—Has cargado con una responsabilidad enorme —afirmó Cobb.

—Lo siento, señor. Estaba haciendo lo mejor que podía con los recursos que tenía. Y creo que se me había nublado un poco el juicio por lo que les pasó a mis padres.

—Siento mucho lo que les pasó —dijo Cobb—. Me lo ha contado el equipo médico. ¿Los perdimos en la explosión?

—Sí —respondí.

Cobb negó con la cabeza.

—No estábamos de acuerdo en muchas cosas, pero no merecían terminar así.

Me empezaron a escocer los ojos, pero parpadeé para evitar las lágrimas.

—Nada de eso cambia el increíble trabajo que has hecho aquí —prosiguió Cobb—. Si esto es lo que haces con el «juicio nublado», me gustaría ver por dónde sales teniendo la mente clara.

—Solo intentaba hacer lo que pensaba que haría usted si estuviese —dije. Cobb me lanzó una mirada y añadí, farfullando—: Tal vez no fueran predicciones muy acertadas.

—En este caso, parece que hay que alegrarse de que no lo fueran. —Alzó la mirada a las nubes y sacudió un poco la cabeza—. Lo tienes todo tan bien atado que voy a ascenderte a vicealmirante.

Por las estrellas, ¿vicealmirante? Eso era saltarme muchas graduaciones. Aunque por otra parte, me gustaba la idea de aconsejar directamente a Cobb, después de todo lo que habíamos hecho y aprendido desde que la Supremacía lo reemplazó por un doble infiltrado.

—Gracias, señor —respondí.

—Y cuando eso se haga efectivo —añadió Cobb, y tosió de nuevo—, creo que es evidente que no estoy en condiciones de liderar la FDD, y mucho

menos ahora que nos dedicamos a dar brincos con nuestro *planeta* entero por toda la galaxia. —Se reclinó de nuevo en su camilla y contempló el cielo—. Así que tendré que retirarme el mando a mí mismo, hasta que vuelva a estar en condiciones de ejercerlo.

Me lo quedé mirando, sorprendido, tratando de hacer que sus palabras significaran otra cosa distinta a la que yo creía.

—¿En qué vicealmirante tiene pensado delegar el mando operativo, señor?

—Ya sé que la sutileza no es tu mayor virtud —dijo Cobb—, pero si te las has ingeniado para mover un planeta entero, creo que puedes responder a eso tú mismo.

Por los santos y las estrellas.

—No lo dirá en serio. Usted tiene muchísima más experiencia en…

—¿En todo esto? —Hizo un gesto con el brazo que abarcó la ciudad kitsen, las naves sobre nosotros y Detritus resplandeciente en el cielo como si llevara allí desde siempre. Torció el gesto, se agarró el costado y dejó caer de nuevo el otro brazo—. No, almirante, yo diría que tú y tu escuadrón sois los únicos que tenéis la más mínima experiencia en lidiar con todo esto. Tanto nuestra fuerza aérea como una coalición de especies alienígenas están dispuestos a seguirte a la batalla contra un enemigo tan poderoso que no deberían tener ninguna esperanza de sobrevivir, no digamos ya de vencerlo. Pero *quieren* luchar. Por la radio no se oye otra cosa que conversaciones sobre resistir todos juntos.

—No pretendía tomar el control —le aseguré—. Solo quería aguantar hasta que usted volviera. Nunca quise…

Una comisura de la boca de Cobb se curvó hacia arriba.

—No —dijo—. Los buenos nunca quieren.

Lo miré.

—Sí que habla en serio.

—Muy en serio. No voy a abandonarte. El cargo implica un buen montón de papeleo y te vendrá bien tener a alguien que ayude a quitártelo de encima. Pero no me cabe duda de que el mejor puesto para alguien con tus cualificaciones es el mando estratégico. La Santa sabe que estás mejor cualificado para él que yo. —Cobb me miró enarcando una ceja y se le crispó el bigote—. A menos que quieras rechazar el ascenso.

Me observó atento, esperando mi respuesta.

Alcé la mirada al cielo, a la brillante luna de Orilla Perpetua y a Detritus allí arriba con ella. Había traído a todo el mundo hasta allí con la esperanza de

que Cobb me liberaría de la responsabilidad de sacarnos del atolladero y seguir adelante, si no ilesos, por lo menos vivos. Había pensado que llegaría un final, un punto en el que podría descargarme de todo lo que llevaba sobre los hombros.

Si aceptaba el ascenso, tal vez nunca pudiera quitarme el peso. Pero si lo rechazaba, solo estaría entregándoselo a otra persona. Y no había nadie aparte de Cobb en quien confiara para liderarnos en el enfrentamiento contra lo que se avecinaba. Si había llevado a todo el mundo conmigo hasta allí era para que luego contáramos otra vez con la ventaja de su buen juicio.

Por tanto, si aquello era lo que él consideraba mejor, que así fuese.

—No, señor —dije—. Lo acepto.

—Bien. —Cobb me puso una mano en el brazo—. Ojalá tus padres pudieran ver lo que has logrado. Qué orgullosos estarían de ti.

Algo dentro de mí cedió.

Desde que estaba en la Fuerza de Defensa Desafiante, siempre me había sentido perdido e inadecuado. Me había sentido desautorizado y humillado ante mis compañeros de escuadrón y mis superiores. Había tomado decisiones que ningún ser humano debería tomar jamás, había acertado y me había equivocado, y había tenido que vivir con ambas cosas. Había mantenido el control a lo largo de todo aquello, porque así era como me habían criado.

Pero en ese momento, mi fachada de compostura se resquebrajó como una cubierta de caza dañada. Delante de mi oficial superior —tirda, ¿aún era mi superior?—, me eché a llorar.

—Lo vas a hacer muy bien, hijo —me tranquilizó Cobb, apretándome el brazo—. Si necesitas que te ayude, ahora puedes contactar conmigo esté donde esté. Lo cual es un poco inquietante, por cierto. Si vas a tomarlo por costumbre, busca una manera de avisarme. Me costará un poco hacerme a la idea.

—Lo intentaré, señor —dije.

Cobb negó con la cabeza.

—Haz lo que quieras con Stoff —dijo—. Es decisión tuya.

—No creo que deba estar en el Alto Mando —respondí—. Pero tampoco quiero castigarlo. De verdad que podría haberlo puesto todo mucho más difícil y hacer que mataran a mucha más gente.

—Me parece buena decisión —dijo Cobb—. No es la primera que tomas.

—Gracias, señor.

—Y ahora, si no te importa, voy a cerrar los ojos un minutito.

—Claro, señor —dije.

—Ah, y ¿Jorgen?
—¿Sí, señor?
Cobb suspiró.
—Tendrás que dejar de llamarme señor.

EPÍLOGO

Dejé a Cobb con el equipo médico y remonté el camino hacia la ciudad. Encontré a Cuna de pie fuera del edificio del Senado, que parecía estar abarrotado de kitsen. Goro flotaba a la altura del hombro de Cuna, todavía con su armadura ceremonial.

—¿Cómo ha ido la evacuación? —pregunté.

—Muy bien —dijo Cuna—. Hemos abierto los edificios de la parte alta de la ciudad para que se refugiaran los kitsen de las zonas más bajas. Creo que la mayoría ha logrado llegar.

—Gracias por su ayuda —le dije.

—Me alegro de haber sido útil —respondió Cuna—. Y de que pudiéramos salvar a esta gente.

Volvió la mirada hacia la cámara del Senado, tan llena de kitsen que apenas se distinguía dónde empezaba uno y terminaba otra. Me di cuenta de que a Cuna le importaba aquella gente. Hablaba como si se considerara superior, pero intentaba salvar vidas. Con eso me valía.

—Lamento la inundación —dije a Goro.

El kitsen contempló la ciudad con gesto sombrío, tanto que temí que nos proclamara enemigos otra vez, por toda la destrucción que habíamos llevado a su planeta.

—Dime, humano —repuso—. Ahora que habéis combatido en nuestras costas y vencido, ¿nos consideráis vuestra conquista?

—No. Pero sí espero que podamos llamaros nuestros aliados.

Goro me miró entornando los ojos.

—Cuna dice que has traído de vuelta a nuestros caminantes de la sombra, a quienes creíamos perdidos para siempre. Tienes poder sobre las mismas

mareas y mueves los cuerpos celestiales del firmamento. ¿Pero no pretendes gobernarnos?

—Si tuviera poder sobre las mareas —repuse, señalando la parte baja de la ciudad—, no les habría ordenado hacer eso de ahí. A los humanos ya nos cuesta bastante gobernarnos a nosotros mismos. Solo queremos una alianza, te lo juro. Nadie va a invadiros.

Goro dio un bufido.

—Me parece bien, humano. La decisión no me corresponde, pero hablaré a tu favor si necesitas mi apoyo.

—Gracias —le dije.

Pero en ese momento, lo que más necesitaba era alejarme de todo. Me despedí y bajé el camino a zancadas, dejando atrás una multitud de kitsen que salían de los edificios de la parte alta para evaluar los daños.

Encontré a FM al final del camino, donde el agua inundaba los niveles inferiores de Manantial Soñador. Había naves flotando sobre ella, pilotos levantando sus cubiertas, mirando atónitos las plataformas que rodeaban el planeta. Algunas se esfumaban y reaparecían en posiciones distintas, seguro que porque Gali aún estaba situándolas a las distancias óptimas entre sí para generar el escudo.

Por las estrellas, cuánto habíamos logrado, y sin embargo cuánto trabajo quedaba por hacer. Teníamos que cimentarlo en aquello, en cómo habíamos colaborado, en nuestro potencial como grupo. Alguien iba a tener que mantener en marcha ese impulso… y tirda, ese alguien era yo.

«Hazlo mejor que nosotros».

Estaba… emocionado por empezar.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó FM.

—Cobb me ha nombrado vicealmirante —dije—. Y luego ha renunciado a su cargo y me ha puesto oficialmente al mando.

FM se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo? —dijo al cabo de un momento.

—Ya me has oído.

—Jorgen, pero qué bien.

—¿De verdad? —dudé.

—¡Pues claro! O sea… —Negó con la cabeza—. Vas a hacerlo de maravilla.

FM conocía mis debilidades como líder mejor que nadie, así que su confianza significaba mucho.

—Tirda —añadió—, pero entonces ya no serás nuestro jefe de escuadrón.

Sonaba triste, lo cual también significaba mucho.

—Sí, es verdad —dije, y miré hacia el cielo.

Las nubes se habían difuminado y asomaban estrellas entre la negrura, tan nítidas que daba la sensación de estar en el espacio.

—Podrías dirigir tú el escuadrón, ¿sabes? —le dije—. Se te daría bien.

—No quiero —replicó ella—. Nunca he querido estar al mando.

—Ya lo sé. Creo que voy a asignárselo a Arturo.

—Deberías. Lo hará bien.

—Ya lo creo que sí.

FM también lo haría bien, pero comprendía que no quisiera. Además, la necesitaba en otro sitio.

—¿Qué te parecería dejar el escuadrón?

Me miró.

—¿Qué?

—Tenías razón —dije—. No tenemos diplomáticos, y nos hacen falta. La Asamblea Nacional es un desastre, pero no nos queda más remedio que tratar con ella. La FDD necesita un cuerpo diplomático que se relacione con nuestra tirdosa propia gente, además de con nuestros aliados. Tenemos que actuar todos en conjunto, y no nos vale ordenarles que lo hagan. Así que necesitaré a alguien al frente a quien le importen más cosas que la cadena de mando.

—A ti te importan más cosas que eso —repuso FM.

—Es verdad —dije—. Y por eso quiero que dirijas tú nuestro programa diplomático. Necesitamos tu empatía. Yo en concreto necesito que me ayudes a averiguar cómo ocuparme de todo esto, de la política, las relaciones exteriores. Eres muy buena impidiendo que te estorben las normas, las órdenes y la tirdosa burocracia y llegando directa a lo que debe hacerse por el bien de todos los implicados. Sé que no quieres estar al mando. Pero es que no hay nadie mejor para encargarse de esto.

Respiré hondo. Podía ordenarle que aceptara el puesto. Tenía la autoridad para ello, pero no quería hacerle eso a FM. Era mi amiga. Ya se había desvivido mucho más de lo razonable por nuestro pueblo. No tenía por qué aceptar esa carga si no la quería.

—Aun así, la elección es tuya —añadí—. Lo comprenderé si prefieres quedarte en el escuadrón.

FM miró al cielo y las estrellas se reflejaron en sus ojos.

—Lo haré.

—¿En serio?

Asintió.

—Me da escalofríos que el escuadrón vaya a salir sin mí. Odiaré no estar allí para protegerlos.

—Estarás protegiéndolos de otra manera —dije.

—Lo sé. Y por eso voy a hacerlo. Yo nunca quise luchar, ¿sabes? Solo quería hacer lo mejor para la gente que no tiene voz. La gente a la que la FDD no hace ningún caso.

Me tocó a mí asentir.

—Y yo no quiero envararme tanto en la estructura militar que olvide por qué hacemos esto. Necesito tu ayuda.

FM asintió de nuevo.

—Vas a lamentar haber dicho eso cuando empiece a discutir contigo.

Me reí.

—Es probable. Pero para eso te necesito.

—Me aseguraré de recordártelo a menudo.

—No esperaba menos.

FM siguió mirando al cielo, con expresión atribulada.

—¿Estas segura de que es lo que quieres? —le pregunté—. Si necesitas pensártelo…

—Estoy segura —dijo FM—. Me noto aliviada, y me odio por ello.

—No creo que debas.

Me miró de soslayo.

—¿Eso te lo ha impedido a ti alguna vez?

Ups.

—No. Pero si te sirve de algo, estoy casi seguro de que volar es mucho más fácil que conseguir que la gente se comunique entre ella.

—No me extrañaría —dijo ella—. Y tampoco es que vayamos a dejar de correr peligro. Pero no será lo mismo.

—No, no será lo mismo.

Ya había tomado decisiones que habían puesto en peligro a mis amigos. Y tendría que seguir haciéndolo una y otra y otra vez. No sabía cómo podría congraciarme con aquello.

Quizá nunca lo hiciera.

Quizá fuese porque no debería.

—Me voy a contárselo a Gali —dijo FM.

Se me pasó por la cabeza que quizá hubiera aceptado dejar el escuadrón por él, pero no se lo pregunté. Tampoco iba a reprochárselo si era por eso.

FM me miró.

—Si necesitas hablar más…

—Lo haremos más tarde —dije—. Vete, anda.

Caí en la cuenta de que sí necesitaba hablar más. No podía hacer aquello solo, así que menos mal que tampoco tenía por qué. Pero en esos momentos, en cambio…

… habría deseado poder hablar con Spensa. La echaba tanto de menos que me dolía. Quería saber qué opinaba ella de todo el asunto.

Spensa creería en mí. De eso estaba seguro. *Siempre* había creído en mí, hasta cuando la hacía subirse por las paredes. Igual que yo creía en ella, aunque no me gustara nada lo lejos que estaba y no saber si volvería a casa.

Extendí la mente buscándola y encontré de nuevo aquella presencia. Babosa Letal. Estaba preocupada por Spensa. Podía sentirlo. Yo también lo estaba.

Esa noche había hecho cosas imposibles, cosas que no sabía explicar. Normalmente pensaba en Spensa como la que llevaba a cabo las tareas imposibles, pero por lo visto no era la única.

No iba a rendirme con ella. Seguiría aprendiendo, seguiría intentándolo y encontraría la forma de ayudarla si era posible.

Pero si no, como mínimo me aseguraría de que tuviera un hogar al que volver.

LA DEFENSA DEL ELÍSEO[1]

La mujer se revolvía entre espasmos tumbada en una cama de hospital. Tenía el cabello oscuro pegado a la cabeza por el sudor y sus movimientos descontrolados parecían casi epilépticos. En cambio, sus ojos no tenían el frenesí de la locura, sino que se veían enfocados. Decididos. La mujer no había perdido el juicio: era solo que no podía controlar los músculos. No dejaba de mover las manos por delante haciendo unos gestos torpes, unos gestos que a Jason le resultaban extrañamente familiares.

Y lo hacía todo en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra.

Jason apagó el holovídeo y se reclinó en la butaca. Lo había visto ya una docena de veces, pero aun así el vídeo seguía desconcertándolo. De todos modos, no podría hacer nada hasta que llegara a Vísperas. No le quedaba más remedio que esperar.

Jason Write siempre se había sentido identificado con las Plataformas Exteriores. Había algo en la forma en que flotaban solas en el espacio, sin dejarse reclamar por planeta ni estrella alguna. No eran solitarias, sino… independientes. Autónomas.

Jason iba sentado junto al ojo de buey del transbordador, por el que se veía Vísperas mientras la nave se aproximaba a ella. La plataforma, como todas las de su tipo, era una lámina metálica de ochenta kilómetros de longitud con edificios asomando de sus dos caras. No era una nave, ni una estación espacial siquiera, sino apenas una sucesión de edificios aleatorios rodeados por una burbuja de aire.

De todas las Plataformas Exteriores, Vísperas era la más remota. Situada entre las órbitas de Saturno y Urano, era el puesto de avanzada humano más alejado en el espacio profundo. En cierto modo era como un pueblo fronterizo del antiguo Oeste, señalando el límite de la civilización. Solo que en el caso de Vísperas, opinara lo que opinase la humanidad, la civilización estaba al otro lado de la frontera, no en su interior.

A medida que la nave se aproximaba, Jason pudo empezar a sentir los alzacielos y edificios individuales de la ciudad, muchos de ellos conectados por pasarelas. Tenía los ojos vueltos hacia el ojo de buey, pero la postura era irrelevante. Lo habían declarado legalmente ciego al cumplir los dieciséis años. Hacía mucho tiempo que ya no podía distinguir ni siquiera las sombras y la luz. Por suerte, contaba con otras maneras de ver.

Podía sentir las luces que brillaban en las ventanas y las calles. Para él, su resplandor blanco era un leve zumbido en la mente. También podía sentir la hilera de edificios que emergían, de un modo que casi le recordaba a las siluetas recortadas contra el horizonte de un antiguo paisaje urbano de la Tierra. Por supuesto, en Vísperas no había un verdadero horizonte ni un cielo. Solo la negrura del espacio.

«Negrura». Voces riéndose al fondo de su mente. Recuerdos. Jason los apartó.

La lanzadera entró en la envoltura atmosférica de Vísperas. La plataforma no tenía esfera exterior ni campo de fuerza como los que utilizaban algunas estaciones espaciales más antiguas. Los generadores gravitatorios elemento-específicos habían eliminado la necesidad de esos mecanismos y habían abierto el espacio a la humanidad. Los GGE y los generadores de fusión implicaban que la especie humana podía escupir un pedazo de metal inerte al espacio y poblarlo con millones de individuos.

Jason se reclinó mientras la lanzadera iniciaba la aproximación final. Viajaba en un compartimento privado, por supuesto. Estaba bien amueblado y era cómodo, como requería un trayecto tan largo. La estancia aún conservaba el tenue aroma del filete que había tomado para cenar, pero por lo demás tenía un olor estéril, a limpio, que le gustaba. De haber tenido casa, Jason la habría mantenido también de ese modo.

«Supongo que se acabaron las vacaciones», pensó. Se despidió en silencio de su relajada soledad, levantó la mano y tocó el pequeño disco de control que llevaba sujeto a la piel detrás de la oreja derecha. Sonó el chasquido que indicaba que su llamada estaba transmitiéndose por el vacío hasta la lejana

Tierra. La comunicación superlumínica era un regalo entregado a la Tierra como recompensa por la pifia diplomática más garrafal de toda su historia.

—Caramba, por fin me llamas —dijo una animada voz femenina en su oído.

Jason suspiró.

—¿Lanna?

—Ajá.

—¿No hay nadie más por ahí? —preguntó Jason.

—No, estoy solo yo.

—¿Y Aaron?

—Asignado con Riely —dijo Lanna—. Están investigando los laboratorios de la CLA en la plataforma Júpiter Diecisiete.

—¿Doran?

—De baja por maternidad. Te toca aguantarme a mí, viejales.

—No soy un viejales —repuso Jason—. La lanzadera acaba de llegar. Voy a establecer un enlace constante.

—Entendido —dijo Lanna.

Jason sintió que la nave se posaba en el atraque.

—¿Dónde está mi hotel?

—Queda bastante cerca de los muelles para lanzaderas —respondió Lanna—. Es el Regency Cuarto. Tienes reserva a nombre de Elton Flippenday.

Jason se quedó callado un momento.

—¿Elton Flippenday? —preguntó en tono inexpresivo mientras notaba que las abrazaderas de atraque hacían temblar la nave—. ¿Qué pasa con mi alias de siempre?

—¿John Smith? —replicó Lanna—. Demasiado aburrido, viejales.

—No es aburrido —dijo Jason—. Es discreto.

—Ya. Bueno, pues he visto piedras menos «discretas» que ese nombre. Es aburridísimo. Se supone que los agentes lleváis una vida emocionante y peligrosa, así que John Smith no te encaja.

«Va a ser una misión muy larga», pensó Jason.

Un leve zumbido en el compartimento le indicó que el atraque había concluido. Jason se levantó, recogió la única maleta que llevaba, se puso las gafas de sol y salió al pasillo. Sabía que las gafas quedaban raras, pero sus ojos ciegos tendían a poner nerviosa a la gente. Sobre todo cuando dicha gente se percataba de que era evidente que podía ver a pesar de sus pupilas desenfocadas.

—Bueno, ¿qué tal el viaje? —preguntó Lanna.

—Bien —respondió Jason con sequedad.

Cruzó el pasillo de la lanzadera e hizo un asentimiento agradecido al capitán. Dirigía una buena tripulación: en opinión de Jason, toda tripulación que lo dejara en paz era buena.

—Venga, hombre —insistió Lanna en su oído—. No puedes dejarlo en un «bien». ¿Qué te han puesto de comer? ¿Has tenido algún problema con…?

Lanna siguió parloteando, pero Jason dejó de prestarle atención. Estaba concentrado en otra cosa, un leve gorjeo que había distinguido en la voz de Lanna. Duró menos de un segundo, pero Jason supo al instante lo que significaba. La línea estaba pinchada.

Aunque Lanna sin duda también lo había oído —era locuaz, pero ni por asomo incompetente—, siguió hablando como si no pasara nada. Esperaría a que Jason le diera la señal.

—¿Qué tal los chavales? —preguntó Jason.

—¿Mis sobrinos? —dijo Lanna, acusando recibo de la solicitud codificada sin perder el ritmo de la conversación—. El mayor está bien, pero el pequeño ha pillado la gripe.

El pequeño era el que estaba enfermo. Significaba que el pinchazo estaba en el lado de Jason, no en el de ella. «Interesante», pensó. Alguien había logrado acercarse lo suficiente para escanear su disco de control sin que Jason se diera cuenta.

Lanna se quedó callada. Estaba preparando un bloqueo para el pinchazo, pero no lo ejecutaría hasta que él lo ordenara. Jason no lo hizo.

Salió de la lanzadera y recorrió la corta pasarela hasta la terminal de llegadas. Ante él se extendía una serie de arcos de control para detectar armamento. Jason los cruzó sin preocuparse, porque no había escáner en el espacio humano capaz de descubrir sus armas. Saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa al pasar junto a un guardia, que olía un poco a tabaco y llevaba un uniforme azul que la mente de Jason captó como un ritmo palpitante. El guardia frunció el ceño al ver la insignia plateada de la CT en la solapa de Jason y lanzó una mirada suspicaz a la pantalla del escáner.

Jason se apartó a un lado mientras los demás pasajeros se ponían en fila ante el mostrador de registro y fingió que estaba buscando su identificación. Bajó sus inútiles ojos y se quedó observándolos con su sentido. Casi todos vestían el ritmo suave del azul marino, el rugido del blanco o el silencio inmóvil del negro. No había ningún pasajero que destacara, pero de todos modos Jason memorizó las pautas de sus rostros. Quienquiera que le hubiese pinchado la línea debía de haber llegado con él en la lanzadera.

Cuando hubieron pasado todos, Jason fingió que encontraba su identificación, de las antiguas de plástico, no las nuevas tarjetas de holovídeo. Un agente de seguridad con aspecto cansado y olor a café le cogió la identificación y empezó a procesar sus documentos. Era joven y tenía la piel tintada de azul, siguiendo una de las tendencias de moda más recientes. Trabajaba despacio y los ojos de Jason se desviaron al holovídeo que había detrás del mostrador. Estaba reproduciendo un noticiario.

«… hallado asesinado en un edificio de incineración», estaba diciendo la presentadora.

Jason se irguió de golpe.

—Jason —dijo en su oído la voz de Lanna con tono apremiante—. Acaban de dar una cosa en las noticias. Ha habido un…

—Lo sé —la interrumpió Jason mientras recuperaba su identificación.

Salió corriendo del puesto de aduana hacia la calle.

El capitán Orson Ansed, del Departamento de Policía de Vísperas, caminaba con prisa por los suburbios de Cararriba. Aún le extrañaba que en Vísperas hubiera suburbios. Todos los edificios de la plataforma estaban hechos de costoso telanio, un metal plateado ultraligero que no se oxidaba ni se resquebrajaba. De hecho, la mayoría de los edificios estaban prefabricados junto con la plataforma y eran extensiones de su carcasa con forma de lámina. Los edificios estaban bien construidos y eran espaciosos y elegantes.

Y aun así, había barrios bajos. Daba igual que la gente pobre de Vísperas viviera en casas que muchos terranos acaudalados no podrían permitirse. En términos comparativos seguían siendo pobres y, de algún modo, sus viviendas lo reflejaban. El barrio exudaba un aire de desesperanza. Sus edificios brillantes y modernos tenían cortinas raídas en las ventanas y ropa harapienta en las cuerdas de tender. Se veían muy pocos aerocoches y muchos peatones.

—Es por aquí, capitán —dijo un subordinado de Orson, señalando hacia un edificio.

Era una construcción larga y achaparrada, aunque, como todos los edificios de la plataforma, tenía otras estructuras construidas encima. El agente, un novato llamado Ken Harris, llevó a Orson al interior, donde los asaltó un áspero olor a humo. El edificio era una planta incineradora para el reciclaje de material orgánico.

Había más agentes moviéndose por la penumbra de la sala. Al igual que casi todos los edificios de Vísperas, aquel estaba poco iluminado. La lejanía

de Vísperas respecto al sol la mantenía en un estado de perpetuo crepúsculo y los habitantes de la plataforma se habían acostumbrado a vivir más a oscuras. La mayoría ponían la luz tenue incluso en sus casas. Esa costumbre había molestado a Orson al principio, pero ya casi ni se daba cuenta.

Varios agentes le hicieron el saludo reglamentario, que Orson descartó con un gesto impaciente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—Venga a ver, señor —dijo Harris, serpenteando entre la maquinaria hacia el fondo de la sala.

Orson fue tras él hasta que se detuvieron junto a un enorme incinerador. Tenía forma de cilindro tumbado, con la cara metálica lisa y oscura. Había un portillo abierto en la parte de abajo, que dejaba ver el polvo acumulado en la base. Entre los restos y la ceniza se distinguía un gran fragmento de caparazón, tiznado de negro por el calor.

Orson renegó en voz baja mientras se arrodillaba junto a la abertura. Dio unos golpecitos al caparazón con una vara de remover.

—Supongo que este es nuestro embajador desaparecido, ¿verdad?

—Eso creemos, señor —respondió Harris.

«Estupendo», pensó Orson con un suspiro. Los varvax habían estado preguntando por su embajador desde que le perdieran la pista dos semanas antes.

—¿Qué sabemos? —preguntó Orson.

—No mucho —dijo Harris—. Estos incineradores se vacían una vez al mes. El caparazón lleva ya tiempo dentro, porque apenas queda nada. Si hubiéramos llegado más tarde, ni siquiera lo habríamos encontrado.

«Casi sería preferible así», pensó Orson.

—¿Qué registró la red de sensores?

—Nada —respondió Harris.

—¿La prensa se ha enterado? —preguntó Orson esperanzado.

—Me temo que sí, señor. El operario que encontró el cuerpo filtró la información.

Orson suspiró de nuevo.

—Muy bien, pues entonces…

Dejó la frase en el aire. Había una figura silueteada en el umbral de la puerta abierta del edificio, alguien sin uniforme policial. Orson maldijo entre dientes, levantándose. Los agentes apostados en el exterior tenían orden de no dejar pasar a la prensa.

—Disculpe —dijo Orson, caminando hacia el intruso—, pero esta zona está restringida. No puede…

El hombre no le hizo caso. Era alto y delgado, con la cara triangular y el pelo moreno muy corto. Llevaba un sencillo traje negro, un poco anticuado, pero que por lo demás no destacaba en nada, y gafas oscuras. Pasó rozando a Orson con un aire de desinterés.

Orson estiró el brazo para agarrar al insolente desconocido, pero entonces se detuvo. El hombre llevaba una reluciente insignia en la solapa, con forma de campanilla plateada.

«¿Cómo es posible? —pensó Orson, asombrado—. ¿Cuándo ha llegado aquí un agente de la CT? ¿Cómo lo han sabido?». Pero esas preguntas no importaban demasiado: fueran cuales fuesen sus respuestas, una cosa estaba clara. La jurisdicción de Orson terminaba allí mismo.

Había llegado la Compañía Telefónica.

El suceso había tenido lugar por fin ciento cuarenta años antes, en 2071. Por extraño que pareciera, quien había hecho el primer contacto fue una empresa telefónica anticuada y casi en la ruina.

Northern Bell Incorporated había estado en el bando perdedor del progreso tecnológico. Mientras su competencia investigaba y desplegaba la tecnología de holovídeo, Northern Bell había intentado algo un poco más atrevido: el enlace telepático basado en la cibernética.

La cito, como la habían apodado, resultó ser un fracaso. La tecnología de holovídeo no solo era más barata y estable, sino que además funcionaba. La cito no había funcionado, o por lo menos no como esperaba Northern Bell. En los últimos días antes de su inminente bancarrota, la empresa había logrado al fin hacer pasar unos pocos sonidos por el sistema. Esos sonidos, que no impresionaron mucho a los controladores humanos, también se proyectaron sin que ellos lo supieran a través del espacio, y terminaron llegando a unos seres conocidos como los tenasi. La respuesta que enviaron los tenasi fue el primer contacto con una especie alienígena que la Tierra había conocido jamás.

El segundo contacto lo estableció el ejército de Gobiernos Unidos cuando derribó por accidente una nave diplomática tenasi. Pero esa era otra historia muy distinta, claro.

—¿Llevaba dos semanas desaparecido? —preguntó Jason, arrodillándose ante el caparazón quemado. El silencio en su mente indicaba un ominoso

color negro.

—Sí, señor —dijo el oficial.

—Ajá —dijo Lanna casi a la vez.

—¿Por qué no se me informó de esto? —preguntó Jason.

El oficial pareció confundido un momento antes de comprender que Jason no estaba hablando con él. Los aurienlaces eran un elemento muy común, aunque algo desconcertante, de la vida moderna.

—Pensaba que ya estabas al tanto, viejales —dijo Lanna—. ¿Sabes, Jason? Para ser un espía sabelotodo, estás muy desinformado.

Jason gruñó y se levantó. Lanna tenía razón: Jason debería haber echado un ojo a las noticias de Vísperas durante el viaje. Pero ya era demasiado tarde.

El oficial se quedó mirando a Jason con frialdad. Las emociones del hombre eran fáciles de leer. No mediante el uso de sus sentidos cito, aunque la gente supusiera equivocadamente que los psiónicos eran telépatas. No, Jason podía interpretar las emociones del oficial porque estaba acostumbrado a tratar con los cuerpos policiales allá donde iba. El oficial se sentiría molesto con él por interferir en su investigación. Pero al mismo tiempo estaría aliviado. Las fuerzas de la ley siempre se veían abrumadas cuando tenían que ocuparse de otras especies. Los alienígenas eran jurisdicción de la Compañía Telefónica. La CT era quien había establecido el primer contacto, y quien había sacado de apuros a la Tierra negociando después del incidente con los tenasi. La CT había llevado la comunicación superlumínica a la humanidad.

Así que el oficial que miraba a Jason estaba enfurruñado pero también agradecido. Jason oía a los demás agentes murmurar desde las paredes de la sala, furiosos por su intromisión. «Dichosa CT, ¿se puede saber qué hace aquí?». «¿Te has fijado en cómo nos mira?». «No ves nada, ¿verdad? ¿Qué tienes delante de la cara?». «¿No será mi puño? ¿Lo verás venir si te atizo? A lo mejor así aprendes a…».

—¿Jason? —sonó la voz de Lanna en su oído.

Jason volvió en sí de golpe, contrajo los músculos, notó que se evaporaban los recuerdos. Seguía arrodillado junto al incinerador. El oficial aún estaba de pie mirándolo, la sala seguía apestando a humo y todavía se oía a los reporteros discutir con los agentes fuera del edificio.

—Estoy bien —susurró Jason.

Se levantó, se sacudió el polvo del traje y siguió escuchando a los periodistas. Al igual que los policías, darían por sentado que había llegado a la plataforma con el objetivo de investigar la muerte del embajador. No se pararían a pensar que la lanzadera de Jason había partido en dirección a

Vísperas más de un mes antes del asesinato. Para ellos, había muerto un alienígena y acababa de llegar un agente de la CT. Blanco y en botella.

—No debería haber venido al escenario del crimen —masculló Jason.

—¿Y qué ibas a hacer si no? —replicó Lanna—. Es nuestro deber, al fin y al cabo.

—El mío no —dijo Jason—. Yo estoy aquí para encontrar a una científica desaparecida, no para investigar un asesinato. —Siguió hablando en voz más alta—. Estoy seguro de que la policía de Vísperas es más que competente. Que lo investiguen ellos y la CT se ocupará de las negociaciones diplomáticas.

El capitán puso cara de sorpresa. Pero, en apariencia no sabiendo muy bien qué otra cosa hacer, lo saludó llevándose la mano a la frente. Jason asintió y se volvió para marcharse.

—Tampoco es que las «negociaciones diplomáticas» vayan a ser muy complicadas —comentó Lanna—. Los varvax son tan rematadamente mansos que seguro que acaban disculpándose por las molestias causadas al asesino.

—Sí que son todos así —dijo Jason, saliendo por la puerta principal del edificio—. Y ahí está el problema, ¿verdad?

Hubo un momento de sorprendido silencio cuando los periodistas congregados se dieron cuenta de quién era Jason. Rodeaban a un grupito de policías acosados y el revuelo estaba atrayendo una muchedumbre de curiosos. Entonces los reporteros estallaron en preguntas. Jason les hizo caso omiso y se abrió camino entre la multitud. Tenía la cabeza gacha y la mano alzada para dar a entender que no iba a hacer declaraciones. Entretanto, estaba mirando con la mente.

Estudió el gentío, internándose a través del zumbido y el pálpito de los colores. Escrutó hasta el último rostro y los comparó con los que tenía memorizados. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa cuando encontró lo que buscaba. La prensa dejó que se marchara, acostumbrada a que la CT nunca les diera ninguna respuesta. A su espalda, Jason oyó a los reporteros emitiendo segmentos de vídeo en directo. No acertaban ni en un solo dato, por supuesto. Había miedo en sus voces, un temor a lo que no comprendían, un temor a las represalias que podrían llegar. En su mundo, las represalias se daban por hechas. En su mundo, la gente hacía daño a lo que era más débil que ella.

Jason siguió andando con la cabeza agachada. Por detrás de él, un hombre se desgajó del grupo de mirones y vagó en su dirección, esforzándose por pasar desapercibido.

—Ojalá hubiera más flores —dijo Jason.

Un segundo más tarde sonó un chasquido en su oído. Entonces Lanna suspiró.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó en tono molesto—. Llevaba esperando a que dieras la orden desde que has bajado de la lanzadera. No me hace ninguna gracia saber que tenemos un intruso en la línea.

Jason siguió con su andar relajado. Su perseguidor iba tras él, con la habilidad de alguien bien entrenado, pero cometiendo todavía errores de novato. Mantenía el paso regular, así que lo más probable era que no hubiese notado el cambio. En esos momentos estaría escuchando una conversación falsa entre Lanna y Jason. Por algún motivo, Jason sospechaba que no le interesaba saber qué clase de bobadas estaría diciendo la versión artificial de su voz creada por Lanna.

—¿Ha colado? —preguntó Lanna.

—Creo que sí —dijo Jason, saliendo de los suburbios—. Aún me sigue.

—¿Para quién crees que trabaja?

—Todavía no estoy seguro.

Jason dobló una esquina y bajó por la escalera de una estación de aerotrén. El hombre lo siguió.

—Si has tardado tan poco en pillarlo, no debe de ser muy bueno.

—Es joven —dijo Jason—. Sabe lo que debe hacer, pero no cómo hacerlo.

—Será periodista —aventuró Lanna.

—No. Va demasiado bien equipado. Recuerda que ha podido interceptar una comunicación superlumínica segura.

—¿Trabajará para alguna empresa?

—Puede —dijo Jason.

Entró en una cafetería subterránea. Olía a mugre, moho y café. Su seguidor esperó un momento antes de entrar también y ocupar una mesa a una distancia discreta de Jason, que estaba pidiendo un café.

—Aún no hemos hablado de cómo pudo ingeniárselas para escanear tu disco —le recordó Lanna—. Estás perdiendo facultades, viejales.

—No soy un viejales —masculló Jason mientras la camarera le traía el café.

Olía a leche, aunque Jason lo había pedido solo. Volvió sus ojos ciegos hacia un periódico que alguien se había dejado en la mesa, pero estudió a su seguidor con la mente. En efecto, el hombre era joven, de veintipocos años. Iba vestido con una tenue vibración gris y marrón.

—A ver —dijo Lanna—. ¿Quieres intentar enviarme su imagen para que lo investigue?

Jason pensó un momento.

—No —respondió después, dando un sorbo al café. Tenía demasiada leche, con toda probabilidad un intento de enmascarar lo malo que estaba.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

—Ten un poco de paciencia —la reprendió Jason.

Coln Abrams probó el café y pensó que le faltaba leche. No dejaba de recordarse a sí mismo que no debía mirar a su objetivo. En realidad, Coln no necesitaba ver al hombre para escuchar la conversación, sino solo mantenerse dentro del alcance.

«¿Para qué has venido, Write? —se preguntó Coln, frustrado—. ¿Cómo sabías que iban a matar al embajador? ¿Qué tiene que ver todo esto con tus planes?».

Coln negó con la cabeza. Jason Write, agente jefe de la Compañía Telefónica Northern Bell y una de las personas más enigmáticas de todo el sistema solar. ¿Qué estaba haciendo en Vísperas? La Oficina de Inteligencia de Gobiernos Unidos sabía mucho sobre aquel hombre, pero por cada dato conocido parecían faltarles otros dos.

Por ejemplo, estaba el Acuerdo Tenasi. Coln había leído el documento un centenar de veces, había visto los holovídeos, repasado las crónicas, estudiado los viejos boletines informativos relacionados con el incidente tenasi una y otra vez. El ejército de Gobiernos Unidos había derribado por accidente una nave diplomática tenasi, en lo que había sido un primer contacto más bien vergonzoso. La Tierra se había sumido en un caos de desconcierto y preocupación. ¿Los tenasi pretendían invadir el planeta? ¿Lo harían después de que la Tierra cometiera un error tan grave?

Entonces había intervenido la CT. De algún modo, empleando unos medios que aún no habían revelado al público, se habían comunicado con los tenasi. La CT había llevado la paz a la Tierra. Pero a cambio, la empresa había exigido un alto precio. A partir de ese momento, la CT se volvió autónoma por completo: exenta de impuestos, incuestionable y absolutamente por encima de la ley. Además, la CT había obtenido los derechos exclusivos sobre la tecnología de comunicación superlumínica de los alienígenas. Y gracias a esas dos concesiones, la CT había pasado a ser la fuerza más poderosa y arrogante del sistema.

Coln aferraba con fuerza la taza de café y apenas se percató cuando la camarera le trajo el bocadillo. Seguía escuchando la conversación entre Write y su agente de apoyo en la base. Hablaban de cuáles eran los colores más bonitos en las rosas.

Coln nunca había confiado en la CT y le disgustaba todo lo que no fuese de fiar. La CT había medrado gracias a los tratados que fue firmando y tenía contratos en exclusiva con las doce especies alienígenas que la humanidad había conocido hasta la fecha. Ninguna de ellas se prestaba a tener tratos con la Tierra a menos que pasaran antes por la CT. La empresa tenía a la humanidad retenida en el espacio al negarse a compartir la tecnología de los viajes superlumínicos. Afirmaban que los alienígenas aún no se la habían revelado, pero Coln sospechaba que la verdad era muy distinta. Los alienígenas podían desplazarse por encima de la velocidad de la luz, eso era evidente. Lo que pasaba era que la CT había decidido guardarse la tecnología en vez de compartirla con la humanidad, y eso enfurecía a Coln. Quería descubrir cómo…

Se quedó muy quieto. La conversación que escuchaba se había interrumpido a mitad de frase. Durante un momento de pánico, Coln temió que Write se hubiera escabullido de la cafetería y estuviese fuera de alcance.

Los ojos de Coln recorrieron frenéticos el local. Vio con alivio que Write seguía en su reservado, bebiendo café en silencio. La conversación había cesado por el momento, nada más.

—¿Qué crees que hará cuando se dé cuenta de que sabemos que te sigue? —oyó Coln que preguntaba la agente de apoyo en base, Lanna.

Volvió a quedarse muy quieto.

—No lo sé. —La voz de Jason sonaba firme. Arrogante. Coln veía los labios de Write moverse al hablar—. Sospecho que estará sorprendido. Es joven, así que se cree mejor de lo que es en realidad.

Write alzó la cabeza y sus gafas de sol apuntaron directamente al rostro de Coln. Notó que se le inundaba el pecho de horror, emoción a la que siguió al instante la vergüenza. Lo habían descubierto.

—Ven aquí, chaval —ordenó Write al oído de Coln.

Coln lanzó una mirada hacia la puerta. Seguro que aún podía huir y…

—Si te marchas —dijo Write con voz seca y adusta—, nunca descubrirás qué estoy haciendo en Vísperas.

Coln miró al hombre, indeciso. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué no le habían enseñado nunca a reaccionar a situaciones como aquella? Cuando descubrían

a un agente, se suponía que debía retirarse. Pero ¿qué pasaba si el objetivo parecía dispuesto a hablar con él?

Muy despacio, Coln se levantó y cruzó el sucio suelo de la cafetería. Las gafas de sol de Write lo observaron en silencio. Coln se quedó un momento de pie junto a la mesa de Write y luego se sentó envarado.

«No reveles nada —se advirtió a sí mismo—. Que no sepa que trabajas para la…».

—Eres muy joven para ser agente de la OIGU —dijo Write.

Coln suspiró para sus adentros. «Ya lo sabe. ¿En qué me he metido? ¿En qué he metido a la oficina?».

—No me lo explico —dijo Write, y dio un sorbo al café—. ¿Ahora la oficina confía más en sus agentes jóvenes o es solo que estoy bajando en prioridad?

«¡No lo sabe! —comprendió Coln, sorprendido—. Cree que estoy aquí en misión oficial».

—Ninguna de las dos cosas —respondió Coln, pensando deprisa—. No estábamos dispuestos a dejarle a sus anchas. Yo era el único agente de campo desocupado en estos momentos. Ha sido mala suerte, nada más.

Write asintió con la cabeza.

«¡Se lo ha creído!».

—Debo decir que empiezo a hartarme de la OIGU —repuso Write, dejando la taza en la mesa—. Cada vez que creo que vais a dejarme en paz, descubro que volvéis a seguirme.

—Si la CT no fuese tan poco de fiar —dijo Coln—, sus agentes no tendrían que preocuparse de que los siguieran.

—Si la oficina no fuese tan mala investigando —replicó Write—, ya se habría percatado de que la CT es la única empresa en la que puede confiar.

Coln se sonrojó.

—¿Va a decirme alguna cosa útil o solo seguirá insultándome?

—Alguien listo se daría cuenta de que mis insultos contienen la información más útil que es probable que reciba —dijo Write.

Coln dio un bufido y se levantó del asiento. Write lo había invitado a su mesa para regodearse y Coln había echado a perder su carrera para nada. Qué seguro había estado de que podía seguir a Write, descubrir qué estaba haciendo allí, averiguar la verdad sobre el Acuerdo Tenasi.

—Puedes acompañarme —dijo Write, y apuró la taza de café.

Coln se detuvo a medio paso.

—¿Qué?

Write dejó la taza en la mesa.

—¿Quieres saber qué estoy haciendo? Muy bien, puedes venir conmigo. A lo mejor así por fin acabamos con las absurdas sospechas de la OIGU. Estoy harto de que me sigan.

—Jason —dijo Lanna a Write por el comunicador—. ¿Estás seguro de…?

—No —la interrumpió Write—. En absoluto. Pero ahora mismo no tengo tiempo de preocuparme por la OIGU. Es una misión sencilla, así que el chaval puede acompañarme si quiere.

Coln se había quedado patidifuso. No lograba decidirse. ¿Podía confiar de verdad en un agente de la CT? No, desde luego que no. Pero ¿y si averiguaba alguna cosa importante?

—Esto…

—Calla —dijo de pronto Write, levantando una mano.

Coln frunció el ceño. Pero Write no estaba mirándolo a él. Miraba hacia delante, con el rostro confuso.

«¿Qué pasa ahora?», se preguntó Coln.

Algo iba mal. Jason registró el local con la mente, intentando sentir qué le provocaba aquella inquietud. Había como otra docena de clientes en la cafetería, todos comiendo en silencio. La mayoría iban vestidos con ropa de trabajador, franela y tela vaquera que hacían palpitar una sinfonía irregular en la mente de Jason. Estudió sus caras y no reconoció ninguna. ¿Qué estaba pasando?

Una ráfaga de balas atravesó la ventana de la cafetería justo al lado de Jason. Llegaban demasiado deprisa, a la increíble velocidad del armamento moderno, para que su cuerpo pudiera reaccionar y esquivarlas.

Pero por muy rápidas que fuesen las balas, la mente de Jason lo era más. Dio un fuerte latigazo y una docena de invisibles hojas mentales surcaron el aire. La potencia de su ataque envió las balas hacia atrás además de partirlas todas en dos. Se oyó una sucesión de chasquidos cuando los pedazos rebotaron en la ventana y cayeron al suelo de la cafetería. Se hizo el silencio.

El chaval de la OIGU se dejó caer en su asiento, mirando horrorizado los agujeros de la ventana.

—¿Jason? —dijo Lanna en tono apremiante—. Jason, ¿qué ha pasado?

Jason tanteó mentalmente fuera de la ventana, pero el francotirador ya había desaparecido.

—No lo sé.

—¿Te han disparado? —preguntó Lanna, preocupada.

Jason contempló los agujeros de bala en el cristal. Formaban un pequeño círculo en la ventana justo al lado de la cabeza del chaval de la OIGU.

—No —dijo—. Querían matar al chico.

Los clientes de la cafetería habían entrado en pánico, algunos gritando, otros buscando cobertura detrás de bancos. El chaval se miraba la ropa sorprendido, como si le resultara increíble seguir con vida.

—Han fallado todas —susurró asombrado.

Jason frunció el ceño. ¿Por qué querría alguien matar a un agente de la Oficina de Inteligencia? ¿Por qué no centrarse en Jason? La CT era una amenaza mucho más peligrosa.

—¿Cómo has dejado que se te acerquen tanto? —preguntó Lanna.

—No esperaba que me disparasen. Se suponía que esta era una misión sencilla. —Se volvió hacia el chico e hizo un gesto con la cabeza—. Vámonos.

El joven alzó la mirada, sorprendido.

—¡Han intentado matarme! ¿Por qué?

—No estoy seguro —respondió Jason.

Recorrió el local con su sentido una última vez, memorizando rostros. Al hacerlo, reparó en algo. Aunque la mayoría de los presentes estaban escondidos o temblando de miedo, había uno que no parecía preocupado en absoluto. Era una figura solitaria, sentada en silencio al fondo de la cafetería. Un hombre anodino de nariz larga y cuerpo esbelto. Observaba a Jason con interés en los ojos, unos ojos que parecían un poco desenfocados. Casi como si…

«¡Imposible!», pensó Jason. Y entonces, sin molestarse en comprobar si el chaval de la OIGU iba tras él, salió de la cafetería.

—Debe aceptar las disculpas de nosotros —insistió Sonn.

Las palabras del ministro de Asuntos Exteriores varvax llegaban a través de un programa de traducción, por supuesto, ya que el idioma varvax consistía en chasquidos acompañados de gestos con las manos. La figura del holovídeo era enorme y aparatosa, con una piel que vibraba en tonos de cuarzo y granito. Aquello, por supuesto, era solo el exoesqueleto: en realidad los varvax eran criaturas pequeñas que flotaban en un baño de nutrientes contenido en sus cascarones inorgánicos.

—Escúcheme, Sonn —dijo Jason, reclinándose en la silla—, aquí la víctima es el pueblo varvax. Han asesinado a su embajador.

Sonn movió una mano con forma de garra en señal de negación.

—Debe comprender que él conocía los riesgos que entraña vivir en una sociedad subdesarrollada. A las criaturas de inteligencia inferior no se las puede hacer responsables de sus actos de barbarie. Aún no han aprendido una manera mejor de comportarse.

Jason sonrió para sus adentros. Los comentarios como aquel eran lo que granjeaba a los varvax, y a la mayoría de las demás especies alienígenas, la repulsa de la humanidad. No importaba que sus afirmaciones fuesen certeras, y de hecho la verdad que encerraban sus palabras solo servía para enfurecer más a la especie humana.

—Les devolveremos lo que queda del cuerpo cuanto antes, ministro Sonn —prometió Jason.

—Gracias, Jason de la Compañía Telefónica. Por favor, dígame, ¿cómo van sus intentos de civilización? ¿Alcanzará pronto su pueblo la inteligencia primaria?

—Aún llevará un tiempo, ministro Sonn —respondió Jason.

—Son ustedes un pueblo interesante, Jason de la Compañía Telefónica —dijo Sonn, alzando las zarpas por delante en gesto de súplica.

—Puede seguir hablando.

—Existe una gran disparidad entre los miembros de su especie —dijo Sonn—. Algunos son de inteligencia primaria, otros de terciaria o incluso de cuaternaria. Cuánta variedad. Dígame, por favor, ¿su pueblo sigue convencido del poder de la tecnología?

Jason se encogió de hombros exagerando el ademán. A los varvax les gustaba observar e interpretar los gestos humanos.

—La humanidad cree en la tecnología, ministro Sonn. Será muy difícil que acepten otra manera de hacer las cosas.

—Como usted diga, Jason de la Compañía Telefónica. Volveremos a hablar más adelante.

—Volveremos a hablar —convino Jason, y apagó el holovídeo.

Se quedó un momento sentado, sintiendo la estancia a su alrededor. Ya no podía relajarse por completo, y lo añoraba. Si permitía que le fallara la concentración, la oscuridad se abalanzaría sobre él.

—Sí que tienen confianza, ¿eh? —dijo Lanna a través del comunicador en su oído.

—Y con razón —respondió Jason—. Las cosas siempre han sucedido como ellos esperan. Las especies descubren el transporte citónico superlumínico al mismo tiempo que alcanzan la paz como civilización.

—No deberían ser tan ingenuos —dijo Lanna—. Una parte de mí casi desearía tener a tres diplomáticos varvax, una mesa para jugar a las cartas y un montón de tecnologías «inútiles» que poder sacarles haciendo trampas.

—Ahí está el problema —repuso Jason—. En que todos pensamos un poco así.

—¿Y si se equivocan, Jason? —preguntó Lanna—. ¿Y si obtenemos el viaje superlumínico antes de «civilizarnos»?

Jason no respondió, porque no conocía la respuesta.

—He investigado al chico —informó Lanna.

—Adelante —dijo Jason, levantándose y recogiendo sus cosas.

El ataque del día anterior aún lo tenía preocupado. ¿Había sido un intento de asustar a Jason? Y en caso afirmativo, ¿para impedirle hacer qué?

—El día en que partiste, un joven agente de la OIGU llamado Coln Abrams desapareció del puesto de entrenamiento de la oficina en Júpiter Catorce —explicó Lanna—. Robó un equipo de vigilancia bastante avanzado. La OIGU ha emitido unas cuantas órdenes de captura contra él, pero de momento aún no lo buscan tan lejos. Por lo visto, no esperaban que pudiera llegar a Vísperas.

—Tampoco es que sea muy buen destino turístico —dijo Jason, paseando hasta la ventana e intentando imaginar qué aspecto tendría la ciudad para unos ojos normales.

Sería oscura, decidió, porque la mayor parte de ella no vibraba mucho en su mente. Oscura y alta y agobiante, como una ciudad compuesta solo de callejones. La iluminación era escasa e insuficiente y el aire siempre olía a rancio. Además, parecía estar siempre unos pocos grados por debajo de la temperatura estándar, como si el vacío del espacio se cerniera sobre ella más cerca, más amenazador, de como lo hacía en realidad.

—Así que tenemos a un criminal en busca y captura —dijo Lanna—. ¿No deberíamos entregarlo?

—No —contestó Jason, apartándose de la ventana. Se puso la chaqueta del traje y las gafas oscuras.

—Venga, vamos a entregarlo —insistió Lanna—. De hecho, no me extrañaría que fuese la OIGU quien intentó matarlo ayer.

—No trabajan así —respondió Jason, yendo hacia la puerta—. ¿Tienes mis autorizaciones en regla?

—Sí —dijo Lanna.
—Muy bien. Vuelve a conectar al chico y vamos para allá.

La imagen era borrosa y estaba mal expuesta. Por desgracia, era la mejor que tenía. Coln rodeó la holoimagen, estudiándola como había hecho ya otros centenares de veces. Tenía la respuesta delante de sus narices, podía sentirlo. Aquella imagen contenía un secreto. Y sin embargo, Coln, como otros miles de personas, era incapaz de determinar cuál podía ser ese secreto.

La imagen la había tomado el único espía que había logrado infiltrarse en el cuartel general de la CT. En ella aparecía una sencilla sala blanca con la pared del fondo cubierta de aparatos. Ese dispositivo, fuera lo que fuese, alimentaba todas las comunicaciones superlumínicas de la humanidad entera.

Era el secreto más importante de la era moderna. La humanidad llevaba ya casi dos siglos intentando acabar con el monopolio que ejercía la CT sobre la comunicación superlumínica. Por desgracia, por mucho que investigaran, no habían logrado reproducir la extraña tecnología de la CT y, hasta que alguien lo hiciera, el ser humano seguiría endeudado con un tirano.

«¡Tiene que estar ahí! —pensó Coln sin dejar de mirar la tenaz imagen. Siguió rodeándola para poder mirarla desde distintos ángulos—. Ojalá no fuera tan borrosa». Se concentró en la holoimagen. Había un guardia de seguridad sentado contra la pared derecha de la sala, mirando hacia el fotógrafo. Parecía haber varios salientes cilíndricos en la pared del fondo. ¿Algún tipo de transmisores? Uno era más grande que el resto y de un color más oscuro. ¿Sería la respuesta?

Coln suspiró. Muchas mentes con conocimientos tecnológicos muy superiores a los suyos habían tratado de diseccionar la imagen, pero ninguna de ellas había logrado extraerle ninguna conclusión definitiva. Era demasiado borrosa para servir de mucho, sin más. Coln llevaba toda la mañana intentando comprender por qué alguien intentaba matarlo. Solo había conseguido llegar a una hipótesis: que por alguna razón, Write había ordenado su asesinato. Había sido el agente de la CT quien había obligado a Coln a sentarse con él, en el asiento hacia el que había disparado el asesino. Así que aquello debía de ser cosa de la CT, aunque Coln no supiera el motivo. «Pero el asesino falló. Tuvo que ser a propósito. Write quería meterme miedo —pensó—. Fingió que le daba igual que lo siguiera y luego intentó asustarme». Coln asintió. Tenía sentido, a la manera retorcida en que solía

operar la CT. Y si Write no quería tenerlo encima, Coln debería asegurarse de no perderlo.

—Despierta, chaval —crepitó de pronto la voz de Lanna en su oído.

—Estoy despierto —respondió Coln.

Se indignó por la referencia a su edad, ya que veintitrés años eran demasiados para que se refiriesen a él como «chaval». Pero en fin, por lo menos habían dejado de suministrarle conversaciones falsas y, cuando no querían que escuchara, lo sacaban de la línea y punto.

—El jefe va a salir —dijo Lanna con su voz impertinente. Coln empezaba a preguntarse por qué la soportaría Write—. Dice que puedes ir con él, pero solo si le mantienes el ritmo.

Coln soltó una palabrota y se puso la chaqueta a toda prisa.

—Por cierto, Coln —añadió Lanna—, procura no robarle nada. Jason tiene bastante aprecio a su equipo.

Coln se ruborizó. ¿Cuánto sabían sobre él?

Salió deprisa al pasillo, justo a tiempo de ver que Write y su traje negro doblaban una esquina. Echó a correr y alcanzó al agente, que apenas reaccionó a su presencia. Caminaron sin hablar hasta el final del pasillo y bajaron en el ascensor privado al vestíbulo del hotel. Las lujosas alfombras y el mobiliario caro reforzaban la impresión de que, en efecto, estaban muy lejos del barrio pobre del día anterior.

—Bueno, ¿y cuál es? —preguntó Coln mientras salían a la calle de plateado telanio, mal iluminada como de costumbre, aunque se veían centenares de luces en las ventanas y los letreros. Vísperas estaba a oscuras, pero nunca dormía.

—¿Cuál es qué? —replicó Write mientras un aerotaxi aparcaba delante del hotel, sin duda encargado unos minutos antes.

—¿Cuál es su propósito aquí, Write? —Coln subió al asiento trasero del aerotaxi junto al agente—. Usted ya sabía algo sobre la muerte del embajador, ¿me equivoco?

—Te equivocas —dijo Write mientras el aerotaxi empezaba a moverse—. El asesinato del embajador ha sido una coincidencia.

Coln enarcó una ceja, escéptico.

—Puedes creerme o no, me da igual.

—Entonces ¿a qué ha venido? —preguntó Coln.

Write suspiró.

—Cuéntaselo tú.

—Ocurrió hace poco menos de dos meses, chaval —dijo Lanna—. Una científica llamada Denise Carlson desapareció del centro de investigación que tiene la CT en Vísperas.

Coln se concentró en repasar sus recuerdos. Siempre se fijaba en todo lo que descubría la OIGU sobre la Compañía Telefónica. Y sí que le sonaba algo de una científica desaparecida, pero no le había dado mucha importancia.

—Según nuestros informes, solo era ayudante de laboratorio —objetó—. La delegación local de la CT apenas se preocupó de su desaparición. Dijeron que había sido víctima de un atraco callejero.

—Bueno, al menos hay alguien que sí presta atención a los acontecimientos —comentó Lanna.

Write dio un bufido.

—Puede que preste atención, pero debería haber pensado que cualquier noticia a la que quitemos hierro es muchísimo más importante de lo que parece.

Coln se sonrojó.

—Entonces ¿su misión es encontrar a esa tal Denise Carlson?

—Te equivocas otra vez —respondió Lanna—. Partió de la base con ese objetivo, pero su misión ha cambiado. Mientras Jason estaba en tránsito, localizamos a la señorita Carlson. Hace poco menos de dos semanas, la policía detuvo a una mujer que encajaba con su descripción. Le diagnosticaron diversos problemas mentales y la internaron en un hospital psiquiátrico de Vísperas.

—Así que… —dijo Coln.

—Así que estoy aquí para recogerla —dijo Write—. Nada más. Vamos a llevárnosla a Júpiter Catorce para que reciba el tratamiento adecuado. Mi papel aquí es el de un simple transportista. —Write compuso una leve sonrisa y volvió sus gafas oscuras hacia Coln—. Por eso estoy dispuesto a dejar que vengas conmigo. Has sacrificado tu carrera para poder observar cómo acompaño a una paciente psiquiátrica.

Jason entró a zancadas en el hospital, con un deprimido Coln pisándole los talones. El chico no dejaba de hacer preguntas, convencido de que los actos de Jason tenían algún propósito mayor en los «planes maestros» de la CT. Jason empezaba a lamentar haberlo llevado consigo; lo último que necesitaba era otra persona parloteando sin parar.

La enfermera de recepción alzó la mirada, sorprendida por su presencia, y desvió los ojos un instante a la insignia plateada que Jason llevaba en la solapa.

—¿Señor Flippenday? —preguntó.

La mención de aquel horroroso apellido hizo que Jason se quedara callado un momento.

—Soy yo. Lléveme con la paciente.

La enfermera asintió, dejó a una compañera en su puesto e indicó a Jason que la siguiera. Iba vestida de blanco, un color rugiente y estruendoso. Para mucha otra gente el blanco era un color neutral, pero para Jason era con mucho la opción más chillona. Prefería el sutil zumbido del gris. Las paredes también eran blancas y los pasillos olían a productos de limpieza.

«¿Por qué será? —se preguntó Jason, haciendo una leve negación de cabeza—. ¿Creen que así los pacientes se sentirán más a gusto? ¿Rodeados de una esterilidad inerte y un blanco monótono? A lo mejor lo que necesita esta gente para recobrar la cordura es un poquito de color».

La enfermera los llevó a una habitación sencilla cerrada con llave, en teoría para garantizar la seguridad de la paciente.

—Me alegro de que por fin se hayan dignado a venir —dijo la enfermera con cierto tono de reprimenda en la voz—. Ya hace semanas que nos pusimos en contacto con la CT, y desde entonces la pobre mujer está aquí esperando. Al no tener parientes en la plataforma, cabría suponer que ustedes iban a…

Se interrumpió al advertir que Jason se había vuelto hacia ella. Tras perder la vista, Jason había terminado dándose cuenta de que expresar el desagrado con la pose tenía la misma efectividad que hacerlo con los ojos. Observó sin ver a la enfermera y sintió que la mujer flaqueaba, que su semblante perdía aquella expresión de reproche.

—Ya es suficiente —se limitó a decir Jason.

—Sí, señor —farfulló la enfermera, aunque le lanzó una mirada rencorosa mientras abría la puerta.

Jason entró en la sala, pequeña y austera. Denise estaba sentada junto a una mesa, el único mobiliario de la habitación aparte de una cama y una cómoda. Miró a Jason con los ojos muy abiertos. Tenía más o menos el mismo aspecto que en el holovídeo, delgada, con el pelo moreno corto y rizado, vestida con una falda y una blusa muy sencillas.

Jason había tratado con ella varias veces, porque Denise había mostrado dones para la cito y estaba a medio entrenar. Antes era una mujer directa y

calculadora. En esos momentos parecía una ardilla joven que aún no había aprendido a temer a los depredadores.

—Ya me dijeron que vendría —susurró Denise, como si le costara componer las palabras—. ¿Usted sabe quién soy?

Jason miró a la enfermera.

—Padece amnesia —explicó la mujer—, aunque no hemos podido establecer ninguna causa física. También tiene algún tipo de problema muscular. Le cuesta mantener el equilibrio y controlar las extremidades.

Denise confirmó la observación al levantarse muy despacio. Se tambaleó un poco mientras daba un paso adelante, aunque logró seguir de pie.

—Ha hecho muchos progresos —añadió la enfermera—. Ahora ya puede andar si no se mueve muy deprisa.

—Denise, te vienes conmigo —dijo Jason—. Abrams, ayúdala a caminar.

El chico alzó la mirada, sorprendido. Jason, sin darle tiempo a protestar, se volvió y salió de la habitación con paso firme. Abrams susurró una maldición, pero obedeció tendiendo un brazo a Denise y acompañándola de vuelta al vestíbulo.

Ya casi habían salido del hospital cuando Jason reparó en algo. No habría podido percibirlo sin su sentido, porque el hombre estaba escondido detrás de una puerta y apenas asomaba un ojo para mirar. Sin embargo, el sentido era mucho más agudo que los ojos normales y Jason pudo identificar su rostro incluso a través de la estrecha rendija que dejaba la puerta casi cerrada. Había estado en la cafetería el día anterior. No era el hombre extraño del reservado, sino un trabajador normal y corriente.

«Así que la tenían vigilada —pensó Jason mientras salía del edificio, seguido por Denise y el chaval—. ¿Esperaban que les revelara algo o sabían que vendría yo a llevármela?».

—No sé qué significa nada de esto —dijo Denise, mirando el menú con los ojos como platos. Alzó la vista, confundida.

—¿No sabes leer? —preguntó Jason.

—No —respondió ella.

—Deja, yo te ayudo —se ofreció Abrams, y empezó a leer la lista de comidas.

Jason se acomodó en el asiento y se permitió una leve sonrisa. El chico estaba mostrando una devoción casi caballeresca por la joven amnésica. La mujer tenía un atractivo bastante pasable, aunque algo inocente y enfermizo.

Abrams estaba dejándose dominar por la predisposición inherente a todo joven varón humano: tenía delante a una mujer necesitada e intentaba ayudarla.

Denise levantó la mano en un gesto torpe y extraño mientras Coln leía.

—Sigo sin saber qué significa nada de eso.

—¿No conoces las palabras? —preguntó Jason, inclinándose hacia delante con interés.

—No.

—Pero sabes hablar —dijo Jason, pensativo—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Nada —respondió Denise—. No recuerdo nada, señor Flippenday.

Jason hizo una mueca.

—Llámame Jason —murmuró mientras Abrams preguntaba a la chica qué comidas le gustaban. Cosa que, por supuesto, ella tampoco sabía.

Debería tener más recuerdos. La mayoría de los pacientes con amnesia recordaban algo, aunque fuesen solo fragmentos.

—¿Qué opinas tú? —susurró Jason.

—Es raro —dijo Lanna—. Está cambiada, viejales. No sé qué le han hecho, pero desde luego se aplicaron a base de bien.

—Estoy de acuerdo.

Abrams fue a pedir comida para la chica y para él, decantándose, observó Jason, por dos de los platos más caros del menú. Sabía que Jason pagaría la cuenta. Por lo menos el chico tenía estilo.

Mientras Abrams volvía a sentarse, Jason pensó de nuevo en el extraño hombre de la cafetería. Era imposible que tuviera acceso a la cito, porque en ciento cincuenta años nadie más había descubierto la capacidad aparte de la CT. Pero ¿y si alguien lo había hecho? ¿Y si alguien había averiguado que Denise la poseía y la había capturado para intentar sonsacarle lo que supiera? ¿Qué le habrían hecho para obtener de ella esos conocimientos?

Sus meditaciones no lo llevaban a ninguna parte. Al cabo de un tiempo llegaron los platos y Jason empezó a comer. Le gustaba la comida sencilla y sin complicaciones, así que había pedido pasta con una salsa muy ligera. Comió en silencio, dejando vagar su mente mientras observaba a un hombre que discutía con la camarera por la cuenta a poca distancia.

No debería haberse preocupado por la muerte del embajador. Seguramente la policía acabaría atribuyendo el asesinato a algún grupo de activistas xenófobos. Estaban por todas partes. Había quienes odiaban a otras especies porque se creían superiores a ellas, quienes las odiaban porque consideraban a los alienígenas demasiado arrogantes y quienes las odiaban

por el mero hecho de ser diferentes. El proyecto de ley para un programa de intercambio, que tenía por objeto organizar la visita de niños humanos a otros planetas para que aprendieran de especies distintas, había caído derrotado tres veces en el Senado de Gobiernos Unidos.

Lo más probable era que la muerte del embajador no tuviera nada que ver con Denise. Jason debería marcharse. Había demasiadas cosas que exigían su atención para que se entretuviera siguiendo pistas falsas. Aquel viaje ya le había ocupado demasiado tiempo.

Jason se interrumpió. Denise había desviado la mirada hacia el hombre que discutía por la cuenta. Tenía el puño levantado hacia la camarera, soltó unas cuantas palabrotas y por fin dejó algo de dinero en la mesa con brusquedad y salió enfadado del local.

—¿Por qué se pone así? —preguntó Denise—. ¿Cómo puede estar tan furioso?

—A veces la gente es de esa manera —dijo Coln, incómodo—. ¿Qué tal la comida?

Denise bajó la mirada hacia el filete. Se había comido con evidente incomodidad unos pedazos que había tenido que cortarle Coln.

—Está muy…

—¿Muy qué? —preguntó Jason.

—No lo sé —confesó Denise, sonrojándose—. Sabe demasiado… fuerte. Hay un sabor que es muy raro.

Jason frunció el ceño.

—¿Qué sabor?

—No lo sé. También era muy fuerte en la comida del hospital, aunque no les dije nada. No quería que se ofendieran.

—Descríbeme ese sabor —insistió Jason. Tenía algo que le cosquilleaba al fondo de la mente, una conexión que ya debería haber hecho.

—Déjela en paz, viejales —dijo Abrams—. Ha sufrido mucho.

Jason arqueó las cejas al oír la palabra «viejales». Oyó la risita de Lanna al otro lado del enlace superlumínico. Hizo caso omiso a Abrams y volvió la cabeza hacia Denise.

—Descríbeme el sabor.

—No puedo —dijo Denise al cabo de un momento—. Es que… no sé lo que es.

Jason cogió el salero de la mesa y se echó un poco de sal en la mano.

—Prueba esto —ordenó.

Ella lo hizo y luego asintió.

—Ese es. No me gusta mucho.

Abrams puso los ojos en blanco.

—Estupendo, ha descubierto que la pobre no sabe cómo se llama el sabor salado. ¿Y qué? Tampoco sabía qué era ninguno de estos platos, ni su propio nombre siquiera.

Jason se reclinó en el asiento sin hacer caso al chaval. Se concentró en su plato y siguió comiendo en silencio.

—Te he reservado el viaje de vuelta a Júpiter —dijo Lanna—. Embarcarás en el carguero *Excel* a las 22.30, hora local.

Jason asintió para sí mismo. Estaba de pie en la terraza de su habitación, apoyado en la barandilla y escuchando la voz de Lanna en su oído.

—Es buena nave, siempre puntual, como a ti te gusta —añadió Lanna—. Tienes camarote para dos personas.

Jason no respondió. Sentía Vísperas ante él, percibía sus enormes edificios metálicos y sus numerosas pasarelas para peatones. A veces intentaba recordar lo que había sido poder ver. Intentaba imaginar los colores como sensaciones visuales y no como vibraciones citónicas, pero le costaba cada vez más. Había pasado mucho tiempo, y de todos modos tampoco había tenido muy buenos ojos desde un principio.

Vísperas era un trajín de movimiento a su alrededor. Los aerocoches volaban, la gente caminaba por las calles, las luces se encendían y se apagaban. Era hermoso, a su manera. Era hermoso que la humanidad se hubiera expandido hasta tan lejos, que hubiera hallado la forma de prosperar incluso allí, en pleno espacio, donde el Sol apenas era más que otra estrella cualquiera.

—No vas a volver aún, ¿verdad? —preguntó Lanna en voz baja.

—No.

—Entonces ¿crees que la muerte del embajador puede estar relacionada?

—No sé —respondió Jason—. Tal vez. Hay algo que me preocupa, Lanna.

—¿Sobre el asesinato? —preguntó ella.

—No, sobre nuestra científica. Hay algo en Denise que… no cuadra.

—¿Qué es?

Jason calló un momento.

—No estoy seguro. Aprendió a caminar y hablar demasiado deprisa, para empezar.

Lanna guardó silencio un momento.

—No sé muy bien qué decirte —respondió por fin.

Jason suspiró y negó con la cabeza. Él tampoco sabía muy bien a qué se refería. Se quedó un momento callado, contemplando el flujo de personas en una pasarela cercana. Había algo que no encajaba y Jason no alcanzaba a señalar qué era, pero sí sabía muy bien lo que temía. Durante más de un siglo, la CT había mantenido el monopolio sobre la cito. Jason no esperaba que la capacidad psíquica siguiera siendo del dominio exclusivo de la CT y, de hecho, pretendía que a largo plazo dejara de serlo. El mismo objetivo hacia el que trabajaba era también lo que le daba miedo.

—Jason —dijo Lanna—, ¿nunca te ha preocupado que lo que hacemos esté mal?

—Todos los días.

—O sea, ¿y si tienen razón? —dijo Lanna—. Todos ellos, los tenasi, los varvax… son mucho más antiguos que la humanidad. Saben más que nosotros. Es posible que estén en lo cierto, que a lo mejor la humanidad se volverá civilizada antes de obtener el transporte superlumínico. Quizá al negarles la cito estemos impidiendo que progresemos como deberíamos.

Jason se quedó callado junto a la barandilla, escuchando las risas de los niños que corrían por la calle debajo de su balcón. «Niños, riendo…».

—Lanna —dijo—, ¿sabes cómo lo hace la Coalición de Supervisión Interespecial para calificar el tipo de inteligencia que posee una especie?

—No.

—Se fijan en los niños de esa especie. —Jason bajó la voz—. En los más mayores. En los niños que ya han vivido lo suficiente para empezar a imitar la sociedad que ven a su alrededor, los que han perdido la inocencia de la infancia pero aún no la han reemplazado con el tacto y las maneras de un adulto. Esos niños revelan cómo es de verdad una especie. A partir de ellos, los varvax pueden determinar si una especie es civilizada o bárbara.

—Y ese examen lo hemos suspendido —supuso Lanna.

—Casi no hemos puesto bien ni el nombre.

—Tampoco pasa nada —dijo Lanna—. Todas las especies suspenden el examen al principio de su desarrollo. Terminaremos aprobándolo.

—Los tenasi apenas habían empezado a usar la máquina de vapor cuando dieron su primer salto superlumínico —dijo Jason—. Y los varvax, tres cuartos de lo mismo, porque aún no tenían ordenadores. Las dos especies viajaron a otros planetas antes de aprender a enviar un transbordador al espacio.

Lanna no respondió.

—Nosotros ya llevamos casi tres siglos fuera de nuestro planeta natal —prosiguió Jason—. Los varvax dicen que la tecnología no es la forma de avanzar, que el desarrollo tecnológico tiene sus cotas y, en cambio, una mente sintiente es ilimitada. Pero… aun así me preocupo. Temo que la humanidad encuentre una manera de todos modos. Siempre lo hemos hecho hasta ahora.

—Así que te dedicas a ser su perro guardián —dijo Lanna.

Jason guardó silencio un momento.

—De otras en vasto remolino se lava el crimen infecto o con fuego se quema —recitó por fin en voz más baja—. Después se nos suelta por el Elíseo anchuroso, y unos cuantos ocupamos los campos felices hasta que el largo día, cumplido el ciclo del tiempo, limpia la impureza arraigada y puro deja el sentido etéreo y el fuego del aura primitiva.

—¿Homero? —preguntó Lanna.

—Virgilio. —Más allá de los edificios, más allá del aire, Jason sintió las motas de luz estelar en el cielo—. El espacio es el Elíseo, Lanna, el lugar al que van los héroes al morir. Los varvax y todos los demás han guerreado y sangrado, igual que nosotros. Y luego por fin superaron todo eso, pagaron el precio y se ganaron la paz. Quiero asegurarme de que su paraíso no deja de serlo.

—¿Jugando a ser Dios?

Jason calló. No sabía cómo responder, así que no lo hizo. Se limitó a quedarse allí de pie. Sintiendo el paraíso en lo alto y Vísperas por debajo.

Coln buscó algo de beber en el minibar de su habitación de hotel. No solía consumir alcohol, pero tampoco acostumbraba a afrontar la pérdida de su trabajo y su más que probable encarcelación. Terminó sirviéndose una copa de whisky escocés y fue hacia la terraza.

Se detuvo en seco mientras cruzaba el umbral. Jason Write estaba apoyado en la barandilla de su propio balcón, a escasa distancia. No miró hacia él, pero aun así Coln se sintió observado.

«No dejes que te intimide», se dijo. Siguió adelante como si no pasara nada y se apoyó también en la barandilla.

Seguir a Write le había parecido muy buena idea al principio. Coln estaba frustrado por la escasa información de que disponía la Oficina de Inteligencia. Sabían que la CT estaba ocultándoles alguna tecnología, pero no tenían ni idea de cuál era. Sabían que Write poseía algo que era crucial para las

operaciones de la CT, pero no estaban seguros de por qué lo era. La oficina tenía intención de seguir vigilándolo, pero había hecho demasiadas promesas. La OIGU había estado a punto de decantarse por dejar tranquilo a Write.

Coln suspiró y dio un sorbito al whisky. Había elegido la misión equivocada. Write planeaba marcharse ese mismo día y se llevaría consigo a la desafortunada científica. Y entonces Coln se quedaría allí solo, como el fugitivo que era, como el idiota que era.

—Ese chico es idiota —dijo Lanna.

—Lo sé —murmuró Jason—, pero al menos tiene pasión. Y valentía.

—Eso no es valentía, sino temeridad.

—Llámalo como quieras —repuso Jason, sintiendo al joven agente de la OIGU a escasa distancia.

—Y no es solo eso —prosiguió Lanna—. Tendrá pasión, pero esa pasión es el odio que siente hacia ti. He estado investigando un poco. Por lo visto, fuiste el protagonista de varios proyectos de investigación suyos antes de graduarse. Y no sacó unas conclusiones muy halagadoras, viejales. Deberías leer las cosas que escribió, como que…

Lanna siguió hablando, pero Jason dejó de prestarle atención. Sus pensamientos no dejaban de vagar hacia Denise. ¿Quién se la había llevado y qué había hecho con ella?

«No comprende la violencia», pensó Jason. No comprendía la violencia y nunca había probado la sal. Hablaba raro, de un modo que casi llegaba a recordarle a algo. No sabía caminar bien ni usar los músculos. Era como si…

Jason inhaló una bocanada brusca y sorprendida.

«Como si estuviera acostumbrada a vivir en otro cuerpo».

—¿Qué pasa? —preguntó Lanna.

—Denise Carlson está muerta —dijo él.

—¿Cómo? ¿Qué le ha ocurrido?

Jason se quedó callado un momento.

—¡Jason! ¿Qué le ha pasado?

Jason no le hizo caso. Dio media vuelta y regresó a su habitación. Salió al pasillo y llegó a la habitación contigua, no la de Coln, sino la del otro lado. Abrió la puerta sin preocuparse de llamar.

Denise se incorporó sorprendida, pero se tranquilizó al ver quién había entrado. Jason pasó junto a ella sin pronunciar palabra y llegó al panel de

control de la habitación. Introdujo unas órdenes y la luz se volvió mucho más intensa, las bombillas pasaron a un leve color rojo.

—¿Qué tal así? —preguntó, volviéndose hacia ella.

Denise lo miró confusa.

—Me gusta. Lo noto… correcto, por algún motivo.

Jason asintió. La luz brillaba tanto que casi todo el mundo la encontraría muy molesta. De hecho, en la mente de Jason era un auténtico fragor.

—Por favor —dijo Denise estirando los brazos hacia delante—, dígame lo que está haciendo.

Las manos de Denise estaban extendidas por delante de ella, como en el gesto varvax de súplica. Jason tendría que haber reparado en ello antes.

—Jason, me tienes subiéndome por las paredes —dijo Lanna en su oído.

—Esta no es Denise Carlson —explicó Jason en voz baja.

—¿Cómo? ¿Y quién es?

—Se llama Vahnn —respondió Jason.

De pronto Coln irrumpió en la habitación. Al instante se protegió los ojos de la luz, una luz que imitaba un sol caliente y severo, que requería de un fuerte caparazón cristalino para soportar su radiación.

—¿Se puede saber qué hace, lunático? —exclamó Coln, apartando a Jason para pulsar los controles de la habitación. Luego se volvió hacia Denise—. ¿Estás bien?

—Eh… —dijo Denise—. Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

Coln desvió la mirada hacia Jason. Entonces se quedó quieto y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

—¿Por qué me está mirando así, Write? —preguntó Coln en tono brusco.

—¿Así, cómo?

Coln se estremeció.

—Sus ojos… Es como si mirara a través de mí. Como si…

Jason se llevó una mano a la cara por instinto, tanteando en busca de unas gafas de sol que no estaban allí. Había olvidado que no las llevaba puestas. Avergonzado, dio media vuelta y salió corriendo al pasillo.

«No debo dejar que me vea… No debo dejar que lo sepa. Se burlará de mí. Se reirá…».

Coln se quedó atrás, mirándolo perplejo mientras se arrodillaba junto a la criatura que tenía el cuerpo de una mujer y la mente de un alienígena.

—No es posible —dijo Lanna.

—Lo mismo decían de los poderes psiónicos hace unos años —replicó Jason, caminando por una pasarela fuera del hotel.

—Pero es que es tan…

—¿Tan qué?

Lanna dio un suspiro de frustración.

—Vale, pongamos por caso que tienes razón. ¿Quién haría algo así? ¿Quién querría cambiar la mente de alguien por la de un alienígena? ¿De qué iba a servir a quien lo hiciera?

—Los varvax son los citónicos más desarrollados de toda la galaxia —dijo Jason, bajando la voz al cruzarse con gente en la oscura calle de Vísperas.

—¿Y?

—¿Y qué podrías aprender si pasaras unos años en la cabeza de un varvax? ¿Qué harías si pudieras ingeniártelas para controlar un cuerpo de varvax e infiltrarte en su sociedad? Alguien intentó apoderarse de un anfitrión varvax… pero salió mal. Puede que mataran el cuerpo robado, o puede que la transferencia fallara. Entonces se deshicieron del cuerpo varvax y dejaron a Denise vagando por las calles.

—Pero ¿por qué Denise?

Jason se quedó pensando.

—No lo sé. Puede que trabajara para ellos como espía de algún tipo. Y que cuando se le presentó una buena oportunidad, la aprovechara.

—Ese razonamiento hace aguas por todas partes, viejales.

—Lo sé —reconoció Jason—. Pero ahora mismo no se me ocurre nada más. Lo único que sé es que esa mujer del hotel no es humana. Se comporta como un varvax, piensa como un varvax y gesticula como un varvax.

—Habla inglés —señaló Lanna.

—Muchos varvax aprenden a hablar nuestros idiomas —dijo Jason—. O al menos a entenderlos. Encuentran muy interesantes los lenguajes hablados. Además, tal vez su cuerpo retuvo una comprensión residual del habla y los movimientos.

—Es posible —dijo Lanna, aunque no sonaba muy convencida—. ¿Adónde vas?

—Ahora lo verás.

Jason siguió caminando un corto trecho hasta llegar al hospital psiquiátrico. Entró dando zancadas y encontró a la misma enfermera sentada

tras el mostrador. La mujer enarcó una ceja al verlo, desconcertada y un poco reprobadora.

Jason siguió adelante sin hacerle caso y pasó al hospital en sí.

—¡Señor! —lo llamó ella—. ¡No puede entrar ahí dentro! Señor, no tiene…

Jason dejó atrás su voz, pero al poco tiempo la oyó llamando a seguridad.

—¿Era la enfermera? —preguntó Lanna, que estaba escuchando—. ¿Has vuelto al hospital? ¿Así que por fin reconoces que estás loco y has decidido ingresarte a ti mismo?

Empezaron a asomarse al pasillo celadores, enfermeros y hasta algunos pacientes. «Más me vale que esté aquí», se dijo Jason. Justo en el momento en que lo pensó, sintió un rostro familiar escrutando desde una habitación.

—Por favor, avisa a la policía local de Vísperas, Lanna —dijo Jason—. Está a punto de llegarles el aviso de que un demente ha atacado a un celador de este hospital. Pídeles que hagan la vista gorda, ¿quieres?

—Jason, eres un hombre muy raro.

Jason sonrió, se volvió y entró en la habitación por la fuerza. Varios celadores retrocedieron de un salto, sorprendidos por la irrupción de Jason. Aquella vibrante estancia blanca debía de ser algún tipo de sala de descanso para empleados. El celador al que Jason había visto en la cafetería echó a correr al instante. Jason se abalanzó sobre él, aferró al hombre con una mano y le dio la vuelta.

El hombre forcejeó, pero un rodillazo en la entrepierna detuvo en seco sus esfuerzos. Jason se quitó las gafas, agarró la cabeza del hombre con las dos manos y la giró hacia él.

—¿Quién te envía? —preguntó Jason, clavando sus ojos ciegos en el hombre.

El celador le sostuvo la mirada, desafiante.

—Ah, ya veo —dijo Jason, sin soltar las manos de la cabeza del hombre —. Sí, puedo leerte los pensamientos sin ningún problema. Qué interesante. Ah, así que era verdad. Intercambiaron la mente, ¿eh? No sabía que pudiera hacerse. Gracias, me has sido de mucha ayuda.

Jason soltó la cabeza del confuso celador. Lanna soltó un bufido por el comunicador.

—Jason, a no ser que lleves mucho tiempo escondiendo unos poderes rarísimos, ha sido la sarta de embustes más enorme que he oído en la vida.

—Sí —dijo Jason, poniéndose las gafas de nuevo mientras se apresuraba a salir de la sala—. Pero ellos no lo saben.

—¿Para qué lo has hecho?

—Ten un poco de paciencia —la regañó Jason, levantando las manos mientras los guardias de seguridad llegaban al pasillo—. Ya me marcho.

Pasó entre ellos y salió del hospital.

De vuelta en el hotel, Jason llevó a Denise y Coln a su habitación. Una lo miraba con su acostumbrada confusión de ojos ensanchados, el otro con su igualmente acostumbrada hostilidad. Jason se quitó la insignia de la solapa y se la entregó a Coln.

—Hay una nave con destino Júpiter Catorce —dijo—. Asegúrate de estar en ella cuando despegue y lleva a Denise contigo. Ve a la delegación de la Compañía Telefónica y te protegerán de la OIGU.

—¿Y qué pasa con usted, Write? —preguntó Coln, suspicaz.

—Si estoy en lo cierto, debería partir hacia otro lugar dentro de muy poco tiempo. Será mejor que os deis prisa; la nave saldrá antes de una hora.

Coln frunció el ceño. Jason percibió el recelo en su rostro. Coln no quería aceptar la ayuda de la CT, pero tampoco quería afrontar la justicia de la Oficina de Investigación. Con un poco de suerte, mantendría a salvo a Denise.

Tras un breve debate interno, Coln asintió y se levantó.

—Lo haré, Write. Pero antes quiero que me diga una cosa. Que me responda a una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Tienen ustedes lo que todo el mundo cree?

Jason arrugó la frente.

—¿Que si tenemos qué?

—Motores superlumínicos —aclaró Coln—. ¿La CT dispone de la tecnología para crearlos o no? ¿Están ocultando al resto de la humanidad el secreto de cómo rebasar la velocidad de la luz?

Jason calló un momento.

—Haces la pregunta equivocada —dijo después.

Coln torció el gesto.

—Ya sabía que no iba a responderme. —Coln se volvió hacia la silla de la mujer—. Vamos, Denise.

Denise no se movió. Se le cerraron los ojos y se hundió en su silla.

—¡Denise! —exclamó Coln, arrodillándose a su lado. La mujer parecía respirar, pero…

Jason empezó a notarse mareado y captó un tenue olor en el aire. Renegó en voz baja y se volvió para echar a correr hacia la puerta. Trastabilló a medio camino y perdió el equilibrio. Apenas notó siquiera el golpe contra el suelo.

«Trabajan deprisa. Ya debían de estar preparados para gasearnos…».

Jason despertó en la negrura. Una pura y espeluznante negrura. No tenía vista, ni su sentido, ni ninguna percepción en absoluto. La oscuridad había regresado.

Jason comenzó a sacudirse. «¡No! ¡No puede ser! ¿Dónde está mi sentido?». Se hizo un ovillo, casi sin notar el suelo metálico que tenía debajo. La negrura lo engulló, y era más que una mera oscuridad: era la nada. La ausencia total de sensaciones. El único terror genuino en la vida de Jason. Y había regresado.

Gimoteó sin poder evitarlo mientras los recuerdos volvían en tropel.

Todo había empezado con su visión nocturna, como solía ocurrir con las enfermedades visuales. Recordó pasar noches enteras en la cama de niño, sintiendo que la oscuridad parecía volverse más y más opresiva. Luego comenzó a ocurrirle también de día. Primero desapareció su visión periférica, y fue como si la oscuridad estuviera dándole caza, rodeándolo. Cada mañana al despertar, tenía la sensación de que la oscuridad le había ganado terreno. De que acechaba como un animal salvaje al borde de su campo visual.

Terror. Los médicos no habían podido hacer nada. Jason se vio obligado a intentar llevar una vida normal mientras la oscuridad parecía envolverlo más a cada segundo que pasaba. Vivía sometido a un miedo perpetuo a lo que estaba por llegar.

Y luego habían estado los niños. Los otros niños, que no lo comprendían. Él había intentado seguir como si no pasara nada, vivir como si no estuviera ocurriendo. Tendría que haberlo reconocido ante ellos. Pero al no hacerlo, lo único que veían los demás niños era a un atontado que no dejaba de tropezar. Se habían reído. ¡Cuánto se habían reído!

Jason aulló, como si pudiera apartar la oscuridad de un grito. ¿Dónde estaba su sentido? ¿Qué estaba pasando? Hizo aspavientos en la oscuridad hasta que rozó una pared con los dedos. Se retiró a un rincón, asustado y confundido.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó una voz desde arriba.

Jason alzó la mirada, pero no vio ni sintió nada.

—Dígame, señor Write. —La voz hablaba en tono autoritario—. ¿Puede leer la mente? Es imposible hacerlo mediante la cito. Ni siquiera los varvax son capaces de penetrar en los pensamientos de un individuo. ¿Cómo lo ha hecho usted?

Jason no respondió. Solo estaba la oscuridad. La negrura.

«Esto ha sido idea mía —pensó una parte de la mente de Jason—. Era un cebo. Quería llamar su atención para que me llevaran con ellos. Y eso han hecho. Esto es lo que quería».

Pero… ¡la oscuridad!

—¿Cómo? —graznó Jason—. ¿Cómo me lo habéis quitado?

—Responda a mis preguntas, señor Write —dijo la voz—, y le devolveré su sentido. ¿Cómo ha podido leer la mente de ese hombre?

Jason se estremeció y se apretó más contra el frío telanio de la pared. La voz de aquel hombre era áspera y gutural. Hablaba raro, con un poco de acento, pero Jason no lograba identificarlo.

«Esto no es permanente —se dijo Jason—. La oscuridad desaparecerá. Igual que hizo cuando desarrollaste la cito».

—No acabe con mi escasa paciencia, señor Write —le advirtió la voz—. Hable y dejaré vivir a sus compañeros.

«Coln, Denise. Estaban en la habitación de hotel conmigo».

Jason no respondió. Bajó al suelo, se sentó y respiró hondo, tratando de conservar la cordura. Desde que había desarrollado la cito, nunca había estado a oscuras. Su sentido funcionaba incluso cuando no había luz.

—¿Lanna? —susurró Jason, notando que la oscuridad se cernía sobre él —. ¡Lanna!

—El enlace con su cuartel general está anulado, señor Write —dijo la voz.

Jason gimió. La oscuridad parecía acercarse cada vez más, amenazando con devorar su mente.

—Usted verá, señor Write —dijo la voz—. Le doy tres minutos. Si para entonces no me ha respondido, la mujer morirá.

Un chasquido y luego el silencio. Todo parecía peor sin aquella voz, y de pronto Jason deseó haber hecho que el hombre siguiera hablando. Deseó haber dicho a aquella voz la verdad, que no era capaz de leer la mente. Lo que fuese con tal de que hubiera alguien más allí con él.

Se había quedado solo.

«¡No puedo hacerlo! —pensó Jason—. Cualquier cosa menos esto. Ya pasé una vez por este horror. ¡No puedo volver a hacerlo!».

Trató de derribar las paredes con hojas mentales, pero no pasó nada.

«Tranquilízate, Jason. Contrólate. Los varvax ya te hablaron de esto». Sonn lo había mencionado en una ocasión. Se había mostrado reservado e incómodo, lo cual era extraño en un varvax. Jason le había preguntado si había alguna manera de reprimir la capacidad citónica. Sonn había terminado reconociendo que la había, pero había dicho a Jason que no iba a necesitarla. Aún no.

La oscuridad…

«¡No! Concéntrate. No tienes tiempo de estar asustado». Lo más probable era que el dispositivo inhibidor tuviera un componente tecnológico. Muchas capacidades citónicas necesitaban una parte mecánica, como la comunicación superlumínica, que no funcionaba sin receptores físicos. El poder citónico que hubiera detrás de su reclusión estaría transfiriendo una parte de su energía mental a algún dispositivo físico que utilizara la electricidad para amplificar el efecto. Pero debido a ese aumento, Jason nunca sería capaz de liberarse. Se quedaría atrapado para siempre en la negrura.

«Para siempre, no. Solo unos minutos más, hasta que me maten». Casi lo prefería.

Le vino una imagen a la mente, la imagen de la humanidad escapando al espacio. Una imagen de comerciantes humanos negociando y estafando, de tiranos humanos dominando a las especies tecnológicamente inferiores, los varvax, los tenasi, los hommar. Imágenes de guerras, de conflicto, de un paraíso destruido.

«¡No puedo permitir que suceda!».

Pero ¿qué podía hacer? Pasó la mano por la pared, se levantó con torpeza y tanteó la estancia. Era pequeña y cuadrada, de unos dos metros de lado. Apenas logró distinguir el contorno de la puerta, que no tenía pomo en aquel lado.

«¡No me queda tiempo! —pensó Jason desesperado—. No puedo escapar y no puedo contactar con Lanna».

No podía contactar con Lanna, pero… Se llevó la mano a la oreja y tocó el disco de control. Habían interrumpido su conexión con el cuartel general, pero quizá no hubieran pensado en los polizones…

—¡No os saldréis con la vuestra! —chilló Coln a las paredes—. Soy agente de la OIGU. ¡Apresar a un miembro de las fuerzas de la ley es un delito muy grave!

No recibió respuesta. Coln suspiró y notó que la ira remitía ante el avance de puro aburrimiento. Había despertado con dolor de cabeza en aquella sala, que parecía ser algún tipo de almacén. Desde entonces no había oído nada fuera de la puerta. Denise estaba allí dentro con él, sentada en silencio sobre una caja.

«¿Qué planea Write? —pensó—. Ha hecho que nos capturen, pero ¿por qué?». Debía de estar relacionado con el plan maestro de la CT, fuera cual fuese.

De pronto oyó algo chisporroteando en su oído.

—¿Coln? —La voz tenía un crepitar enfermizo, como un susurro en labios de un muerto.

—¿Write? —dijo Coln—. ¿Por qué me ha encerrado?

—Cállate, Coln —susurró la voz—. Estamos encerrados los dos. Vamos a morir a menos que puedas hacer algo.

—¿Algo? —preguntó Coln, suspicaz—. ¿Qué?

—Tienes que cortar la electricidad. Funde un plomo, sobrecarga un circuito, lo que sea.

Coln frunció el ceño.

—¿De qué serviría? Tendrán generadores de emergencia.

—Tú hazlo.

El enlace se cortó con un chasquido.

Coln maldijo en voz baja. ¿Qué estaría planeando Write? ¿Se atrevía a confiar en él? ¿Se atrevía a no hacerlo?

Denise lo miró con gesto perplejo mientras Coln buscaba por la pequeña habitación, apartando cajas y carritos. Al cabo de un tiempo, encontró un enchufe en la pared. Se quedó quieto un momento, contemplándolo. Después suspiró y arrancó un trocito de acero del fleje de una caja que tenía cerca.

«¿Por qué no? Tampoco es que vaya a meterme en un lío más gordo que este».

Jason no podía huir de la oscuridad. No podía apartarla cerrando los ojos, no podía escapar de ella corriendo y no podía hacer como si no estuviera. Solo podía acurrucarse contra la pared, notando cómo flaqueaba más y más su resolución —y su cordura— a cada segundo que pasaba. Oyó, pero no entendió, la voz cuando volvió a hablar. Sus captores habían cometido un error garrafal. Podían hacer todas las exigencias que quisieran, pero Jason no

estaba en condiciones de cumplirlas. Más valía que lo mataran. ¿Qué más daba?

La voz le gritó. Jason se sintió enloquecer. No podía resistirse a ello. No quería resistirse a ello. Plantar cara sería demasiado difícil. La única solución era caer en una feliz inconsciencia, silenciar todo pensamiento y percepción.

En ese momento volvió su sentido.

Fue solo una incidencia fugaz, una vacilación infinitesimal en el nivel de potencia. Pero con eso bastaba. El sentido fluyó al interior de Jason como la droga a las venas de un adicto. Al momento el inhibidor se reactivó y el sentido empezó a desvanecerse de nuevo.

Jason descargó un millar de hojas mentales a la vez, que hicieron trizas las paredes a su alrededor. Destrozó el telanio en pedazos, los pedazos en esquirlas y las esquirlas en polvo. Las paredes se evaporaron como papel higiénico ante una explosión atómica, proyectando gránulos metálicos disparados en todas las direcciones. Jason gritó al liberar la oleada de poder, un bramido animal que hizo retroceder la oscuridad.

El mecanismo supresor se apagó al instante, destruido por el impacto. Jason estaba tendido, acurrucado, en su traje manchado de polvo y sudor, sobre un brillante suelo de telanio. Se deleitó con el regreso de su sentido durante un mágico y silencioso momento. Sin embargo, con su sentido volvió también la cordura, inseparable del primero para él.

«Aquí dentro hay otro citónico, y no va a hacerle ninguna gracia que haya escapado».

Así que, después de respirar hondo, Jason se obligó a levantarse.

Coln estaba sentado en el suelo, aturdido. Tenía en la mano un pedazo de goma, el que había utilizado para sostener el trocito de acero al insertarlo con fuerza en el enchufe. Había esperado que ocurriera alguna cosa, sí, pero no que la sala contigua a la suya estallara.

Parpadeó y se sacudió los plateados copos de telanio de la ropa. «¿Qué ha…? —pensó atónito mientras frotaba unos gránulos de telanio entre los dedos—. ¿Qué ha podido hacer esto?». Ni siquiera el armamento moderno podía hacer más que arañar el telanio, y eso a duras penas.

Alzó la mirada y vio a Jason Write de pie en el mismo centro de la explosión. El agente tenía la ropa hecha harapos. Coln dejó que el polvo de telanio se escurriera entre sus dedos estupefactos mientras miraba a Write a los ojos. Al igual que antes, los vio desenfocados, insensibles incluso.

Miraban sin expresión hacia delante, inmóviles, como los ojos de… de un ciego.

—¿Qué eres? —susurró Coln.

Write no hizo caso a la pregunta.

—Vete y llévate a la chica —dijo con voz tranquila pero amenazadora—. Este lugar está a punto de volverse muy peligroso.

Coln asintió y buscó la mano de la asustada Denise. En ese momento se oyó otra voz, desconocida para él.

—Venga, por favor, señor Write —dijo la voz—. ¿Tenemos que rebajarnos a tales suposiciones? ¿Acaso no somos… civilizados?

Write no se volvió hacia el origen del sonido, un altavoz que había en la pared.

—Muéstrate.

Se hizo el silencio. Luego sonaron unas pisadas. Coln puso a Denise detrás de él y miró con recelo hacia el pasillo, que había quedado a la vista gracias a aquella extraña explosión.

Apareció alguien en el pasillo. Era una figura anodina, salvo por su larga nariz y el cuerpo delgado. El hombre llevaba un almidonado uniforme de la armada y sonreía mientras avanzaba con paso tranquilo, pasando un dedo por la capa de polvo de telanio.

—Dime quién eres —exigió Write, volviéndose para encarar sus ojos desenfocados hacia el hombre.

—¿En serio, Jason? —dijo el hombre—. ¿No me reconoce?

—No.

—Supongo que no debería sorprenderme. —El hombre siguió paseando con calma—. Ya han pasado unos años, y lo cierto es que tampoco era una persona tan importante. Solo uno más de sus muchos reclutas. Me llamaba Edmund.

La sala quedó en silencio.

—¿Por qué intentaste matar a Coln? —preguntó Write al cabo de un momento.

Edmund sonrió.

—Hasta para tratarse de un agente de la CT, es usted un hombre de lo más reservado, Jason. Ha ocultado información a los varvax. Si supieran que es usted capaz de crear hojas mentales, sin duda se sentirían tentados de elevar la designación de inteligencia de la humanidad.

Write frunció el ceño.

—Fue una prueba. Querías ver si podía detener las balas.

—Y no me decepcionó —respondió Edmund, deteniéndose justo delante de Write—. Las hojas mentales son una técnica muy avanzada, Jason. Con unas pocas décadas más de estudio, podría obtener el salto superlumínico. Estoy impresionado.

Los dos hombres estaban encarados entre ellos, aunque ninguno tenía los ojos enfocados en su adversario. Se quedaron así durante unos tensos momentos y Coln frunció el ceño. Le daba la impresión de que algo importante estaba a punto de suceder, pero no llegaba a hacerlo.

«¿Qué pasa aquí?».

Jason luchaba para salvar la vida. Había centenares de hojas mentales avanzando como centellas hacia él, ataques invisibles de pensamiento puro. Le hicieron falta todas sus fuerzas para evitar que las hojas le trituraran la carne. Se resistió enviando sus propias hojas mentales para interceptar las de su oponente, un oponente al que aún no comprendía.

Tenía un vago recuerdo de Edmund, aunque no había interiorizado su rostro lo suficiente para poder reconocerlo en la cafetería. Edmund había sido un hombre con cierto potencial citónico. Había huido de la CT después de unos pocos meses de entrenamiento. Hacía solo dos años de eso, así que ¿cómo había podido aprender tanto en tan poco tiempo?

La andanada de hojas mentales remitió y Edmund dio un paso atrás. Seguía sonriendo, pero en sus ojos se leía una cautela. No había esperado que Jason fuese tan bueno como era.

Jason respiró hondo. Coln los miraba a cierta distancia, con el semblante confuso, cómo no, porque no había podido ver la batalla que Jason acababa de librar.

—Me impresiona usted de nuevo, Jason —dijo Edmund.

Jason notó que le goteaba sudor por la mejilla. Podía oler su propio agotamiento.

—No esperaba que supiera bloquear hojas mentales —prosiguió Edmund—. Pocos de nosotros hemos practicado a hacerlo siquiera.

—Llevaba ya un tiempo esperando que ocurriera esto —susurró Jason mientras se erguía con rigidez—. Sabía que personas como tú acabarían obteniéndolo. Sabía que algún día tendría que luchar.

—Se preparó bien.

Las hojas mentales atacaron de nuevo. Jason gruñó y lanzó sus propias hojas. Notaba una leve deformación en su sentido cuando estaba a punto de

aparecer una hoja mental, y entonces daba un tajo contra esa zona con las suyas. Las oleadas se anulaban entre ellas, oscilando en su sentido como sendas curvas de luz. Detuvo centenares de hojas y el aire a su alrededor resplandeció como si estuviera en el centro de una explosión.

«No podré resistir así mucho tiempo», pensó. En algún momento una hoja mental superaría sus defensas. A Jason solo le quedaba una carta que jugar, así que más le valía aprovecharla.

Siguió luchando, esperando a que llegara el momento idóneo. Edmund era más hábil que él. No debería ser posible, porque Jason llevaba más tiempo que ningún otro humano practicando la cito. ¿Cómo podía alguien superarlo tan deprisa? Jason tenía que descubrirlo. De lo contrario, todo su trabajo habría sido en vano.

El ataque cesó de nuevo. Edmund estaba sudando, así que por lo menos aquello le resultaba difícil.

—Has aprendido bien de los varvax —dijo Jason, jugándose el todo por el todo.

Edmund alzó la mirada, sorprendido. Entonces se echó a reír.

—Vaya, al final resulta que no puedes leer la mente —dijo sonriendo—. Menudo farol te has marcado.

«Me equivocaba —pensó Jason—. Pero entonces, ¿cómo puede ser?».

—Adiós, Jason Write.

Jason sintió que el aire se agitaba a su alrededor. Empezaron a formarse incontables hojas mentales, como si lo rodeara una cúpula de energía pura. No podía detenerlas todas. Iba a morir.

«¡Ahora!».

Jason se concentró en sí mismo. No proyectó ninguna hoja mental. En vez de eso, sintió hacia dentro de sí mismo. Notó su propia vibración en su sentido, como una criatura fría y vestida de negro, muy distinta del niño que una vez fue, el que se había quedado estupefacto, paralizado por el terror.

Pero Jason ya no era ese niño. Con un chillido, sintió las hojas mentales caer sobre él y se arrojó por voluntad propia a la oscuridad.

Todo quedó inmóvil.

Lo envolvió la negrura, aquella no-existencia que lo había amenazado desde la infancia. Solo que en esa ocasión Jason había entrado en ella a propósito. Durante un instante eterno, se asfixió en su abrazo.

Entonces reapareció. Al hacer su reentrada en el espacio normal, apartó las moléculas de aire para que no se le quedaran atrapadas dentro del cuerpo al materializarse. Y de forma similar, apartó la carne de Edmund de su mano.

El mundo se sacudió y Jason había regresado. Estaba de pie con un brazo extendido, justo delante de Edmund. La muñeca de Jason terminaba de sopetón al encontrarse con la carne de Edmund, ya que su mano se había materializado dentro del pecho del otro hombre.

El corazón de Edmund, aferrado en el puño de Jason, palpitó una vez. Los ojos de Edmund estaban fijos hacia delante, conmocionados. Por detrás de Jason, el lugar donde había estado un momento antes se convirtió en una explosión de hojas mentales.

Jason apretó el puño y Edmund gritó de dolor. El corazón dejó de latir. Edmund cayó de rodillas y Jason movió la mano un ápice fuera del espacio y la retiró.

Edmund cayó hacia atrás, sus ojos agonizantes y atónitos. Era un citónico tan poderoso que no se quedó inconsciente antes de morir, sino que murmuró:

—Transporte superlumínico. Vuelve a sorprenderme, Jason. No teníamos ni idea.

Jason se arrodilló junto a él.

—Ya hace tiempo que lo domino. Dímelo. Dime cómo lo has hecho. ¿Dónde aprendiste esos poderes?

El hombre soltó una carcajada áspera y dolorida.

—Llevo estudiándolos toda la vida, Jason.

—Explícame como —exigió Jason.

De algún modo, Edmund cruzó la mirada con él.

—Ah, qué idealista es usted, Jason de la Compañía Telefónica. En algún momento, deberá preguntarse lo siguiente: ¿por qué iba a necesitar una especie como los varvax aprender una capacidad como la supresión citónica?

Jason se quedó callado, notando que se le embotaba la mente. Solo conocía una respuesta, una que apenas se había atrevido a plantearse jamás.

—Para retener a prisioneros.

—¿Prisioneros? —tosió Edmund—. ¡Librepensadores! ¡Disidentes! ¡Todo aquel que esté en desacuerdo con ellos!

—¡Mientes!

Edmund rio y se le arqueó la espalda de dolor.

—Y ustedes serán nuestra vía de escape —dijo, levantando la voz casi hasta el chillido—. Los varvax ya han disfrutado bastante tiempo de su paraíso. Usted casi enloquece después de estar unos minutos sin su sentido. ¡Imagínese lo que es pasar la vida entera en una caja como esa! Solo es capaz de ver la paz, solo ve la sociedad perfecta. ¡Pero no ve el precio!

Edmund exhaló un último y siseante aliento y su cuerpo cayó flácido.

—Mientes —susurró Jason—. Son un pueblo pacífico. Los monstruos somos nosotros, no ellos.

Se quedó sentado un momento, contemplando el cadáver en el suelo. Coln seguía de pie allí cerca, con aspecto asombrado… y confuso.

—Ven aquí —dijo Jason en voz baja—. Trae a la chica.

Coln obedeció sin mediar palabra. Jason puso una mano sobre cada uno de ellos y entró de nuevo en la oscuridad.

Coln reconoció la sala al instante. Parpadeó una vez, tratando de olvidar la espantosa sensación de vacío que acababa de experimentar. Estaba en una sala blanca y de paredes curvas, el centro de operaciones del cuartel general de la CT. La misma sala que aparecía en el holovídeo borroso. Coln había estudiado su imagen centenares de veces, y ahora estaba allí de verdad.

Solo que la base de operaciones de la CT estaba en la Tierra, a meses de distancia de Vísperas. Coln inhaló de golpe, sorprendido. Write estaba cerca de él, con el traje hecho trizas y sangre goteándole de los brazos.

—¡Sí que puede hacer desplazamientos superlumínicos! —le acusó Coln.

—Sí.

—¡Así que tenía yo razón! —exclamó—. ¡Han estado ocultándoselo a la humanidad!

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Coln casi gritando—. ¿De qué intentan protegernos?

—No intentábamos protegernos a nosotros —dijo Write, echando a andar hacia un lado de la sala.

Llegó a la pared, la que en teoría albergaba la maquinaria de comunicación superlumínica, y accionó una palanca. Apareció un pequeño vaso en la parte de abajo, seguido de un humeante chorrito de café.

—Intentábamos protegerlos a ellos. Y prepararnos a nosotros.

—¿Prepararnos? —preguntó Coln.

—Los programas de intercambio —explicó Write—, las líneas de apoyo social, hasta la moda de tintarse la piel. Cualquier cosa que nos abriera más la mente. Pero claro, ahora ya importa poco, ¿verdad?

Coln frunció el ceño y miró la cafetera.

—Así que eso no era la unidad de comunicación superlumínica.

Write negó con la cabeza y señaló a un lado. Había un hombre, al que Coln había tomado por un guardia de seguridad en la imagen de holovídeo,

sentado en una silla a poca distancia. Tenía los ojos cerrados.

—La unidad es su mente —dijo Write—. Su mente es lo que activa todas las llamadas superlumínicas.

—Pero hay millones de llamadas —objetó Coln.

—Solo es necesaria una mente para proporcionar la capacidad superlumínica —explicó Write—. El enrutado en sí puede hacerse con ordenadores.

Coln soltó un suave siseo de sorpresa.

—La tecnología es limitada —añadió Write—. Solo la mente es infinita.

Coln no pudo hacer más preguntas porque la puerta se abrió de sopetón y una mujer pelirroja irrumpió en la sala. Echó a correr y dio un fuerte abrazo a Write.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y Coln reconoció al instante la voz de Lanna.

—Coln —murmuró Write—, te presento a Lanna Write, mi esposa.

—¿Cómo? ¿Están *casados*?

—Por desgracia —respondió Write, pero con cariño en la voz.

—Un momento —dijo Coln—. La OIGU ha interceptado sus comunicaciones un montón de veces, ¡y usted siempre protesta cuando se la asignan!

—Sí, y las asignaciones las hace él —respondió Lanna mientras echaba un vistazo a las pequeñas heridas que tenía Write en los brazos—. Siempre dice que cuanto menos sepa la OIGU sobre su vida personal, mejor. Además, le encanta chincharme. —Alzó la mirada hacia Write—. Vale, ahora para un momento y cuéntame qué está pasando. El médico ya viene hacia aquí.

Write suspiró y dio otro sorbo de café.

—Puede que estuviera equivocado, Lanna.

—¿En qué?

—En todo —dijo él en tono afligido.

Jason se había sentado en su habitación para que el médico le vendara los brazos. Lanna estaba de pie a poca distancia, con expresión contrariada. Era el terror del cuartel general de la CT, y pocos tenían el valor o la estupidez suficientes para provocar su ira.

—Muy bien, viejales —dijo—, ¿qué ha pasado?

Jason negó con la cabeza. Antes de que pudiera responder, sonó un aviso en su holovídeo. Jason pulsó el botón y apareció el rostro quitinoso de Sonn.

—Tiene explicaciones que darme, Sonn —dijo Jason.

El varvax movió las manos hacia delante en gesto de súplica.

—Estoy a su disposición, Jason de la Compañía Telefónica.

Jason pulsó otro botón para mostrar a Sonn una imagen de Denise siendo interrogada por agentes de la CT.

—Dígame que no es cierto, Sonn —imploró Jason en voz baja—. Dígame que no encierran a sus disidentes.

—¿Disidentes varvax? —preguntó Lanna, sorprendida.

Sonn levantó las manos en gesto de disculpa.

—Ya le dije que en algún momento descubriría el motivo de que exista la supresión citónica, Jason de la Compañía Telefónica.

Jason agachó la cabeza. «No, no puede ser…».

—Es la única manera —dijo Sonn—. El camino hacia la paz.

—Paz para quienes piensan como ustedes —espetó Jason.

—Es la única manera.

—¿Y las demás especies? —preguntó Jason con brusquedad—. ¿Los tenasi, los hallos?

—Hacen lo mismo —dijo Sonn—. Han encontrado el camino, igual que terminarán haciendo ustedes. El camino hacia la inteligencia primaria. Debo pedirle disculpas por las molestias que le hemos causado.

Jason se echó hacia atrás en la silla, estupefacto. Se había equivocado. Tantos años, más de un siglo de trabajo, y se había equivocado. Se había dejado engañar. De pronto se sintió asqueado. Asqueado y furioso.

—Irán a por ustedes, Sonn —dijo Jason, y asintió en agradecimiento al médico que había terminado de vendarle los brazos. Era de fiar, uno de los primeros citónicos a los que Jason había reclutado hacía más de cien años.

—¿Disculpe, Jason de la Compañía Telefónica? —dijo Sonn al cabo de un breve silencio. Tenía las manos retraídas en el gesto varvax de confusión.

El médico se marchó y Lanna se sentó al lado de Jason y miró a Sonn con ojos calculadores. A Lanna nunca le habían caído bien los varvax. Decía que no le gustaba la gente capaz de falsificar su lenguaje corporal con tanta facilidad.

—El embajador, el que murió —dijo Jason—, era un disidente. Ahora lo tengo conmigo. Me había convencido a mí mismo de que los humanos intentaban infiltrarse en la sociedad varvax y no me daba cuenta de que era al revés. Sus disidentes están huyendo y se ocultan entre nosotros. Intentan apoderarse de tecnología humana. Nuestra especie sigue sin civilizar, Sonn. Tenemos una maquinaria bélica capaz de destruir sus naves sin despeinarse.

Sonn mantuvo su gesto de perplejidad, pero lo aumentó con el de preocupación. Poca gente sabía que la nave diplomática tenasi que había caído derribada al llegar a la Tierra era una de las naves más avanzadas y poderosas de la galaxia. Y un solo misil humano había bastado para destruirla. Las demás especies tenían una tecnología muy inferior a la de esa nave.

—Esto es preocupante —reconoció Sonn.

—Lo sé —dijo Jason, e interrumpió la conexión. El rostro de Sonn se distorsionó un momento antes de desaparecer.

Jason se reclinó con un suspiro, sintiendo a Lanna junto a él. Ya había sabido que llegaría el momento. Había temido que no podría mantener a la humanidad apartada del espacio. Era solo que no había esperado que el cielo le fallara.

—Lo siento —susurró Lanna.

Jason negó con la cabeza.

—Siempre me has advertido que soy demasiado idealista.

—Pero quería creerte de todas formas —dijo Lanna. Le acarició despacio la mejilla—. ¿Crees que el hombre que te ha atacado actuaba en solitario?

—Imposible —respondió Jason—. Estaba demasiado confiado.

—Entonces…

Jason respiró hondo.

—Prepara una nota de prensa, Lanna. Diles que la Compañía Telefónica por fin ha desarrollado el transporte superlumínico y que haremos pública la tecnología cuando Gobiernos Unidos nos apruebe la patente.

Lanna asintió.

—Quizá aún podamos rescatar algo del paraíso —musitó Jason.

ESCENAS ELIMINADAS DE

ESCUADRÓN

CON COMENTARIOS DE

BRANDON SANDERSON

PRESENTACIÓN

Uno de los cambios más habituales que hago al revisar mis novelas es retocar el principio de la historia. Tengo la sensación de que solo cuando ya he terminado de escribir el libro averiguo cuál es la mejor manera de empezarlo. Lo cual tiene sentido, porque al ver el arco completo de un personaje o una trama en su forma definitiva, descubres que los primeros intentos que hiciste de empezarlo estaban mucho menos pulidos que los toques finales que le añadiste.

Por tanto, en los primeros borradores no suelo preocuparme mucho del principio de la historia. No pasa nada si queda flojo, porque cuando el libro esté acabado sabré cómo arreglarlo. Me pasa muchas veces, pero da la casualidad de que *Escuadrón* es un ejemplo un poco extremado de esto, porque en esa novela probé con varios principios diferentes antes de decidirme por el definitivo. Así que espero que os guste este primer intento, ¡y ya os contaré más después de haberlo leído!

1

Capítulo eliminado

Doce años más tarde, estaba colgada del techo de la enorme caverna, decenas y decenas de metros por encima de la ciudad subterránea de Ígnea, cuestionándome muy en serio mis decisiones vitales.

No es que me molestara estar allí balanceándome. ¿Quién no querría tener aquella vista de la ciudad entera, con su resplandor entre anaranjado y rojizo por los flujos de lava? Miles de edificios, apiñándose en aglomerados barrios, con forma de cubos que crecían unos de otros. Pasarelas metálicas hechas del acero del magma enfriado, aplanado y pulido. El paisaje no podía competir con la visión del cielo allá arriba, pero desde luego tenía su propio encanto.

Pero estaba muriéndome de sed. Llevaba dos horas escalando y acababa de darme cuenta de que había olvidado rellenar la cantimplora. Habría dado cualquier cosa por algo de beber. Un poco de agua fresca de los manantiales, un GLUP de la planta embotelladora o, si no quedaba más remedio, un cráneo del revés llenado hasta el borde con las lágrimas de mis enemigos.

Resulta que las niñitas raras tienden a convertirse al crecer en jóvenes raras.

Me sequé la frente y me enticé las manos metiéndolas en el saquito que llevaba a la cintura. Pendía por las rodillas de un enorme gancho con forma de grapa clavado en el techo de la colosal caverna. Estaban fijados a la roca en hileras, para que los trabajadores pudieran subir hasta allí arriba y limpiar el hollín o revisar los conductos de ventilación.

También eran muy convenientes si alguien quería llevar una carga muy importante y muy secreta al techo de la ciudad. Me icé para agarrarme con un brazo, observé el siguiente gancho, estiré el otro brazo y me trasladé a él, sin

hacer caso al creciente dolor de los músculos. Ya casi estaba en posición. Y menos mal, porque la mochila que llevaba era muy pesada.

Seguí adelante, deteniéndome de vez en cuando para secarme la frente y reponer la tiza en las manos. Aparte de la gran mochila, llevaba mi equipamiento habitual de exploración: pantalones de trabajo, camisa abotonada y un chaleco al que mi madre había cosido un trillón de bolsillos. Ropa resistente, práctica y funcional. ¿Qué más daba si tenía algún que otro parche aquí y allá? Seguro que los grandes guerreros del pasado no se vestían a la última moda. Y si alguien se reía de ellos por tener pinta de pobretones… bueno, para esto estaba un buen hachazo en el esternón.

No llevaba hacha de batalla. Eso había que solucionarlo.

Me balanceé hasta la siguiente grapa y topé con un problema. La siguiente no estaba. Se veían los agujeros en el techo donde la habían clavado, pero en algún momento le había pasado algo. Bajé la mirada hacia la gente que caminaba por las plateadas pasarelas a lo largo de las vetas de magma, aisladas por gruesas barreras de cristal. En la caverna había una temperatura agradable, hasta cálida, aunque en general no me daba ni cuenta a menos que acabara de regresar de una excursión a la superficie.

Me gustaba estar allí arriba, más alta que nadie. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Aunque por desgracia, no podía quedarme mucho tiempo. Tenía una misión que cumplir. Llegaría el momento en que alguien que no debía iba a fijarse en la chica que colgaba del techo, y entonces se preguntaría: «¿Le he concedido una autorización para hacerlo?».

Las autorizaciones eran, por supuesto, el mayor calvario en la existencia de cualquier guerrera respetable. Bueno, eso y las ampollas.

Activé la línea de luz de mi padre y la fijé al techo. Le dejé unos tres metros sueltos, oteé la distancia que me separaba del siguiente gancho, muy fuera de mi alcance, y añadí otro medio metro de margen. Entonces volví a la grapa anterior, tiré hasta que la cuerda de luz brillante estuvo tensa y me impulsé.

Tracé un pulcro y bonito arco, como un péndulo, y no me estrellé contra el techo al otro lado como había esperado. Apenas logré acercarme lo suficiente para asir el siguiente agarradero.

«Pero qué guay», pensé. No había sido mala jugada. ¿La habría visto la gente pequeñita de abajo?

Recorrí unos cuatro ganchos más antes de decidir que por fin estaba en posición. Adelante, pues. Había llegado el momento de desplegar la carga.

Utilicé la línea de luz para adherirme al techo y poder usar las dos manos y, allí colgada, me quité la mochila.

Era casi tan grande como yo, lo cual, siendo sincera, tampoco era decir mucho. Podía afirmar que medía un metro cincuenta y dos si llevaba las botas puestas, pero incluso eso era exagerar por un centímetro o dos. Siempre me decía a mí misma que mejor así para una piloto de caza, porque sin duda cuanto más pequeña fueses, mejor cabrías en la cabina de una nave.

Acostumbraba a llevar el pelo cortado más o menos por los hombros y con forma de A, es decir, largo a los lados pero más corto por detrás. Como si fuese unas alas. Ya me había crecido lo suficiente para pedirle a mi madre que me lo cortara. No quería tener demasiado pelo porque llegaría el inevitable día en que tendría que ponerme un casco de piloto.

Me lo teñía de violeta oscuro, con mi negro natural asomando en distintos puntos. Respondía a quien me preguntaba que lo llevaba así porque era el color de las magulladuras, pero siempre sonaba mejor en mi cabeza que cuando lo decía en voz alta. La verdad es que me gusta el color y punto.

Saqué dos cabos de cuerda de la mochila, até una al gancho que tenía encima, tiré de la línea de luz y me balanceé hasta el siguiente, del que me quedé colgada el tiempo suficiente para atar el otro cabo.

Carga situada. Con la misión por fin cumplida, volví al gancho anterior y respiré hondo. Hice que la línea de luz se extendiera poco a poco para descender hacia el suelo. Al hacerlo, la cuerda que pasaba por el interior de la mochila se tensó e hizo que se desplegara la larga franja de tela fina que había embutido dentro.

Bajé sujeta a la línea de luz hasta el suelo. El dispositivo podía alargarse decenas de metros, como demostraba el hecho de que llegué ilesa. Pero tenía que estar cerca para poder engancharla a algo, eso sí.

La amplia cinta de tela que había dejado sujeta al techo bajó hasta más o menos tres cuartas partes de la altura del techo. Alcé la mirada en el momento en que toqué el suelo, sobre una pasarela entre varios edificios diseñados como cubos metálicos de los que brotaban otros cubos más pequeños. Sonreí de oreja a oreja al ver que la tela que había atado al techo pendía como un estandarte. Desde abajo parecía mucho más pequeña de lo que había deseado, pero se distinguían bien las letras que le había pintado después de afanarla del puesto de reciclaje unas noches antes. En realidad no era robar, porque de todos modos la tela terminaría de nuevo en el mismo sitio, así que solo estaba prolongando su uso antes de reciclarla.

En el letrero se leía la palabra RATAS, acompañada de una flecha hacia abajo. Había atinado bastante la posición, ya que solo señalaba a dos calles de distancia del carrito de comida en el que mi familia vendía carne auténtica.

Carne de rata, sí, pero cualquier cosa era mejor que la pasta de algas. Eché a correr para ver cómo de grande era la multitud que había provocado mi artimaña.

COMENTARIO

¿Qué problema tenía este principio de novela? Porque es espectacular, muestra la alocada personalidad de Spensa y, en muchos aspectos, es una buena introducción para la historia: establece lo lejos que es capaz de llegar cuando se propone algo y las estrecheces que pasa su pueblo y su familia en concreto.

Lo malo de esta presentación es que me pareció que se pasaba un poco de rosca. Lo que hacía Spensa tenía un toque humorístico, daba la impresión de ser la travesura desmedida que podría verse en una comedia de situación, en la que a un personaje le salía bien algo de lo que probablemente no debería ser capaz.

En otras palabras, el problema estaba en el tono. Sí, establecía el personaje de Spensa. Pero no transmitía el sentimiento adecuado, y contrastaba mal con la melancolía al final del prólogo, cuando Spensa pierde a su padre. Quería algo que tuviera los pies un poco más en el suelo para empezar la historia.

A continuación tenéis el segundo capítulo, que escribí apenas hube terminado este primero y lo sigue cronológicamente. Pero también podéis considerarlo otro intento de presentar a Spensa y su vida actual.

2

Capítulo eliminado

De camino hacia nuestro carrito de comida me crucé con grupos de hombres y mujeres que recorrían cansados la pasarela, volviendo a casa desde el trabajo. El tercer turno había terminado. Se podía saber a qué se dedicaban por su ropa. Manchas de un tono entre verdoso y marrón en los trabajadores de las cubas, que removían las algas y se ocupaban del mantenimiento. Hollín y franjas chamuscadas en quienes operaban las fraguas, convirtiendo el magma o el metal reciclado en lingotes utilizables. Aceite y grasa en los monos de los trabajadores de las fábricas, que ensamblaban munición y piezas de caza estelar para el ejército.

No había ningún piloto, por supuesto. Esos vivían arriba, en Alta.

Nuestro carrito estaba muy bien situado cerca del Monumento a las Naves Caídas, una gran estatua de bronce que representaba muchos cazas estelares despegando, cada uno idéntico a los demás, con una artística interposición de líneas y formas geométricas. Miré hacia el carrito, ansiosa por ver a cuánta gente había atraído mi treta publicitaria.

De momento, a nadie. El carrito estaba a la sombra de la gigantesca estatua, como un tornillo sobrante caído de un ala que se hubieran dejado en el suelo. En un taburete a su lado estaba sentado un joven alto pero encorvado, que tenía la nariz metida en un voluminoso libro de texto. Fui hacia él.

—Galimatías, ¿qué haces?

Galimatías, es decir, Rodge McCaffrey, alzó los ojos y me miró parpadeando.

—Estás desperdiciando una oportunidad muy rentable —le dije, señalando a la gente que pasaba de un lado a otro ante la estatua, y por tanto ante el carrito—. El comercio es una batalla. ¡Tienes que librarla de pie, pistola en mano! O… en este caso… bocadillo de carne de rata en mano, o lo que sea.

Tiré de él para levantarlo, cosa que fue difícil porque medía como unos treinta metros más que yo. ¿Por qué había crecido él y no yo? Galimatías ni siquiera hacía flexiones.

—¡Venga, Gali, tienes que mostrar confianza! ¡El producto hay que venderlo, no quedarte sentado esperando a que se venda solo! —Señalé hacia fuera con la mano y grité—: ¡Ratas! ¡Ratas jugosas! ¡Vamos, amigos, sabéis que os apetece una rata!

Galimatías se limitó a sonreír y luego miró hacia arriba.

—¡Anda! ¿Al final lo has hecho?

—Pues claro que lo he hecho —respondí alzando también la mirada, y reconozco que me alegré un poco al ver lo sorprendido que estaba. El letrero se había enrollado un poco por el aire de la ventilación de la caverna, pero aún se distinguían casi todas las letras.

Por fin pude dar un sorbo de una cantimplora que había guardado en el carrito. Subí de un salto al taburete de Gali y seguí dando voces a la multitud.

—¿Sabéis qué es lo mejor después de pasaros el día removiendo apestosa pasta de algas? ¡Una rata! ¡Venid a por vuestra rata!

—¿Sabes? —dijo Gali—. Hoy estás siendo un poco… estooo… tú misma, Spensa. Hasta para ser tú. O sea… —Volvió a mirar hacia arriba—. ¿Seguro que no estás nerviosa por los exámenes?

—Claro que no estoy nerviosa. ¿Por qué iba a estarlo? Me lo sé todo.

—Creo que yo no —dijo Gali, con una mirada a su libro de texto.

—Galimatías… —empecé a decir.

—Igual deberías llamarme Rodge. En fin, aún no tenemos identificadores. Ni los tendremos si no aprobamos.

Seguía pareciéndome una idiotez que eligieran a los pilotos basándose en lo bien que se les daba sentarse y hacer un examen con bolígrafo y papel. ¿Qué podía decirse sobre un futuro guerrero a partir de unas preguntas de desarrollar?

Pero era lo que había.

—¿Cuáles son las cinco maniobras básicas de giro?

—La horquilla inversa —respondió de inmediato—, el bucle Ahlstrom, la vuelta gemela, el vuelco sobre ala y el giro Imban.

—¿Tiempo medio de desmayo a cinco g?

—Quince segundos y medio.

—¿Tipo de motor que lleva el interceptor Pico?

—¿Qué diseño?

—El interceptor actual.

—AG-113-2.

—¡Te lo sabes, Gali! —exclamé—. Nos lo sabemos los dos. No hay por qué estar nerviosos.

Ni había por qué estar ansiosa, ni por qué buscar cosas con las que llenar el tiempo y distraerte mientras esperabas a los exámenes…

Aún quedaban cuatro horas. Truda. ¿Sería buena idea ir a colgar un segundo letrero?

—¡Ratas! —grité—. ¡Sí, lo que pone ahí arriba! Tenemos unas ratas estupendas para…

¡Venía un cliente! Era un hombre con mono de mecánico, que se puso a mirar la lista de precios expresados en tarjetas de solicitud.

—¡Hola, bienvenido! —exclamé—. ¿Qué le pongo?

Removí la salsa, un espeso caldo rojo con trozos de carne de rata. Metíamos un cucharón de salsa en un panecillo hecho de pasta de alga prensada y deshidratada. Y sí, había leído libros sobre épocas en que la gente comía bastante mejor. Pero había un límite a lo que podía hacerse viviendo bajo el suelo, a base de cultivos modificados genéticamente para utilizar el calor y no la luz en su crecimiento. Las ratas no estaban tan mal. Quizá no las comieran en la sofisticada Alta, pero allí abajo toda proteína era buena.

Miré esperanzada al cliente.

—¿Cómo sé que es rata de verdad? —preguntó.

—¿Que cómo…? —Lo miré boquiabierta.

—En esa plasta podría haber cualquier cosa.

—¿Qué es lo que le preocupa? —pregunté—. ¿Que hayamos cambiado la rata por ternera o algo así? ¿Tiene miedo de llevarse sin querer algo que vale diez veces más?

—Me gusta que me den lo que compro, nada más —dijo, pero soltó unas tarjetas de solicitud y se marchó con su bocadillo.

Durante la siguiente media hora hicimos muy buen negocio, en realidad, y me habría gustado creer que el motivo era mi letrero, pero siendo sincera siempre vendíamos bastante en los cambios de turno. No había muchos puestos que vendieran carne de verdad. Y teníamos un arma secreta.

Yo.

Para cuando llegó mi madre, ya habíamos vendido casi todas las existencias de rata. Gali me la señaló cuando se acercaba, lo cual fue sorprendente porque se había pasado todo el rato empollando en vez de ayudarme a vender bocadillos. Sí, de vez en cuando me lanzaba alguna pregunta para refrescarme la memoria, pero había esperado más entusiasmo por su parte. No era muy común tener la oportunidad de que te obligaran a ayudar a tu mejor amiga en su negocio familiar, aunque ese día librara de su trabajo habitual en el departamento de Electrónica de Precisión.

Me dio un golpecito con el libro y señaló calle abajo, hacia donde mi madre venía cojeando con sus muletas cargando con una cesta enorme. Maldije en voz baja, corrí a ayudarla y le quité la cesta de la espalda. Mi madre tampoco era muy alta, pero las heridas la hacían parecer incluso más pequeña.

Ya hacía mucho tiempo que no fingíamos que algún día caminaría bien de nuevo. Sonreí cuando me agradeció la ayuda, pero por dentro estaba echando humo, recordando cuando cinco años antes me habían dicho, estando a cargo del carrito, que alguien había atacado a mi madre. Los agentes dijeron que fue un acto violento aleatorio, pero después fui al lugar de los hechos y vi las palabras «Cobardes» y «Muerte a los traidores» pintadas en la pared junto a la que la habían encontrado.

Ayudé a mi madre a subir al taburete y me llevé las muletas. Ella frunció el ceño y entonces miró hacia el letrero. Se había retorcido un poco más y parecía que ponía PITAS.

—Marigold dice que ha visto a alguien en el techo. Alguien que llevaba una línea de luz. ¿Te suena?

—Ha funcionado de maravilla —dije.

—Ha funcionado más o menos —me corrigió Gali, que había ido a sentarse en el borde de la estatua.

—Se nos ha acabado la rata.

—¿No se os acaba casi todos los días? —insistió él.

No le hice caso y enseñé a mi madre las tarjetas de solicitud. Sumaban casi la mitad de lo que habríamos ganado si tuviéramos un empleo normal en las cubas o en una fábrica, una cantidad que para nosotras era casi una fortuna.

Mi madre sonrió.

Me encantaba que lo hiciera. Parecía algo… extraordinario en los últimos tiempos. De mil amores llevaría ropa desgastada, haría un trabajo que no

quisiera nadie y soportaría el desprecio de los demás, con tal de poder verla sonreír de vez en cuando.

—Gracias —dijo, cogiéndome la mano—. Por lo que haces.

—No debería tener que hacerlo —repliqué—. Y tú no tendrías que pagar alquiler cuando casi no nos llega ni para comida. Debería…

—Spensa.

—… cuidar de nosotras la Fundación del Piloto, como hace con cualquier otra viuda o huérfana.

Pero no querían ayudar a mantener a la familia de un hombre a quien habían licenciado con deshonor.

—Spensa —repitió mi madre, pero me solté de su mano y le di la espalda. ¿Qué era lo que me había entrado? ¿No estaba sonriendo hacía solo un momento?

—Escucha, Spensa —dijo Gali desde la estatua—. ¿Hemos estudiado las formaciones de vuelo avanzadas? No me suena que nos pusiéramos con ellas. ¡Creo que voy a suspender!

Ay, mi querido y despistado Rodge.

—Me las recitaste todas ayer —dije, volviéndome hacia él—. En orden alfabético, empezando por el ascenso brusco.

—Uy. Sí que es verdad. —Respiró hondo.

—¿Vosotros dos no tenéis clase hoy? —preguntó mi madre—. ¿No deberíais ir tirando?

Yo no tenía un empleo regulado, como casi todos los demás alumnos, pero me dejaban ir de oyente para educarme si ayudaba a coser la ropa. Llegaba a tiempo al menos la mitad de los días.

—Han anulado las clases —dijo Rodge—. Nos dejan estudiar para los exámenes de esta tarde.

—¡Pues deberíais estar estudiando, no sustituyéndome en el carrito! —nos regañó mi madre.

Metió la mano en su cesta y empezó a sacar platos de cubitos de alga, que vendía salteados con bastante éxito entre el público. En realidad, la rata era una oferta más esporádica, cuando yo lograba cazar unas pocas arriba en la superficie.

—Mamá, nos lo sabemos —dije—. No hace falta.

—Yo no sé si me lo sé —matizó Gali—. Ni siquiera estoy seguro de lo que…

Ayudé a mi madre a colocar los cubitos de alga, limpié unas manchas de salsa de rata y cambié la lista de precios. «Un día más —pensé— y podrá

mudarse a Alta y vivir cómoda. Un día más y volveremos a tener un piloto en la familia». Un día más y podría limpiar nuestra reputación. Si clavaba los exámenes y entraba en la escuela de vuelo, la gente ya no se atrevería a hablar de mi padre como hasta entonces.

Solo tenía que aprobar los exámenes.

Truda, necesitaba hacer algo para entretenerme. Si me quedaba allí dándole vueltas, solo conseguiría ponerme más nerviosa.

—Podría hacer una salida rápida a la superficie, a ver si traigo una rata o dos para…

—¡De eso ni hablar! —gritó Gali, levantándose de golpe—. Faltan menos de cuatro horas para la prueba.

—Para entonces ya habré vuelto, no hay problema.

—No —dijo Gali—. Peonza, sé lo que vas a hacer. Desaparecerás, y yo estaré allí sentado preocupándome por ti hasta que, en el último momento, entres corriendo por la puerta.

—¿Y qué? Habré llegado igual.

—¡Mientras a mí me da un ataque al corazón esperándote en el aula! No lo hagas. Creo que me moriría si no llegases. Compañeros de ala, ¿verdad? —Y levantó el puño.

Le di un reacio golpecito con el mío.

—Compañeros de ala.

—¡Eh, mirad! —dijo mi madre—. ¿Esa no es vuestra profesora? A lo mejor quiere unos cubitos de alga.

Gali y yo nos giramos a la vez con idénticas expresiones de espanto en la cara. En efecto llegaba una pequeña familia por la pasarela plateada: una mujer con falda, un hombre con bigote y traje marrón y la hija, que tenía el pelo dorado. Parecían muy fuera de lugar entre los numerosos grupos de trabajadores que volvían a casa después de hacer su turno.

—Señorita Vamber —musité.

Maravilloso. Había esperado que, al no haber clase, me libraría de verla. O más en concreto, de ver a su hija, Dia. Mi primer instinto fue marcharme para no tener que hablar con ella, pero no era ninguna cobarde. No era tal la senda de una guerrera. Así que mientras se acercaban a nuestro puesto, eché a andar en su dirección.

Gali me cogió del brazo.

—Spensa —susurró—, recuerdas a qué se dedica el padre de Dia, ¿verdad?

Arrugué la frente. ¿Dia nos lo había contado alguna vez?

—Es inspector municipal —dijo Gali haciendo un gesto con la cabeza hacia el hombre, que estaba señalando con su bastón mi estandarte improvisado.

Qué bien.

—Un proyecto de lo más interesante —dijo el hombre a mi madre. Tenía una voz rimbombante, como si temiese que la gente no le prestara atención y enfatizase hasta la última palabra que pronunciaba—. ¿Obtuvieron una autorización para ese anuncio?

—Eh… —respondió mi madre—. Solo ha sido…

Se desinfló. Desde la agresión ya no tenía las agallas de antes.

—He sido yo —dije, saliendo por el lado del carrito—. Solo quería… —Me quedé un momento callada—. ¿Eso es una insignia de cadete?

El hombre bajó el bastón y sacó pecho. Enganchada a la solapa de la chaqueta llevaba una destellante insignia plateada, con el símbolo de una esfera azul y una nave estelar roja. La insignia de alguien a quien habían aceptado como cadete en la escuela de vuelo.

No era una insignia de piloto como la de mi padre, que llevaba prendida en el interior de la manga. La de ese hombre significaba que había aprobado los exámenes y entrado en la escuela de vuelo, pero después no había llegado a piloto de pleno derecho. Aun así, era impresionante. Normal que tuviera un trabajo tan liviano.

—¡Llegué hasta el último corte! —exclamó orgulloso—. Al final me expulsaron por la miopía, ¡pero con todos los honores! No obstante, yo venía a hablar de ese letrero, señorita mía. ¡Va a tener que responder por eso de ahí arriba!

—Siempre está haciendo cosas de esas, papá —dijo Dia. La chica rubia se había sentado junto a la estatua, a la derecha de nuestro carrito—. Es normal que Spúpida haga estupideces. La mitad de los días ni viene a clase porque está escalando vete a saber dónde.

—Bueno, pero eso no es excusa —repuso él—. ¡Ha venido medio distrito a la oficina quejándose de que había algún necio trepando por el techo! —Entornó los ojos—. ¿Y qué pone, por cierto? ¿PFTS?

Su esposa, la señorita Vamber, que nos daba clase muchas veces, era una mujer que se pasaba de elegante, con estampados florales y demasiado maquillaje. A mí en realidad no me caía mal, porque tenía una voz agradable y no me reñía demasiado cuando llegaba tarde. Pero tampoco solía hablarnos de las cosas importantes. Si iba a ser piloto, ¿qué más daba si sabía o no calcular el área de un paralelogramo?

El hombre siguió bramando sobre mi anuncio y yo no cedí terreno, aunque me habría venido bien una caja o algo para poder mirarlo directa a los ojos. Al cabo de un tiempo, la señorita Vamber lo hizo callar y señaló a mi madre con el mentón.

—Es verdad, es verdad —dijo el hombre—. Veníamos a hablar con la madre. Déjanos un momento, niña. Nos ocuparemos de tu infracción más adelante. Por ahora, discúlpanos.

¿Un momento? ¿Que los disculpara? ¿Para qué? ¿Qué quería decirle mi profesora a mi madre? «Exprofesora —me corregí a mí misma—. Ya no hay clase. Los exámenes son esta tarde».

Me resistí a apartarme hasta que mi madre me lo pidió en voz baja. Y… bueno, aunque apenas se la oyera, tenía que hacerle caso cuando me hablaba. Así que fui al borde que rodeaba la estatua, cerca de Dia, que estaba volviéndose cada vez más una copia de su madre. Hasta en el vestido con estampado floral.

La señorita Vamber empezó a hablar casi en susurros con mi madre. Rodge se despidió de mí moviendo el brazo y señaló hacia su casa. Nos veríamos en los exámenes.

—Hola, Dia —dije, sentándome tensa en la nube de perfume que desprendía la joven—. ¿No aprovechas para estudiar en el último momento?

—Ya me han dado un empleo de inspectora —respondió ella con voz remilgada—. Como asistente de mi padre.

—Los empleos no se asignan hasta después de las pruebas —objeté.

Dia puso los ojos en blanco.

—Aun así, deberías intentarlo —le dije—. A ver qué nota sacas. ¿Y si pasaras? ¿Y si pudieras hacerte piloto?

—No estás fingiendo que no lo sabes, ¿verdad? —preguntó Dia—. ¿En serio no lo has deducido, después de tantos años?

Fruncí el ceño.

—¿Deducir qué?

—Los exámenes son falsos, no deciden nada. Quienes van a ser pilotos ya están escogidos. Es todo una farsa para hacer que nos sintamos mejor.

Me eché a reír. Reí a carcajadas, porque la idea era tan absurda que creí que bromeaba. Por desgracia, Dia no destacaba precisamente por su sentido del humor. Volvió a poner los ojos en blanco y sacó un pintalabios del bolso.

—Piensa lo que quieras —dijo—. Yo me alegro de tener un puesto asegurado. Eres consciente de que nunca permitirán volar a la hija de un

cobarde, ¿verdad? Aunque los exámenes sirvieran para algo, no dejarían que aprobaras.

Me levanté de sopetón y Dia se sobresaltó. Bien. Me temía.

La señalé, dejando el dedo a escasos milímetros de su nariz.

—Calla —dije—. No me provoques.

—¿O qué harás? ¿Darme un puñetazo? En serio, Spúpida, a lo mejor sería para bien. Pégame. Que te metan en el calabozo y así te pierdes los exámenes. Sería mejor que dejarte a ti misma en ridículo presentándote esta noche.

Noté crecer el calor dentro de mí. Noté que se me enfriaba la cara, una cosa muy rara que hacía cuando me enfadaba. Noté que los dedos se me cerraban en un puño, y de verdad que estuve a punto de estampárselo. Esa cara suya estaba pidiendo a gritos que le atizaran bien en toda la mejilla.

[A partir de aquí, el capítulo termina como en el libro definitivo, salvo que a Spensa le ofrecen trabajar en las cubas de algas y no en saneamiento].

COMENTARIO

Este fue mi segundo intento. Quedó más realista, aunque mantiene algunos de los mismos temas. Probé con ciertas cosas, como la dolencia de la madre de Spensa, que al final no me gustaron: me pareció una manera demasiado evidente de señalar que no iba a poder ayudar mucho a Spensa a lo largo de la trama.

La personalidad de Spensa empieza a cuajar en este intento. Da más la sensación de ser como la versión definitiva del personaje. Al llegar a este punto fue cuando me decidí a seguir adelante con el resto del libro. Pero al revisarlo más tarde, todavía no estaba satisfecho con esta versión de la apertura. En contraste con la anterior, era demasiado prosaica. Quería más acción, un conflicto más interesante, para arrancar con Spensa. Algo que tuviese un dinamismo visual o por lo menos temático.

Lo que nos lleva al intento número tres.

1

Capítulo eliminado

Nueve años más tarde, teniendo dieciséis, estaba colgada dentro de un espacioso tubo vertical de ventilación, cuestionándome muy en serio mis decisiones vitales.

No es que me molestara la experiencia. Siempre me lanzaba a una buena aventura, aunque allí estuviese un poco demasiado a salvo, sujeta en el arnés. Por debajo de mí había un ventilador gigantesco, al fondo del túnel. En esos momentos no giraba, pero llegaba aire cada cierto tiempo desde los conductos laterales y me revolvía el pelo largo hasta los hombros.

A mi derecha tenía un panel abierto que revelaba cables, circuitos y otros chismes mecánicos. Si lo pensaba con lógica, sabía lo importante que era aquel trabajo. Vivíamos en cavernas bajo la superficie y, sin un sistema como aquel, nos asfixiaríamos todos.

Era solo que arreglar mecanismos de ventilación no parecía tarea digna de una guerrera. Yo iba a ser una gran piloto, así que ¿para qué necesitaba aprender a interpretar diagramas de mantenimiento y practicar reparaciones rutinarias?

—¡Quince minutos, Spensa! —gritó la instructora Dagny al interior del hueco, y su voz resonó en el metal.

«Esto es solo otra prueba, Spensa —me dije, poniéndome a trabajar colgada del arnés—. Tu vida está llena de pruebas». Todo el mundo ponía a prueba a la hija de un cobarde.

Pues se iban a enterar. Blandí el destornillador como si fuese la antigua espada Nægling y clavé un tornillo tras otro como en las cuencas oculares de mis enemigos.

Resulta que las niñitas raras tienden a convertirse al crecer en jóvenes raras.

Trabajé deprisa y reparé la maquinaria tan bien como pude con lo que recordaba de las clases de esa semana. En esas sí que había prestado atención. Una piloto tenía que saber reparar su nave en un apuro, ¿verdad? ¿Si la derribaban muy lejos y se le rompía el transpondedor de emergencia, por ejemplo?

Volví a atornillar los cables en el que esperaba que fuese el orden correcto. Pero faltaba algo. Me balanceé en el arnés al hurgar en el bolsillo buscando el pequeño diagrama del mecanismo que me habían entregado. Sostuve la linterna entre los dientes y levanté el diagrama junto a la maquinaria.

Faltaba una pieza, una pequeña placa metálica más o menos como la palma de mi mano, a la que iban conectados aquellos otros cables. Vaya. Miré dentro del panel y luego enfoqué la linterna hacia abajo.

Ajá, allí estaba. La pieza metálica había caído cerca de una de las inmensas hojas del ventilador. Bueno, aquel pequeño ejercicio de entrenamiento estaba a punto de ponerse mucho más interesante. Me solté el arnés a toda prisa y me quedé colgando del brazo derecho mientras bajaba la manga del mono oficial de estudiante.

Bajo la manga, siempre puesta pero oculta a conciencia, llevaba la línea de luz de mi padre. Todo el mundo daba por hecho que se había destruido cuando explotó su nave, y nunca me habían preguntado por ella. Tenía intención de mantener el secreto, pero en esos momentos no me veía nadie.

Así que, con mucha cautela, activé el dispositivo y el brazalete empezó a resplandecer con una suave luz entre anaranjada y rojiza. El brazalete no era la línea de luz en sí, sino solo su armazón. La línea de luz era una brillante cuerda de energía que podía extenderse decenas de metros. Contenía su propia y antiquísima fuente de alimentación, en un dispositivo tecnológico tan viejo como el mismísimo aparataje que mantenía en marcha las cavernas.

Asomaron dos puntas luminosas de agujeros cerca de la palma de mi mano, en la parte inferior del brazalete. Saqué uno de los cabos, apenas más grueso que los cables del dispositivo que estaba arreglando, y lo pegué a la pared. Se estiró desde el brazalete sin esfuerzo y se adhirió donde lo puse. Hecho eso, pude soltar el arnés y, controlando con cuidado el mecanismo de liberación usando dos dedos de la mano izquierda, descendí hacia el ventilador.

Fácil. Estaba internándome en la guarida del monstruo, igual que los antiguos guerreros de los cuentos de la yaya. Posé los pies en el ventilador y me agaché para recoger la plaquita metálica. Pero al hacerlo, reparé por primera vez en que podía mirar hacia abajo entre las enormes hojas.

Por debajo de mí se extendía en su totalidad la caverna de Ígnea, y pude contemplar un paisaje impresionante desde su mismo techo. Se veían la multitud de apartamentos con forma de caja, construidos como cubos que salían unos de otros para componer los barrios.

Sobre ellos se alzaban las estructuras del aparataje, las vetustas fraguas y refinerías que transformaban la roca fundida extraída de abajo en piezas de metal utilizables. El calor se elevaba a mi alrededor: Ígnea era un lugar sofocante, siempre bochornoso por culpa de tantas refinerías, fábricas y cubas de algas. Estaba pintada de un color entre el rojo y el naranja, al ser la mayoría de su iluminación un efecto secundario del metal calentado y los conductos de roca fundida.

Y yo estaba por encima de todo aquello, como si volara en la cabina de un caza, ascendiendo sobre la ciudad de la caverna.

—¡Cinco minutos, Spensa! —me avisó la instructora Dagny desde arriba.

Ah, sí, la prueba. Recogí la pieza y activé la línea de luz, que empezó a retraerse al armazón y tiró de mí para levantarme en el aire. Hice a un lado el arnés por el momento y me retorcí para sacar el destornillador y colocar la plaquita de nuevo en su lugar. No tenía tiempo de consultar el diagrama, así que la atornillé trabajando de memoria.

—¡Tiempo!

Empezaron a izar mi arnés tirando de las cuerdas. Lo agarré, metí el brazo y, mientras me elevaban hacia el resto de la clase, pude subirme de nuevo la manga y tapar la línea de luz.

Al poco tiempo atravesé una trampilla en el suelo de una antigua sala de paredes metálicas, donde me esperaban mis siete compañeros de clase con la instructora Dagny y varios miembros del Cuerpo de Mantenimiento de la Ventilación. Solté el arnés mientras cruzaba el hueco, me agarré a los lados y me icé yo sola.

—¡Spensa! —exclamó Dagny—. ¿Te has quitado el arnés?

Me encogí de hombros y al momento me senté en suelo, consciente de pronto de lo mucho que estaba sudando. Quizá aquella no hubiese sido tarea digna de una guerrera, pero me sorprendió lo bien que lo había pasado.

Un hombre del Cuerpo de Ventilación se puso el arnés y descendió para inspeccionar mi trabajo. La instructora Dagny se cruzó de brazos y me miró

con ojo crítico. Era una mujer adusta, delgada pero energética. Llevaba un sencillo mono de trabajadora en vez de la ropa más a la moda que escogían algunos otros profesores.

Me caía bien. Podía imaginarla blandiendo un horcón en algún cuento de la yaya, defendiendo el poblado mientras los hombres estaban lejos, navegando en *drakkar*.

La mujer me frunció el ceño, pero ya estaba acostumbrada a que me trataran así hasta los profesores que no eran tan malos como otros. La hija de Perseguidor, el Cobarde de Alta, no merecía más que desprecio. Como solía hacer, le sostuve la mirada y levanté la barbilla.

Pasarían unos minutos hasta que llegara la evaluación de cómo lo había hecho, así que me levanté y fui hacia los otros alumnos. A mi espalda, la instructora Dagny se acercó a hablar en susurros con el supervisor. Entreoí las palabras «descarada» y «agresiva».

No me las merecía. Hacía ya casi dos meses que no me peleaba a puñetazos con ningún otro alumno. También era verdad que se apartaban un poco para dejarme pasar. Todos menos Rodge, claro. Estaba sentado en el suelo contra la pared, con su figura larguirucha encogida y la nariz hundida en el manual de reparaciones del sistema de ventilación.

—¡Rodge! —lo llamé—. ¡Galimatías!

Su apodo, el identificador que habíamos elegido para él cuando llegara a piloto, hizo que por fin alzara la mirada.

—Hola —dijo—. ¿Ya has terminado?

Me tendió la mano y lo ayudé a levantarse, cosa que fue difícil porque medía como unos treinta metros más que yo. ¿Por qué era él quien había crecido? Galimatías ni siquiera hacía flexiones por las mañanas como yo.

—Ahora voy yo, ¿verdad? —preguntó—. ¿Cómo ha sido? ¿El arnés te hacía daño? ¿Y si conecto mal los cables?

—Eh, no te agobies —le dije—. Estas cosas no tienen ninguna importancia. Vamos a ser pilotos.

—¿Y si esto es la prueba para seleccionar pilotos?

—¿Esquemas de ventilación? ¿En la prueba para piloto? No te pongas fantasioso.

—Pues claro que no me pongo nervioso. ¿Por qué iba a estar nervioso? Me lo sé todo. Bueno, creo que en realidad no. —Rodge lanzó una mirada a su libro de texto.

—Galimatías… —empecé a decir.

—Igual deberías llamarme Rodge. En fin, aún no tenemos identificadores. Ni los tendremos si no aprobamos.

Seguía pareciéndome una idiotez que eligieran a los pilotos basándose en lo bien que se les daba sentarse y hacer un examen con bolígrafo y papel. ¿Qué podía decirse sobre un futuro guerrero a partir de unas preguntas de desarrollar?

Pero era lo que había.

—¿Cuáles son las cinco maniobras básicas de giro?

> [Esta conversación sigue igual que en el anterior intento, y luego el borrador salta un poco hacia delante].

El otro hombre del Cuerpo de Ventilación, el supervisor, anotó algo en un papel de su tablilla.

—Bueno, alumna —me dijo—, no tengo más remedio que bajarle la nota por hacer caso omiso del protocolo de seguridad establecido. Todo aquel que solicite plaza en el Cuerpo de Ventilación debe comprender la importancia de seguir las instrucciones. Cumplimos una función vital para la ciudad.

Los equipos de saneamiento nos habían dicho más o menos lo mismo la semana anterior. Y los operarios de las cubas de algas la anterior a esa. Y los trabajadores de la factoría la anterior. Tenían todos el mismo discurso aproximado, algo sobre que la sociedad era una máquina y cada persona un imprescindible tornillo o engranaje.

—Cada trabajo en la caverna constituye una parte crucial de la maquinaria que nos mantiene con vida —explicó el supervisor, hablando ya no solo conmigo, sino también con los otros siete alumnos presentes—. Pero sin ventilación, todo el mundo moriría asfixiado.

«Es esencial —pensé, anticipándome a sus palabras— que comprendáis cuál es vuestro lugar y que hagáis bien el trabajo. Seguid el manual. Sed precisos».

—Para uniros a nosotros debéis ser capaces de obedecer instrucciones —dijo el hombre—. Tenéis que estar dispuestos a colaborar, por pequeño que parezca vuestro papel. Si sobrevivimos a los ataques de los krells es solo gracias a una precisión y una dedicación absolutas.

«La obediencia es desafío».

—La obediencia —dijo— es…

—¡Oye, Aulfr! —llegó una voz desde el hueco de abajo—. Echa un vistazo a las conexiones, ¿quieres?

El supervisor detuvo su discurso, fue a la pared y empezó a comprobar unos indicadores luminosos con lecturas de los ventiladores.

COMENTARIO

Este es el mejor de los tres fracasos, ya que como escena resulta más dinámica e interesante. Y sin embargo, me dio la sensación de estar ciñéndome demasiado a los anteriores intentos.

La versión publicada de la novela presenta a Spensa cazando en las cavernas, aislada de todos los demás, como una solitaria que se imagina a sí misma en una gran cacería. La clave estaba en hacer eso, en sacarla por completo de la situación general y permitirle protagonizar su propia aventura. De ese modo resaltaba la dirección que iba a tomar el libro (haciendo promesas al lector sobre el tono y el tema), pero también informaba al lector de que Spensa solo forma parte de la estructura principal de la sociedad en aspectos muy concretos. A grandes rasgos, es una forastera.

Al final terminé comprendiendo que ahí estaba el problema: en que, salvo el primer intento, todos hacían que se ajustara demasiado a las normas sociales, lo cual no transmitía el tono adecuado.

A continuación tenéis algunas escenas eliminadas o modificadas de más hacia el final del libro, cuando estaba trabajando en el romance de Spensa y Jorgen.

43

Capítulo eliminado

[Capítulo 41 del libro publicado. Spensa se enfrenta a Jorgen después de saber que los padres de Arturo lo han sacado de la escuela de vuelo por el peligro].

Te habrás dado cuenta de que los únicos que han muerto de nuestro equipo eran las personas normales y corrientes —espeté—. Bim, Marea, Arcada. ¡Ni uno solo de las cavernas profundas!

—También eran mis amigos, Peonza.

—¿Y quiénes viven? Tú, Arturo, Nedd, FM. —Le clavé el índice en el pecho con cada nombre—. Habíais entrenado antes de esto. Teníais ventaja, para seguir con vida hasta que vuestras cobardes familias pudieran poneros unas medallitas y luciros por ahí para demostrar que sois mucho mejores que nosotros.

Me cogió los brazos para que dejara de darle golpecitos, pero en realidad no estaba enfadada con él. De hecho, vi en sus ojos que estaba tan frustrado como yo. Odiaba estar atrapado en aquella situación.

Solté los brazos de sus manos y entonces lo agarré, le apoyé la frente en el pecho y cerré los párpados con fuerza. En el fondo, sabía cuál era la verdadera fuente de mi ira. El miedo a perder a más amigos.

Y en esos momentos, necesitaba algo a lo que aferrarme.

Jorgen se tensó, quizá esperando que aquella chica tonta volviera a atacarlo. Pero seguí agarrada y por fin me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en la mía.

—Apenas he podido formar parte del escuadrón —susurré—, y se está desmoronando todo otra vez. Una parte de mí se alegra de que Arturo esté a salvo y vaya a seguir estándolo, pero otra parte está furiosa. ¿Por qué no pudo estar a salvo Arcada, o Bim?

Jorgen no respondió.

—Cobb nos dijo el primer día que solo nos graduaríamos uno o dos de nosotros —dije—. ¿Quién será el próximo en morir? ¿Tú, yo? ¿Por qué, después de que hayan pasado décadas, ni siquiera sabemos contra qué luchamos ni por qué?

—Sí que sabemos por qué, Spensa —respondió él con suavidad—. Es por Ígnea, y por Alta. Por la civilización. Y tienes razón, la forma en la que hacemos las cosas no es justa. Pero son las normas que tenemos que cumplir. Son las únicas normas que conozco.

—¿Por qué contigo todo se reduce a las normas? —pregunté, con la frente aún apoyada en su pecho, el aroma de su traje de vuelo limpio muy cerca, el latido raudo de su corazón en el oído—. ¿Qué pasa con las emociones, con los sentimientos?

—Sí que siento cosas.

—¿Qué sientes ahora?

—Siento… que no quiero soltarte nunca.

Apreté los párpados con fuerza y me aferré a él. Pensé en la FDD, en Alta e Ígnea, en el hecho de que ya no me quedaba nada que desafiar. Había pasado la vida entera luchando contra las cosas que decían de mi padre.

Pero había descubierto… había descubierto que tenían razón.

Sobre él. Sobre mí.

Por fin levanté la mirada hacia Jorgen. Lo miré a los ojos, desde muy cerca. Me moví más hacia él, me puse de puntillas… y…

Y empezó a sonrojarse.

¿Caracapullo, sonrojado?

—Supongo que eres consciente —dijo, su cara a escasos centímetros de la mía— de que nos falta muy poco para que nos expulsen por incumplir las normas de relaciones intraescuadrón.

Me quedé allí un momento y luego lo solté.

—Sí, bueno, me has cogido tú primero.

—¡Me estabas atacando!

—Eran unos golpecitos suaves en el pecho, para enfatizar.

Me volví y miré alrededor, dándome cuenta de que si iba a intentar besar a mi jefe de escuadrón, lo menos aconsejable era hacerlo en plena pasarela

principal de acceso a la plataforma de lanzamiento.

¿Qué estaba haciendo? ¿Intentando besarlo? ¿De dónde había salido eso?

Pero la comprensión me impactó como un trueno. Aquello había estado cobrando forma desde el momento en que había visto a Jorgen esforzarse tanto en la simulación para proteger a Bim y Marea. Había sido algo tan sutil que ni me había dado cuenta.

Y de pronto, algo que siempre había estado en el escuadrón me pareció extraño, nuevo. Quizá maravilloso.

FM estaba en la puerta del edificio, con los brazos cruzados y una sonrisa en la cara, observándonos. Jorgen aún seguía ruborizado, lo que era… bueno…

Vaya. Era atractivo.

Se sonrojó más, dio media vuelta y entró en el edificio pasando junto a FM.

—¿Haciendo jugadas? —me susurró FM mientras entraba tras él—. Lo apruebo.

—No era esa clase de abrazo —respondí.

—Claro que no —dijo ella—. Ni tampoco esa clase de beso.

—¡No ha habido beso!

FM se limitó a sonreír. Caminamos hacia nuestra nueva aula, que solo tenía cinco asientos con holoproyector, reconfigurables para representar el diseño del panel de mandos de distintas naves. Nos sentamos para escuchar a Cobb, pero no podía evitar que la mirada se me fuese hacia Jorgen, y luego apartarla cuando él me la devolvía. Y luego volver a mirarlo.

Al final apoyé la cabeza en mi consola y cerré los ojos, escuchando a Cobb solo a medias. Faltaban cinco semanas para graduarnos y ni siquiera estaba segura de que mereciera ser piloto. La traición de mi padre, la pérdida de Arturo, la muerte de Arcada, M-Bot y… y ahora aquello.

Tirda, cómo se estaba complicando todo.

COMENTARIO

Tengo una buena amiga en mi grupo de escritura, Kaylynn, a quien se le da mucho mejor el romance que a mí. Me hizo algunas sugerencias de pequeños cambios para que la historia diese más tiempo para crecer a la relación entre Jorgen y Spensa. Mi concepto original para esa subtrama era: «Spensa se enamora del Draco Malfoy del libro y descubre que no es tan mala persona».

Kaylynn me advirtió que, al contrario de lo que creía, ir demasiado rápido dificultaría que el romance funcionara. Así que esta escena modificada, y también la próxima, son el resultado de sus consejos al respecto. Se me ocurrió que podría gustaros ver el «qué podría haber sido» de este libro.

¡Espero que hayáis disfrutado de este vistazo al primer borrador!

BRANDON

46

Capítulo eliminado

```
[Capítulo 44 del libro publicado. Spensa va a hablar
con Jorgen en el garaje].
```

Me quité el casco, se lo entregué a la miembro del personal de tierra, salté a la escalerilla y bajé resbalando. FM me saludó y le devolví el gesto con la mano, pero pasé al trote por delante de su nave. Como sospechaba, Jorgen ya estaba yendo hacia el garaje donde aparcaba últimamente su coche aerodeslizador. Había renunciado a intentar esconderlo fuera del recinto y había solicitado un pequeño hangar cerca de la plataforma de lanzamiento.

Me debatí solo un momento antes de echar a andar tras él. En esos momentos había mucho en mi vida que no tenía sentido. Lo que había visto hacer a mi padre, lo que seguía haciendo la FDD al vigilar cómo actuaba mi cerebro, aquel extraño campo estelar lleno de ojos que había aparecido en la cabina. M-Bot desactivándose y abandonándome.

Y para colmo, no estaba segura de poder confiar en mis emociones ni en mi juicio. Parecía estar perdiendo el control sobre todo. O quizá nunca lo había tenido en un principio. Era frustrante.

No, era aterrador.

Mi repentina pero profunda atracción por Jorgen era solo un elemento más de esa lista. Pero al menos era algo tangible, algo que podía tratar de comprender. En esos momentos necesitaba algo de mí misma que pudiera controlar.

Lo seguí al pequeño hangar donde tenía el coche. Jorgen descolgó su chaqueta de un gancho en la pared, se la puso, se volvió de nuevo hacia su

coche y entonces me vio en el umbral. Se quedó paralizado.

Sentí una oleada de pánico. ¿Y si me equivocaba y él no se sentía atraído por mí? ¿Y si estaba viendo cosas que no había en nuestro encontronazo de aquel día en la plataforma de lanzamiento y Jorgen solo había estado tolerándome? A veces costaba mucho interpretar a aquel chico.

—Ah —dijo—. Hola, Peonza. ¿Qué vas a hacer con el tiempo de permiso? ¿Ir a trastear con esa…?

—No me hables como si no pasara nada, Jorgen —lo interrumpí—. Es la hora de las respuestas. Necesito saber lo que sientes hacia mí. ¿Estás evitándome a propósito? ¿Crees que estoy loca? ¿Crees que soy interesante? ¿Las dos cosas?

—Puede que no sea muy buen momento para…

—¡No esquives mis preguntas, Jorgen Weight! —restallé—. Voy a obtener respuestas. ¡He tomado posición, alzado mi estandarte y llamado a la batalla! ¡Sobre esta colina moriré!

Él se llevó el pulpejo de la mano a la frente.

—Qué rara eres a veces.

—¡Al menos digo a la gente lo que pienso!

Suspiró, anduvo hasta la puerta del hangar y la cerró, pero no sin antes echar un vistazo fuera por si había alguien mirando. El garaje quedó iluminado por unas pocas luces rojas de emergencia en el suelo. Jorgen se volvió hacia mí. Estaba muy serio, con los labios apretados en una fina línea. Tirda, qué alto era. Miré alrededor en busca de una caja o algo a lo que subirme.

—Spensa —dijo—, si pasara alguna cosa… entre nosotros, me refiero… mis padres me protegerían. Las relaciones entre cadetes están prohibidas, pero yo soy demasiado importante para que me echen de la FDD por tan poca cosa. No puedo ofrecerte la misma protección. Así que tenemos que seguir apartados. ¿De verdad es tan difícil?

—Depende —respondí—. ¿Tú quieres que sigamos apartados?

—Yo… —Respiró hondo—. ¿Y tú?

—Estás esquivando otra vez mis preguntas. —¡Por las estrellas, qué frustrante era ese chico!

—¡Y tú esquivas las mías!

Fui hasta él a zancadas y le clavé el índice en el pecho.

—Tú eres quien lleva raro conmigo toda la semana. Te pones todo frío y casi ni me miras a los ojos.

—¿Ya estamos otra vez con los golpecitos? —preguntó.

—Bueno —dije—, la última vez sirvió para que me agarraras, así que… —¿Por qué era tan divertido hacer que se sonrojara?—. ¿Estás interesado o no? Necesito saberlo.

Bajó los ojos hacia mí y se sonrojó más. Tenía un rubor profundo y rosado bajo la piel marrón. Se acercó un paso y el corazón se me aceleró.

«Alma de guerrera —me dije—. No cedas terreno. Encaja la carga de frente».

—Me vuelves loco —dijo—. En mi vida, todo ha estado planeado siempre. Hasta el último detalle. Y tiene sentido. Lo comprendo. Y luego, estás tú. Te saltas mi autoridad. Me insultas. Hablas como una valquiria salida de una tirdosa balada. Debería odiarte. Y aun así… —Dio otro paso y se inclinó hacia mí—. Y aun así, cuando vuelas… cuando te veo tan entusiasta, tan apasionada por lo que hacemos…

—¿Qué? —susurré.

—Fuego. Cuando todos los demás están en calma, tú eres una llama. Una hoguera ardiente, decidida, hermosa, increíble. Echas a perder todos mis planes, me das ganas de tirarlos al fuego y olvidarme de lo que se supone que debe ocurrir. De modo que sí, estoy interesado. ¡Ya estaba interesado el primer día! Pero este no es el momento.

Sentí una profunda calidez apoderándose de mí, llevándose el pánico.

—¿Hermosa? —dije, un poco mareada—. ¿Hermosa de verdad?

—Hermosa como una hoja recién forjada.

Podía aceptarlo. Era así como maravilloso, en realidad.

—¿Desde el primer día? ¿Y qué pasa con… el puñetazo que te di?

—Bueno —dijo él, todavía rígido, con las manos apretadas a los costados —. Esa parte no fue la que más me gustó. Ni tampoco cuando impactaste contra mi nave. Ya puestos, ni tampoco cuando me pusiste el nombre de Caracapullo. ¿Sabes lo frustrante que ha sido intentar impresionarte mientras parecía que me odiabas cada vez más?

—¿Impresionarme?

Asintió.

—La verdad es que no se te ha dado muy bien.

Se llevó otra vez la palma de la mano a la frente y suspiró.

—Perdona —dije—. No iba con intención de ofenderte.

—Tranquila. Puedo ponerme muy… envarado a veces. Y soy tu jefe de escuadrón, así que una relación entre nosotros sería inapropiada por partida doble. Tenía que ir con muchísimo cuidado. No dejar que te acercaras. O intentar impedírtelo, al menos. Eres muy difícil de contener, Spensa.

¡Hala! Con lo fatal que me iba todo en los últimos tiempos, comprendí que había entrado en aquel hangar esperando que aquello estallara, que resultara ser otro desastre. Pero de algún modo, no lo era. De algún modo… de algún modo, estaba funcionando.

Me puse de puntillas, acerqué mis labios a los suyos.

—Deberíamos esperar —dijo.

—«Ningún país se ha beneficiado nunca de una guerra prolongada» —susurré—. Sun Tzu.

Lo besé. Fue como el fuego. Dentro de mí, recorriéndome desde los labios a los dedos de los pies.

Sí, mi vida era un caos. Había perdido a M-Bot, había perdido a mis amigos. Había perdido, hasta cierto punto, la voluntad de luchar.

Pero al mismo tiempo, había encontrado aquello. El fuego.

Él se inclinó sobre mí, se fundió en mí, como acero derretido. Dos llamas que se enardecían una a la otra. Un beso largo, lento, lleno de pasión.

Entonces Jorgen se apartó, casi jadeando.

—Dos semanas —dijo—. Nos graduamos dentro de dos semanas. Después de eso, las normas sobre romances entre cadetes no se nos aplicarán.

Muy despacio, asentí. Supuse que podía aceptar haber ganado la primera sangre en lugar de una victoria completa.

—¿Querrías venir conmigo a la fiesta que darán mis padres la noche de la graduación? —preguntó.

Retrocedí y me apoyé de espaldas en su coche, sonriendo.

—Seguro que les encantaría. ¿Tú, presentándote en su lujosa fiesta con la hija de un cobarde?

—Les he hablado de ti —dijo Jorgen—. Creo… creo que mi madre se ha dado cuenta de que estoy un poquito obsesionado. Opinan que es bueno que la hija de Perseguidor pueda redimir a su familia. Sería un caso práctico de que, por muy baja que sea la posición social de alguien, siempre puede alzarse para servir a la causa Desafiante.

—No sé si me hace mucha gracia ser un caso práctico —respondí—. Además, aprobar que «redima» a mi familia es una cosa. Que salga con su hijo perfecto y destinado a la política es otra muy distinta, estoy segura.

—Sí —admitió—. Pero teniendo en cuenta lo insistente que eres, me da la impresión de que podrían no tener elección. En serio, debería irme. Tienen que tomarme medidas para el uniforme de graduación y ya llego tarde.

Sonreí y me aparté, evitando a duras penas derretirme convertida en un charquito en el suelo. Había sido un beso de primera. Y fue increíblemente

satisfactorio verlo tan aturullado que se equivocó dos veces al intentar abrir la puerta del aerodeslizador.

Por fin logró entrar y sentarse en el asiento. Me miró y se ruborizó.

—Nos vemos mañana.

Me apoyé en la puerta del descapotable.

—¿Cuando volverás a fingir que solo soy otra compañera de escuadrón aunque nos emparejen para el vuelo?

Jorgen se frotó los ojos.

—Por favor, no uses el verbo «emparejar».

Puse una sonrisa malvada, solo el tiempo suficiente para que entreabriera un ojo, se ruborizara otra vez… y luego volviera la cabeza hacia delante con cara de decisión.

—Sabes que esas normas tienen una razón de ser, ¿verdad? ¿Qué pasa si me distraigo tanto mirándote que estampo la nave en una montaña o algo?

—Bla, bla, bla —repuse, y me agaché para darle un beso en la mejilla.

Después di un paso atrás y dejé que pulsara un botón para levantar la puerta del hangar y salir al volante. Pero cuando me lanzó una mirada, estaba sonriendo. Fue una sonrisa amplia, gozosa, nada caracapullesca.

Fui paseando al comedor para echarme algo al estómago mientras intentaba contener aquella calidez, aquel fuego. Pero en el país de la realidad hacía frío. Mientras me comía un bocadillo, no pude evitar pensar en lo imposible que era que de verdad hubiese algo entre Jorgen y yo. Lo más probable era que nos graduáramos, nos asignaran a escuadrones distintos y más o menos… ya no volviésemos a vernos nunca.

Era como se desarrollaba la mayoría de los romances en el mundo real. Un traslado, una mudanza, un cambio de circunstancias. Y Jorgen y yo ni siquiera teníamos una relación, en realidad. Él era el único chico superviviente de nuestro escuadrón, y yo una de las dos chicas. ¿Qué parte de lo que estaba pasando era mera proximidad?

Sus padres ahogarían esa chispa. O lo haría la sociedad. La almirante ya debía de estar buscando alguna forma de impedir que me graduara. Así que, mientras me aferraba a aquella pequeña ascua de calidez, me descubrí helándome mientras me terminaba la comida.

Recogí la mochila de mi habitación y eché a andar. Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia la cueva de M-Bot, que yacía sin vida? ¿Qué iba a hacer con mi medio día de permiso?

La respuesta se me hizo evidente.

Ya hacía tiempo que debería haber ido a ver a mi familia.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento más enorme de todos es para Janci Patterson, que es quien llevó la mayor parte del peso en este libro. Tu trabajo ha insuflado una vida asombrosa a estos personajes.

Como siempre, muchas gracias a todos los miembros de mi equipo en Dragonsteel Entertainment. A Emily Sanderson, Peter Ahlstrom, Karen Ahlstrom, Isaac Stewart, Kara Stewart, Adam Horne y todos los demás, gracias por vuestras aportaciones a estas novelas cortas del Escuadrón Cielo.

De nuevo, gracias a Isaac Stewart, nuestro director artístico, y a Charlie Bowater, la ilustradora de las cubiertas, por vuestro hermoso trabajo. Y de nuevo también, gracias a Karen Ahlstrom, nuestra editora de continuidad, y a Kristina Kugler por sus servicios editoriales en la revisión de estilo y ortotipográfica. Lo habéis hecho genial.

Un agradecimiento especial, como siempre, para Max y el equipo de Mainframe por el gran trabajo que hicieron en los tres audiolibros. La edición impresa, publicada originalmente por Delacorte, se debe también a Krista Marino, Beverly Horowitz, Lydia Gregovic y Tom Marquet, y gracias también al equipo de producción de ebooks: Jeff Griggs y Andrew Wheatley. Mis agentes de JABberwocky, Eddie Schneider y Joshua Bilmes, facilitaron todo el trabajo.

Por último, una vez más, muchas gracias a quienes seguís esta serie. Espero que hayáis disfrutado de esta mirada al Escuadrón Cielo.

BRANDON

No puedo expresar lo agradecida que estoy a los fantásticos equipos de Dragonsteel y Mainframe por ayudarme a convertir este libro en realidad, y al equipo de JABberwocky por su constante apoyo hacia mí y mi trabajo. Quiero agradecer de manera especial a Peter Ahlstrom que nos ayudara a pulir algunos problemas de la trama teniendo el tiempo justo, y también a Max Epstein que soportara mis neurosis y que de vez en cuando hasta las encontrara divertidas.

Gracias a Cortana Olds (identificador: Halo) por robarme mis ejemplares de *Escuadrón* y *Estelar* al enterarse de que su madre tenía muchas ganas de hablar con ella de un libro. Cori fue mi caja de resonancia en la fase de planificación y la primera lectora del borrador inicial, así que vio este libro en un estado mucho peor que nadie y le encantó de todas formas (y nunca tuvo miedo de señalar mis metáforas más horribles).

Gracias a Megan Walker, que tuvo que escuchar muchos lloriqueos a lo largo de los sucesivos borradores y aun así me traía galletas para motivarme. También leyó una versión previa de las novelas cortas. Gracias a mi grupo de escritura, El Erotismo Accidental De Como Sea Que Nos Llamemos Ahora, por lanzarse a los primeros capítulos de esto sin tener el menor contexto e ingeniárselas para hacer comentarios útiles de todos modos. Y en particular, gracias a James Goldberg, que leyó un borrador previo de *Solar* y me dio buenos consejos.

Muchísimas gracias al equipo de lectura beta de Dragonsteel: Darci Cole (identificador: Azul), Liliana Klein (identificador: Lapsus), Alice Arneson (identificador: Pantanera), Paige Phillips (identificador: Artesana), Jennifer Neal (identificador: Ondas), Spencer White (identificador: Anciano), Mark Lindberg (identificador: Megalodón), Deana Covel Whitney (identificador: Trenza), Joy Allen (identificador: Alegrespren), Suzanne Musin (identificador: Oráculo), Paige Vest (identificador: Hoja), Jayden King (identificador: Trípode) y Linnea Lindstrom (identificador: Duende). Un agradecimiento especial para Jayden por sus conocimientos sobre vuelo y por ser una persona magnífica en general, y para Linnea por su *fan art* y su entusiasmo.

Gracias a Kristina Kugler por la fantástica revisión que hizo a estas novelas. Kristy hizo un trabajo estupendo teniendo unos plazos muy cortos y exigentes, y nunca dejaré de estar en deuda con ella. Además, Kristy, te quiero cincuenta mil billones.

Darci Cole se ganó un agradecimiento enorme al escuchar más lloriqueos míos que nadie y hacerme siempre de animadora con pompones mientras

trabajaba en los distintos borradores de este libro. Darci, eres maravillosa. Gracias por tu optimismo y tu amistad. Me habría vuelto loca sin ti.

Gracias a mi marido, Drew Olds, por su infinita paciencia conmigo y con mi trabajo, y por creer siempre que puedo hacerlo, incluso cuando yo pierdo la fe.

Y sobre todo, gracias a Brandon, que ha creído en mí como escritora desde antes que casi nadie. Gracias por confiarme tus personajes (y por sacarme a pulso de mis propios y profundos agujeros argumentales). Es todo un honor y un privilegio contar estas historias contigo.

JANCI

Gracias a Brandon y a Janci por escribir unas novelas cortas tan buenas sobre el Escuadrón Cielo. Trabajar con vosotros en cada una de ellas ha sido una experiencia maravillosa. También querría dedicar un agradecimiento especial a nuestra increíble narradora, Suzy Jackson, por prestar su voz a estos asombrosos personajes que han creado Brandon y Janci.

Muchas gracias también a Joshua Bilmes, Eddie Schneider y el resto del equipo en la agencia literaria JABberwocky, a Samara y los demás de Brickshop Audio y a todo el mundo en Listening Library, Penguin Random House Audio y Delacorte Press.

Y como siempre, gracias a todo el equipo de Mainframe involucrado en este proyecto, sobre todo a Juliana Fernandes, Julian Mann, Will Newell y Craig Shields.

MAX

Muchas gracias al equipo de lectura gamma de este libro: Brian T. Hill (identificador: El Guapo), Chris McGrath (identificador: Artillero), Kalyani Poluri (identificador: Henna), Sean VanBuskirk (identificador: Vanguardia), Joy Allen (identificador: Alegrespren), Philip Vorwaller (identificador: Vanadio), Sam Baskin (identificador: Tortuga), Evgeni Kirilov (identificador: Argento), Joshua Harkey (identificador: Jofwu), Ian McNatt (identificador: Dique), Jayden King (identificador: Trípode), Jessica Ashcraft (identificador: Gesh), Gary Singer (identificador: DVE), Ted Herman (identificador: Caballería), Rob West (identificador: Consuelda), Megan Kanne (identificador: Gorrión), Jessie Lake (identificador: Dama), la doctora

Kathleen Holland (identificador: Onda Expansiva), Jennifer Neal (identificador: Ondas), Eliyahu Berelowitz Levin, Frankie Jerome (identificador: Wulfe), Erika Kuta Marler (identificador: Leviatán), Suzanne Musin (identificador: Oráculo), Paige Vest (identificador: Hoja), Glen Vogelaar (identificador: Sendas), Tim Challener (identificador: Anteo), Deana Covel Whitney, Joe Deardeuff (identificador: Viajero), Zaya Clinger (identificador: Z), Heather Clinger (identificador: Ruiseñor) y William Juan (identificador: Aberdasher). Vosotros sois los ojos que lo ven todo, ¡pero no como los zapadores! Además, Betsey Ahlstrom trabajó muchísimo en la revisión. ¡Gracias!

PETER



BRANDON SANDERSON (Lincoln, Nebraska, 19 de diciembre de 1975) es un escritor estadounidense de fantasía y ciencia ficción. Es uno de los mayores exponentes de la literatura fantástica del siglo XXI, con más de veintitrés millones de lectores en todo el mundo.

Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Es autor de la brillante saga «Nacidos de la bruma», formada por *El Imperio Final* (2006), *El Pozo de la Ascensión* (2007), *El Héroe de las Eras* (2008), *Aleación de ley* (2011), *Sombras de identidad* (2015), *Brazales de duelo* (2016) y *El metal perdido* (2022). Tras *El aliento de los dioses* (2009), una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* (2010) una magna y descomunal decalogía, «El archivo de las tormentas», que continuó con *Palabras radiantes* (2014), *Juramentada* (2017) y *El ritmo de la guerra* (2020). Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso jamás escrito en la fantasía épica.

Más allá del Cosmere, es también autor de las sagas «Alcatraz», «Reckoners», «Legión» y «Escuadrón», así como de *El rithmatista* (2013). Además, en diciembre de 2007 fue elegido por Harriet McDougal como el continuador de *Un recuerdo de luz*, el volumen final de la famosa saga «La

rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía: *La tormenta* (2009), *Torres de medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Está trabajando en el quinto libro de «El archivo de las tormentas», previsto para 2024. También está trabajando en el proyecto de publicación de cuatro libros secretos, financiado por medio del Kickstarter más exitoso de la historia.

www.brandonsanderson.com



JANCI PATTERSON (22 de febrero de 1982, California) es una escritora estadounidense de novelas juveniles, fantasía y ciencia ficción. Es conocida por su primer libro, *Chasing the Skip* (2011), así como por la trilogía *A Thousand Faces* y por haber escrito libros junto a autores como Megan Walker, Lauren Janes, James Goldberg y Brandon Sanderson.

Janci vive con su esposo y sus hijos en Orem, Utah, y tiene una maestría en escritura creativa de la Universidad Brigham Young.

NOTAS

[1] *La defensa del Elíseo* ganó el Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción en 2007 y establece los orígenes del universo de la saga «Escuadrón», al ser ambientada siglos antes de la serie principal. <<

ÍNDICE